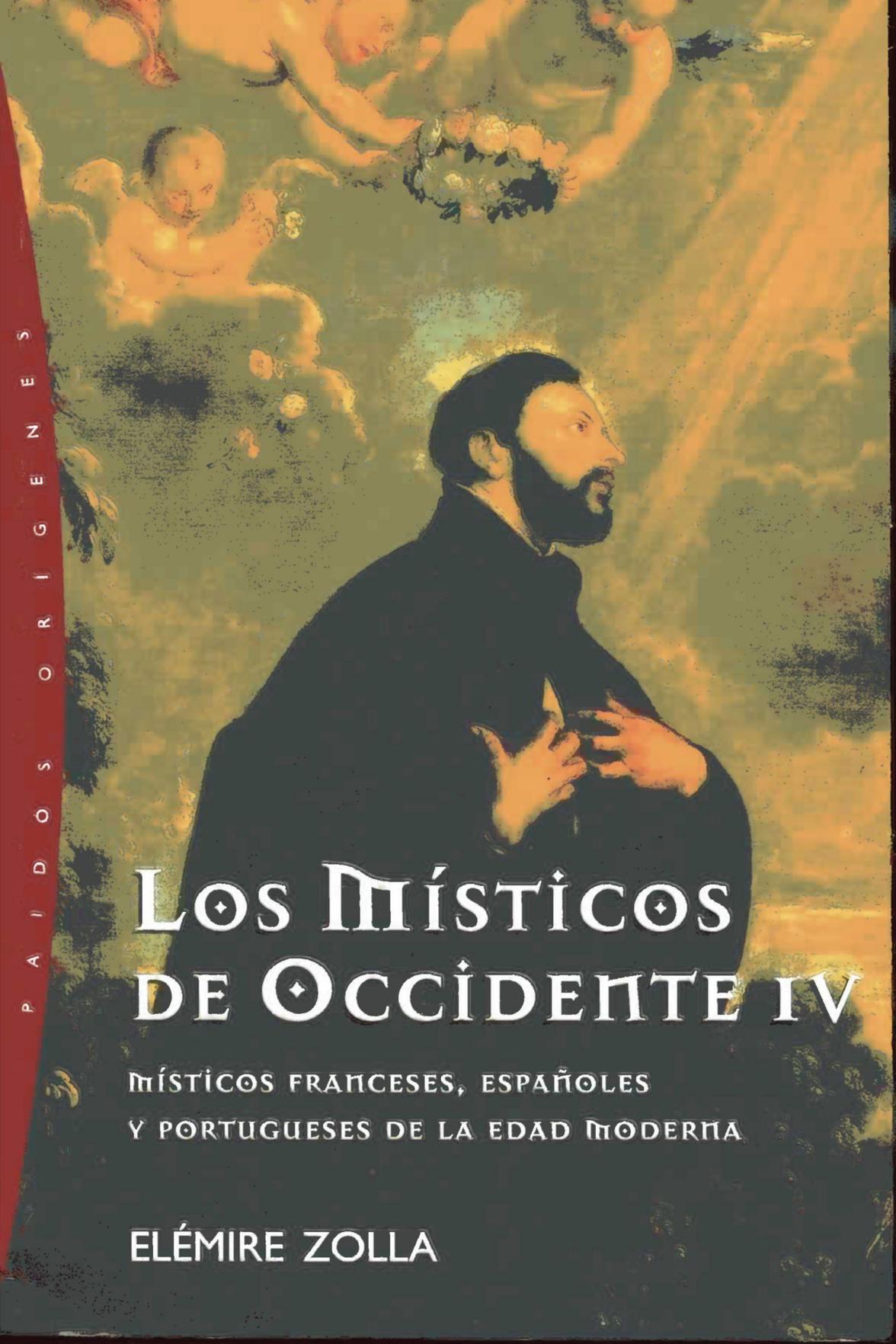


P A I D O S O R I G E N E S



LOS MÍSTICOS DE OCCIDENTE IV

MÍSTICOS FRANCESES, ESPAÑOLES
Y PORTUGUESES DE LA EDAD MODERNA

ELÉMIRE ZOLLA

PAIDÓS ORÍGENES

1. B. McGinn, *El Anticristo*
2. K. Armstrong, *Jerusalén*
3. F. Braudel, *En torno al Mediterráneo*
4. G. Epiney-Burgard y E. Zum Brunn, *Mujeres trovadoras de Dios*
5. H. Shanks, *Los manuscritos del Mar Muerto*
6. J. B. Russell, *Historia de la brujería*
7. P. Grimal, *La civilización romana*
8. G. Minois, *Historia de los infiernos*
9. J. Le Goff, *La civilización del Occidente medieval*
10. M. Friedman y G. W. Friedland, *Los diez mayores descubrimientos de la medicina*
11. P. Grimal, *El amor en la Roma antigua*
12. J. W. Rogerson, *Una introducción a la Biblia*
13. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, I*
14. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, II*
15. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, III*
16. E. Zolla, *Los místicos de Occidente, IV*
17. S. Whitfield, *La vida en la ruta de la seda*

ELÉMIRE ZOLLA

LOS MÍSTICOS DE OCCIDENTE

Volumen IV

*Místicos franceses, españoles y portugueses
de la Edad moderna*



PAIDÓS

Barcelona
Buenos Aires
México

Título original: *I mistici dell'Occidente*

En el presente volumen se recogen los capítulos correspondientes a «Mistici francesi dell'età moderna» y «Mistici spagnoli e portoghesi dell'età moderna», en el tomo II de la edición original

Publicado originalmente en italiano, en 1997, por Adelphi Edizioni, Milán

Traducción de José Pedro Tosaus Abadía

Cubierta de Joan Batallé

© 1997 Adelphi Edizioni S.P.A., Milán
© 2000 de la traducción, José Pedro Tosaus Abadía
© 2000 de todas las ediciones en castellano,
Ediciones Paidós Ibérica, S.A.
Mariano Cubí, 92 - 08021 Barcelona
y Editorial Paidós, SAICF,
Defensa, 599 - Buenos Aires
<http://www.paidos.com>

ISBN: 84-493-0929-8

ISBN: 84-493-0930-1 (Obra completa)

Depósito legal: B-42.230-2000

Impreso en A&M Gràfic, S.L.,
08130 Sta. Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

Sumario

Primera parte

MÍSTICOS FRANCESES DE LA EDAD MODERNA

Juan Calvino	15
<i>De «Institución de la religión cristiana»</i>	16
Teodoro Agripa d'Aubigné	24
<i>De «Los trágicos»</i>	24
Guillaume Postel	27
<i>De «La inmutación»</i>	27
Guy Le Fèvre de la Boderie	29
<i>De «Circular de los secretos de la eternidad»</i>	29
Felipe d'Aquino	31
<i>De «Interpretación del árbol de la Qabbālāh»</i>	31
San Francisco de Sales	34
<i>Del «Tratado del amor de Dios»</i>	35
Jean de Saint-Samson	50
<i>De «El verdadero espíritu del Carmelo»</i>	50
<i>De «El gabinete místico»</i>	59

Pierre de Bérulle	60
De «Los misterios de María»	61
De «La vida de Jesús»	63
De «Breve discurso sobre la abnegación interior»	66
François Bourgoing	67
De los «Avisos»	68
San Vicente de Paúl	68
De las «Conferencias espirituales a las Hijas de la Caridad»	68
Charles de Condren	77
De las «Cartas»	77
Jean-Baptiste de Saint-Jure	80
De «El libro de los elegidos»	81
De «La vida del señor de Renty»	84
Louis Lallemant	88
De «La doctrina espiritual»	89
Marie des Vallées	94
De los «Dichos»	96
Jean-Jacques Olier	100
De «Introducción a la vida y a las virtudes cristianas»	101
De las «Cartas espirituales»	104
De «La jornada cristiana»	105
Del «Catecismo cristiano para la vida interior»	105
Jean Blanlo	106
De «La infancia cristiana»	106
Jean-Joseph Surin	107
De las «Cartas»	107
De «Los fundamentos de la vida espiritual»	108
Juan Eudes	121
De «El corazón admirable de la santísima Madre de Dios»	122
Jean de Bernières de Louvigny	123
De las «Cartas»	123
François Guilloché	124
De «La posesión divina»	124
Blaise Pascal	129
De los «Pensamientos»	129
De las «Cartas provinciales»	134
Jacqueline Pascal	135
De «Escrito sobre el misterio de la muerte de nuestro Señor Jesucristo»	135

Pierre Nicole	136
« <i>Del conocimiento de sí mismo</i> »	137
Martin de Barcos	138
<i>De las «Cartas»</i>	139
Jean Racine	143
<i>De «El paisaje o los paseos de Port-Royal-des-Champs»</i>	144
Jacques-Bénigne Bossuet	146
<i>De «Relación sobre el quietismo»</i>	146
<i>De «Del libre albedrío y de la concupiscencia»</i>	151
Fénelon	153
<i>De las «Cartas»</i>	154
<i>De «Explicación de las máximas de los santos sobre la vida interior»</i>	163
<i>De «Sólo el puro amor sabe sufrir como se debe»</i>	167
Madame Guyon	167
<i>De «Torrentes»</i>	167
San Luis María Grignon de Montfort	168
<i>De «El amor de la Sabiduría eterna»</i>	169
<i>De «Máximas y enseñanzas de la divina Sabiduría»</i>	173
Jean-Pierre de Caussade, S.J.	173
<i>De «Tratado del abandono a la divina Providencia»</i>	174

Segunda parte

MÍSTICOS ESPAÑOLES Y PORTUGUESES DE LA EDAD MODERNA

San Ignacio de Loyola	181
<i>De los «Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea»</i>	182
Francisco de Osuna	191
<i>Del «Tercer abecedario espiritual»</i>	191
San Pedro de Alcántara	206
<i>Del «Tratado sobre la oración y la meditación»</i>	207
Fray Alonso de Madrid	208
<i>De «Arte de servir a Dios»</i>	208
San Juan de Ávila	212
<i>Del «Epistolario espiritual»</i>	212
Luis de Granada	214
<i>De «Guía de pecadores»</i>	214

Miguel Servet	219
<i>De «Los errores sobre la Trinidad»</i>	219
Santa Teresa de Jesús	223
<i>Del «Castillo interior»</i>	224
<i>De los «Pensamientos que santa Teresa dejó escritos sobre una página de su breviario»</i>	241
Fray Diego de Estella	241
<i>De «Meditaciones devotísimas del amor de Dios»</i>	242
Alonso Rodríguez	244
<i>De «Ejercicio de perfección»</i>	244
Fray Luis de León	282
<i>De «La vida del cielo»</i>	282
<i>De «De los nombres de Cristo»</i>	283
Juan de los Ángeles	285
<i>De «Manual de vida perfecta»</i>	285
<i>De «Lucha amorosa y espiritual entre Dios y el alma»</i>	291
<i>De los «Diálogos sobre la conquista del espiritual y secreto Reino de Dios»</i>	292
San Juan de la Cruz	293
<i>De «Subida al Monte Carmelo»</i>	294
<i>De «Noche oscura»</i>	295
<i>De «Llama de amor viva»</i>	296
<i>De «Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplación»</i>	297
<i>Suma de la perfección</i>	299
<i>De «Subida al Monte Carmelo»</i>	299
<i>De «Noche oscura»</i>	317
<i>Del «Cántico espiritual»</i>	323
<i>De «Avisos y sentencias espirituales» o «Dichos de luz y amor»</i>	334
Gregorio López	334
<i>De Francisco Losa, «Vida que el siervo de Dios Gregorio López hizo en la Nueva España»</i>	335
Jerónimo Gracián	340
<i>De «Sumario de la excelencia de san José»</i>	340
Luis de la Puente	341
<i>De «Meditaciones»</i>	341
Santa Rosa de Lima	343
<i>De Juan Lorenzana, «Memorial del confesor de santa Rosa para la causa de beatificación»</i>	346

<i>Cántico a Filomela</i>	350
Lope Félix de Vega Carpio	350
<i>De «Soliloquios amorosos de un alma a Dios»</i>	351
Juan Falconi	353
<i>De «Cartilla para saber leer en Cristo, libro de la vida eterna»</i>	353
Francisco de Quevedo y Villegas	358
<i>De las «Poesías sagradas»</i>	358
Juan Eusebio Nierenberg	360
<i>Del «Epistolario»</i>	360
Frei Agostinho da Cruz	364
<i>En torno a la contemplación de la cordillera de Arrábida</i>	364
Antonio Vieyra	364
<i>De los «Sermones»</i>	365
Miguel de Molinos	368
<i>De «Guía espiritual»</i>	368
Juana Inés de la Cruz	371
<i>De «Romances»</i>	371
<i>De las «Endechas»</i>	375
<i>De la «Carta a la ilustrísima sor Filotea de la Cruz»</i>	376
Bibliografía	379

Primera parte

MÍSTICOS FRANCESES
DE LA EDAD MODERNA

JUAN CALVINO

Nació en Noyon el 10 de julio de 1509 de una familia que acababa de acceder a la burguesía, entró en 1524 en el colegio de Montaigu, donde imperaba un rigor casi monástico. En 1528 estaba en Orleans para estudiar jurisprudencia. Tras licenciarse, editó un comentario al *De clementia* de Séneca. En 1534 renunció a todo beneficio eclesiástico y, convertido a la Reforma, empezó a vagar de un lugar a otro, escribiendo poco a poco *Institution de la religion chrétienne*, cuya primera edición salió en Basilea en 1536. Ese mismo año Calvino pasó por Ginebra, donde los reformados lo indujeron a detenerse. Elaboró para ellos los artículos fundamentales de su Iglesia. En 1538, los magistrados ginebrinos lo exiliaron, pero en 1541 regresó, imponiendo sus ordenanzas eclesiásticas a la ciudad. Entre tanto se había casado.

Fue condenando poco a poco las diversas doctrinas opuestas, a los «libertinos», «los magos», los humanistas. Se encargó de hacer condenar a la hoguera al aragonés Miguel Servet, que se había refugiado en Ginebra, como culpable de doctrinas gnósticas (1553). Murió el 25 de mayo de 1564.

La teología calvinista fue establecida rigurosamente en el sínodo de Dordrecht de 1619: Cristo no murió por todos, ni la gracia es a todos concedida; ésta destruye las virtudes y los méritos de los hombres.¹

DE «INSTITUCIÓN DE LA RELIGIÓN CRISTIANA»

*Que el conozimiento de Dios i el de nosotros
son cosas conjuntas,
i de la manera en que entre sí convengan*

[I, 1] Así toda la suma de nuestra sabiduría, que de veras se debe tener por verdadera i sólida sabiduría, consiste en: es á saber, en el conozimiento que el hombre debe tener de Dios, i en el conozimiento que debe tener de sí mismo. Mas como estos dos conozimientos sean mui travados i enclavijados entre sí, no es cosa fácil distinguir cual prezedá á cual, i cual dellos produzga al otro. Porque quanto á lo primero, ninguno se puede contemplar á sí mismo que luego al momento no ponga sus sentidos en considerar á Dios, en el cual vive i se mueve: porque no hai quien dude que los dones, en que toda nuestra dignidad consiste, no sean en manera ninguna de nosotros. I aun mas digo, que el mismo ser que tenemos, i lo que somos, no es otra cosa que una subsistencia en un solo Dios. Allende desto por estos bienes, que gota á gota se destilan sobre nosotros del zielo, somos encaminados como de los arroyuelos á la fuente. Asimismo por nuestra pobreza se muestra mui mejor aquella inmensidad de bienes que en Dios reside. I prinzipalmente esta miserable caida, en que por la transgresion del primer hombre caimos, nos compele á levantar los ojos arriba, no solamente para que ayunos i hambrientos pidamos de allí lo que habemos menester, mas aun para que siendo despertados por el miedo aprendamos humildad. Porque como en el hombre se halla un mundo de todas miserias, despues que habemos sido despojados de los ornamentos del zielo, nuestra desnudez para grande vergüenza nuestra descubre una grandísima infinidad de denuestos: no puede ser menos sino que cada cual sea tocado de la consziencia de su propia desventura para, siquiera, poder alcanzar alguna notizia de Dios. Asi por el sentimiento de nuestra ignoranzia, vanidad, pobreza, enfermedad, i finalmente perversidad i corrupzion propia

1. La versión castellana que sigue es la publicada por Cipriano de Valera en 1597. [N. del t.]

reconozemos, que no en otra parte que en Dios hai verdadera luz de sabiduría, firme virtud, perfecta abundancia de todos bienes, i pureza de justicia. Así que ciertamente nosotros somos por nuestras miserias provocados á considerar los tesoros que hai en Dios. I no podemos de veras anhelar á él, antes que comenzemos á tomar descontento de nosotros. ¿Porque quién hai de los hombres que no tome contento reposándose en sí? ¿I quién no reposa entretanto que no se conoze á sí mismo, quiero dezir, está contento con los dones que vé en sí ignorando su miseria ó olvidándola? Por lo cual el conozimiento de nosotros mismos, no solamente nos agujonea para que busquemos á Dios, mas aun nos lleva como por la mano para que lo hallemos. Por otra parte es cosa notoria que el hombre nunca jamás viene al verdadero conozimiento de sí mismo, si primero no contemple la cara de Dios, i despues de haberla contemplado dezienda á considerarse á sí mismo. Porque (según que está arraigado en nosotros el orgullo i soberbia) siempre nos tenemos por justos, perfectos, sabios i santos, si por manifiestas pruebas no somos convenzidos de nuestra injusticia, fealdad, locura i suziedad... I porque al entorno de nosotros no hai cosa que no esté manchada con grande suziedad, lo que no es tan suzío, nos parece limpísimo todo el tiempo que enzerramos nuestro entendimiento dentro de los límites de la suziedad del mundo: no de otra manera que el ojo, que no tiene delante de sí otro color que negro, tiene por blanquísimo lo que es medio blanco i moreno. Tambien aun podremos diszernir de muy mas zerca por los sentidos corporales quanto nos engañemos en juzgar de las potenzias i facultades del ánima...

De aquí prozede aquel horror i espanto de que la Escripura muchas vezes haze menzion, los santos haber sido aflijidos i combatidos todas las vezes que sentian la presenzia de Dios. Porque vemos que ellos, cuando Dios estaba alejado dellos, se hallaban fuertes i valientes: mas luego que Dios mostraba su gloria temblaban i temian, como si ya fuesen muertos i acabados. De aquí se debe concluir que el hombre nunca es tocado, ni siente de veras su bajeza hasta que él se ha cotejado con la majestad de Dios.

Mui muchos ejemplos tenemos de este desmayo i espanto así en los Juezes como en los Profetas de tal suerte que esta manera de hablar era mui frecuentada en el pueblo de Dios. «Moriremos porque vimos al Señor» (Jc 13,22). Por tanto la historia de Job para abatir á los hombres con la propia consziencia de su locura, impotenzia i suziedad, el principal argumento que siempre haze, es tomado de la descripcion de la sabiduría, potenzia i limpieza de Dios (Jb 9,4). I esto no sin causa. Porque vemos como Abraham

cuanto mas se allegó á contemplar la gloria de Dios, tanto mejor se conoze á sí mismo por tierra i polvo (Gn 18,27): i como Elias esconde su cara no pudiendo sufrir su vista (1 Re 19,13): tanto era el espanto que los santos tomaban con su vista. ¿I qué hará el hombre que no es otra cosa que podridumbre i hediondez, pues los mismos querubines son constreñidos á cubrir sus caras de espanto? (Is 6,2). Esto es lo que el profeta Esaias dize: que «el Sol se avergonzará i la Luna se confundirá, cuando reinare el Señor de los ejércitos» (Is 24,23): quiere dezir, cuando mostrare su claridad, i la hiziere resplandezer de mas zerca, lo mas claro del mundo será en comparazion della, escurezido con tinieblas. Con todo esto aunque entre el conozimiento de Dios i de nosotros mismos haya una gran conjunzion i liga, el órden de bien enseñar requiere, que tratemos primero del conozimiento que de Dios debemos tener, i luego del que debemos tener de nosotros.

*Que todo el jénero humano es sujeto á maldizion
por la caída i falta de Adán,
i que ha dejenerado de su primer oríjen.
Donde se trata del pecado orijinal*

[II, 1] No sin causa en el proverbio antiguo es en tanta manera siempre encargado al hombre el conozerse á sí mismo. Porque si se tiene por afrenta ignorar alguna cosa de las que pertenezzen á comun suerte i condizion de la vida humana: mui mucho mas sin duda será afrentoso el ignorarnos á nosotros mismos, lo cual es causa que en tomar consejo en cualquiera cosa importante i nezesaria vamos á tienta-paredes i como ziegos. Empero quanto mas es útil este documento, tanto con mayor dilijençia habemos de procurar que no usemos mal dél: lo cual vemos que acontezió a algunos filósofos. Porque ellos entretanto que exhortan al hombre á conozerse á sí mismo, juntamente proponen el fin, que no ignore su dignidad i exzelencia, ni quieren otra cosa en sí contemplar, sino solamente aquello que les pueda levantar una vana confianza i hincharlos de soberbia. Mas el conozernos á nosotros mismos consiste primeramente en que considerando qué es lo que se nos haya dado en nuestra creazion, i cuán liberalmente se haya habido Dios continuando su buena voluntad con nosotros, sepamos cuán grande es la exzelencia de nuestra naturaleza, si aun permaneziera en su integridad i perfeczion: con todo esto juntamente pensemos ninguna cosa haber en nosotros que sea nuestra propria, sino que todo lo que Dios nos ha conzedido lo tenemos de prestado, á fin que

siempre dependamos dél. Lo segundo es que nos acordemos de nuestro miserable estado i condizion después del pecado de Adán, cuyo sentimiento, echada por tierra toda gloria i confianza, verdaderamente nos humille i avergüenze. Porque como Dios nos formó al prinzipio á imájen suya, para levantar nuestros espíritus, en parte al ejerzizio de la virtud, i en parte á la meditazion de la vida eterna, así para que la nobleza de nuestro linaje, en que diferimos de los brutos animales, no fuese por nuestra negligenzia sepultada, es menester conozer que por esto nos fue dada razon y entendimiento, para que viviendo santa i honesta vida, caminemos al blanco que nos es propuesto de la bienaventurada inmortalidad. Mas en ninguna manera nos podemos acordar de aquella primera dignidad, que luego por el contrario no se nos ponga delante de los ojos el triste i miserable espectáculo de nuestra desformidad i ignominia, por quanto que en la persona del primer hombre habemos caído de nuestro oríjen. De donde nasce un ódio de nosotros mismos i un desplacer i verdadera humildad..

Porque según el juicio de la carne, parézele al hombre que se conoze mui bien, cuando confiándose en su entendimiento i virtud toma ánimo, i se atreve á hazer su deber: i renunciando á todos los vicios se esfuerza con todas sus fuerzas á poner por obra lo que es justo i recto. Mas el que examina i considera conforme á la regla i nivel del juicio de Dios, ninguna cosa halla en que se pueda confiar: i quanto mas de veras se examina, tanto mas se abate: hasta tanto que desechada de sí totalmente toda confianza, ninguna cosa siente en sí, con que pueda bien ordenar su vida. Con todo esto no quiere Dios que nos olvidemos de aquella nuestra primera nobleza que ziertamente nos debria despertar i provocar á ejerzitarlos en justizia i bondad. Porque zierto no podemos pensar, ó nuestro primer oríjen, ó el fin para que fuemos criados, sin que seamos punzados y aguijoneados á considerar la vida eterna, i á desear el reino de Dios. Pero tanto falta que esta notizia nos dé ocasion de ensoberbecernos, que antes ella echándolo todo por tierra nos humilla i abate. Porque ¿cuál es aquél oríjen? Zierto en el que no habemos permanezido sino caído dél. ¿Cuál aquél fin para que fuemos criados? Aquel de que totalmente nos habemos apartado de manera que cansados ya de nuestro miserable estado i condizion en que estamos, jimamos, y jimiendo sospiremos por aquella exzelenzia que perdimos. Cuando, pues, dizimos, que el hombre ninguna cosa debe considerar en sí de que se ensalze, nosotros entendemos no haber ninguna cosa en él de parte suya de que se pueda gloriar. Por tanto (si así parece que conviene) dividamos desta manera el conozimiento que el hombre debe tener de sí mismo: quanto á lo primero, considere á qué fin fue criado, i para qué fue dotado de tan exzelen-

tes dones: con la cual considerazion se despierte á meditar el culto y servicio que Dios le demanda, i piense en la vida que está por venir. Despues desto considere sus facultades, ó por mejor dezir, la falta que tiene dellas: la cual conozida, caiga en una extrema confusion, como si fuese vuelto en nada. La primera considerazion va á esto, que el hombre conosca cuál es su ofizio i deber: la otra, que conosca qué fuerzas tenga para hazer lo que debe.

[II, 2, 25] Por tanto, como Platon justamente fue arriba reprendido por dezir que todos los pecados prozedian de ignoranzia, así tambien se ha de condenar la opinion de los que piensan que en todos los pecados hai una malizia deliberada. Porque asaz muchas vezes experimentamos quantas vezes caigamos con nuestra buena intenzion. Nuestra razon es apresada con tantos jéneros de desvaríos, es sujeta á tantos errores, se le ponen delante tantos trompezones, se vee tantas vezes en tan gran perplejidad, que está mui lejos de nos poder guiar por el derecho camino. Zierito, el apóstol San Pablo muestra cuán sin fuerzas ella esté para nos guiar en el curso de nuestra vida, cuando dize que nosotros de nosotros mismos no somos sufizientes para pensar alguna cosa como de nosotros (2 Co 3,5): no habla de la voluntad ni de la afezion, mas él nos quita aun esto, que no pensemos estar en nuestra mano pensar el bien que debemos hazer. ¿Cómo? dirá alguno: ¿Está tan depravada toda nuestra industria, agudeza, inteligencia i solizitud, que ninguna cosa, que sea buena delante de Dios, pueda pensar, ni imajinar? Yo confieso que esto nos parece demasidamente duro; por quanto con gran dificultad podemos sufrir ser despojados de la viveza de nuestro entendimiento, la cual nosotros tenemos por una preziosísima joya. Mas el Espíritu Santo, el cual conoze todos los pensamientos de los sabios del mundo ser vanos, i que claramente pronunzia todo quanto el corazon del hombre se puede forjar i inventar (Sal 94,11; Gn 6,5; 8,21), ser no otra cosa que mal, juzga ser esto justísimo. Si todo quanto nuestro entendimiento conzibe, trata, ordena, intenta, siempre es malo ¿cómo será posible que él piense cosa que agrade á Dios, al cual no hai cosa que le pueda aplazer sino justizia i santidad? Así se podrá bien ver que la razon de nuestro entendimiento vuélvase de la parte que quisiere, no es otra cosa, que sujeta á mera vanidad. Esta falta sentia mui bien David en sí mismo cuando pedia que le fuese dado entendimiento para aprender bien los mandamientos del Señor (Sal 119,34). Por estas palabras da á entender que su entendimiento no bastaba; i que por esto deseaba tener uno nuevo. I esto no lo demanda una vez, mas él reitera diez vezes esta petizion en un mismo salmo. Con la cual repetizion denota cuánta sea la nezesidad que

tenga de demandar esto á Dios. I lo que David pide para sí, San Pablo lo suele pedir en jeneral para todas las iglesias: «No zesamos (dice) de orar por vosotros i pedir que seais llenos del conozimiento de Dios en toda la prudenzia i entendimiento espiritual, para que camineis como conviene delante de Dios, etc.» (Col 1,9-10). Adviértase, pues, que todas las vezes que él dize ser esto beneficio de Dios, es tanto como si él dijera que esto no consiste en la facultad del hombre. San Augustin ha en tanta manera conozido esta falta de nuestro entendimiento para entender las cosas divinas que él confiesa, la grazia del Espíritu Santo no ser menos nezesaria para alumbrar nuestro entendimiento que lo es la claridad del sol á nuestros ojos. I no contento con esto, pareziéndole que aun habia dicho mucho, luego se corrije diciendo: que nosotros abrimos los ojos corporales para ver la claridad del sol, mas que los ojos de nuestro entendimiento siempre se estarán zerrados, si el Señor no los abre...²

[5, 15] De aquí se vee que la grazia de Dios (según que se toma este nombre cuando se trata de rejenerazion) es la regla del Espíritu para encaminar y rejir la voluntad del hombre. No puede rejirla sin que la corrija, sin que la reforme, sin que la renueve (de aquí viene que dezimos, El prinzipio de la rejenerazion ser, que lo que es nuestro propio, sea desarraigado de nosotros). Asimismo no la puede corregir sin que la mueva, menea, empuje, lleve i asga. Por lo cual con verdad dezimos que todas las buenas operaciones que de allí prozeden son enteramente suyas. Con estas i estas, no negamos ser mui grandísima verdad lo que san Augustin enseña: La voluntad no ser destruida por la grazia, sino que antes es reparada...³ I aunque todo cuanto hai de bien en la voluntad, prozede de la pura i sola inspirazion del Espíritu, pero por quanto el querer es cosa natural en el hombre, no sin causa se dize de nosotros que hazemos aquellas cosas, de las cuales Dios se ha con justo título reservado el loor. Primeramente, por quanto todo lo que Dios haze en nosotros, él quiere que sea nuestro, con tal que entendamos no prozede de nosotros: demás desto, por quanto nosotros de nuestra naturaleza tenemos entendimiento, voluntad i deseo: las cuales cosas él encamina á bien para dellas sacar alguna cosa buena...

[7, 7] Así que la Lei es como un espejo en que nosotros contemplamos primeramente nuestra imbezilidad, tras desta la iniquidad que della prozede, i finalmente la maldizion que prozede de ambas á dos: de la ma-

2. Agustín, *De peccatorum meritis et remissione*, II, 5, 5.

3. Agustín, *De gratia et libero arbitrio*, 20, 41.

nera que nosotros vemos en un espejo las faltas de nuestro rostro. Porque aquel que no tuvo posibilidad para vivir justamente, este tal, es nezesario que esté atollado en el zieno de los pecados: tras el pecado luego se sigue la maldizion. Por tanto, cuanto mas la Lei nos convenze que somos hombres que habemos cometido grandes faltas, tanto mas ella muestra que somos mas dignos de pena i castigo. A este propósito es lo que dize el Apóstol, que por la Lei es el conozimiento del pecado (Rm 3,22). Porque en este lugar solamente nota el Apóstol el primer ofizio de la Lei, el cual se vee en los pecadores que aun no son rejenerados. Al mismo propósito son las sentenzias que se siguen, que la Lei ha entrado para que el pecado abundase (Rm 5,20), i por esta causa ella era administracion de la muerte (2 Co 3,7), la cual obre ira (Rm 4,15) i mate. Porque sin duda ninguna tanto mas creze la maldad, quanto la consziencia es mas notoriamente punzada con el sentimiento del pecado: pues que á la transgresion se junta una rebellion i contumazia contra el Lejislador. Resta, pues que ella arme á la ira de Dios para que destruya al pecador: porque ella no puede de sí misma hazer otra cosa que acusar, condenar i destruir. I como escribe san Augustin, «si el Espíritu de grazia falta, la Lei no sirve de otra cosa que de acusarnos i matarnos».⁴ I quando se dize esto, ninguna injuria se haze á la Lei, ni en cosa ninguna se menoscaba su dignidad. Ziertamente, que si nuestra voluntad fuese del todo fundada i reglada en obedezzer á la Lei, sin duda ninguna que bastaria para nuestra salud la sola notizia della: mas siendo así, que nuestra carnal i corrupta naturaleza pelea mortalmente con la Lei espiritual de Dios, i que en cosa ninguna se pueda enmendar con su disziplina, resta que la Lei, la cual fue dada para salud, si encontrase con oyentes idóneos, se convierta en ocasion de muerte i de pecado: pues que todos somos convenzidos ser transgresores della: quanto mas claramente ella muestra la justizia de Dios, tanto mas por el contrario descubre nuestra iniquidad: quanto mas ella nos zertifica del premio de vida i salud que está aparejado para los que obran justizia, tanto mas confirma la destruizion que está aparejada para los inícuos. Tanto, pues, va que con estos epitetos hagamos injuria á la Lei, que no sabríamos como mejor engrandezer la bondad de Dios. Porque zierto, de aquí se vee claro que nuestra iniquidad i maldad nos impide que no consigamos i gozemos de la bienaventuranza, la cual nos es propuesta en la Lei. Por esta causa nosotros tenemos muí mayor mate-

4. Agustín, *De correptione et gratia*, 1, 2.

ria de tomar mas sabor en la grazia de Dios, la cual sin ninguna ayuda de la Lei nos socorre: i asimismo debemos mas amar la misericordia de Dios, por la cual nos es comunicada esta grazia, por la cual aprendemos que su Majestad nunca jamás se cansa haziéndonos bien, i amontonando cada dia benefizios sobre benefizios.

[III, 11, 13] Mas con todo esto, por quanto la mayor parte de los hombres se imagina una justizia compuesta de la Fé i de las obras, mostremos tambien antes que pasemos mas adelante, que la justizia de la Fé difiere de tal manera de la justizia de las obras, que si la una es establezida, la otra nezesariamente es echada por tierra. El Apóstol dize, que él ha reputado todas las cosas por estiércol por ganar á Cristo, i ser hallado en él no tener su propria justizia, que es por la lei, si no la que es por la Fé de Cristo, justizia que es de Dios por la Fé (Flp 3,8-9). No veis cómo en este lugar el Apóstol haze comparazion de dos cosas contrarias, i cómo muestra que conviene á aquel que quisiere alcanzar la justizia de Cristo no hazer caso ninguno de su propria justizia. Por esto en otro lugar dize, Esta haber sido la causa de la ruina de los judios: que queriendo establecer su justizia, no fueron sujetos á la justizia de Dios (Rm 10,3). Si estableziendo nuestra propria justizia, alanzamos de nosotros la justizia de Dios: conviene nos zierto que para que alcanzemos esta segunda, que la primera sea del todo deshecha. Lo mismo muestra el mismo Apóstol cuando dize nuestra materia de gloriarnos no ser escluida por la lei, sino por la Fé (Rm 3,27). De donde se sigue, que en el entretanto que queda en nosotros la menor gota de la justizia de obras, que tenemos una zierta materia de gloriarnos. I si, pues, la Fé escluye toda materia de gloriarnos, la justizia de las obras en ninguna manera puede estar acompañada de la justizia de la Fé...

[15, 7] I aun demás desto requerimos que ninguno intente ni emprenda hazer obra ninguna sin Fé: quiere dezir, sin haber primero determinado por mui zierto en su corazon que la tal obra que emprende agrada á Dios.

[8] Por tanto en manera ninguna permitimos que seamos apartados, ni aun un tantito, de aquel único fundamento: sobre el cual los sabios maestros de obra fundan despues con mui buen orden i conzierto todo el edifizio de la Iglesia. Porque, ó haya nezesidad de doctrina, ó de exhortazion, ellos amanestan que el Hijo de Dios se manifestó en el mundo para deshazer las obras del Diablo, á fin que los que son de Dios no pequen (1 Jn 3,8-9)...

I si fuere menester consolazion, estos mismos maestros de la obra del templo de Dios nos la dan admirable: i es, que somos atribulados, mas con todo esto no estamos congojados: trabajamos, mas no somos desamparados...

Veis aquí cómo no justificamos al hombre delante de Dios por sus obras: mas dezimos todos aquellos que son de Dios, ser rejenerados i hechos nuevas criaturas, para que ellos del reino del pecado pasen al reino de justizia, i que ellos con tales testimonios hazen zierta su vocazion (2 P 1,10), i que como árboles son juzgados por sus frutos.

TEODORO AGRIPA D'AUBIGNÉ

Nació en Saint-Maury, en el Saintonges, el 8 de febrero de 1552; a los seis años ya sabía latín, griego y hebreo. Anduvo prófugo con su padre, que era hugonote; a la muerte de éste, su ayo lo puso a salvo en Ginebra. Estuvo en el ejército protestante de Condé, llegó a ser consejero de Enrique IV de Navarra. Sus sarcasmos, sus invectivas, no llegaron a endurecer contra él a su protector, hecho católico, hasta que en 1620 también debió finalmente buscar refugio en Ginebra a causa de sus obras históricas, condenadas a la hoguera. Allí murió en 1630. Su poema *Les tragiques* había sido publicado como anónimo en 1616.

DE «LOS TRÁGICOS»

El juicio

[VII, 511-542]

Mirad en el estudio del químico curioso
 que tratando el espíritu y la sal de las plantas
 todo reduce a cenizas, haciendo de ellas lejía,
 y de tal muerte hace revivir una obra perfecta.
 El ejemplar secreto de las ideas encerradas
 reanima en el sepulcro lirios y rosas,
 raíces, ramas, tallos, hojas, flores,
 que hacen brillar en el ojo las tintas más vivaces
 teniendo por padre al fuego y a la ceniza por madre.
 Así se enseñe a los temerosos su resurrección,
 los quemados cuyas cenizas se dispersaron al viento
 se alzan de nuevo más vivos y más bellos.
 Si la naturaleza opera tales portentos con las plantas
 que cada año mueren y renacen,

otros secretos y tesoros sin precio guarda
 para el príncipe que habita en el recinto terrestre.
 El mundo es animante, inmortal, y admite
 que uno solo de sus miembros queridos con él perdure,
 y este precioso miembro es el hombre racional,
 excelsa obra maestra del primer animal...
 Si es imagen de Dios la eternidad profunda,
 de esta eternidad sea imagen el mundo
 y del mundo será imagen el Sol, y el ojo,
 y el hombre es en este mundo la imagen del Sol.

[VII, 597-620]

Junto a El Cairo se alza una colina adonde se concurre
 de todas partes en el equinoccio, el veinticinco de marzo;
 la gente como en el campo allí aguarda
 cuando aparece verde la tierra, resucitante,
 para ver el gran cuadro pintado por Ezequiel,⁵
 visible maravilla, milagro no fingido:
 la resurrección; así la llaman
 aquellos que acuden, bien por la novedad,
 bien por buscar con el hecho nuevo
 el baño portentoso, ministro de salud.
 El ojo se complace en el sitio, y las manos
 dan a su vez a los ojos turbados firme atestación.
 Ves los huesos cubiertos de nervios, los nervios de piel, la cabeza de guedejas;
 de esta tumba mira
 como se quiebran las arenas hirvientes
 pululando de piernas, brazos y cabezas...
 A la vista de los cabellos rizados, de la cara fresca,
 de los ojos risueños de un niño de esta asamblea,
 se tiende la mano para cogerlo, pero de una barba gris
 [sale el grito:] *Ante matharafde kali*, y se deja la presa.⁶

5. Véase Ez 37,8.

6. En las *Histoires admirables* de Simon Goulart se cuenta de resurrecciones de mon-
 tones de huesos en El Cairo al tiempo del equinoccio, y allí se sitúa este episodio. La frase
 atribuida al viejo significa: «Déjalo, no sabes lo que es».

[VII, 661-676]

Pero ¡vale! Demasiado se ha cantado, ¡volvamos los ojos,
 deslumbrados por los rayos, al camino de los cielos!
 Ahí está: Dios viene a reinar, de toda profecía
 el tiempo se cumple.
 Abre el seno la tierra, del vientre de los sepulcros
 nacen los rostros nuevos de los enterrados...
 Y aquí un árbol siente desde los brazos de la raíz
 emerger una cabeza viva, salir un pecho.
 Hierve el agua turbia y, esparciéndose en torno,
 siente en sí despertarse cabellos y una testa
 como de nadador que emerge de lo profundo de su zambullida:
 salen todos de la muerte como se sale de un sueño.

[VII, 1199-1218]

En la vida inmortal y segunda
 tendremos los bienes que en el mundo tuvimos,
 pero, siendo de actos puros, serán, sí, activos,
 pero no podrán padecer pasión enfermiza:
 puros en su sujeto, purísimos en Dios,
 captarán vista, olfato, gusto, tacto, entendimiento.
 En el rostro de Dios estarán nuestros santos placeres,
 en el seno de Abraham florecerán nuestros deseos;
 deseos; perfectos amores; altos deseos sin ausencia,
 si flores y frutos nacen juntos.
 No puedo, mezquino, acercarme con el ojo
 al ojo del cielo, no puedo soportar el Sol:
 aún todo ofuscado, sobre razones me fundo
 para ver en mi alma la gran alma del mundo,
 para saber lo que no se sabe ni se puede saber,
 que ni oído oyó, ni ojo puede ver.
 Mis sentidos no tienen ya sentido, el espíritu me deja,
 el corazón arrebatado calla, sin palabras está la boca:
 todo muere, el alma huye y volviendo a su lugar
 extática, se deleita en el círculo de su Dios.

GUILLAUME POSTEL

Guillaume Postel (1510-1581) fue lector de lenguas orientales de Francisco I, después novicio de la Compañía de Jesús, de la que fue expulsado; san Ignacio reconoció sus cualidades, aun cuando tuvo que desecharlo. En Venecia encontró a madre Giovanna, una analfabeta que cuidaba a los enfermos de un hospital, y ella le hizo revelaciones que le descubrieron el sentido de la Qabbālāh. Se consideró primogénito de la Virgen Giovanna y proclamó la «restitución a la inmortalidad» que le aconteció a él mismo; tradujo el *Zohar* y el *Bahir* al francés. Sigue a continuación su confusa descripción del acontecimiento.

DE «LA INMUTACIÓN»

Historia de la primera inmutación

[71v] La desventurada conciencia del soberbio Postel, conducida al juicio de Dios, se vio obligada a reconocer su maldad escondida hasta el punto de que su sindéresis no la condujo sólo ante el sacerdote a confesión, sino a publicar delante del mundo entero por escrito el contenido de aquella maldad, pensando que Postel estaba en verdad condenado, pues, aun orando ardientemente a Jesús y a la Virgen madre de Dios, a los santos y a los ángeles, ningún signo de respuesta saludable le fue dado, de suerte que habría acogido como soberano bien el ser condenado a padecer en el purgatorio hasta el fin del mundo.

Misterios y razones de la inmutación realizados en Postel

[74v] Protesto ante Dios, mi juez, y ante Jesús, mi Padre Dios y Hombre, de no poner aquí por escrito otra cosa que lo que el espíritu feliz de mi Madre y de mi Padre me han desvelado, porque lo que es yo no comprendía lo que pasaba y, por la extraña pasión que permanecía en el cuerpo, creía luego reír y disfrutar con los amigos. La primera pasión que se produjo en mi cuerpo durante las primeras dos noches, cuando pensaba estar todo clavado y envuelto por intestinos y cieno, como dije a aquellos que me encontraron, fue ésta: el fundamento de la vida natural y animal,

allí donde se encuentra el primer vínculo de la vida y del cuerpo, fue quitado de su lugar antiguo por el espíritu de inmutación, y, en la medida en la cual tal fundamento de vida es sostenido por medio del beber y el comer que son distribuidos por el cuerpo por medio de los intestinos, [75r] de las venas mesentéricas y del hígado con las dos venas, cava y porta, mis intestinos empezaron a pesarme como cosa que no fuera ya mía. Cuando llegó la noche me sentí anonadado sin saber ya siquiera qué era, y aun juzgando que me quedaba el corazón, pues lo sentía en mí, no sabía qué era la inmutación o anonadamiento de mi alma racional y parte superior que está unida al cuerpo mediante el alma o parte inferior ligada al cuerpo por abajo a través de tres partes, y unida a la racional mediante la imaginativa judicial y mnemónica, la cual realiza sus actos a través de los tres ventrículos del cerebro y recibe de la inferior o mortal en cuanto se hiere, y de la inmortal en la medida en que el hombre es más perfecto que los demás animales; en tal ignorancia en que me encontraba acerca de mi esencia, sé que fui reducido a ceniza o polvo como el del papel quemado, para que quedase demostrada mi nada; antes que fuese separado de aquellas dos partes que son la perfección del cuerpo, fui reducido sin ficción a la muerte veraz y actual que es la verdadera separación del alma respecto al cuerpo, pero esta muerte tan subitánea produjo en un instante tres efectos. [75v] El primero fue la muerte que para cumplirse lleva consigo el juicio: la condenación y la muerte eterna que pongo ambas por un acto y sustancia de muerte que vuelve el alma en sí como si fuese de Dios y de la vida presente y gloriosa; sin embargo, si los mortales conocieran una milésima parte de tal percepción, preferirían no haber nacido nunca antes que experimentar el menor sentimiento de la ira de Dios o de lo que siente el alma cuando llega a este punto. El segundo fue que, en un instante, fui joven y hecho hijo de mi Padre como rejuvenecido, porque sentí en mí a causa de la saeta o espada de la muerte el mismo dolor que Él sintió en su muerte sudando sangre y agua y que padeció de nuevo rindiendo el alma sobre el árbol de la cruz, y a través de la participación y el sentimiento de aquel dolor recibí la sustancia total de mi Padre Jesús, salvo la divinidad, sustancia que Él me había prometido en Venecia cuando escribí el libro *De ultima et nunc instanti nativitate Mediatoris*, donde demuestro cómo Jesús debe descender a través de un advenimiento y una nueva generación de su sustancia espiritual y nace en todas las imágenes de Dios para hacerlas inmortales; y recuerdo que entonces dije a un personaje bueno y espiritual, de nombre Giambattista Bolognese, amigo de Ascanio Colonna y docto en las razones del reino, que por mí volvería pronto a nacer en el

mundo Jesucristo, [76r] cosa que comprendía yo, mucho mejor que de otra manera, por medio de la fe en las palabras de mi Madre. El tercer efecto fue la inmutación con la cual estoy en el lugar donde estuve en el puesto de Postel Caín renovado, para hacer lo que desde los orígenes había querido Dios de él, restituido. Por inmutación se entiende la resurrección, pero, en la medida en que soy hecho hijo sustancial de mi Padre y de mi Madre, mi resurrección está en mi filiación.

GUY LE FÈVRE DE LA BODERIE

Guy Le Fèvre de la Boderie nació en Normandía en 1541. Fue estudioso de lenguas orientales, y colaboró en la traducción de la Biblia encargada por Felipe II. Pío IV quiso conferirle el cardenalato, pero él lo rehusó, como otros honores. Fue cabalista cristiano, e identificaba en las tres primeras Sefirōth las personas de la Trinidad (Kether o Corona es el Padre, Ḥokhmāh o Sabiduría es el Hijo, y Bīnāh o Inteligencia es el Espíritu Santo), de manera que las otras siete venían a coincidir con los habituales grados, centros o planos de purificación.

En su *Encyclie des secrets de l'éternité* (Amberes, 1571), Cristo tiene el Reino (Malkhūth) a los pies, Gloria y Eternidad (Hōd y Netzah) en las rodillas, la Base (Yesod) en el vientre, la Belleza (Tif'eret) en el pecho, Justicia y Gracia (Gevūrāh y Ḥesed) en los codos, Inteligencia (Bīnāh) en la cintura escapular, Sabiduría (Ḥokhmāh) como aureola o Corona (Kether) sobre la cabeza; así es el hombre perfecto, investido de estas emanaciones en esos «lugares».

DE «CIRCULAR DE LOS SECRETOS DE LA ETERNIDAD»

Más allá del horizonte, donde la Imagen moviente,
 secuaz de la Eternidad en sí oculta
 siglos, y años, y meses, semanas, días y horas,
 están las diez Sefirōth de las diez esferas mejores:
 los diez vestidos esplendentes como el rayo
 de los que se revistió el Eterno Omnividente
 cuando sacó el semen fecundo
 del vientre del caos del cual fue formado el mundo.
 En torno a sí los hizo desenvolverse

desde el centro de esplendor que quiere gozarse Él solo,
no de otro modo de como se ve (la Razón me exime
de comparar la Nada al Ser sin ofensa)
que el gusanillo desovilla un amarillo vellón
todo en torno a sí para hacerse un capullo.

La primera cortina o esférica *sefirāh*,
comenzando desde abajo como en línea espiral,
se envuelve en varios pliegues y recibe muchos nombres
según el efecto por el cual el hombre la concibe.

A veces es el Reino, y otras se llama
Piedra de Zafiro, Esposa Graciosísima,
Pozo de Aguas Vivas y Profundo Mar
donde van a abismarse ríos y torrentes,
Tierra de los Vivos y Libro de la Vida,
Madero de la Ciencia, Águila de Dignidad
y Morada de la Divinidad.

La segunda funda el nombre sobre el Justo,
porque sólo el Justo es base del mundo,
y se llama también Buen Entender,
Memoria, Paz y Mandamiento,
alto Monte de Sión, Alianza y Señal;
y el día del Descanso, entre los siete insigne.

La tercera es la Alabanza y el Rey sin igual,
Columna de la izquierda y Lugar del Consejo,
a la cuarta se le dice también Pretorio del Consejo,
Columna del Brazo Derecho, Sacerdote y Victoria.
Pero la columna del medio donde clavado reluce
el Nombre de cuatro letras que no se debe pronunciar
se viste de Ornamento y Belleza admirable
y del Árbol de la Vida al hombre deseable,
contra ella está dormido el patriarca
que vio la escala en el cielo donde su alma fue arrebatada.

La sexta es llamada Fuerza y Verdad;
Aquilón, Juicio, Mérito o Pureza.
El símbolo de Isaac que tuvo el alma ceñida por ella,
Isaac superior que lleva el leño mismo

cuya ardiente llama de amor lo quemó sobre la Cruz.
 La séptima comprende toda la Misericordia,
 el Amor, el Mediodía y el Camino de Abraham.

El octavo cielo esferal de Prudencia vestido
 es la Gran Trompeta y el Gran Jubileo,
 la Fuente y Manantial que rocía de Agua Viva
 el blanco monte del Líbano del que debe venir la Esposa...
 La nona, más alta, de Sabiduría circundada,
 está ornada de Pensamiento Profundo y Voluntad.
 Pero la que circunda en sí las demás
 se llama el Oriente, la Nada, la Corona.

FELIPE D'AQUINO

Mardoqueo Cresque, judío nacido en Carpentras, fue rabino antes de su conversión, que tuvo lugar en Aquino. De regreso a Francia, fue nombrado profesor del Collège de France y obtuvo la protección de Luis XIII. Murió en París en 1650. Padebió molestias policiales cuando el mariscal d'Ancre quiso obtener de él nociones de magia.

Su tratado *Interprétation de l'arbre de la Cabale* fue publicado en 1625.

DE «INTERPRETACIÓN DEL ÁRBOL DE LA QABBĀLĀH»

El espacio de la matemática divina tiene como distintivo puntos varios y diversos de donde parten las líneas de todas las producciones y las correspondencias esenciales de los nombres sagrados [de Dios] mediadores entre Él y sus criaturas. El punto más alto de todo este espacio se llama Corona, por ser superior a todos los demás y a todo el espacio, del cual es coronamiento. Corresponde al reino que se encuentra sobre la perpendicular, al fondo. El rayo de perfección derecho de esta corona, en el punto que se llama Ciencia o Ḥokhmāh, consiste no sólo en el conocimiento de los universales, sino también en la verdadera fabricación, porque, lo mismo que el hombre conoce las cosas tal como fueron, así Dios las hace ser tal como Él las conoce. El rayo izquierdo va e influye sobre el punto llamado Sabiduría o Prudencia, Bīnāh, y las predefiniciones y preexistencias

de las cosas son medidas por sus números, puntos y propiedades sin materia alguna sensible; la Ciencia y la Sabiduría, es decir, los universales y las predefiniciones producen una línea que influye allí, y la que parte de la ciencia va a descansar en la misericordia o amor, porque los hombres son imágenes de Dios que lo sienten y experimentan en sí, y como dice su proverbio: «Es preciso conocer antes de amar». La línea que parte de la Sabiduría llega al temor que le es correlativo y como imagen del amor en la cosa creada o producida, porque la misma impronta que es amor y misericordia por parte del Creador y Productor es ella misma temor, respeto, espanto y admiración por parte de la criatura, que así descubre que es producida por la Causa soberana e incomprensible. Los dos, amor y temor, recogen (tendiendo a lo bajo) las líneas que producen y sobre las cuales influyen y se encuentran en el punto de la gloria, hasta que toda glorificación procede del encuentro del beneficio y del respeto que a él se une para honrarlo.

De la gloria parten dos líneas, de las cuales la derecha (que es la suerte destinada a la acción ordinaria) es llamada Duración y parte de la gloria del mismo lado por el cual le es infundida la misericordia y es también como hijo y producto de la misma misericordia que hace perseverar, subsistir y durar, y así mismo confiere el ser a las cosas creadas. De la misma gloria desciende el ornamento desde la parte donde el temor influye sobre la gloria. Y como si esta línea que va de la gloria al ornamento fuese una refracción de aquella que viene del temor a la gloria, igualmente todo ornamento proviene del respeto del inferior, que es invadido por la consideración gloriosa del amor alimentado por el superior; de la Duración y del ornamento fluyen dos líneas que vienen a desempeñar su función en el punto llamado fundamento o materia, pues el mundo comenzó a ser cuando la duración y el ornamento, uniéndose, comenzaron a ser productivos; a través de la producción del ser material que permite medir tiempo y espacio. Pero, lo mismo que el mundo grande no está completo sino a través del mundo pequeño, que es su última obra, así de este fundamento, es decir, de la consideración matemática primitiva del universo, tanto del grande como del pequeño, sale la línea que influye sobre el punto llamado Reino y sobre el cual descansa la Corona que le corresponde sobre la línea perpendicular, como a través de todos los demás puntos o, por mejor decir, pasando entre todos los demás puntos. Este Reino es el punto final, último fin del Dios creador de todas las cosas para su gloria.

Descendamos ahora a la materia celeste, que consideramos en dos árboles distintos, uno de los cuales lleva los siete planetas, el otro, los doce signos. El portador de los planetas es un olivo, apto para tal función por

muchas semejanzas... La primera comparación es la siguiente: lo mismo que en el *Génesis* aprendemos que Dios puso sus antorchas celestes en la parte más visible del universo para la instrucción de éste, así la ramita de olivo que la paloma llevó a Noé fue signo de que las aguas del diluvio comenzaban a descender. En segundo lugar, lo mismo que los planetas están de continuo ocupados en las generaciones de cosas inferiores, así el olivo produce una verdor perpetuo con sus hojas, de las cuales, caída una, hace despuntar otra, como ocurre en la raza humana. Además, el olivo no extiende sus raíces sino a flor de tierra, y no hacia abajo, lo cual nos enseña en parábola que los astros no son causas tan potentes más allá de su virtud natural, y que son muy censurables los hombres que confían demasiado en las constelaciones. Enseñanza ésta que hubo de ser impartida más que a otros al pueblo de Israel, que se había dejado inducir a sacrificar a los astros, como se ve en Jeremías 44. Finalmente, el olivo es semejante al gran candelabro que estaba en el templo, porque su fruto contiene el aceite para las siete lámparas de aquel ornamento. Pero, en conclusión de todo eso, es útil notar que dicho candelabro representaba a un hombre. Su altura era de setenta y dos pulgadas, que equivale a un hombre de estatura justa. Tenía siete brazos que sostenían otras tantas lámparas encendidas de las cuales la Escritura dice expresamente que la principal, que estaba en el medio, tenía una llama recta, mientras que todas las demás se inclinaban hacia ésa. Misterio que por un lado muestra muy bien que el Sol es aquel al que los demás planetas refieren su luz, y por otro nos enseña que todos los pueblos deben mirar a su cabeza, de la que son miembros, o sea, el tronco del que son ramas, y volverse al Mesías que distribuye el aceite de las gracias de donde extraen vida nuestras almas.

El árbol portador de los doce signos es un manzano que representa el zodíaco, al cual se refería Salomón cuando dijo: «Mi compañera es entre las muchachas como el manzano entre los árboles de la floresta» (Ct 2,3). Y lo mismo que es cierto que el pecado y la muerte penetraron por obra de la mujer cuando ésta recibió y ofreció el fruto prohibido que ciertos rabinos entendieron que era del manzano, así en razón de los diversos encuentros y de los efectos que se producen dentro de las diversas casas del zodíaco acontece la destrucción de todas las generaciones naturales, y el mismo nombre de «casas», usado por todos cuantos hablan de la división del zodíaco, confirma la semejanza con la mujer, que el hebreo denomina a veces «casa». Se debe notar que la cerca celeste del zodíaco está enriquecida con las más nobles constelaciones, porque las que se sitúan hacia el ártico o el antártico no tienen la opulencia de las otras. Los abrazos que el hombre fundamental

da a esta madre universal sacada de su costado, y a su sustancia, son representados por Salomón bellamente con el nombre de aquella a la que hace hablar así: «Sostenedme con manzanas y escoltadme, pues languidezco de amor, su izquierda está debajo de mi cabeza, y su derecha me abraza» (Ct 2,5-6). Éste es, ingenuamente descrito, el estado del firmamento con sus estrellas fijas que son ese apoyo y confirmación, como con manzanas, que tienen semejanza de redondez con las estrellas. En cuanto a ese místico abrazo, queda descrito por la inclinación del círculo portador de los signos.

SAN FRANCISCO DE SALES

Hijo de Monsieur de Boisy, titular de un feudo, soldado, diplomático, nació en Sales, cerca de Annecy (Saboya), en 1567. Estudió en el colegio de los jesuitas de París y se licenció en jurisprudencia. En 1593 su padre, tras larga oposición, se resignó a que François se hiciera sacerdote. Éste, tras recibir las órdenes, participó activamente en la lucha contra los calvinistas en el Chablais, e incluso se entrevistó con Beza, el sucesor de Calvino, con la esperanza de convertirlo. Su predicación exaltó el París de Enrique IV, sus libros lo hicieron objeto de admiración de la protestante corte de Inglaterra. Se encontró con Madame de Chantal, viuda natural de Dijón, y la amistad que entablaron los transformó a los dos: las cartas de Madame de Chantal serán una fuente para Molinos. Murió en 1622; en 1665 fue canonizado.

La *Introduction à la vie dévote* fue escrita entre 1607 y 1608, y en ella se percibe su dilección por el alma de Madame de Charmois, que vivía en el mundo secular. El *Traité de l'amour de Dieu* data de 1616, y en él se refleja el diálogo de amor con Madame de Chantal y con las hermanas de la orden de la Visitación, que él fundó. Los *Vrays entretiens spirituels* y sus cartas completan su obra, donde la perfección especulativa forma un todo con la plenitud de las metáforas.

Tal es el espejo estilístico de la sobreabundancia de amor.

En la *Introducción* habla él del fuego de caridad, cuyo resplandor es la vida devota, que se obtiene con el acto de ponerse en presencia de Dios. La composición de lugar, tan desarrollada por san Ignacio, tiene menos importancia para Francisco, todo afectivo e intelectual.

Fue sólo gracias a Madame de Chantal como conoció él los estados sublimes de la oración, a partir de 1610, hasta alcanzar la imagen del alma perfecta como músico ensordecido que toca el laúd en la corte de un príncipe indiferente, hasta resucitar la imagen antiquísima del santo como cigarra.

¿Qué fue la cigarra? Entre cielo y tierra estaba el Dios verdadero: fuente del agua de vida, árbol, escala, patíbulo del sacrificio; la copa del árbol de la vida es una montaña desde donde se «asiste» a la lucha entre la vida y la muerte, y en la copa del árbol canta la cigarra, que es la regeneración sobre el monte, el calor de julio (*yang*) que pone fin a las lluvias cálidas (*yin*): es signo de equilibrio y tránsito (así lo resume Marius Schneider) porque es mero instrumento musical. Algo de esos conocimientos emerge en san Francisco de Sales.

DEL «TRATADO DEL AMOR DE DIOS»

Cuál sea la conveniencia que estimula al amor

[I, 8] Los conciertos de la música se forman de las discordancias, y por ellas se corresponden las voces desemejantes, haciendo todas juntas un proporcionado encuentro: como de la desemejanza de las piedras preciosas y de las flores, se hace agradable composición del esmalte y del ramillete. Así, el amor no siempre se forma de la semejanza y simpatía, sino de la correspondencia y proporción, que consiste en que, por la unión, puedan mutuamente recibir las cosas perfección y mejoría. La cabeza, verdaderamente no se parece al cuerpo, ni la mano al brazo; no obstante, tienen tan grande correspondencia y se juntan tan propiamente, que su mutua unión las perfecciona con excelencia; y por esta razón, si cada una de estas partes tuviera alma distinta, se amarían perfectamente, no por semejanza, que entre sí no la tienen, sino por la correspondencia a su mutua perfección. Por esta causa, los melancólicos y los alegres, los agrios y los dulces, se aman entre sí a veces, por las mutuas impresiones que reciben los unos de los otros, por cuyo medio se templan recíprocamente sus humores.

Pero cuando esta mutua correspondencia se junta con la semejanza, se engendra sin duda más gallardo el amor; porque siendo la similitud verdadera imagen de la unidad, cuando dos semejantes se unen por correspondencia a un mismo fin, entonces, más parece unidad que unión.

La conveniencia, pues, del amante a la cosa amada, es el origen primero del amor; ésta consiste en la correspondencia, que no es otra cosa que una mutua relación que dispone las cosas propiamente a unirse, para comunicarse entre sí alguna perfección.

Que el amor tiende a la unión

[I, 9] ...Se aplica una boca a otra en ósculo, para demostrar que quisiera verse recíprocamente un alma en otra, para unirse en perfecta unión: por esto, en todo tiempo, y entre los varones más santos del mundo, el beso ha sido señal de amor y dilección; y así se practicó universalmente entre los primeros cristianos, como afirma san Pablo, cuando dice a los romanos y corintios: «Saludaos mutuamente los unos a los otros por el ósculo santo» (1 Co 16,20; 2 Co 13,12). Y como muchos creen, Judas en la prisión del Señor, usó del beso para darle a conocer (Mt 26,48-49; Mc 14,44-45; Lc 22,47-48), porque este divino Salvador besaba de ordinario a sus discípulos cuando los encontraba, y no sólo a ellos, mas a los niños, que amorosamente tomaba en sus brazos (Mc 10,16)...

[10] ...Cuando el alma practica el amor por las acciones sensuales que la ponen debajo de sí, es imposible que no debilite otro tanto el amor superior; de suerte que tan lejos está de ser ayudado y conservado el verdadero y esencial amor, por la unión a que aspira el amor sensual, que antes por ella se enflaquece, disipa y perece. Los bueyes de Job araban la tierra, mientras los asnos inútiles pacían alrededor de ellos (Jb 1,14) consumiendo el pasto debido a los que trabajaban. Mientras la parte intelectual de nuestra alma trabaja por el amor honesto y virtuoso de algún objeto digno de él, acaece de ordinario que los sentidos y facultades de la parte inferior caminan a su propia unión que les sirve de pasto, aunque sólo es debida al corazón y al espíritu, que son los que solamente pueden producir el verdadero y esencial amor.

Eliseo, habiendo curado a Namán Siro, se contentó con haberle obligado, despreciando el oro, plata y ropas que le ofrecía; pero Giezi, su siervo infiel, corriendo tras él, pidió y tomó contra el gusto de su dueño, todo lo que él había desechado. El amor intelectual y cordial, que a la verdad es, o debiera ser, el señor principal en nuestra alma, rehúsa toda suerte de uniones corporales y sensuales, y se contenta con la simple benevolencia; pero las potencias de la parte sensitiva, que son, o debían ser sirvientes del espíritu, piden, buscan y toman lo que ha rehusado la razón, y sin su licencia se apresuran a conseguir su unión como viles y abatidas, deshonorando, como Giezi, la pureza de intención de su dueño, que es el espíritu; y a la medida que el alma se convierte a estas groseras y sensibles uniones, se divierte de la unión delicada, intelectual y cordial. Bien veis, Teótimo, que estas uniones que miran a la complacencia y pasiones animales no sólo no aprovechan a la producción y conservación del amor, sino que se debilitan

y son grandemente dañosas. Así, cuando el incestuoso Amón, que enfermaba y ardía de amores de Tamar, hubo llegado a la unión sensual y brutal, de tal suerte quedó privado del amor cordial, que después jamás pudo arrostrarla, y a empellones la echó de sí indignamente, violando con crueldad el derecho del amor, como había con torpeza violado el de la sangre.

La albahaca, el romero, la mayorana, el hisopo, los clavos, la canela, la nuez moscada, los limones y el almizcle, todo junto, pero entero, dan de sí un olor bien agradable por una mezcla de su fragancia; pero mucho inferior, al que da el agua sacada de estos ingredientes, en la cual se junta con excelencia la suavidad de cada uno, separada de su cuerpo, uniéndose en olor perfectísimo, mucho más penetrante de lo que fuera, si con él y el agua estuviese también junta y unida la masa de estas especias. Así el amor se puede hallar en las uniones de las potencias sensuales, mezcladas con las uniones de las potencias intelectuales, mas nunca con tanta excelencia, como cuando los espíritus y ánimos solos, separados de todo afecto corporal, juntos entre sí, constituyen el amor puro y espiritual; porque el olor de los afectos así mezclados es no sólo más suave y mejor, sino más vivo, más activo y más sólido.

Verdad es que muchos, siendo de espíritu grosero, vil y terrestre, hacen aprecio del amor como de las piezas de oro, que las más gruesas y de más peso son las mejores y de más estimación: así les parece que el amor brutal es más fuerte, porque es más violento y furioso; más sólido, por más grosero y terrestre; más grande, por más sensible y feroz. Pero al contrario, el amor es como el fuego, que cuanto más delicada es la materia, tanto más claras y bellas son las llamas; las cuales no se pueden extinguir mejor que oprimiéndolas y cubriéndolas de tierra; y de la misma manera, cuanto más levantado y espiritual es el sujeto del amor, tanto más vivos, subsistentes y perseverantes son sus afectos, y no se podrá mejor destruir y arruinar que abatiéndole a las uniones viles y terrestres. Esta diferencia hay, como dice san Gregorio, «entre los placeres espirituales y los corporales: que éstos causan deseos antes que se posean, y disgusto cuando se alcanzan»;⁷ pero los espirituales son al contrario: dan disgusto antes de alcanzarlos, y placer cuando se consiguen...

[12] Esta extremidad, pues, y cima de nuestra alma, esta punta suprema de nuestro espíritu, está bien representada al natural, en el santuario y casa sagrada; porque lo primero, en él no había ventanas que diesen luz. En este grado del espíritu, no hay discurso que ilumine. Segundo, en el

7. Gregorio Magno, *Homiliae*, XXXVI, 1.

santuario, toda la luz entraba por la puerta; en este grado del espíritu, nada entra sino por la fe, que produce, a modo de rayos, la vista y el sentimiento de la hermosura y bondad del beneplácito divino. Tercero, nadie entraba en el santuario sino el Sumo Sacerdote; en esta punta del alma, el discurso no tiene lugar sino solamente el grande, universal y soberano sentimiento, que la voluntad divina debe ser soberanamente amada, aprobada y abrazada, no sólo en particular por alguna cosa, sino en general por todas, y no sólo en general por todas, sino en particular por cada una. Cuarto, el Sumo Sacerdote, luego que entraba en el santuario, oscurecía la luz que entraba por la puerta, echando muchos perfumes en su incensario, cuyo humo turbaba los rayos de la claridad. Todo cuanto se ve en la suprema punta del alma, está en cierta manera obscuro por las renunciaciones y resignaciones que el alma hace, no queriendo mirar ni ver tanta belleza de la verdad que se le representa, cuanto adorarla y abrazarla; de suerte, que el alma quisiera casi cerrar los ojos al punto que ha comenzado a ver la dignidad de la voluntad de Dios, para que sin ocuparse ya en considerarla, más poderosa y perfectamente pueda aceptarla, y por una complacencia absoluta, unirse infinitamente y someterse a ella. Quinto, en el santuario estaba el Arca de paz y en ella las tablas de la Ley; el maná en un vaso de oro y la vara de Aarón, que floreció y fructificó en una noche; y en esta suprema punta del espíritu se hallan: primero, la luz de la fe representada por el maná, escondido en el vaso, por la cual nos rendimos a la verdad de los misterios que no entendemos. Segundo, la utilidad de la esperanza, representada por la vara florida y fecunda de Aarón; por ella admitimos las promesas de los bienes que no vemos. Tercero, la suavidad de la santísima caridad, representada en los Mandamientos de Dios, que comprende; por ella llegamos a la unión de nuestro espíritu con el de Dios que apenas sentimos. Porque bien que la fe, la esperanza y la caridad, derraman su divino movimiento casi por todas las facultades del alma, así racionales como sensitivas, reduciéndolas y sujetándolas santamente bajo su justo dominio y autoridad, su verdadera morada, especial y natural habitación, es esta suprema punta del alma, de donde, como un dichoso manantial de agua viva, se derraman por diversos arroyos, sobre las partes y facultades inferiores.

[II, 9] Teótimo, los ángeles son como las aves a quien por su belleza y rareza llaman del paraíso, las cuales nunca se suelen ver en tierra, sino muertas; porque estos espíritus, en el mismo punto que perdiendo el amor de Dios abrazaron el propio, fueron derribados como muertos al

infierno, de manera que en ellos esta caída, que les privó para siempre de la vida eterna, vino a ser como la muerte en los hombres, que les aparta para siempre de la vida temporal; pero nosotros los hombres nos asemejamos más a las aves llamadas apodes, porque si nos sucede perder el aire del santo amor de Dios por tomar tierra y convertirnos a las criaturas, lo cual nos acaece cuantas veces le ofendemos, a la verdad entonces morimos, pero de una muerte no total y perfecta, porque nos queda algún movimiento, y con éste las piernas y pies: quiero decir, algunos débiles efectos, bastantes a que podamos hacer algunos acometimientos de amor; bien que tan flaco, que por nosotros mismos no podemos de verdad apartar nuestros corazones del pecado, ni volver a tomar vuelo de santo amor, del cual como miserables que somos, pérfida y voluntariamente nos despojamos.

Y ciertamente bien merecíamos que nos desamparase Dios cuando nosotros con tanta villanía le habemos así dejado; pero su amor eterno no permitió a su justicia usase de este castigo, antes excitado de su compasión le provocó a que nos librase de nuestra desdicha; lo cual hace, enviando el viento favorable de su inspiración santísima, que con una dulce violencia, dando en nuestros corazones, hace presa en ellos y los mueve, levantando nuestros pensamientos y suspendiendo nuestros afectos en el aire del divino amor.

De los primeros sentimientos de amor que las seducciones divinas infunden en el alma antes de que ésta tenga la fe

[II, 13] El mismo viento que levanta a los apodes, prende primero de sus plumas como de partes más ágiles y susceptibles de su agitación, con la cual da luego movimiento a las alas extendiéndolas y desplegándolas, de suerte que ellas le sirvan después como de presas para aprehender todo el cuerpo del ave y levantarle para ponerle en el aire; y si el apode así elevado contribuye al movimiento del viento con el de sus alas, el mismo viento que le puso en el aire le ayudará más y más a volar con ligereza. Así, mi caro Teótimo, cuando la inspiración, como un sagrado viento viene a nosotros a ponernos en el aire del amor santo, lo primero que hace es asirse a nuestra voluntad, y mediante el sentimiento de alguna celestial delectación moverla, extendiendo y desplegando aquella natural inclinación que tiene al bien; de forma que la misma inclinación le sirve de presa para asir nuestro espíritu; y todo esto se hace (como queda dicho) en nosotros sin nosotros por el favor divino que de tal suerte nos previene, que si nuestro espí-

ritu así santamente prevenido, sintiendo las alas de su inclinación movidas, desplegadas, extendidas, levantadas y agitadas de este viento celestial, contribuye con tan poco como es su consentimiento, ¡qué dicha la suya, Teótimo! Pues la misma inspiración y favor que nos aprehendió, mezclando su acción con el consentimiento nuestro, animando nuestros flacos movimientos con la fuerza del suyo, y vivificando la debilidad de nuestra cooperación con la fortaleza de su operación, nos ayuda, nos conduce y nos acompaña de amor en amor, hasta el acto de la fe santísima necesario para nuestra conversión...

[15] Sentimos algunas veces ciertas alegrías, que vienen como de improviso, sin que haya causa notoria para ellas, y suelen ser de ordinario presagios de algún placer mayor. Lo cual ha dado ocasión a juzgar que nuestros ángeles custodios, previniendo los bienes que nos esperan, arrojan en nosotros estos sentimientos: como al contrario, cuando nos amenazan o cercan peligros que no sabemos, nos infunden temores y quebrantos, para hacer invocar a Dios y estar con atención a nosotros. Así cuando estos bienes pronosticados llegan al corazón, los recibe con los brazos abiertos, y acordándose del placer que sintió, sin entender la causa, reconoce solamente que aquel placer era como un precursor que venía delante del suceso dichoso. Así también nuestro corazón, amado Teótimo, sintiendo en sí mucho antes la natural inclinación al soberano bien, no sabe adónde va a parar este movimiento; mas luego que la fe se lo muestra, al punto conoce bien que aquello es lo que su alma buscaba, su espíritu requería, y adonde su inclinación caminaba...

[20] Y no hay tampoco por qué extrañar que la fuerza del amor se halle en el arrepentimiento antes de la formación del mismo amor; pues vemos que por la reflexión de los rayos del Sol, hiriendo en la luna de un espejo, el calor, que es la propia virtud y calidad del fuego, se aumenta poco a poco, hasta tanto, que comienza a quemar aun antes que produzca perfectamente fuego, o a lo menos antes que lo percibamos nosotros. Así cuando el Espíritu Santo arroja en nuestro entendimiento la consideración de la grandeza de nuestras culpas, por las cuales ofendimos a una bondad soberana, y nuestra voluntad recibe la reflexión de este conocimiento, el pesar crece poco a poco, de tal suerte, con un cierto calor afectivo y deseo de volver a estar en gracia con Dios, que al fin este movimiento llega al término que abrasa y une antes que el amor sea enteramente formado; luego este amor inmediatamente se enciende como un fuego sagrado, de suerte que nunca llega el arrepentimiento al punto de abrasar y reunir el corazón a Dios, que es última perfección, sin que se halle todo convertido en fuego

y llama de amor, siendo el fin del uno principio del otro; así el fin de la penitencia está muchas veces en el principio del amor, como el pie de Esaú estaba en la mano de Jacob; de manera que cuando Esaú acababa de nacer, comenzaba Jacob, estando junto, atado, o lo que más es, enlazado el fin del nacimiento del uno con el principio del otro; pues así el principio del amor perfecto, no solamente sigue al fin de la penitencia sino se arrima, se enlaza, y por decirlo de una vez, se mezcla con él; y en ese punto la penitencia y contrición se hace meritoria de vida eterna.

Progreso y perfección del amor

[III, 2] Quanto más vivamente miramos nuestra imagen en un espejo, ella también nos mira más atentamente; y a la medida que Dios amorosamente pone sus dulces ojos en nuestra alma, que es hecha a su imagen y semejanza, nuestra alma mira recíprocamente la divina bondad más atenta y ardiente, correspondiendo según su pequeñez a todos los aumentos que esta soberana dulzura hace de su amor con ella...

[3] El alma del justo es la Esposa del Señor, y porque no estando en caridad no hay justicia, no será entonces esposa ni llevada al camarín de los deliciosos perfumes, de que ella habla en los Cantares (Ct 1,3); pues cuando el alma que llega a este estado de honra y felicidad comete pecado, cae postrada de un desmayo espiritual,⁸ y este accidente, a la verdad, es bien impensado; porque, ¿quién pudiera imaginar que una criatura quisiese dejar a su Criador y soberano bien por cosa tan ligera como son los cebos del pecado? Ciertamente causa espanto al cielo (Jr 2,12); y si Dios estuviera sujeto a pasiones, pudiera ocasionarle desmayo el sentimiento de esta desdicha, como cuando mortal expiró en la cruz para redimirnos de ella. Mas como no hay ya necesidad de emplear su amor en morir por nosotros, cuando ve el alma así precipitada en el pecado, acude de ordinario en su ayuda, y con una misericordia incomparable entreabre las puertas del corazón por inspiraciones y remordimientos de conciencia, que proceden de muchas luces y aprensiones, que comunica al espíritu, con unos saludables movimientos, por cuyo medio, como de aguas odoríferas y vitales, hace que el alma vuelva en sí, y le restituye mejores sentimientos; y todo esto, mi

8. El alma que peca es como una esposa que se desmaya cuando el esposo la lleva al tálamo.

Teótimo, Dios lo obra en nosotros sin nosotros, por su bondad toda amable, que nos previene con su dulzura (Sal 21,4); porque como nuestra princesa desmayada se hubiera quedado muerta con su desmayo si le faltara el socorro del rey, así el alma quedaría perdida en su pecado a no ser prevenida de Dios; pero si el alma siendo así excitada, junta su consentimiento al sentimiento de la gracia, siguiendo la inspiración que la previene, y recibiendo los auxilios y remedios necesarios que Dios le ha preparado, la dará vigor y encaminará con diversos movimientos de fe, esperanza y penitencia, hasta que del todo sea restituida a la verdadera salud espiritual, que no es otra cosa que la caridad...

[8] ...Mi caro Teótimo, ¿no sabéis que los malos sueños, voluntariamente procurados por los depravados pensamientos del día, tienen en alguna manera lugar de pecado, porque son como dependencias y ejecuciones de la antecedente malicia? Así, cierto, los sueños producidos por los santos afectos de la vigilia, son estimados por virtuosos y sagrados.

[IV, 1] Somos como el coral, que en el océano, lugar de su origen, es un arbolillo pálido, verde y flexible,⁹ pero sacado del fondo del mar como del seno de su madre, casi se vuelve piedra firme e inflexible, y muda su verde blanquecino en un colorado muy vivo. Estamos así en medio del mar de este mundo, solar de nuestro nacimiento, sujetos a muchas mudanzas y flexibles a todas manos: a la diestra del amor celestial por la inspiración; a la siniestra del terreno por la tentación; mas si, una vez sacados de esta mortalidad, trocamos el pulido verde de nuestras temerosas esperanzas en el colorado vivo del seguro gozo, nunca más seremos mudables, sino quedaremos para siempre firmes en el amor eterno...

[3] Suelen verse las palomas tocadas de vanidad, lozanearse en el aire, dando giros y vueltas, mirándose en la variedad de sus plumas; mas entonces el gavián o halcón que las espía se abate sobre ellas y las coge, lo cual no les sucedería jamás si las palomas volasen su vuelo derecho, porque tienen las alas más recias que las aves de rapiña. ¡Ay, Teótimo! si no nos embebeciésemos en la vanidad de los placeres caducos, y sobre todo en la complacencia de nuestro amor propio, sino que teniendo una vez la caridad fuésemos cuidadosos de volar derechos a la parte donde ella nos lleva, poca presa hicieran en nosotros ni las sugerencias ni las tentaciones; mas porque como palomas seducidas y engañadas volvemos sobre nosotros

mismos y entretenemos demasiado nuestros espíritus entre las criaturas, nos hallamos muchas veces presos en las garras de nuestros enemigos que nos llevan y despedazan.

[V, 8] Las cigarras, Teótimo, tienen el pecho lleno de caños, como si fueran órganos naturales; y para cantar mejor, se sustentan de rocío, el cual no chupan por la boca, que no la tienen, sino por una lengüecilla que les puso naturaleza en medio del estómago, con la cual forma también sus sonidos con tanto ruido como si fueran voces.¹⁰

Así es, pues, el amante sagrado, porque todas las facultades de su alma son otros tantos caños que tiene en su pecho para entonar los cánticos y alabanzas de su Amado. Su devoción en medio de todas es la lengua de su corazón, según dice san Bernardo, por la cual recibe el rocío de las perfecciones divinas, chupando y atrayéndolas a sí, como su alimento por la santísima complacencia; y por esta misma lengua de devoción forma todas sus voces de oración, de alabanzas, cánticos, salmos y bendiciones, según el testimonio de una de las más insignes cigarras espirituales que jamás se ha oído cantar, que cantaba así (Sal 103,1-2):

Benedicid, alma mía, santamente
impelida, a Dios vivo y poderoso;
no quede pensamiento perezoso,
que su alabanza pregonar no intente;
ni fuerza alguna en mi interior se aplique,
que su valor inmenso no publique.

Que es lo mismo que si hubiera dicho: yo soy una cigarra mística; mi alma, mis espíritus, mis pensamientos y todas las facultades que están juntas en mí, son órganos...

[VI, 9] No solamente sirve el vino mezclado con la miel para recoger y reducir las abejas a su colmena, sino también para apartar las unas de las otras y sosegarlas; porque cuando se amotinan e inquietan entre sí, matándose unas a otras, no tiene mejor remedio el sobrestante que arrojarlas vino con miel, rociando este menudo pueblo embravecido; de suerte que con esto, cada particular de que se compone, percibiendo el olor suave y agra-

10. Plinio, *Naturalis historia*, XI, 32.

dable, se apacigua, y ocupándose en el gozo de aquella dulzura, queda sosegado y tranquilo. ¡Oh Dios eterno! cuando con vuestra presencia dulcísima echáis en nuestros corazones los olorosos perfumes que alegran más que el vino delicioso (Ct 4,10) y la miel suave, entonces todas las potencias del alma entran en un agradable reposo, con tan perfecta quietud, que no les queda sentimiento alguno más que el de la voluntad, la cual, como olfato espiritual, se halla dulcemente empeñada en sentir, sin percibir, el bien incomparable de tener a su Dios presente.

[10] ...Esta alma, de quien voy hablando, teniendo sólo la voluntad cogida, y el entendimiento, memoria, oído e imaginación libres, parecía... al niño que mamando puede ver, oír y menear los brazos, sin dejar por eso el pecho.

Pero es cierto que la paz del alma sería mucho mayor y más dulce, si junto a ella no le hiciesen ruido, ni tuviese ocasión de moverse, en cuanto al corazón ni al cuerpo.

[IX, 7] Mirad, os ruego, aquella buena alma... que grandemente había deseado y procurado librarse de la cólera en que Dios la favoreció, concediéndole exención de todos los pecados que de ella proceden; primero moriría que decir una sola palabra injuriosa ni dar una sola muestra de odio; no obstante, quedó siempre sujeta a los asaltos y primeros movimientos de esta pasión, que son ciertos impulsos y salidas de un corazón irritado, que la paráfrasis caldaica llama estremecimientos, diciendo: «Estremeceos y no queráis pecar», donde nuestra sagrada versión, dijo: «Enojaos y no queráis pecar» (Sal 4,5), que en efecto es una misma cosa, porque el profeta no quiere decir sino que, si la cólera nos coge excitando en nuestros corazones los primeros temblores, nos guardemos bien no dejándonos engolfar en esta pasión porque pecaríamos, y aunque estos primeros impulsos o estremecimientos no sean pecado, con todo eso, el alma que a menudo se halla acometida, se turba, aflige e inquieta, pensando que acierta en entristecerse, como si el amor de Dios fuese quien la provoca a esta tristeza. Pero no es, Teótimo, el amor celestial quien causa su turbación, porque éste no se enoja sino por el pecado; es nuestro amor propio, que querría fuésemos exentos de la pena y trabajo que nos causan los asaltos de la ira...

[8] ...Notad... que jamás retira Dios su misericordia de nosotros, sino por la equidad de la venganza de su justicia castigadora, y nunca escapamos el rigor de su justicia sino por lo justificado de su misericordia: y siempre, o castigando, o gratificando, es adorable, amable y digno de eterna bendición su beneplácito. Así, el justo, que canta las alabanzas de su misericordia, por los que se han de salvar, se alegrará también cuando vea la venganza (Sal 58,11);

los bienaventurados aprobarán con regocijo el juicio de la condenación de los réprobos, como el de la salvación de los escogidos; y los ángeles, habiendo ejercitado su caridad con los hombres que tuvieron en guarda, quedarán en paz viéndolos obstinados y aun condenados. Conviene, pues, ajustarse a la voluntad divina y besar con amor y reverencia igual la mano derecha de su misericordia y la izquierda de su justicia.

[10] ...Debemos, pues, procurar no buscar en Dios más que el amor de su hermosura, no el placer que hay en la hermosura de su amor. El que ora a Dios, si conoce que ora, no está perfectamente atento a su oración; porque divierte su atención de Dios a quien ora, para pensar en la oración que le hace: el cuidado mismo que tenemos de no tener distracciones nos sirve muchas veces de gran distracción. La simplicidad en las acciones espirituales es la más digna de recomendación. Queréis mirar a Dios, miradle pues, y estad atento a eso; porque si hacéis reflexión y revolvéis sobre vos mismo, poniendo los ojos en el modo de mirarle, ya no es Dios a quien miráis, sino a vuestro ademán y a vos mismo. El que está en una fervorosa oración, no sabe si está en ella, porque no piensa en la oración que hace, sino en Dios a quien la ofrece. El que está en el ardor del amor sagrado no revuelve su corazón sobre sí mismo para mirar lo que hace, sino le tiene fijo y ocupado en Dios a quien aplica su amor. El cantor celestial recibe tanto gusto en agradar a Dios, que no halla alguno en la melodía de su voz, sino en cuanto es a Dios agradable...

[14] Si le preguntaran al dulce Niño Jesús, cuando iba en los brazos de su madre «¿Dónde vais, Señor?», con razón hubiera respondido: «Yo no voy, mi madre es quien va por mí»; y si le dijeran «Pero a lo menos ¿no vais con vuestra madre?», respondiera también: «Yo en ninguna manera voy, o si voy a la parte donde mi madre me lleva, no voy con ella por mis propios pasos, sino por los de mi madre, por ella y en ella»; y si se le replicara: «Pero a lo menos, ¡oh amantísimo, divino Infante!, bien queréis dejaros llevar de vuestra dulce madre». «No por cierto», hubiera podido decir, «nada quiero de todo eso, antes como mi toda buena madre camina por mí, así lo quiere ella por mí y le dejo igualmente el cuidado de andar y querer andar por mí donde bien le parezca; y como yo no ando sino por sus pasos, así no quiero, sino por su querer y desde que me hallo entre sus brazos, no tengo atención ni a querer ni a no querer, dejando todo otro cuidado a mi madre, salvo el de estar en su seno, mamar su sagrado pecho y pender de su amabilísimo cuello, para amorosamente besarla “con los besos de mi boca” (Ct 1,2); y habéis de saber, que mientras yo estoy entre las delicias de estas santas caricias, que exceden toda

suavidad, me parece que mi madre es un árbol de vida y que yo soy en ella como su fruto, que soy su propio corazón en medio de su pecho o su alma en medio de su corazón; y así como su andar basta para ella y para mí, sin que yo me entrometa en dar paso alguno, así su voluntad basta para ella y para mí, sin que yo tenga querer alguno en el ir o venir; y así no reparo si va aprisa o despacio, por una parte o por otra, ni inquiero dónde quiera ir, contentándome de cualquier manera que sea, de hallarme siempre entre sus brazos, junto a sus amables pechos, donde yo “como entre las azucenas me apaciento” (Ct 2,16; 6,2)»... Así debemos, Teótimo, hacer nosotros; dejándonos doblar y traer, según el beneplácito divino, como si fuésemos de cera; no ocupándonos en desear y querer las cosas, sino dejándolas querer y hacer a Dios...

[15] «Mis ojos estén siempre en el Señor, porque Él desempeñará mis pies de los lazos y redes» (Sal 25,15). ¿Has caído en las redes de las adversidades? No mires tu aventura ni los lazos en que has dado; mira a Dios y déjale hacer, que Él tendrá cuidado de ti; «pon tu pensamiento en Dios y Él te mantendrá» (Sal 55,23); ¿para qué te entrometes tú en querer o no querer los sucesos y accidentes del mundo, pues no sabes lo que debes querer de ellos? Dios querrá siempre y bastantemente por ti, todo lo que tú pudieras querer sin que te atormentes con el cuidado; aguarda, pues, con reposo de espíritu los efectos del beneplácito divino y bástete su querer, pues siempre es sumamente bueno, porque así lo ordenó a su muy amada santa Catalina de Siena: «Piensa en Mí (le dijo), que pensaré por ti».

[X, 7] Cuando la desdichada tropa de los espíritus diabólicos, habiéndose rebelado contra su Criador, quiso atraer a su facción la santa compañía de los espíritus bienaventurados, el glorioso san Miguel, animando sus compañeros a la fidelidad que debían a su Dios, gritaba en alta voz (pero con un modo angélico) en medio de la celestial Jerusalén: «¿Quién como Dios?». Y con esta palabra derribó al aleve Lucifer con sus secuaces, que querían igualarse a la Divina Majestad; y de ahí, como se dice, se le puso el nombre, pues Miguel no quiere decir otra cosa sino «¿quién como Dios?». Y cuando los amores de las criaturas quieren atraer nuestros espíritus a su bando para hacernos desobedientes a la Divina Majestad, si el grande amor divino se halla en el alma, se opone como otro Miguel, y asegura las potencias y fuerzas del alma en el servicio de Dios, con esta palabra de firmeza: «¿Quién como Dios?». ¿Qué bondad hay en las criaturas que pueda obligar al corazón humano a rebelarse contra la soberana bondad de su Criador?...

[11] ...Del mismo modo que Jacob vio que una misma escala tocaba el cielo y la tierra sirviendo igualmente a los ángeles para bajar como para subir, así también sabemos que una misma dilección se extiende a amar a Dios y al prójimo, levantándonos a la unión de nuestro espíritu con Dios, y volviéndonos a la amorosa sociedad de los prójimos; pero de tal suerte, que amamos al prójimo en cuanto es imagen y semejanza de Dios, criado para comunicar con la divina bondad, participar de su gracia y gozar de su gloria...

[14] Deseaba un caballero que un famoso pintor le pintase un caballo corriendo: hízole el artífice echado de espaldas y como revolcándose; comenzó a enfadarse el caballero, cuando el pintor, volviendo el retrato de arriba abajo: «No os enojéis, señor», le dijo, «para trocar la postura de un caballo corriendo en la de uno que se está revolcando, no es menester más que volver el retablo». Teótimo, quien quisiere ver qué celo o qué celos debemos tener para con Dios, no ha menester más que pintar muy bien los celos que tenemos de las cosas humanas, y después trastornar el retablo, porque tal debe ser el que Dios nos pide...

[15] Aquel buen padre de familias... conoció bien que los criados ardientes y violentos suelen exceder de la intención de sus dueños; porque ofreciéndose los suyos para ir a escardar su campo, y arrancar de él la cizaña, les dijo: «No os lo quiero permitir, no sea que con la cizaña arranquéis también el trigo» (Mt 13,29)... No es buena economía, dice nuestra gente del campo, tener en casa pavos reales, porque aunque cogen las arañas y la limpian de ellas, echan, con todo eso, a perder las cubiertas y techos y la utilidad no es comparable con los daños que hacen...

[16] Los grandes santos que han industriado sus pasiones a fuerza de mortificarlas con el ejercicio de las virtudes, pueden gobernar su cólera a todas manos, soltándola y recogéndola como bien les pareciere... No es dado a todos el saber encolerizarse cuando conviene y como conviene.

[XI, 3] ...Para dar gusto de aceituna a las uvas, no es menester más que plantar las cepas entre olivos; porque sin tocar uno a otro, sólo por la vecindad se comunicarán estas plantas recíprocamente los sabores y propiedades; tanta es la inclinación y estrecha conveniencia que tienen entre sí.

Todas las flores, excepto las del árbol triste [el jazmín de la India] y algunas otras de natural monstruoso, se alegran, se abren y hermocean a la vista del Sol, por el calor vital que reciben de sus rayos; pero todas las flores amarillas, y sobre todas las que los griegos llamaron heliotropos y nosotros tornasol, no sólo reciben alegría y complacencia con la presencia del Sol, pero siguen con una amable vuelta lo atractivo de sus rayos,

mirándole y revolviéndose hacia él desde que se levanta hasta que se pone. Así, todas las virtudes reciben un nuevo lustre y una dignidad excelente por la presencia del amor sagrado...

[20] El amor es la vida de nuestro corazón, y como las pesas dan el movimiento a todas las piezas movibles de un reloj, así el amor da al alma todos los movimientos que tiene...

Los médicos metódicos tienen siempre en la boca esta máxima: que los contrarios se curan con sus contrarios. Los espagíricos celebran una sentencia opuesta, diciendo que los semejantes se curan con sus semejantes. De cualquiera manera que sea, sabemos que dos cosas desaparecen la luz de las estrellas: lo oscuro de las tinieblas de la noche, y la mayor claridad del Sol. Del mismo modo combatimos las pasiones, o poniéndoles otras contrarias, o mayores afectos de su género... Así, puedo combatir el deseo de las riquezas y de los deleites mortales, o por el desprecio que merecen, o por el deseo de las inmortales...

Cristo, Señor nuestro, usó del uno y otro método en sus curas espirituales... ¡Oh santa y sagrada alquimia! ¡Oh divinos polvos de sumisión, con los cuales todos los metales de nuestras pasiones, afectos y acciones, se convierten en el oro purísimo de la celestial dilección!

[21] No se puede ingerir una púa de roble en un peral, tan contrarios son los humores de estos dos árboles. Así, tampoco se podrá juntar la ira, la cólera, ni la desesperación con la caridad, a lo menos será dificultosísimo. En cuanto a la ira, lo hemos visto en el discurso de celo;¹¹ cuanto a la desesperación, si no es reduciéndola a la justa desconfianza de nosotros mismos, o bien al sentimiento que debemos tener de la vanidad, flaqueza e inconstancia de los favores, asistencias y promesas del mundo, no veo qué otro servicio pueda sacar de esto el divino amor.

En cuanto a la tristeza, ¿como puede ser útil a la santa caridad? Pues entre los frutos del Espíritu Santo, la alegría tiene su lugar junto a la caridad (Ga 5,22)?... Dícese que hay un pescado llamado pescador, y por sobrenombre diablo de mar, que revolviendo el cieno enturbia el agua alrededor de sí para meterse en ella como en emboscada, desde donde luego que apercibe los pequeños pececillos, se arroja a ellos, los coge y devora, de donde quizá salió el refrán: «Pescar en agua turbia». Pues lo mismo hace el diablo del infierno que el de la mar, porque arma sus emboscadas en la tristeza, cuando habiendo enturbiado el alma con multitud de enfadosos pensamientos que pone en el entendimiento, se arroja después sobre

11. *Traité de l'amour de Dieu*, X, 15-16.

los afectos, oprimiéndolos con desconfianzas, celos, aversiones, envidias, aprensiones superfluas de pecados pasados, y trayendo cantidad de sutilezas vanas, agrias y melancólicas, para que se dé de mano a toda suerte de razones y consejos... La tristeza procede otras veces de la condición natural, cuando el humor melancólico predomina en nosotros, y ésta, verdaderamente, no es viciosa en sí misma; pero nuestro enemigo no deja de servirse de ella grandemente para hundir y tramar mil tentaciones en nuestras almas, porque como las arañas no suelen urdir sus telas sino cuando el tiempo está pardo y el cielo nuboso, así este espíritu maligno no tiende con tanta facilidad las redes de sus sugerencias en los espíritus blandos, benignos y alegres, como en los turbulentos, tristes y melancólicos, porque les inquieta fácilmente con congojas, sospechas, odios, murmuraciones, censuras, envidias, perezas y entorpecimientos espirituales.

...Finalmente, hay una tristeza que la variedad de los accidentes humanos trae consigo... Esta tristeza es común a los buenos y a los malos; pero en los buenos es moderada por la conformidad y resignación en la voluntad de Dios, como se vio en Tobías, que de todas las adversidades que padeció dio gracias a la Majestad Divina; y en Job, que bendecía el nombre del Señor (Jb 1,21); y en Daniel, que convertía sus dolores en cánticos. Al contrario, a los mundanos esta tristeza es ordinaria y se trueca en pesares, desesperaciones y aturdimientos de espíritu, porque son semejantes a los micos y martas que siempre están mohinos, tristes y enfadosos en la menguante de la Luna, como al contrario en la creciente saltan, danzan y hacen sus monerías. El mundano es desabrido, enfadoso, amargo y melancólico en la menguante de las prosperidades terrenas; y en la creciente, bravo, regocijado e insolente.

La tristeza de la verdadera penitencia, no tanto se debe llamar tristeza como disgusto, sentimiento y detestación del pecado; tristeza que jamás es enfadosa ni airada... según la regla que pone san Agustín: «Que el penitente se entristezca siempre, pero siempre se alegre de su tristeza»¹²... Disculpable es no estar siempre alegre, porque ninguno es dueño de la alegría para tenerla cuando quisiere; pero no hay disculpa para no ser siempre bueno, fácil y ajustado, porque esto siempre es del poder de nuestra voluntad y no es menester más que resolverse a vencer el humor e inclinación contraria.

12. Agustín, *Enarratio in Psalmum L*, 5.

JEAN DE SAINT-SAMSON

Jean de Moulin nació en Rennes el 19 de diciembre de 1571; a los tres años se quedó ciego a causa de la viruela y, huérfano, fue confiado a un tío. A los veinticinco años fue a vivir en París con su hermano. En 1606, tras años de espera, fue aceptado en el Carmelo de Dol. Enfermo, llagado, perseguido por demonios, fue puesto de diversos modos a prueba por jesuitas, capuchinos y carmelitas, antes de que fuera reconocida su santidad. Murió en Rennes el 14 de septiembre de 1636.

Algunos de los tratados dictados por él fueron publicados tras su muerte: *Les contemplations et divins soliloques*; *Le vrai esprit du Carmel*; *Le cabinet mystique*; *De la consommation de l'âme en Dieu par amour*, entre otros, recogidos en los dos volúmenes editados en Rennes en 1658 y 1659.

DE «EL VERDADERO ESPÍRITU DEL CARMELO»

La humildad

Es preciso vivir gozosos y alegres, como conviene a los verdaderos enamorados de Dios: visto que Dios se debe a sí mismo el propio bien, y que todo el placer de este nuestro infinito amor es que Dios sea lo que es, que tenga lo que tiene, que Él ahora se beatifique a sí mismo en su presente eternidad. Éste es el que alegra a los ángeles en la gloria y a los hombres a lo largo del camino, en ciertas condiciones favorables o adversas que se pueden verificar: y así la beatitud de Dios, y la felicidad que ésa suscita en los hombres, constituye la felicidad de éstos sobre la tierra, y el paraíso de Dios está en ellos.

En verdad, dado que el hombre está compuesto de dos partes, puede suceder que lllore, aun permaneciendo alegre internamente; aunque no se llegue a ver ningún motivo razonable de llanto. Porque quien desea ardientemente la vergüenza, la calumnia, el oprobio y toda clase de desprecio, las enfermedades, las pérdidas, la pobreza, la cruz y el dolor, cuando los obtiene tiene lo que quiere, y por eso tiene motivos para alegrarse, siempre que los malos y la opresión no lo violenten demasiado en su parte sensible, pues él puede entonces llorar y al mismo tiempo alegrarse en su hombre superior, es decir, el entendimiento. Eso a menudo no es notorio; y aun cuando sucediese que no estuviera alegre interiormente, a causa de la ardiente y gran tribulación, la cosa, sin embargo, no tiene importancia, porque la profunda resignación del espíritu y del sentido suplen de algún

modo a la alegría. Llorar, pues, por la tristeza y el dolor y al mismo tiempo alegrarse es raro; pero puede suceder, y se ha visto y se ve aún en los santos más perfectos, que viven de manera terrible los actuales y eternos ejercicios de nuestro Señor. Finalmente, la resignación serena y gozosa es en este punto necesaria y suficiente. Así la vida de los hombres es laboriosa y jocunda, feliz e infeliz, y en verdad el hombre tendrá menos consolación, alegría y paz, cuanto más y mejor imite al Salvador.

Verdaderamente mala es la criatura que hace este agravio a Dios, que pretende ser algo respecto a cualquiera. ¿Dónde seremos puestos, entonces? ¿Arriba o abajo? ¿Lejos o cerca? ¿En el puesto de honor o en el de infamia? ¿En el bien o en el mal —pues no debemos estar igualmente contentos, sin reflexionar ni razonar bajamente de nosotros mismos, sino sólo en Dios, del cual y en el cual vivimos, para poseerlo plenamente y para ser recíprocamente poseídos por él—? Pues él es nuestro eterno y feliz centro, llegados al cual, transfundidos y absorbidos a través de la completa transformación de nuestra voluntad, y del anhelo que tenemos de él, gozamos desde aquí la plenitud de los santos, permaneciendo en ella con sumo placer y tranquilidad de espíritu y de corazón aun en medio de las batallas y de las cruces que nos tocan. Y es maravilloso que Dios sienta singular placer en perfeccionar a aquellos que ama con toda clase de ejercicios; si bien en modos diversos y por diferentes vías. Hasta el punto de que, si se quiere saber, con absoluta certeza, quiénes son los que le resultan más agradables en esta vida, se sepa, y se crea sin duda, que son los que entran a su presencia completamente anonadados.

En esta nada, y allí donde no hay nada, la humildad se encuentra en su centro y produce en consecuencia el efecto continuo que le es propio. Pues la verdadera nada no se nos puede manifestar como tal, sino que en su lugar se nos manifiesta la muerte. Vemos a los moribundos, mientras que la nada permanece ignota para nosotros lo mismo que para aquel que a ella es reducido; hasta ese punto está él abismado en el Señor. Pero, Dios mío, ¿de qué estamos hablando? En lo que a mí respecta, no sabría qué decir: pues esos mismos que parecen perfectamente anonadados quieren oír, comprender, ver y conocer.

La humildad, pues, de estos apasionados que perciben sólo a través del sentido no es sino frágil estuco, mentira que resistirá, todo lo más, mientras dure la influencia divina. Dejarán bien patente la verdad de lo que digo apenas sean sometidos de cualquier modo a pruebas interiores o exte-

riores que van contra su razón y sus juicios. Los oiremos entonces murmurar, impugnar, punzar mortalmente, y si algunos consiguen disimular y soportar los golpes recibidos, éstos serán sabios en comparación con los infinitos locos que colman el mundo.

Por tanto, es verdad que, si la humildad está hecha, en su motivación, más de razón que de amor, resulta fingida y aparente: no podrá nunca soportar las pruebas exteriores infligidas a los hombres, los cuales siempre exagerarán, más o menos, su razón. Por eso es preciso fortalecerse más a través del amor, que de la razón, pues, si se ejercita sólo la razón, se construirá sobre arena. Esta verdad la reconocieron también los paganos, los cuales, considerando la alta belleza de la virtud, se ejercitaron en el amor de ésta, en lugar del de la sola razón.

Reavivemos, pues, con ardor nuestro objeto, que reside en Dios. Vivifiquemos razón y conocimiento con un amor ardiente, pero verídico, que esté por encima del razonamiento humano. Porque si el amor no supera el razonamiento, el hombre no conseguirá nunca sobrepasarse a sí mismo: y si no logra hacer morir a su hombre exterior, que es dado por el sentido y por la razón inferior, para hacer que llegue a ser espíritu por la vía del amor, nunca se sentirá elevado ni siquiera a la primera y más baja unidad del corazón.

Hablando ahora a los que están verdaderamente muertos, digo que este estado suyo es muy distinto del completo anonadamiento, del estar completamente muertos: pues la muerte es el umbral del anonadamiento. Pero, buen Dios, ¿de qué estamos hablando y a quién, si el número de los que consiguen morir completamente es tan pequeño? No importa, decimos que quienes se han anonadado verdaderamente hasta el último y supremo grado permanecen precisamente por esto ignorados, desconocidos, y se diferencian de la mayor parte de los santos y de los místicos mejores. No hay santo, por decirlo así, tan espiritual, que no se encuentren otros más espirituales que él. Pero se puede afirmar que existen hombres de tan excelsa santidad, y capaces de una aniquilación tan verdadera y completa, que se identifican con su objeto infinito. No es mi intención alargarle con otros particulares sobre este tema, para aquellos que están al margen de él, por más que esto acontezca en el ámbito espiritual. Bastará que se sepa que los mejores representantes de esta vida en Dios llegan a ser tales en dicho supremo y último grado, donde todo es puro espíritu.

No se comprende cómo puede verificarse esto dentro de ellos, dado que los vemos libérrimos en el obrar, sin los escrúpulos que advierten incluso los buenos y los santos. Pero es preciso saber que, a fuerza de obrar, de tras-

cender, de padecer y morir en Dios, de amar en el amor y por encima del amor, más devenimos espíritu y menos podemos ser comprendidos y juzgados, a no ser que nos encontremos frente a un espíritu muy semejante. Por eso los espíritus inferiores deben seguir su camino, sin entrometerse en absoluto en lo que supera su capacidad de comprensión. Si se dan cuenta de que no son tan libres como los otros, deben convencerse de que eso sucede porque no han llegado a ser espíritu en la misma medida que los primeros.

Si uno se odiase con tanta perfección que se procurara todo el mal posible, como por un apetito insaciable, o, aun no atreviéndose a ello a causa de determinadas circunstancias, fuese al menos capaz de aguardar ese mal a pie firme y seguro, ninguna criatura conseguiría ya hacerle ofensa alguna, ni cosa alguna dañarle. Pues ya no se le podría alcanzar en modo alguno, y él sería en adelante imperturbable y del todo impenetrable; no sólo en el fondo de sí mismo, sino en la inmensidad de Dios, donde se encontraría totalmente perdido y donde viviría escondido y absolutamente ignoto, en plena soledad de espíritu y de cuerpo, hasta el límite que le sea consentido. Y aun cuando tales hombres estén exteriormente en comunicación con los siervos de Dios, sus semejantes, no obstante, por cuanto les concierne, continuarían pasando desapercibidos, visto que todo su contacto y comunicación es impuesto por la pura necesidad, según el orden y la amplitud establecidos por la divina voluntad.

Pero, como criaturas tales existen bien pocas en este mundo, eso explica el exiguo número de los verdaderos humildes, considerados en toda la extensión del más riguroso hábito de la humildad, que es en parte adquirido y en parte infuso. Pues este supremo hábito sólo constituye el lustre y el ornato de aquellos que están verdaderamente muertos, que viven como fuera de sí, en la vida y en el goce del objeto que persiguen.

De manera que, cada vez que han de hacer o soportar algo, esas almas se encuentran en su centro; y cuanto más tienen que penar, más se consideran alegres y satisfechas.

El alma que se ve reducida a este punto de desolación y de impotencia quema su holocausto por encima de toda forma de conocimiento y de satisfacción personal; por tanto, no sabe si es digna de amor o de odio, si conoce a Dios, si se adhiere a él con ese amor suyo desnudo y simple. Es verdad, sin embargo, que por una secreta fuerza pasiva se adhiere a Dios desnuda y simple tal como es, sin preocuparse de la búsqueda de los medios para la propia salvación: y su alegría consiste en morir perpetua-

mente sobre esa cruz, si éste fuese el deseo de Dios, sin que nadie sea capaz de consolarla; pues hasta tales consolaciones no sirven sino para renovar y acrecentar aún más su sufrimiento.

Tales almas están entre las mejores y más puras que aparecen sobre la tierra. Pero, ¡ay!, bien poco sabemos de ellas. Es cierto, sin embargo, que se siguen encontrando almas semejantes, capaces de morir casi de continuo de tan amarga muerte: si no de manera completa y universal, al menos interiormente, en su más honda intimidad, de la cual no trasluce al exterior signo alguno, como de cosa totalmente inexistente. Pues ellas ponen todo su empeño en permanecer desconocidas para los hombres y en morir anónimamente, con el fin de conformarse al Hijo de Dios, nuestro Salvador. Tales almas han llegado al techo de su fecunda morada, edificada casi a sus propias expensas, sin saberlo y sin darse cuenta de ello, y sin embargo con dolor y lucha, sufriendo cruelmente la muerte. Para obtener tal resultado, han afrontado con toda su fuerza y constancia las angustiosas pruebas del Señor, cuya vehemencia se puede más fácilmente experimentar y lamentar, que no concebir y expresar a través de un lenguaje humano.

Cuando comience a pesaros la ausencia del divino Esposo, y os sintáis aridecidos, podéis servirlos de vuestras aspiraciones. No os preocupéis si vuestros actos no os parecen agradables, ni interiormente eficaces; eso se debe sólo a la falta de fuerzas activas. Si dicha falta fuese total, como sucederá a menudo, hasta el punto de obligaros a morir cruelmente en tal inactividad, permaneced contentos y tranquilos dentro de vosotros, o, por mejor decir, en vuestro Esposo. Miradlo fija y atentamente desde el interior, con mirada inmóvil: y no obstante los violentos esfuerzos y los punzantes dolores que es preciso soportar, no en vosotros, sino en Él, aun cuando os parezca estar fuera de Él y que Él os ha abandonado y rechazado completamente, guardaos bien de creer que las cosas sean verdaderamente así. Es necesario que poseáis esta verdad de la presencia y de la asistencia continua de Dios, en verdad viva y profunda; eso aliviará de algún modo vuestros languores, dando al espíritu constancia, firmeza y tranquilidad para soportar los mortales sufrimientos causados por la aparente ausencia del Esposo.

Pero cuando el Esposo se muestra y se manifiesta de golpe a la esposa, colmándola toda de sí; cuando con sus excelsas operaciones la atrae dentro de sí y la hace por eso mismo semejante a sí, entonces la hace dilatarse hasta el punto de que ella se siente en admirable simplicidad de espíritu, en plena disponibilidad de sus fuerzas tensadas al unísono y, al mismo tiempo, unida al Esposo: lo cual se verifica de pronto, sin que se llegue a saber cómo, pues

en este encuentro el alma debe dejarse tomar, elevar y transportar sin hacer nada, siguiendo así el llamamiento luminoso y simple del Esposo a lo íntimo, donde Él reside en sí y por sí. Después, cuando el flujo de la atracción ha cesado, es necesario que ella sepa servirse hábilmente de los residuos de esa luz viva y plena que ha recibido: deberá obrar con moderada actividad para hacer durar ese resplandor sin aplicarse restricción alguna. Pues, en virtud de esa luz, ella es capaz de actuar sin dificultad, de dilatarse con simplicidad en su Esposo según su estado y gracias a su habitual ejercicio.

Si además la esposa estuviese a menudo desbordante de amor y de luz, también en su parte sensible, el cuerpo quedaría debilitado y decaído. Ésa es la razón por la que, mientras dura el influjo sobre los sentidos, no es preciso ni concentrarse, ni seguir su llamamiento: nos ocuparemos devotamente, en cambio, de prácticas externas, como leer, estudiar, rezar u otra actividad posible. Cuando después nos demos cuenta de que ese influjo ha desaparecido, se retomará el curso de la dulce y única introversión, del amor simple y unitivo.

No es preciso preocuparse en absoluto de dichos influjos, sino sólo de los buenos, seguros y simples que dilatan interiormente el espíritu y lo iluminan, sin groseras penetraciones en el campo corporal y de los instintos inferiores. No digo que los primeros sean malos influjos, siempre y cuando nos comportemos del modo que he indicado: afirmo, no obstante, que los otros son límpidos, más dignos del Esposo, el cual puede entonces fluir en sus esposas tan felizmente transformadas y capacitadas, en relación con el grado de transformación alcanzado, para acogerlo en lo más profundo de su espíritu con más dulzura, ingenuidad y vastedad. Este consejo es de la máxima importancia.

Las aspiraciones

El método para producir estas aspiraciones consiste en ciertas exclamaciones e interrogaciones, en ciertos requerimientos de amor, de unión y de cosas semejantes. Procedimiento que se seguirá practicando con todo el ardor del apetito inflamado, según la naturaleza de los temas escogidos previamente para ejercitarse. Los libros místicos están llenos de estos dardos amorosos, y no hay necesidad, por tanto, de discurrir aquí otros; bastará saber que la buena aspiración no se aviene con la imperfección voluntaria. Tales dardos flameantes penetran en el corazón amoroso de Dios y lo obligan a fluir en nosotros. Hacen que nos sintamos embriagados de Él

estando en Él, con un ardor y un ímpetu indeciblemente dulces y gustosos; y a través de esta experiencia aprendemos cómo el amor se basta a sí mismo y cómo, una vez adquirido, no tiene ya necesidad de ningún arte o precepto para durar. Pues, siendo vivo y luminoso, es también fecundísimo y muy instruido en virtud de la unción vivificante del Espíritu Santo, que lo difunde generosamente junto con él mismo.

Aun cuando al principio de este ejercicio el corazón no se sienta estimulado ni inflamado por los dardos que lanza hacia Dios, semejante ocupación no por eso resulta, sin embargo, menos útil y santa; y aquellos que a ella se dedican con todo entusiasmo se sentirán finalmente atraídos al Señor y conmovidos por su amor. Tal ocupación no embota la cabeza, sino que predispone el corazón, según las condiciones de aquel que se ejercita. Es preciso además, sobre todo al inicio, saberse ganar el pan con el sudor de la frente, recordando que el amor no encuentra paz si no ve su Objeto, si no le habla, si no se siente perfectamente unido a Él. Aborrece la exterioridad y la semejanza respecto a Él tanto como la muerte. En breve, la felicidad y su vida residen sólo en Él, al que a menudo dice: «Mi corazón y mi vida se han gozado en el Dios vivo» (Sal 84,3), y allí gozan y gozarán por siempre.

Es mejor, pues, que el corazón se ensanche más en virtud de un verdadero y fiel amor, que a través de las aspiraciones buscadas y aprendidas en los libros. Es el modo más fácil para llegar a poseer el amor. De todos modos, antes que permanecer ociosos, se podrá recurrir a las aspiraciones contenidas en los libros místicos, asimilándolas como si las hubiésemos compuesto nosotros.

Ahora bien, es en virtud del amor en sí y por sí como el alma fuertemente conmovida desea unirse estrechamente a Dios; y lo que espira de las concisas e inflamadas palabras de la aspiración no es otra cosa que amor. Amor que emana por todas partes llamas vivísimas: y así enciende en el alma un fuego divino, efecto del flujo amoroso, incandescente, con el cual Dios agita y atrae dentro de sí.

El designio divino es perder, fundir, licuar, disolver el alma en el inmenso horno de amor, para que en éste viva ella en adelante su dulce y deliciosa vida. Por eso no tiene paz hasta que no llega a poseer tal noble y divino amor, pero no ha recibido la gracia capaz de suscitarlo: Dios se la derrama a grandes oleadas, por decirlo así, para devorar, para consumir enteramente a su íntima amante, la cual responde con todas sus fuerzas a ese amor que la arrebató y atrae, para unirla y transformarla completamente en Él.

Entonces el alma goza los inefables abrazos, la grandeza, la bondad y los secretos indecibles de este Dios de amor que la arrastra a sus abismos,

tras la fiel laboriosidad con la cual ella se ha dedicado totalmente a Él. Llegada a este grado de iluminación y de goce, el alma queda verdaderamente inmersa y bautizada en el río delicioso del Espíritu Santo, donde aprende las secretas y maravillosas nociones que atañen a su suprema dignidad, y a la belleza, esplendor e inmensidad de Dios. Así el ejercicio de la aspiración se va afinando poco a poco cada vez más, volviéndose sobremanera sutil, libre de imágenes e impresiones; y la criatura puede servirse de él oportunamente, para elevarse y fundirse con su Dios de amor.

El objetivo inicial del noble ejercicio de la aspiración es apartar la voluntad de uno mismo e inflamarla con sujetos y temas sugeridos por el amor más profundo, como los expuestos por mí, o con otros aún más adecuados: pues si os es dado constatar la presencia del amor y a la vez sus efectos, sentiréis igualmente alegría en ambos casos; y aplicándoos a esta actividad amorosa, Dios os saldrá sin duda al encuentro con su bondad y su misericordia inmensas, con las cuales no deja nunca de avisar, ayudar y fortalecer al alma que desea humildemente acercarse a dicho infinito amor.

No es preciso, sin embargo, calentarse la cabeza, ni forzar o herir las facultades naturales durante la aspiración: se debe proceder con dulzura, con una reducida actividad, tanto racional como sensible. De ser posible, no debemos aburrirnos; es preciso descansar por cierto tiempo, actuando sólo espiritualmente, para que las potencias tensas por largo tiempo puedan rehacerse. Al mismo tiempo se debe permanecer inmóvil en contemplación del propio Objeto infinito, sumergiéndose en la más grande admiración con una simple mirada y en absoluto silencio, hasta que sintamos que nos hundimos y que la naturaleza se cierra de nuevo. Después comenzaréis otra vez dulcemente, pero con largos intervalos, vuestro humilde y amoroso esfuerzo: y continuaréis siempre de este modo.

De cualquier manera, una vez alcanzado cierto estado y cierto grado de amor, valdrá mucho más contemplar el propio Objeto divino, más bien que hablar o actuar. Pues, ¿para qué sirve nuestro esfuerzo, sino para elevarnos por medio de la ayuda y de la atracción divina? Y si ya estamos elevados, sea por la sola virtud de su atracción amorosa, sea por su efecto combinado con nuestra actividad, ¿para qué sirve, pues, multiplicar nuestras acciones?

En realidad, gracias a la asidua práctica de este amor, el alma, subiendo a través de los grados que he dicho, recibe (según el progreso que ha realizado) las señales del afecto de Dios, introversiones e ímpetus de ardentísimo amor tan vivos y eficaces, que su anhelo se ve cada vez más estimulado

al continuo goce del propio y delicioso objeto. Por eso, llena de Él, no sabe qué hacer para corresponder de algún modo a la crecida de aquel torrente de amor que la tiene inmersa en las delicias de su Objeto. En tal estado de deliciosa y simplicísima embriaguez, la facultad apetitiva y la inclinación a la alegría y a la actividad se reavivan y se abren progresivamente a la alegría de los divinos amores, en el querido y único Esposo. Y cuando siente todo su poder anulado ante el fuego de la comprensión incomprensible de su bienaventurado Objeto, sucumbe ante el esplendor de esa seductora belleza que se esfuerza por colmarla cada vez más con su divina exuberancia y que redobla, por tanto, la eficacia de su luminoso poder de atracción.

Pero, puesto que eso no dura ininterrumpidamente, cuando Dios (por cuanto concierne a su influencia sensible y suscitadora de alegría) se retira de su reino ya santificado por el goce del delicioso y divino Objeto, el alma se ve obligada a llamar de nuevo a la puerta, y no agota su dulce impulso de amor mientras no sea acogida de nuevo en el seno de su amadísimo y castísimo Esposo. Entonces el resultado es mucho más pleno que en el pasado, y el alma es mucho más atraída, más capaz de gozar de sus Amores en la esencia misma de Dios, en quien se ha transfundido enteramente. Así el advenimiento del Esposo, al repetirse, profundiza al alma atrayéndola hacia una alegría y una simplicidad extrema, hacia las más grandes delicias guardadas en su amoroso Objeto; y en tal divina operación, las facultades del hombre reciben lustre y soberana belleza del feliz resultado de estos contactos, absolutamente perfectos, para el completo y singular placer del Esposo.

Entonces el alma, ebria de alegría y como enloquecida por el amor al propio Bien, en el colmo de las delicias, dice: «Mi Amado está conmigo. Él pondrá su morada entre mis pechos» (Ct 1,13). Es decir, que poseerá para siempre su corazón y su alma, a cualquier precio, aunque fuese el de mil vidas. Dios la sumerge aún más, y de modo bien distinto, gratificándola con una comunicación distinta con Él, así como con espléndidos y deliciosos dones, colmados de gracias que hasta ese momento no le había otorgado aún.

Durante esta maravillosa alegría, los dos Espíritus se buscan, se penetran, se abisman y se funden uno en otro, mediante el flujo desbordante de la Unidad divina y las deliciosas líquideces que el Esposo, por abundancia de amor, hace correr en la esposa. Pues Él ha decidido inundar a la esposa con sus oleadas divinas y sumergirla completamente. Y la esposa, perdida y abismada en aquellas oleadas, expira y muere entre los pechos de su Amado.

De semejante experiencia, activa por una parte y pasiva por otra, se origina la vida que vivifica, que hace desvanecerse todo sentimiento y todo deseo de la vida moribunda, y también de la vida exclusivamente intelectual.

DE «EL GABINETE MÍSTICO»

Así se puede ver fácilmente cómo Dios, que está infinitamente por encima de lo que se puede decir o concebir, difiere en sí de toda creaturalidad en la sustancia abstracta en la cual es y reside: en cuanto que Él puede contenerse totalmente en nosotros, pese a nosotros y más allá de nosotros. Cosa que puede hacer por medio de la fuerza activa de su mirada amorosa o, por mejor decir, de su continuo amor activo, que arrebatada y agita nuestras almas muy por encima de la naturaleza de éstas y de la de toda otra esencia creada. Pues es su gozosa e inmóvil unidad la que las transfunde en la divina plenitud esencial; en la cual, como hemos dicho, no hay distinción de personas, sino sólo esencia abstracta de todo lo que existe o puede existir.

En este estado, el alma se encuentra muy diferente de sí; todo está previsto por cada una de las Personas distintas que (como se ha dicho) emiten la propia acción beatificante sin salir de la inmovilidad y de la común bienaventuranza, ni de esta unidad esencial suya y nuestra. Sin embargo, su imperturbabilidad supera la nuestra en cuanto la naturaleza, la personalidad y su sustancia divina superan la creaturalidad y la capacidad de nuestras almas, sea en sentido activo o pasivo: dichas almas, que se encuentran en ese estado gracias al completo don de sí, son transformadas en Dios, mucho más allá de lo que los hombres pueden comprender a través de este nombre, muy por encima de toda su posible percepción.

En esto, a mi parecer, es en lo que la deificación de la criatura, que ha superado la creaturalidad, es distinta de la Deidad, que es sustancia absolutamente alejada de lo creado, de lo increado y de lo creable: por más supraesencialmente supraesencial y supraexcelsamente supereminente que pueda ser, pudiéndose ella contener toda en sí y por sí.

A propósito de las almas deificadas por transformación de las diversas maneras antedichas, añadiré aún: las que ahora me parecen proceder por voluntad, acción y pasión propia, en verdad proceden porque Dios vive, actúa y padece en ellas; y puesto que son completamente consumidas, perdidas y transformadas en su esencia, son Dios mismo, por encima de todo carácter nominal de éste, como hemos dicho ya anteriormente. De suerte que se puede afirmar, y se debe creer, que lo que estas almas desean se hace realidad en el mismo instante sin tiempo, no tanto por su virtud, cuanto por la de Dios mismo: se trate de acciones o supraacciones, pasiones o suprapasiones, percepción o impercepción, llevadas incluso más allá de su límite más alto, en la ignorancia o por encima de la ignorancia.

Están envueltas en esta niebla oscurísima, y yacen en las tinieblas, incapaces de juzgar, sentir y discernir las nociones, verdades e iluminaciones (por las cuales son tocadas sólo externamente), del mismo modo que permanecen ignotas a sí mismas en su simple oscuridad. Y, aun en tal estado, obran de modo extraño e inconsciente, movidas por su pasión, sin saber adónde van ni lo que hacen. Y mientras sigan así no recibirán otra alegría o satisfacción, sino diversas aflicciones debidas a sus propios defectos. Tendrán necesidad, al menos durante todo ese período, y quizás durante la vida entera, de una guía segura que tenga especial cuidado de ellas.

No deseo alargarme más. Sólo he querido mostrar manifiestamente la bondad y la fortuna, ignoradas por ellas no obstante, de dichas personas, las cuales, sin embargo, no deben nunca ser consultadas, debido a la imposibilidad que tienen de conocerse a sí mismas. Pues, habitualmente, estas pobres criaturas son dignas de gran compasión.

Pero aquellos que son consumados y en los cuales convergen todas las luces más altas, profundas y directas, debidas a los sucesivos grados de iluminación, y en los cuales las tinieblas han sido ahuyentadas por la más clara y cegadora claridad, éstos son por siempre capaces de ver todo en profundidad, de comprenderlo todo, de juzgarlo todo, iluminando a los demás con la abundancia de su propia luz: la cual, por su naturaleza, simplifica y aclara cuanto toca. Y a tal fin les es infundida.

PIERRE DE BÉRULLE

Nació en Sérilly (Champagne), el 4 de febrero de 1575 de familia noble. Fue ordenado sacerdote y en 1604 estableció el Carmelo reformado de santa Teresa de Jesús en Francia. En 1611 fundó la Congregación del Oratorio a imitación de san Felipe Neri. Tuvo parte eminente en la política francesa de su tiempo, y en 1627 fue creado cardenal. Murió el 2 de octubre de 1629. En 1644 fueron publicadas sus obras completas a cargo de François Bourgoing. Habían sido impresas poco a poco: en 1597, *Bref discours de l'abnégation intérieure*; en 1599, *Traité des énerguènes* y *Discours sur la possession de Marthe Brossier*; en 1623, *Discours de l'état et des grands de Jésus*; en 1627, *Elévation à Jésus-Christ notre Seigneur*; y, en 1629, *La vie de Jésus*; *Les mystères de Marie*.

Estuvo entre los primeros y máximos fundadores de la mística mariana; sus intuiciones no andan lejos de las del teólogo protestante inglés John Everard, contemporáneo suyo. En el sermón de este último, *The Starre in*

the East, se lee esta página que puede servir de introducción a la mariología berulliana: «Cuando comienzas a descubrir y a saber, no sólo que Él fue concebido en el seno de una Virgen, sino que tú eres esa virgen y que Él es concebido más veraz y espiritualmente, pero igual de realmente, en tu corazón, de suerte que sientes al Niño que comienza a ser concebido en ti por el poder del Espíritu Santo y que el Altísimo te cubre con su sombra; cuando sientes a Jesucristo que se mueve para nacer y ser parido por ti; cuando comienzas a ver y a sentir todas esas potentes, poderosas acciones realizadas en ti que lees que fueron por Él realizadas en la carne, ahí tienes de verdad un Cristo, un Cristo real que te hará bien, siendo la Escritura un tejido alegórico urdido como una tapicería estupenda para representar visiblemente una historia cuyo significado se debe encontrar en el alma; si te detienes en ella sólo en su calidad de cuadro o historia, es una lectura que mata; si te reconoces a ti mismo en ella gracias a ella, da vida» (J. Everard, *Gospel Treasures Opened*, 1653).

DE «LOS MISTERIOS DE MARÍA»

*Condición especular existente entre el ángel Gabriel
y la Virgen María*

[I, 10] Nos agrada ver esta lucha celeste. Es una lucha entre dos ángeles y dos vírgenes; porque los ángeles son vírgenes sin cuerpo (dice un autor antiguo), y las vírgenes, ángeles en un cuerpo: se produce entre el ángel Gabriel y la Virgen María, dos espíritus raros, uno del cielo, el otro de la tierra; pero ambos celestes y ambos en la tierra. Feliz combate, e igualmente celeste, en el cual ambos vencen y triunfan.

El ángel quiere elevar a la Virgen, y la Virgen se quiere abajar en su nada. Ella se aferra tan firmemente a su abajamiento, que cuanto más la eleva él, más se abaja ella; cuanto más habla él, más está ella en silencio; cuanto más apremia él, más aturdida está ella, y no penetra la palabra del ángel. Y sin embargo este ángel es el suyo, es su custodia y su guía; le es enviado desde el cielo para hacerla entrar en el más alto camino, el más raro y elevado que habrá nunca, el camino de las sendas de su Señor, del cual ella dirá un día: «El Señor me adquirió desde el inicio de sus designios, antes de sus obras más antiguas» (Pr 8,22). Éste es el elemento fundamental de su combate con el ángel y la razón de su aturdimiento. En efecto, la Virgen no duda del ángel que le habla, ella sabe que es un ángel de

gracia, de luz y de gloria, ve perfectamente que este ángel contempla dentro de ella lo que ella es incapaz de ver; Dios la oculta en su humildad y sencillez admirables... Ella no puede desaprobar a este ángel y su palabra, porque es del cielo; tampoco la quiere aceptar, porque es palabra que concierne a sus grandezas y sus alabanzas. ¿Qué hará, pues, esta alma apretada en esta lucha entre la humildad de su corazón y la verdad de este ángel? Se retraerá a su silencio, a su nada y a su Dios mismo. Allí piensa y repiensa en sus palabras, y en sí misma; pero no encuentra escapatoria y entra en una elevación y suspensión admirables, sin rechazo, pero también sin adhesión a las palabras que le son anunciadas...

[12] Primero estaba abajada en su nada, es decir, en la nada de la criatura, y ahora se abaja a otra nada, a saber, a la nada del Creador que se hace criatura, si es lícito decirlo así; y la Virgen entra en el estado humilde y profundo adonde nos debe llevar el abajamiento, y como en la aniquilación de un Dios hecho hombre por el misterio sagrado de la encarnación.

Allí está en su centro la humildad de la Virgen y está también en su descanso sin turbación, sin movimientos, sin elevación en medio de las grandezas. Allí Dios es abajado y la Virgen es elevada; pero en su elevación está viva y se adhiere al abajamiento de su Dios que se abaja elevándola. Se adhiere a su Dios abajado y no a sí misma elevada; está viva en este abajamiento de Dios, y no en las propias grandezas. De esta vida y adhesión, su humildad saca alimento, vigor y subsistencia, y es poderosa, sólida y luminosa.

La Virgen, viendo claramente sus grandezas, está en un abajamiento más profundo y más firme que antes. Ésta es la razón por la que su humildad, que la hizo asombrarse y que la puso a prueba en las primeras palabras del ángel, no la asombra en absoluto ni la detiene en estas otras, que son mucho más altas y evidentes.

[I, 16] Un *fiat* dio comienzo al mundo, este *fiat* [de la Virgen] da comienzo al autor del mundo.

Una palabra hizo este universo, y esta palabra pone en el universo otro universo y hace un nuevo mundo en medio de este mundo, y un mundo de maravillas, un cielo en la tierra, una tierra en el cielo, una naturaleza creada en un ser increado. La Virgen, al proferir esta gran palabra, es el oriente de donde nacen estas maravillas. Dios la elevó entre las demás y sobre las demás; la palabra la eleva sobre ella y la establece en un estado excelente y en una conducta admirable. No es este ángel, sino el Dios de este ángel, quien está con ella.

[I, 27] La Virgen penetra los secretos [vínculos entre Padre e Hijo] porque se desenvuelven dentro de ella, y ella es el gabinete vivo donde el Hijo trata en secreto con el Padre Eterno. Ella sale felizmente de sus pensamientos, de su vida interior y espiritual para entrar en los pensamientos de Jesús, en la vida interior de Jesús. Ella entra en el amor y en la adoración que Jesús da a Dios su Padre; entra en las obligaciones y actos de Jesús; ella pierde el uso de su vida propia e interior en el abismo de la vida interior y nueva de su Hijo...

Así Jesús está, vivo, en la Virgen. Es la primera alma en la que Él estableció su vida. Y cosa peculiar de la Virgen es el estar atenta a la vida interior y espiritual de su Hijo, y ser una pura capacidad de Jesús, colmada de Jesús...

[28] Y apenas la Trinidad santa llevó a cumplimiento su obra dentro de la Virgen, Jesús comienza la suya, empieza a tratar con Dios su Padre, a operar nuestra salvación, a olvidar sus grandezas, a desposar una condición mortal y servil, a asumir cualidades de hostia.

DE «LA VIDA DE JESÚS»

Nacimiento e infancia de Jesús

[1] Mientras el Hijo de Dios está en silencio y es impotente incluso para hablar de su infancia, debemos hablar por Él, y hablar de Él, de mejor grado aún dado que por nosotros está Él en ese estado de silencio y de impotencia, siendo, según su estado propio y por su nacimiento eterno, el Poder, la Palabra y la Sabiduría del Padre. Reconociendo lo que Él es en la divinidad, contemplamos lo que se digna ser en nuestra humanidad, y vemos que son el poder de su amor y la grandeza de su bondad lo que lo reducen a este estado de pequeñez y de impotencia. Adoremos, admiremos un estado tan abyecto en un ser tan grande, y tal debilidad en tanto poder.

[2] Preferiría oír hablar de Jesús que hablar de Jesús: el estado de silencio que veo en Jesús me arrebatara y me atrae al silencio, como veo que también arrebatara y atrae al silencio a su santísima Madre. Escogería yo más bien tener por compañía a Jesús y María en su silencio, que no a todo lo restante del cielo y de la tierra, que no a aquellos que, según el evangelio, hablan tan alta y divinamente de las maravillas sobrevenidas en esos días. Este sagrado misterio es el mejor modo de honrar cosas grandes y profun-

das, y de reverenciar las grandezas de Jesús ocultas en sus bajezas, su divinidad velada por nuestra humanidad, su poder y sabiduría increada cubiertas por la impotencia e infancia que nuestros ojos perciben...

[3] Así la parte de la Virgen en este santo tiempo es estar en silencio: es su estado, su camino; es su vida. Viendo ante sus ojos, en el seno entre sus brazos esta misma Palabra, la Palabra sustancial del Padre, enmudecida y silenciada por su estado de infancia, ella entra en un nuevo silencio, y es transformada en él a ejemplo del Verbo encarnado que es su Hijo, su Dios y su único amor. Así, su vida transcurre de silencio en silencio, de silencio de adoración en silencio de transformación, contribuyendo igualmente su espíritu y sus sentidos para realizar en ella esta vida de silencio.

«*Hágase tu voluntad*»

[17] Si he venerado a la Virgen en el curso precedente de su vida y de sus deseos, mucho más la venero en este momento, en esta elevación, en esta disposición en la cual profiere esta palabra [*fiat*]. Cuando la pronuncia, entra en un estado nuevo operado en ella y no por ella, y entonces no está en movimiento, sino en reposo, estando quieta; no en reposo, sino en movimiento, porque tiende a Dios con vigor y vivacidad admirables. Está en un movimiento celeste, en un reposo divino: en un movimiento que es reposo y en un reposo que es movimiento.

Digo que está, no en una acción, sino en un estado: su ocupación es, en efecto, permanente, y no pasajera. No está en un estado, sino en una acción: lo que acontece en ella que está vivo y penetra hasta la médula del alma. Ella está, no ya en una acción, ni tampoco en un estado, sino en un nuevo ser: lo que está en ella está vivo, como la vida misma, y es cosa sustancial, íntima y profunda como el ser. Ella es, pues, un nuevo ser, pero un ser portador de ser y no ser juntamente. Y la Virgen está como en un no ser de sí misma, para hacer sitio al Ser de Dios y a la operación de Él; Dios, en efecto, quiere ser en ella y allí realizar su obra maestra. Así ella no es, no vive, no opera. Dios es, Dios vive, Dios opera en ella. Y, lo que interesa todavía más, Él es, vive, opera, para tomar Él mismo un nuevo ser, una nueva vida, y realizar en la Virgen una operación semejante a las que opera desde la eternidad en sí mismo; operación que se aproxima lo máximo posible a las emanaciones divinas.

Ahora bien, ¿cuál será este nuevo ser comunicado a la Virgen, que se refiere a una operación tan grande? ¿Cuál será esta vida, fuente de vida, fuente de tal vida? ¿Cuál el poder, plenitud, actualidad de esta vida que debe cooperar dignamente con la santísima Trinidad en la formación de un nuevo principio de vida y de gracia en el mundo? No hay, pues, en el universo nada más grande y excelente después de la divinidad misma. Ella está al oriente de un nuevo estado. Es una criatura nueva de un mundo nuevo, y también la primera criatura de este nuevo mundo.

Expoliación

¡Oh consejo estupendo de la sabiduría increada, que priva a la humanidad de Jesús de su persona humana para darle la Persona divina! ¡Oh privación! ¡Oh expoliación que es juntamente preparación de vida nueva para el Hombre-Dios y modelo de la vida nueva del justo según el espíritu! En efecto, lo mismo que el Hijo eterno de Dios en su naturaleza humana no tiene persona humana, es decir, no tiene un yo sustancial y personalmente humano, tampoco el hijo adoptivo de Dios, conducido por la gracia divina, debe tener moral ni espiritualmente un yo.

Honro, pues, esta expoliación que la humanidad de Jesús opera por su subsistencia, y por tanto, en honor de dicha expoliación y en la medida en que vuestra grandeza, oh Señor, y mi condición la hacen revertir en vuestro honor y gloria, renuncio a todo el poder, autoridad y libertad que tengo de disponer de mí, de mi ser, de todas las relativas condiciones, circunstancias y pertinencias, poniéndome enteramente en las manos de Jesús, de su alma divina y de su humanidad ungida y consagrada por la divinidad misma, y entregándome a ella en honor de esta humanidad para la ejecución de todas sus voluntades y de sus poderes sobre mí. Voy más allá y quiero que no haya ya en mí un yo, y quiero poder decir con san Pablo: «Vivo ego, jam non ego, vivit vero in me Christus», «vivo yo, y no yo, sino Jesús vive en mí» (Ga 2,20).

Según la razón profunda de san Agustín, quiero que el espíritu de Jesucristo sea el espíritu de mi espíritu y vida de mi vida. Y lo mismo que el Hijo de Dios por derecho de subsistencia tiene posesión de la naturaleza humana que está unida a su Persona, así quiero que, por derecho de poder especial y particular, Jesús se digne entrar en posesión de mi espíritu, de mi estado y de mi vida, y que yo no sea ya sino una desnuda capacidad y un puro vacío en mí mismo, lleno de vacío y no de mí mismo por siempre.

DE «BREVE DISCURSO SOBRE LA ABNEGACIÓN INTERIOR»

Hay dos piedras fundamentales de esta abnegación. La primera es una bajísima estima de todas las cosas creadas y de uno mismo más que de todas, adquirida mediante el pensamiento frecuente de su vileza, y mediante una experiencia cotidiana de la propia flaqueza y nulidad. La segunda es una altísima estima de Dios, no por medio de una sublime penetración de los atributos de la divinidad, que no es necesaria y que es propia de pocas personas, sino por medio de la sumisión de uno mismo a Dios para adorarlo y darle todo poder sobre nosotros y sobre lo que es nuestro, sin reserva de interés particular alguno, por santo que sea.

María Magdalena no busca sino a vos [oh Jesús], la gracia de vuestro amor. Los discípulos y los apóstoles os han seguido fielmente, pero tras ser llamados, y llamados sin que pensarán en vos. Ésta os busca, os sigue, os va detrás sin ser llamada por vos con palabra que la atraiga y se dirija a ella. Y ahora, resucitado, queréis que sea la primera en oír vuestra voz. No permitisteis a esta divina amante estar sino un solo momento a vuestros pies, no le concedisteis sino una palabra sola: *Rabbuni* (Jn 20,16). Y en ese mismo instante la apartáis, la enviáis de nuevo, volvéis al secreto de vuestra luz inaccesible. Y ella no os ve ya, no os encuentra ya, no os posee ya, o así lo parece. Sois la vida, dejadla vivir en vos, sois su vida, dejadla vivir de vos. Al menos dadle tantas horas cuantas os llora, os busca, os imprime en su corazón. Pero las cosas son de un modo muy diferente. En el momento mismo en que os encuentra, encuentra en vos una piedra más dura que la del sepulcro, que vuestros ángeles quitaron. Vos sois para ella piedra de separación. Este golpe me parecería insoportable si no fuese vuestro, y si no fuese por amor y por un amor más grande. Todo lo que es vuestro da vida, fuerza y amor, y en vuestro amor, privando a esta alma del fruto de su amor, le dais nuevo poder, y poder de amor, para soportar esta privación, este rigor y esta separación; separación que secreta e insensiblemente unifica con vos su alma en modo nuevo. ¡Oh amor puro, celestial y divino! Amor que no tiene necesidad de ser en modo alguno mantenido, ni de sentimiento alguno; amor que subsiste por virtud de ser, y no mantenido por virtud de ejercicio y operación; amor que, como los fuegos celestes, se conserva en su alma, como en su elemento, sin movimiento y sin alimento, mientras que los fuegos terrestres están en perpetuo movimiento y tienen necesidad de alimento para ser conservados y mantenidos aquí abajo, como en lugar extraño para ellos.

Personalidad y destino

En particular sabed y suponed que Jesús no sólo es vuestra vida, sino que en Él hay algún misterio particular, del cual quiere que recibáis cierta vida más particular que honréis de modo singular y de la cual dependáis perpetuamente. Y aun cuando eso quizás os sea desconocido, ofreced vuestro estado y vuestra vida en honor del tema que a Él le plazca escoger y establecer en vosotros, sin conocerlo ni desear conocerlo, salvo en el tiempo en que Él quiera. Ligaos humildemente, con sencillez interior, a este objeto desconocido.

Aprovecha ligarnos a Jesús, como a Aquel que es el fondo de nuestro ser por su divinidad, el nexo de nuestro ser con Dios por su humanidad, el espíritu de nuestro espíritu, la vida de nuestra vida, la plenitud de nuestra capacidad. Nuestro primer conocimiento debe ser de nuestra condición deficiente e imperfecta; y nuestro primer movimiento debe estar vuelto a Jesús como a nuestro cumplimiento. Y en esta búsqueda de Jesús, en esta adhesión a Jesús, en esta profunda y continua dependencia de Jesús, está nuestra vida, nuestro descanso, nuestra fuerza y todo nuestro poder de obrar; y nunca debemos obrar de otro modo que como unidos a Él, dirigidos por Él, y sacando espíritu de Él para pensar, soportar y obrar.

FRANÇOIS BOURGOING

Discípulo íntimo de Bérulle fue François Bourgoing, nacido en París el 18 de marzo de 1585. Ingresó en el Oratorio, abandonando su parroquia de Clichy. Tras la muerte de Condren, en 1645, se convirtió en superior general de la congregación. Renunció en 1661, quizás a causa del número de oratorianos jansenistas. Murió en 1662. En la oración fúnebre a él dedicada, Bossuet habló del espíritu del Oratorio: «Allí una santa libertad constituye un santo empeño; se obedece sin ser dependiente; se gobierna sin mandar; toda la autoridad está en la dulzura, y el respeto se alimenta sin recurrir al temor».

Bourgoing escribió *Vérités et excellences de Jésus-Christ... disposées en méditations*.

DE LOS «AVISOS»

[XII] Jesús es el verdadero Sol de nuestras almas, llamado óleo o ungüento precioso derramado, *oleum effusum*. Así la santidad de Jesús es santificante, su humildad, humillante, su pureza, purificante. Así, su obediencia y todas las demás virtudes se derraman y producen en nosotros sus efectos aun cuando nosotros no nos esforcemos en absoluto por producir sus actos, sino que sólo volvamos a ellos, simple y fijamente, nuestra mirada, con plena humildad y respeto, esperando así sus influjos. Digo esto, no ya para abolir el ejercicio y la práctica de los actos interiores, y la busca y la humilde petición de las virtudes, sino para llevar e introducir a las almas a un camino interior de oración a través de la mirada, estima, honor, reverencia, admiración y adoración de Jesús.

SAN VICENTE DE PAÚL

Nació en Pouy en 1581, recibió las órdenes en 1600. Fue limosnero de la reina Margarita. En 1625 fundó la Misión, y en 1633 las Hijas de la Caridad.

Murió el 27 de septiembre de 1662. Sintió el influjo de san Francisco de Sales y tomó de él la costumbre de conversar con las hermanas de la Caridad, respondiendo a sus preguntas, exhortándolas a un comportamiento ceremonioso y a la práctica del completo abandono lleno de alegría.

DE LAS «CONFERENCIAS ESPIRITUALES
A LAS HIJAS DE LA CARIDAD»

*La imitación de las hijas de los campos.
Conferencia del 25 de enero de 1643*

[XIII, 139] No hay nada que valga tanto como las personas que verdaderamente tienen el espíritu de los aldeanos; en ningún sitio se encuentra tanta fe, tanto acudir a Dios en las necesidades, tanta gratitud para con Dios en medio de la prosperidad.

[140] Os diré pues, mis queridas hijas, que el espíritu de las verdaderas aldeanas es sumamente sencillo: nada de finuras, nada de palabras de doble sentido; no son obstinadas ni apegadas a su manera de pensar; porque la sencillez las hace creer simplemente lo que se les dice. De esta

forma, hijas mías, tienen que ser también las Hijas de la Caridad; en esto conoceréis que lo sois de verdad, si todas sois sencillas, si no sois obstinadas en vuestras opiniones, sino sumisas a las de las demás, cándidas en vuestras palabras, y si vuestros corazones no piensan en una cosa mientras que vuestras bocas dicen otra. Mis queridas hermanas, quiero creer esto de vosotras. ¡Bendito sea Dios! ¡Bendito sea Dios, hijas mías!

[141] En las verdaderas campesinas se observa una gran humildad, no se glorían de lo que son, ni hablan de su parentela, ni piensan que tienen inteligencia, y van con toda sencillez; y aunque unas tengan más que las otras, no por ello se sienten superiores, sino que viven igualmente con todas. No sucede lo mismo con las jóvenes de las ciudades, que muchas veces presumen de lo que no tienen, están hablando siempre de su casa, de su parentesco y de sus comodidades. Hijas mías, las verdaderas Hijas de la Caridad están y deben estar cada vez más alejadas de este espíritu; creo que, por la gracia de Dios, así será, ya que, aunque entre vosotras haya personas de toda clase y condición, todas son iguales, y así es como tiene que ser; las hermanas de la Casa tienen que tomar el verdadero espíritu de las buenas campesinas y vivir lo mismo que ellas.

Es preciso que os diga, mis queridas hermanas, que recibo un gran consuelo siempre que veo entre vosotras a las que tienen verdaderamente este espíritu; ¡bendito sea Dios! Sí, os lo digo, hijas mías, cuando me las encuentro por la calle, con el cesto a la espalda, no sabéis la alegría que experimento. ¡Bendito sea Dios!

[142] La humildad de las buenas campesinas impide también que tengan ambición; os hablo de las «buenas», hijas mías, porque sé muy bien que no todas son tan virtuosas y que también hay en el campo personas que tienen el espíritu tan ambicioso como en las ciudades, pero hablo siempre de las buenas, de las que no se han contagiado del espíritu de las ciudades. Ésas pues, mis queridas hermanas, no quieren más que lo que Dios les ha dado, ni ambicionan mayor grandeza, ni más riqueza, que la que tienen, y se contentan con vivir y vestir. Mucho menos se preocupan de decir palabras hermosas, sino que hablan con humildad. Si se las alaba, no saben por qué; por eso no escuchan las alabanzas. Su hablar es sencillo y sincero. Hijas mías, ¡cómo hay que estimar esta santa virtud de la humildad que hace que uno no se sienta apenado cuando lo desprecian, y que incluso llega a amar el desprecio! Los santos apóstoles se gloriaban de los desprecios. San Pablo dice: «Hemos sido considerados como mondas de manzanas y como estiércol del mundo» (1 Co 4,13). Mis queridas hijas, así es como las Hijas de la Caridad se tienen que juzgar; y en esto conoceréis que sois verdaderas Hijas

de la Caridad, si sois muy humildes, si no tenéis ambición, ni presunción, si no os creéis más de lo que sois, ni más que las otras, bien sea en el cuerpo, bien en las condiciones del espíritu, bien por vuestra familia o por vuestros bienes, o por vuestra virtud, lo cual sería la ambición más peligrosa. Utilizad buenamente los dones de Dios; atribuidle la gloria, si os ocurre que habéis hecho algo bueno, o imitad a las verdaderas jóvenes del campo que dicen y hacen sencillamente todo lo que saben sin mirar lo que dicen o hacen. Una señal muy segura de que sois verdaderas Hijas de la Caridad es que amáis el desprecio, porque no os faltará ocasión de recibirlo. ¿Y por qué no lo ibais a tener? El Hijo de Dios lo recibió en abundancia; por eso decía que su Reino no era de este mundo (Jn 18,36). ¿Cuál tiene que ser el de las Hijas de la Caridad? No otra cosa, ¡hijas mías! ¡y bendito sea Dios porque están muy lejos de pensar lo contrario!

[143] Las campesinas, mis queridísimas hijas, tienen gran sobriedad en su comida. La mayor parte se contenta muchas veces con pan y sopa, aunque trabajen incesantemente y en trabajos fatigosos. También vosotras, hijas mías, tenéis que obrar así si queréis ser verdaderas Hijas de la Caridad: no miréis lo que se da, ni mucho menos si está bien preparado, sino solamente comer para vivir. Y es menester que las de las ciudades que quieran ser Hijas de la Caridad, acepten vivir de esta manera. No son ellas solas las que viven de este modo; en gran número de lugares raramente se come pan. En el Limousin y en otros sitios se vive la mayor parte del tiempo de pan hecho de castañas. En el país de donde yo procedo, mis queridas hermanas, se alimentan con un pequeño grano, llamado mijo, que se pone a cocer en un puchero; a la hora de la comida se echa en un plato, y los de la casa se ponen alrededor a tomar su ración, y después se van a trabajar.

Hijas mías, ¡qué necesaria es la sobriedad a las Hijas de la Caridad! En eso conoceréis que lo sois de verdad, si conserváis con cuidado esta sobriedad de las aldeanas y especialmente de las que han sido llamadas desde el principio a servir a los pobres, porque vivían con una gran sobriedad.

No os digo que comáis poco pan. No, mis queridas hermanas; san Bernardo dice que hay que comer suficiente pan; pero os digo que, en lo demás, las Hijas de la Caridad tienen que contentarse con poco. ¡Bendito sea Dios porque parece que esta práctica existe ya entre vosotras! ¡Bendito sea Dios por ello! Conservadla bien, hijas mías, si queréis tener el espíritu de las verdaderas campesinas, en el que Dios os ha llamado al servicio de los pobres enfermos. No penséis que estáis peor alimentadas, hermanas mías, que las personas de fuera. En cualquier tiempo que sea, hay muchas peor alimentadas que vosotras, a pesar de que tienen que trabajar.

[144] Hace ya algunos días, nuestro hermano Mateo nos escribía desde Lorena, y su carta, toda empapada en lágrimas, me indicaba las miserias de aquel país y especialmente las de más de seiscientas religiosas: «Padre, el dolor de mi corazón es tan grande, que no se lo puedo decir sin llorar, por la grandísima pobreza de estas buenas religiosas que socorre su caridad, y que yo no podría ni mucho menos expresar. Sus hábitos casi no pueden ser reconocidos. Están remendados de verde, de gris, de rojo; finalmente, de todo lo que pueden tener. Han tenido que usar zuecos». No se preocupan de tener suficiente pan. Todas ellas son personas de buenas casas, que han tenido muchos bienes. ¿No sería una vergüenza para las Hijas de la Caridad, siervas de los pobres, si desearan buenos platos, mientras que sus amos sufren de esta manera? Así pues, tened por seguro que, si queréis ser de verdad buenas Hijas de la Caridad, es menester que seáis sobrias, que no gustéis de buenos guisados, tanto las viudas de gran condición como las que son verdaderamente de aldea. Ninguna distinción, ninguna diferencia, cuando se es verdadera Hija de la Caridad. ¿Y sabéis, mis queridas hermanas, de qué vivía la santísima Virgen cuando estaba en la tierra, y de qué vivía nuestro Señor? De pan. Entró en casa del fariseo, nos dice la Sagrada Escritura, para comer pan (Lc 14,1); y en otros varios lugares, lo mismo. Solamente se dice una vez que comió carne: fue cuando comió el cordero pascual con sus apóstoles; y otra vez que comió pescado asado. ¡Bendito sea Dios!

[145] Las aldeanas, mis buenas hermanas, tal como era la gran santa Genoveva, tienen también una gran pureza; nunca se encuentran a solas con los hombres, ni les miran jamás al rostro, ni escuchan sus galanterías; no saben lo que es un piropo. Si se dijese a una buena aldeana que es hermosa y gentil, su pudor no lo podría sufrir; ni siquiera comprendería lo que se le dice. De la misma forma, hijas mías, es menester que las Hermanas de la Caridad no escuchan jamás tales palabras; porque aceptarlas con gusto sería un crimen; que ni siquiera contesten a ellas con palabras contrarias, porque todas esas maneras de entretenerse no valen para nada. Tened mucho cuidado.

Y si las palabras son tan peligrosas, ¿qué sería de las acciones? Hijas mías, jamás tenéis que estar solas con los hombres, aunque se trate de un sacerdote. Tocar las manos de los pobres, ¡oh, no!, no hay que hacerlo, si no es por necesidad. Preocuparse de si se les da gusto o no, no hay que pensar en ello, pero sin dárselo a entender y sin ofenderles. Finalmente, hermanas mías, conoceréis que sois verdaderas Hijas de la Caridad si vuestro espíritu no se detiene en la compañía de los hombres más que para servir a vuestros pobres, sin más preocupación que vuestra obligación por el amor de Dios. Y guardaos mucho de tener atractivos para los

hombres, bien sea por vuestros ojos, o bien por vuestras palabras. Sed también muy cuidadosas de no oír nada que pueda perjudicar en lo más mínimo a la pureza que tenéis que tener, para participar de la de las verdaderas campesinas, tal como fue santa Genoveva, que os tiene que servir mucho de ejemplo. Mis queridísimas hermanas, ¡bendito sea Dios, que hasta ahora os ha preservado de todos estos peligros!

[146] Os diré también, hermanas mías, que las verdaderas campesinas son muy modestas en su trato, mantienen su vista recogida, son modestas en sus hábitos, que son corrientes y vulgares. Así tienen que ser las Hijas de la Caridad. No tienen que entrar en las casas de los grandes a no ser cuando tengan algo que hacer allí por el servicio de los pobres, e incluso con miedo, sin observar lo que hay allí y hablando a todos con gran circunspección y modestia. Últimamente me quedé muy edificado. Había llevado a un buen hermano a un lugar en donde estuvimos algún tiempo; y como le preguntase después algún detalle, me dijo: «¡Lo siento, padre! No sé nada. No he observado nada. No le podría decir lo que hay allí!». Esta modestia me impresionó mucho...

[148] ¿Habéis visto jamás a personas más llenas de confianza en Dios que los buenos aldeanos? Siembran sus granos, luego esperan de Dios el beneficio de su cosecha; y si Dios permite que no sea buena, no por eso dejan de tener confianza en Él para su alimento de todo el año. Tienen a veces pérdidas, pero el amor que tienen a su pobreza, por sumisión a Dios, les hace decir: «¡Dios nos lo había dado, Dios nos lo quita, sea bendito su santo nombre!». Y con tal que puedan vivir, como esto no les falta nunca, no se preocupan por el porvenir. Hijas mías, puesto que las primeras de vuestras hermanas fueron llamadas principal y primeramente de entre las buenas campesinas y de las que tenían más este espíritu de pobreza, ¿no tenéis motivos para conocer, por la práctica de esta virtud, si sois verdaderas Hijas de la Caridad?

[149] Tenéis que practicarla en este punto; no preocuparse del porvenir; hacer vuestros gastos todo el año según vuestra costumbre y, si os sobra, traedlo a la casa, y esto para ayudar a educar a las hermanas para servir a los pobres. No tenéis derecho más que para vivir y vestiros; el resto pertenece al servicio de los pobres. Hijas mías, ¿no habéis oído decir alguna vez que Dios escogió a los pobres para hacerlos ricos en la fe (St 2,5)? ¿Y qué creéis que es esta elección que ha hecho Dios de las campesinas? Hasta el presente, las religiosas llamadas al servicio de Dios eran todas ellas hijas de casas ricas. ¿Qué sabéis, digo yo, hijas mías, si, al llamaros Dios para su gloria y para el servicio de los pobres, su bondad no quiere

quizás probar vuestra fidelidad para mostrar esta verdad, que Dios escogió a los pobres para hacerlos ricos en la fe? La fe es una gran posesión para los pobres, ya que una fe viva obtiene de Dios todo cuanto razonablemente queremos. Hijas mías, si sois verdaderamente pobres, sois también verdaderamente ricas, ya que Dios es vuestro todo. Fiaos de él, mis queridas hermanas. ¿Quién ha oído decir jamás que los que se han fiado de las promesas de Dios se han visto engañados? Esto no se ha visto nunca, ni se verá jamás. Hijas mías, Dios es fiel en sus promesas (Dt 7,9), y es muy bueno confiar en él, y esa confianza es toda la riqueza de las Hijas de la Caridad, y su seguridad. ¡Qué felices seréis, hijas mías, si no os falta nunca esta confianza! Porque seréis entonces verdaderas Hijas de la Caridad, y participaréis del espíritu y de las buenas prácticas de las verdaderas aldeanas, que tienen que ser vuestro modelo, ya que Dios se ha servido primero y principalmente de ellas, para empezar vuestra Compañía. ¡Bendito sea Dios, hijas mías, que nos hace conocer en santa Genoveva la bondad de las verdaderas campesinas! ¡Qué consuelo siento, mis queridísimas hermanas, cuando me encuentro con alguna de vosotras que sé que tiene este espíritu y virtudes verdaderamente generosas! Sí, hijas mías, hay entre vosotras algunas dignas de admiración. ¡Bendito sea Dios, hijas mías! Cuando veo y me encuentro por los caminos a personas de condición que tienen verdaderamente el espíritu de las buenas aldeanas, que llevan un cesto a la espalda, que van cargadas por las calles y caminan con modestia que da devoción, hermanas mías, ¡cuánto consuelo me da esto! ¡Bendito sea Dios por las gracias que les concede!

[150] Una de las principales virtudes de las Hijas de la Caridad que tienen las cualidades de las campesinas es la santa obediencia. Hijas mías, esta virtud es tan necesaria o más que cualquier otra, ya que tenéis que practicarla igualmente en las cosas difíciles que en las fáciles. Tenéis que ir tanto a los lugares a los que tengáis repugnancia como a los que deseáis, y esto sin ninguna queja, pensando siempre que es preciso obrar así, ya que vuestros superiores lo ordenan, y que, por consiguiente, tal es la voluntad de Dios. Sed dóciles y manejables bajo la guía de la divina Providencia, lo mismo que un caballo con su jinete; id unas veces por la derecha, otras por la izquierda, tal como se os ordena. Pero los sentidos dirán: «Empezaba a acostumbrarme a esta parroquia, a este barrio, a estas damas». «¡No importa! La obediencia es la que me saca; hay que salir con prontitud y alegría». ¿No sabéis, hijas mías, que no hay que tener en el mundo ninguna amistad que pueda perjudicar al amor que habéis de testimoniar a Dios por vuestra sumisión y obediencia? No hay mayor obediencia que la de las verdaderas

aldeanas. Vuelven de su trabajo a casa, para tomar un ligero descanso, cansadas y fatigadas, mojadas y llenas de barro; pero apenas llegan, tienen que ponerse de nuevo a trabajar, si hay que hacer algo; y si su padre y su madre les mandan que vuelvan, en seguida vuelven, sin pensar en su cansancio, ni en el barro, y sin mirar cómo están arregladas. Así es como tienen que hacer las verdaderas Hijas de la Caridad. Vuelven a mediodía del servicio a los enfermos para tomar su comida, pero si el médico o alguna hermana dice: «Hay que llevar este remedio a un enfermo», no tienen que fijarse en qué situación están, sino olvidarse de todo por obedecer, y preferir la comodidad de los enfermos a la suya. En esto, mis queridísimas hermanas, es donde conoceréis que sois verdaderas Hijas de la Caridad. ¡Bendito sea Dios, hermanas mías! Creo que estáis casi todas en esta disposición.

[151] ¿Pero sabéis, hijas mías, cómo se deben hacer estos actos de obediencia? Con alegría, mansedumbre y caridad, y no por mera obligación, ni de una forma negligente, sino con tal fervor que demostréis que no queréis ahorrar vuestro esfuerzo en el servicio de Dios al servir a vuestros pobres, y sin fijarse en los lugares a donde se os envía, ni en las personas que os mandan, sino estar dispuestas a cambiar de lugar, bien sea París, o bien los pueblos, un lugar cercano o apartado. De esta forma, mis queridas hermanas seréis verdaderas Hijas de la Caridad, imitaréis a nuestro Señor y a la Santísima Virgen en su obediencia, cuando se os mande quedar o cambiar de lugar, por orden y designio de la divina Providencia, a la que tenéis que ver siempre en los motivos para practicar la santa obediencia.

[152] En nombre de Dios, hijas mías, tened mucho cuidado en la obligación que tenéis de haceros virtuosas, si queréis que Dios os conceda la gracia de ser verdaderas Hijas de la Caridad. Si supieseis la obligación que tenéis de perfeccionaros y qué desgracia es hacerse indigna de una tan santa vocación, hermanas mías, lloraríais lágrimas de sangre. Sí, hijas mías, os lo digo una vez más: ser llamadas por Dios para una obra tan santa, y no reconocer en la práctica sus obligaciones, merecería ser llorado con lágrimas de sangre. Es un pensamiento que he tenido hoy, hermanas mías, miserable de mí, al verme tal como soy, en un estado que debería hacerme tan perfecto; hermanas mías, tengamos juntamente mucho miedo. Tenéis que tener muchas veces este pensamiento y decir: «Dios mío, me has escogido a mí, pobre e indigna criatura, para ponerme en un estado que sólo tú conoces (sí, hijas mías, sólo Dios sabe la perfección de vuestro estado) y yo soy un cobarde, al no trabajar por tener las condiciones requeridas». ¡Qué desgraciadas seríais si, por vuestra culpa, perdierais vuestra vocación, o si, por vuestra cobardía, no os esforzaseis en adquirir la perfección

que Dios quiere en aquellas que le sirven en este estado! Pensad en ello, hijas mías, pensad en ello muchas veces, pero en serio, y como en una cosa de la mayor importancia. «¡Oh! ¡Yo he sido elegida y escogida para una vocación tan santa, y pongo tan poco cuidado en ello!». Si supieseis lo que es esta infidelidad, sentiríais horror de ella.

Sobre la oración.

Conferencia del 31 de mayo de 1648

[XXXVII, 690] Así pues, hijas mías, repito lo que os acabo de decir; no hago más que repetir lo mismo porque tengo prisa. Por la primera razón vemos que Jesucristo nos recomendó que hiciéramos oración; por la segunda, vemos que nos da confianza y nos exhorta amorosamente a ello; y por la tercera, tenemos el ejemplo que nos ha dado; porque no se contentó nunca con hablar, sino que hizo; e hizo lo que quiso que nosotros hiciéramos; y no quiso nunca nada más que para nuestro mayor bien. Por todo lo que acabo de decir, mis queridas hermanas, podéis ver cuánta importancia debe tener la oración para haber sido tan recomendada, enseñada y practicada por el Hijo de Dios, y cuán útil resulta para el alma.

Se ha dicho también, y con razón, que la oración es para el alma lo que el alimento para el cuerpo, y que lo mismo que una persona que se contentase con no comer, más que uno de cada tres o cuatro días, desfallecería enseguida y se pondría en peligro de muerte, o, si viviese, sería lánguida, incapaz de realizar nada útil y se convertiría finalmente en un trasto sin fuerza ni vigor, así también el alma que no se alimenta de la oración, o que raramente la hace, se hará tibia, lánguida, sin fuerzas ni entusiasmo, sin virtud alguna, fastidiosa para los demás e insoportable a sí misma.

[691] Y se ha advertido también que de esta forma es como se conserva la vocación, porque es cierto, hijas mías, que una Hija de la Caridad no puede vivir si no hace oración. Es imposible que persevere. Durará quizás algún tiempo, pero el mundo la arrastrará. Encontrará su ocupación demasiado dura, porque no ha tomado este santo refrigerio. Irá languideciendo, se cansará y acabará dejándolo todo. Hijas mías, ¿por qué creéis que muchas han perdido su vocación?; porque descuidaban la oración.

[692] Se ha dicho igualmente que la oración es el alma de nuestras almas; esto es, que la oración es para el alma lo que el alma es para el cuerpo. Pues bien, el alma da la vida al cuerpo, le permite moverse, caminar, hablar y obrar en todo lo que necesita. Si el cuerpo no tuviese alma, sería

una carne corrompida, útil solamente para el sepulcro. Pues bien, hijas mías, el alma sin oración es casi lo mismo que ese cuerpo sin alma en lo que se refiere al servicio de Dios; no tiene sentimientos, ni movimientos, no tiene más que deseos rastreros y vulgares de las cosas de la tierra.

[693] A todo esto añadido, mis queridas hijas, que la oración es como un espejo en el que el alma ve todas sus manchas y todas sus fealdades; observa todo lo que la hace desagradable a Dios, se mira en él, se arregla para hacerse totalmente conforme con él. Las personas del mundo nunca salen de su casa hasta después de haberse arreglado convenientemente ante el espejo, para ver si hay en ellas algo defectuoso, si no hay nada que vaya en contra de las conveniencias sociales. Hay algunas que son tan vanidosas que llevan espejo en sus bolsos, para mirar de vez en cuando si tienen algo que arreglar de nuevo.

[694] Pues bien, hijas mías, lo que hacen las gentes del mundo por agradar al mundo, ¿no es razonable que lo hagan para agradar a Dios las que sirven a Dios? No saldrán nunca sin mirarse en su espejo. Dios quiere que los que le sirven se arreglen también, pero que sea en la santa oración, y que allí, todos los días y varias veces cada día, por medio del examen interior y de sus buenos deseos, vean lo que puede desagradar a Dios en su alma, pidiéndole perdón y gracia para ello.

[695] Se ha dicho que es en la oración donde Dios nos da a conocer lo que quiere que hagamos y lo que quiere que evitemos; y es verdad, mis queridas hijas, porque no hay ninguna acción en la vida que nos haga conocernos mejor, ni que nos demuestre con mayor evidencia la bondad de Dios, como la oración. Los santos padres se entusiasman cuando hablan de la oración; dicen que es una fuente de juventud en donde el alma se rejuvenece. Los filósofos dicen que entre los secretos de la naturaleza hay una fuente que ellos llaman la fuente de Juvencia, en donde los viejos beben del agua rejuvenecedora. Sea lo que fuere de esto, sabemos que hay fuentes cuyas aguas son muy buenas para la salud. Pero la oración remoja al alma mucho más realmente que lo que, según los filósofos, rejuvenecía a los cuerpos la fuente de Juvencia. Allí es donde nuestra alma, debilitada por las malas costumbres, se torna vigorosa; allí es donde recobra la vista después de haber caído antes en la ceguera; sus oídos, anteriormente sordos a la voz de Dios, se abren a las buenas inspiraciones, y su corazón recibe una nueva fuerza y se siente animado de un entusiasmo que aún no había sentido. ¿De dónde viene que una pobre mujer aldeana que viene a vosotras con toda su tosquedad, ignorando las letras y los misterios, cambie al poco tiempo y se haga modesta, recogida, llena de amor

de Dios? ¿Quién ha hecho esto sino la oración? Es una fuente de Juvencia en donde se ha rejuvenecido; allí es donde ha encontrado las gracias que se advierten en ella y que la hacen tal como la veis.

CHARLES DE CONDREN

Nació, de familia noble, en Vauboin, cerca de Soissons, el 15 de diciembre de 1588. A los dos años y medio tenía ya desarrollada la inteligencia, y se pudo dar ya a Dios. Criado entre ejercicios militares, preparado para las armas, creció con sentimientos magnánimos y, en una ocasión, supo hacer frente a un búfalo enfierecido. Consiguió no dedicarse a la carrera militar, y en 1614 se hizo sacerdote. Estudió en la Sorbona, y su admiración por Bérulle le llevó a ingresar en el Oratorio. Fue un gran exorcista y, siguiendo el consejo de san Jerónimo, se hacía acompañar por un niño de cuatro o cinco años cuando se enfrentaba a los endemoniados. Era famosa su renuencia a comprometerse, a ingeniárselas, a imponerse: no quiso nunca hacer nada contra Saint-Cyran, y sólo a punto de morir puso en guardia contra él a sus discípulos.

Se dejaba guiar por signos, por encuentros, por desgracias, que le sugerían cómo actuar; este comportamiento quedó arraigado en él desde los doce años, cuando, según palabras de su biógrafo Amelot, «la majestad divina le pareció tan inmensa e infinita, que sólo ese puro Ser debía subsistir, y todo el universo debía ser destruido para su gloria», y así comprendió que Cristo es hostia perpetua ofrendada a su Padre como «cumplimiento del celo de todos aquellos que deseaban para sí ser ellos mismos inmolados». En 1628, a la muerte de Bérulle, fue elegido superior del Oratorio. Tuvo entre sus discípulos a J.-J. Olier. Murió en 1641.

Sus discípulos mandaron imprimir, en 1643, *Discours et lettres* y, en 1677, *L'idée du sacerdoce et du sacrifice de Jésus-Christ*.

DE LAS «CARTAS»

[I] El discurso humano no habla de las cosas de Dios más que en las tinieblas, no las expresa nunca sino sacándolas de la luz que les es propia para tratar de ellas con la que Dios quiera darnos, que no puede nunca iluminarlas para el espíritu del hombre salvo aniquilándolas en sí mismas para cubrir las y revestirlas otra vez de la humanidad y bajeza del espíritu humano.

Los santos tienen en el cielo esta felicidad, la de no tener nada que decir ni que oír entre ellos sino a Dios, en el cual y por el cual expresan todas las cosas. Pues Él es su ser, vida, amor... comunicación santa, su comercio eterno, con el cual se hablan y se satisfacen mutuamente en Dios diciéndose a Dios mutuamente y expresando en Él, a través de su infinita verdad, todo lo que estas almas santas pueden desear comunicarse mutuamente. Así se mantienen en la verdad de Dios, se mantienen y se enlazan en su luz; se expresan entre ellos su sabiduría sin variedad de palabras y respuestas...

Sobre la tierra no podemos crear una comunicación tan feliz... Sin embargo, tenemos y podemos en la luz y verdad de la fe lo que ellos pueden y poseen en la de la gloria; y la fe puede e incluso debe darnos, en la verdad del espíritu de Dios, esta comunicación en Dios, sin gusto, con la verdad y satisfacción presente, si queremos vivir en la verdad pura y simple de este espíritu de fe, y salir del todo de los caminos de la carne y del hombre exterior, nacido de Adán y enemigo de Dios, que un día Dios destruirá del todo con la muerte y que ahora quiere destruir en espíritu en nuestras almas, con la verdad de su espíritu.

Por tanto, para que se me entienda claramente... En las comunicaciones que podemos tener de las cosas de Dios, no encontraréis sino tres cosas que considerar. La primera, los temas de los que se habla, y que deben ser verdades de Dios. La segunda, el discurso humano, con el cual se expresan. La tercera, el efecto de estas verdades en las almas que en ellas se entretienen...

El entretenerse humano y exterior nos propone las cosas de Dios para que entremos en ellas; pero, al proponérmolas, las degrada respecto a su dignidad, envileciéndolas y abajándolas con el fin de hacerlas comprensibles a la criatura que está revestida del hombre exterior y... las saca de su verdad. Las cosas de Dios, pues, no están en los discursos humanos de un modo que nos pueda santificar, sino en Dios solamente, y en el espíritu de la fe, porque es Dios. Y si queremos entrar según verdad en las cosas propuestas, es decir, vivirlas, es necesario que nos separemos de nuestro sentido y de las palabras de quien nos habla, de su sentido y de su espíritu particular, para adherirnos en y por el espíritu de Dios... a Dios, y para entrar en Él en las cosas propuestas. Ved que ya tenemos, así, el espíritu de la fe sin discurso humano.

[XVIII] Adorad al Hijo de Dios y su potestad de destruir el imperio del diablo y el reino del pecado, el cielo y la tierra y todo el mundo de Adán, esta vida y este presente en el que estamos en esta hora.

Renunciad a todas estas cosas que el Hijo de Dios quiere destruir y suplicadle que no espere al día del juicio para destruirlas en vos, sino que lo haga desde ahora, abrogando en vuestra alma todo el mundo de Adán. Daos a Él para entrar en la santidad de su celo respecto al mundo, para que estéis con Él en la inclinación a destruirlo y no podáis adheriros a aquél...

En segundo lugar, adoraréis a Jesucristo y la abundancia y plenitud de vida que hay en Él... Y esta potencia de vida con la cual saca el universo entero de la muerte y lo renueva en una mejor vida... Daos a nuestro Señor con el fin de experimentar ya desde ahora algunos efectos de esta nueva vida...

En tercer lugar adorad el juicio que Jesucristo hará de todas las cosas. Ahora le debemos honrar tanto más esmeradamente, cuanto menos seguros estamos de ser capaces de dar por él a Dios el honor, la gloria y el amor que le son debidos, no estándonos garantizada la salvación. Adorad especialmente el juicio que pronunciará sobre vos, el que sea, aunque fuese de condena... Daos a nuestro Señor para estar en el presente en la verdad de su juicio, para no estimar las cosas sino como las estima Él...

Debemos darnos al Espíritu Santo, para entrar en el deseo que Él inspira a la Iglesia de Dios de la segunda venida de Jesucristo. En efecto, el deseo y el amor que ella tiene de esta segunda venida es muy grande, y el deseo que tiene Jesucristo de venir por la gloria de su Padre es mayor todavía. El Espíritu y la Esposa dicen continuamente: «Venid», y quien lo escuche debe decir también: «Venid». Jesús dice: «Sí, vengo pronto». Así sea. Venid, Señor mío Jesucristo.

[LXIII] Abandonaos a Jesucristo y a sus santas operaciones, con un espíritu de fe y desprendido de todo apego a vuestros sentimientos y a vuestros pensamientos, sin deteneros en nada de lo que sucede en vos... Si estamos prontos a creer en lo que vemos u oímos en nosotros, fácilmente creeremos estar llenos de Dios y de su gracia, cuando en realidad estaremos llenos de nosotros mismos y de nuestras luces. No podemos ver ni conocer la vida natural y animal de la cual vivimos en nuestros cuerpos; y muy a menudo queremos ver y conocer la vida espiritual e incomprensible de la cual vive Dios por su gracia en nuestras almas: debemos evitar estas locas pretensiones, no buscando en absoluto, por medio de ninguna experiencia interior, los movimientos de la vida de la gracia en nuestras almas... «Beatus qui non iudicat se in eo quod probat» (Rm 14,22).

Debemos procurar vivir por mera vida de fe.

[LXXXIX] Habéis experimentado muchas veces que nada saca más solícitamente del mal que la comunicación de alguna persona deseosa de nuestro bien; porque es una distracción que os aparta de la consideración de vos mismo y, en consecuencia, de lo que perjudica. Ahora bien, es gran verdad que no hay nadie que ame el bien de vuestra alma, en comparación de nuestro Señor. Él sólo es omnipotente para socorreros, nadie sin Él os puede ayudar, pero Él puede sin nadie. Y no dudéis: si conversáis y os entretenéis con Él, recibiréis de ello gran consuelo. No dudo de que al principio encontraréis alguna dificultad, ni de que vuestro espíritu recaerá a menudo en los pensamientos que habéis tenido más frecuentemente... es un hábito que habéis adquirido y una fea arruga que habéis hecho a vuestro espíritu, y que no podéis destruir totalmente de una vez; sólo poco a poco, inclinándoos al lado opuesto, lo conseguiréis por la gracia de nuestro Señor, que asumirá gran parte de la pena, y os atraerá a sí con espíritu de dulzura. Debéis dejarlo hacer y dejaros atraer... con tal que os dejéis llevar y con tal que, cuando os sintáis caídos en vuestras habituales turbaciones, procuréis valerosamente apartaros de ellas con algún buen pensamiento sobre Él, considerándolo como vuestro único sostén, que os tiende los brazos, presentándoos su ayuda, llamándoos a su santa conversación, y más deseoso que lo que vosotros podáis pensar de vivir en vosotros y de que vosotros viváis en Él...

Rehuid como un infierno la consideración de vosotros mismos y de vuestras ofensas. Nadie debe pensar nunca en eso, salvo para humillarse y amar a nuestro Señor... Puesto que hay santas en el paraíso, básteos con consideraros en general pecadora.

JEAN-BAPTISTE DE SAINT-JURE

Saint-Jure nació en Metz en 1588, y en 1604 pertenecía a la Compañía de Jesús. Vivió en Amiens, Alençon y París, murió en 1657. Fuente de devoción fue para él la vida de Monsieur de Renty, nacido en el castillo de Béný (Normandía) en 1611, amigo de san Juan Eudes, de Bernières y de Marie des Vallées, autor de una vida de ésta y muerto en París en 1649.

Escribió *La vie de Monsieur de Renty* (París, 1651), además de muchos tratados de devoción, entre ellos: *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu Notre Seigneur, Jésus Christ* (1633); *L'homme spirituel* (1646); *Les trois filles de Job ou les trois vertus théologiques* (1646); *Le livre des prédestinés* (1646).

DE «EL LIBRO DE LOS ELEGIDOS»

La vida unitiva

A decir verdad, todas las luces, todos los efectos, y lo que de sublime y excelente se encuentra en la unitiva, ¿acaso no son efectos merecidos por la cruz, y frutos de este árbol de vida? ¿Por qué, pues, gustar de los frutos sin acordarnos del árbol, y detenernos en los arroyuelos sin pensar en el manantial? En ella ciertamente conviene siempre apoyarse como causa de todo eso, si anhelamos conservarla; y no dejar que se seque la fuente, si queremos que perennes fluyan las aguas.

Además de eso, nadie puede discutir que el más ordinario entretenimiento, la principal ocupación y, por decirlo así, el elemento de la vida unitiva, es el amor. Pero éste no tiene campo más amplio para ejercitarse, ni más poderosos medios para encender sus llamas, que en la pasión y muerte de nuestro Señor. Dado que, como dice Él mismo, no cabe dar mayor prueba de amor a un amigo, que entregar la vida por él, ¿qué será, pues, haberla Él dado por sus enemigos, y por enemigos vilísimos y abyectísimos, de los que nada podía temer? Ciertamente, como el fuego produce fuego, y lo produce grande en proporción de su grandeza, habiéndonos nuestro Señor mostrado en su muerte más amor que en ningún otro de sus misterios, resulta más que evidente que ninguna otra cosa hizo Él más capaz y poderosa para ganar nuestro amor y someterse todos los afectos de nuestros corazones.

Por tanto el estar Él en la cruz es una situación tal, que no respira sino amor. Porque clavó con clavos los pies para aguardarnos, los brazos extendió para abrazarnos, el rostro inclinado para besarnos, y el costado abierto para allí dentro acogernos en su amor. Pues también la serpiente de bronce, figura de nuestro Señor crucificado, es llamada en lengua hebrea *saraph*, que significa «ardiente»; de ahí tomaron su nombre los serafines, esos primeros espíritus que más que los demás arden con llamas de caridad, porque nuestro Señor en este estado tiene una fuerza maravillosa para abrasar nuestras almas con su amor, lo mismo que Él arde allí en el nuestro.

Como confirmación de esto considero yo que las personas que se encontraron al pie de la cruz cuando murió Jesucristo son las más perfectas: podemos mencionar a nuestra Señora, la más santa y más perfecta de todas las criaturas. La Magdalena, señalado prototipo de almas amantes y contemplativas. De la cual así mismo se cuenta que, estando retirada en aquella famosa soledad de Marsella, y habiendo suplicado a nuestro Señor que le hiciera conocer en qué ejercicio quería que se ocupase principal-

mente ella, para darle gusto y ganarse una hora más de Él amor, para darle testimonio del suyo, nuestro Señor le envió un arcángel con una cruz en la mano, que colocó ésta sobre la puerta de la gruta y le dijo de parte de Él que anhelaba que tuviese cada día ante los ojos esa cruz, y que se aplicase de continuo a considerar y reflexionar en los misterios en ella operados, de parte de los cuales había sido ella testigo. Ella lo cumplió por espacio de treinta y dos años, cuanto duró el resto de su vida. Allí estuvo san Juan, el más amado de todos los discípulos y el águila de las almas iluminadas. San Pablo, arrebatado hasta el tercer cielo, donde había oído cosas inefables, no por eso tenía otro ordinario entretenimiento que la pasión de nuestro Señor, y dice no saber otra cosa. Sobre lo cual san Gregorio, explicando aquellas palabras dichas por Dios a Job hablándole del águila: «Pulli ejus lambunt sanguinem», «sus aguilucho lamen la sangre» (Jb 39,27), dice así: ...Lamer la sangre es pensar con reverencia y devoción en la pasión de nuestro Señor, a la cual san Pablo, aquella gran águila que se había encumbrado alto hasta el tercer cielo, y con ojo perspicacísimo había contemplado los secretos de la divinidad, se aplicaba de tal manera, que decía a sus discípulos que no pensaba saber otra cosa que a Jesucristo crucificado. Nuestro Señor dice a su Esposa, figura de las almas perfectas: «Columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae», «mi paloma hace su morada en la hendiduras de la piedra, y en la caverna de una ruina» (Jr 48,28). Es decir, según la explicación común de los santos Padres, ella tiene su espíritu ocupado en la consideración de mis llagas. Y ella misma da testimonio de sí, de llevar día y noche la memoria de la pasión en su seno, como un manojito de mirra y como un saquito de olor (Ct 1,13).

Mas ¿qué? Está escrito: ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el humano entendimiento comprendió la excelencia y la sabiduría del modo que Dios ha elegido para salvar a los hombres que lo aman. Todo eso dice el Apóstol, ensalzando de esa manera el misterio de la cruz, para imprimirnos un gran concepto de ella y darnosla a conocer como la obra más sublime de la divina Sabiduría; ésa es la razón por la que también hoy en día los caldeos, y los cristianos de la isla de Santo Tomás en las Indias orientales, llaman en su lengua a la cruz *mascal*, que significa sabiduría, prudencia y cosa llena de espíritu. Y con razón, pues Dios, cuyo juicio es la misma Verdad y debe servirnos de regla para los nuestros, afirma que está tan lejos de encontrarse necedad en los padecimientos y oprobios de la cruz, que antes bien en ella resplandece la más alta y más perfecta sabiduría; debemos necesariamente insistir en que es así; cosa que, por el contrario, nunca puede decir, ni pensar, el mundo.

Para incitarnos a este afecto, que es uno de los principales y de los más necesarios, no es preciso sino concebir bien con el ánimo, y persuadirnos firmemente de que somos nosotros la causa de los males de nuestro Señor, que nuestros pecados lo hicieron prender, atar, flagelar, coronar de espinas y clavar en la cruz y morir de la más infamante y más cruel muerte. «Propter scelus populi mei percussi eum»; ésta es la declaración que hace de ello su eterno Padre por boca de Isaías: «Yo lo herí y castigué por los pecados de mi pueblo» (Is 53,8). «Vulneratus est», dice el mismo profeta, «propter iniquitates nostras, attritus est propter scelera nostra», «Fue herido por nuestros pecados, y éstos son la razón de sus tormentos» (Is 53,5). En efecto, ¿a qué fin el Hijo de Dios habría consentido padecer tantas penas, si nosotros no hubiésemos tenido ningún pecado? Clara cosa es que, si no hubiera habido pecado, jamás se habría resuelto a cosa tan extraña y tan alejada de su excelencia y felicidad.

Es necesario, pues, hacer que nos cale bien hondo en el ánimo esta verdad, que nosotros somos los verdaderos autores de todas las penas que nuestro Señor sufrió; y, en consecuencia, considerar la dignidad de la persona, y también la multitud de sus penas; porque tal pensamiento seguramente nos ocasionará dolor, dado que estaríamos muy dolidos de haber ocasionado la milésima parte de sus males a una persona infinitamente menor.

Así santa Lutgarda, al ir un día a la iglesia con el fin de rezar por los pecadores, a lo cual la había impulsado una voz del cielo, vio en la puerta a nuestro Señor crucificado, todo cubierto con su propia sangre, y advertida por una luz interior conoció que los pecados lo habían puesto en ese estado. Y santa Coleta, rezando también a Dios por los pecadores, vio un plato todo lleno como de carne de un niño, cortada en pedazos.

Es, pues, verdad, que los pecadores afligen, flagelan, ponen de nuevo en la cruz a nuestro Señor, y lo que aún se debe considerar bien es el lugar donde lo hacen, que es en ellos mismos: «Crucifigentes sibimetipsis Filium Dei», dice san Pablo, «crucificando al Hijo de Dios en sí mismos» (Hb 6,6); nuestro Señor fue crucificado por los judíos sobre el Calvario, flagelado en casa de Pilato, recibió un bofetón en la del pontífice; pero los pecadores le dan bofetones, lo flagelan y lo matan en sí mismos: en sus ojos con las malas miradas, en sus lenguas con las intemperancias y palabras obscenas, en sus corazones con los afectos desordenados a las criaturas, en sus cuerpos y almas con los pecados; lo cual es una nueva y gran injuria a nuestro Señor.

Si os alegráis, tened cuidado de atemperar vuestras alegrías con el temor, por miedo a perder por soberbia lo que os ganó la humildad. Eso dice san Agustín. La admirable virgen santa Coleta, considerando esto, y

habiendo visto en visión los pecados y la fragilidad de los hombres, quedé con ellos tan asustada y espantada, que por espacio de ocho días pensé siempre que había de caer; y por eso se aferré con todas sus fuerzas a los barrotes de su ventana, de suerte que fue necesario mucho esfuerzo para despegarla de allí. No dudo en absoluto que nosotros haríamos otro tanto si fuésemos iluminados del mismo modo.

Por lo cual debemos ser, en todos nuestros actos, extremadamente humildes, y estar siempre con miedo. Cuando entre los romanos un capitán volvía victorioso, y entraba con pompa y magnificencia admirable en la ciudad, tras él sobre su carro triunfal estaba el ministro de la justicia, que llevaba la corona de oro, centelleante de gemas; éste, en medio de los aplausos, de las aclamaciones y de las alabanzas le decía que se volviese atrás a mirar, y que se acordase de que era hombre, a fin de que no se hinchara por aquel honor. Para el mismo efecto le hacía colgar del carro una campanilla y un azote, para que entendiese que podía precipitarse de esa gloria y ese fasto en tal miseria, que sería condenado al látigo y a la muerte; se aludía así a la costumbre que había de colgar una campanilla al cuello de los facinerosos a los que se conducía a la muerte, a fin de avisar a los circunstantes para que se retiraran y no consintieran en contaminarse en absoluto por su contacto.

DE «LA VIDA DEL SEÑOR DE RENTY»

Declaraciones del señor de Renty

[I, 4] «Yo, pues, acerca de lo interno sigo el dulce atractivo, y acerca de lo externo quiero el querer divino, que me guía a seguirlo y me lleva a regirme en sencillez con el solo discernimiento de su espíritu: así por merced suya poseo yo en todas las cosas un alto e interior silencio, una profunda atención y una paz siempre imperturbada y tranquila.

»Me confieso de ordinario los jueves, conforme a lo que se me mandó; comulgo casi cada día, me siento arrastrado a ello y con gran necesidad de hacerlo.

»En una palabra, el objetivo que se me marca es entregarme a Dios por medio de Jesucristo con un trato de pureza, que tiene por operación propia adorar a Dios en Espíritu y en verdad de cierta manera totalmente nueva, y amarlo con todo mi corazón, con toda mi alma y con todas las fuerzas; más aún, en todas las cosas ver y adorar el gobierno de Dios, y seguirlo, permaneciendo sólo eso en mi espíritu, todo lo demás de mí se desvanece.

»Nada tengo yo de sensible, sino a veces de pasada; pero (si oso decirlo) cuando tanteo mi voluntad, alguna vez la encuentro tan viva, que ella me devoraría si el mismo Señor, que la anima, por indigno que yo sea, no lo impidiese. La penetra un calor y un fuego hasta la punta de los dedos: siento que todo habla para su Dios, y se extiende a lo largo y a lo ancho, en su inmensidad, y que allí se deshace y se pierde para glorificarlo. No puedo expresar cómo sigue eso, ni me detengo en absoluto en todo ello, que pasa en mí; pero luego recaigo siempre en mí nada, donde encuentro mi acto de pureza hacia Dios como antes».

[II, 3, 2] «Estoy, pues, en Dijón para agradar a Dios, donde he sabido, por las opiniones formadas previamente sobre mí, lo que Dios quería sacar de este viaje mío, y es que yo llevase una vida oculta y semidesconocida para los hombres, con verdadero espíritu de penitencia. El rumor que se había difundido sobre mí, de que yo era un hipócrita, lleno de artificios y aparentes devociones para colorear mi malicia, me ha hecho recluirme mucho en mi gabinete por temor a dar escándalo, más que ejemplo de virtud. He encontrado una comunidad que instiga contra mí; es también aquella de la cual tenía yo mayor motivo (así me lo parece) para esperar, por muchas razones, que debía valerme de apoyo más que todas las demás, y me he encontrado con todo lo contrario, pero con eso Dios me ha conferido muchas gracias. He estado atento a notarlas, y he recibido la humillación con suma alegría. Bien cauteloso he sido en esconder lo que podía hacerme entre ellos digno de alabanza. He hecho precisamente lo que debía por la verdad y la justicia, y luego he puesto todo lo demás en mi confusión y condenación, como justamente debo. Creo ser aquí como el excomulgado, y como el macho cabrío de la antigua ley, echado al desierto por mis enormes pecados, por lo cual me ha parecido que Dios me intimaba la penitencia, no de penas desnudas, sino de penas vestidas de confusión. Os lo digo para daros cuenta de mí no deteniéndome más sobre ello; mi único objetivo es amar a Jesús y condenarme a mí mismo»...

[3] «Caminando un día de esta cuaresma por las calles de París muy enfangado y desaliñado por fuera, llevaba yo en mí aquel sentimiento del Apóstol, cuando decía ser como la suciedad y el deshecho del mundo, y como me parecía ser yo tal, di bendición por maldición; el resto de aquel pasaje me fue puesto en la máxima potencia, recibiendo de hecho luz para entenderlo y fuerza para ejecutarlo. Sé adónde llega la propiedad, hasta una consideración y un comportamiento que ofende, si no se pone la mira en la sencillez y la dignidad de este cristiano envilecimiento; y que ésta es una gran

tentación, muy bien lo veo, pensar mantener su condición de categoría y de grandeza para dar mejor ejemplo y tener más autoridad para servir a Dios. Esto es un pretexto del que se sirve desde el principio nuestra debilidad, pero la perfección nos atrae como fin a Jesucristo humillado y hecho el último de los hombres en la cruz. ¿Qué honor es el de hacerse compañeros de Jesucristo, tan solo y tan poco seguirlo en sus ignominias y humillaciones? Éste es uno de mis terrores, que todavía no tengo bien acometido»...

[4] «Hace algún tiempo que, encontrándome en una calle por donde pasaban y volvían a pasar carruajes, no sabiendo yo si debía mirar a los pasajeros, por ser en aquel lugar muy conocido, ni si daría que hablar el ver que yo no volvía en absoluto los ojos, sino que iba derecho por mi camino, en un determinado momento me fueron puestas en el ánimo estas palabras, pero de manera tal, que no me cabía dudar de que venían de Dios: “No te preocupes en absoluto de ser conocido, ni te pares a conocer”. Estas dos palabras me dieron tanta luz y fuerza, que desde hace más de ocho días veo consistir en ello las mayores ayudas de la vida espiritual.

»Es cierto que, pues los más de nuestros males e imperfecciones derivan de querer ser visto, y ver, esto es un gran impedimento, que lleva un gran veneno al provecho del alma, aun cuando a menudo no aparezca el daño, ni se resienta la llaga. Lo que contamina nuestras acciones es que el amor propio se goza de que otro nos conozca y nos observe; siempre se muestra lo mejor, se esconde lo peor: todo lo exterior está tan compuesto, que a menudo el interior se ocupa más de ello que de Dios, y pocos son lo que no tienen en buena medida un vano respeto pasivo y activo de las criaturas.

»Estas palabras obraron en mí un gran desapego del siglo. ¡Y qué pureza estar en la tierra para no ver más que a Dios! Ciertamente, quien viviese absolutamente desconocido sin cuidarse de lo que el mundo dice o piensa de nosotros, sin querer tomar ni recibir en él parte alguna, sin querer conocer ni ser conocido por nadie, ni de nombre, ni de rostro, ni de librea, sino conforme Nuestro Señor lo hizo, ése andaría desnudo, puro y libre de espíritu. Estaba yo en medio de las calles y de los ruidos empujado y apretado; pero tan pacífico y cercano a Dios, y tan ocupado en él, como si hubiese estado en el desierto. Y desde aquella hora voy así por las calles, pero también con libertad en los ojos para ver lo que es preciso ver; pero sin apegarme: y estas palabras en caso de necesidad me son repetidas en el corazón, de suerte que me defienden y me conservan en Dios. Yo, sin embargo, soy infiel a estas gracias; pero la verdad, y la máxima verdadera en mí, no se borra, lo cual me hace mucho más culpable...».

[II, 5, 1] «Me ha venido a la cabeza que el modo de hacerme pasar la cuaresma con sumo rigor sería sentarme a una buena mesa y obligarme a hacer cenas opíparas, rodearme de galantes compañeros del mundo para hacer chanzas y reír, y finalmente irme al paseo y a la corte; pues esto sería un pequeño infierno, aun sin hablar del pecado que allí podría darse, cuyo solo pensamiento me hace temblar de horror: pues, a decir verdad, la soledad, los ayunos y las demás cosas que se llaman penitencias son mi aliciente...

»Aun cuando yo sienta eso, no dejo de conocer lo que soy, y en medio de todos estos deseos y antojos míos me guardo muy bien de pedir la menor cosa que sufrir: cuando lo he hecho por mi cuenta, lo he revocado después, como cosa de necio. Demasiada experiencia tengo de mi frivolidad: me doy solamente a mi Dios para todo lo que Él de mí desea desde lo más alto del cielo hasta lo más profundo del abismo. Por orden suya quiero todo, con él lo puedo todo, y lo que él manda no está nunca separado de su gracia».

[III, 3] «Yo no obro menos en mi recogimiento... incluso obro más, y tendría anhelo de hacerlo todo; y el modo de mi trato tiene mucho de luz; en ello no tengo yo parte alguna, porque nuestro Señor lo hace todo»...

«El uso y la consideración del mundo se encuentra de ordinario en mí: cuando es preciso escribir o razonar a los que me piden consejo, parece que poseo toda noticia y penetro cuanto dicen, pero después de eso todo se borra de mi ánimo: todas las puertas permanecen cerradas, y allí dentro no queda ya nada»...

«Encontrándome un día muy ocupado en tratar y escribir, me sentí movido a apartar de ello enteramente el espíritu, y en ese mismo instante lo sentí desocupado; y desde aquella ocasión lo he hecho sin dificultad, e incluso lo hago sin pensar en ello. Esta gracia se me renueva con frecuencia, aun cuando en diversas maneras; y bien me apercibo de que es grande y oprimente mi ingratitud, porque dicha gracia me sirve para mantenerme en la simplicidad de espíritu en medio de la multiplicidad de las cosas»...

[III, 3, 1] «Veo, pues, que, para guiarnos bien en todas nuestras disposiciones, de luces o de tinieblas, de Tabor o de Calvario, debemos siempre, para recibir, confirmar y acrecentar la gracia, comenzar desde la infancia de Nuestro Señor, maestra del propio anonadamiento y de la docilidad respecto a Dios, del silencio y de la inocencia, sin cuidado ni pretensión, sino con el abandono de un niño de la gracia, y de un niño del niño Jesús.

»Este conocimiento me estableció más que nunca en la unión con tal misterio: aquí senté mi base, y allí permanecí atento y reverente para hacer todo lo que requirieran de mí los momentos venideros; porque el alma a nada se levanta por sí misma, sino que, al contrario, se anonada y se deja conducir a su pequeñez con gran luz de lo que acontece en ella, y con la sencillez de un puro abandono...».

[III, 4, 1] «Desde hace mucho tiempo no hago oración alguna, ni de entendimiento, ni de memoria. No veo nada, no siento nada, nada me agrada ni me desagrada, siento solamente mi voluntad viva y pronta a todo lo que le sea impuesto por Dios»...

«Experimento desde hace algún tiempo que mi oración no tiene regla. Poseo a la santísima Trinidad con una plenitud de verdad y de luz, y con un trato tan simple y fuerte en la parte superior del alma, que ninguna de mis ocupaciones externas me aparta de ella»...

«Jesucristo realiza en mi corazón una experiencia de su Reino; bien sé yo que él es el dueño, y que yo soy entero para él. Me encuentro ahora una apertura mayor, pero tan sencilla, no obstante, que no hay modo de expresarla, salvo diciendo que es una vida sencilla, pero verdadera, de Dios en Trinidad, acompañada por alabanzas, bendiciones, ofrendas, tan sencillamente, que no hace ruido alguno en la parte inferior; y con la superior no se distinguiría minuciosamente, de suerte que pudiese declararse, si no se reflexionase sobre ello. Yo mismo no sé si lo cuento como se debe»...

«Sobre una palabra del Nuevo Testamento a veces recibo luces tan penetrantes, que me parece que, colmada el alma, desborden también en el cuerpo, colmando todo mi ser natural».

LOUIS LALLEMANT

Nació en Châlons-sur-Marne en 1587. En 1605 ingresó en la Compañía de Jesús. Fue sucesivamente profesor, penitenciario, maestro de novicios e instructor de tercera probación. Murió en Bourges en 1635. En 1694 fueron publicados por el padre Champion los apuntes tomados por el padre Rigonlec mientras Lallemant enseñaba. Su teoría de la guía del Espíritu Santo apenas se distingue del «espíritu interior» calvinista. Muchos fueron sus discípulos, entre ellos Jacques Monet, Paul Ragnenau y Jean Crasset.

DE «LA DOCTRINA ESPIRITUAL»

[I, 1, 1] Tenemos en nuestro corazón un vacío que ni todas las criaturas juntas podrían colmar. Puede ser colmado por Dios, que es nuestro fin y nuestro principio. La posesión de Dios colma ese vacío y nos hace felices... Pero si carecemos de fidelidad, nos dejará en este vacío que, al no ser colmado, constituirá nuestra suprema miseria.

[2] Las criaturas quieren ocupar el puesto de fin supremo, y nosotros somos los primeros en querer ser nuestro fin. Una criatura nos dice: «Ven a mí, y yo te colmaré». Si la creemos, nos engaña. Después otra, y otra más, nos largan el mismo discurso, engañándonos del mismo modo; y así mientras dure esta vida...

Así nunca estamos contentos, porque las criaturas, cuando nos apegamos a ellas, nos alejan de Dios y nos arrojan al elemento de la pena, de la turbación y de la miseria, que son tan inseparables de la criatura como la alegría, la paz y la felicidad son inseparables de Dios...

[4] En otros tiempos, el demonio se ponía la máscara de Dios mostrándose a los paganos, en los ídolos, como autor y fin de todo lo que hay en el mundo. Las criaturas hacen más o menos lo mismo. Se ponen la máscara de Dios, haciéndonos creer que nos contentarán dándonos con qué colmarnos. Pero todo lo que nos dan sirve sólo para acrecentar nuestro vacío...

[6] ¿Por qué apegarse a las criaturas como lo hacemos? Son tan limitadas y vacías de todo bien consistente, que todo el placer y el contento que podemos prometernos con ellas no es sino felicidad vana e imaginaria que nos da hambre en vez de saciarnos, porque, siendo infinito nuestro apetito, no puede quedar satisfecho más que por la posesión del soberano bien... En cuanto a los hombres... todo lo que no hacen puramente por Dios, lo hacen por amor propio; y en todo lo que hacen por los demás no se pierden nunca de vista. Son tan favorables y buenos amigos para con nosotros sólo porque en nosotros encuentran provecho. ¿Qué fundamento, pues, pueden ofrecernos el favor y la amistad de los hombres?

Cuánto nos alejan de Dios la finura y el disfraz

[II, 1, 3, 1] «El Espíritu Santo que es maestro de sabiduría, rehúye la simulación», dice el Sabio (Sb 1,5). Nunca progresaremos si no caminamos en sinceridad ante Dios y los hombres. Los hombres están infinitamente

llenos de mentira. Nos disfrazamos sin descanso ante nosotros mismos y ante los demás. Éste es uno de los defectos que menos queremos reconocer. No deberíamos nunca utilizar excusas ni paliar cosa alguna. Estas dobleces y artificios del amor propio nos alejan muchísimo de Dios.

[2] Un alma fina, y que se vale de política y de maquinaciones para tratar con el prójimo, no forja ningún propósito ni tiene pensamiento alguno en el espíritu que no sea pecado, pues todas sus intenciones no hacen más que tender a engañar a los demás. Semejante comportamiento es una mentira continua. Esa alma se opone sin tregua a Dios y parece negar implícitamente la providencia de Dios sobre los corazones.

[III, 1, 2, 1] El primer medio para llegar a la perfección es la pureza de corazón. Sólo gracias a ella llegaron a ella un san Pablo Ermitaño, una santa María Egipciaca y tantos otros solitarios. Tras la pureza de corazón vienen los preceptos y la doctrina espiritual de los libros, luego la dirección y la fiel cooperación con las gracias. Éste es el gran camino de la perfección.

Debemos poner todo nuestro cuidado en purificar nuestro corazón, porque allí está la raíz de todos nuestros males.

Para entender lo necesaria que es la pureza de corazón es preciso comprender la corrupción natural del corazón humano. Hay en él una malicia infinita que no vemos porque no entramos nunca seriamente en nuestro interior. Si lo hiciésemos, encontraríamos en él infinidad de deseos y apetitos desordenados de honor, placer, comodidades, que bullen sin tregua en nuestro corazón.

Estamos tan llenos de ideas falsas y de juicios errados, de afectos desordenados, de pasiones y de malicias, que tendríamos vergüenza de nosotros mismos si nos viésemos tal como somos...

Cuando el corazón está bien purgado, Dios colma el alma y todas sus potencias, la memoria, el entendimiento y la voluntad, con su santa presencia y su amor. Así, la pureza de corazón conduce a la unión divina, y habitualmente no se llega a ella por otros caminos.

[2] La vía más corta y más segura para llegar a la perfección consiste en procurar la pureza de corazón, más que en el ejercicio de las virtudes, porque Dios está pronto a hacernos toda clase de gracias, con tal que no interpongamos obstáculos. Ahora bien, sólo purificando nuestro corazón excluimos lo que impide la actuación de Dios.¹³

13. Anota el editor François Courel que aquí se alude a la carta de san Ignacio a san Francisco de Borja: «Estoy convencido de que, tanto antes como después del paso de la

Por eso, una vez quitados los impedimentos, no se imagina cuántos efectos maravillosos obra Dios en el alma. San Ignacio decía que hasta los santos ponen graves obstáculos a la gracia de Dios.¹²

[III, 2, 2, 2] Los perfectos tienen tal dominio sobre sus pasiones que las gobiernan a voluntad. Son en ellos, de algún modo como en nuestro Señor, en la santa Virgen y en algún santo, más bien «pro-pasiones», que verdaderas pasiones. Es decir, son mociones del apetito inferior semejantes a las de las pasiones, pero sometidas a la razón, que no se excitan sino por sus órdenes, según la impresión de gracia que dirige la razón.

Los imperfectos están ora en la alegría, ora en la tristeza, según que sus pasiones estén en calma o en turbulencia, porque tristeza e inquietud vienen sólo de los afectos que, al no estar mortificados, provocan estas alterancias de paz y turbación.

Quienes aspiran a la perfección encuentran intolerable la tiranía de las pasiones, y procuran liberarse de ellas aplicándose continuamente a mortificarlas. Pero la gente de mundo, que está en perpetua esclavitud y no ambiciona siquiera su libertad, ama sus cadenas y, como dice Job: «Encuentran sus delicias entre las zarzas y las espinas que los desgarran» (Jb 30,7).

[III, 2, 5, 1] Tenemos habitualmente en el alma ciertas cosas que nos estropean la interioridad. Será algún afecto desordenado, algún propósito o deseo de un lugar, de un puesto, de un cargo. Es preciso procurar tener completa indiferencia, haciendo protestas de no buscar nada salvo poseer a Dios en esta vida en cuanto es posible, y que el resto nos es indiferente.

Erróneamente nos lamentamos a veces de no tener suficiente quehacer en los lugares donde habitamos. Esta quejumbre nace de no estar suficientemente desapegados de nuestras inclinaciones y de nuestra voluntad.

[III, 4, 2] Aquellos que no siguen la guía del Espíritu Santo permanecen durante toda la vida en los tres géneros de ignorancia de los que habla san Lorenzo Giustiniani.

La primera se llama *nescientia veri et falsi*, falta de discernimiento de lo verdadero y lo falso.

Gracia, no existe en mí otra cosa que impedimento, y de ello experimento gran contento y una mayor alegría espiritual en el Señor, porque no puedo atribuirme cosa alguna que parezca buena» (*Epistulae*, I, 340; véase *La vie et la doctrine spirituelle du père Louis Lallemant*, edición a cargo de F. Courel, Brujas, Desclée de Brouwer, 1959, pág. 141 nota).

Esta ignorancia se encuentra en aquellos que, no molestándose en observar los movimientos de su interioridad, no saben distinguir en sí mismos las diversas operaciones de Dios, de la naturaleza y del demonio, de suerte que, encontrándose, como sucede, entre dos sentimientos diversos, toman el falso por el verdadero, una idea de su imaginación o sugestión del enemigo por inspiración divina, una inclinación suya por atracción de la gracia. Se conceden libremente todo cuanto no les parece malo, todo lo que, a su juicio, aprueban la razón y el buen sentido... Para mantener tal libertad se fundan sobre los siguientes principios: que no quieren ser escrupulosos, ni romperse la cabeza, ni volverse abstraídos, ni obrar contra el sentido común...

En primer lugar, no hay espíritu tan penetrante ni de tan sólido juicio, que el demonio no pueda inducirlo a engaño... además usurpa los derechos del Espíritu Santo... haciendo a la razón humana árbitra y dueña de las inspiraciones y las vocaciones divinas...

La segunda especie de ignorancia es denominada por san Lorenzo Giustiniani *nescientia boni et mali*, falta de discernimiento entre bien y mal. Radica en no observar la justa moderación ni el punto medio en el cual consiste la virtud, entre los dos extremos de los vicios que le son contrarios, y que no se puede conocer con seguridad sino bajo la dirección del Espíritu Santo.

Las virtudes morales degeneran en vicio cuando se toman fuera de cierto punto, que no es siempre el mismo, ya que la más pequeña circunstancia de tiempo, lugar y personas es capaz de cambiarlo. A veces la razón será capaz de captarlo, pero no siempre, porque en este discernimiento se puede errar fácilmente...

La tercera clase de ignorancia se llama *nescientia commodi et noxii*, falta de discernimiento de lo útil y de lo nocivo. Se tiene cuando, entre cosas que de por sí son buenas, no sabemos discernir las que son más o menos conformes a los designios de Dios.

[IV, 2, 1, 1] Los dos elementos de la vida espiritual son la purgación del corazón y la dirección del Espíritu Santo. Éstos son los dos polos de toda espiritualidad. Por estos dos caminos se llega a la perfección según el grado de pureza que se haya adquirido y en proporción a la fidelidad con que se haya cooperado con las mociones del Espíritu Santo y se haya seguido su guía.

Toda nuestra perfección depende de esta fidelidad, y se puede decir que el compendio de la vida espiritual consiste en observar estos caminos y las mociones del espíritu de Dios en nuestra alma y en reforzar nuestra voluntad en la determinación de seguirlos, utilizando con este fin todos los

ejercicios de la oración, la lectura, los sacramentos, la práctica de las virtudes y de las buenas obras.

[V, 1, 2] Debemos imitar la vida interior de Dios en cuanto Él tiene en sí una vida infinita, tanto en razón de la operación del entendimiento gracias al cual Él es el principio de la persona del Verbo, cuanto en razón de la de la voluntad, gracias a la cual Él es el principio de la persona del Espíritu Santo. Él, por tanto, obra a su gusto produciendo y gobernando el universo, sin que esta acción exterior ocasione mengua ni mutación alguna en su vida interior, de manera que, por cuanto atañe a ésta, Él obra fuera como si no obrara.

Éste es nuestro modelo: debemos tener en primer lugar, dentro de nosotros y por nosotros, una vida perfectísima, mediante una aplicación continua de nuestro entendimiento y nuestra voluntad a Dios. Después podremos salir fuera al servicio del prójimo sin perjuicio de nuestra vida interior, no dándonos todos enteramente a los demás y no aplicándonos a las funciones exteriores sino a modo de diversión, por decirlo así: nuestra principal ocupación será siempre la vida interior.

«Tuus esto ubique», dice san Bernardo al papa Eugenio, «concha esto, non canalis». No os entreguéis de tal modo al prójimo que no seáis ya vuestros; poseos siempre; colmaos de gracia como un cuenco, después serviréis para comunicarla a los demás. No seáis como un canal por el cual el agua corre sin permanecer en él.

A qué se debe que progreseemos tan poco en la vida interior

[V, 1, 3] Por tres causas:

1. Los objetos externos nos atraen con la apariencia de algún bien que adula nuestro orgullo o nuestra sensualidad, cosa que les sucede especialmente a quienes tienen pasiones vivas y se inflaman fácilmente.

2. El demonio, removiendo los fantasmas de la imaginación, despertando el recuerdo y la idea de las cosas pasadas, alterando y confundiendo los humores del cuerpo, según las ocasiones que se ofrecen, suscita en nosotros turbaciones, escrúpulos y diversas pasiones. Esto lo hace especialmente en aquellos que, no teniendo aún el corazón perfectamente purgado, le dan mejores agarraderos y están más sometidos a su querer.

3. Nuestra alma sólo con pena se recoge en sí misma, ya que no ve en ella más que pecados, miserias y confusión, de manera que, para evitar esa visión inoportuna y humillante, se arroja fuera y va buscando consolación en las criaturas si no se la retiene cuidadosamente en su deber.

[V, 3, 1, 2, 1] Velando sobre nuestra interioridad adquirimos poco a poco un gran conocimiento de nosotros mismos y llegamos finalmente a la dirección del Espíritu Santo, y a veces Dios nos hace presente en un instante el estado de nuestra vida pasada tal como se nos hará presente en el Juicio. Nos hace ver todos nuestros pecados, todo nuestro tiempo de baja-za; otras veces manifiesta toda la economía del gobierno del universo. Esto produce en el alma una perfecta sujeción a Dios.

[2] Aquellos que se han aplicado durante tres o cuatro años a velar sobre su vida interior, y que han hecho algún progreso en este santo ejercicio, saben ya afrontar con destreza muchas tareas y, sin juicio temerario, penetran naturalmente el corazón de los demás y ven casi todas sus mociones gracias al conocimiento que tienen de su interioridad y de las mociones naturales de su propio corazón.

[V, 3, 2, 4] Debemos ser semejantes al águila que vuela por el aire apenas ha atrapado la presa. Así debemos retirarnos a la oración tras nuestras funciones concernientes al prójimo, y nunca injerirnos en ellas si la obediencia no nos aplica a ello.

MARIE DES VALLÉES

Nació en Saint-Sauveur-Landel (Normandía) el 15 de febrero de 1590, de familia pobre. Su padrastro, un carnicero, la maltrataba, y ella se puso pronto a servir a gente que resultó ser todavía peor. A los veinte años, un pretendiente rechazado, o la desfloró durante una fiesta, o la indujo a un baile licencioso entre las tumbas; lo cierto es que le arrojó encima un maleficio preparado de acuerdo con una bruja. Desde entonces estuvo poseída y fue blanco de todos los embrujos de los satanistas de la vecindad. Puesto que uno de los diablos de Marie había denunciado a cierto gentilhombre, éste la acusó de brujería.

El proceso fue celebrado en Rouen, y fue probada su virginidad, así como la sensibilidad de cada palmo de su cuerpo a las punzadas. Ella pedía recibir todos los sufrimientos debidos a los practicantes de la magia negra.

En 1614 fue liberada de la posesión y permaneció durante dos años en oración perpetua. Llegó a un punto de piedad tal, que no realizaba acto alguno que no fuese simbólico. No podía comulgar, y le preguntó la razón a Cristo, el cual le respondió: «Mi pasión te ha sido dada en vez del santísimo Sacramento, y la divina Voluntad quiere hacerte vivir en la muerte».

En 1617, una voz le dijo: «Hoy es preciso morir y descender al infierno». En presencia de los demonios, un monstruo del abismo la condenó a todas las penas correspondientes a los brujos: ante todo a la ira de Dios («la ira de Dios es el alma de los condenados»), después al hambre y a la desesperación que inducen a blasfemar, a la rabia, a la envidia de todas las cosas, a la sed. Pidió el redoblamiento de los tormentos para que fuesen acortados, y entonces «vio a la Virgen acercársele, pasarle la mano sobre el pecho, y después ya no blasfemó ni podía tampoco blasfemar. Pero los furores que sentía eran mucho más grandes porque no se evaporaban ya, como antes, mediante las blasfemias», como escribió de Renty. En 1621 había salido de aquellas penas y comenzaron las visiones que habitualmente preceden a los estigmas (la presentación de un cáliz y de una copa o de una corona de flores y espinas): Dios le dio a beber una copa de azufre y fuego. Era el inicio de los sufrimientos de los doce años, mayores que los infernales: rogaba que fuesen prolongados, con tal que se atenuasen; así descubrió que el amor hace penar más que la justicia: «Ríe siempre, pero golpea con mucha dureza. Tiemblo al verlo. Cuando nos lamentamos ante él no hace más que reír». Aun cuando las llagas persistieron, en 1633 cesó la tortura, pero de cuando en cuando llegaron nuevas aflicciones, consoladas por Cristo con estas palabras: «Es el amor divino lo que me ha flagelado, coronado de espinas, crucificado y hecho morir; es él el que daba fuerza a mis verdugos».

En 1654 asistió ella al combate entre la omnipotencia y la ira de Dios, tras haber visto durante seis semanas a la Madre de Dios llorar sobre la Naturaleza Humana, esposa de su hijo. Tras nuevos sufrimientos que le hizo infligir la Virgen, la ira de Dios se aplacó, pero no su justicia. Fue entonces cuando ella consintió en su propia condenación y oyó el decreto correspondiente, mientras la Virgen y los santos se burlaban de ella, y entonces también ella se echó a reír de su desventura eterna y se llenó de júbilo ante la idea de lavarse eternamente las manos en su propia sangre. Tras veinte días en los que se alternaban gritos de dolor y de regocijo, Jesús la liberó.

Ella contaba sus peripecias en forma de parábola. Una princesa, o sea, la Gracia, la está conduciendo hasta el Esposo. Unos negros la exhortan a golpear por la espalda a la acompañante, y ella se niega. Pide, no obstante, hacer el recorrido más breve. Tras haber parado en una posada donde

comieron y durmieron, las dos reanudan el viaje, y ella impetra de nuevo poder hacer el camino más breve, aun cuando el paraje sea cada vez más intransitable. Llegadas a un espeso bosque, la princesa se le echa encima, la ata y le cubre la cara con un velo negro. Así amarrada permanecerá inmóvil, entre aullidos de lobos y estampidos de trueno.

De 1655 a 1656 gozó de un estado infantil; el 23 de febrero de 1656 murió.

Sus *Dichos* fueron recogidos por san Juan Eudes, pero la obra se perdió. Se conserva en manuscrito una copia abreviada por un monje adverso; existe también un manuscrito del barón de Renty. Algunos pasajes fueron impresos por Émile Dermenghem en 1926, en su obra *La vie admirable et les révélations de Marie des Vallées* (París, Plon, 1926).

DE LOS «DICHOS»

Revelaciones

Dios hizo saber a sor María que son los divinos atributos, y no sólo las virtudes, los que realizan la obra que tiene lugar en ella: la divina voluntad, el amor divino, la justicia, la misericordia, la fuerza, la omnipotencia, la paciencia y la sabiduría. Ella está animada y poseída por los atributos divinos, ora por uno, ora por otro, de suerte que siente sus efectos. De hecho, cuando está poseída por la justicia, no hay lugar para su rival, y, poseída por la misericordia, no hay sitio para su adversario, etcétera...

Dijo ella: «Sentí en mí diversos efectos de los divinos atributos. Mientras estaba ebria del amor divino, estaba sin tregua vuelta a Dios, le rezaba continuamente, incluso bebiendo y comiendo.

»Estaba un día vestida de la divina caridad y entonces vi a nuestro Señor que tenía en brazos a un enemigo mío que estaba muerto y por el cual había yo rezado. Me dijo: “Aquí está vuestro hijo. ¿A quién amáis más, a mí o a vuestro hijo?”

»Yo respondí que amaba más a mi hijo, es decir, que prefería sufrir en este mundo por la salvación de un alma, antes que estar en la gloria con nuestro Señor. Éste es el efecto de la divina caridad.

»En otra ocasión estaba yo circundada por la divina justicia, y entonces habría querido que la tierra se hubiese abierto de par en par para engullir a todos los que ofenden a Dios. No sólo en aquel momento, sino siempre, he amado la justicia, porque ella odia todo lo que es feo, o sea, el pecado.

»Otra vez estaba yo revestida de la misericordia, y habría querido que todos los pecados de los hombres estuviesen tan escondidos, que Dios no pensara nunca en ellos y todos fueran perdonados. Y la divina misericordia me hacía llorar amargamente que la Iglesia no permita rezar por la conversión de los diablos y de los condenados, y ella manifestaba sentir por tal motivo mayor dolor (es decir, que sentiría más dolor, si fuera capaz, por eso) que cuanta alegría tuviese por la salvación de todos los que estaban o debían ser salvados».

29 de julio de 1653. Hoy nuestro Señor me decía: «Si vuestro espíritu os volviese, ¿no lo querríais en absoluto?».

«No».

«¿Y por qué?».

«Porque no lo puedo amar».

«¿Cómo es eso?».

«Porque amo sólo a Dios. Y aun cuando tuviese todo el amor de los serafines y todo el amor concebible, no destinaría ni una sola chispa de él a mi espíritu».

«Pero si lo tomo yo, y soy yo y no vos quien lo quiere, iréis a la nada».

«No importa. Acepto de buen grado vivir con él, obedeciéndole, sirviéndolo, pero no quiero amarlo, salvo del modo que amo en Dios y por Dios, como todas las cosas santas, pero no con el amor con el cual debo amar al Creador; con el amor deiforme que le pertenece a Él solo, pues no hay otro sino Él que lo pueda dar, por un purísimo exceso de bondad, porque no se puede merecer ni siquiera en virtud de todos los infinitos tormentos del infierno. Todo lo creado es indigno de este amor. Es deiforme porque lleva el carácter de Dios; porta su signo y sus sellos, y dichos sellos son los divinos atributos cuya marca lleva para que se sepa que pertenece a Dios sólo y a sus divinos atributos. Este amor está en los sentidos sin ser sensible, y son estos bellos pasos de la divina sabiduría en mi carne y en mi sangre los que veo desde hace mucho tiempo y de los cuales estaba bien segura de que eran tales como sólo la sabiduría eterna habría podido darlos parecidos. Ella da estos pasos en la carne y la sangre cuando ha tomado posesión de ellas. Fue ella la que me puso en los sentidos este amor deiforme señalándolo con su marca y sus sellos. Es este beso de la humanidad de nuestro Señor que había prometido dar a mis sentidos, porque es así como los sentidos aman a la divinidad. Es la más alta disposición que pueden tener para prepararse al matrimonio divino que se debe celebrar entre los sentidos de nuestro Señor y ellos. Nunca habría yo creído que los sen-

tidos fuesen capaces de cosas tan grandes. Por tanto, si no están todos avergonzados y temblorosos, viendo que se les quiere elevar a cosa tan alta y se excusan de ello diciendo que no aspiran a eso, ni lo piden ni lo desean. Pero Dios hace lo que le place».

Un día me vi en una hermosa sala, sentada al fondo, junto a nuestro Señor, a una mesa donde se celebraba un magnífico festín, en el que había a la mesa muchas bellas princesas y reinas, y también yo estaba vestida como una reina. Empecé a mirar a la cara a nuestro Señor. Noto en su rostro algo que indica que Él desea algo y está un poco pensativo. Veo que mira a todas estas reinas y al mismo tiempo echa una mirada sobre una vestidura que yace en un rincón, toda cubierta de gusanos, de suciedad e inmundicia, como manifestando el deseo de que una de las princesas se despoje de sus bellos vestidos y se revista de esos harapos por amor de Él. Me levanto, deprisa, temiendo que alguna se me adelante, me despojo de mi vestido y me revisto de aquel otro. Después me acurruco en un rincón, la cabeza sobre las rodillas, y permanezco en esa posición.

Y hete aquí que entra el señor de la casa, el amor divino. Me mira y dice: «¿Cómo es que has entrado sin el vestido nupcial?».

No dije nada. «Salid y despojaos de esos harapos, e id a ponerlos el vestido nupcial».

«No, no me despojaré nunca, no haré nada».

Entonces Él ordenó que me agarrasen y me arrojasen, atada de pies y manos, a las tinieblas exteriores; así se hizo. Mientras tanto, nuestro Señor tenía los ojos fijos en mí.

«Aquella vestimenta vieja son las culpas y penas ajenas que he tomado sobre mí al haberme ofrecido a nuestro Señor para sufrir su castigo. Los gusanos que la cubren son los remordimientos que atormentan a los condenados. Las tinieblas exteriores son el infierno donde fui arrojada».

Pero nuestro Señor, que tenía todo el tiempo los ojos fijos en mí, me dijo: «¿Pensáis que, haciendo todo lo que hacéis por amor mío, me sería posible abandonaros? No, no; tendré siempre los ojos fijos sobre vos, dondequiera que estéis, y siempre estaré con vos, incluso en el infierno. Estoy con vos en la tribulación y os libraré de ella y os glorificaré. Ésta es la explicación de la parábola que está en mi evangelio».

Veo a veces a nuestro Señor como ebrio de su amor divino, y oigo que dice: «Oh esposa mía, sois mi corona, mi cetro, mi gloria, mi tesoro, mi alegría, mi delicia, mi corazón».

Decía yo a la santa Virgen: «No sé de qué está hablando».

«Deja que diga», respondía Ella. «Está ebrio de su amor divino. Sabed que siempre que está tan ebrio, habla de su pasión».

6 de noviembre de 1646. Jesús: «Hay una persona cuya liberación ciertamente querríais».

«¿Quién es?».

«Vuestro espíritu, que yo quiero liberar y mandar a la gloria».

«Haced como gustéis».

«¿Queréis acompañarlo?».

«No».

«Pero, ¿no preferiríais ir a la gloria en vez de sufrir las penas del infierno?».

«Preferiría el infierno porque os tendría como compañero de pena».

«Pero ¿y si mi Padre quisiese que yo fuese a la gloria y que vos permanecieseis en el sufrimiento?».

«¡Eso es lo que querría yo!».

«¿Y si fuese para la eternidad?».

«Lo querría eternamente con vos».

«Vuestro amor es grande de verdad, y no puede ir más allá», respondió el Hijo de Dios, «pero menor que el mío, no obstante, al ser el mío infinito».

«Mirarme a la cara es como imitar a las criaturas inanimadas e insensibles», dijo Jesús, «las cuales, no teniendo un pecado que las aparte de su primer principio que es la voluntad divina, siempre están prontas a cumplir puntualmente sus órdenes».

«Sois muy osada [al llamarme “Esposo mío”]», dijo Jesús.

«Pero no tan osada. Os lo ruego, esperad un poco: os mostraré cómo me desposasteis. Me desposasteis sobre la cruz: los martillazos eran los violines, la hiel era el vino del banquete, las blasfemias eran las palabras de recreación, y así sucesivamente. ¡Pues bien! ¿Acaso no sois mi Esposo?».

«Tenéis razón», dijo nuestro Señor, «es allí donde os desposé a vos y a toda la naturaleza humana».

Un día vio a nuestro Señor crucificado en ella todo desgarrado y llagado, rodeado de muchos verdugos que lo atormentaban y le preguntó: «¿Quiénes son éstos, tan osados como para levantar la mano contra vos?».

Nuestro Señor respondió: «Son las penas que tú me has pedido».

Ella dijo: «No las he pedido para vos, sino para mí».

Nuestro Señor respondió: «¿Quién eres tú?».

Entonces ella reconoció claramente no ser nada, sino que era todo en ella nuestro Señor, y le preguntó a éste: «Si no soy nada, ¿cómo he podido pedir estas penas?».

«No eras tú», replicó nuestro Señor, «sino mi amor divino que en ti las pidió y me las hace sufrir».

Ella gritaba en alta voz: «¡Retiraos, fuera de aquí!», dirigiéndose a los cuatro elementos que componen el cuerpo humano. «Retiraos, tierra, no queremos otra tierra fuera de la humanidad [de Jesucristo]. Retiraos, agua; queremos sólo el agua de la sabiduría eterna. Retiraos, aire; queremos sólo el dulce céfiro del Espíritu Santo. Retiraos, fuego, porque queremos sólo los fuegos del Espíritu Santo y del divino Amor».

Luego Jesucristo, hablando por boca de ella, añadió: «En aquel que es conducido por mi divina voluntad, ésta no deja nada de humano».

Lamentándome un día ante nuestro Señor porque santa Gertrudis era toda acariciada por Él mientras yo era tratada tan ásperamente, y diciéndole que por eso temía yo ser reprobada, el amor divino me respondió que las almas que marchan por la senda de santa Gertrudis, que es la senda de las delicias y consolaciones, eran las esposas de la humanidad gloriosa de nuestro Señor, mientras que las que eran esposas de la divinidad eran conducidas con la vara y el rigor.

JEAN-JACQUES OLIER

Nació en París el 20 de septiembre de 1608; su familia pertenecía a la *noblesse de robe*. Estudió en París y tuvo, desde joven, la abadía de Pébrac, pero vivió entre compañías frívolas. En Loreto sintió la presencia de la Virgen, y luego se sometió a la dirección espiritual de Vicente de Paúl, tomando las órdenes en 1633. En 1635 escogió como director a Condren. Fue cura de Saint-Sulpice. En Chartres tuvo una iluminación durante la cual comprendió cómo ciertos defectos, que a intervalos le impedían dominarse, se debían a la conciencia de sí mismo a la que apelaba para vencerlos. Murió en París en 1657, asistido por Vincente de Paúl.

Entre sus obras están: *Introduction à la vie et aux vertus chrétiennes; La journée chrétienne* (1655); *Le catéchisme chrétien pour la vie intérieure; Lettres spirituelles*.

El odio a uno mismo es el tema que más delicadamente trató; teorizó también sobre la adoración, no ya como acto, sino como estado. La indigencia, la impotencia, la bajeza del niño son los caracteres que marcan un perfecto estado de adorante anonadamiento del yo. Y sobre este tema escribió Blanlo, discípulo de Olier, el tratado *L'enfance chrétienne* (1665).

Olier prescribió también una serie de actos preliminares para cada momento de la vida mundana: así, antes de cada conversación nos eleva a la idea del diálogo de Cristo con sus discípulos y de las personas de la Trinidad entre sí.

DE «INTRODUCCIÓN A LA VIDA Y A LAS VIRTUDES CRISTIANAS»

Naturaleza de la humildad

[I, 1] La humildad tiene tres partes. La primera es complacerse en el conocimiento de nosotros mismos. Hay almas a las cuales Dios da a conocer su miseria y sus defectos, y hasta les da experiencia de ellos, haciendo resaltar a sus propios ojos su estolidez, ligereza, inutilidad y absoluta incapacidad; pero ellas se entristecen ante tal visión y, no pudiéndola soportar, buscan en sí mismas algo que las halague, se aplican a descubrir en sí mismas alguna perfección o alguna virtud que las ponga a cubierto de la convicción de su miseria: esto es efecto de la soberbia. Muy a menudo nos encontramos en un estado tal, que sentimos gran abatimiento al vernos tal como somos, es decir: nada en la gracia y nada en la naturaleza, inútiles para todo bien, insoportables para nosotros mismos y para todos: si este sentimiento produce desánimo interior, es signo de que nuestra humildad es falsa.

[2] Nuestro Señor da, por el contrario, la misma visión a almas santas que le son queridas y predilectas y están establecidas en la verdadera humildad, con el fin de hacer más profunda en ellas esta virtud y preparar en ellas un terreno más amplio para recibir su gracia y su amor. Pero estas almas, al ser más humildes, gozan de conocer lo que son: con tal que no se adhieran a la malicia de su carne, están contentas, a veces no conocen en absoluto ésta su buena voluntad, permitiendo Dios que no distingan entre los asaltos de la carne y el consentimiento: y ello les causa mucha pena. Ora sentirán repugnancia hacia los pobres y renuencia a practicar la caridad, ora sentirán disgusto de Dios y de su santa palabra. Otras veces experimentarán otras molestias que parten de ese fondo maligno de la carne que se llama comúnmente naturaleza corrompida; y, en la incertidumbre de si

han consentido en semejantes tentaciones, se afligen y se encuentran muy humilladas, lo mismo que también con el pensamiento de no haberse esforzado bastante para vencerse a sí mismas.

Así pues, todas estas pruebas no son para las almas santas sólo motivo de pena y de abatimiento, cuanto de confusión y de humillación. Más aún: eso les sirve para no olvidar lo que son en sí mismas, para acordarse de que llevamos el peso de la carne y estamos compuestos de una naturaleza de pecado que es fondo inagotable de malicia: por eso se reconocen obradores de iniquidad. En efecto, habiendo consentido en el pecado en Adán, y habiendo además contraído, por sus pecados, hábitos viciosos, han alterado su propia naturaleza, y la han viciado de tal modo, que ya no queda en ella nada que tenga valor alguno. Es necesario un nuevo principio; es necesaria una nueva generación que nos dé una segunda vida y un nuevo espíritu para conservar esta vida nueva. El Espíritu Santo en persona es el que obra en nosotros las mociones encaminadas al bien y nos incita a las obras buenas, lo mismo que la carne nos inclina a las obras malas. Así el espíritu y la carne están en continua y perpetua lucha. «La carne», dice san Pablo, «combate contra el espíritu, y el espíritu contra la carne» (Ga 5,17).

[3] Por eso los santos, al ser verdaderamente humildes, reconocen perfectamente lo que son por sí mismos, y lo que en sí mismos pertenece a Dios: reconocen de dónde viene el bien y quién es su causa; alaban y glorifican sin cesar a Dios por el bien que Él obra en sus almas; se humillan también sin cesar por el mal que hacen y que sienten en sí, reconociendo su propia pobreza, miseria y vileza, y se condenan a sí mismos como causa del mal del que adolecen. Pero una visión así, aun cuando experimenten tristeza con ella, los humilla sin envilecerlos ni desanimarlos.

[4] Éste es el primer grado de la virtud de la humildad; complacerse en la propia vileza y miseria. Conocer esta vileza y miseria no es parte de esta virtud; es sólo una de sus condiciones y fundamentos. Pues también los paganos practicaban el conocimiento de sí mismos, y sin embargo no tenían nada de la virtud cristiana de la humildad, porque el primer paso de ésta es la satisfacción y la gloria que se experimenta en el conocerse a sí mismo.

[5] ¿Qué es, pues, la humildad? Es el amor de la propia abyección, por el cual poco a poco se llega a ser tan amante de la nulidad, de la pequeñez y de la baja, que se hace de ellas objeto de predilección en todo y por todo.

Un ejemplo: un alma reconoce en sí la propia nada que la hace vil y abyecta, reconoce su debilidad, sus defectos e incluso sus pecados; es preciso que se complazca en la vileza, en la abyección y en el desprecio que de allí le llegan; debe complacerse en lo que hay en sí misma de vil, abyecto y humillante.

La vileza y la abyección consecuencias del pecado son algo totalmente distinto de la oposición a Dios: el alma que es humilde debe amar la vileza a la cual está reducida por el pecado, pero al mismo tiempo debe detestar sumamente su pecado en cuanto es contrario a Dios. Ella debe ser tan amante de la vileza y la bajeza, que la ame allí donde la encuentre: debe encontrar en la abyección hermosuras tan deliciosas, que no encuentre nada tan amable, y la considere como su reina, su amiga, su predilecta. Amor de pequeñez, amor de bajeza, amor de abyección, de humillación: ésa es nuestra felicidad, ésa es nuestra única paz.

[6] Entendida así, la humildad tiene su fuente en Dios mismo; Dios, en efecto, aun cuando debido a sus perfecciones no sea capaz de verdadero abajamiento, tiene en sí, no obstante, como un peso que lo lleva hacia las cosas pequeñas, porque por sí mismo es amante de las cosas bajas. «Dios mira a las cosas viles» (Sal 113,6 y 138,6). «Ha vuelto la mirada a la bajeza de su sierva», dice la Virgen en el *Magnificat* (Lc 1,48), o, lo que es lo mismo, se complace en la bajeza y en ella tiene su complacencia.

[7] Este peso inmenso de la divinidad hacia la bajeza colmaba en modo eminentè con sus inclinaciones el alma de Jesucristo, y le infundía una tendencia infinita hacia la humillación, tendencia continuamente activa, que nunca se podía apagar ni saciar. Todo cuanto existe de desprecio, de anonadamiento y de abyección, todo, es nada para su alma, en comparación con esa sed inmensa de humillación que lo devora.

En eso consiste la humildad de Dios y de Jesucristo, de la cual debemos hacernos partícipes, humildad que Jesús difunde en el corazón de los cristianos, en los cuales ha infundido el mismo peso y la misma inclinación hacia lo que es bajo. Y ésta es la verdadera humildad cristiana.

[8] ...Éste es el signo por el cual se puede reconocer la verdadera humildad; cuando el alma se encuentra en las arideces y se siente interiormente como abandonada y rechazada por Dios, si es verdaderamente humilde se pone de parte de Dios y aprueba su modo de obrar contra sí misma, se abaja y se anonada en la oración, condenándose a sí misma y reconociendo que no merece mejor trato. Debemos reconocer que Dios con toda razón rechaza nuestras obras y nuestras personas; y cuando sentimos que nos trata de este modo, si quedamos afligidos por ello, es señal de que no somos humildes, es señal de que no estamos convencidos del todo de nuestra incapacidad para cualquier bien.

[9] Nuestra nada revestida de un ser corrompido por el pecado no puede hacer por sí misma otra cosa que el pecado, no puede sino errar en todas sus obras. Es éste un gran motivo de confusión, que debe hacernos

reconocer que Dios, el cual es la equidad, la rectitud misma y la verdadera justicia, tiene también derecho a rechazarnos a nosotros y todo lo que de nosotros viene, porque todo cuanto puede existir en nuestras obras de santo y agradable a Él, proviene en su totalidad de su Hijo, en el cual Él, por obra del Espíritu Santo, tiene todas sus complacencias.

DE LAS «CARTAS ESPIRITUALES»

Me parece que los órganos, en su conjunto, representan la armonía regulada y ordenada del cielo. La multiplicidad de los cañones representa la multiplicidad de los santos que cantan todas las alabanzas divinas según su rango. Y esa armonía se realiza por medio del viento que expresa al Espíritu Santo, que llena a cada santo según su capacidad y que lo hace así resonar en proporción a su grandeza y gracia. El viento llega con la ayuda del hombre que lo impulsa, que significa a Jesucristo. En efecto, en la tierra como en el cielo, es Jesucristo en nosotros quien impulsa los hálitos del Espíritu. «Os daré el Espíritu», dijo Él, «que os distribuirá sus dones en la medida que yo considere oportuna».

El que toca representa al Padre, que no transporta nada sino en conformidad con la idea que concibió en su Espíritu, y que, tras haber Él mismo dispuesto y forjado a voluntad los instrumentos de su alabanza y gloria, se vale de ellos a continuación como le place, para componer esta divina música y armonía de sus alabanzas.

Carta a la marquesa de Portes

Hija mía, bien sé que vuestro espíritu aspira a la pureza y a la santidad, pero eso es preciso obtenerlo en Jesucristo, y no en vos misma. Una cosa os pido con Jesucristo nuestro Señor cuando habla a la Magdalena: estad siempre aniquilada en vuestro corazón, perteneced a Jesucristo por encima de vos misma, para ser ante Él todo lo que Él quiere que seáis... Después Él os dará a conocer lo que quiere y os establecerá allí seguramente, conduciéndoos poco a poco a su virtud escondida. El Reino de Dios no viene con esfuerzo ni con observación, no se funda sobre nuestras reglas, ni con el comportamiento de una sabiduría que pretende, como los arquitectos, poner por orden una piedra encima de otra. Dios invierte siempre sus miras, con las almas predilectas; mantiene invisible en el fondo de ellas su obra y, si les deja entrever por

un momento algún fundamento de virtud en ellas, lo arrebató sensiblemente, turba, invierte, deseca, ciega y finalmente pone al alma en un estado en el cual ésta ya no sabe qué es ni qué debe llegar a ser; es éste un camino garantizado y un grado seguro, pero opuesto a la sabiduría humana, para elevar, promover, purificar, santificar, lustrar, corroborar la obra invisible e insensible del espíritu, que en su pureza no tiene participación en nuestras experiencias. Hija mía, hija querida, caminemos por las sendas sencillas, humildes, desconocidas para todos. Así funda su Reino nuestro Señor.

DE «LA JORNADA CRISTIANA»

En el tiempo de otoño e invierno, viendo en el campo los árboles sin frutos y desnudos de hojas, es preciso estar en veneración de Dios diciéndole: «¡Oh Dios! Que tu criatura honre, con sus estados cambiantes, estériles y amortiguados, la belleza inmortal de tu fecundidad.

»Estos árboles tan gayos y tan verdes en su primavera, mostraban tu belleza divina que jamás se acaba con el pasar de los años.

»Tú estás siempre, Dios mío, en tu primavera; no hay otoño ni invierno que ofusquen tu ser. Tu fecundidad permanece siempre igual, y tu fruto está siempre unido a ti.

»Si tu hijo aparece entre nosotros, permanece en ti. No hay en ti mengua de sustancia ni de vida por habérselo dado sobre la tierra.

»La tierra, al llevarlo, nos ha dado su fruto. Él tuvo su primavera en la naturaleza humana; tuvo su otoño, su invierno, su verano. Pero era, oh Dios mío, para estar en el homenaje universal que las criaturas te deben, y para santificar con su presencia y sus estados el sacrificio y la religión de todo el universo.

»Sé, pues, oh Dios mío, el solo eterno y sin fin.

»Sé el solo inmortal e inmutable. Que toda criatura se regocije de su pérdida y de su anonadamiento, para realzarte con su ruina, para glorificarte con su muerte y con su nada».

DEL «CATECISMO CRISTIANO PARA LA VIDA INTERIOR»

Os aconsejo que os unáis sin tregua al Espíritu Santo para realizar vuestros actos según santidad y según los sentimientos mismos de Jesucristo, contentándoos con uniros a Él para encontrar auxilio en vuestras flaque-

zas y fervor de caridad en este río de fuego del que habla la Escritura diciendo que salía del rostro de Dios, y que es Jesucristo.

El río significa dos cosas, el camino y la vida; un río, en efecto, es animado y vivo, pues es rápido, y viva es la figura del ímpetu de amor, con el cual debemos llegarnos a Dios, y de la virtud del espíritu que emana de Jesucristo para entrar en nosotros con el fin de ser nuestro camino, verdad y vida: «Ubi erat impetus Spiritus, illuc gradiebantur» (Ez 1,12).

JEAN BLANLO

Nació en Bayeux el 24 de junio de 1617. Jovencísimo, fue profesor de filosofía en el Collège des Grassins, después de teología en el seminario de Saint-Sulpice. Hizo los votos, pero no pasó del subdiaconado, porque no se consideraba lo bastante perfecto para el sacerdocio. Murió el 16 de abril de 1656.

Escribió *Commentaires sur le Cantique des Cantiques, Méditations sur l'enfance de Jésus-Christ et sur la pénitence de la Madeleine* y el tratado teológico *De charitate*.

DE «LA INFANCIA CRISTIANA»

Cómo saber por qué espíritu somos movidos

[5] Es muy extraño que se prefiera edificarnos en vez de demolernos, y sin embargo es por aquí por donde sería necesario comenzar. No queremos despojarnos, sino revestirnos. Es preciso dejar a un lado el hábito viejo antes de tomar otro nuevo. Pero, puesto que creemos que no existe honor en demoler, pero sí en edificar, preferimos hablar a callar, caminar y correr aquí y allá a permanecer parados en la soledad; componer, escribir y forjar nuevas invenciones a leer simplemente y escuchar lo que los demás dicen; en breve, preferimos obrar a ceder ante la acción ajena, porque hay más de nosotros en una cosa que en otra. La naturaleza es toda actividad y, así, no puede soportar verse detenida en su movimiento por un principio distinto de sí misma...

Y sin embargo en eso consiste el principal ejercicio del cristiano, en impedir los movimientos y las ocurrencias continuas de su naturaleza corrompida, para dejarse embridar, como un caballo fogoso, por el dulce bocado del Espíritu de Dios. En esto ayuda comenzar a ser párvulo de cris-

tiana infancia, cesar de comportarse según el espíritu propio, dejándose mover y regir por el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo.

JEAN-JOSEPH SURIN

Nació en Burdeos el 6 de febrero de 1600. De muchacho gustó las alegrías místicas y gozó de la amistad de Isabel de los Ángeles, fundadora del Carmelo bordelés, que había sido amiga de santa Teresa. En 1616 ingresó en la Compañía de Jesús y en Rouen tuvo como maestro a Lallemand. Durante un viaje de Rouen a Burdeos tuvo un encuentro extraordinario con un adolescente sin instrucción, que lo maravilló por su gran conocimiento de situaciones espirituales. Le fue confiada la cura de almas en el Saintonge, y allí conoció y dirigió a dos místicas, Madame du Verger y Madeleine Boinet.

El acompañamiento de delicias espirituales cesó cuando fue llamado a Loudun, el 17 de diciembre de 1634, para exorcizar a las ursulinas endemoniadas. Comenzó en verdad de modo excelente, pero fue escuchado cuando pidió a Dios cargar con la prueba de la priora de las ursulinas: comenzó a sentirse desdoblado e incapaz de poner remedio a lo que su doble hacía. En 1637, las ursulinas estaban curadas, pero Surin había quedado mudo, paralítico, convencido de estar condenado. Intentó suicidarse varias veces. En 1650 comenzó a recobrar las fuerzas y dictó el *Cathé- chisme spirituel* y los *Dialogues spirituels*. Murió en 1665.

DE LAS «CARTAS»

Carta a una devota

Me doy perfecta cuenta de que nuestro común Maestro nos ha preparado bien a ambos para el ejercicio, y de que nos ha escuadrado según la necesidad. Vos habéis progresado bien en el abismo de la nada y de los dolores; en cuanto a mí, comienza a sumergirme en él y a hacerme sentir sus angustias. Estoy entregado a la violencia de mis pasiones, abandonado a mi impaciencia y a mi debilidad. Como vos, que ciertamente creéis cometer todos los excesos y delitos que se os presentan, también yo estoy convencido de cometer mil infidelidades en detrimento de mi conciencia, y de seguir todas mis pasiones con una bellaquería criminal e inexcusable. Lo mismo que vos no podéis detestar ni confesar vuestros pecados, sino que os veis obligada a

engullirlos como agua y a alimentarnos de ellos como de un pan infernal, así sufro yo igualmente una tortura parecida con respecto a mis iniquidades. Lo mismo que vos abrigáis la creencia de la aparente certeza de vuestra condenación, así he perdido yo mucho de la confianza que tenía de pertenecer a Dios, y estoy en una oscuridad dudosa y con el temor de una senda engañosa e ilusoria. Finalmente, vuestros tormentos suscitan en vos las mociones de un gran odio contra su autor, y yo siento hacia él desprecio, aversión, deseos de venganza. Pero, ¿quién contará las otras cruces que sentimos! Indudablemente, la mano de Dios es pesada, su furor, terrible, y son extraños, alejados de la razón o del sentido común de los hombres, sus comportamientos; pero, ¿qué hemos de decir nosotros? ¿Y por qué nos extrañamos? ¿Sentimos algo en nosotros que no haya crecido de nuestra naturaleza o que esté por encima de nuestros méritos? ¿No hemos confesado más de mil veces que merecíamos esto, y cosas aún peores? ¿No hemos pedido a Dios que nos castigase haciéndonos satisfacer ya en esta vida su justicia?

Por tanto, querida hermana, no debéis sorprenderos si la parte sensual y animal está zambullida en los delitos y las abominaciones que sentís. No os estéis tampoco a examinar si son o no voluntarios, no es de vuestro interés, sufrís el pecado en un lugar donde éste merece estar y que es de su incumbencia.

Debéis continuar vuestras confesiones y comuniones como de costumbre. Vuestros pecados no pueden manchar a Dios porque tienen, todos ellos, una morada diversa: el pecado habita en vuestra naturaleza, y Dios en vuestro espíritu. Tampoco debéis creer que perjudicáis a la casa donde estáis: Dios no castiga al inocente en lugar de al culpable. No es la proximidad de los lugares ni de los cuerpos la que es contagiosa en el orden de los juicios de Dios. Finalmente, mi querida hermana, es preciso dejar vuestra naturaleza y vuestro cuerpo en poder del diablo y el pecado: mientras estéis abandonada a éstos, aquéllos no pueden producir frutos diversos.

Jesucristo nuestro Señor sufrió la figura del pecado como vos la sufrís.

DE «LOS FUNDAMENTOS DE LA VIDA ESPIRITUAL»

*Si ad plenum tui contemptum perveneris,
scito quod tunc abundantia pacis perfrueris*¹⁴

14. «Si llegas al completo desprecio de ti mismo, sábeta que entonces disfrutarás plenamente de la abundancia de la paz» (*De la imitación de Cristo*, III, 25, 6).

[I, 2] PREGUNTA: ¿Cómo puede el hombre llegar al completo desprecio de sí mismo?

RESPUESTA: Hay, por decirlo así, tres peldaños que allí lo conducen. El primero exige el desprendimiento de los propios intereses motivado por tal desestima de sí, que no le permita incomodarse por nada de lo que le atañe personalmente; de manera que, cuando se vea objeto de ojeriza, cuando sea provocado, cuando se hable mal de él, si no hay por medio otra cosa que su provecho, su reputación, su condición, no haga caso de ello, sino que se olvide lo antes posible y apague, como un carbón metido en el agua, todo resentimiento, toda gana de lamentarse y justificarse. Cuando uno se comporta de este modo puede decir que ha llegado al desprecio de sí mismo, porque, si abrigase todavía alguna estima, si de algún modo se apreciase a sí mismo, encontraría del todo inconcebible que se osara atacarlo injustamente sin ninguna consideración. Dirá que no se preocupa de sí mismo, pero que, tratándose de una cosa tan mala e irrazonable, resulta obligado poner las cosas en su sitio, y que él quiere poner fin a eso por amor a la verdad.

Quien, en cambio tiene un total desprecio de sí mismo, se domina inmediatamente y lo pone todo en manos de Dios. En su ánimo nace una gran quietud, se calman las agitaciones y los pensamientos, se amodorrán los resentimientos y las sospechas, los cuales, como el viento, agitan las olas en su alma; ante cualquier cosa que se diga o suceda, él dice: yo no me adhiero a ello y no me preocupo. Así no se siente turbado por nada, todo pensamiento se desvanece, y él descansa tranquilo en nuestro Señor Jesucristo crucificado y humillado. Con este medio se mantiene en la conciencia ese orden al cual todos debieran aspirar y que consiste en no tener nunca ningún motivo de altercado con nadie por lo que nos atañe personalmente, en la espontánea renuncia al derecho, invocado por algunos filósofos espirituales, a tutelar el propio honor con el pretexto de que se trata de un bien natural digno de ser conservado, exigiendo, por tanto, reparación y satisfacción.

A esto se oponen las palabras de nuestro Señor: «Quae tua sunt ne repetas» (Lc 6,30). Los verdaderos y generosos amigos de nuestro Señor, sus sinceros imitadores y discípulos no se obstinan en hacer valer los propios derechos, porque, si nuestro Señor quisiese hacer otro tanto, ¿dónde estaríamos ahora nosotros? La liberalidad que se ejercita respecto a él está bien gastada: al esfuerzo continuo de no

ocuparnos de nada en el mundo, fuera de él, su servicio y su amistad, estimando todo lo demás basura, como hacía el apóstol san Pablo, corresponde una paz abundante, o sea, aquella divina consolación que supera la filosofía humana como el mar supera los ríos. Éste es, pues, el primer grado del desprecio de sí mismo.

El segundo peldaño consiste en no limitarnos a extinguir nuestros resentimientos y a sofocar en nosotros todo gemido, sino a desear positivamente la humillación, a buscar en todas las cosas el último puesto, prefiriendo ser pequeños y abyectos y considerándonos ante Dios como gusanos de la tierra, y ante los hombres como personas indignas de estima. Es preciso gustar como bocados exquisitos los desprecios que nos son dirigidos, desearlos y amarlos como piedras preciosas, porque son los tesoros de nuestro Señor...

El tercer peldaño, a través del cual se puede llegar al verdadero desprecio de uno mismo, consiste no sólo en escoger el último puesto y en mantenerse en él, sino en vivir en esa disposición de ánimo tan recomendada a sus hijos por san Ignacio, fundador de la Compañía de Jesús, según la cual se desea tan ardientemente el rechazo y el total desprecio por parte de las criaturas, que se aceptan las calumnias, los falsos testimonios y las injurias del mismo modo que los hombres de mundo aspiran a los cargos, las dignidades y los puestos de honor...

Hay doctos filósofos que se las ingenian por todos los medios para sostener que el hombre debe cuidarse del propio honor, que debe estimarlo grandemente como un bien natural, tomando así a su cargo la defensa de la naturaleza para mantenerla en su amor propio. La verdad es que todos están obligados a comportarse de manera que no se dé fundada ocasión de escándalo al prójimo: «Habe curam de bono nomine» (Si 41,12); pero el cuidarse de ello preocupándose de conservar lo que los hombres llaman reputación está en contraste con la enseñanza de los santos, los cuales aseguran que abandonar en las manos de Dios el propio honor y la propia reputación, dispuestos a ser considerados los más despreciables de todos, cuando no vaya en detrimento de la gloria de Dios, es un don del Espíritu Santo.

Bajo la acción de este estímulo, los santos no tomaban a su cargo la propia defensa, ni siquiera cuando eran acusados de atroces delitos, y lo demuestra claramente la doctrina de san Ignacio, como se desprende de su *Regla*. En efecto, dice él que un verdadero religioso debe estar contento; más aún, sin dar ocasión de ello, debe desear con todo el

corazón lo que pueda hacerlo censurable, digno de oprobio y vituperio entre los hombres, y debe alegrarse de ello por la semejanza que adquiere con Jesucristo, lo mismo que las personas de mundo gozan con los honores. Así el libro de la *Imitación de Cristo*, como hemos señalado antes, dice que el hombre debe abajarse de manera que todos lo puedan pisotear como el barro de la calle. ¿Cómo es, pues, que puede haber quien, aun vistiendo el hábito religioso, enseña que querer pasar por loco es un error de los místicos, y que cada uno está obligado a tutelar su honor como un bien natural?

Quien ama sinceramente al Señor canta con ánimo alegre:

Disponga también de mi honor,
 disponga de él libremente,
 en sus manos pongo el corazón
 que la ambición ya no siente.
 Si te place, la suerte cruel
 venga, oh Señor del alma mía.¹⁵

Uno de los deseos comunes a todos los santos es el de que el Señor se complazca en hacerlos despreciables para todos, siempre y cuando no quede con ello disminuida su gloria. El santo que dio a sus hijos el consejo de desear la humillación dice que, para llegar a este gran grado de perfección, es necesario buscar el máximo desprecio y renuncia de sí; pero, ¿cómo es posible eso, si debemos preocuparnos de nuestro honor, como pretenden los filósofos?...

Dicen que a Dios no le gusta ver sufrir a los hombres, verlos despreciados, que no hay nada deseable en el desprecio, el cual no es otra cosa que un mal como el dolor: que Dios no se complace en el mal. Respondo que el desprecio y el dolor, considerados en sí, no merecen ciertamente la estima de Dios, pero, puesto que resultan utilísimos al alma, Él ve con agrado que el hombre se vea envuelto en ellos. También la filosofía pagana conocía esta verdad; en efecto, un autor antiguo decía: «Spectaculum Deo dignum bonus vir cum mala fortuna compositus». El sufrimiento y el oprobio, aceptados

15. J.-J. Surin, *Cantiques spirituels de l'amour divin, pour l'instruction et la consolation des âmes dévotes* (1692), cap. X.

para aparecer pequeños ante Dios y para acrecentar la pureza del alma, son cosas que a Dios le gustan y que los santos han deseado. «Aut pati, aut mori», y eso no solamente con el martirio, sino siempre, pues el sufrimiento eleva al hombre por encima de su naturaleza y lo purifica, no en sí mismo, como hemos dicho, sino en relación con Dios, al cual vuelve agradecido por sus propósitos y porque hace asemejarse a Jesucristo: «Non decet sub capite spinoso membrum esse delicatum».

*Disce exteriora contemnere, et ad interiora te dare,
et videbis regnum Dei in te venire*¹⁶

[II, 1] RESPUESTA: Dios y todo lo que le concierne [es] lo más íntimo y más profundo que pueda haber en nosotros y en las cosas. Por eso san Gregorio Nacianceno, en sus poesías, lo llama «el centro de las cosas». A eso se debe que el hombre que se dedica a Dios y le da todo su corazón sea verdaderamente interior, porque, aun cuando las cosas creadas se le presentan y golpean sus sentidos, él no se detiene en ellas, las sobrepasa y va más allá de su aparente belleza y no sufre su atractivo; o, si las admira, inmediatamente se eleva a Dios, se esfuerza por abandonarlas totalmente, por despreciarlas para poder gustar y amar a Dios con mayor intensidad. El hombre dedicado a la vida exterior, en cambio, se detiene, las admira, las aprecia y las ama sin acordarse de Dios y sin sacar de ellas incentivo para amarlo: acaba aficionándose a ellas, encuentra su complacencia en ellas y se esfuerza en gozar de ellas; está tan ocupado en esto, que olvida a Dios hasta el límite extremo de la desobediencia y la ingratitud...

Ahora bien, la primera práctica de este desprecio de las cosas exteriores consiste sobre todo en no tolerar que la imaginación y el entendimiento sean dominados por la estima de las cosas que aparecen ante los ojos...

La segunda norma práctica que se ha de seguir es la de evitar la viva impresión que estas cosas externas suscitan. En este punto es necesario ejercitar el dominio sobre la curiosidad y sobre el ardiente deseo de ver

16. «Aprende a despreciar las cosas exteriores y a darte a las interiores, y verás en ti el Reino de Dios» (*De la imitación de Cristo*, II, 1, 1).

los bellos palacios, los muebles preciosos, las obras raras, a menos que una legítima causa lo exija; pero, aun en estos casos, es necesario mortificar el natural apetito de ver esas cosas. El hombre virtuoso, y cualquiera que quiera vivir la vida del espíritu, debe combatir la curiosidad y dominar todo anhelo de satisfacerse a sí mismo. Hay quien ansía viajar: sería feliz si pudiese llegarse a París o al extranjero; esto demuestra que sufre los atractivos naturales, y que está todavía bajo el dominio de las cosas exteriores. Quien busca sólo a Dios desprecia todo eso.

La tercera práctica de quien desprecia las exterioridades consiste en corregir el propio modo de comportarse cuando en él se percibe un apasionamiento derramado sobre el exterior; se deben abolir las palabras de alabanza, las expresiones exageradas en relación con las criaturas, a las cuales conviene una actitud de frialdad; además, es preciso evitar ese afanarse que quita al espíritu la tranquilidad, cuando hay que cumplir algún deber exterior, como: aderezar la casa para una solemnidad, preparar un recibimiento o hacer preparativos para una fiesta. Algunos pierden la cabeza en estas cosas y consideran que no dejarse conmover es indicio de insensibilidad: así demuestran ser exteriores. El hombre interior no se afana por estas cosas: le interesan más la paz y la unión interior con Dios que todas las exterioridades mundanas. Cuando sucede alguna desgracia externa, un desastre, la muerte de un personaje de mucha nota, los hombres privados de vida interior se impresionan, charlan largamente hasta quedar sin aliento, hilvanan reflexiones y extraen innumerables consecuencias; el hombre de vida interior no hace nada de todo eso, sino que se recoge en sí mismo, dejando a los acontecimientos su curso y limitándose a hacer cuanto la prudencia exige...

PREGUNTA: ¿Qué se quiere decir con la frase: «Que el Reino de Dios venga a nosotros»?

RESPUESTA: El estado más deseable y más maravilloso que el hombre pueda desear en esta vida es el de experimentar la acción de Dios en la propia alma, saber que Él gobierna todos sus movimientos y lo dirige en todo, de manera que la Providencia lo guía también exteriormente: en esto consiste la felicidad de la vida presente. Además, el Reino de Dios en nosotros se identifica con la posesión de sus bienes, los cuales son justamente comparados con un reino, porque contienen en sí las prerrogativas de la realeza; en efecto, los reyes poseen, ante todo, la grandeza, tienen la soberana dignidad, y a ellos se les hacen los honores más considerables: son poseedores de grandes riquezas, tienen placeres en abundancia, todas las delicias y las satisfacciones: batidas de caza, mesas preparadas con sun-

tuosidad, palacios y jardines, bailes y todo tipo de pasatiempos, como los torneos y otros magníficos juegos. Lo mismo les sucede a las almas que han alcanzado el Reino de Dios: gozan de las grandezas celestes que brotan de la conversación y de la comunicación con Dios.

*Qui videt omnia ut sunt,
non ut dicuntur vel aestimantur ab hominibus,
ille veresapiens est,
et magis a Deo doctus quam ab hominibus*¹⁷

[II, 2] RESPUESTA: ...[Es necesario] entrar con frecuencia en uno mismo para liberarse de los vanos fantasmas de las criaturas [con el fin de] disponerse a recibir las luces de Dios, el cual no se comunica sino en el silencio y en la paz, lejos del ruido y de las distracciones externas; si no se realiza esta práctica al menos dos o tres veces al día, uno acaba haciéndose a las tinieblas exteriores y volviéndose incapaz de esas luces. [Es necesario] pedir continuamente al Espíritu Santo la gracia de saber discernir lo verdadero de lo falso, pues es muy fácil que los hombres caigan en el engaño. Dice el Sabio: «La fascinación que emana de una necesidad, oscurece el entendimiento del hombre y le esconde los bienes reales», «fascinatio nugacitatis obscurat bona» (Sb 4,12). Dicha fascinación es obra del mundo y del diablo, y encandila al hombre, lo llena de ideas falsas, le induce a juzgar según el falso concepto común, el cual es perverso; así sucede que se piensa en un puesto como piensan todos, o sea, considerándolo un estado de vida placentero, sin cargas ni obligaciones, una fuente de riqueza y de honores para beneficio de la propia familia y una escala para subir cada vez más alto: no se piensa para nada en los deberes que de ahí se derivan respecto a Dios, respecto a la autoridad superior y respecto a la sociedad en general.

Es preciso, pues, no dejar nunca de pedir las luces del Espíritu Santo, esforzándose en corresponder a ellas y en penetrar bien las palabras que Dios hace resonar en el corazón: de este modo es uno instruido por Dios y no por los hombres. También los predicadores, los prelados y los superiores, y en general todos los que tienen deberes respecto al prójimo, deben ajustarse a estos sentimientos. Ellos han de pedir a Dios la gracia

17. «Quien estima las cosas por lo que son, y no según lo que dicen y juzgan los hombres, es de verdad sabio y enseñado más por Dios que por los hombres» (*ibid.*, II, 1, 7).

de penetrar el fondo de las cosas, de saberse desvincular de las pretensiones de un modo común de decir, para liberarse de las vanas consideraciones que los hombres tienen unos respecto a otros.

*Non stes super te ipsum*¹⁸

[II, 4] PREGUNTA: ¿De cuántas manera puede el hombre confiar en sí mismo?

RESPUESTA: ...La gente de mundo confía en la propia habilidad, en la propia perspicacia y en la facilidad de palabra; pero, si estas cosas llegan a faltar, son como pájaros sin alas o como caballos que han perdido la uña del pie y son, por tanto, incapaces de caminar. Todo eso no sirve sino para alimentar el orgullo, la vanidad y el amor propio: el alma que quiere ser de Dios, vence el propio apego a la naturaleza y a sí misma, y se apoya sobre la buena conciencia y el deseo de agradar a Dios.

A la segunda categoría pertenecen aquellos que, aun no confiando en los propios vicios ni en los intereses humanos, se apoyan igualmente en sí mismos, aun cuando de manera menos grosera, por cuanto, en sus aflicciones y debilidades, en vez de recurrir directamente a Dios, se consuelan pensando en las buenas obras y en las prácticas virtuosas que realizan. Los mundanos, si les asalta el tedio y la melancolía, recurren inmediatamente a lo que en ellos es motivo de estima y, para consolarse, dicen: «Por lo menos soy amado, porque sé presentarme adecuadamente, o porque sé cantar bien»; o bien dicen: «Iré a tal sitio, donde me estiman, sabré hablar de manera que deje patente mi elocuencia», y así se tranquilizan; pero aquellos de los que hablamos no osan comportarse de este modo, que es evidente y groseramente imperfecto; sin embargo dicen: «Hace muchos años ya que me ejercito en las obras buenas, no estoy dedicado a las diversiones ni a las frivolidades, hago penitencia y comulgo a menudo», y así se animan. Es verdad que la conciencia da una alegría secreta, pero el alma pura no se pierde en semejantes reflexiones ni lleva cuenta de sus actos de virtud. En efecto, cuando Dios proyecta su luz en un alma, toda su santidad parece «un paño inmundo» (Is 64,5). Debemos, por tanto, ir hacia Dios, alejando la mirada de nosotros mismos, de nuestro bien y de nuestro mal.

18. «No confíes en ti mismo» (*ibid.*, I, 7, 1).

Está bien poner de relieve este diferente modo de actuar: el primero es propio de los imperfectos y toscos, que piensan siempre en sí mismos, no encuentran consolación alguna sino en sus hermosas cualidades naturales, a las cuales no dejan nunca de referirse; el segundo es propio de las personas virtuosas que están todavía en los primeros pasos y confían secretamente en sus buenas acciones. Algunas personas que viven en comunidad razonan a menudo sobre sí de este modo: «Es preciso admitir que no soy como otros que viven sin hacer nada: yo me ocupo de esto y de lo de más allá, los superiores no se pueden quejar de mí, vivo en paz con todos»; en vez de olvidar todas estas cosas para acordarse únicamente de Dios, vuelven sobre eso a menudo, pero sobre todo para animarse cuando están afligidos.

Éste es un modo de obrar mezquino e imperfecto.

*Ubi aliquis seipsum quaerit, ab amore decidit*¹⁹

[II, 6] PREGUNTA: ¿A qué debemos atribuir el apagamiento del amor divino en el hombre?

RESPUESTA: ...A menudo, mientras esperamos la consecución de nuestras empresas o a lo largo del camino progresivo de la perfección, nos sentimos mal dispuestos, cansados e insatisfechos. La causa es, por lo general, este volverse atrás para buscarse a sí mismo. A veces nos parece tener la mejor intención y estamos convencidos de que obramos exclusivamente en interés de Dios, sin embargo pesa sobre nosotros el descontento, experimentamos un abatimiento que quita toda alegría al espíritu y hace sufrir al alma. Eso quiere decir que está por medio la búsqueda del propio interés. El vigor y la fuerza provienen de Dios: la pena y el cansancio derivan del peso de nuestros intereses: «Si de proprio quaesitu aliquid latet, ecce hoc est quod te impedit et gravat».²⁰

A menudo, tras haber realizado una acción, nos complacemos en sentirnos alabados y saber que los demás nos aprueban: quiere eso decir que, al menos en parte, al obrar, teníamos la mira puesta en nosotros mismos; igualmente verdad es que si, al contrario, hemos recibido re-

19. «Cuando uno se busca a sí mismo, se aleja del amor [divino]» (*ibid.*, III, 5, 7).

20. «Si hay escondido algún interés tuyo, precisamente eso es lo que te impide y agrava» (*ibid.*, III, 11, 3).

proches, la tristeza nos invade por algún tiempo el corazón. En efecto, ¿de dónde proviene este abatimiento que nos esforzamos por esconder, pero que nos hace sufrir íntimamente? Es un signo de que hemos quedado decepcionados en nuestra esperanza de ventajas: pese a la buena voluntad de volar, esta búsqueda de nosotros mismos sólo nos permite arrastrarnos. Cuando os hayáis desembarazado de este peso, refiriendo todo a Dios y a su gloria, os sentiréis libres y tranquilos.

*Et ultra non sentiam me*²¹

[III, 3] PREGUNTA: ¿Qué significa tener sentimientos de sí mismo?

RESPUESTA: Significa gozar y experimentar satisfacción en aquellas cosas que nos conciernen excluyendo los intereses de Dios. Este defecto tiene tres grados.

El primero es propio de quienes están siempre ocupados en torno al propio yo, y no encuentran consuelo ni ánimo sino pensando en los propios beneficios y en sus dotes; cuando no tienen otra cosa que hacer, se abandonan totalmente a la consideración de sí mismos; se complacen en sus perfecciones y en los bienes que creen poseer: esto quiere decir experimentar el sentimiento de sí. Ésos se dejan transportar por tal exceso de amor propio que, no contentos con el placer que les proporcionan estos pensamientos, llegan hasta a complacerse en cierto desorden muy común en nuestros días, que consiste en dibujar el propio retrato no con el pincel, sino con la pluma.

Es un uso común hoy en bastantes espíritus mundanos, todos llenos de sí, que malgastan el tiempo en describirse, registrando sobre el papel las facciones de su rostro, el porte, la estatura, las perfecciones, su comportamiento y todo lo que saben de sí mismos. Es una deplorable ceguera, de la cual incluso los profanos deberían avergonzarse: pues el hombre tiene el deber de olvidarse a sí mismo y de ocuparse de Dios; en cambio éstos demuestran acordarse tanto de sí, que a menudo dan a sus amigos esos retratos hechos por su mano, con el fin de participarles esas ideas suyas, de las cuales deberían avergonzarse. Denuncian en sí tres graves defectos: el primero es la ociosidad del espíritu, que les permite, gracias a las escasas ocupaciones a las que

21. «Que yo no tenga ya sentimiento alguno acerca de mí mismo» (*ibid.*, III, 21, 3).

deben atender, perderse en reflexiones y proyectos sobre lo que la misma sabiduría humana aconseja olvidar. El segundo es la gran estima y el orgullo, que les hace creerse dignos de la atención ajena en todo lo que les concierne. En tercer lugar tenemos el espíritu de vanagloria, de vanidad que les impulsa a poner de manifiesto y a complacerse en cuanto volvería odioso a quien tuviera una pizca de sensatez.

Esta minuciosa reseña sobre sí es útil cuando se trata de hacer una confesión general, cuando la humildad verdadera obliga a no esconder lo que hace abominable ante Dios y digno de desprecio para sí mismo; pero malgastar el tiempo, por otros motivos, en indagar minuciosamente dentro de sí, significa estar ebrios de amor propio, es ponerse en contraste con la doctrina de Jesucristo, el cual ha dicho: «Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo» (Mt 16,24), a lo cual corresponden las palabras de nuestro autor: «Ultra non sentiam me: que no tenga ya ningún sentimiento de mí». Es como si dijese a Dios: «Deseo estar tan ocupado en torno a vos, deseo estar tan lleno de vos, que no sienta ya lo que soy yo». San Vicente Ferrer, en su libro que trata de la vida espiritual, dice que él se encontraba tan insoportable y abominable para sí, que incluso experimentaba el mismo asco que ante un perro putrefacto:²² tan lejos estaba de hacer su propio retrato. San Ignacio deseaba ser arrojado, tras su muerte, al basurero. Y santa Catalina de Génova decía que prefería ver al demonio en toda su fealdad, que verse a sí misma. Los santos, a través de este desprecio y olvido de su persona, se hicieron dignos de gustar a Dios; y esta gente se colma miserablemente de ella, echando a Dios de su interior, como hace decir nuestro autor al Señor: «Cuanto más capaz seas de salir de ti mismo, más podrás entrar en mí».²³ Para salir de sí mismo es necesario no pensar en uno mismo ni hacer mención de sí, excepto cuando el deber lo exige y cuando debemos confesarnos.

El segundo grado concierne a los que se abandonan no a un mal tan grosero como el que hemos mencionado, sino a otro más sutil, que consiste en correr tras el propio genio y el propio humor, incapaces de experimentar gusto por lo que no entra en las propias miras, mientras que todo lo demás proporciona disgusto, incluidas las personas que no piensan del mismo modo: es un sentir y gustar lo que es propio alejándose mucho de la perfección que indica nuestro autor cuando dice:

22. Vicente Ferrer, *Tractatus vitae spiritualis*, 16.

23. *De la imitación de Cristo*, III, 56, 1.

«Ultra non sentiam me». Hay quien se complace en la soledad, no porque sea atraído a ella por Dios, sino porque es de su gusto; no puede sufrir la compañía que, no dejándole gozar su libertad, a la que tiene en tanto, considera como una tiranía. Esclavos de su modo de vivir, deben soportar el peso de su humor, por el cual se ven sometidos a cruces y pesares, todos originados por el apego a las propias costumbres. Éstos se sienten bien a sí mismos, pero para su daño y con grave incomodo. El hombre de bien sabe liberarse de toda ansiedad, evitando detenerse sobre sí mismo y teniendo presente el consejo práctico contenido en estas palabras que hemos ilustrado: «Non stes super te ipsum».²⁴

*Si quaeris teipsum, inuenies utique teipsum*²⁵

[III, 6] RESPUESTA: ...Una señora se pone en compañía para hacerse notar: si no busca sino a Dios, no le sucederá nada desagradable, pero si busca el honor, la alegría y el buen nombre, y Dios permite que sea contrariada, que alguno en el hablar muestre desprecio por ella, o que ella misma no consiga hacerse apreciar hablando y haga un mal papel, resulta en verdad un bocado muy amargo de tragar. Pero, ¿de dónde procede toda esa amargura? Del hecho de que ella, al buscarse a sí misma y encontrarse, tropieza con el propio orgullo, que es amargo; en efecto, ella soporta a duras penas la afrenta sufrida por haber pronunciado una frase estúpida o haber oído una desdeñosa, y eso le produce el efecto de una picadura de avispa, que le arranca lágrimas de los ojos y la hiere en lo más íntimo del corazón. Esto es lo que les sucede cada día a los que aman intensamente su propia persona.

Cuando uno debe hablar en público, si busca su gloria quiere decir que se busca a sí mismo, y se encuentra: pero no se sentirá satisfecho, sobre todo si alguno, mejor que él, le amarga el gusto que experimenta. Si, en cambio, no tiene puesta su mira sino en Dios, se sentirá contento, porque no se encontrará a sí mismo para su daño, y la vanidad no le causará turbaciones dolorosas. ¿En qué afán viven los ambiciosos, los

24. J. J. Surin, *Les fondements de la vie spirituelle tirés du Livre de l'imitation de Jésus Christ*, II, 4; véase antes, págs. 115-116.

25. «Si te buscas a ti mismo, sólo te encontrarás a ti mismo» (*De la imitación de Cristo*, II, 7, 3).

avaros, los sensuales? Están casi continuamente atormentados y heridos en el alma por la amargura: un éxito obtenido a costa de cientos de contrariedades. Éstos son los beneficios que recogen aquellos que se buscan a sí mismos y que, en encontrándose, tropiezan con los propios vicios, cuyos frutos son tan amargos como su raíz. Son hombres casi siempre presa del tedio y de la tristeza: esas melancolías y esos malos humores son efecto de la búsqueda de sí mismo: encontrarse a sí mismo quiere decir gustar intensamente de la propia amargura; la virtud produce el beneficio de saber salir de sí y andar derecho hacia Dios.

*Quantum a te poteris exire,
tantum in me poteris transire*²⁶

[V, 4] PREGUNTA: ¿De cuántos modos puede uno salir de sí mismo?

RESPUESTA: Principalmente de tres. El primero consiste en combatir sin tregua el amor propio, natural y vicioso, el cual posee sutilísimas ramificaciones. Existen muchas personas espirituales que, pese a que realizan buenas acciones, permanecen apegadas al amor de sí mismas: alimentan una ternura y un afecto por sí y por cuanto les concierne, particularmente por su persona, rehuyendo todo lo que es penoso y amando las comodidades y la quietud natural. Cuando deben sufrir, hablan con tanta compasión acerca de sí mismas, que no es conforme a las leyes precisas del evangelio; su modo de expresarse es éste: «Mis pobres dientes, mi pobre estómago», y otras expresiones contrarias a la generosidad de los hijos de la cruz. Oponerse a esta tendencia, tratarse con renuncia y desprecio, equivale a salir verdaderamente de sí mismo para ir a Dios.

El segundo modo de salir de sí consiste en atender a las ocupaciones que se traen entre manos sin poner en ellas pasión y sin mirarse a sí mismo, como suelen hacer la mayor parte de las personas dedicadas a los asuntos, o que ocupan puestos de autoridad, o que se dedican a la predicación, o al ejercicio del ministerio, que se hinchan grandemente, rumiando dentro de sí lo que se dirá, lo que sucederá; por lo cual se mueven y obran en vista de las ocupaciones mismas. Ésa es precisamente la razón por la que una religiosa que haya ocupado durante vein-

26. «Cuanto más capaz seas de salir de ti mismo, tanto más podrás entrar en mí» (*ibid.*, III, 56, 1).

te años un cargo en el monasterio, si es destituida y rebajada al rango común, se encuentra como perdida en un gran desierto; pero esto no sólo puede sucederles a las mujeres, sino también a aquellos hombres que se encuentran como entontecidos cuando no están ya entre los asuntos. Todo eso se debe al excesivo interés que se puede poner en el desempeño de un cargo; y eso no sucedería si mirasen sólo a Dios; porque si estuviesen llenos de Dios, se sentirían siempre con Él...

La tercera manera es más difícil, y son pocas las personas que la adoptarán. Consiste en castigar la carne, movidos por un santo odio hacia sí mismos, que hace de manera que el hombre arrebate el alma a los sentidos entre los cuales naturalmente yace. Con demasiada frecuencia, las personas de espíritu no aprecian este medio como merece, y así permanecen en sí mismas, sin trasladarse a Dios, siendo así que podrían hacerlo si supiesen hacerle la guerra a la naturaleza hasta este punto. Cuando el hombre ha salido de sí, renunciando al vicio, al amor propio y a todas las satisfacciones que podrían derivársele del ejercicio de sus tareas, permanece no obstante encerrado en el propio ser, del cual no puede librar-se para ir a Dios sin cultivar la inclinación a maltratarse.

Aquí llegan solamente los fervorosos, que persiguen al alma para desalojarla de la quietud que goza en sí y en la carne. Adoptan los mismos métodos que se suelen usar para domesticar animales: por ejemplo, cuando se les quiere enseñar a ir a un determinado lugar donde deben prestar algún servicio, se les apalea en todo otro lugar, mientras que en cambio, cuando se encuentran allí donde se pretende que aprendan a ir solos, se les cubre de caricias, de manera que sólo allí se encuentren bien. Así, cuando uno quiere obligar al alma a vivir espiritualmente como Dios desea, la golpea en la carne, no concediéndole reposo alguno sino en el espíritu, donde encuentra las caricias y las consolaciones de Dios.

JUAN EUDES

Nació en Rye, cerca de Argentan, el 14 de noviembre de 1601. Estudió con los jesuitas, y en 1623 ingresó en el Oratorio de Béroulle. En 1643 fundó en Caen la Congregación de Jesús y María (los «eudistas»), dedicada a la misión, y en 1660 la de Nuestra Señora de la Caridad (o del Buen Pastor). Murió en 1680. Estableció el culto al Corazón de Jesús y María.

Entre sus obras están: *La vie et le royaume de Jésus dans les âmes chrétiennes*; *Le coeur admirable de la très sacrée Mère de Dieu*.

DE «EL CORAZÓN ADMIRABLE
DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS»

[2] El primer cuadro que el Padre eterno nos ha dado del corazón incomparable de la hija amada de su corazón es el cielo. El corazón purísimo es un verdadero cielo del cual los cielos que se extienden sobre nosotros no son sino la sombra y la figura. Es un cielo elevado por encima de todos los demás cielos. Es éste el cielo del que habla el Espíritu Santo cuando dice que el Salvador salió de un cielo que sobrepasa en excelencia todos los demás cielos: «A summo coelo egressio ejus» (Sal 19,7 LXX), para venir a realizar en la tierra la salvación del universo. Esta Madre admirable lo formó en su propio corazón antes de concebirlo en las entrañas; por tanto, se puede decir que, tras haber estado oculto por algún tiempo en ese mismo corazón, como durante toda la eternidad lo estuvo en el del Padre, salió de él para manifestarse a los hombres. Pero, lo mismo que del cielo y del seno del Padre salió sin salir, no obstante, de él: «Excessit, non recessit», así mismo el corazón de su Madre es un cielo del cual salió de tal modo, que siempre permaneció, y siempre permanecerá, en él: «In aeternum Domine, Verbum tuum permanet in coelo» (Sal 119,89)...

Este corazón admirable es un cielo empíreo, es decir, un cielo todo de fuego y llamas, porque siempre ha estado inflamado con los fuegos y las llamas de un amor enteramente celeste, y más ardiente y santo que todo el amor de los serafines y de los grandes santos que están en el cielo empíreo.

Es el cielo del cielo, hecho para Dios solo...

[3] El Sol está en movimiento perpetuo desde la creación hasta hoy, y su carrera es tan rápida que, según el cálculo de los matemáticos, cada hora hace más de un millón de leguas. Así, el corazón sagrado de la Madre del amor hermoso siempre ha estado, desde el momento de su inmaculada concepción, en perpetuo movimiento de amor hacia Dios y de caridad hacia el prójimo, y mientras ese admirable Sol ha estado sobre la tierra, ha corrido, o más bien volado, con tal rapidez por los caminos de la santidad, que la velocidad del Sol material no es más que sombra y figura de la de este otro.

[7] Ella no ha amado nunca sino a Dios, nada ha deseado, pretendido ni esperado salvo agradecerle; nada ha temido sino desagradarle, nada ha acometido de grande y difícil sino relativo al servicio y la gloria de la divina Majestad... De manera que sus pasiones todas no han tenido uso ni sentimiento, sino que han estado muertas y como aniquiladas respecto al mundo y a todos sus intereses y en relación con todas las cosas creadas en

general, y no han tenido vida ni movimiento sino respecto a lo que agradase o desagradase a Aquel que las poseía, animaba y conducía. Así llegamos a saber que el corazón de la sagrada Virgen era un verdadero paraíso terrenal, en el cual no había guerra ni turbación, ni desorden alguno, sino una paz, una tranquilidad y un orden maravillosos, con ejercicio perpetuo de adoración, alabanza y bendición hacia quien había establecido su trono en dicho paraíso.

Se ha visto que este mismo corazón era como un sagrado altar sobre el cual la digna Madre del sumo Sacerdote inmolaba sin tregua esas mismas pasiones como otras tantas víctimas santas que ella hacía morir y aniquilaba respecto a todo lo que no fuese Dios, quemándolas y consumiéndolas en el fuego del amor divino, del cual este mismo corazón estaba siempre inflamado, y sacrificándolas así continuamente a la gloria y el amor de su Dios.

JEAN DE BERNIÈRES DE LOUVIGNY

Nació en 1602, permaneció laico aun cuando dirigía muchas almas en el eremitorio de Caen por él fundado; fue llamado obispo sin mitra. Mantuvo contactos con Marie des Vallées y san Juan Eudes y mandó a Canadá una misión de la que formaba parte Marie de l'Incarnation. Murió en 1659. Tras su muerte, en 1661, se publicaron un volumen de escritos varios y de cartas y una compilación sacada de sus manuscritos por el capuchino Louis-François d'Argentan.

DE LAS «CARTAS»

16 de marzo de 1659. Nada debéis temer, carísimo hermano; la gracia de abandono y de muerte que nuestro Señor os concede es preciosa. No os retraigáis de ella nunca con el pretexto de que no hacéis nada, o de que obráis exteriormente sin movimiento interior. La inacción de la que me habláis en las cartas es verdadera acción, pero realizada por Dios más que por vos, y, siendo toda espiritual, permanece oculta a vuestros sentidos, los cuales obran de manera tosca y con reflexión, creídos de que el alma no obra, precisamente cuando obra más perfecta y puramente. Vivid de ahora en adelante, carísimo hermano, sin sentir escrúpulo de no discernir vuestra interioridad, simplemente no penséis en ello. Os basta saber que Dios lo hace a su modo y, gracias a su unión íntima y secreta, se convierte en el

principio de todas vuestras acciones externas e interiores: cuanta menos preocupación tengáis de vos, más os gobernará Dios de manera especial, y debéis estimar más beneficiosa, sin comparación, una pequeña medida de muerte y de anonadamiento interior, que no todas las más santas y excel-sas acciones externas que no provengan de un fondo muerto y anonadado. Estoy seguro de que estáis más unido a Dios con esa constitución interior que si convirtieseis, sin ella, toda la China.

FRANÇOIS GUILLORE

Nació en Croisic el 25 de diciembre de 1615, ingresó como novicio en la Compañía de Jesús en 1635. Fue superior de la casa de los jesuitas de Nantes y célebre predicador. Murió en París el 9 de junio de 1684.

Escribió: *Maximes spirituelles pour la conduite des âmes* (Nantes, 1668); *Les secrets de la vie spirituelle qui en découvrent les illusions* (París, 1673); *Progrès de la vie spirituelle* (París, 1675); *Conférences spirituelles pour bien mourir à soi-même* (París, 1683).

DE «LA POSESIÓN DIVINA»

Observamos que, cuanto más se acerca a Dios el individuo, menos obra y actúa por cuenta propia. Son los caminos del Señor, y la simple experiencia de los corazones basta para probarlo. ¿Existe acaso un alma que no confiese (¿lo reconocéis también vos?) que, cuando es consolada y visitada interiormente por Dios, habla menos, obra menos, e insensiblemente cae en el silencio, sintiéndose atada y como en la imposibilidad de obrar? ¿De dónde proviene, según vos, esta ausencia de actividad hacia la cual las almas más simples se sienten atraídas cuando son visitadas por el Señor? Es porque, por un lado, nuestro modo de actuar y de producir es sumamente impuro, y por otro, el espíritu del Señor, al entrar en el alma y desear manifestarse en ella, destruye poco a poco lo que el hombre hace y suspende sus acciones, para sustituírlas por su divina operación y obrar con toda pureza; eso se observa también claramente en la contemplación, donde el espíritu de Dios es el único en actuar, y el alma no hace más que recibir. Con algunas personas, este espíritu divino obra a veces de manera sorprendente, y lo hace todo en sentido absoluto. Y no debemos concederle menos de cuanto se concede al demonio en los energúmenos. ¿Cómo

sería posible que el amo obrase más débilmente que el siervo, y que el demonio tuviese en el alma una capacidad de posesión y una presa más íntima que el espíritu de Dios? El demonio en los endemoniados piensa, habla, mira, de manera que éstos se convierten en órganos e instrumentos suyos, y obra interiormente en ellos. Sobre ciertas almas bien dispuestas, el espíritu de Dios no debe tener menor dominio; en ellas es Él quien da al cuerpo, a los sentidos exteriores y a las fuerzas del alma todos sus movimientos, de manera que ellas son simples instrumentos manejados por el espíritu divino, víctimas voluntarias de la operación de su santo espíritu.

Y además, nosotros, en todas nuestras acciones, ¿debemos someternos y depender menos de nuestro Señor, que cuanto Él dependió de su Padre? Él no obraba sino por orden suya, y nosotros debemos hacer sólo lo que nos es ordenado por Jesús. Su santa humanidad no tenía ningún movimiento, de cuerpo, de espíritu, de corazón, que no fuese dictado por el Verbo, y siguiendo este ejemplo divino, no debemos obrar, corporal ni espiritualmente, sino guiados y animados por el espíritu de Jesús. Escuchad la verdad de su primer mandamiento: debe permanecer en vuestro corazón.

Porque, dice san Pablo, lo mismo que Dios Padre era el fin de Jesús y a Él remitía todas sus acciones y obraba por voluntad de Dios, de la misma manera Jesús es el fin del cristiano, que debe hacer todo por Él y no tener otro impulso, en todas sus acciones, sino el del espíritu divino; así, la obligación que tenemos de obrar en el espíritu de Jesús se convierte en nuestro fin, y todo lo que seamos, cuerpo, alma, corazón, acción, debe consumarse únicamente por Jesucristo, lo mismo que Él mismo se consumó como víctima de su Padre.

¡Oh Dios mío, qué dulce consolación para un verdadero amante de Jesús es que cuanto hay de espiritual, en el cielo y en la tierra, vaya a Jesús como a su descanso y a su esencia, y sea su perenne víctima de amor y, subsistiendo sólo por Jesús, obre animado por su divino espíritu! Repito, ¡qué inmensa consolación para un amante de Jesús!

Y, para daros aún otra prueba de esta verdad, está bien que sepáis que no podemos ser amados por el Padre si no llevamos en nosotros la imagen de su querido Hijo, si nuestras acciones todas no tienen su semblante y su carácter. A causa de la corrupción de la que estamos compuestos, no somos otra cosa que objetos de aversión y de cólera, como he mostrado ya. Debemos ser sellados por la marca divina, y esto se obtiene por medio del espíritu de Jesús. Y es por eso por lo que Dios, Padre de bondad, ha hecho entrar el espíritu de su querido Hijo en nuestros corazones, dice san Pablo (Rm 5,5). De manera que, si os dejáis fielmente guiar por

el espíritu divino, hablaréis sólo en Jesús. ¡Oh divino estado! Pensaréis como Jesús, obraréis sólo como Él, su espíritu animará vuestro obrar, y ya no haréis nada, según lo que dice san Pablo, sino guiados por su espíritu que obra en vosotros (Rm 8,5 y sigs.).

Cuando en esta unión oramos y pedimos algo, pedimos sólo lo que nos sirve. La manera de orar es siempre santa, y somos siempre escuchados. Éstos son los beneficios que nos vienen de la unión con Jesús, en el momento en que nos acercamos a Dios y nos presentamos a Él para ser escuchados en nuestros deseos.

En primer lugar digo que, cuando salimos de esta comunión con Jesucristo, pedimos siempre exactamente lo que nos es necesario. Porque, ¿quién mejor que Jesús conoce las necesidades de nuestra alma, Él que es el único que penetra en lo más profundo de nuestros corazones y descubre sus profundidades y sus impulsos secretos? Y, si el conocimiento que Él tiene de nuestras necesidades es tan íntimo y profundo, pediremos siempre lo que es exactamente necesario para el bien de nuestras almas, inspirados por un espíritu así iluminado, sin perdernos en peticiones necias que a veces tienen apariencia de santas. Es el Espíritu Santo quien pide por nosotros; nosotros no sabemos lo que pedimos. Pero, aun cuando fuésemos nosotros los que pidiéramos, eso sucedería no obstante de manera que, unidos como estamos a Jesús, nuestra petición y nuestra acción no harían más que seguir su acción, por influencia de la causa sobre el instrumento que la determina. Y es siempre en esta unión donde nosotros adquirimos una admirable docilidad para hablar y orar como Cristo nos inspira. Es, pues, verdad que, estando unidos a Jesús, no perdemos la sustancia de nuestras oraciones, dirigidas hacia las justas necesidades de nuestra alma.

Pero no es menos verdad que en esta unión el modo de orar es siempre santo. Porque, cualquiera que sea la oración que una persona haga, no desea más que a Jesús. No se multiplica en las cien cosas buenas que podría pedir, ni piensa en absoluto en todos los dones santísimos que se acerca al propio corazón, porque, estando unida a Jesús, no desea más que a Jesús, en el cual todos los dones están eminentemente compendidos, permaneciendo así en la simplicidad de su posesión, y con todas las aspiraciones hacia la pura alegría de aquel divino objeto. Y, como en tales sagradas mociones ella podría dejarse transportar demasiado lejos, en esta unión, más íntimamente de cuanto Él desea, aspira en la medida que se le asigna, sobria incluso en los deseos más santos, fácilmente corruptibles cuando, dirigidos a su objeto, son empujados a él más por ardores inconsiderados que por puras mociones del Espíritu Santo. ¿No es un maravi-

lloso beneficio de esta unión el orar de manera tan pura y libre, que lo único que se desea, es decir, Jesús, no sea nunca deseado más allá de cuanto Él ha decidido darse, aun en medida a veces pequeñísima? ¿Hubo nunca lección más divina y escuela más santa? Y añadido todavía otro beneficio de esta unión, en la oración que la hace más pura y la eleva al grado más alto de santificación. Y es que la persona que no desea a Jesús, sino en la medida en que le está destinado, lo desea con mucha moderación, sabiendo bien que Cristo desea ser buscado y poseído en paz por el alma que lo ama; y así, lo que ella ve justo y conforme a los designios de Dios, lo desea como Dios mismo, en perfecta tranquilidad.

Finalmente, el gran privilegio de esta unión en nuestras plegarias con Jesús es que somos siempre infaliblemente escuchados. No importa si nuestra vida fue anteriormente pecaminosa, ni importa que esté todavía surcada por infinitas miserias: unios a Jesús, orad y no dudéis ya del resultado de lo que pidáis en vuestras plegarias. Porque no se trata aquí de aquel pecador que merece sólo la cólera y los castigos de Dios, sino de Jesús solo, al cual nada se puede negar. Por miserable y pobre que sea vuestra conciencia, no será ya, pues, un problema vuestro, porque, unidos a Jesús y elevando vuestros votos y vuestras plegarias al cielo, no será ya vuestra voz la que Dios Padre escuchará, no, sino la voz de Jesús que llorará y orará por vosotros.

Ahora os ruego que prestéis atención a lo que Él hizo como última acción de su vida, me refiero a su muerte y resurrección, que son el cumplimiento de la obra de la encarnación. Sabed que la muerte y la resurrección no han tenido otra finalidad que haceros vivir por Jesús, de manera que de su vida divina vos debéis ser el fruto, la recompensa y el triunfo de Cristo muerto y resucitado por vos. Por tanto, no podéis ya vivir para vos mismo; es preciso que el objetivo de vuestra vida sea Jesús, y que vuestra existencia esté enteramente dedicada a Él. Él murió para haceros morir, resucitó para haceros vivir. Vuestra muerte debe ser sacrificada a la suya, y vuestra vida debe estar dedicada a Él. Si vos, con el fin de poder llevar una vida buena y natural, no podéis ya vivir para Jesús, usurpáis un bien a los demás, al no existir en vos nada que realmente os pertenezca, porque todo ha sido comprado con la muerte y resurrección de nuestro divino Salvador. ¿Puede haber, pues, precio más alto y más admirable? ¿Puede subsistir en vos una vida que os domine más íntimamente que la suya? Y, si no es así, ¿puede existir un hurto mayor y más injusto que el vuestro? ¿No significa esto obrar contra sus intenciones, Él que gastó todo de sí a fin de que vos viviéseis para Él?

Mas, ¿queréis ver la verdad de modo aún más evidente? ¿Queréis que yo os muestre punto por punto, por decirlo así, cómo compró Él todo vuestro ser, para introducirnos poco a poco su vida? Su carne divina, su cuerpo, ¿no sufrió numerosos suplicios para poder comprar vuestro cuerpo? Su divino corazón, ¿no soportó numerosos dolores y amarguras para merecer vuestro corazón? Su alma divina, ¿no se vio inmersa en las más amargas tristezas, en la agonía más profunda, para conquistar vuestra alma? Todas las facultades de su alma, ¿no fueron el escenario de las pruebas más dolorosas y crueles, que lo tiranizaron, con el único fin de poder disponer de vuestra alma como de un bien adquirido? Él dio mucho por mucho, os compró pedazo a pedazo, para hacer fluir dentro de vos su vida, no siendo el espíritu de la vida sino el de Jesús. Él quiso que su cuerpo diese vida a vuestro cuerpo, su corazón a vuestro corazón, su alma a vuestra alma, y daros todas sus fuerzas. Es por esto por lo que, al introducir su vida divina en la nuestra, quiso absorber lo que había en nosotros de corrupto. Porque nuestro cuerpo está enteramente corrompido por la sensualidad, el corazón, por las ataduras terrenas, el espíritu, por máximas desordenadas, y nuestras fuerzas están guiadas por falsas luces y por malas inclinaciones. Y quiso purificar con su carne nuestra carne, con su corazón nuestro corazón, con su alma nuestra alma, con sus fuerzas nuestras fuerzas, infundiendo en todo nuestro ser su vida divina.

Añadid que el sacrificio de su muerte tiene un solo objetivo, hacernos vivir de su divina vida. Porque, tras un don semejante y un sacrificio tan grande, realizado por Él para nosotros, es preciso que Él nos posea de la manera más perfecta. Por tanto, démonos a Él, así lo deseo, para hacernos sus esclavos, para ser por él destruidos, para superar todas las pruebas de su real dominio; no obstante esto, Él queda fuera de nosotros y nos deja siempre a nosotros mismos y lo que somos. Hay necesidad, pues, de algo más íntimo, que lleve su poder hasta la sustancia de nuestro ser, y eso sólo se puede obtener introduciendo en nuestra vida su vida divina, la cual se crea en nosotros, y Él nos la comunica, como Él mismo dice, con la abundancia de su gracia.

Aún puedo añadir que su dulce corazón desea hacernos vivir con Jesús, porque Cristo tiene el mismo deseo de morir y de vivir en nosotros. La vida es un tránsito hacia la muerte, y la vida de Jesús en nosotros no es otra cosa que un camino en el cual Él quiere encontrar una especie de nueva muerte. Lo mismo que, viviendo dentro de nosotros, quiere revivir por segunda vez su vida terrena, así quiere de nuevo morir, como murió entonces sobre la cruz. Y, puesto que el más grande y el más noble

de los sacrificios es el que concluyó y consumó su vida terrena, desea vivir en nosotros con el fin de poder morir otra vez en nosotros, posesionándose de nuestra alma, separada de nuestro cuerpo, ofreciéndola e inmolándola al eterno Padre. Por eso, al morir, no podéis dejar de pensar en Jesús que muere en vos y, del mismo modo, en el curso de vuestra vida debéis siempre sentir en vos a Jesús.

Aprended, pues, a vivir como Jesús, con el fin de poder morir como Él.

BLAISE PASCAL

Nació el 19 de junio de 1624, de familia noble. Creció con sus hermanas Jacqueline y Gilberte, y no fue enviado a la escuela. Siendo aún un muchacho superó la ciencia contemporánea en la investigación sobre las secciones cónicas, escribió un tratado de acústica e inventó máquinas calculadoras. En 1648, Jacqueline se sintió atraída por los padres de Port-Royal y frecuentó su iglesia junto con su hermano. En 1652, muerto su padre, ella ingresó en la abadía Port-Royal; en 1654 también Blaise se retiraba allí.

Cuando el padre Arnauld fue tachado de herejía, Pascal escribió para excusarlo las *Lettres provinciales*, dirigidas contra los casuistas jesuitas; se publicaron anónimas en 1656. Ese mismo año, un fragmento de la cruz conservado en Port-Royal curó una fístula lagrimal, y los padres perseguidos tuvieron el consuelo de un milagro. Blaise murió en agosto de 1662. En 1670 fueron publicados los *Pensées*, cuyo texto íntegro no vio la luz, sin embargo, hasta 1844.

DE LOS «PENSAMIENTOS»

[42] Entre la gente, no pasa por entendido en versos quien no haya desplegado enseña de poeta; lo mismo pasa en matemáticas, etc. Pero los ingenios universales no saben qué hacer con las enseñas y no hacen diferencia alguna entre el oficio de poeta y el de recamador. No son llamados ni poetas ni matemáticos; pero son todo eso a un tiempo, y saben juzgar de todos éstos. No se comprende qué son propiamente. Saben hablar de las cosas de las que se estaba conversando cuando han aparecido entre nosotros. Nos damos cuenta de que tienen una aptitud más bien que otra sólo cuando deben hacer uso de ella.

[157] El hombre está hecho de tal manera que, a fuerza de oírse tratar de necio, acaba por creerse tal y, a fuerza de decírselo a sí mismo, también. El hombre, en efecto, lleva a solas una conversación interior que importa mucho regular bien: «Corrumpunt mores bonos colloquia mala» (1 Co 15,33). Es preciso permanecer en silencio lo más que se pueda, y pararse a hablar consigo sólo de Dios, que sabemos que es la verdad; y así acaba uno por persuadirse de ello.

[158] Es preciso unir a lo interno lo externo, para alcanzar algo de Dios: o sea, ponerse de rodillas, rezar con los labios, etc., para que el hombre orgulloso, que no ha querido someterse a Dios, sea ahora sometido a la criatura. Esperar de esos actos exteriores la ayuda es superstición; pero no querer unirlos a los interiores es soberbia.

[235] Si los magistrados conocieran la verdadera justicia, y los médicos el arte de curar, no sabrían qué hacer con los birretes de cuatro picos: la majestad de su ciencia sería bastante respetable por sí misma. Pero, al poseer sólo ciencias imaginarias, están obligados a recurrir a esos artificios vanos para impresionar la imaginación, con la cual tienen que ver; y así, en efecto, se atraen el respeto. Sólo los hombres de guerra no se disfrazan de esa guisa, porque en realidad su obrar es más sustancial: ellos se imponen con la fuerza, los otros, con el ceño.

Por ese mismo motivo nuestros reyes no han recurrido a semejantes disfraces. Para parecer tales, no se enmascaran con ropajes fuera de lo ordinario, sino que se hacen escoltar por guardias, por alabarderos. Esas tropas armadas que tienen manos y fuerza sólo para ellos, esas trompetas, esos tambores que los preceden, y esas legiones que los rodean, hacen temblar los corazones más firmes. No tienen solamente el ropaje, tienen la fuerza. Habría que estar dotados de una razón muy despejada para considerar un hombre como los demás al Gran Señor, circundado, en su soberbio palacio, por cuarenta mil jenízaros...

La imaginación dispone de todas las cosas: crea la belleza, la justicia, la felicidad, que en este mundo es todo.

[253] Existen diversos grados en esta aversión a la verdad, pero en todos se encuentra en algún grado, porque es inseparable del amor de sí. Es esa falsa delicadeza que obliga a quien se encuentra en la necesidad de reprender a los demás a buscar mil circunloquios y atenuaciones para no irritarles. Debe disminuir nuestros defectos, fingir excusarles, mezclar con

los reproches alabanzas y protestas de afecto y de estima. No obstante eso, al amor propio la medicina le resulta siempre amarga: toma de ella lo menos posible, y siempre con repugnancia, y a menudo también con secreto despecho contra quien se la administra...

El hombre no es, pues, sino simulación, mentira e hipocresía, tanto en sí, como respecto a los demás. No quiere que se le diga la verdad, evita decírsela a los demás; y todas estas inclinaciones, tan alejadas de la justicia y de la razón, tienen una raíz natural en su corazón.

[258] El «yo» tiene dos particularidades: es injusto en sí, por cuanto se hace el centro de todo; es incómodo para los demás, por cuanto los quiere someter; porque todo «yo» es el enemigo y querría ser el tirano de todos los demás. Vos elimináis su incomodidad, no su injusticia. Y así no lo hacéis amable a quien odia su injusticia, sino sólo a aquellos que en él no encuentran ya a su enemigo. Y así, seguís siendo injusto y podéis agradar sólo a los injustos.

[301] La costumbre funda toda equidad, por la única razón de que es seguida: éste es el fundamento místico de su autoridad. Quien la reconduce a su origen, la aniquila. Nada más falaz que las leyes que pretenden corregir las culpas: quien las obedece porque las cree justas, obedece a la justicia que él se imagina, no a la esencia de la ley; ella está toda recogida en sí misma, es ley y nada más. Quien quiera examinar su fundamento descubrirá que es tan débil y fútil que, si no está avezado a contemplar los prodigios de la humana imaginación, se asombrará de que el tiempo haya podido procurarles tanto lustre y respeto. El arte de provocar la rebelión, de subvertir los Estados, consiste en quebrantar las costumbres vigentes, sondeándolas hasta su fuente, para demostrar que carecen de autoridad y de justicia. Es preciso (se dice) remontarse a las leyes fundamentales y primitivas del Estado, abolidas por costumbres injustas. Es un juego seguro para arruinarlo todo: pesado en esa balanza, nada será justo.

[313] ¿Por qué se sigue la opinión de la mayoría?, ¿porque tienen más razón? No, porque tienen más fuerza.

¿Por qué se siguen las antiguas leyes y las creencias tradicionales?, ¿porque son las más sabias? No, porque son las únicas en vigor, y así queda eliminada toda causa de disensión.

[347] Los verdaderos cristianos obedecen, no obstante eso, las necesidades, no porque las respeten, sino por respeto al orden de Dios, el cual, para castigar a los hombres, los ha sometido a las necesidades: «Omnis creatura subiecta est vanitati. Liberabitur» (Rm 8,20-21).

[358] Ellos se imaginan que, si obtuvieran cierto cargo, luego descansarían con placer, y no se dan cuenta de la naturaleza insaciable de su codicia. Creen sinceramente buscar el reposo y buscan sólo la agitación.

Hay en ellos un instinto secreto que les lleva a buscar fuera de sí la distracción y la ocupación: instinto que deriva del sentimiento de sus continuas miserias. Y hay en ellos otro instinto secreto, que es un residuo de la grandeza de nuestra primera naturaleza, que les hace saber que la felicidad verdadera se encuentra en el descanso y no en el alboroto. Y a partir de estos dos instintos opuestos se genera en ellos un propósito confuso, que se esconde a su vista en el fondo de su alma, que les impulsa a buscar el descanso a través de la agitación y a figurarse siempre que pueden conseguir la satisfacción de la que están privados, si, superados algunos obstáculos, pueden así abrirse el camino al descanso.

[362] Examine cada uno sus propios pensamientos: los encontrará siempre ocupados con el pasado y el futuro. No pensamos casi nunca en el presente; o, si pensamos en él, es sólo para tomar de él luz con el fin de predisponer el futuro. El presente no es nunca nuestro fin; el pasado y el presente son nuestros medios; sólo el futuro es nuestro fin. Así, no vivimos nunca, sino que esperamos vivir y, preparándonos siempre para ser felices, no lo somos jamás.

[806] Jesús está solo en la tierra, (sin nadie) que no sólo sienta y comparta su pena, sino que la sepa. El cielo y él son los únicos que la conocen.

Jesús está en un jardín, no de delicias como el primer Adán en el que se perdió todo el género humano, sino en uno de suplicios en el que él se ha salvado, y todo el género humano.

Sufre esta pena y este abandono en el horror de la noche.

Creo que Jesús sólo se ha quejado esta única vez. Pero entonces se queja como si no hubiese podido contener su excesivo dolor. «Mi alma está triste hasta la muerte» (Mt 26,38; Mc 14,34).

Jesús busca compañía y consuelo en los hombres. Esto es único en toda su vida, me parece, pero no los recibe porque sus discípulos duermen.

Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo. No hay que dormir durante ese tiempo.

Jesús en medio de ese abandono universal y de sus amigos escogidos para que velen con él, al encontrarlos dormidos se enoja a causa del peligro en que ponen no a él, sino a ellos mismos, y les advierte de su propia salvación y de su bien con una ternura cordial hacia ellos que contrasta con su ingratitud. Y les advierte que el espíritu está pronto pero que la carne es flaca (Mt 26,40-41)...

Jesús, al ver dormidos a todos sus amigos y a todos sus enemigos despiertos, se entrega por entero a su Padre.

Jesús no ve en Judas su enemistad sino la orden de Dios a quien ama, y tan poco la ve que le llama «amigo» (Mt 26,50).

Jesús se separa de sus discípulos para entrar en la agonía: tenemos que separarnos de los más allegados y de los más íntimos para imitarle.

Al estar Jesús en la agonía y en los mayores sufrimientos (Lc 22,44), recemos más tiempo.

«Si conocieses tus pecados, desfallecerías».

«Désfalleceré, Señor, porque creo en su maldad basándome en vuestra palabra».

«No, porque yo, por quien la conoces, te puedo sanar. A medida que los vayas expiando los conocerás y se te dirá: "Mira los pecados que te son perdonados". Haz pues penitencia por tus pecados ocultos y por la maldad oculta de los que conoces».

«Señor, os lo doy todo».

«Yo te amo más ardientemente de lo que tú has amado tus manchas, *ut immundus pro luto*».²⁷

«Que a mí me corresponda la gloria y no a ti, gusano y tierra».

Veo mi abismo de orgullo, de ambición, de concupiscencia. No hay ninguna relación entre mí y Dios y Jesucristo justo. Pero él ha sido hecho pecado por mí. Todos vuestros azotes han caído sobre él. Es más abominable que yo y, lejos de aborrecerme, se considera honrado de que yo acuda a él y le socorra.

27. Véase Horacio, *Epístolas* I, 2, 26: «Vixisset canis immundus vel amica luto sus» [(Ulises) hubiese vivido la vida de un perro inundo, de una cerda atada a su fango].

Pero se ha sanado a sí mismo, y me sanará a mí con mayor motivo.

Hay que añadir mis llagas a las tuyas y unirme a él y él me salvará al salvarse. Pero no hay que añadir más en adelante.

«Eritis sicut dii scientes bonum et malum» (Gn 3,5); todo el mundo se hace el Dios al juzgar: «esto es bueno o malo», y se aflige o se regocija demasiado de las consecuencias.

Hacer las cosas pequeñas como grandes a causa de la majestad de Jesucristo que las opera en nosotros y que vive nuestra vida; y las grandes como pequeñas y fáciles a causa de su omnipotencia.

«No te compares a los demás, sino a mí. Si no me encuentras en aquellos con los que te comparas, te comparas a un abominable. Si me encuentras, compárate. ¿Pero a quién compararás? ¿Serás tú o seré yo en ti? Si eres tú, es un abominable; si soy yo, comparas a mí conmigo. Porque yo soy Dios en todo.

»Te hablo y te aconsejo a menudo porque tu Conductor no te puede hablar y yo no quiero que carezcas de Conductor.

»Y tal vez lo hago accediendo a sus ruegos. Y así él te conduce sin que tú le veas.

»No me buscarías si ya no me poseyeses.

»Por lo tanto, no te preocupes».

DE LAS «CARTAS PROVINCIALES»

Todas las fuerzas de la violencia no pueden debilitar a la verdad y solamente sirven para fortalecerla más. Todas las luces de la verdad nada pueden para detener la violencia y lo único que hacen es irritarla más. Cuando la fuerza lucha contra la fuerza, la más potente vence a la más débil; cuando se oponen razonamientos a razonamientos, los que son verdaderos y convincentes confunden y dispersan a aquellos que solamente tienen la inanidad y la mentira; pero la violencia y la verdad nada pueden la una contra la otra. Que no se deduzca de esto, sin embargo, que las dos cosas sean iguales, porque hay la extrema diferencia de que la violencia sólo tiene una vida limitada por disposición de Dios, que guía los efectos a la gloria de la verdad que ella ataca, mientras que la verdad subsiste eternamente y triunfa al fin de sus enemigos, porque es eterna y poderosa como el mismo Dios.

JACQUELINE PASCAL

Nació el 4 de octubre de 1625 en Clermont (Auvernia). Mostró un ingenio poético precoz. En 1652 ingresó en la abadía de Port-Royal, a donde la siguió su hermano Blaise. Allí murió el 4 de octubre de 1661. Compuso *Cantiques spirituels, Règlement pour l'éducation des enfants de Port-Royal*; de ella se conservan muchas cartas, y sus aportaciones a la *Constitution de Port-Royal*.

DE «ESCRITO SOBRE EL MISTERIO DE LA MUERTE
DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO»

[9] Jesús murió de muerte violenta, y no natural.

Aprendo de eso que, aun cuando a la naturaleza le repugne esa muerte violenta, y todas las cosas humanas que están en mí me lleven a rehuirla, debo hacer violencia a todo eso para morir verdaderamente al mundo.

[25] Jesús muerto, aunque sin movimiento, todavía es agitado cuando hace falta: es descendido de la cruz, y de allí llevado a la tumba; pero no toma parte alguna en todo ello, pues no lo hace él mismo.

Eso me enseña que debo obrar todas las veces que haga falta; pero no debo hacer ninguna acción por iniciativa de mi propio espíritu.

[27] Jesús, tras su muerte, fue herido con una lanza en un costado, y de él salió agua y sangre que había quedado líquida por milagro; y esta herida permaneció siempre abierta, incluso tras la resurrección.

Aprendo de eso que, tras haber hecho morir en mí la carne, y con ella todas las pasiones que constituyen su vida, lo mismo que la caridad constituye la vida del alma, es preciso aún herir la principal, aquélla en la cual residía más particularmente esta vida de la carne, aun cuando yo no sienta ya que ella tenga vida alguna, y debo, mediante mortificaciones continuas, intentar extinguirla, como si no lo estuviese ya, a fin de que, practicando todo lo que a ella es contrario, cree yo, con la ayuda de la gracia de Dios, un hábito que, haciéndose natural, sea la verdadera muerte en lo que a mí respecta y sea como la llaga del corazón de mi Salvador, tras la cual Él no podía ya vivir de vida natural: a fin de que de esta llaga salgan todos los residuos de debilidad y de fuerza humana, los cuales no sirven más que para hacernos incapaces del bien y capaces del mal, el cual reside en este

corazón que, por un prodigio funesto, permanece todavía en nosotros después de que hemos muerto al mundo. Y es necesario mantener sin tregua abierta esta llaga, de manera que nunca cicatrice completamente.

[28] Veo a Jesús muerto en tres lugares diferentes: en la cruz, a la vista de todos; bajado de la cruz, en medio de sus amigos; y en la tumba en completa soledad.

Eso me enseña que, en cualquier estado en que pueda encontrarme, de conversación o de soledad, debo estar siempre muerta al mundo, tanto en un estado, como en otro.

[32] La sábana con la cual se enterró a Jesús no era suya.

Aprendo de eso a no aficionarme a las cosas que me están más cercanas, ni a las que me son más útiles, y a no considerarlas como mías personales, sino ajenas.

[37] Jesús está encerrado solo en su sepulcro, separado también de ese modo de los mismos que habían muerto con él, tanto del buen ladrón como del malo, aun cuando, por otro lado, el bueno estaba unido al alma de Jesús en el momento de su muerte.

Eso me enseña a separarme, en cuanto me sea posible, de las personas que han renunciado al mundo como yo, y también de los perfectos, para establecerme en una soledad verdadera y real. Pero, al mismo tiempo, debo mantenerme unida a ellos mediante un afecto totalmente espiritual para gozar juntos, en perfecta unión de corazones establecida por la caridad, de una bienaventuranza perfecta, al menos en cuanto puede serlo en esta vida.

[38] Jesús no es encerrado en el sepulcro sino cuando está enteramente muerto y consta con seguridad que lo está.

Eso me enseña a no salir completamente del mundo sino después de tener la certeza de estar efectivamente muerta al mundo.

PIERRE NICOLE

Nació en Chartres en 1625, llegó precozmente a estar versado en las letras antiguas y fue contratado como maestro en Port-Royal. Influyó sobre Pascal y Racine. En 1667 escribió *Les imaginaires et les visionnaires*, donde condenaba el teatro, cosa que habían hecho Prynne en Inglaterra y san Carlos Borromeo en Italia. Racine replicó con dureza, pero Nicole se abstuvo de polemizar. En 1675 publicó *Essais de morale*. Murió en 1695.

DE «DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO»

[I, 2] Para extender más allá de lo necesario [la] repugnancia que tiene el hombre a conocerse, y para mejor penetrar en su fondo, es preciso añadir que va unida a una inclinación aparentemente contraria, que la empuja a reflejarse en todo; en efecto, el mayor placer de un hombre orgulloso es contemplar la idea que él se forma de sí mismo. Dicha idea es la fuente de todas sus vanas satisfacciones; a ella lo refiere todo, y nada le causa agrado sino en la medida en que contribuye a realzarla, a engrandecerla, a hacerla más viva.

Estas dos inclinaciones, de las cuales una lleva a rehuir y la otra a buscar el conocimiento de sí mismo, son igualmente naturales en el hombre; tienen el mismo origen, aun cuando aparentemente sean opuestas.

El hombre quiere verse porque es vano: evita verse porque, siendo vano, no puede soportar la visión de sus defectos y de sus miserias. Entonces, para armonizar estos deseos contrarios, recurre a un artificio digno de su vanidad, con el cual encuentra el modo de contentarlos a los dos al mismo tiempo: cubrir con un velo todos los defectos propios, eliminarlos de algún modo de la imagen que se forma de sí mismo, y no dejar en ella sino las cualidades que puedan elevarlo a sus propios ojos. Y si tales cualidades no las tiene de hecho, se las da con la imaginación; si no las encuentra en el propio ser, va a buscarlas en la opinión de los hombres o en las cosas exteriores que une a la idea de sí mismo como si formasen parte de él; así, mediante esta ilusión, está siempre ausente y siempre presente a sí; se refleja continuamente, y no se ve nunca de verdad, porque en lugar de a sí mismo ve el vano fantasma que se ha formado.

[3] Existe una idea más intelectual de sí, la cual produce efectos muy semejantes a los que he descrito: se tiene cuando, no concibiendo ninguna cualidad, ni buena ni mala, se concibe sólo lo que se expresa con la palabra *yo*, y este *yo*, concebido de este modo, nos oculta igualmente todos nuestros defectos y basta para atraer nuestro amor. La secreta sensación que de él tenemos se insinúa por doquier, y todo se ve referido a ella; es el principio de la mayor parte de los placeres que se experimentan comúnmente; y, aun cuando, si nos pusiésemos a desentrañar lo que contiene este *yo* no encontraríamos nada de amable, y quizás no habría ninguna cosa que no provocase horror, se le ama, no obstante, bajo esta idea confusa de *yo*, y se evita su visión distinta y particular que nos haría odiarlo.

[I, 9] Lo mismo que la ignorancia de sí mismo es el origen de todos los vicios, así se puede decir que el conocimiento de sí mismo es el fundamento de todas las virtudes; basta considerar la naturaleza de cada virtud para persuadirse de ello. ¿Cómo, por ejemplo, podemos ser verdaderamente humildes si no nos conocemos?; o mejor, ¿qué es la humildad, sino un conocimiento de los propios pecados, de las propias miserias y de la propia nada, que hace que seamos viles a nuestros propios ojos, y nos encontremos dignos de humillaciones de todo género?

Es la definición que de ella da san Bernardo: «Humilitas est virtus qua homo verissima sua cognitione sibi ipse vilescit», y san Agustín reduce igualmente esa virtud al conocimiento de sí mismo: «Tota humilitas tua, ut cognoscas te...».

...¡Extraño estado del alma del hombre, en el cual las enfermedades mismas son necesarias para no morir! Está privada casi de cualquier bien, y sin embargo no podría ver lo poco que le queda sin estar en peligro de perderlo.

...Un hombre que se conoce bien no es envidioso, porque está convencido de no merecer nada, y por tanto no cree que el honor que se tributa a otros le sea debido a él.

No es ni quisquilloso ni vengativo, porque la poca estima que tiene de sí le hace dar poca importancia a las ofensas que se le hacen.

No podría odiar a nadie, porque no puede odiarse a sí mismo, al tiempo que no ve nada en los demás que no reconozca en alguna medida también en sí.

Es poco ambicioso, y no podría hacer proyectos para elevarse en el mundo, porque estos proyectos nacen sólo del hecho de que se cree merecer el puesto al que se aspira, y nos imaginamos tener más habilidad y diligencia que los demás para llegar a él. Ahora bien, un hombre que se conoce bien no se forja ilusiones con estos pensamientos.

MARTIN DE BARCOS

Nació en 1600 en Bayona, estudió en Lovaina con Jansenio. Fue secretario de Saint-Cyran. En 1644 recibió la orden, junto con Arnauld, de presentarse en Roma para justificarse, pero los dos se escondieron junto a la princesa de Guéméné. En 1650 se había retirado a Saint-Cyran y había llegado a la conclusión de que no se debía turbar a la Iglesia con declaraciones explícitas. Murió en Saint-Cyran en 1678.

La carta que sigue, a Mère Angélique, abadesa de Port-Royal, demuestra irónicamente la imposibilidad de conciliar la vida mística y las relaciones con el *princeps huius mundi*.

DE LAS «CARTAS»

A la madre Angélica

[XXXVIII] 5 de diciembre [de 1562]. Madre mía:

Había comenzado a responder a vuestra primera carta, no habiéndolo podido hacer antes a causa de numerosos encuentros que sería demasiado largo relatar, cuando recibí la segunda, que se asemeja a la primera, es decir, está llena de afecto y sinceridad por Dios y por mí. Permitidme decir os que os equivocáis al excusaros del desorden de vuestros discursos y de vuestros pensamientos, porque si fuesen diferentes no estarían dentro del orden, especialmente para una persona de vuestra profesión. Lo mismo que hay una sabiduría que es locura ante Dios, hay también un orden que es desorden y, en consecuencia, hay una locura que es sabiduría y un desorden que es verdadera regulación y que las personas deseosas de seguir el evangelio deben amar, y me entristece que éstas se alejen de él rehuyéndolo, apegándose a acomodados y ornamentos indignos de ellas, que perturban la simetría del espíritu de Dios y ocasionan una desproporción y deformidad visibles en la continuidad de sus acciones y de su vida, pareciendo que siguen de algún modo, por un lado la simplicidad e ingenuidad del evangelio, y por otro la curiosidad y los cuidados del espíritu mundano. Pues me agrada, madre mía, no sólo el sentido de vuestra carta, sino también vuestro modo de expresaros, y la amplitud con que dejáis moverse a vuestro espíritu sin mantenerlo encerrado en las leyes de la razón humana, y sin ponerle otros límites que los de la caridad, que no los tiene en absoluto cuando es perfecta, pero sí los tiene, y aun demasiados, cuando es débil. En este sentido dice san Pablo que la ley no ha sido instituida para el justo (1 Tm 1,9), es decir, para el justo por excelencia, según impone leer el estilo de la escritura: para aquel que se haya deshecho de los compromisos del interés exterior e interior, así como de los afectos particulares, y participe de ese estado del cual habla el mismo apóstol cuando dice a los fieles que su corazón está ensanchado lo mismo que su boca está abierta para ellos, y que ellos no están apretados en él, pues él los ama con una caridad desmesuradamente amplia (2 Co 6,11-13). Me complazco en que vos caminéis

por este camino, y aun que no caminéis, sino que corráis, porque quienes allí se encuentran corren y avanzan con facilidad y gusto hacia el cielo, según la palabra del profeta: «He corrido por la senda de vuestros mandamientos porque habéis dilatado mi corazón» (Sal 119,32). Pues el camino del cielo y el camino de Dios está en nuestro corazón, lo mismo que el reino de Dios está en nosotros mismos (Lc 17,21), según se dice en el evangelio. Lo habéis testimoniado bien al acoger a tantas buenas muchachas y al hablar como lo habéis hecho de la acogida. Ellas tienen mayor razón de cuanta vos tengáis para experimentar su alegría al haber ganado en ello más que vos, y sin embargo no sé si ellas sienten tanta como vos atestiguáis, vos que de ese modo ganáis otro tanto o más que ellas por otro camino, pues la caridad y la alegría con la que consideráis su bien os lo hace común y os atribuye todo el fruto que de allí obtienen ellas, además del vuestro y particular. Es verdad que si el único fruto fuese el de verlas desengañadas de las falsas opiniones que se habían inculcado en ellas a cuenta vuestra y de la verdad divina, estaríais ya recompensada y podríais ya concluir que el Hijo de Dios ha mantenido su palabra al daros el céntuplo en esta vida. Pero bien sé que la caridad os hace considerar más bien el beneficio de ellas que no el vuestro, así como el efecto edificante que tienen el orden de vuestra casa y la práctica de la regla de san Benito, cosa rara y desconocida en este mundo, porque los mismos que se obligan a observarla, y piden a Dios esa gracia todos los días con públicas plegarias, están al mismo tiempo completamente resueltos a no observar sus puntos principales y buscan pretextos para convencerse de que no están obligados a ello, haciéndose así semejantes a tantas otras personas desordenadas que ellos con razón condenan. Estad segura, madre mía, de que no hay más vigorosa defensa de la verdad que la consistente en regular según ella las acciones y la vida entera: sólo así habréis hecho por ella más de cuanto no habríais podido hacer quizás con cien apologías, por más sabias y elocuentes que fueran, como se ve por los efectos que han aparecido en los movimientos y en las palabras de esas buenas muchachas, que con seguridad producirán otros en el futuro. Quisiera que Dios os hubiese dado la misma bendición para la pobre reina,²⁸ de cuya carta me habéis mandado copia. Pero temo que vos no le seáis más útil de lo que fue san Juan Bautista a un rey al que le agradaba escucharle, que a menudo lo mandaba a buscar de propio y que toleraba ser censurado por él a causa de todos los males de los cuales era

28. La reina de Polonia.

culpable, y hacía incluso muchas obras buenas tras haberlo oído. Tales cosas serían casi increíbles si no estuviesen en los evangelios casi en estos mismos términos. Ruego a Dios que os haga semejante a este gran santo, pero no ya que esta reina se asemeje a aquel rey. Tiene razón en querer que se ruegue a Dios para que la haga santa, pues ÉL no la podría salvar en el estado en el cual se encuentra ahora, pues una reina no se puede salvar sin una virtud y fuerza extraordinarias, que son, simplemente, la santidad. Pero temo que las buenas intenciones y los buenos deseos que ella tiene la engañen y la pierdan, según la palabra del sabio, que los deseos matan al ocioso, porque se imagina él querer lo que se propone y por tanto se detiene, fiándose demasiado de tales deseos, suscitando así una dificultad e imposibilidad que le impiden ponerlos en ejecución, porque él no los quiere lo suficiente. Sin embargo, no se debe abandonarla, salvo por imitar a san Juan Bautista, pudiendo Dios salvarla como mejor le plazca, sea desligándola de sus ataduras, sea dejándoselas y volviéndolas meramente externas, habiendo bastantes ejemplos de reinas por él santificadas dentro y fuera de la corte. A nosotros nos corresponde esperar siempre y obrar con esperanza, y a Dios dar a nuestras obras el efecto que le plazca. Pero es preciso advertirle que no basta que haga limosnas de reina, es decir, con abundancia y magnificencia regias, y que si no atiende al gasto que debe hacer para parecer reina ante los hombres, no tiene razón para temer el que debe hacer para parecer reina ante Dios. En general, ella no se puede salvar con acciones similares a las de los particulares, sino que su salvación depende absolutamente de empresas que son propias de una reina, pues está obligada a servir a Dios según la fuerza que ÉL le ha dado y a hacer notar, en todos los servicios que a ÉL presta, que se le somete y ofrece en homenaje su realeza. De otro modo, no lo honrará en absoluto con todo su poder, y estará sujeta a la condena de los poderosos, que serán poderosamente castigados por no haber servido a Dios poderosamente, mientras que aquellos que lo hayan hecho serán poderosamente recompensados. Ya lo he dicho antes: no puede ser salva sin ser santa, es decir, sin tener un gran tesoro de gloria y una recompensa de reina en el cielo, tras haber tenido un gran tesoro de virtud y una piedad totalmente regia en la tierra. Dicha piedad consiste en utilizar principalmente su poder y su crédito en defensa de la inocencia y de la justicia y para la ruina del vicio, de la injusticia y de la impiedad, pues éste es propiamente ejercicio de reyes y príncipes, así como objetivo de la autoridad y del poder que tienen sobre los particulares. Encontrará un ejemplo ilustre en la reina Ester, que no temió poner en peligro realeza y vida para salvar al pueblo de Dios y para des-

truir a los malvados con celo extraordinario, es decir, regio. Es preciso que a imitación suya ponga ella su piedad en favorecer a los buenos promovéndolos cuanto pueda, liberándolos de la opresión, haciéndolos emplear y prefiriéndolos, no sólo a los indignos, sino también a aquellos que no sean igualmente buenos y dignos, para testimoniar a Dios que no tiene ante los ojos sino su justicia y verdad divinas. Por el contrario, se opondrá con todo su corazón y todas sus fuerzas a quienes combaten dicha justicia y verdad o son enemigos de ellas. A ello contribuirá con todos sus bienes y sus medios, uniendo así la limosna material a la espiritual, haciendo ambas regias, es decir, grandes, amplias, públicas, universales, elevadas por encima de la capacidad de los particulares y correlativas a su propia calidad y poder. De ese modo no tendrá motivo para lamentarse de haber hecho una limosna que no la incomoda, porque tal suerte de limosna agota los máximos tesoros, ni podrá decir que no hay personas para descubrirle las necesidades y las verdaderas ocasiones, porque así tendrá necesidad sólo de sí misma, dispensando con sus mismas manos según las necesidades que vea en cada sitio o que de cualquier modo conocerá a poco que se informe sobre ellas, y así las limosnas serán más agradables a Dios, más dignas de ella, más ejemplares, más seguras. De este modo, además, ella lo abandonará todo, como atestigua querer hacer, sin que nadie se lo pueda impedir, porque sacrificará continuamente a Dios poniéndole de nuevo en la mano su bien, su poder, su realeza y su vida, como la reina Ester, exponiéndose cada día a ser despojada por una renuncia todavía más grande y absoluta que la que se suele hacer en el estado religioso, donde habitualmente no se da hasta el punto de la muerte o del martirio. Y con este sacrificio continuo tan grande, amplio y regio, atraerá una copiosa bendición de gracia para merecer la libertad de abandonar todo realmente como ella desea hacer, retirándose, si Dios la ha destinado al retiro, como tantas otras reinas y princesas. Éste es, en pocas palabras y en términos generales, pero suficientemente particulares para quien los quiera entender, el camino del cielo para una reina según el evangelio, el más simple y menos riguroso que se pueda proponer. No es preciso hablarle de grandes ayunos ni de grandes oraciones, ni de visitas a las iglesias, a hospitales, monasterios, misas, confesiones, comuniones, que son cosas a las que los grandes se dedican y con las que se distraen mucho cuando tienen una conciencia un poco tierna y algún pensamiento devoto. Pero son sólo acciones de particulares, comunes a todos los hombres y no ya regias y propias de los reyes; y si ella cumple estas otras como se ha indicado, cumplirá aquéllas sin que haga falta hacer mención de ellas, porque están inextricablemente unidas. Pero no sé si ella tendrá el

coraje de adentrarse en esta especie de devoción que, aunque grande para los particulares, es sin embargo la mínima y más mediocre que se da para una reina; y esto confirma cuanto he dicho ya, que no se puede salvar si no es santa, y que con razón desea que se ruegue a Dios que llegue a serlo. Al menos así se verá el fondo de su corazón y habrá de verla ella misma, para que no se engañe ni se deslumbre por los deseos y las intenciones que, en no produciendo nada, son estériles y simple hojarasca. No sé si os ha hecho llegar los diez mil escudos que os prometió cuando estaba en Francia. Me disgustaría que no fuese así, porque sería mala señal para ella, pero vos no recibiríais de ello incomodo alguno, y Dios no cesaría en los cuidados que, según me atestiguáis, os ha prodigado durante todo el año en los peores momentos y en vuestras mayores necesidades. Para aquellos que le sirven con confianza y le piden sólo la gracia de servirlo, el ser abandonados por los hombres es presagio de su bendición. Le doy gracias por esa buena hermana de Lyzancy, que ha cambiado su frialdad en ardor y coraje, hasta comprometerse en la religión sin temer las propias flaquezas. Es una misericordia que podemos calificar, con el profeta, de grande además de rara, pues es concedida a pocas personas, y se requiere una fuerza extraordinaria para huir del languor y disgusto espiritual, el peor de todos los males del alma. Tomo parte en cuanto puedo en este favor y espero que tenga continuidad y dure, como lo deseo. Estad segura de que tengo siempre presente vuestra casa como si estuviese en ella, y de que no la podría olvidar ni descuidar, especialmente a la madre Inés, de cuya caridad me espero mucho ante Dios, y también a sor Ana, que es tan constante en sus males. Pues en ese estado progresa como no podría hacerlo en otro; ése le es también más adecuado para socorrer a los demás, especialmente a aquellos que le están unidos como vos y yo, que lo están absoluta e inmutablemente según espero por la misericordia de Dios, que no es nada si no es eterna.

JEAN RACINE

Nació en La Ferte-Milon (Valois), en diciembre de 1639. Se quedó huérfano y fue adoptado por sus abuelos; fue enviado a estudiar a la abadía de Port-Royal, donde tuvo por maestro a Nicole. En París abandonó las maneras devotas y se hizo poeta cortesano primero, y autor de teatro después. Reaccionó con un libelo cuando Nicole condenó a los dramaturgos como «envenenadores». De 1667 a 1677 estuvo en el centro de la vida teatral, pero con la representación de *Phèdre* conoció un fracaso clamoro-

so, y desde entonces cambió de vida y permaneció casi enmudecido. Sólo compuso *Esther* y *Athalie*, y los *Cantiques spirituels*. La poesía póstuma que sigue se refiere al dicho de san Bernardo: «Cree a quien es experto en ello: encontrarás algo más vasto en las selvas que en los libros; maderos y piedras te enseñarán lo que no podrías oír de los maestros» (*Epistulae*, CVI). Murió el 21 de abril de 1699.

DE «EL PAISAJE O LOS PASEOS
DE PORT-ROYAL-DES-CHAMPS»

Descripción de los bosques

¡Ah estos viejos reinos de las sombras,
estos vastos bosques y negras selvas,
esconden encantos, incitamientos
bajo sus follajes tan umbrosos!
En esta tranquila morada
verás día y noche reinar
paz y silencio;
aquí es donde se dice que nuestras aves,
en el siglo de inocencia,
gozaron las delicias de los cielos.

Aquí es donde cien largas avenidas
de árboles siempre ricos y verdes
se muestran, desde cien puntos diferentes,
rectos, inclinados, en estrella.
Veo mil troncos severos
regir el fastigio altivo
de sus trémulas bóvedas;
y se diría que el zafiro
de dos puertas brillantes
cierra estos verdaderos lugares de deleite.

Bajo estas frondas espesas
ves los pajarillos,
cantores tan dulces y bellos,
errar en grupos coloridos;

aquí es donde estos huéspedes piadosos
con sus conciertos armoniosos
hechizan los oídos,
celebrando sin afán
las hermosuras encantadoras
de los sitios que también ellos adornan.

Míralos allí suspender los nidos
de admirable estructura:
habitáculos bien edificados
cuyo arte pasma a la naturaleza.
Aquí a veces uno sobre su rama
arrastra la minúscula carga
de una pajita errabunda;
el otro, todo estremecido,
con algún botín delicioso
conforta a la pequeña familia doliente.

Allá ves a la cierva ligera
lejos del sabueso sanguinario
pisar, sin temor ni temblor,
el tierno esmalte del helecho.
Allá el selvático o suave gamo
salta sobre los acebos,
en su carrera incierta;
allá los ciervos, árboles animados,
forman con sus manadas altivas
otros cien bosques movedizos.

Ahí con dulces susurros
oyes los céfiros lenes
que con calmos suspiros
encantan las penas más duras.
Míralos una y otra vez
correr a besar con amor
la hoja trémula;
para unir a los cantos de los pájaros
su música llamativa
y con las ramas hacer un concertante.

Allí el violento calor
 que en los campos y en los valles
 abrasa los surcos ávidos,
 se muestra menos fiero y más límpido.
 El ojo del mundo con disgusto se percata
 de que no sabe penetrar el secreto
 de estos lugares de muchos encantos,
 y cuanto más lanza allí sus luces,
 más les da armas
 contra sus caricias ardientes.

JACQUES-BÉNIGNE BOSSUET

Nació en Dijón el 27 de septiembre de 1627. Estudió con los jesuitas y después en el Colegio de Navarra. Fue ordenado sacerdote en 1652, en 1669 fue consagrado obispo de Condom y en 1681 fue nombrado obispo de Metz. En 1693 se encontró con Madame Guyon, en 1695 consagró obispo de Cambrai a Fénelon. A partir de aquel momento se entregó por entero a la lucha contra el quietismo, que concluyó con la condena de Fénelon y de Madame Guyon. En sus últimos años, siendo ya cabeza evidente de la Iglesia francesa, luchó contra los casuistas jesuitas. Murió el 12 de abril de 1704.

Siguió a Bérulle, fundando toda devoción sobre el acto de abandono: «Nos olvidamos perdiéndonos en Dios; este olvido es el verdadero martirio del amor propio, su muerte y aniquilamiento, donde él no encuentra ya remedio alguno: entonces el corazón se dilata y ensancha. Quedamos restaurados cuando nos descargamos del peligroso peso de nosotros mismos».

Además de las obras polémicas, como la *Relation sur le quiétisme*, los sermones, las oraciones fúnebres y los panegíricos de santos, escribió *Discours sur l'histoire universelle*.

DE «RELACIÓN SOBRE EL QUIETISMO»

[II, 4] Hay un aspecto de la vida de Madame Guyon demasiado relevante para que no sea útil aclararlo. Así lo cuenta en su biografía. Dice ella: «Aquellos que nuestro Señor me ha confiado, mis auténticos hijos» —tal es el estilo prolijo de todo el libro— «advierten la necesidad de permanecer en silencio junto a mí. Percibo sus deseos, comunico a Dios sus necesidades. Y

ellos sienten plenamente lo que reciben y cuanto se les transmite». Un poco más adelante añade: «Basta con ponerse en silencio a mi lado». Esta comunicación se llama «la comunicación silenciosa», que se realiza sin que nadie hable ni escriba; es el lenguaje de los ángeles, el del Verbo, que no es sino silencio eterno. Aquellos que permanecen cerca de ella «son», dice, «íntimamente alimentados por la gracia difundida por mí con tanta plenitud». Y a medida que la gracia se difundía en los demás, «yo me sentía», continúa, «lentamente vaciada y elevada». De aquella gracia, cada uno obtenía su parte «según la intensidad de la oración, y experimentaba junto a mí la ardiente gracia dispensada por Jesucristo. Era yo como una catarata que se descarga con profusión. Mientras los demás se sentían llenos, yo me sentía vaciada y liberada de mi plenitud. Mi alma era como uno de esos torrentes que se precipitan desde las montañas con inconcebible violencia».

[5] Ella insiste sobre todo, como se ha dicho, en ese ímpetu de gracias de las que nada quedaba para ella. Y continuamente repite que todo estaba colmado, y que no había vacío en ella. Se sentía como una nodriza «hinchada de leche», que no toma ni una sola gota para sí: «Desde hace muchos años», dice, «estoy en un estado aparentemente desnudo y vacío, y en cambio no dejo de estar colmada. El agua que llena un estanque hasta donde éste puede contenerla, no revela su cantidad; pero si, en cambio, se echa más agua, es preciso que el estanque se desborde... Así, cuando alguna cosa remueve este fondo mío íntimamente tranquilo, siento mi plenitud con tanta fuerza, que parece brotar de mis sentidos». «Y es», continúa, «como una rebosadura, un manar desde un fondo colmado, y como un manantial del que todas las almas necesitadas pueden sacar agua; es la reserva divina de la cual los hijos de la sabiduría sacan incesantemente lo que les es necesario».

[6] Fue en uno de estos excesos de plenitud, estando asistida por algunas personas, «pues una mujer le había dicho que le parecía más hinchada de lo habitual, [cuando] le dije», cuenta, «que moriría de excesiva plenitud, y de no resistir habría acabado por reventar». Fue en aquella ocasión cuando la duquesa a la que ella alude, y cuyo nombre no saldrá de mi boca, «para aliviarme me desató», dice, «caritativamente el vestido, pero eso no impidió que el cuerpo de la prenda se me rompiese por dos sitios». Se sintió elevada, e informó de ello a un confesor que ella menciona y a otras personas cuya identidad no revelaré.

[7] Aun sabiendo estas y muchas otras cosas igualmente importantes... el arzobispo de Cambrai persiste en defender a Madame Guyon en términos de los que os sorprenderéis cuando aleguemos los documentos escritos de su mano. Aparecerá todavía más claro... que precisamente

Madame Guyon es el punto esencial de este asunto, y que sólo el deseo de protegerla ha impulsado a ese prelado a separarse de sus hermanos. Puesto que él ataca mi actitud respecto a Madame Guyon y respecto a él, hasta hacer mi conducta y mi ministerio odiosos a toda la Iglesia, debía él prever lo que sus injustos reproches me obligarían a descubrir. Pero hay también una razón más alta que me obliga a hablar. Tengo el deber de prevenir a los fieles contra una fuerza de seducción que todavía no ha menguado. Una mujer que engaña a las almas con tantas ilusiones debe ser desenmascarada, sobre todo cuando encuentra un gran movimiento de opinión favorable a ella, y admiradores y defensores que aguardan quién sabe qué novedades. Sí, ciertamente era un trabajo que se debía mantener en la sombra, y lo habría mantenido escondido para siempre (como he hecho durante tres años, encerrado en un impenetrable silencio) si no se hubiese abusado de mi discreción, y si el peligro no hubiese llegado a tal punto que, por el bien de la Iglesia, es necesario sacar a la luz lo que sor-damente se trama en su seno.

[8] Como Madame Guyon advirtió que yo había encontrado en su *Vida* numerosos elementos singulares para mí, me previno enviándome una carta escrita y firmada por ella: «Hay en mí tres tipos de cosas singulares, como habéis podido constatar; la primera atañe a las comunicaciones interiores silenciosas, que es fácil controlar dado el número de personas respetables y probas que las han experimentado. Dichas personas, cuyos nombres tendré el honor de proporcionaros cuando queráis, pueden exculparme. En cuanto a las demás cosas, se trata de una materia para la cual encuentro dificultad en ser creída. No era esencial, pero me he visto obligada a escribirlo todo. Amigos comunes podrían ofreceros aclaraciones, sea a través de las cartas que obran en su poder escritas hace diez años, sea porque han sido testigos de muchas cosas que yo fácilmente olvido. Respecto a los hechos milagrosos por mí realizados, los he explicado con la misma sencillez con que he explicado lo demás». Aquí la tenemos, pues, cogida en la opinión que tiene de sí misma; dispensadora de gracias en forma increíble y prodigiosa, y además profetisa y gran autora de milagros. Pero me ruega que suspenda todo juicio hasta que la haya visto y escuchado varias veces: cosa que hice sobre las dos últimas partes de la acusación.

[9] Os haré gracia de hablaros de los milagros que se encuentran casi en cada página de la *Vida*; y de las predicciones vagas, falsas o confusas e inconexas. En cuanto «a las comunicaciones silenciosas», ella intentó justificarlas con un escrito que adjuntó a su carta, titulado *La mano del Señor no se ha acortado*. Allí cita el ejemplo de las «jerarquías celestes»,

referido en varios puntos de su *Vida*: el ejemplo «de los santos que se entienden sin hablar; el del hierro de la calamita; o el de los hombres desordenados que se comunican el espíritu del desorden; el de santa Mónica y san Agustín en el libro X de las *Confesiones*», donde se habla del silencio al que aquellas dos almas fueron atraídas, pero sin la menor referencia a las prodigiosas comunicaciones, a esas rebosaduras de las que ya hemos oído hablar. No me refiero a las experiencias a las cuales no he asistido, ni tampoco a las consecuencias que la prevención y la misma buena fe pueden secundar. Son mucho menos que pruebas, siendo así que es precisamente eso lo que se ha de ver y examinar, según los principios del Apóstol: «Probad si las almas pertenecen a Dios»; y también: «Tened experiencia de todo y conservad lo que es bueno dentro de vosotros». Cuando, para obedecer esta máxima, comencé a prohibir sus absurdas comunicaciones, Madame Guyon intentó justificar alguna de ellas, como la rotura de sus ropas por dos sitios causada por aquella horrenda hinchazón, y me envió una carta de su puño y letra en la que intentaba explicar este fenómeno. Su respuesta me resultó poco satisfactoria. Examinar una comunicación tan extraña me parecía, en efecto, absolutamente inútil. La señora, sin embargo, me prometía obedecer y no escribir más a nadie; eso es lo que yo había pretendido para impedirle dirigir a las almas, como hacía con sorprendente autoridad. Entre las muchas cosas que leyendo su *Vida* había yo encontrado (y que aparecen también en su *Interpretación del Cántico*) está que, por una destinación apostólica de la que se había revestido y a la cual todas las almas de cierta altura son elevadas, no sólo ella «veía claro en el fondo de las almas», sino que «poseía una milagrosa autoridad sobre el cuerpo y sobre las almas de aquellos que nuestro Señor le había dado. El espíritu íntimo de ellos», dice, «parecía estar en mis manos» (dado el flujo de gracias comunicado por su plenitud); sin que ellos supieran «cómo ni por qué, se sentían obligados a llamarme madre: y, experimentada tal alegría, todo su consiguiente modo de obrar quedaba condicionado por eso».

[10] Mientras tomaba yo precauciones contra el sucederse de tales sugerencias, continuaba mi lectura, y llegué al punto en el que ella predice el próximo reino del Espíritu Santo en la tierra. Dicho reino debía ir precedido por una terrible persecución contra la oración: «Veo», dice, «al demonio volverse violentamente contra la oración y contra mí: provocará una dura persecución contra aquellos que oran. Pero no se atreverá a atacarme; tiene demasiado miedo; alguna vez le he desafiado: no ha osado comparecer ante mí. Soy para él como un rayo».

[11] «Una noche», dice dirigiéndose a Dios, «estaba completamente despierta y os mostrasteis con la apariencia de la mujer del *Apocalipsis*: me revelasteis ese misterio, me hicisteis comprender lo que es la luna, y mi alma se cernía por encima de las vicisitudes y de la inconstancia». Nos describe el sol de justicia que la circundaba y todas las virtudes divinas formaban como una corona en torno a su cabeza: «Ella estaba encinta de un fruto, y de ese espíritu, Señor», dice, «que Vos queráis infundir en todos mis hijos. El demonio lanza un río contra mí: es la calumnia. La tierra lo engullirá, caerá poco a poco: tendré millones de hijos». Ella refiere también a sí misma el resto de la profecía.

[12] A continuación ve la victoria de aquellos que ella llama los mártires del Espíritu Santo. Habla como una inspirada: «¡Señor, calláis! ¡No callaréis siempre!». Y, tras este grito de entusiasmo, predice la consumación de todas las cosas del mundo debida a la extensión de ese mismo espíritu sobre toda la tierra. Un poco más adelante cuenta que, pasando por Versalles, vio de lejos al rey cazando. Fue tomada por Dios, y con tan íntima posesión, que se vio obligada a cerrar los ojos. Tuvo entonces la certeza de que su Majestad la ayudaba de manera particular, y dice que el Señor le permitió hablarle. «Y escribo esto», prosigue, «para no callar nada, teniendo ahora ese hecho, sucedido a una persona desacreditada como yo, poca importancia». Pero al mismo tiempo tiene la certeza de que había sido librada del oprobio gracias a una protectora entre cuyas protegidas se sabe que ella no está, aun cuando la nombra en uno o dos pasajes de su *Vida*.

[13] Cada cual puede ahora hacer sus reflexiones sobre las profecías de esta señora. Por lo que a mí respecta, deseo atenerme a los hechos; y hay uno particularmente importante. Entusiasmada por las maravillas que Dios había supuestamente obrado por medio de ella, dice: «Me parece que Dios me ha escogido en este siglo para destruir la razón humana; para afirmar la sabiduría divina con la destrucción de la sabiduría del mundo. Me entregará los hilos de su imperio, y las naciones reconocerán su poder: el espíritu divino será difundido por doquier. Se cantará, como hacían las vírgenes, el cántico del Cordero, y quien lo cante renunciará a sus bienes. Lo que yo ate permanecerá atado, lo que desate quedará desatado. Soy aquella piedra clavada con la santa cruz, rechazada por los arquitectos». El resto es lo que yo mismo leí al abate de Fénelon. Él conoce a los que asistían a la conferencia, y a él sólo me dirigía yo, porque era él, el sacerdote, quien debía enseñar a los demás.

[14] También en su *Interpretación del Apocalipsis* continúa Madame Guyon con sus tonos proféticos: «Vendrá un tiempo (y está más cerca de lo que creéis) en que Dios escogerá a dos testigos entre aquellos que estén real-

mente vivos y deben testimoniar, o entre aquellos de los que he hablado (que son la Fe y el Amor puro)». Después prosigue: «Oh misterio más verídico que la luz del día. Para muchos no sois hoy más que una fábula, o una historia diabólica. Pero vendrá el día en que todas estas palabras serán escuchadas con respeto, y entonces se comprenderá que fueron dictadas por Dios, y Él mismo las guardará hasta el día que ha destinado para revelarlas al mundo».

[15] ...En muchos pasajes de su *Vida* insinúa que todo lo que escribió fue fruto de inspiración. Da como prueba de ello la milagrosa rapidez de su mano mientras escribía; y no olvida hacer creer que su pluma es guiada por aquel diligente escritor del que habla David. Eso ha sido cien veces celebrado por sus discípulos, seguros de que sus escritos permanecerán, que serán milagrosamente conservados: «Vendrá un día», dice ella también, «en el cual lo escrito aquí lo conocerán todos, y no será ya reputado bárbaro ni extranjero»...

[18] No sé cómo contar un episodio que me parece el más grave. Se trata de un sueño misterioso cuyo efecto fue sorprendente. «Penetrada», dice ella, «por aquel sueño, mi espíritu se hizo tan claro, que no quedó facultad de distinguir, ni pensamiento, sino aquel que nuestro Señor me transmitía». ¿Cuál era ese sueño? ¿Qué vio esta mujer para quedar tan apresada por ello? Una montaña donde fue recibida por Jesucristo; una habitación con dos camas, y, cuando ella preguntó para quién eran aquellas camas: «Una para mi madre». «¿Y la otra?». «Para vos, esposa mía». Y poco después: «Os he escogido para estar yo aquí con vos». Cuando reprendí a Madame Guyon por su extraña visión, cuando le hice notar que el lecho de la esposa estaba separado del lecho de la madre, como si la Madre de Dios no fuese en verdadero sentido espiritual y misterioso más esposa que todas las esposas, por decirlo así, ella me respondió siempre: «Es un sueño». Pero, le dije yo, es un sueño que vos nos contáis como un gran misterio, y como el fundamento «de una oración», o, por decirlo mejor, «no de una oración, sino de algo de lo cual no se puede emitir juicio por su gran pureza». Pero pasemos más adelante, y a vos, oh Señor, si me atreviese, os pediría que uno de vuestros serafines, con el más abrasador de sus carbones, purificase mis labios ensuciados por este relato que, sin embargo, debía hacer.

DE «DEL LIBRE ALBEDRÍO Y DE LA CONCUPIESCENCIA»

[19] ;Qué maravillosa es la manera, oh Señor, en que castigáis la soberbia de los hombres! Se proponen éstos por sumo bien la gloria, y vos, mi Señor, ¿de qué modo los castigáis? Precisamente dándoles esa gloria que

con tanta avidez buscan; pues vos sois el dueño de ella y la dais o la quitáis a voluntad, según os plazca hacer que se inclinen las mentes de los hombres. Pero para demostrar no sólo lo vana que es, sino también su falacia y desventura, la concedéis incluso a los que la piden, y hacéis que les sirva de tormento y castigo.

¿Qué deseaba aquel gran conquistador que derribó el más augusto trono de Asia y del mundo entero, sino que se hablase de él, que es lo mismo que tener gran gloria entre los hombres? «¡Mas cuántas fatigas es preciso pasar», decía el mismo, «para hacer hablar a los atenienses». Él mismo conocía, pues, la vanidad de la gloria que buscaba con tanto ardor; sin embargo, tan violenta era la fuerza del furor que a ello lo llevaba, que no estaba en su mano el moderarlo. Y ¿qué hace Dios para castigarlo sino entregarlo a las ilusiones de su corazón, y concederle, aún más abundantemente de lo que podía imaginarse, esa misma gloria de la que tan furibundo era? Pues no hablan de él solamente los atenienses, sino que el mundo entero ha sido del mismo sentir, y el universo ha quedado casi aturdido por sus acciones; le concedió más gloria de la que se habría atrevido a esperar, ya que su nombre colmó el oriente y el occidente, y causó en griegos y bárbaros admiración. Dios, pues, no sólo no se negó a conceder la gloria a la ambición de aquél, sino que lo colmó de ella, y lo sació con copia tal, que su ánimo no podía resistir tanta abundancia.

¡Oh Dios, qué bien está el que dispenséis tan pródigamente a los hombres que vos entregáis a sí mismos y que habéis excluido de vuestro reino!

Pasando ahora a la gloria de los grandes ingenios, ¿quién puede esperar tanta, en vida y tras la muerte, como tuvieron un Homero, un Teócrito, un Anacreonte, un Cicerón, un Horacio y un Virgilio? A éstos se les tributaron extraordinarios honores mientras vivieron, y la posteridad se los ha propuesto como modelo a imitar y los ha adorado casi como otros tantos ídolos. Es más, este insensato impulso de alabarlos llegó a tal punto, que les fueron edificados templos. Y los que no llegaron a este grado de locura no dejaron, sin embargo, de adorarlos a su manera como otros tantos espíritus divinos y superiores a la humana condición. Pero, ¿qué habéis dicho vos, oh Señor, en vuestro evangelio de la gloria que éstos han recibido y que todavía reciben por boca de todos los hombres? En verdad os digo que han recibido su paga. «Amen dico vobis: receperunt mercedem suam» (Mt 6,2).

¡Oh verdad, oh justicia, oh eterna sabiduría! Vos que ponderáis y asignáis el precio a cada bien, aunque sea minúsculo, tenéis preparada también la recompensa conveniente a esa habilidad, sea cual sea, que se ve en

las acciones de aquellos a los que se da el nombre de héroes y en los escritos de quienes alcanzaron la fama de ser los más excelentes entre los escritores; pero la recompensa que les habéis concedido ha sido al mismo tiempo su castigo, porque los habéis colmado tanto de viento, e hinchado de gloria de tal manera que, por decirlo así, los habéis hecho reventar. ¿Cuánto no se atormentaron estos escritores célebres el ingenio para disponer en buen orden las palabras y para componer sus poemas? Pues Virgilio confiesa, asombrado de sí mismo por el prolongado y extraño esfuerzo de su *Eneida* —que en sustancia no iba encaminada a otra cosa que a adular al pueblo y la familia dominante—, confiesa, digo, en una carta suya que él se puso a componer esta obra inducido por una especie de furor... Todos sentían los reproches de su conciencia por dedicar tantos esfuerzos a una cosa de nada; pues al fin eso no se podía hacer por otra cosa que para hacerse alabar.

¡Cuántos estudios, pues, cuántas aplicaciones, cuántos curiosos exámenes, cuanta exactitud, cuánto saber, cuánta filosofía, cuánto ingenio hay que dedicar a esa vanidad! Dios, que la condena, quiere a la postre satisfacerla, para dejar a los hombres un eterno monumento por el cual comprobar cuánto desprecia Él esa gloria tan deseada por quien no lo conoce, concediéndoles más de la que querían. De esta suerte, dice san Agustín, aquellos conquistadores, aquellos héroes, aquellos ídolos del mundo inmerso en el engaño, en suma aquellos hombres grandes de cualquier género, tan celebrados por todos los siglos, son elevados al más alto grado de estima al que los hombres pueden subir; pero, al ser vanos, han recibido una recompensa igualmente vana, como vanos fueron sus consejos. «Perceperunt mercedem suam, vani vanam».²⁹

FÉNELON

François de Salignac de la Mothe nació en el castillo de Fénelon, en el Périgord, el 6 de agosto de 1651. En el seminario anheló en vano ir a las misiones de Oriente. En 1689 fue nombrado preceptor del duque de Borgoña, sobrino de Luis XIV, y apagó su ira congénita, pero ahogó también su energía. Fue consagrado obispo de Cambrai en 1695. En 1688 se encontró con Madame Guyon, que tenía reputación de santa entre las

29. Agustín, *Enarratio in Psalmum CXVIII*, XII, 2.

damas a las que él frecuentaba; tras una desconfianza inicial, llegó a ser íntimo de ella, convencido de que Dios se servía de ella para dispensar sus dones. Defendió a su amiga cuando Bossuet comenzó a criticar su doctrina, aun cuando disentía de ella en los puntos más marcadamente quietistas. Durante la controversia y las transacciones que siguieron, hizo muchos actos de homenaje a Bossuet, pero quizás con alguna secreta intolerancia, si en 1696 recibió y devolvió sin haberlo leído el manuscrito de la *Instruction sur les états d'oraison* que Bossuet le había enviado para obtener su aprobación. Publicaba al mismo tiempo, en 1697, su *Explication des maximes des saints*. Bossuet consiguió hacerla condenar al reconocer en ella vestigios doctrinales de Molinos. Fénelon murió el 7 de enero de 1715.

DE LAS «CARTAS»

Al duque de Chevreuse

1699. Quien quisiese estar seguro en todo momento de que obra por razón, no por pasión o por impulso, perdería el momento de actuar, se pasaría la vida diseccionando su corazón y no llegaría nunca al cabo de su búsqueda; no podría nunca asegurarse de que el impulso o la pasión enmascarada bajo pretextos especiosos no le hagan hacer lo que parece hacer por pura razón. Ésta es la oscuridad en la que Dios nos tiene sin descanso también en el orden natural. ¡Con cuánta mayor razón es preciso renunciar a la evidencia y a la certeza cuando se trata de las operaciones más delicadas de la gracia, en la profunda noche de la fe y en el orden sobrenatural! Esta búsqueda inquieta y obstinada de una certeza imposible es una moción bien manifiesta de la naturaleza y que la gracia no da: nunca desconfiaréis demasiado de ella. Esta búsqueda sutil regresa por mil rodeos al mismo punto.

Tal gusto por la seguridad geométrica está enraizado en vos por todas las inclinaciones de vuestra mente, por todos los largos e interesantes estudios de vuestra vida, por un hábito convertido en naturaleza, por las razones plausibles de temer, vigilar, tomar precauciones contra la ilusión. Pero la vigilancia evangélica no debe ir hasta turbar la paz del corazón, ni a querer la evidencia en las operaciones oscuras de la gracia donde Dios quiere mantenerse escondido como bajo un velo.

A la condesa de Gramont

Issy, 22 de mayo. Las cruces que nos forjamos por nuestra cuenta, con una previsión inquieta del futuro, no son cruces que vengan de Dios. Lo tentamos con nuestra falsa sabiduría, queriendo prevenir su orden y esforzándonos en suplir su Providencia con nuestra providencia propia. El fruto de nuestra sabiduría es siempre amargo, y Dios lo permite para confundirnos, cuando salimos de su guía paterna. El futuro no es todavía nuestro: tal vez no sea nuestro jamás. Si llega, tal vez llegue totalmente distinto de cómo lo habíamos previsto. Cerremos, pues, los ojos a lo que Dios nos esconde y nos reserva en los tesoros de su profundo consejo. Adorar sin ver, callar, permanecer en paz, es lo que nos toca.

Las cruces del momento presente traen siempre su gracia, y con ella su endulzadura: en ellas se percibe la mano de Dios que se deja sentir. Pero las cruces de una previsión inquieta son vistas más allá del orden de Dios: las vemos sin gracia para soportarlas; las vemos incluso con una infidelidad que aleja la gracia. Por tanto, todo en ellas es amargo e insoportable, todo es en ellas negro, todo sin remedio, y el alma que quiso gustar por curiosidad el fruto prohibido no encuentra más que muerte y rebelión sin consolución dentro de sí misma. Esto precisamente es no fiarse de Dios y osar violar su secreto, del cual Él es celoso. «A cada día», dice Jesucristo, «le basta su mal» (Mt 6,34): el mal de cada día se convierte en bien cuando se deja hacer a Dios. ¿Quiénes somos nosotros para decirle: «Por qué haces esto»? Él es el Señor, y esto basta; es el Señor: que haga todo lo que es bueno a sus ojos. Que eleve o abaje, golpee o consuele, nos destruya o cure nuestras heridas todas, dé la muerte o la vida, es siempre el Señor: nosotros no somos sino obra suya, y el juguete de sus manos. ¿Qué importa, con tal de que Él se glorifique y su voluntad se cumpla en nosotros? Salgamos de nosotros mismos; no más interés propio, y la voluntad de Dios, que se desarrolla cada momento en todo, nos consolará también cada momento en todo lo que Dios hará en torno a nosotros, o en nosotros, a nuestras expensas. Las contradicciones de los hombres, su inconstancia, sus injusticias incluso, nos parecerán los efectos de la sabiduría, de la justicia y de la bondad invariable de Dios: no veremos ya más que a Dios infinitamente bueno, el cual se esconde bajo las debilidades de los hombres ciegos y corruptos.

Así esta figura engañosa del mundo, que pasa como una escena de teatro, se nos convertirá en un espectáculo muy real y digno de eterna alabanza, desde la perspectiva de Dios. Los hombres, por grandes que parezcan, no son nada en sí mismos; ¡pero qué grande es Dios en ellos! Es Él

quien pone el humor raro, el orgullo rabioso, el disimulo, la vanidad y todas las locas pasiones, al servicio del designio eterno que Él dispone sobre sus elegidos. Él emplea lo íntimo y lo exterior, y la corrupción de los demás hombres, y nuestras propias imperfecciones, y nuestra propia sensibilidad; en una palabra, lo emplea todo en nuestra propia santificación; agita el cielo y la tierra: nada acontece sino para purificarnos y hacernos dignos de Él. Alegrémonos, pues, cuando nuestro Padre celestial nos prueba aquí abajo con diversas tentaciones interiores y externas, cuando nos vuelve fuera todo contrario y dentro todo doloroso. Alegrémonos, porque gracias a tales dolores nuestra fe, más preciosa que el oro, es purificada.

Alegrémonos de experimentar así la nada y la mentira de todo lo que no es Dios; porque gracias a esta experiencia crucificante somos arrancados a nosotros mismos y a los deseos del siglo. Alegrémonos, porque gracias a estos dolores de parto nace en nosotros el hombre nuevo.

A la misma

Mientras permanezcamos cerrados en nosotros mismos, estamos expuestos a la contradicción de los hombres, a su malignidad y a su injusticia. Nuestra irritación nos expone a la irritación ajena; nuestras pasiones chocan con las pasiones de nuestros prójimos; nuestros deseos son otros tantos puntos en los que ofrecemos ocasión a los golpes del resto de los hombres. Nuestro orgullo, que es incompatible con el orgullo ajeno, se alza como las olas del mar en una tempestad; todo nos combate, todo nos rechaza, todo nos asalta; estamos descubiertos por todas partes debido a la sensibilidad de nuestras pasiones y a la envidia de nuestro orgullo. Ninguna paz se ha de esperar en sí, cuando se vive entregado a una multitud de deseos ávidos e insaciables, y nunca se conseguiría satisfacer a ese yo tan delicado y tan receloso acerca de todo lo que lo toca. A eso se debe que, en las relaciones con el prójimo, se esté como los enfermos que han languidecido por largo tiempo en un lecho: no hay parte del cuerpo en la que podáis tocarles sin herirlos. El amor propio enfermo y compadecido de sí mismo no puede ser tocado sin levantar alaridos. Tocado con la punta de un dedo, se cree desollado. Añadid a esta delicadeza la tosquedad del prójimo, lleno de imperfecciones que él mismo no conoce; añadid a eso la rebelión del prójimo contra nuestros defectos, que no es menor que la nuestra contra los suyos: así es precisamente como todos los hijos de Adán se sirven de suplicio los unos a los otros; así es como la mitad de los hombres es infeliz a

causa de la otra mitad, y vuelve a ésta miserable a su vez; así es en todas las naciones, en todas las ciudades, en las comunidades todas, en todas las familias, e incluso entre dos amigos, el martirio del amor propio.

El único remedio es, pues, salir de sí para encontrar la paz. Es preciso renunciar a uno mismo y perder todo interés, para no tener ya nada que perder, que temer ni que conservar. Entonces se gusta la verdadera paz reservada a los hombres de buena voluntad, o sea, a quienes no tienen otra voluntad que la de Dios, la cual se convierte en la voluntad de ellos. Los hombres entonces no pueden ya nada sobre nosotros, dado que no pueden ya agarrarnos valiéndose de nuestros deseos ni de nuestros miedos: entonces queremos todo y no queremos nada. Es ser inaccesibles al enemigo, es hacerse invulnerables. El hombre no puede sino lo que Dios le concede hacer: y todo lo que Dios le concede hacer contra nosotros, en siendo la voluntad de Dios, es también la nuestra. En tal estado hemos puesto nuestro tesoro tan alto que ninguna mano puede llegar hasta él para arrebatárnoslo. Que hagan trizas nuestra reputación: consentimos en ello, porque sabemos que es bueno ser humillados cuando el que humilla es Dios. Nos llevamos decepciones en las amistades: ¡tanto mejor!, Él es el único Amigo verdadero, celoso de todos los demás, y de ellos nos aparta para purificar nuestros afectos. Somos importunados, tenidos en sujeción y en incomodidad; pero es Dios quien lo hace, y basta. Se ama la mano que aplasta; en todas estas penas se encuentra la paz: ¡paz bienaventurada, que nos sigue hasta la cruz! Se quiere lo que se tiene: nada se quiere de lo que no se tiene.

Al duque de Borgoña

No amamos nunca tanto a nuestro prójimo como cuando lo amamos por Dios y por amor suyo. Cuando amamos a los hombres fuera de Dios, no los amamos más que por nosotros mismos. Siempre buscamos en ellos o nuestro descarado interés, o nuestro interés sutil y enmascarado. Si no es el dinero, la comodidad, el favor, lo que en ellos buscamos, es la gloria de amarlos sin interés: el gusto, la confianza, el placer de ser amados por personas de valía, acaricia nuestro amor propio mucho más de cuanto podría hacerlo una suma de dinero. Así pues, en todos nuestros amigos, a los que creemos amar, únicamente nos amamos a nosotros mismos.

¿Cuál es, pues, el verdadero modo de amar a las personas queridas? Es amarlas en el orden de Dios; es amar a Dios en ellas: es amar en ellas lo que allí ha puesto Él, y soportar por su amor la privación de lo que allí no puso.

Cuando no amamos a las personas queridas más que por amor propio, el amor propio impaciente, delicado, celoso, lleno de necesidades y vacío de mérito, desconfía continuamente de sí y de la persona querida: se cansa, se disgusta, ve pronto el límite de lo que creía más grande; encuentra por doquier desengaños, querría siempre lo perfecto y no lo encuentra nunca; se siente ofendido, cambia, en ninguna parte puede reposar. El amor de Dios, al amar sin referir los amigos a sí, los ama pacientemente con sus defectos. No quiere encontrar en ellos más de cuanto Dios en ellos puso; en ellos mira sólo a Dios y sus dones: todo redundando en bien para él, siempre y cuando ame lo que Dios ha hecho y soporte lo que Dios no ha hecho, pero ha permitido y quiere que nosotros soportemos para conformarnos a sus designios.

El amor de Dios no espera nunca encontrar la perfección en la criatura. Sabe que la perfección está en Dios sólo y goza diciendo a Dios como san Miguel: «¿Quién es semejante a ti?». Todo lo que ve de imperfecto le hace decir: «Tú no eres mi Dios». Como no espera la perfección de ninguna criatura, nunca se ve desengañado en nada. Ama a Dios y sus dones en cada criatura, según el grado de bondad de cada una. Ama menos lo que es menos bueno; ama más lo que es mejor; ama todo, porque nada hay que no tenga algún pequeño bien que es el don de Dios, y porque hasta los más malvados, mientras están aún en esta vida, siempre pueden hacerse buenos y recibir los dones que les faltan.

Por Dios ama todo lo que es obra de Dios y Dios le manda amar. Ama más lo que Dios ha querido hacerle más querido. Ve en un padre mortal al Padre celeste; en un hermano, en un primo, en un amigo, los vínculos estrechos que la Providencia ha establecido. Cuanto más estrechos son los vínculos en el orden de la Providencia, más firmes e íntimos los hace el amor de Dios. ¿Se puede, acaso, amar a Dios y no amar todas las cosas cuyo amor nos ha mandado Él?

Es verdad que preferiríamos morir, antes que amar algo más que a Él. Nos dice en el evangelio: «Si alguno ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10,37). ¡No quiera Dios, por tanto, que ame yo más que a Él lo que amo solamente por Él! Pero amo con todo el corazón, por amor a Él, todo lo que me lo representa, todo lo que encierra sus dones, todo lo que Él ha querido que yo amase. Este principio sólido de amor hace que yo no quiera fallar nunca en nada, ni a mis personas queridas, ni a mis amigos. Sus imperfecciones están muy lejos de sorprenderme, pues sólo imperfección espero de todo lo que no es mi Dios. No veo más que a Él sólo en todo cuanto tiene el menor grado de bondad. A Él amo en su criatura, y nada puede alterar este amor. Bien verdad es que

este amor no siempre es tierno y sensible: pero es verdadero, íntimo, fiel, constante, efectivo; y yo lo prefiero, con lo hondo de mi voluntad, a todo otro amor. Tiene incluso sus ternuras y sus transportes. Un alma que fuese de verdad de Dios no estaría ya desecada ni encerrada por los recelos ni por las desigualdades del amor propio: no amando sino por Dios, amaría, como Dios, con admirable amor; pues Dios es amor, como dice san Juan (1 Jn 4,16). El amor lo soportaría todo, todo lo sufriría, todo lo esperaría, por nuestro prójimo; el amor superaría todas las penas; desde lo hondo del corazón se extendería hasta sus sentidos; se enternecería por los males ajenos, teniendo en nada los suyos; consolaría, sabría esperar y adecuarse; se haría pequeño con los pequeños, se elevaría para los grandes; lloraría con los que lloran; se gozaría por condescendencia con los que se gozan; sería todo a todos, no con una apariencia forzada y una seca demostración, sino gracias a la abundancia del corazón, en el cual el amor de Dios sería manantial vivo de los sentimientos más tiernos, más fuertes y más apropiados. Nada es tan seco, tan frío, tan duro, tan cerrado, como un corazón que sólo se ama a sí mismo en todas las cosas. Nada es tan tierno, tan abierto, tan vivo, tan dulce, tan amable, tan amante, como un corazón poseído y animado por el amor divino.

A la duquesa de Mortemart

Cambrai, 8 de junio de 1708. Os confieso que es para mí una alegría veros oprimida por vuestros defectos y por la imposibilidad de vencerlos. Esta desesperación de la naturaleza, que se ve reducida a no esperar ya nada de sí y a no aguardar sino de Dios, es precisamente lo que Dios quiere. Él nos corregirá cuando no esperemos ya corregirnos por nuestra cuenta. Es verdad que tenéis una índole atrevida y altiva, con un fondo de melancolía que es demasiado sensible a todos los defectos ajenos y hace las impresiones difíciles de borrar; pero no será nunca vuestro temperamento lo que Dios os reprochará, porque no lo habéis escogido vos y no sois libre para desprenderos de él: más bien os servirá para vuestra santificación si lo lleváis como una cruz. Lo que Dios os pide, sin embargo, es que hagáis realmente en la práctica lo que su gracia pone en vuestras manos: se trata de disminuir os íntimamente, al no poder ser dulce al exterior; se trata de abandonar vuestra soberbia natural apenas os llega la luz; se trata de una sincera desaprobación de vuestros juicios. No hay que maravillarse si la alta opinión que todos nuestros buenos amigos han tenido de cada pensamiento vuestro desde hace

doce años os ha habituado insensiblemente a una confianza secreta en vos misma y a una soberbia en la que vos no habáis reparado. Esto precisamente es lo que temo por vos cien veces más que los estallidos de vuestra irritación. La cual no os hará tener sino algún arrebató brusco: servirá para mostraros vuestra soberbia, que quizás no veríais nunca sin estas rarezas que se os escapan; pero la fuente del mal está sólo en la soberbia secreta, que ha sido alimentada durante tanto tiempo por los más bellos pretextos.

A la condesa de Montbéron

26 de diciembre de 1700. Tenéis razón al decir que la elevación dada por el amor no ensoberbece el corazón: es una señal que asegura contra el temor de la ilusión. El amor, según la experiencia íntima, es mucho más Dios que nosotros; es Dios que se ama a sí mismo en nuestro corazón. Nos parece que es algo que hace toda nuestra vida y que, no obstante, es superior a nosotros; nosotros no podemos tomar nada de él para gloriarnos de él. Cuanto más se ama a Dios, más se siente que es Dios a un tiempo el amor y el amado. ¡Cuánto dista uno de estar satisfecho de sí cuando ama de verdad! El amor es prestado: se siente que él hace todo y que nada se haría si él no nos fuese dado.

A la misma

10 de noviembre de 1702. Vos habéis pasado la vida creyendo ser siempre toda de los demás, nunca de vos misma. Nada halaga tanto el amor propio como este testimonio, que nos damos interiormente a nosotros mismos, de no estar nunca dominados por el amor propio y de estar siempre ocupados por cierta generosidad para con el prójimo. Pero toda esa delicadeza, que parece para los demás, es en el fondo para nosotros mismos. Vos os amáis hasta el punto de querer sin descanso complaceros en no amaros: toda vuestra delicadeza no llega sino a temer no estar suficientemente contenta de vos misma: éste es precisamente el fondo de vuestros escrúpulos. Queréis que Dios, como los hombres, esté contento de vos, y estar vos siempre contenta de vos misma en todo lo que hacéis en relación con Dios.

Por otro lado, no estáis habituada en absoluto a contentaros con una buena voluntad seca y desnuda. Puesto que buscáis una exquisitez de amor propio, queréis un sentimiento vivo, un placer que os responda de vuestro amor, una especie de embeleso y de transporte. Estáis demasiado habituada

a obrar por imaginación y a suponer que vuestro espíritu y vuestra voluntad no hacen las cosas cuando vuestra imaginación no os las hace sensibles. A fuerza de delicadeza, se cae en el extremo opuesto, que es la tosquedad de la imaginación. Nada es tan opuesto no sólo a la vida de pura fe, sino también a la verdadera razón. Las certezas que se buscan mediante la imaginación, el gusto y el sentimiento son las más peligrosas fuentes del fanatismo.

A una señorita

Estaríamos tentados de hablar humildemente, y tendríamos mil buenos pretextos; pero mejor aún es callar humildemente. La humildad que habla todavía es todavía sospechosa: hablando, el amor propio encuentra algún alivio.

A la misma

Calor de imaginación, viveza de sentimientos, gran cantidad de razones, abundancia de palabras, no obran casi nada. Lo que cuenta es actuar ante Dios con perfecto desprendimiento, haciendo con la visión propia todo lo que se puede y contentándose con el resultado que da. Esta continua muerte es una vida bienaventurada que pocos conocen. Una palabra, dicha simplemente con tal paz, obra más, incluso respecto a los asuntos externos, que todos los cuidados ardientes y afanosos. Puesto que es el espíritu de Dios quien habla entonces, nada pierde de su fuerza ni de su autoridad. Él ilumina, persuade, conmueve, edifica. No se ha dicho casi nada, y se ha hecho todo. Al contrario, cuando nos dejamos arrastrar por la viveza de la propia índole, se habla sin fin: se hacen mil reflexiones sutiles y superfluas; se teme siempre no hablar y no actuar lo suficiente; nos acaloramos, nos agotamos, nos apasionamos, nos disipamos, y nada progresa.

A sor Carlota de San Cipriano, carmelita

En cuanto al silencio del que habla el Rey-profeta, es aquel del cual habla también san Agustín cuando dice: «Haga callar mi alma todo lo que es creado, para pasar sobre todo lo que no es Dios mismo: hágase callar también a sí misma respecto a sí misma. *Sileat anima mea ipsa sibi*; en este silencio universal escuche al Verbo que habla siempre, pero al que el ruido de las

criaturas nos impide a menudo oír». Este silencio no es inacción y ocio del alma: es sólo cesación de todo pensamiento inquieto y afanoso, que estaría fuera de lugar cuando Dios quiere hacerse escuchar. Se trata de prestarle una atención sencilla y tranquila, pero muy real, muy positiva y muy amorosa para la verdad que habla dentro. Quien dice atención dice una operación del alma y una operación intelectual acompañada de afecto y de voluntad. Quien dice imponer silencio dice una acción del alma que escoge libremente y por amor meritorio. En una palabra, es una fidelidad actual del alma que en su paz más profunda prefiere la escucha del espíritu interior de la gracia a toda otra atención. Entonces la operación tranquila del alma es pura intelección, si bien los místicos, por prevención contra las opiniones de la filosofía escolástica, han dicho otra cosa. El alma contempla allí a Dios como incorpóreo, por tanto no admite ni imágenes ni sensaciones que lo representen: lo adora tal como es. Bien sé que la imaginación no deja entonces de representar objetos, ni los sentidos de producir sensaciones; pero el alma únicamente sostenida por la fe y por el amor no admite voluntariamente ninguna de esas cosas que no son Dios ni nada que se asemeje a su naturaleza, lo mismo que un matemático no deja entrar en sus especulaciones matemáticas la visión involuntaria de las moscas que zumban en torno a él...

La actividad que los místicos censuran no es la acción real ni la cooperación del alma a la gracia; es sólo un temor inquieto o un fervor afanoso que busca los dones de Dios para la propia consolación.

El estado pasivo, por el contrario, es un estado sencillo, calmo, desinteresado, en el cual el alma coopera con la gracia de modo tanto más libre, más puro, más fuerte y más eficaz, cuanto más exenta está de las inquietudes y las industrias del propio interés.

La propiedad que los místicos condenan con tanto rigor, y que llaman a menudo impureza, no es sino una búsqueda de la propia consolación y del propio interés en el goce de los dones de Dios, con perjuicio del celo del amor puro, que quiere todo para Dios y nada para la criatura. El pecado del ángel fue un pecado de propiedad: *stetit in se*, como dice san Agustín. La propiedad en su verdadero sentido no es, pues, sino el amor propio o el orgullo, que es el amor de nuestra propia excelencia en cuanto propia y que, en vez de devolverlo todo únicamente a Dios, aún trae un poco los dones de Dios a sí, para complacerse en ellos. Este amor propio determina, en el uso de los bienes exteriores, la mayor parte de los defectos sensibles. En el uso de los dones interiores determina una búsqueda sutilísima y casi imperceptible de sí en las más grandes virtudes; y precisamente esta última purificación es la más rara y más difícil.

Los místicos llaman también a menudo impureza a las industrias del amor interesado que turban la paz de un alma atraída a la generosidad del amor puro. El amor interesado no es pecado: y no se puede permitir, en ese lenguaje, llamarlo impureza, sino porque es diferente del amor desinteresado, al que se llama puro. El amor interesado se encuentra a menudo en grandísimos santos, y es capaz de producir excelentes virtudes.

La desaprobación en su verdadero sentido no es, pues, sino la abnegación entera de sí mismo según el evangelio y la práctica del amor desinteresado en todas las virtudes. La codicia, que es opuesta a la caridad, no consiste solamente en la concupiscencia carnal y en todos los vicios groseros, sino también en este amor espiritual y desordenado de sí para complacerse en él.

La atracción interior, de la cual han hablado tanto los místicos, no es en absoluto una inspiración milagrosa y profética, que haga al alma infalible, ni impecable, ni independiente de la dirección de los pastores; no es sino la gracia, que en todos los justos es previniente sin descanso, y que es más especial en las almas que son elevadas, del amor desinteresado y de la contemplación habitual, a un estado más perfecto. Estas almas pueden engañarse, pecar, tener necesidad de ser puestas de nuevo en el buen camino. Por el contrario, no pueden caminar con seguridad por su camino sino gracias a la obediencia.

DE «EXPLICACIÓN DE LAS MÁXIMAS DE LOS SANTOS SOBRE LA VIDA INTERIOR»

Artículo 30 - Verdadero

El estado pasivo del que todos los santos místicos han hablado tanto no es pasivo sino del mismo modo que la contemplación; o sea, no excluye las acciones tranquilas y desinteresadas, sino sólo la actividad o las acciones movidas por preocupación y celo por nuestro interés personal. El estado pasivo es aquel en el cual el alma, no amando ya a Dios con un amor compuesto, realiza toda acción suya deliberada con voluntad plena y eficaz, pero también tranquila y desinteresada. Realiza ora las acciones simples e indefinidas que se llaman quietud y contemplación, ora las acciones bien definidas de las virtudes correspondientes a su estado. No obstante, realiza unas y otras de manera igualmente pasiva, o sea, tranquila y desinteresada. Este estado es habitual, pero no absolutamente inmutable; pues, además del hecho de que el alma puede perderlo del todo, ésta también comete en él

algunos pecados veniales. Este estado pasivo no supone inspiraciones extraordinarias: comporta únicamente una paz y una total disponibilidad del alma para recibir todas las impresiones de la gracia. Una pluma perfectamente seca y ligera, como dice Casiano,³⁰ es levantada sin resistencia por el más leve soplo de viento que prontamente la empuja en toda dirección; cuando, en cambio, está mojada y pesada, su mismo peso la hace menos móvil y dispuesta para ser levantada. En el amor interesado, que es el menos perfecto, el alma conserva todavía un resto de temor interesado que la hace menos ligera, menos dúctil y menos móvil cuando la empuja el soplo del espíritu interior. El agua agitada no puede ser limpia, ni acoger la imagen de los objetos cercanos, pero un agua tranquila es como la tabla pura de un espejo. Acoge sin alteración la imagen de cada objeto sin conservar ninguna. Lo mismo sucede con el alma pura y tranquila. Dios imprime en ella su imagen y la de todos los objetos que Él quiere imprimir en ella: todo se imprime, todo se borra. Dicha alma no tiene ninguna forma suya propia, e igualmente tiene todas las formas que la gracia le da. Nada le queda y todo se borra como en el agua apenas Dios quiere producir en ella nuevas impresiones. Sólo el puro amor puede dar tal paz y tan perfecta docilidad. Este estado pasivo no es siempre una contemplación actual. La contemplación puede formar parte de este estado habitual sólo por períodos limitados. El amor desinteresado no debe ser menos desinteresado, ni por consiguiente menos tranquilo, en las acciones propias de las virtudes que en las acciones indistintas de la pura contemplación.

Hablar de ese modo significa disipar todo equívoco y admitir un estado que no es sino el ejercicio del puro amor, tan autorizado por toda la tradición.

Artículo 30 - Falso

El estado pasivo consiste en una contemplación pasiva que es perenne; y esta contemplación pasiva es una especie de éxtasis continuo y una milagrosa ligadura de las potencias que las pone en una incapacidad real de obrar libremente.

Hablar de ese modo significa confundir el estado pasivo con la contemplación pasiva, teniendo además una idea absolutamente falsa de la contemplación; significa suponer un estado de éxtasis milagroso y peren-

30. Casiano, *Conlationes*, IX, 4, 1-2.

ne, que excluye todo camino de fe, toda libertad, todo mérito y demérito; un estado, en fin, incompatible con la peregrinación que es esta vida; significa ignorar la experiencia de los santos y confundir todas sus ideas.

Artículo 31 - Falso

La razón es una falsa luz. Es preciso obrar sin consultarla, pisotear las conveniencias, seguir sin vacilación nuestro primer impulso y reputarlo divino. Es preciso eliminar no sólo las reflexiones movidas por la inquietud, sino todo tipo de reflexión; no sólo las precauciones llenas de cuidados por el futuro, sino todo tipo de precaución. No basta con no ser sabios íntimamente: hay que abandonarse hasta no vigilarse ya a uno mismo con ojo simple y tranquilo, hasta no despreciar ningún impulso impetuoso de la naturaleza para no recibir más que los de la gracia.

Hablar de ese modo significa creer que la razón —el primero de los dones de Dios en el orden de la naturaleza— es un mal y, en consecuencia, significa renovar el loco e impío error de los maniqueos; querer cambiar la perfección en un fanatismo continuo; querer hacernos tentar a Dios en cada momento de la vida.

Artículo 33 - Verdadero

En el estado pasivo todas las virtudes se encuentran reunidas en el amor, pero sin excluir nunca el ejercicio de cada virtud particular. Pues, como dice santo Tomás siguiendo a san Agustín, la caridad es la forma y el principio de todas las virtudes. En distinguirlas o especificarlas estriba el objeto particular al que se dirige el amor. El amor que se abstiene de los placeres impuros es la castidad, amor que, cuando sufre males toma el nombre de paciencia. Este amor, sin abandonar su simplicidad, se convierte sucesivamente en todas las demás virtudes: pero no desea ninguna de ellas en cuanto virtud, o sea fuerza, grandeza, belleza, regularidad, perfección. «El alma desinteresada no ama las virtudes», observa san Francisco de Sales, «ni porque son bellas y puras, ni porque son dignas de ser amadas, ni porque embellecen y perfeccionan a quienes las practican, ni porque son meritorias, ni porque preparan la recompensa eterna, sino sólo porque son la voluntad de Dios. El alma desinteresada», como decía este gran santo a la madre De Chantal, «no se lava de las propias culpas para ser pura ni se

adorna con las virtudes para ser bella, sino para agradar a su esposo, de manera que, si a éste la fealdad le hubiese sido igualmente agradable, a ella le habría agradado tanto como la belleza».³¹ Ejercitemos, pues, cada virtud sin pensar que es una virtud; en cada momento pensemos sólo en hacer lo que Dios quiere y nuestro amor celoso hace de suerte que no queramos ya ser virtuosos por nosotros mismos aunque, al mismo tiempo, lo llegemos a ser tanto más, cuanto menos nos importe serlo. En este sentido se puede decir que el alma pasiva y desinteresada ya no desea tampoco el amor como su perfección y felicidad, sino sólo porque es lo que Dios quiere de nosotros. Ésta precisamente es la razón por la que san Francisco de Sales dice que «nos volvemos a nosotros mismos cuando amamos el amor en vez de amar al Bienamado».³² Y en otro lugar este santo dice que «el deseo de la salvación es bueno, pero todavía más perfecto es no desear nada».³³ Quiere decir que ni siquiera hay que desear el amor de Dios en cuanto es nuestro bien. Finalmente, para dar a esta verdad toda la precisión necesaria, este santo afirma que «es preciso esforzarse en buscar en Dios sólo el amor de su belleza, y no el placer que se encuentra en la belleza de su amor».³⁴ Tal distinción puede parecer sutil a quien no ha sido todavía instruido por la unción, pero se apoya en la tradición de todos los santos desde los orígenes del cristianismo, y no se puede despreciar sin despreciar a los santos que pusieron la perfección en este celo tan delicado del amor.

Hablar de ese modo significa repetir lo que los santos místicos han dicho, siguiendo a Clemente y a los ascetas, sobre la cesación de las virtudes, argumento que es muy necesario explicar con infinitas precauciones.

Artículo 33 - Falso

En el estado pasivo, el ejercicio de las virtudes particulares ha cumplido su tiempo porque el puro amor, que todas las contiene en su quietud infinita, dispensa totalmente a las almas de ejercitarlas.

Hablar de este modo significa contradecir el evangelio; poner la piedra del escándalo en el camino de los hijos de la Iglesia; llamarles con nombre de vivos cuando están muertos.

31. François de Sales, *Entretiens spirituels*, 12.

32. François de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, IX, 9.

33. François de Sales, *Entretiens spirituels*, 18.

34. François de Sales, *Traité de l'amour de Dieu*, IX, 10.

DE «SÓLO EL PURO AMOR
SABE SUFRIR COMO SE DEBE»

Únicamente el verdadero y puro amor gusta de sufrir, porque únicamente el verdadero y puro amor se abandona. La resistencia hace sufrir; pero hay en ella algo que sufre con sufrir, y resiste. La resignación que no da nada a Dios sino mesuradamente y con retornos sobre sí misma, bien puede querer sufrir, pero se examina a menudo, temiendo sufrir daño. Hablando con propiedad, en la resignación se está como desdoblado en dos, de los cuales uno domina al otro y vela para impedir que se rebele. En el puro amor, que está expropiado y abandonado, el alma se alimenta en silencio de la cruz y de la unión con Jesucristo crucificado, sin volver sobre el sufrimiento. No hay sino una voluntad única y simple, que se muestra a Dios como es, sin pensar ni verse. No dice nada, no advierte nada. ¿Qué hace? Sufre. ¿Eso es todo?

Sí, es todo. No tiene sino que sufrir. El amor se deja sentir lo suficiente sin necesidad de hablar y sin pensar. Hace lo único que debe hacer, es decir, no querer nada cuando le falta la consolación. Una voluntad sacia de la de Dios, al tiempo que se le quita todo lo demás, es el más puro de todos los amores.

MADAME GUYON

Jeanne-Marie Bouvier de La Motte nació el 13 de abril de 1648 en Montargis. Se casó con Jacques Guyon, señor de Chesnoy; se quedó viuda en 1676, se dedicó a la devoción bajo la guía del padre La Combe. Con él fue encarcelada en 1688, como culpable de alimentar una doble doctrina, esotérica y exotérica, y también de quietismo. Una vez puesta en libertad, ejerció una vasta influencia y conoció a Fénelon. Las acusaciones de Bossuet le provocaron un nuevo encarcelamiento en Vincennes y en la Bastilla. Salió de la cárcel en 1702 y murió en 1717. Escribió poemas, una autobiografía (1712) y otras obras. *Torrents* fue redactado en 1683 y circuló en forma manuscrita.

DE «TORRENTES»

El alma tras haber llegado al estado divino es... una roca firme ante todo tipo de pruebas y golpes, salvo cuando Dios quiere que haga algo contrario a lo ordinario y al uso común: entonces, si ella no se rinde a la primera

moción, Él le hace sufrir una pena de coacción a la que no puede resistir y se ve obligada por una violencia inexplicable a hacer lo que Él quiere. Sería imposible hablar de las pruebas extrañas a las que él somete a estas almas, del abandono perfecto que no le ofrece resistencia de ningún tipo; y de cualquier modo, no se entendería. Sólo cabe decir que Él no les deja la sombra de cosa alguna que se pueda nombrar ni en Dios ni fuera de Dios. Y las levanta de tal modo por encima de todo a través de la pérdida de todo, que nada del cielo o de la tierra, salvo Dios mismo, podría cautivar estas almas que [Dios ha puesto en una inocencia perfecta, no siendo la santidad de las más santas acciones nada de santidad para ellas. Dios solo es santo; las acciones más perversas no podrían transmitir a tales almas su veneno si éstas se vieran obligadas a cometerlas], no existiendo para ellas malignidad en nada, a causa de su unidad esencial con Dios, unidad que en las relaciones con pecadores no es tocada por la malicia de éstos a causa de su esencial pureza. Esto es más real de cuanto se pueda decir, y esta alma participa de la pureza de Dios, habiendo sido aniquilada toda pureza suya propia, la cual no es sino tosca impureza. Sólo la pureza de Dios en sí misma subsiste en esta nada, pero de un modo tan real que el alma está en una total ignorancia del mal y como impotente para cometerlo, lo cual no impide que sea siempre susceptible de caer. Pero esto, sin embargo, no sucede a causa del aniquilamiento profundo en el cual se encuentra el alma, el cual no le deja propiedad alguna, y es sólo la propiedad lo que puede causar el pecado. Quien ya no es, tampoco puede pecar. Esto es tan verdad que las almas de las que hablo no se pueden confesar casi nunca porque, cuando se quieren acusar no saben de qué acusarse ni por qué condenarse, no encontrando en sí nada vivo ni que haya querido ofender a Dios, a causa de la completa pérdida de su voluntad en Dios. Y lo mismo que Dios no puede querer el pecado, tampoco lo pueden querer ellas.

SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT

Nació en 1673 en Montfort-la-Cane (Bretaña). Fue ordenado sacerdote en 1700, y en 1702 fundó la Congregación de las hermanas de la Sabiduría para el cuidado de los enfermos y la instrucción de los niños; en 1712-1713, la Compañía de María para la educación gratuita. Murió en 1716. Perfeccionó la devoción mariana de Bérulle, indicándola como forma y molde que ahorra el penoso cincelado necesario para convertirse en estatuas de santidad.

Tras su muerte se publicaron: *L'amour de la Sagesse eternelle* (1876); *Le secret de Marie* (1923); *Lettre circulaire aux Amis de la Croix* (1845).

DE «EL AMOR DE LA SABIDURÍA ETERNA»

[III, 1, 32] Después de crear todas las cosas, la Sabiduría permanece en ellas para contenerlas, sostenerlas y renovarlas: «Omnia continet, omnia innovat» (Sb 1,7 y 7,27). Esta belleza soberanamente recta, después de crear el mundo, estableció el orden maravilloso que reina en él. Escogió, organizó, sopesó, añadió y contó cuanto hay en él.

Extendió los cielos, colocó ordenadamente el Sol, la Luna, las estrellas y los planetas, estableció los fundamentos de la tierra, fijó límites y leyes al mar y a los abismos, moldeó las montañas: lo pesó y equilibró todo, hasta las mismas fuentes. Finalmente —dice ella misma—, yo estaba junto a Dios y dictaba leyes con precisión tan perfecta y con variedad tan agradable a la vez, que todo era como un juego con el cual me divertía y complacía a mi Padre: «Cum eo eram cuncta componens, et delectabar per singulos dies, ludens coram eo omni tempore, ludens in orbe terrarum» (Pr 8,30-31).

[33] Efectivamente, este inefable juego de la Sabiduría de Dios puede verse en las diferentes criaturas con que pobló el universo. Porque, sin hablar de las distintas especies de ángeles —casi infinitas en número—, ni del tamaño diferente de los astros, ni de la desigualdad de los temperamentos humanos, ¡qué admirables cambios no vemos en las estaciones y los tiempos! ¡Qué variedad de instintos en los animales! ¡Qué diversidad de especies en las plantas, de hermosura en las flores y sabor en los frutos! «El que es sabio comprenderá» (Sal 107,43). ¿A quién se ha manifestado la Sabiduría? Pues solamente él comprenderá estos misterios de la naturaleza.

[34] La Sabiduría ha revelado estos misterios a los santos, como leemos en sus biografías. Por ello, a veces se maravillaban tanto al contemplar la belleza, suavidad y orden colocados por la divina Sabiduría en las cosas más pequeñas, tales como las abejas, las hormigas, la espiga de trigo, una flor, un gusanillo de tierra, que quedaban arrobados y extasiados ante ellas.

[VII, 1, 75] La sabiduría mundana es aquella de la cual se ha dicho: «Anularé el saber de los sabios» según el mundo (Is 29,14; 1 Co 1,19). La sabiduría de la carne es enemiga de Dios (Rm 8,7). Esta sabiduría no baja de lo alto, ésa es terrestre, animal y diabólica (St 3,15). Consiste esta sabiduría mundana en una perfecta armonía con las máximas y modas del

mundo; en una tendencia continua a la grandeza y estimación; en la búsqueda constante y solapada de los propios caprichos e intereses; pero no de modo patente y provocador con algún pecado escandaloso, sino de manera habilidosa, astuta y engañosa; de lo contrario, ya no sería sabiduría ni siquiera según el mundo, sino *libertinaje* (*libertinage*).

[76] Sabio según el mundo es quien sabe desenvolverse en sus negocios y consigue sacar ventaja de todo, sin dar la impresión de buscarlo; quien domina el arte de fingir y engañar astutamente, sin que nadie se dé cuenta; quien conoce perfectamente los gustos y cumplidos del mundo; quien sabe amoldarse a todos para conseguir sus propósitos, sin preocuparse ni poco ni mucho de la honra y gloria de Dios; quien armoniza secreta pero funestamente la verdad con la mentira, el Evangelio con el mundo, la virtud con el pecado y a Jesucristo con Belial; quien desea pasar por honesto, pero no por devoto; quien desprecia, interpreta torcidamente o condena con facilidad las prácticas piadosas que no se acomodan a las suyas. Finalmente, sabio según el mundo es quien, guiándose sólo por la luz de los sentidos y de la razón humana, trata únicamente de salvar las apariencias de cristiano y hombre de bien, sin preocuparse en lo más mínimo por agradar a Dios y expiar, por la penitencia, los pecados que ha cometido contra la divina Majestad.

[77] Tiene siete móviles que considera inocentes y en los cuales se apoya para llevar una vida tranquila: la honra y la fama, el qué dirán, la moda, la buena mesa, el interés personal, la afectación en los modales, el chiste fino.

Tiene virtudes particulares que le valen ser canonizado por los mundanos: la valentía, la delicadeza, la diplomacia, la sagacidad, la galantería, la cortesía, la jovialidad. Mira, en cambio, como pecados enormes la insensibilidad, la simplicidad, la pobreza, la rusticidad, la santurronería.

[78] Sigue con la mayor fidelidad posible los mandamientos dictados por el mundo:

1. Conoce bien el mundo;
2. Vive como hombre honrado;
3. Conduce bien tus negocios;
4. Conserva bien lo que tienes;
5. Procura salir del polvo;
6. Procura ganar amigos;
7. Frecuenta la alta sociedad;
8. Come y bebe bien;
9. No seas causa de melancolía;
10. Evita la singularidad, la rusticidad y la santurronería...

[82] La sabiduría diabólica es el amor y estima de los honores. Los sabios según el mundo la profesan cuando aspiran —aunque secretamente— a las grandezas, honores, dignidades y cargos importantes; cuando buscan hacerse notar, estimar, alabar y aplaudir por los hombres; cuando en sus trabajos, afanes, palabras y acciones sólo ambicionan la estimación y la alabanza de los hombres al querer pasar por buenos cristianos, sabios eminentes, ilustres militares, expertos jurisconsultos, personas infinitamente meritorias y excepcionales o de gran consideración; cuando no soportan que se les humille o reprenda; cuando ocultan sus propios defectos y alardean de lo bueno que poseen.

[83] Con Jesucristo Nuestro Señor, la Sabiduría encarnada, debemos detestar y condenar estas tres clases de falsa sabiduría³⁵ para adquirir la verdadera. Ésta no busca el provecho propio, no arraiga en el terreno ni en el corazón de quienes viven cómodamente, y aborrece todo lo grande y espectacular a los ojos de los hombres. [3, 84] Además de la sabiduría mundana —repreensible y perniciosa—, existe también una sabiduría natural entre los filósofos.

Los antiguos egipcios y griegos la buscaron con gran empeño: «Los griegos buscan saber» (1 Co 1,22). Los que alcanzaban esta sabiduría recibían el nombre de magos o sabios. Consiste en un conocimiento eminente de la naturaleza en sus principios. Fue comunicada en plenitud a Adán en su estado de inocencia y otorgada con abundancia a Salomón. En el correr de los tiempos, algunos hombres ilustres recibieron parte de ella, como refiere la historia.

[85] Los filósofos ponderan los principios de su filosofía como medio para adquirir dicha sabiduría. Los alquimistas encomian los secretos de su cábala como capaz de descubrir la piedra filosofal, en la cual se imaginan que está encerrada esta sabiduría.

En verdad, la filosofía de la Escuela, estudiada cristianamente, abre el entendimiento y lo capacita para las ciencias superiores. Pero jamás podrá comunicar la pretendida sabiduría natural, tan alabada en la antigüedad.

[86] La química o alquimia —en otras palabras: la ciencia de disolver los cuerpos naturales y reducirlos a sus principios— es aún más vana y peligrosa. Esta ciencia, aunque cierta en sí misma, ha embaucado y engañado a infinidad de gentes con relación al fin que se proponía; y no dudo en lo mas mínimo —dada mi experiencia personal— que el demonio se sirve hoy de ella para hacer perder el dinero, el tiempo, la gracia y hasta el alma so pretexto de hallar la piedra filosofal.

35. Terrestre, animal y diabólica.

[VIII, 1, 91] Entre las innumerables operaciones realizadas en el alma por la Sabiduría —muchas veces de manera tan secreta que uno ni siquiera tiene conciencia de ellas—, éstas son las más frecuentes:

[92] La Sabiduría comunica su espíritu a quien la posee. Espíritu que es totalmente luminoso: «Por eso supliqué, y se me concedió la prudencia; invoqué, y vino a mí el espíritu de sabiduría» (Sb 7,7). Con este espíritu sutil y penetrante, el hombre —a ejemplo de Salomón— se convierte en juez de todas las cosas, con gran discernimiento y penetración: «En los procesos lucirá mi agudeza, y seré la admiración de los monarcas» gracias a la Sabiduría que me comunicó su espíritu (Sb 8,11).

[93] Comunica al hombre la ciencia suprema de los santos y las demás ciencias naturales —incluso las más ocultas—, si le han de ser provechosas: «Si alguien ambiciona una rica experiencia, ella conoce el pasado y adivina el futuro, sabe los dichos ingeniosos y la solución de los enigmas» (Sb 8,8). A Jacob le dio a conocer los santos: «Dedit illi scientiam sanctorum» (Sb 10,10)...

[94] ...Es de notar que las luces y conocimientos que comunica la Sabiduría no son áridos, estériles o carentes de devoción, sino luminosos, llenos de unción y piadosos, conmueven y alegran el corazón e iluminan el entendimiento.

[2, 95] La Sabiduría comunica al hombre no sólo las luces para conocer la verdad, sino también la capacidad maravillosa de darla a conocer a otros: la Sabiduría sabe todo lo que se dice (Sb 1,7) y comunica la ciencia de decirlo bien. Efectivamente, «la Sabiduría abrió la boca de los mudos y soltó la lengua de los niños» (Sb 10,21)...

[96] Pero las palabras que comunica la divina Sabiduría no son palabras ordinarias, naturales y humanas. Son palabras divinas: «El mensaje de Dios no lo acogisteis como palabra humana, sino como lo que es realmente, como palabra de Dios» (1 Ts 2,13). Son palabras enérgicas, conmovedoras, penetrantes: «La palabra de Dios es viva y enérgica, más tajante que una espada de dos filos» (Hb 4,12). Parten del corazón de quien habla y penetran hasta el fondo del corazón del oyente. Salomón había recibido este don de Sabiduría cuando escribe que Dios le había concedido expresar con claridad lo que le dictaba el corazón: «Me concedió Dios saber expresarme» (Sb 7,15).

DE «MÁXIMAS Y ENSEÑANZAS DE LA DIVINA SABIDURÍA»

Voz de la Sabiduría

[1] Odia, pues, hija mía, tu propio espíritu y pensamientos; deséchalos si son malos o inútiles; somételos a tu superior si son buenos.

[2] No te apoyes jamás en tus ideas, pensamientos, conocimientos, visiones, contemplaciones; ni te constituyas en juez supremo de su bondad o malicia.

[3] Piensa que el juicio de las demás en cosas indiferentes es siempre más atinado y seguro que el tuyo, aunque quisieras creer todo lo contrario.

[4] Odia tu imaginación y tu memoria, desterrando de ellas las malas fantasías, los deseos quiméricos e inútiles y las imaginaciones vanas y peligrosas, o cuando menos inútiles, del pasado o del futuro.

[5] Aleja de tu memoria cualquier objeto que no sea el de la presencia de Dios.

[6] Evita pensar voluntariamente en el mal que te han hecho o en el bien que has practicado.

[7] Odia tu propia voluntad y sométela siempre, aun en las mejores cosas, a tu superior.

[8] No hagas nada de cierta importancia sin pedir consejo, para que luego no tengas que arrepentirte.

[9] No mantengas en el alma deseos inquietantes de cosas que no tienes, aunque te parezcan útiles para el prójimo y gloriosas para mi Majestad.

[10] Pídemelo con insistencia gracias especiales, pero solamente porque yo quiero que lo hagas; lo esencial de tu petición ha de ser conformarte siempre a mi voluntad.

JEAN-PIERRE DE CAUSSADE, S.J.

Nació el 6 de marzo de 1675 en el Quercy. En 1693 ingresó como novicio de la Compañía de Jesús en Toulouse, fue ordenado sacerdote en 1704. Ejerció su ministerio con las religiosas de la Visitación de Nancy en 1731, después en Albi, Toulouse y Perpiñán. Murió en 1751. Puesto que ya se comenzaba a sospechar del misticismo, y la autoridad de Bossuet era el sostén de las desconfianzas, de Caussade escribió un tratado místico en el cual demostraba cómo Bossuet y Fénelon no diferían en absoluto: *Ins-*

tructions spirituelles en forme de dialogue sur les divers états d'oraison suivant la doctrine de M. Bossuet (Perpiñán, 1741). La obra apareció con aprobación, pero anónima.

En 1867, el padre Ramière recogió bajo el título *L'abandon à la divine Providence* los textos de algunas cartas, especialmente dirigidas a Marie Thérèse de Vioménil. Otras ediciones posteriores, en especial la de la editorial Gabalda en dos tomos (París, 1921), han mejorado el conocimiento sobre de Caussade, último místico, superviviente, como él dijo, entre «les idées et les préjugés vulgaires sur tout ce qui s'appelle mystique» en pleno siglo XVII.

De Caussade pertenece a la pléyade de jesuitas que aceptaron la enseñanza de Bérulle. Podría ser suya esta alocución de Condren: «Huid de toda inquietud de espíritu y de toda coacción en las cosas espirituales... Oh, qué gran secreto en la vida cristiana, ser de Dios sin tener apego a cosa alguna ni elegir el medio para honrarlo, sino con perfecta voluntad de usar para su gloria todas las cosas que su voluntad nos ponga en el camino, siendo suyos en su espíritu».

DEL «TRATADO DEL ABANDONO A LA DIVINA PROVIDENCIA»

Si la obra de nuestra santificación nos ofrece dificultades en apariencia tan insuperables, eso se debe al hecho de que no sabemos hacernos de ella un concepto adecuado. En realidad, la santidad se reduce a una cosa sola: la fidelidad al orden de Dios.

La práctica activa de la fidelidad consiste en el cumplimiento de los deberes que nos son impuestos; los deberes que la fidelidad nos impone dejan de ser deberes desde el momento en que su cumplimiento está realmente por encima de nuestras fuerzas. Mirad vuestra vida: ¿de qué está formada? De una multitud de actos de bien poca importancia. Pues bien, precisamente con estas cosas, de bien poca importancia, quiere contentarse Dios. Ésa es la tarea que le corresponde al alma en la obra de su perfección.

La parte pasiva de la santidad es mucho más fácil, puesto que consiste sólo en aceptar lo que en la mayoría de los casos no podríamos evitar, sufriendo con amor, es decir, con consolación y suavidad, lo que demasiado a menudo se sufre con fastidio y enojo.

Éste es precisamente el grano de mostaza cuyos frutos no se recogen porque no se sabe reconocerlo debido a su pequeñez. Ésta es precisamente la dracma evangélica, el tesoro que no se encuentra, porque se supone demasiado remoto para poderlo buscar.

Si la voluntad divina impone en determinado momento leer, la lectura crea en lo hondo del alma el término misterioso. Si la voluntad divina hace dejar de lado la lectura por un deber de contemplación actual, dicho deber crea en lo hondo del corazón el hombre nuevo, y entonces la lectura sería perjudicial e inútil.

La voluntad de Dios es lo esencial, lo real, la virtud de todas las cosas; ella las dispone y las hace pertenecer al alma: cuando falta, todo es vacío, nada, mentira, vanidad, letra, corteza y muerte.

La acción divina no puede adueñarse de un alma, sino cuando dicha alma se ha vaciado de cualquier confianza en su propia acción; pues tal confianza es una falsa plenitud que excluye la acción divina.

Si los libros, los ejemplos de los santos, los discursos espirituales, quitan la paz, si colman sin saciar, es signo de que nos hemos alejado del puro abandono a la acción divina, y de que nos colmamos de tales cosas por voluntad de posesión... Pero cuando la acción divina ordena estas cosas, el alma las acoge como lo demás.

Además de los deberes impuestos a cada uno por el propio estado, Dios puede también requerir ciertas acciones que no estén comprendidas entre esos deberes, por más que no sean en absoluto contrarias a ellos. Entonces la atracción y la inspiración son el signo del orden divino.

Por eso es preciso escuchar a Dios en cada momento, para ser doctos en la teología virtuosa, que es totalmente práctica y experimental: dejad a un lado lo que se dice a los demás, escuchad lo que se dice por vos y a vos; en ello hay lo bastante para ejercitar vuestra fe; pues este lenguaje interior de Dios la ejercita, la purifica, la acrece precisamente en virtud de su oscuridad.

Las cosas descienden de la boca de Dios como palabras. Lo que Dios hace en cada momento es un pensamiento divino significado por una cosa creada. El momento presente es la manifestación del nombre de Dios y la venida de su Reino.

No hay corazón ni espíritu creado que pueda explicaros cómo esta acción fructificará en vos; lo aprenderéis de la experiencia continuada.

No tenéis necesidad de conocer las palabras que ha hecho oír a los demás, para recitarlas ingeniosamente; ella os dará otras que serán vuestras propias.

Sólo la acción divina puede santificarnos, pues sólo ella conoce el modelo divino de nuestra perfección.

La acción divina ve en el Verbo la idea según la cual debéis ser formados; ése es el modelo que se le propone. Ella ve en el Verbo todo lo que conviene a todas las almas santas.

«Quam bonus Israël Deus his qui recto sunt corde!» (Sal 73,1 LXX).

Esta impronta, en las almas inflamadas, se llama puro amor, en razón del torrente de voluptuosidad que inunda todas las facultades con plenitud de confianza y de luz; pero, en las almas ebrias de ajeno, esa impronta se llama pura fe, porque en ella permanecen también enteramente la oscuridad y las sombras de la noche. El puro amor ve, siente y cree. La pura fe cree, sin ver ni sentir. Tal es la razón de la diferencia que se hace entre uno y otra; se funda sobre las apariencias, que no son las mismas; pero, en realidad, ni al estado de pura fe le falta amor, ni el estado de puro amor carece de fe ni de abandono... las diversas mezclas constituyen la variedad de todos los estados sobrenaturales y elevados.

Prediquemos, pues, a todas las almas el evangelio, no ya del estado de pura fe o de puro amor, de la cruz o la caricia..., sino del abandono a la acción divina en general.

Todo lo que vemos de extraordinario en los santos —visiones, revelaciones, voces interiores— no es sino una irradiación de la excelencia de su estado, contenida y oculta en el ejercicio de la fe; en efecto, la fe posee todo eso, pues sabe ver y oír a Dios en lo que sucede en cada momento.

Cuando tal estado se despliega a la vista, lo que revela no ofrece nada que la fe no poseyese, pero sirve para manifestar su excelencia y atraer a las almas a la práctica: lo mismo que la gloria del Tabor y los milagros de Jesucristo no acrecentaban su excelencia, sino que eran los relámpagos que, de cuando en cuando, salían de la nube oscura de su humanidad para hacerla digna de veneración y amor.

Sea que el alma cumpla con solicitud el deber al que la obliga su estado, sea que secunde con dulzura la inspiración, sea que se someta en paz a

los efectos de la gracia sobre el cuerpo y el alma, en todo caso, en lo hondo del corazón, ella ejercita el mismo acto, universal y general, el abandono... estado general gracias al cual todas las almas pueden encontrar a Dios bajo los diversos ropajes de que se reviste, y asumir la forma divina que para ellas prepara la gracia divina. Esa feliz disposición me impone el deber, que cumplo sin esfuerzo, de llorar con quien llora, de gozar con quien goza.

Corazón puro, buena voluntad: fuente profunda. Es cosa mía producir el buen amor, ese amor que libera lo que allí hay de mejor para encontrar en ello morada; es cosa mía hacer nacer ese temor dulce y eficaz, que causa horror por el mal y hace evitarlo sin esfuerzo; es cosa mía hacer florecer los buenos conocimientos.

Vuestras son, oh Señor, las tierras donde manan la leche y la miel; vuestros los pechos que destilan leche; vuestro el seno donde se recoge la rama de mirra; vuestros los dedos bajo los cuales fluye, en abundancia y en toda su pureza, la esencia que se suele extraer apretando con la mano.

Llave de David, del abismo.

Nada estará cerrado para nosotros, ni el jardín, ni la bodega, ni la viña. Guardémonos bien de meternos en esa multitud de reflexiones inquietas... dejemos atrás el laberinto de nuestro amor propio saltándolo de un brinco, no recorriendo todos sus interminables recovecos.

Apenas el alma ha dicho: hay que ir por este lado, hablar a esta persona, obrar de este modo, de inmediato Dios dice lo contrario y sustrae su poder al medio escogido por el alma. Así el alma, no encontrando otra cosa que la decepción y la nada, se ve obligada a recurrir a Dios mismo y a contentarse con Él...

Así pues, lo creado carece por sí mismo de virtud y eficacia; y el corazón carece de deseo e inclinación hacia lo creado... Corresponde a Dios, que da vida a todo, hacer vivir al alma para lo creado y a lo creado para el alma...

Esta reducción de todo lo creado, primero a la nada, luego al lugar del orden de Dios, hace que en cada instante Dios sea para el alma Dios mismo y todas las cosas.

Experimentaréis un no sé qué por el cual diréis: en este momento siento afección por esta persona, este libro, deseo tomar o dar este consejo, quejarme por esta razón, quiero abrirme a esta alma o recibir sus confi-

dencias, dar esto o hacerlo. Es preciso ceder a esta moción, por impulso de la gracia, sin apoyarse un solo instante en los propios razonamientos, reflexiones, esfuerzos. Es preciso pertenecer a las cosas durante todo el tiempo que Dios os da a ellas, sin ir más allá por propia deliberación...

Esto es precisamente lo que obliga a estas almas a ser simples, dulces, leves y móviles ante los más tenues céfiros de estos signos casi imperceptibles.

En el abandono, la única regla es el momento presente. Entonces el alma es ligera como una pluma, fluida como el agua, simple como un niño.

Jesucristo no se ha puesto límites: no ha seguido al pie de la letra todas sus máximas. [Su alma] no sentía la necesidad de consultar el momento precedente para dar forma al siguiente.

La vida de cada santo es la vida de Jesucristo; es un nuevo evangelio. [El alma] sabe que, si hubiese de obligarse a seguir las reglas de quienes viven de esfuerzos laboriosos, en vez de dejarse guiar por la llamada de la gracia, se privaría de mil cosas necesarias para cumplir los deberes de los momentos futuros. Pero, puesto que eso se ignora, se le juzga y censura en su simplicidad; y ella, que no censura a nadie, que aprueba todos los estados, que sabe distinguir tan bien todos sus grados y todos sus progresos, se ve despreciada por los falsos sabios.

Primera prueba del estado de abandono: ser objeto de reprobación por parte de las personas consideradas sabias y piadosas.

Segunda parte

MÍSTICOS ESPAÑOLES
Y PORTUGUESES DE LA EDAD MODERNA



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Ignacio de Loyola nació en 1491, fue paje, gentilhombre y soldado. En 1521, herido casi de muerte, empezó por casualidad a leer obras de devoción y se convirtió a una vida casta, religiosa y finalmente eremítica. En un convento dominico de Manresa esbozó los futuros *Ejercicios espirituales*, obra que nunca consiguió reducir a estilo límpido y, por otro lado, de una singularidad extraordinaria, hasta el punto de parecer sacada de fuentes muy remotas, especialmente cuando enseña la respiración rítmica en la oración.

Ignacio estudió en Barcelona, Alcalá, París, sufriendo procesos y encarcelaciones por acusaciones de herejía, pero atrajo cada vez más discípulos, y éstos se reunieron en torno a él un día de 1534 en la cripta de Notre-Dame de París, jurando convertir a los infieles. Ése fue el primer esbozo de la Compañía de Jesús, la nueva orden que Ignacio fundó en 1539, con una constitución original, porque en ella el general tiene potestades extraordinariamente vastas y confiere las cargas; a él y no a la regla jura obediencia el novicio; y el poder de la institución en sí misma, sustraído a los

juegos abogadescos, queda reforzado por la vigilancia regular y recíproca de los miembros. La novedad no está en la condición de cadáver recomendada a los miembros de la Compañía, que es obvia para toda obediencia y, antes aún, para toda vocación monástica (desde Simeón el Nuevo Teólogo a san Francisco, se recomienda ser semejantes a cadáveres), sino en su fin, que no es sólo de santificación individual, sino también (y sobre todo, según sus adversarios) escuela de ejecución pronta, eficacísima, oculta, de todo plan tramado por el general.

También en Japón la escuela de ascetismo zen se convirtió en fundamento de la preparación militar de los samuráis, pues la ausencia de complacencias, el dominio total de la imaginación, son rasgos propicios a la perfecta milicia.

Los adversarios de Ignacio le reprochan lo que al parecer éste dijo al secretario Genelli: que no atendiera tanto a la bondad natural cuanto a la capacidad de los postulantes; pero se trata de un argumento subjetivo, porque podría significar que en la Compañía hacían falta en aquel momento hombres expertos a los que los ejercicios podrían renovar. Los ejercicios, unidos a la admiración, podrían suscitar el temor de verlos decaer, entre gente de mente mecánica, en una especie de entrenamiento en la contabilidad interior. Por otra parte, fueron los padres mismos de la Compañía quienes propusieron los remedios contra este peligro, siguiendo la estela de la escuela francesa del Oratorio. La santidad de Ignacio se advierte con certeza en sus cartas, donde se capta la alegría del don frecuentísimo de las lágrimas, y de la visión de Dios en forma esférica; en Manresa vio una sospechosa forma serpentina, agradable a la vista, después un objeto similar coloreado, ojoso, fúlgido, que le pareció diabólico.

DE LOS «EXERCICIOS SPIRITUALES PARA VENCER A SÍ MISMO
Y ORDENAR SU VIDA SIN DETERMINARSE
POR AFFECCIÓN ALGUNA QUE DESORDENADA SEA»

Presupuesto

Para que así el que da los ejercicios espirituales como el que los rescibe, más se ayuden y se aprovechen: se ha de presuponer, que todo buen cristiano ha de ser más prompto a salvar la proposición del próximo, que a condenarla; y si no la puede salvar, inquiera cómo la entiende, y si mal la

entiende, corríjale con amor; y si no basta, busque todos los medios convenientes para que, bien entendiéndola, se salve.¹

*Primera semana... Examen cotidiano y particular:
contiene tres tiempos y dos veces examinarse*

El primer tiempo es, que a la mañana luego en levantándose, debe el hombre proponer de guardarse con diligencia de aquel pecado particular o defecto, que se quiere corregir y enmendar.

El segundo, después de comer, pedir a Dios nuestro Señor lo que hombre quiere, es a saber, gracia para acordarse cuántas veces ha caído en aquel pecado particular o defecto,² y para se emendar adelante, y conseqüenter haga el primer examen demandando cuenta a su ánima de aquella cosa propósito y particular de la qual se quiere corregir y amendar, discurriendo de hora en hora o de tiempo en tiempo, comenzando desde la hora que se levantó hasta la hora y punto del examen presente; y haga en la primera línea de la g=³ tantos puntos quantos ha incurrido en aquel pecado particular o defecto; y después proponga de nuevo de emendarse hasta el segundo examen que hará.

El tercero tiempo, después de cenar, se hará el segundo examen asimismo de hora en hora, comenzando desde el primer examen hasta el segundo presente, y haga en la línea de la misma g= tantos puntos quantas veces ha incurrido en aquel particular pecado o defecto.

*Síguense cuatro addiciones para más presto
quitar aquel pecado o defecto particular*

Primera addición. La primera addición es que cada vez que el hombre cae en aquel pecado o defecto particular ponga la mano en el pecho,

1. Es graciosamente ambiguo: el sujeto puede ser el «próximo» o «la proposición».

2. En este examen se percibe el espíritu diagramático-tipográfico de la Edad moderna. Charles de Condren reaccionó aconsejando un examen no ya de los pecados, sino del bien omitido: «Sobre el mal uso de las disposiciones de las virtudes que Jesucristo nos ha dado, en el que se ha incurrido rechazando sus inspiraciones, impidiendo sus operaciones y sus movimientos» (Charles de Condren, *Ses lettres*, París, Guyot et Roïdot, 1857, pág. 305).

3. La G ha sido interpretada como inicial de «giorno» («día») o de «gula» (para indicar un vicio).

doliéndose de haber caído; lo que se puede hacer aun delante de muchos, sin que sientan lo que hace.⁴

Segunda [adicción]. La segunda: como la primera línea de la g= significa el primer examen, y la segunda línea el segundo examen, mire a la noche si hay enmienda de la primera línea a la segunda, es a saber, del primer examen al segundo.

Tercera [adicción]. La tercera: conferir el segundo día con el primero, es a saber, los dos exámenes del día presente, con los otros dos exámenes del día pasado y mirar si de un día para otro se ha enmendado.

Cuarta [adicción]. La cuarta adición: conferir una semana con otra, y mirar si se ha enmendado en la semana presente de la primera pasada.

Nota. Es de notar que la primera g= grande que se sigue significa el domingo; la segunda más pequeña el lunes; la tercera, el martes, y así conseqüenter.



Examen general de consciencia para limpiarse y para mejor se confesar

Presupongo ser tres pensamientos en mí, es a saber, uno proprio mío, el qual sale de mi mera libertad y querer; y otros dos que vienen de fuera, el uno que viene del buen espíritu y el otro del malo.

Del pensamiento

Hay dos maneras de merescer en el mal pensamiento que viene de fuera, verbigracia, viene un pensamiento de cometer un pecado mortal, al qual pensamiento resisto *impromptu* y queda vencido.

La segunda manera de merescer es, quando me viene aquel mismo mal pensamiento, y yo le resisto, y tórname a venir otra y otra vez, y yo siem-

4. San Francisco de Sales se llevaba la mano al pecho cada vez que se sentía tentado. Para los griegos, observó Galeno, la prueba de que el alma o πνεῦμα estaba en el pecho era el impulso de llevarse allí la mano al decir: «yo».

pre resisto, hasta que el pensamiento va vencido; y esta segunda manera es de más merescer que la primera.

Venialmente se peca, quando el mismo pensamiento de pecar mortalmente viene, y el hombre le da oído haciendo alguna mórula o rescibiendo alguna delectación sensual, o donde haya alguna negligencia en lanzar al tal pensamiento.

Hay dos maneras de pecar mortalmente: la primera es quando el hombre da consentimiento al mal pensamiento, para obrar luego así como ha consentido, o para poner en obra si pudiese.

La segunda manera de pecar mortalmente es quando se pone en acto aquel pecado; y es mayor por tres razones: la primera por mayor tiempo, la segunda por mayor intensidad, la tercera por mayor daño de las dos personas.

Primer ejercicio es meditación con las tres potencias sobre el primero, segundo y tercer pecado

Oración. La oración preparatoria es pedir gracia a Dios nuestro Señor, para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de su divina majestad.

Primer preámbulo. El primer preámbulo es composición viendo el lugar. Aquí es de notar que en la contemplación o meditación visible, así como contemplar a Christo nuestro Señor, el qual es visible, la composición será ver con la vista de la imaginación el lugar corpóreo donde se halla la cosa que quiero contemplar. Digo el lugar corpóreo, así como un templo o monte, donde se halla Jesu Christo o Nuestra Señora, según lo que quiero contemplar. En la invisible, como es aquí de los pecados, la composición será ver con la vista imaginativa y considerar mi ánima ser encarcerada en este cuerpo corruptible y todo el compósito en este valle, como desterrado entre brutos animales; digo todo el compósito de ánima y cuerpo.⁵

Segundo preámbulo. El segundo es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo. La demanda ha de ser según subiecta materia, es a saber, si

5. Walter J. Ong (en *The Barbarian Within*, Nueva York, 1962, págs. 242 y sigs.) observa que la secuencia de imágenes es en apariencia extravagante, la prisión del alma se debe ver como una jaula, que nos será de utilidad encontrándonos entre fieras. El cuerpo es una jaula que puede ser arrojada al exilio entre las fieras mudas, que son los *demás*, con los cuales no se comunica a causa de la jaula que de ellos lo protege. El cuerpo daña y tutela: la figura constituye un *mandala*.

la contemplación es de resurrección demandar gozo con Christo gozoso; si es de pasión, demandar pena, lágrimas y tormento con Christo atormentado. Aquí será demandar vergüenza y confusión de mí mismo, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal, y cuántas veces yo merecía ser condenado para siempre por mis tantos pecados.

Nota. Ante todas contemplaciones o meditaciones, se deben hacer siempre la oración preparatoria sin mudarse y los dos preámbulos ya dichos, algunas veces mudándose, según subiecta materia.

Primer punto. El primer punto será traer la memoria sobre el primer pecado, que fue de los ángeles, y luego sobre el mismo el entendimiento discurriendo, luego la voluntad, queriendo todo esto memorar y entender por más me envergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles tantos pecados míos; y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo le he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer reverencia y obediencia a su Criador y Señor, viniendo en superbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno; y así consequenter discurrir más en particular con el entendimiento, y consequenter moviendo más los afectos con la voluntad.

Segundo punto. El segundo: hacer otro tanto, es a saber, traer las tres potencias sobre el pecado de Adán y Eva...

Tercer punto. El tercero: asimismo hacer otro tanto sobre el tercero pecado particular de cada uno que por un pecado mortal es ido al infierno, y otros muchos sin cuento por menos pecados que yo he hecho. Digo hacer otro tanto... trayendo a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su Criador y Señor, discurrir con el entendimiento, cómo en el pecar y hacer contra la bondad infinita justamente ha sido condenado para siempre, y acabar con la voluntad como está dicho.

Coloquio. Imaginando a Christo nuestro Señor delante y puesto en cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Christo, lo que hago por Christo, lo que debo hacer por Christo, y así viéndole tal, y así colgado en la cruz, discurrir...

El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor; cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándose por algún mal hecho, cuándo comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas; y decir un *Pater noster*.

Segundo ejercicio es meditación de los pecados, y contiene en sí después de la oración preparatoria y dos preámbulos, cinco puntos y un coloquio

Primer punto. El primer punto es el processo de los pecados; es a saber, traer a la memoria todos los pecados de la vida, mirando de año en año o de tiempo en tiempo; para lo cual aprovechan tres cosas: la primera, mirar el lugar y la casa adonde he habitado; la segunda, la conversación que he tenido con otros; la tercera, el officio en que he vivido...

Tercer punto. El tercero: mirar quién soy yo... mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea; mirarme como una llaga y postema de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan turpíssima...

Quinto punto. El quinto: exclamación admirative con crecido afecto, discurriendo por todas las criaturas, cómo me han dexado en vida y conservado en ella; los ángeles como sean cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí; los santos cómo han sido en interceder y rogar por mí, y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales; y la tierra cómo no se abierto para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar en ellos.

Tercero ejercicio es repetición del primero y segundo ejercicio haciendo tres coloquios

Cuarto ejercicio es resumiendo este mismo tercero

Dixe resumiendo, porque el entendimiento sin divagar discurra assiduamente por la reminiscencia de las cosas contempladas en los ejercicios passados, y haciendo los mismos tres coloquios.

Quinto ejercicio es meditación del infierno; contiene en sí, después de la oración preparatoria y dos preámbulos, cinco puntos y un coloquio

Oración. La oración preparatoria sea la sólita.

Primer preámbulo. El primer preámbulo composición, que es aquí ver con la vista de la imaginación la longura, anchura y profundidad del infierno.

Segundo preámbulo. El segundo, demandar lo que quiero: será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padescen los dañados, para que

si del amor del Señor eterno me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.

Primer punto. El primer punto será ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos.

Segundo. El segundo: oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Christo nuestro Señor y contra todos sus santos.

Tercero. El tercero: oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas.

Cuarto. El cuarto: gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme de la consciencia.

Quinto. El quinto: tocar con el tacto, es a saber, cómo los fuegos tocan y abrazan las ánimas.

Coloquio. Haciendo un coloquio a Christo nuestro Señor, traer a la memoria las ánimas que están en el infierno, unas porque no creyeron el advenimiento; otras, creyendo, no obraron según sus mandamientos...

Sexta adición. La sexta: no querer pensar en cosas de placer ni alegría, como de gloria, resurrección, etc.; porque para sentir pena, dolor y lágrimas por nuestros peccados impide qualquier consideración de gozo y alegría; mas tener delante de mí quererme doler y sentir pena, trayendo más en memoria la muerte, el juicio.

Séptima adición. La séptima: privarme de toda claridad para el mismo effecto cerrando ventanas y puertas, el tiempo que estuviere en la cámara, si no fuere para rezar, leer y comer.

Octava adición. La octava: no reír ni decir cosa motiva a risa.⁶

Nona adición. La nona: refrenar la vista, excepto al rescibir o al despedir de la persona con quien hablare.

Décima adición. La décima adición es penitencia, la cual se divide en interna y externa.

6. Es ésta una adición esencial, pues el paraíso es motivo de risa, el infierno, de aflicción. San Ignacio, viéndose muy tentado, se venció con la disciplina, dándose por la noche tantos azotes cuantas veces se hubiese reído durante el día (*De vita et moribus Ignatii Loyolae*, V, 10). San Ambrosio explica el motivo de la supresión de toda hilaridad descompuesta: «Como crepitar de zarzas bajo la olla, así es el reír del necio» (Qo 7,6). Las zarzas al arder crepitan, se consumen rápidamente y no dan calor... la risa de los necios resuena sin gracia y quema sus propios cuerpos» (*Exhortatio virginitatis*, capítulo XI).

Cuarta semana... Tres modos de orar

La primera manera de orar es cerca de los diez mandamientos, y de los siete pecados mortales, de las tres potencias del ánima, y de los cinco sentidos corporales; la qual manera de orar es más dar forma, modo y ejercicios, cómo el ánima se aparece y aproveche en ellos, y para que la oración sea acepta, que no dar forma ni modo alguno de orar...

Para mejor conocer las faltas hechas en los pecados mortales, mírense sus contrarios, y así para mejor evitarlos proponga y procure la persona con sanctos ejercicios adquirir y tener las siete virtudes a ellos contrarias...

Nota. Quien quiere imitar en el uso de sus sentidos a Christo nuestro Señor, encomiéndose en la oración preparatoria a su divina majestad; y después de considerado en cada un sentido, diga un *Ave María* o un *Pater noster*.

El segundo modo de orar es que la persona, de rodillas o asentado, según la mayor disposición en que se halla y más devoción le acompaña, teniendo los ojos cerrados o hincados en un lugar sin andar con ellos variando, diga *Pater*, y esté en la consideración desta palabra tanto tiempo, quanto halla significaciones, comparaciones, gustos y consolación en consideraciones pertinentes a la tal palabra, y de la misma manera haga en cada palabra del *Pater noster*...

La segunda regla es que si la persona que contempla el *Pater noster* hallare en una palabra o en dos tan buena materia que pensar y gusto y consolación, no se cure pasar adelante, aunque se acabe la hora.

Tercer modo de orar será por compás⁷

El tercero modo de orar es que con cada un anhélito o resollo se ha de orar mentalmente diciendo una palabra del *Pater noster* o de otra oración que se rece, de manera que una sola palabra se diga entre un anhélito y otro, y mientras durare el tiempo de un anhélito a otro, se mire principalmente en la significación de la tal palabra, o en la persona a quien reza, o en la baxeza de sí mismo, o en la diferencia de tanta alteza a tanta baxeza propia; y por la misma forma y regla procederá en las otras palabras del *Pater noster*.

7. En la *Scala paradisi*, san Juan Clímaco aconsejaba: «Que cada respiración te recuerde a Jesús, y entonces tocarás con la mano las ventajas de la soledad» (peldaño XXVII, 185).

Reglas para en alguna manera sentir y cognoscer las varias mociones que en el ánima se causan... y son más propias para la primera semana

Primera regla. La primera regla: en las personas que van de peccado mortal en peccado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placeres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y peccados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las consciencias por el sindérese de la razón.

Segunda regla. La segunda: en las personas que van intensamente purgando sus peccados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo, es el contrario modo que en la primera regla; porque entonces proprio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y proprio del bueno dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante...

Décima regla. La décima: el que está en consolación piense cómo se habrá en la desolación que después vendrá, tomando nuevas fuerzas para entonces.

Reglas para el mismo efecto con mayor discreción de spíritus, y conducen más para la segunda semana

Segunda regla. La segunda: sólo es de Dios nuestro Señor dar consolación a la ánima sin causa precedente; porque es proprio del Criador entrar, salir, hacer moción en ella, trayéndola toda en amor de la su divina majestad. Digo sin causa, sin ningún previo sentimiento o conocimiento de algún objeto, por el qual venga la tal consolación mediante sus actos de entendimiento y voluntad...

Séptima regla. La séptima: en los que proceden de bien en mejor, el buen ángel toca a la tal ánima dulce, leve y suavemente, como gota de agua que entra en una esponja; y el malo toca agudamente y con sonido y inquietud, como quando la gota de agua cae sobre la piedra; y a los que proceden de mal en peor, tocan los sobredichos spíritus contrario modo; cuya causa es la disposición del ánima ser a los dichos ángeles contraria o símile; porque quando es contraria, entran con estrépito y con sentidos, perceptiblemente; y quando es símile, entra con silencio como en propria casa a puerta abierta.

Para sentir y entender escrúpulos y suasionés de nuestro enemigo, ayudan las notas siguientes

Quinta nota. La quinta: la ánima que desea aprovecharse en la vida espiritual, siempre debe proceder contrario modo que el enemigo procede, es a saber, si el enemigo quiere engrosar la ánima, procure de adelgazarse; asimismo si el enemigo procura de disminuirla para traerla en extremo, la ánima procure solidarse en el medio para en todo quietarse.

FRANCISCO DE OSUNA

Nació, tal vez en 1497, en Osuna, cerca de Sevilla. Siguió a su padre a África a la toma de Trípoli en 1511. Entró en la orden franciscana y estudió en Salamanca. Fue a Francia y a Flandes. Comenzó a publicar sus *Abecedarios* a partir del tercero (en 1527) y se completaron los seis en 1554, en Sevilla. Viajó a Francia enviado por su orden, pero su salud enfermiza le impidió ejercer nunca funciones importantes. Murió en 1540. Santa Teresa lo leyó y lo puso como fundamento de su obra; no existen, después de los siríacos, textos tan profundamente versados en el arte psicológico como el *Tercer abecedario espiritual*.

Escribió *Sanctuarium biblicum* (Toulouse, 1533); *Beatus venter, Pars meridionalis* (París, 1533); *Missus est* (Amberes, 1535); *Trilogium evangelicum* (Amberes, 1536; París, 1537); *Pars occidentalis* (Amberes, 1536); *Passio compassionis* (Venecia). Además de los seis abecedarios, en español: *Norte de los estados* (Sevilla, 1531); *Gracioso convite de las gracias del santo Sacramento* (Sevilla, 1530).

DEL «TERCER ABECEDARIO ESPIRITUAL»

[I, 1] Conozco, sin duda, que los justos tienen paraíso en esta vida y en la otra; así como los pecadores, si miras en ello, tienen infierno en esta vida y en la otra. Date a ti el mundo lo que buscas, y tu vanidad te da el gozo que deseas, y ¿piensas que Dios duerme y se hace el sordo? Como tú eres malo, piensas de Dios mal y reduces a pereza y flojedad el cuidado que sus siervos ponen en buscarlo, dejado todo vano negocio, y crees que al presente no hay más de lo que perece, y estas cosas comunes a todos. Conoce, según dice San Agustín, que Dios no es burlador, y que si no tuviese voluntad de nos sus-

tentar, no nos amonestaría tantas veces que nos llegásemos a él. Las cosas comunes están en la Iglesia para los comunes. Otras tiene Dios especiales para los especiales, y en estas comunes están otras cosas, y de otra manera las sienten los que más aman que no las sienten los otros. Finalmente, esta razón se concluye en que sepas ser posible y no muy dificultosa de haber en esta vida mortal la comunicación de Dios inmortal, más estrecha y amigable entre Dios y el ánima que no la hay entre un ángel y otro por altos que sean.

Esta comunicación de Dios no la puedes conocer, pues no la tienes sino mediante lo que acerca de ella habla la Sagrada Escritura, y, por ende, para mientes en lo que dice Dios nuestro Señor por Isaías: «Holgaos con Jerusalén y saltad de gozo los que la amáis; gozaos con gozo todos los que llorabais sobre ella» (Is 66,10)... En estas palabras muestra Dios el tierno amor que tiene al ánima; la cual es pacífica Jerusalén, donde Dios mora en paz de gran reposo; y es tanto el gozo de la tal amistad, que convida Dios a él a cosa de notable festividad; porque las fiestas que Dios en este mundo tiene no son otras sino gozarse con sus amigos.

La segunda razón es que, pues Dios no es aceptador de personas, esta comunicación no es a ti, ¡oh hombre quien quiera que seas!, menos posible que a los otros... Si dijese no poder ayunar, ni disciplinarte, ni traer áspera vestidura, ni trabajar, ni caminar, creeríamos; mas si dices que no puedes amar, no te creemos.

[I, 2] Disoluta y desatada está el ánima cuando suelta libremente sus pensamientos y memoria con una mala licencia que vayan por do quisieren; y cuando acaece que tornan, vienen ya cansados y muertos de hambre, trayendo engendrados nuevos deseos y codicias malas.

Mira bien en esto, que tú mismo confesarás ser verdad si paras mientes en tu vanidad y soltura, de la cual se te sigue una desconfianza de las cosas espirituales, que te parece que no las hay en el mundo, sino que es burla, y leer o ver que hablan y tratan de ellas te es fastidioso o cosa de juego. Esto todo te viene, si me crees, de la soltura o disolución o flojedad de los pensamientos y vagueación de tu memoria, porque, según dice el Sabio, «el que anda sencillo y no doblado, anda con confianza; mas el que destruye sus vías será manifiesto» (Pr 10,9). Mientras tuvieres más apartados de ti los cuidados y pensamientos, cosa clara es que estará más sencillo tu ánimo, y cosa experimentada es que tendrás más confianza de las cosas de Dios; empero, si destruyes tus vías, que son aquellas de las cuales dice Salomón al mancebo que ve andar por donde no debe: «Anda en las vías de tu corazón» (Pr 23,19). Estas vías se destruyen cuando no se usan, como los caminos acá

materiales se destruyen no usándose; empero, si se usan, hácese más anchos y muy claros. De esta manera es en las vías del corazón, las cuales tienes destruidas por no las haber usado, y así no es mucho que no sepas andar por ellas. Tórnate, tórnate a ellas, y anden siempre juntamente la persona y el espíritu. No seas como Caín, que se salió de la presencia de Dios y andaba fugitivo y vagabundo por la tierra (Gn 4,14)... Ese tu cuerpo es vestidura del ánima, el cual entonces tiene lepra vaga y volátil, cuando está lleno de fantasías e imaginaciones vagabundas, que desosiegen tu ánima, en pena de las cuales, si eres negligente en las desechar, permitirá Dios que sea quemado con el fuego de la mala codicia.

[3] Pues de esta flojura del corazón y rienda sin razón que tienes dada a tu pensamiento, se te sigue tanto mal y tanta falta de bien, muy bien sería que te esforzases a traer, según dice nuestra letra, contigo tu corazón; no te desapropies de la mejor joya que tienes, y si por la mala costumbre vieja están tus pensamientos tan derramados que no puedes, vuélvete a Dios, da queja de ti mismo demandando favor con fe, que luego serás oído, pues que de nuestro Señor Dios dice el profeta Isaías: «Alzará Dios una señal a las naciones y congregará los fugitivos de Israel, y recogerá de las cuatro partes de la tierra los derramados de Judá, y será quitado el odio de Efraín, y perecerán los enemigos de Judá» (Is 11,12-13). La señal que alza Dios a las interiores naciones e inclinaciones nuestras es aquel don gracioso de que hablamos en el principio de esta letra, la cual se da a los nuevos e incipientes que con fe y firme propósito de buscar a Dios la demandan. Por eso, hermano, si no la tienes, demándala al Señor, que de balde te la dará, para te provocar a que lo busques y vayas a Él; no te quejes que te falta la gracia, porque en verdad con más razón se podría ella quejar de ti que tú le faltas... Aquel cuidado y solicitud infuso que llamó Isaías señal para que se congregasen los fugitivos de Israel, que son los vagabundos pensamientos del que quiere aparejar su corazón al Señor; aquel cuidado dalo el Señor gracioso, sin precio, a los que se lo piden, como el pregonero que el primer gusto o trago y vez del vino que pregonada da de balde; empero, lo demás se ha de comprar...

Así como en este mundo mayor, que vemos, hay estas cuatro partes ya dichas, así en el mundo menor, que es el hombre, hay otras cuatro partes principales, de donde como de las otras vienen cuatro vientos o cuatro movimientos que mueven el mundo menor, y son cuatro pasiones principales que hay en cada uno de los hombres terrenos, que son gozo y tristeza, esperanza y temor... La causa por que el corazón está tan derramado en tantas afeciones y apetitos, y deseos y cogitaciones y cuidados, es por tener vivas estas cuatro pasiones. Por andar movidos estos cuatro vientos se causa en él tanta tem-

pesta y torbellino; de una parte, como de Oriente claro, viene el gozo; de otra, como de Poniente oscuro, viene la tristeza; de otra, como de Mediodía, viene la esperanza mundana; de otra, como de Septentrión, viene el temor. El corazón puesto en medio de cosas tan diversas, guerreando de cada parte, queriendo cumplir con cada uno de estos movimientos, pone cuidado y diligencia a todo, y así divide sus cuidados por todas las cuatro partes de la tierra de su pequeño mundo; así que se pueda de él decir aquello de Ezequiel: «Apareció sobre la tierra una rueda cerca de los animales que tenían cuatro faces» (Ez 1,15). Rueda se llama el corazón por el poco sosiego que tiene volviéndose y estando casi siempre en continua mutabilidad, y esta rueda, que es el corazón, se dice aparecer sobre la tierra, porque sobre el cielo otra cosa será. Y esta rueda tiene cuatro faces, que son las cuatro pasiones y movimientos principales que tenemos dicho, los cuales se llaman faces porque, según el que reina en el corazón, se demuda y muestra el rostro.

Esta rueda de cuatro faces se dice estar cerca de los animales, porque en estas cuatro pasiones comunicamos con los brutos animales... el Señor, mediante su don y gracia, [mitiga] estas cuatro pasiones y [da] fuerza contra ellas a las cuatro virtudes cardinales, a las cuales como adormidas la gracia despierta, y fortalece a la justicia contra el gozo, y a la prudencia contra la tristeza, y a la temperanza contra la esperanza, y a la fortaleza contra el temor. Y estando así por las virtudes reprimidas las pasiones, el corazón no se derrama a partes como solía, pues ya está quitada la ocasión. Y esto es recoger los dispersos... y habrá paz entre Efraín y Judá; esto es, entre el ánima y el cuerpo... Anden siempre juntamente la persona y el espíritu, porque de esta manera podrás sentir si están congregados los dispersos de Israel; y si no lo están, conoce que la primera piedra del edificio espiritual de tu ánima está por asentar.

[4] ...Aquella palabra espíritu quiere decir conciencia, y aquella palabra persona quiere decir sensualidad; y andar siempre juntamente se denota la conformidad y paz o sujeción que la sensualidad ha de tener...

[5] La concordia de estos dos hermanos... ha de ser de esta manera: que el menor sirva al mayor y esté a él obediente, y consienta ser castigado y reprehendido si errare...

Estos dos prójimos, que son la sensualidad y la razón, se figuran en el hombre que descendió de Jerusalén a Jericó,⁸ y cayó en manos de ladrones que lo llagaron hasta lo dejar casi muerto; y pasó por ahí un samaritano

8. Como ya antes [I, 3] sucediera con la interpretación de los vientos, también ésta de la parábola está calcada de Hildegarda de Bingen.

que, según dice el Señor, fue su verdadero prójimo; el cual lo puso en una bestia que llevaba, atadas sus llagas y echado en ellas vino y aceite, y lo encomendó a un mesonero que lo acabase de curar (Lc 10,30-35).

Este hombre tiene figura de la sensualidad, que, dejando la paz y sosiego que algunas veces tiene, desciende de aquella perfección y reposo donde estaba hecha casi espiritual, y desciende a Jericó; esto es, a la mutabilidad del estado, porque Jericó quiere decir luna mudable. Y no basta descender, mas cae en las manos de los demonios que más la incitan y provocan a mal, hinchéndola de malos hábitos y cualidades pésimas, como de llagas que le imponen, y déjanla casi muerta y vanse; porque los demonios no tientan más al hombre de hasta que ven que su misma mala costumbre basta para le quitar la esperanza de tornar a vivir en estado seguro; por que así sea el hombre más culpable siguiendo ya por sí solo los males. Y dice estar casi muerto o medio vivo, que es lo mismo, porque no pueden quitar los demonios del todo al hombre la libertad para salir del pecado cuando quisiere, mientras está en el camino de esta vida presente: entonces ha de venir el samaritano, que se dice haber sido prójimo de aqueste, el cual tiene figura de la razón, que no ha de faltar ni en las mayores angustias de tentaciones. Y que el samaritano la figure, parece por su declaración; ca quiere decir guarda, y es la razón que ha de guardar solícitamente a la sensualidad; y dicese que pasó por allí, porque no estando presente la razón, esto es, no consintiendo, se causan muchas veces a la sensualidad muchos insultos; o dicese pasar por allí cuando para mientes en las fatigas y tentaciones causadas en su sensualidad; pónelas sobre su bestia cuando las atribuye a su cuerpo carnal, que lleva consigo por el camino de esta vida; y echa aceite de misericordia compadeciéndose de los males, y vino que escuece en las llagas, cuando les pone penitencia, y viendo que esto no basta... encomiéndalo al mesonero, que es Cristo.

Sobre la guardia del corazón

[IV, 1] Los que moran en la región desierta de Dios, que son los vicios y pecados, nunca dicen basta, ni dan fin a sus maldades; mas antes en aquella región siempre hay hambre, y nunca se harta el mal deseo del corazón humano; porque así como, echando en algún vaso esquinado cosa que sea redonda y no esquinada, nunca el tal vaso se puede henchir, así el corazón del hombre, hecho al molde triangulado y esquinado de la Santísima Trinidad, no puede ser harto con los vicios, que son redondos, pues van rodando al

infierno. Hasta que el Padre ocupe el rincón de nuestra memoria, y el Hijo el de nuestro entendimiento, y el Espíritu Santo el de nuestra voluntad, no estará nuestro corazón satisfecho ni hartado, y para esto ha de morar nuestro corazón en tierra habitable, que es el ánima; y de aquí es que el corazón del sabio se dice estar en la parte diestra (Qo 10,2), y el del ignorante en la siniestra; y en otra parte se dice que Dios está a la diestra del pobre (Sal 109,31), no, sin duda, en otra parte sino en el corazón, que allí halla para lo enriquecer con su gracia, la cual no puede recibir el siniestro corazón, puesto en las vanidades y locuras desconcertadas; y por esto con este tal no habla nuestra letra, ni tampoco es dirigida a los hombres que tienen dos corazones, porque no es menor mal tener dos corazones que carecer de uno.

En las cosas que se impiden unas a otras, la pérdida es riqueza, porque más nace una que no muchas...

No lo deben traer [el corazón] a pie por tierra, sino levantarlo en alto sobre los hombros, que son los grandes ejercicios y altos deseos, para que así pongan su principado sobre sus hombros. De esta manera lo hacía David, cuando decía a Dios: «Tu siervo, Señor, ha hallado su corazón para orar a ti en esta oración» (2 S 7,27). Sobre esto dice la glosa: «Ninguna cosa hay más huidora que el corazón, el cual por la discreción se detiene». Señala David que halló su corazón para orar en esta oración, especialmente porque para darse el hombre a la oración, de que este tercero alfabeto trata, es cosa muy esencial ceñir y apretar y encarcelar el corazón y hacerle una jaula de perpetuo silencio, donde lo encerremos para evitar vagueaciones tuyas, según aquello del Sabio: «Guarda tu corazón con toda guarda, porque de él procede la vida» (Pr 4,23).

Donde se dice por qué nos es dado el gusto interior

[V, 4] Has, empero, de notar un aviso, y es que, cuando sintieres alguna gracia en tu ánima, por entonces no seas curioso en saber qué cosa es, ni por entonces estés escudriñándola; mas abre el corazón al don del Señor, alimpiándolo todo lo más que pudieres del polvo de la vagueación, y consiente a la gracia interior con toda su afección y entrañas, como quien, si menester fuere en ella, se echa a morir, sin temor de perder en ella la vida corporal; lo cual será muchas veces menester, según nuestra poquedad y el gran poder de Dios, mas no dudes de entrar en el profundo; aunque temas, no des lugar al temor, y si para pasar a la gracia hubieres de pasar por fuego, tampoco temas; ni temas aunque te parezca que es menester deshacerte del todo; cuanto más

te murieres y perecieres es mejor, porque entonces te hallarás mejorado en el ánimo, aunque desmayado en el cuerpo, y ponte a todo lo que te viniere en la oración interior, creyendo que no vendrá sino de la mano de Dios; y por entonces, como dije, no cures de saber qué cosas son aquellas que pasan por ti o que se obran en ti, sino confía; porque si esto no haces y quieres mirar y remirar, perderás la gracia que entonces obra, no queriendo, según se dice en los Cánticos (Ct 6,5), que pongas en ella tus ojos para conocerla, sino tus manos para la abrazar, y tu corazón para la amar, y tus oídos para obedecer y tu boca para la gustar, y tu cuerpo y tu ánimo para la recibir.

Ninguna de estas gracias que algo son viene al ánimo sin dejar muy grandes rastros de quién es, que permanecen en el ánimo a lo menos un día; y aquellas reliquias del hombre pacífico obran en el ánimo cosas diversas: unas veces causan un gran descanso y amor de soledad; otras alumbran el ingenio a entender y decir cosas grandes; otras veces causan tan gran alegría de corazón, que nunca cesa en el corazón la risa del Señor; otras veces abren para llorar las fuentes de los ojos que están proveídos de las fuentes del Salvador; otras veces despiertan el ánimo al nacimiento de las gracias; otras veces quitan la gana del comer e imprimen en el corazón la memoria de Dios y el menosprecio de las cosas perecederas; otras veces las reliquias de la gracia despiertan verdadero amor de los prójimos en el ánimo, que tan verdaderamente se goza el hombre de sus bienes como si propios fuesen, y se duele tanto de los males ajenos como si él los sufriese. ¿Para qué te diré más? Solamente sé decir que las virtudes que la diversa gracia causa en el ánimo cuando cesa de obrar tan abundantemente son tan verdaderas que, comparadas a las que en el otro tiempo sienten los hombres, parecen estas otras fingidas o muertas o pintadas en traza de carbón.

De varias tentaciones espirituales

[VII, 4] En contrapeso de los grandes bienes que los santos ángeles obran en nosotros, vienen por la parte contraria los demonios a nos dar guerra con todo su poder y astucia; la cual en lo natural es muy poco menos que la de los buenos ángeles...

A otros da también guerra haciéndoles entender que pecan en todo lo que hacen, mayormente cuando rezan el divino oficio a que son obligados, haciéndoles pensar que no lo hacen bien, ni lo pronuncian con el estudio e integridad que deberían; y que la *m* pronuncian por *n*, y que las primeras y últimas sílabas tampoco las declaran; y cuando dicen el segundo

salmo les dice el pensamiento que no han dicho el primero; y algunos hay tan livianos, que luego creen al ligero pensamiento, a los cuales conviene aquello del Sabio: «El que de presto cree es de liviano corazón» (Si 19,4).

Cuando dan los tales pensamientos vanos y escrúpulos más pena, es al tiempo de la misa; cuando hombre ha de consagrar, donde las palabras se han de pronunciar más llanamente y con reposo, es tan guerrero y penoso el demonio, que hace a muchos arremeter con la primera palabra y correr con las medias y silabar con la última; y no contento con esto, háceselas repetir muchas veces como si una no bastase; la cual reiteración tanto menos satisface cuanto más se repite aquí y en todas las otras oraciones, en las cuales si, según dice el Sabio, no debemos reiterar las palabras (Si 7,14), menos lo deberíamos hacer en aquellas cinco con que el Señor con sus cinco llagas viene a nuestras pecadoras y llagadas manos.

Otros son tentados por pronunciar muy por entero estas palabras, y por decir *hoc* dicen *hocque*, y por *est* dicen *este*, y así corrompen el latín y la sentencia.

Suele también el demonio casi imprimir en la imaginación de algunas devotas personas alguna cosa que parece y a él haber de ser muy penosa y contraria a su voluntad; la cual les conserva tan continuamente, que apenas se acuerdan de otra cosa ninguna; mas antes parece que siempre les ocurre aquello a la imaginación para les vedar que no piensen en otras cosas que sean buenas, o para les estorbar el recogimiento.

Da también el demonio guerra a otras personas inclinándoles la sensualidad con gran vehemencia, a otras personas con mal amor, en tal manera que nunca parece que tiene sosiego, sino que quiere ir a buscar a aquella persona cuyo amor siente en sí mal encendido, y apenas le da un rato de reposo, sino que siempre aquel mal amor le guerrea; empero, como esto no sea en la razón, sino en la sensualidad, siente la tal persona en sí otra vía: un aborrecimiento contra aquello que parece forzosamente desear, a lo cual está forçiblemente inclinada, y tanto es mayor esta guerra y da mayor tormento cuanto la razón más aborrece lo que en nosotros sentimos.

Como estos movimientos y esta guerra sea interior, no se puede así declarar, y aun apenas se puede entender, ni los tales son creídos de sus confesores o consejeros, antes les dicen que ellos buscan y quieren aquello como de verdad sea la cosa que más los atormente en el mundo; y si por una parte tienen amor y deseo de aquello, por otra sienten gran aborrecimiento a la tal cosa. Esta guerra interior que se causa por obra del demonio es tan recia y da tanta pasión y tormento, que hace al hombre más triste que la noche; y acontece ser tan sutil, que el mismo que la tiene no se entiende ni

se puede acabar de declarar a hombre que sea para haber algún remedio; empero, la mucha pena que sienten le es causa de ser penosa a otros, contándoles sus males para tener siquiera por entonces algún descanso.

[5] ...Según la diversidad de los humores predominantes y que más dominio tienen, suelen dar guerra la diversidad de los pensamientos; y también la mala complexión hace al hombre de pequeño e inquieto corazón; y los bien acompleccionados son mas pacíficos en la poca guerra de desvariados pensamientos, aunque la costumbre de los refrenar puede harto remediar al mal acompleccionado, y el descuidado dará guerra al que pensaba tener paz...

Desvergonzados pensamientos se trabaja el demonio de traer al que ora, aunque sea tan viejo que la naturaleza le niegue lo que el demonio le ofrece; y estos pensamientos son de tan lejos, que las cosas que el hombre hacía cuando era muy niño le trae a la memoria para le dar guerra con ellas; y si no puede con esto, trae pensamientos que jamás pudo el hombre imaginar; donde claramente se conoce ser traídos por arte del demonio, y esto es no poder el hombre entender la lengua, porque aún apenas se pueden hablar cosas tan malamente enredadas, y vienen como águila que ligeramente vuela con ímpetus tan recios que quieren derribar al hombre en el consentir, y tan ligeros y prestos, que no se puede hombre dar a manos; ni basta la solicitud de Abrahán (Gn 15,11) para echar del sacrificio de la oración aves tan prestas y dañosas...

Dice el patriarca Jacob para nos dar industria cómo hemos de vencer: «Gad batallará delante de él y Dan ceñirse ha atrás» (Gn 49,17-19). El linaje de Gad se dice que había de pelear delante del linaje de Dan, y que Gad se había de ceñir atrás; porque la voluntad se debe adelantar para que el entendimiento salga vencedor, y debe olvidar las cosas mundanas...

[6] En el cuerpo cría esta guerra de los malos pensamientos la disensión y el desconcierto, en que no se conforma la sensualidad con la razón; y en el ánima hace otro gran mal, no dejándola estar quieta y sosegada, para que así sea en paz del Señor poseída.

[IX, 6] Por tanto, más estudio debes tener en conservar lo de dentro que en evitar la muestra de fuera; y si no sabes o no puedes tener tal manera que apartes lo uno de lo otro, sino que a los grandes deseos de dentro correspondan grandes voces de fuera, no tomes pena por ello ni tengas fatiga porque, si de ello se escandalizaren algunos, serán los malos y no los buenos; y el escándalo no es dado, sino recibido, como el de los fariseos.

Onde, según esto, yo conocí a un religioso que sentía muchas veces crecer en su pecho gran devoción y cosas que lo convidaban mucho a que se

llegase a Dios; y creciendo aquella gracia que sentía, no la podía sufrir sin dar grandes gemidos; y como se afrentase por ser de todos oído y no poder encubrir lo que sentía, fue a hablar a un santo varón y díjole: «Si alguno sintiere dentro en sí algunas cosas que le hacen dar voces y gemidos, ¿sería bien evitarlas al principio, derramando el corazón para que no se mostrase de fuera?». A esto le respondió: «Dios se niega en secreto a los que se le niegan en público, y por no perder su secreta comunicación, no debemos estorbar lo que públicamente quisiere obrar en nosotros, para que en todo sea glorificado». Esto dijo uno que, puesto que de fuera mostraba muchas de las cosas ya dichas y no las podía evitar, mas también acontecía, según yo fui certificado, hallarlo en la cama arrobado, y comenzáronlo a amortajar pensando que estaba muerto; y desde que tornó en sí y se halló atados los muslos, dijo que así se los podían cortar sin que él sintiera alguna cosa. En todas las cosas dichas hay haz y envés, y se suele mezclar mucha hipocresía.

Otro modo de orar

[XIII, 4] Necesaria cosa es para dormir recoger el corazón y procurar el hombre algún sosiego en lo de fuera y en lo de dentro, en tal manera que los sentidos interiores y exteriores estén inmovibles, lo cual es aparejo para dormir; mas en la mano del hombre está ordenar este aparejo primero para orar que para dormir, porque así duerma de sueño espiritual y santo primero el ánima que no el cuerpo.

Es, empero, de notar que el sueño corporal y espiritual difieren entre sí en algunas cosas; porque el primero es una pasión suave que conforta y repara la naturaleza, revocando y atrayendo el calor natural de las cosas de fuera a las de dentro, cierra los caminos y vías de todos los sentidos con el humo grueso que sube del estómago indigesto, en el cual obra el calor natural que allí se retrujo, y entonces las virtudes animales del hombre huelgan cesando de obrar, y las virtudes naturales están más intensas y más radicadas en su operación que en el sueño es más fuerte.

Necesaria cosa es al cuerpo el sueño para sustentar la vida corporal, y al ánima del varón perfecto es también necesario el sueño espiritual para conservar la vida amorosa, que de Dios recibe con una suavidad quietativa que retrae el amor del corazón, para que vele y duerman los sentidos a toda criatura; y el humo causado de este calor, subiendo arriba por santo deseo y hacimiento de gracias, no cierra las vías, sino ensánchalas para que obren las virtudes del ánima y cesen las naturales. Y cuanto más cesan las unas y huel-

gan, tanto las otras obran más deleitable y verdaderamente por todo el hombre de dentro, que se conforta y repara soberanamente en tanto grado, que acaece pasarse algunas veces sin el sueño corporal, porque el espiritual lo suplió todo; o a lo menos, si había de dormir cuatro horas, satisfácese con una, y en despertando torna presto a la oración; lo cual no podrá hacer quien primero que durmiese no tuvo alguna. Y es cosa cierta y muy experimentada entre los que se dan al recogimiento, que cuanto más oración tuvieron antes del sueño tanto más presto tornan a ella cuando despiertan. Y aun acontece una cosa que apenas será creída, y es que antes del despertar torna el ánima a la oración, y esto es por una manera maravillosa, pues despierta el hombre por de dentro primero que por de fuera, y antes que del todo esté despierto se torna a la oración; y algunas veces acaece que está en su mano acabar de despertar o no, y esto porque el comenzar a despertar por de dentro es muy distinto del despertar en lo de fuera, y entonces está el ánima dentro en sí como el agua viva que está debajo del yelo muerto, o como el pollo que vive dentro en el huevo sin lo haber horadado, o como Jonás, profeta, que estaba en el vientre de la ballena y desde allí pudo orar al Señor.

Cómo comportarse cuando el alma está distraída

[XIV, 2] Así, cuando tú sintieres que tu ánima se desmanda en diversos y desconcertados pensamientos, no la escandalices más ni le des más aflicción, sino corrígela amorosamente con algunas breves palabras de amor, como si le dijese después que sientes la distracción de los pensamientos: «¿Dónde has ido volando, oh ánima mía? ¿Qué traes de allá do fuiste, sino tibieza? ¿No sabes que el Señor visita a los que están consigo mismos, y se aparta de los que se apartan de su corazón? No seas callejera; mas si quieres ser esposa del muy alto, has de ser muy encerrada, para que de aquí se presuma tu honestidad».

Con palabras semejantes que el hombre diga a su ánima le será suave según lo debe ser el hombre enseñado; y con una disimulación de las pasadas distracciones debe poner remedio en lo que se podrá seguir, quitando toda cosa que le es causa de se derramar, y esto con el mayor amor que pudiere, porque no hay cosa que más provoque a la cosa que buscamos que el amor que le tenemos.

Este ejercicio no se alcanza por fuerza, sino por maña; no hay cosa más mañosa que el amor, el cual debe ser como azote que hiera al trompo para que torne a avivar y no muera, sino que siempre ande. Trompo es

nuestra ánima, de sí misma inclinada a caer; mas el azote del amor la puede hacer tomar nuevas fuerzas, si la corregimos siempre con él, según dice nuestra letra; pues que siempre es defectuosa y se cansa presto de obrar en lo interior y secreto de su corazón, donde no debe dormir ni dormir el que guarda a Israel.

Buscar a Dios dentro de uno mismo

[XVIII, 1] Y el Señor dice: «Mirad que el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21). Si dentro de nos está, parece tardanza y rodeo salir fuera a buscar, apartándonos y distrayéndonos por las cosas de fuera, sino que, a ejemplo de la Magdalena, tornemos muchas veces al sepulcro del corazón, aunque se aparten los discípulos y las otras mujeres. Magdalena quiere decir magnífica, y es nuestra voluntad, que magnifica y engrandece a Dios. Ésta debe tornar muchas veces al sepulcro donde Cristo huelga después de los trabajos de la pasión, que es el corazón de aquel por quien murió. Los discípulos son nuestros cinco sentidos, que se apartan de este ejercicio, porque no lo alcanzan. Las mujeres son la imaginación y la fantasía y la memoria sensitiva, que no son menester. Quien más permanece es nuestra voluntad que, como otra Magdalena, suspira y espera hallar lo que perdió, y torna otra y otra vez al mismo lugar, que es el corazón, lo cual amonesta nuestra letra diciendo: «Torna mucho sobre tí en silencio y esperanza»...

[3] Para que uno torne sobre sí menester es que primero esté consigo, pues que se ha de hollar y hacer de sí escalón para tornar sobre sí; de manera que este tornar sobre sí añade sobre el recogimiento una operación redoblada del ánima, que allende de se recoger junta al recogimiento un mirar en ello, como quien está sobre el aviso y para mientes a lo que hace, no con distracción, sino con sola reflexión, porque en esta operación segunda no se quita el silencio, mas añádese un ver el hombre que calla, como quien calla adrede y con una forzosa porfía; ca esto quiere fuerza que se ha el hombre de hacer para arrebatar el reino de los cielos; y a las veces se hacen algunos tanta que les duele en gran manera la cabeza, y descende entonces una humedad a los ojos, o de la fatiga que la cabeza siente o de la represión de los espíritus vitales que de esto se debe causar.

Esto que hemos dicho no se puede sufrir largo tiempo sobre el recogimiento, y quiérese usar con discreción, porque en sintiendo crecer el dolor de cabeza debe hombre cesar y aflojar, contentándose con sólo el simple y sencillo recogimiento; y para remedio de esta fatiga no use de alguna

potencia del ánimo ni del sentido alguno, ni ponga atención a cosa que sea, sino permanezca algún tanto como en una calma quieta que esté el corazón como adormido; y de esta manera luego se remedia el dolor de cabeza que en la oración se causa.

¿Qué diremos de la gracia que en este doblado ejercicio se suele sentir, y en él se inflama la voluntad en tal manera que dentro en el pecho se siente un fuego tan apacible que decir no se puede? Fuego harto semejable a lo de acá, salvo que no da pena alguna, mas antes aplace tanto que desean siempre encender en él las entrañas y el corazón.

El entendimiento está con esto tan ilustrado y esclarecido como si tuviese la llave del saber consigo; empero este saber que tiene parece estar incluido y abreviado en una sola razón o palabra muy sentenciosa, ca este saber no es difuso, ni derrama el corazón, ni va por vía de revelación, ni visiones locas, sino que la inteligencia está de tal suerte esclarecida, que si entonces aquestos hablan de Dios o piensan en él o escriben de él, hablan de presto grandes verdades sin dificultad.

La memoria está serena sin se mover a cosas diversas, y junto con esto parece que le sería fácil acordarse de cualquier cosa si quisiese parar mientes en ella. En los pechos y a las veces en todo el hombre se siente cómo el mismo espíritu vital y las fuerzas del hombre se retraen a lo de dentro; y lo que más es, siéntese un henchimiento admirable con que el ánimo se ensancha como guante cuando soplan dentro; y especialmente los pechos han sentido algunos tan llenos, que los ven crecer más de lo que son para dar lugar a la gracia; y siendo ampliados no dan pena, antes mientras más se ensalzan más deleitan, porque la unción que reciben les hace dar de sí suavemente. A estas cosas no vienen los hombres ligeramente, ni las da tan presto el Señor; ca primero han de pasar muchos años de oración mental.

Sobre la humildad

[XIX, 1] Hay algunos que piensan ser humildad pequeñez de corazón, y la vil o apocada condición de los hombres que tienen pequeño marco, inclinados a poquedades. Otros piensan que es humildad la enferma presencia del cuerpo con palabras y gestos y vestido y obras de baja manera. Otros tienen por humildad la cobardía y el miedo que reina en algunos, no les dejando poner la mano a cosas mayores. Otros piensan que es humildad carecer hombre de habilidades o no querer usar de las que tiene, sino encubrirlas. No son aquestas cosas humildad ni tienen que ver con ella.

Por tanto, para que puedas barruntar la majestad de aquesta virtud, has de saber que la humildad y la magnanimidad son hermanas y compañeras tan queridas que no se halla la una sin la otra; son como dos alas con que la mujer, que es el ánima, vuela a Dios y a la soledumbre de la contemplación. Así como la pobreza del espíritu no para en el menosprecio de las cosas terrenas, sino en la riqueza de las cosas celestiales, así la humildad no para en el menosprecio de las honras, sino en la sublimidad de las cosas espirituales...

[2] Suelen decir los mal mirados que les quita Dios a ellos o a otros sus dones para los humillar; empero mejor dirían que se los quita para los confundir y abatir, porque han sido soberbios y negligentes; ca para humillar no suele Dios quitar dones, sino darlos. Conoce sin duda que de sí mismo sus dones son tales y tan buenos que de sí mismo humillan al hombre que no está dañado por algún vicio, como el buen vino, que adoba el vaso donde se echa; empero, si está muy dañado, el mismo vino se daña. Puesto que Dios aparte de nosotros algunas veces sus dones para nos abatir y confundir, permitiendo que nos acaezcan otras cosas que también nos confundan, si queremos tornar sobre nos y tener perfecta humildad, hemos de convertir la confusión y menosprecio en la misma humildad, haciéndonos de humillados humildes y de abatidos abatidores del menosprecio, no lo teniendo en nada; ni permitamos que por él se quebranten nuestros corazones, ni se derriben aunque estén bajos, ca mucha diferencia hay de estar caído a estar sentado; el abatido y confuso está caído, mas el humilde está sentado, haciendo estrado del despeñadero en que la persecución lo quería lanzar; y de esta manera se hace el peligro seguridad, ca el caído padece peligro y el sentado está seguro, obrando esto la perfecta humildad, que convierte el peligro en quietud y hace miel del hollín, como la abeja, la cual se dice que al tiempo de los grandes aires, que le suelen derribar, toma una pedrezuela entre los pies y vuela con ella por lo bajo, y cuando ve el recio aire, déjase caer, y dale favor la piedra, que es la humildad, con que el ánima se derriba como con pesilla que atrae el proprio conocimiento y bajeza nuestra.

Sobre los pensamientos carnales

[XX, 9] Allende de esto, has de saber que hay una manera de tentaciones carnales que vienen con torpes imaginaciones, y otras vienen sin ellas. Las primeras bien conocidas son, pues cada día atormentan a mu-

chos; ca el oficio del demonio es traerte a la memoria todos los males pasados, para te dar a entender que cuando hacías aquello eras su especial amigo, y que ya no lo quieres ver; empero pide que a lo menos le pagues con algún aplacimientoy buen gesto el favor que entonces te dio; y cuando teme que abiertamente no le darás audiencia, inspírate que te acuerdes dónde estará el ánima de fulana; y de uno en otro te hace pensar el placer que con ella hubiste, y cómo se pasaron en breve aquellos tiempos sin que gozases de ellos por entero; y en todo esto tiene ojo el demonio a ver si te ríes o suspiras o haces algún gesto en que pueda conocer la conclusión y determinación tuya.

Otras veces trae tan apeñuscadas y juntas las cosas, tan hecho el discurso y concluido lo que él quiere para nos lo presentar como cosa que habemos ya determinado, y tan sutilmente lo lanza en nuestra imaginación, que parece que juntamente sentimos y consentimos; y entonces nos espantamos de nosotros mismos; ¿quién nos cegó, cómo pudo ser cosa tan arrebatada, cómo nos pudo tomar a manos tan a deshora? Esta manera de tentar más resolutoria usa él con los que sabe que no admiten sus discursos, sino que luego sienten al principio su malicia y lo envían con una higa en los ojos; y por esto busca manera más breve para herir antes que sea sentido, haciendo como argumentador importuno que propone la razón y él mismo dice respondiendo por el otro antes que hable. Decís que si todo esto suele formar el demonio en nuestra memoria muy brevemente, y en tanto tiémenos enfuscados y embarazados con la imagen de lo que representa, haciendo a manera de lobo, que luego que es visto embaraza y torna como atónito al que lo ve, y por algún espacio tiene suspenso al que lo ve súbitamente.

El remedio de todas estas cosas es dejar llegar la razón, y que luego comience a detestar y tener en abominación toda deshonestidad, mirando hombre que es amigo y siervo leal de la Virgen sin mancilla, Señora de todos los castos, y que su bendito Hijo, Dios nuestro, vivió en la carne con limpieza para nos dar ejemplo; el cual aborrece más que el infierno todo deshonesto pensamiento y nos está mirando al corazón para ver si lo desechamos luego.

Si los torpes pensamientos y arte endiablado nos hacen creer que ya consentimos, bien es preguntarse hombre si cometería los tales delitos; y si ve que no, según el testimonio de su conciencia, señal es harto clara que no fue nada lo pasado, sino escarnio que nos quiso hacer el demonio.

El recogimiento del alma

[XXI, 5] Este no pensar nada es más que suena y que en ninguna manera se puede explicar lo que ello es porque Dios, a quien se ordena, es inexplicable; antes te digo que este no pensar nada es pensarlo todo, pues que entonces pensamos sin discurso en aquel que todo lo es por eminencia maravillosa; y el menor bien que tiene este no pensar nada de los varones recogidos es una atención muy sencilla y sutil a solo Dios... Acontece a los ejercitados tener tan sosegada la memoria y acallado el entendimiento que, estando con Dios gozando de su gracia, no piensan en lo que están ni en otra cosa alguna, sino que están como absortos y embebidos en aquello que sienten en su ánima; y esto puede venir de la mucha atención, como cuando con mucha reverencia estamos hablando con algún señor sin pensar con quién estamos...

[6] Para entender más cumplidamente aquesto has de notar que, así como en las cosas de fuera hay palabras y obras, así también las hay en las cosas de dentro; las palabras son los pensamientos o razones que formamos en nuestro corazón; y las obras interiores decimos ser una intensísima atención viva a solo Dios, y el amor que produce nuestra voluntad acerca de él y otros movimientos y aficiones del ánima, en las cuales se funda este ejercicio; y por esto no responde nuestro Señor en este negocio con palabras, sino con obras, viendo que de ellas solas hace caso el varón recogido, las cuales acallan su entendimiento haciéndolo tartamudo como el profeta, y tornándolo atónito por una manera de admiración, como la que tuvo la reina de Saba viendo la magnificencia de Salomón.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Nació en Alcántara de familia noble en 1499. Estudió filosofía en Salamanca y a los dieciséis años ingresó en la orden franciscana, convirtiéndose a los veinte en guardián del convento de Badajoz. En la *Vida*, santa Teresa dice de él que tenía el mundo bajo los pies gracias al fervor de sus penitencias; que durante cuarenta años no durmió más de hora y media por la noche, y no tendido, sino sentado, apoyando la cabeza en un madero clavado en la pared, sin resguardarse nunca del mal tiempo ni de la canícula; que comía cada tres días, cuando no ayunaba durante ocho seguidos; y a sus religiosos los conocía sólo por la voz. Reformó en 1550 su orden, y en 1561 dio consejo a santa Teresa para su reforma, animándola hasta en su lecho de muerte a complacerse en los obstáculos; murió en 1562.

DEL «TRATADO SOBRE LA ORACIÓN Y LA MEDITACIÓN»

[I, 12, 8] El último y más principal aviso sea que procuremos en este sancto exercicio de juntar en uno la meditación con la contemplación, haciendo de la una escalón para subir a la otra. Para lo cual es de saber que el officio de la meditación es considerar con estudio y atención las cosas divinas, discurriendo de unas en otras para mover nuestro corazón a algún afecto y sentimiento de ellas, que es como quien hiere un pedernal para sacar alguna centella dél.

Mas la contemplación es aver ya sacado esta centella, quiero dezir, aver ya hallado esse affecto y sentimiento que se buscava y estar con reposo y silencio gozando dél, no con muchos discursos y especulaciones del entendimiento, sino con una simple vista de la verdad. Por lo cual dize un sancto doctor que «la meditación discurre con trabajo y con fructo, mas la contemplación sin trabajo y con fructo; la una busca, la otra halla; la una rumia el manjar, la otra gusta; la una discurre y haze consideraciones, la otra se contenta con una simple vista de las cosas, porque tiene ya el amor y gusto de ellas; finalmente, la una es como medio, la otra como fin; la una como camino y movimiento y la otra como término de este camino y movimiento».

Como el fin de todo este negocio consista más en el amor y affectos de la voluntad, que en la speculation del entendimiento, quando ya la voluntad está presa y tomada de este affecto, devemos excusar todos los discursos y especulaciones del entendimiento, en quanto nos sea possible, para que nuestra ánima con todas sus fuerças se emplee en esto, sin derramarse por los actos de otras potencias.

Enciérrese dentro de su ánima donde está la imagen de Dios y allí esté attento a Él, como quien escucha al que habla de alguna torre alta o como que le tuviesse dentro de su corazón y como que en todo lo criado no oviesse otra cosa sino sola ella o solo Él. Y aun de sí misma y de lo que haze se avía de olvidar, porque, como dezía uno de aquellos padres, aquella es perfecta oración, donde el que está orando, no se acuerda que está orando.

Donde también es mucho de notar que así como nos conviene dexar la meditación por la affectión para subir de menos a más, así por el contrario a vezes convendrá dexar la affectión por la meditación, quando la affectión fuesse tan vehemente que se timiesse peligro a la salud perseverando en ella, como muchas vezes acaesce a los que sin este aviso se dan a estos exercicios

y los toman sin discreción, atraídos con la fuerza de la divina suavidad. Y en tal caso como éste dize un doctor que es buen remedio salir a algún affecto de compasión, meditando un poco en la pasión de Christo o en los pecados y miserias del mundo, para aliviar y desahogar el corazón.

FRAY ALONSO DE MADRID

No nos ha llegado ninguna noticia sobre él, salvo su ciudad de origen. Su libro *Arte de servir a Dios*, publicado en 1521, publicado de nuevo corregido en 1526, constituyó una de las lecturas fundamentales de santa Teresa. Un opúsculo suyo, *Espejo de ilustres personas*, fue publicado en 1525 y hace suponer que tuvo cura de almas entre los grandes de España.

DE «ARTE DE SERVIR A DIOS»

[I, 2] Quiere decir, dando regla universal, que cada y cuando quisiéremos hacer algo, nunca comencemos hasta poner los ojos en Dios; en la cual vista no nos contentemos hasta que sintamos aquel querer con gozo infinito que Dios tiene de nuestro bien obrar. Lo cual visto y sentido y conocido que Dios es dignísimo de ser obedecido y servido como tal y desta manera, entonces, como trabados de aquella su muy alta voluntad y querer, pongamos en obra lo que viéremos que debemos hacer, casi olvidados de todo nuestro bien.

Justo es, por cierto, que aquella soberana voluntad del Criador de todas las voluntades tenga tan gran preeminencia y señorío en todas las voluntades, que no solamente le obedezcan en cuanto mandare, pero que aun todo lo que hiciéremos sea casi olvidado de cumplir nuestro propio querer y de alcanzar nuestra gloria sino porque en uno y en otro esa muy alta voluntad de Dios se cumpla en todo sin otro respeto alguno. Y porque el pensamiento de tener grandes riquezas hace que se halle hombre burlado cuando siente la falta de ellas, será bien considerar, porque ninguno piense de sí más de lo que tiene.

Por no haber alcanzado ni aun sentido el sobredicho motivo, muchos han pensado que hacían grandes obras, y hallaron después ser bien pequeñas; porque muy bien se compadesce que alguna persona bien inclinada y apetitosa de grandes y verdaderos bienes, y que está en estado de gracia, conociendo la grandeza que está en amar a Dios, tenga deseo encendido de tener

este amor en perfección y que este su deseo no sea obra perfecta; porque puesto caso que el deseo sea de cosa perfecta, no empero aquella obra que es desear será perfecta si le falta el motivo perfecto, que es que nazca nuestro deseo de una gran voluntad que nos haga querer y desear el tal amor, porque Dios quiere que le tengamos para nuestro engrandecimiento que él mucho ama. Esto mismo que se ha dicho de aquel buen deseo se podría y debe traer para muchos que tienen gran celo de la salud de las ánimas y del bien de la república y comunidades adonde viven, y que tienen las bienaventuranzas que nuestro Redentor dice de hambre y sed de justicia y que lloran por los males que ven y sienten haber en el mundo; lo cual todo, aunque es bueno, pero puede ser de bajo metal y muy falto de perfección, como ya se platicó del sobredicho deseo del amor de Dios, y por eso debemos estar muy sobre aviso para mover actualmente la voluntad de todas las cosas ya dichas a obrar con el perfecto motivo que acabamos de platicar: y lo que se ha dicho de aquellas obras se debe entender y ejercitar en todos los movimientos, que son innumerables, que al alma se ofrescen, de cualquier calidad que sean, y aun también en cualquier tentación que resistamos; ca debemos tanto procurar que la voluntad de Dios reine en la nuestra, que ya ninguna cosa nazca de la nuestra sola, pero más enteramente de la de Dios, reinante en ella, como muchas veces se platicó... Bien me parece que será avisar que algunas veces se ofresce a los principios alguna tibieza en el que desta manera tan alta endereza sus obras por solo Dios, y podráse maravillarse viendo que tomando manera más alta siente menos devoción, como se podría maravillarse quien, llegándose al fuego, se resfriare más. Y porque es justo de proveer a esto, notemos que quien considere la causa dello verá ser necesario que nos venga esta tibieza, y que no por eso son de menos merecimiento nuestras obras.

Notaremos, pues, para declaración dello, que la causa de esa tibieza es porque dejando de obrar y amar por nuestro propio bien, como solíamos y es natural, y obrando por sólo amor de Dios, cuasi despedimos de nosotros la raíz, donde común y naturalmente nos nasce todo gozo, esto es, nuestro propio bien y descanso, y tomamos el bien ajeno, que es la gloria de Dios, por descanso y fin de nuestros trabajos. Lo cual es cosa sobrenatural y muy desacostumbrada, y por consiguiente esnos tan penoso hacer esta mudanza, que del gozo que está dicho nos viene la tal tibieza y frialdad, hasta que estemos muy acostumbrados a sentir y apreciar, amar y estimar mucho en más la voluntad y gloria de Dios que la nuestra, y a tenerla mucho más por nuestra que la propia nuestra, como cosa que mucho más amamos; lo cual, cuando bien tuviéremos, seremos llevados a la lumbre que no rescibe tibieza o frialdad, allende que nuestro merecimiento será muy mayor.

[II, 2] Cumple estar muy sobre aviso que al tiempo de inclinar la voluntad a querer la tal persecución no debemos ofrecer luego ante nuestros ojos esa persecución, forzándonos a quererla; porque aceptar voluntariamente la persecución, cuando está presente o muy reciente, sería muy dificultoso, si no fuéremos prevenidos de la unción del Espíritu Santo; pero hagamos desta manera, usando de arte o santa manera.

Acaesce sernos hecha alguna injuria sin razón y muy penosa, y veisnos puestos en aprieto de muerte; porque a la sensualidad en tal caso no le queda vida, la pobrecita de la razón no está tan señora como debería, y compadécese della como de hermana, aunque enemiga. El demonio, que no duerme, usa de la artillería de su poderosa maldad para encendernos en mayor sentimiento de la persecución; pues fiel es Dios, dice san Pablo, que no permitirá daros mayor encuentro del que pudiéredes sufrir sin caer (1 Co 10,13).

Pero cumple ahora ver lo que de nuestra parte podemos y debemos hacer en tal afrenta con ayuda de nuestro gran Dios, y es que, estando así la injuria presente o cercana, la olvidemos cuanto pudiéremos por algún brevecito espacio; y en ese mismo espacio, levantemos los ojos de nuestra consideración a pensar la riqueza infinita que se contiene en amar a Dios... y que en esta consideración inclinemos la voluntad a enamorarse de tan alto bien como es este amor; y estando así enamorados y codiciosos de tan gran riqueza, tornemos a inclinar la voluntad a la casi olvidada y presente persecución; y reputando ser tan necesaria, como dicho es, para alcanzar la riqueza del amor querámosla fuertemente por la libertad que tenemos de querer cualquier cosa.

[II, 9] De la tristeza o dolor diremos, de la misma manera, que ningún dolor ni tristeza consintamos que se detenga en el ánima, salvo del pecado. «De nullo nisi de peccato doleas», dice san Buenaventura. La razón es porque la tristeza es o debe ser por mal presente o bien perdido; y como ningún mal verdadero o bien perdido pueda ser sino por el pecado, de ninguna otra cosa nos debemos entristecer.

Y aun podemos decir, como se dijo hablando del gozo, que quien tiene tanto mal como el pecado de que haya dolor, cierto lo mira mal repartiéndolo sus fuerzas con dolor o tristeza de otra cosa, pues que no bastan todas sus fuerzas para dolerse cuanto debe de ese pecado.

Pero aun para despedir muy altamente todo dolor, debemos considerar y decir en cualquier trabajo que se nos ofreciere: «¿Para qué se me da a mí de mí, más de lo que Dios, mi Señor, quiere que se me dé; pues que yo no soy mío, sino suyo, y el que tiene cargo de lo suyo sabe lo que cum-

ple que le venga?»». Quiere decir que en todo lo penoso que nos acaesciere habemos de estar muy contentos, tanto cuanto durare, como de cosa que cumple a este hombre que es de Dios.

Y no dolernos dello más de lo que nos manda ese Dios, cuyos somos, que nos dolamos.

Y si preguntare alguno qué tanto manda Dios que nos dolamos, respondo que quiere tengamos tanto dolor cuanto nos es forzado sentir, según la fuerza del golpe; pero que nos gocemos de ese mismo dolor, tanto cuanto durare, como de cosa que viene de la mano de Dios; y que con ese gozo procuremos también de salir del dolor según el caso lo demandare, y en la manera que sabemos o pensamos que Dios quiere que lo procuremos, y porque él lo quiere. Porque de una manera cumple salir del trabajo de la enfermedad, porque para ello debemos procurar medicinas; y de otra del trabajo de la hambre, esto es, con vianda; y de otra del trabajo del frío, para lo cual se requiere vestidura; y de otra del trabajo del perseguidor, cuando por nuestras pocas fuerzas y virtud nos estorba de servir a Dios, para lo cual se requiere darse mucho a la virtud, para cobrar fuerzas con ella o huir del perseguidor, cuando más no bastare nuestra fuerza, con lo que más Dios alumbrare para ello.

[II, 7] Bien puede uno gozarse de los bienes que tiene por la merced de Dios, en cuanto de allí se conoce o espera algún servicio de Dios y provecho del ánima (que todo es uno, bien entendido); pero de otra manera es gozo vano y vanagloria, porque tomamos para nosotros la gloria que sólo a Dios se debe, o porque nos gloriamos en nosotros mismos de lo que nos deberíamos de gloriarnos en Dios.

Esta gloria, pues, no tomaría quien se aborreciese como ya se dijo.

Segundo punto. Siempre debe tener quienquiera por sospechoso, vano y no espiritual el gozo que tiene de las mercedes que Dios le hace cuando no se goza en la misma manera en la consideración de los bienes ajenos...

Tercer punto. En nuestra voluntad puso Dios nuestro Señor un poder con que se gozase de todo bien que tuviese, tanto cuanto conociese que era de Dios el tal bien y para servicio de ese Dios; y saliendo de este concierto dado de Dios, luego es alegría vana, quiere decir, alegría que sale del concierto que Dios quiere que tenga, la alegría con que nos gloriamos de las mercedes que dél recibimos y esto se llama vanagloria. Y muy peor vanagloria es la que recibe alguno del bien que no tiene, y muy peor si la recibe del mal que ha hecho.

SAN JUAN DE ÁVILA

Nació el 6 de enero de 1500 en Almodóvar del Campo, estudió derecho en Salamanca y después teología en Alcalá; recibió las órdenes en 1525. Fue retenido en la patria por el arzobispo de Sevilla cuando se disponía a partir en misión a las Américas. Convirtió a muchos, entre ellos a san Francisco de Borja; tuvo que soportar procesos inquisitoriales. Murió en 1569, el 10 de mayo, en Montilla.

DEL «EPISTOLARIO ESPIRITUAL»

Carta al maestro García Arias, predicador

[V] Cuando pensare la pasión, no se vaya el pensamiento muy lejos de sí a los lugares do acaeció lo que piensa; mas todo lo piense como sí dentro de sí mismo o a par de sí mismo acaeciése. Y no trabaje por llorar ni sentir pena, sino lo más sosegadamente que pudiera. Imagine, no con demasiada fuerza, el paso que quiere, y párese a mirar simplemente lo que el Señor pasaba, como si presente estuviera. Digo simplemente, porque no ha de curar de razones ni de mucho discurrir de pensamientos; mas, con una vista que dicen de inteligencias mirar al Señor, y las más veces sus pies, y considerarlo cómo estaba, esperando lo que allí le diere; porque este negocio todo es recibir los movimientos e influencias antes que vengan, los cuales «vanum est ante lucem surgere» (Sal 127,2). Y lo que entonces le fuere dado, agora sea compasión, agora amor, o dolor o temor de pecados, o edificación de costumbres, o lágrimas, etc., todo lo tome sin desechar nada; y si ninguna cosa, no se altere; mas, renunciándose en las manos del Señor, tenga por gran merced haber su Majestad consentido ante de su presencia un tan hediondo leproso, como él es, y con aquello se consuele. *Item*, si pensando en algunas cosas de las dichas sintiere que el ánima se deleita en dejar aquello y pensar en otro, debe seguir lo que el ánima quiere con libertad, con tal que no sea a cada viento, sino cuando sintiere que es llevada a otra cosa; que, si no, estése quedo, aunque no sienta devoción en lo que pensaba. *Item*, trabaje las más veces que pudiere recogerse dentro de su corazón todo el día, aunque ande en ocupaciones, y traiga a la memoria el paso de la pasión que aquel día le cabe de pensar; porque los que esto no hacen, hállanse muy indevotos cuando después tornan a la oración. Y por eso decían los santos Padres que debía el monje orar algunas

oraciones breves y frecuentes, para que no se apagase la oración. *Item*, porque hay algunos que no pueden entrar en el pensamiento de la pasión sino tarde y con mucha pena, es bien que sepa, por si fuese uno de éstos, que es muy buen remedio comenzar primero a leer algún libro devoto de la pasión, y leer aquel paso que entonces quiere pensar; y quédanse en la memoria las circunstancias de aquel paso y queda la voluntad algo movida. Querría que vuestra merced lo hiciese, y de los libros que para esto me parecen mejor es *Passio duorum* o la primera parte del *Abecedario espiritual*; probándolos verá cuál es mejor. *Item*, se debe ejercitar en los libros simples, que sean devotos y espirituales, así como *Vitas patrum* y Casiano, *De collationibus patrum* y *De octo vitiis*, sin el cual no esté. Otro es en gran manera bueno de Henrico Herpio, *De duodecim mortificationibus*. Y éstos bastan por agora... Lo que en su corazón pasa con Dios, cállelo con grande aviso, como debe callar la mujer casada lo que con su marido pasa en la cama, y no diga palabra por la cual le puedan tener en algo, mas en toda disimulación y llaneza conversará con sus prójimos, para que no les sea estorbos para la oración del Señor. Esaías dice: «Secretum meum mihi» (Is 24,16); y dice san Bernardo que lo ha de tener el siervo de Dios escrito en su celda o corazón. Esto está en la *Epistola ad fratres de monte Dei*, la cual lea, y, si quiere, también los *Cantares*. No descubrir su corazón es cosa que le ayudará para mucho sosiego.

*Carta a una doncella
que sentía mucha ausencia de nuestro Señor*

[XX] En trabajos os veréis muchas veces que, si con sentido humano los miráis, os parecerán ser señales de infierno y principio de él; y habéislos de sufrir con paciencia, y aun sin consolación, y aun sin sentimiento de confianza, para que sepáis qué cosa es padecer de verdad. Porque, mientras la confianza está fuerte, no hay cosa que mucho lastime; mas cuando Dios esconde su cara y no enseña favor al alma, sino desfavor, y siendo perseguida de sus enemigos no siente favor en su buen Amigo, entonces es el padecer duro y sabe a tormentos del infierno. No sentiréis entonces esperanza de escapar; mas contentaos con no desesperar, y séaos aquel desconuelo penitencia por vuestros pecados, con los cuales algún día os consolastes; y sírvaos ver a la clara qué es lo que vos podéis de vos; y justo es que quien peca amándose y pareciéndose bien, que lo pague descontentándose entrañablemente de sí; y quien en sí confía, que le muestren tan a su costa qué es

lo que puede. Por este fuego os conviene pasar, si queréis gozar del descanso. Esta guerra habéis de vencer para merecer la corona del cielo. Mirad que dice la divina Escritura: «Bienaventurado el varón que sufre la tentación, porque cuando fuere probado recibirá corona de vida la cual prometió Dios a los que le aman» (St 1,12). Si os agrada la corona, no os sea pesada la prueba, y no puede haber prueba sin tentación, y no os vendrá tentación que no pase por la mano de vuestro Padre Dios, midiéndola que sea conveniente para vuestro provecho y para vuestra flaqueza (1 Co 10,13).

LUIS DE GRANADA

Nació en Granada en 1505 e ingresó en la orden dominicana en 1524. Estudió en Valladolid. Fue director espiritual de la regente de Portugal y murió en Lisboa en 1588. En 1554 publicó el *Libro de oración y meditación*, y en 1556 la *Guía de pecadores*: en 1559 ambos fueron puestos en el Índice por la Inquisición. El primero ofrecía un método de oración fundado sobre el reparto de cierto número de temas para cada día de la semana.

DE «GUÍA DE PECADORES»

[I, 1, 11] ¡Oh si te abriese agora Dios los ojos para que vieses los tesoros, los regalos, las riquezas, la paz, la libertad, la tranquilidad, la luz, los deleites, los favores y los otros bienes que andan en compañía de la virtud en cuánto la preciarías, cuánto la desearías y con cuánto estudio y trabajo la buscarías! Mas todo esto está escondido de los ojos carnales; porque no mirando más que la corteza dura de la virtud, y no habiendo experimentado la suavidad interior della, paréceles que no hay en ella cosa que no sea áspera, triste y desabrida, y que no es moneda que corre en esta vida, sino en la otra; porque si algo tiene de bien, para el otro mundo es, no para éste. Por lo cual, filosofando según la carne, dicen que no quieren comprar esperanzas con peligros y aventurar lo presente por lo futuro. Esto dicen, escandalizados con la figura exterior de la virtud, porque no entienden que la filosofía de Cristo es semejante al mesmo Cristo, el cual, mostrando por de fuera imagen de hombre, y hombre tan humilde, dentro era Dios y Señor de todo lo criado. Por lo cual se dice de los fieles que están muertos al mundo, mas que su vida está escondida con Cristo en Dios. Porque así como la gloria de Cristo estaba desta manera escondida, así también lo está

la de todos los imitadores de su vida. Leemos que antiguamente hacían los hombres unas imágenes que llamaban silenos, las cuales por de fuera parecían muy viles y toscas, y dentro estaban muy ricamente labradas; de suerte que siendo la fealdad pública, la hermosura era secreta, y engañando con lo uno a los ojos de los ignorantes, con lo otro atraían a sí los de los sabios. Tal fue, por cierto, la vida de los Profetas; tal la de los Apóstoles, y tal la de los perfectos cristianos; como fue la del Señor de todos ellos...

Pues ¿qué quiere decir lo que responde Dios por el profeta Malaquías a las palabras y quejas de los malos, diciendo: «Convertíos a Mí y veréis la diferencia que hay entre el bueno y el malo, y entre el que sirve a Dios y [el que] no le sirve?» (Ml 3,18). De manera que no se contenta con la ventaja que habrá en la otra vida, de que más abajo trata, sino luego de presente dice: «Convertíos y veréis, etc.». Como si dijese: No quiero que esperéis por el tiempo de la otra vida para conocer esta ventaja, sino convertíos y luego entenderéis la diferencia que hay del bueno al malo, las riquezas del uno y la pobreza del otro, la alegría del uno y la tristeza del otro, la paz del uno y las guerras del otro, el contentamiento del uno y los descontentamientos del otro, la lumbre en que vive el uno y las tinieblas en que anda el otro; y veréis por experiencia cuánto más aventajado es este partido de lo que vosotros pensáis. Cuasi la misma respuesta da Dios a otros tales como éstos, los cuales, por esta misma persuasión y engaño, hacían burla de los buenos, diciendo por Isaías: «Declare Dios la grandeza de su poder y de su gloria haciéndoos grandes mercedes» (Is 66,5), para que por esta vía conozcamos la prosperidad y ventaja de los que sirven a Dios, a los que no le sirven. Y acabando de decir esto, y declarando luego los azotes y castigos grandes que a los malos estaban aparejados, trata luego de la alegría y prosperidad de los buenos...

Y cuando aquí hubieris llegado, verás claramente que todas aquellas cosas que antes te agradaban, no sólo no te agradarán, mas antes te causarán aborrecimiento y hastío. Porque después que aquella luz celestial ha tocado y esclarecido nuestros ojos, luego nace otra diversa y nueva faz a todas las cosas, con la cual se nos representan de otra muy diferente figura. Y así, lo que poco antes parecía dulce, agora te parecerá amargo, y lo que parecía amargo agora se hace dulce; y lo que antes espantaba agora contenta, y lo que antes parecía hermoso agora parece feo; aunque antes también lo era, sino que no se conocía. Desta manera, pues, se verifica la promesa de Cristo, el cual por los bienes temporales del cuerpo nos da bienes espirituales del ánima, y por los bienes que llaman de fortuna, nos da los bienes de gracia, que sin comparación son mayores y más poderosos para enriquecer y contentar el corazón del hombre.

[I, 2, 15] Así como el hombre que ha bebido mucho vino pierde el uso de los sentidos, y está por entonces como muerto con la fuerza del vino, así el hombre que está tomado deste vino celestial, viene a morir al mundo y a todos los gustos y sentidos desordenados de las cosas dél. *Item*: ¿qué quiso significar el mismo Profeta cuando dijo: «Bienaventurado el pueblo que sabe qué cosa es jubilación» (Sal 89,16)? Otros, por ventura, dijeran: «Bienaventurado el pueblo que es abastado y proveído de todas las cosas, y cercado de buenos muros y baluartes, y guardado con muy buena gente de guarnición». Mas el sancto Rey, que de todo esto sabía mucho, no dice sino que aquél es bienaventurado, que sabe por experiencia qué cosa sea alegrarse y gozarse en Dios, no con cualquier manera de gozo, sino con aquel que meresce nombre de jubilación; el cual, como dice san Gregorio, es un gozo del espíritu, tan grande, que ni se puede explicar con palabras, ni se deja de manifestar con muestras y obras exteriores. Pues bienaventurado el pueblo que así ha crecido y aprovechado en el gusto y amor de Dios, que sabe por experiencia qué cosa sea esta jubilación, la cual no alcanzó a saber ni el sabio Platón, ni Demóstenes el elocuente, sino el corazón puro y humilde donde mora Dios...

Porque entonces solemos decir que está un hombre embriagado, cuando es más el vino que ha bebido del que puede digerir su calor natural; por donde viene el vino a subirse a la cabeza y enseñorearse de tal manera dél, que ya no se rige por sí, sino por el vino que está en él. Pues si esto es así, dime: ¿qué tal estará un ánima cuando esté tan tomada deste vino celestial, cuando esté tan llena de Dios y de su amor, que no pueda ella con tan grande carga de deleites, ni baste toda su capacidad y virtud para sufrir tan grande felicidad? Así se escribe del sancto Efrén, que muchas veces era tan poderosamente arrebatado deste vino de la suavidad celestial, que no pudiendo ya la flaqueza del sujeto sufrir la grandeza destes deleites, es compelido a clamar a Dios, diciendo: «Señor, apartaos un poco de mí, porque no puede la flaqueza de mi cuerpo sufrir la grandeza de vuestros deleites».

[I, 2, 18] Porque has de saber que dentro de nuestra misma ánima hay estas dos diferentes mujeres, que son espíritu y carne, las cuales, por otros nombres, los teólogos llaman porción superior y inferior. Porción superior es aquella parte de nuestra ánima en que está la voluntad y la razón, que es la lumbré natural con que Dios nos crió, cuya hermosura y nobleza es tan grande, que por ella es el hombre imagen de Dios, capaz de Dios y hermano de los ángeles. Y ésta es la noble mujer con que casó Dios al hombre para que hiciese vida con ella, guiando todas sus cosas por su consejo,

que es por esta lumbre celestial. Mas en la porción inferior está el apetito sensitivo... que nos fue dado para apetecer las cosas necesarias a la vida y a la conservación de la especie humana, mas esto por la tasa y orden que por la razón le fuese puesta: así como el despensero, que compra de comer por la orden que demanda su señor. Pues este apetito es la esclava de que hablamos, que por carecer de lumbre de razón, no se hizo para guiar ni mandar, sino para ser guiada y mandada. Y siendo esto así, el malaventurado del hombre de tal manera viene a aficionarse y entregarse a los gustos y deseos desta mala mujer, que desamparando el consejo de la razón, por quien debiera guiarse, viene a regirse por ella, haciendo cuanto le dice, que es poniendo por obra todos sus malos deseos y apetitos...

Y lo que es peor y más intolerable es que, no contentos con esto, hacen a esta misma señora que sirva a esta tan mala esclava y que se desvele noche y día inventando y procurando todo lo que conviene para el gusto y contentamiento en trazar tantas invenciones y maneras de atavíos, de edificios tan curiosos, de potajes y guisados tan exquisitos, de aderezos de casa, y de tratos y negocios, para granjear todo lo que para esto se requiere, ¿qué es esto sino desquiciar el ánimo de los ejercicios espirituales de su propia nobleza y placer que sea esclava, cocinera y despensera de quien le fue dada por captiva?...

Por donde así como los encantadores suelen con algunas palabras encantar las serpientes para que no hagan mal a nadie, de manera que estando vivas no son ponzoñosas, y teniendo veneno no dañan con él, así también esta divina gracia de tal modo encanta estas ponzoñosas serpientes de nuestras pasiones, que estándose ellas vivas y enteras en el ser de naturaleza no lo están en la malicia de la ponzoña, pues no bastan, como antes hacían, para emponzoñar nuestra vida. Lo cual divinamente significó el profeta Isaías cuando dijo: «Alegrarse ha el niño de teta sobre los agujeros de la serpiente, y el que estuviere ya destetado meterá seguramente la mano en la cueva del basilisco. No harán mal ni matarán en todo mi santo monte, porque la tierra estará tan llena del conocimiento de Dios, como de las aguas del mar que la cubre» (Is 11,8-9). Pues claro está que no habla aquí el Profeta de las serpientes materiales, sino de las espirituales, que son nuestras pasiones y malas inclinaciones que, cuando se desmandan, bastan para emponzoñar el mundo. Ni tampoco habla de niños corporales, sino espirituales, entre los cuales se llama niño de teta el que comienza a servir a Dios, que aún ha menester leche para criarse, y destetado el que está ya más aprovechado, que puede andar por su pie y comer pan con corteza. Pues tratando de los unos y de los otros, dice de los primeros que se alegrarán de ver cómo estando en compañía destas espirituales ser-

pientes, por virtud de la divina gracia no recibirán dellas daño mortal, consintiendo en el pecado; mas de los postreros, que están ya destetados y adelantados en el camino de Dios, dice que meterán la mano en la cueva del basilisco; esto es, que los guardará Dios, aun entre mayores peligros, porque en ellos se cumplirá aquella promesa del salmo que dice: «Sobre la serpiente y basilisco andarás, y pondrás los pies sobre el león y el dragón» (Sal 91,13).

[II, 2, 15] Pues la imaginación... es una de las potencias de nuestra ánima que más desmandadas quedaron por el pecado y menos sujetas a la razón; de donde nasce que muchas veces se nos va de casa como esclavo fugitivo, sin licencias y primero ha dado una vuelta al mundo que echemos de ver adónde está. Es también una potencia muy apetitosa y codiciosa de pensar todo cuanto se le pone delante, a manera de los perros golosos, que todo lo andan probando y trastornando, y en todo quieren meter el hocico, y aunque a veces los azoten y echen a palos, siempre se vuelven al regosto. Es también una potencia muy libre y muy cerrera, como una bestia salvaje que se anda de otero en otero, sin querer sufrir sueltas ni cabestro, ni dueño que la gobierne. Y, demás de tener ella de suyo estas malas mañas, hay algunos que acrescientan su malicia con negligencia, tratándola como a un hijo regalado, al cual dejan discurrir por todas cuantas cosas quiere, sin contradicción; de donde nasce que después, cuando la quieren quietar en la consideración de las cosas divinas, no les obedece, por el mal hábito que tiene cobrado. Por lo cual conviene que, entendidas las malas mañas desta bestia, le acortemos los pasos y la atemos a un pesebre, que es a la consideración sola de las cosas buenas o necesarias, poniéndole perpetuo silencio en lo demás. De suerte que así como atamos arriba la lengua para que no hablase sino palabras buenas o necesarias, así también atemos la imaginación a buenos y santos pensamientos, cerrando la puerta a todos los otros. Para lo cual conviene que haya de nuestra parte grande discreción y vigilancia para examinar cuáles pensamientos debemos admitir y cuáles desechar, para que a los unos recibamos como amigos y a los otros desechemos como a enemigos. Porque los que en esto son desproveídos, muchas veces dejan entrar en su ánima cosas que le quitan no solamente la devoción y el fervor de la caridad, sino también la misma caridad, en que está la vida del ánima. Durmióse la portera del rey Isboseth, que estaba limpiando el trigo a la puerta de su recámara, y entraron dos ladrones famosos y cortaron la cabeza al rey. Desta manera, pues, cuando se duerme la discreción, que tiene por oficio escoger y apartar la paja del grano, que es el buen pensamiento del malo, entran tales pensamientos en el ánima, que muchas veces le quitan la vida.

MIGUEL SERVET

Nació en 1511 en Villanueva de Sigena (Huesca); su padre se llamaba Hernando Villanueva y era notario, pero los orígenes, tanto de la familia, como del apellido Servet, son confusos. Estudió jurisprudencia en Zaragoza y Toulouse, se convirtió en protegido del confesor de Carlos V, Juan de Quintañá, y estuvo en la coronación de Bolonia. Tras abandonar a su protector, vivió en las ciudades protestantes de Basilea y Estrasburgo, publicando en 1531 en Hagenau *De Trinitatis erroribus*, dedicado al rey de Aragón.

En Lyon llegó a ser íntimo de Sinforiano Champer, médico y cabalista, y por él fue iniciado en la práctica médica, para la que se preparó siguiendo los cursos de la Sorbona y sucediendo a Vesalio como asistente de Günther; escribió un tratado sobre los jarabes, descubrió la circulación pulmonar y aplicó la astrología sanitaria. En Lovaina estudió el hebreo y las Sagradas Escrituras. Practicó la medicina con éxito junto al obispo de Vienne, admirador suyo, pero empezó a mantener correspondencia con Calvino, al cual envió sus libros teológicos, recibiendo de él una respuesta desabrida y una intimación.

Fue un personaje del círculo de Calvino quien denunció a Servet cuando éste hizo imprimir sus obras, y la Inquisición lo detuvo. Consiguió huir gracias a secretas complicidades, pero cuatro años más tarde, al pasar por Ginebra, fue reconocido en una iglesia y detenido. El 27 de octubre de 1553, el tribunal calvinista lo hizo quemar, con sentencia análoga a la pronunciada entre tanto por los católicos de Vienne. No existiendo ninguna ley ginebrina suficiente para motivar la sentencia, el ministerio público había declarado que, como jurista, Servet debía estar informado de las normas de Justiniano. Calvino lo acusaba de gnosticismo, de haber «hecho la Divinidad hasta tal punto común a todas las criaturas, que ésta es leño en el leño y piedra en la piedra», de haber convertido el Espíritu Santo en una amalgama de esencia divina y creada, y sobre todo de haber afirmado que existe una porción de divinidad también en la corporeidad, hasta el punto de que la sustancia de Dios en el seno de la Virgen se habría convertido en carne.

DE «LOS ERRORES SOBRE LA TRINIDAD»

[1] Afirmando que la carne es generada naturalmente, pero el Espíritu no, y me parece que es mero sueño y grave abuso decir que el Verbo genera. La cosa será manifiesta por poco que se reflexione sobre el hecho de que

se dice que el Espíritu Santo es *essentia de essentia*, esencia de esencia, pero no se dice en absoluto que sea la esencia la que genera, en vez del demiurgo. De otro modo, habría podido tener una esposa espiritual, o ser macho y hembra a la vez, o hermafrodita, padre y madre al mismo tiempo, y esto es inadmisibles por la razón intrínseca que el vocablo comporta, que es como decir padre sin madre.

En el tiempo de la Ley se decía que el ángel entraba y salía del hombre, y que permanecía en los profetas, pero Dios habita en nosotros a través del Enmanuel, según está escrito: «Habitaré en ellos» (Ez 37,27), y gracias a Cristo nos hacemos cielo. Los ángeles estaban en el lugar de Dios para los judíos; en efecto, Dios habla indistintamente de sí y de los ángeles diciendo: «Hagamos a Adán como uno de nosotros» (Gn 1,26), y el ángel decía: «Yo soy Dios», porque el Dios invisible que a nosotros nos es manifestado a través de Cristo, a ellos se les manifestaba a través de los ángeles, o mejor, a través de ellos se escondía, cubierto de angélica piel, como de una cortina; no existe ahora un ángel que nos diga: «Yo soy Dios», porque todos son ministros de Cristo, y como símbolo de Cristo eran llamados dioses; lo demostraré brevemente. Cristo, en efecto, es el verdadero Dios cuya divinidad tenía en los ángeles su sombra y no su verdad. Digo, pues, que el mismo Dios es nuestro espíritu que habita en nosotros; que éste sea el Espíritu Santo en nosotros lo indica el Apóstol cuando dice: «El Espíritu de Dios en nosotros» (Rm 8,9), porque Dios dijo: «Habitaré en ellos»; y quien nos desprecia desprecia a Dios, y quien miente al Espíritu Santo no miente a los hombres, sino a Dios. Con eso atestiguamos que existe en nuestro espíritu cierta energía latente eficaz, un entendimiento celeste y un algo de divino escondido, pues cuando quiere espira, oigo su voz, «pero no sé de dónde viene ni adónde va, y así es todo el que nace del espíritu» (Jn 3,8).

[3] Pedro, al decir: «Pues también Cristo sufrió una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios; muerto en la carne, pero vivificado por el Espíritu» (1 P 3,18), manifiestamente se refiere (al capítulo sobre el diluvio) del Génesis, y el rabino Moisés el egipcio, en el libro de los dudosos, capítulo primero, parágrafo 28, concuerda con Pedro, al contar de qué modo la generación se rebeló en tiempos del diluvio. Y en la Sabiduría (10,5) se dice «cuando se levantaron las naciones». Y Pedro muestra aquí la eterna virtud del Espíritu, y cómo Cristo, que fue un tiempo Salvador «por medio del agua», ahora lo es por medio del bautismo... En la epístola siguiente, Pedro dice que Noé era

heraldo de justicia... [Mercurio con el] caduceo, es decir, el embajador del tiempo de guerra, y así Cristo anunció la guerra a los espíritus rebeldes: «Y predicó a los espíritus encarcelados» (1 P 3,19).

«Vio Dios que todo pensamiento del corazón estaba vuelto al mal», dice el Génesis (6,5), y Pablo afirma que contra los demonios bulle la lucha para volver los pensamientos de los hombres en obsequio a Cristo. Y el sentido es que Cristo habló a los espíritus que estaban en la cárcel (ἐν φυλακῇ), es decir, que estaban encerrados en una cárcel espiritual, o a aquellos cuyos espíritus estaban en la cárcel; de modo esquemático y enfático, la palabra «espíritu» alude a lo que eran llamados los ángeles [Dios]. El espíritu maligno (Ef 2,2) es el que obra contra los hijos prófugos, rebeldes y fugitivos, y Valla observa que φύλαξ es guardia nocturna, cuando vienen los ladrones, los hombres duermen y los espíritus inmundos dominan. Así, en el Apocalipsis (8) se menciona tanto a los espíritus como al φύλαξ. Esos míseros ángeles, pues, dormían en la oscura noche, y el día los cogió de improviso como un ladrón, y tanto Cristo como Pedro dan a entender que el cataclismo nocturno irrumpió sobre ellos, y este mismo nombre es nuestra cárcel de espíritus y es también Cristo tal como lo vio Juan en el Apocalipsis (4). Ahí es la voz de muchas aguas de la que se habla en Ezequiel (1,24). Así, «querubín», según los judíos, se interpretaba como «fingido» o «figurado», o bien «pintura» o «figura», y los ángeles figuran la imagen de Cristo, y tanto los querubines como los serafines son ángeles heraldos de la gloria de Cristo (Is 6,3; Lc 2,14; Ap 4,8), y Moisés pintó todas las cosas acerca de la imagen y el modelo de Cristo que había visto en Dios (Hch 7,44; Hb 8,5). En efecto, el modelo del que se habla en el Éxodo (25,9) es Elohim Cristo, que allí fue visto, y David vio sobre los querubines (2 S 22) esta imagen de Cristo, cuyo modelo y cuya semejanza refirió a su hijo Salomón (1 Cr 28), es decir, el modelo y la semejanza de todas las cosas que había visto en el Espíritu... Todo lo que está en la Ley es sombra del cuerpo de Cristo, y éste es figurado a través de los ángeles, porque a menudo los ángeles son llamados dioses cuando, hablando con propiedad, dioses son Dios Padre y el Señor Jesucristo, y la gloria de Dios que tiene su sede sobre los querubines es el mismo Jesucristo. Existe una contradicción en lo que se ha dicho: ¿cómo es que Dios dijo: «Mi Espíritu en el hombre», si los hombres eran conducidos por espíritus malignos? Se replica que el espíritu del hombre tiene siempre sobre sí, o el espíritu de Dios, o el espíritu del Diablo, y aun cuando estemos en poder del espíritu maligno, el espíritu de Dios siempre nos amonesta de cuando en cuando, no obstante, y viéndonos incorregibles

dice: «No contendará mi espíritu en el hombre, porque es carne» (Gn 6,3). Y en hebreo esto suena: no juzgará, no litigaré mi espíritu en el hombre... Dios creó por virtud de Jesucristo su Hijo todas las cosas, y esto es como decir que todo fue creado por mí o por virtud mía, porque una cosa es decir que Cristo creó algo, y otra decir que fue creado por virtud de Cristo... por virtud arcana de su Verbo. En efecto, puedes decir hecho por virtud tuya lo que un tiempo fue hecho por virtud de tu espíritu, si es que el espíritu precedió en ti a la carne. Considera ahora que tal espíritu está en ti y que cierto espíritu maligno estaba en Simón el Mago, cuando decía que por su virtud habían sido creados los siglos... En efecto, si en ti, pongamos por caso, estuviesen, como en Cristo, la virtud del Verbo y el Espíritu eterno, hablando según el espíritu podrías afirmar que tú estabas allí [en la creación], porque la carne no es nada y tú recuerdas todas las cosas y viste la creación de las cosas cara a cara, presente ante ti, dentro de ti, y podrías decir que por virtud tuya fueron creados los siglos, es decir, por medio de la palabra de la virtud misma que está en ti. Y esto entendió el Apóstol en el primer capítulo A los Hebreos; en efecto, lo mismo que habló de la creación, añadió también acerca del gobierno y de la moderación que acontecen por virtud de Cristo, y así las cosas creadas son gobernadas por su virtud y poder; y puesto que el verbo que había en el principio era la misma virtud de Cristo, por eso se dice que está contigo el principio en el día de tu virtud; no por nada llama Pablo a Cristo, entre otras cosas, virtud de Dios.

Una vez conocida la virtud de Dios en Cristo, por medio de la cual podemos decir que fueron creados los siglos, verificaremos también lo que afirmó al decir que tenía la potestad de entregar el alma y de reanimarla después, ya que, al estar mezclada la divinidad con el hombre, toda potestad paterna está en mí y es mía, y por eso tengo potestad de hacerlo todo, y la virtud de la divinidad que me resucitó del sepulcro es mía, y por eso tengo la virtud y el poder de entregar y de reanimar el alma. El Padre concedió al Hijo tener vida en sí mismo, y tiene potestad de vida y de muerte, pero una vez muerto, ya no soy yo el que me resucito, sino que es el Padre el que me resucita. Debes darte cuenta de que no pocas veces, sino a menudo y más que a menudo, se lee en la Escritura que el Padre lo resucitó. Por lo cual la proposición según la cual él se resucitó resulta rebuscada... Algunos niegan que el Padre esté en el hombre, pero cuando yo digo «Hijo» pretendo decir «la carne», no digo que Aquel que estaba en el Hijo padeció, sino que fue el mismo Hijo el que padeció. Lo mismo que es pasión de la carne el nacer, así es pasión de la carne ser flagelada, morir y resurgir, cosas que no atañen

al espíritu: el alma no muere, sino que es la carne la que muere. El poder de las tinieblas en el silencio de la noche dio muerte a los primogénitos de Egipto, y allí también φύλαξ equivale a vela nocturna (Ex 12,42). Observa cómo las palabras de Cristo se entienden con lo dicho sobre Noé, y cómo concuerdan las palabras de Pedro. Censura él a los espíritus porque no vigilaban como Cristo había enseñado a hacer, y a los espíritus que dormían en la guardia nocturna, semejante a un rayo repentino, no les da tiempo de despertarse; y hubo también otras circunstancias que indujeron a Pedro a hablar de espíritus, a saber, el modo de expresarse de la letra del Génesis: «Hirió toda alma, quitó de en medio todo espíritu» (Gn 7,21-22), conmovido de dolor al ver las imaginaciones de ellos vueltas al mal. Y pronunció la sentencia con su Espíritu diciendo: «Exterminaré su espíritu» (Gn 7,4). Se dice propiamente que el hombre duerme cuando le es quitado el espíritu, y con mayor propiedad aún se suele decir cuando ello sucede por ahogamiento, cuando el agua apaga el aliento en la garganta, y así se cumplió la sentencia divina contra los espíritus. Así en los espíritus estaba el sopor nocturno de la guardia, φύλαξ... De ahí aprendemos que el espíritu dominador de toda carne es fortísimo cuando no pensamos, sino que dormimos, y entonces él obra en el espíritu, lo cual se ajusta muy bien a nuestros tiempos; en efecto, todos duermen [en la guardia nocturna], ἐν φυλακῇ, no sin razón nos lo repiten Cristo y Pedro; ¿qué vemos hoy sobre la superficie de la tierra, sino a los hijos de Elohim, los hijos de los magnates, los pastores adúlteros de la Iglesia, todos llevados a vanos pensamientos que, como comen y beben y atienden a la lujuria, no hay quien busque a Cristo, y no obstante dicen que no pueden errar?

SANTA TERESA DE JESÚS

Nació de la familia de Cepeda, en Ávila, el 28 de marzo de 1515. De niña le gustaban las novelas de caballería, pero los libros de devoción la fascinaron inmediatamente después. Fue un poco vana en la adolescencia, pero a los 18 años ingresó por vocación clara e irresistible en el monasterio carmelita. La vida conventual se le hizo, tras algún tiempo, tediosa; la oración, mecánica, imposible, hasta que en 1554 tuvo el primer éxtasis ante una imagen de Cristo ensangrentado. Guiada por su director jesuita, comenzó con flagelaciones y cilicios una labor de discernimiento que garantizara la índole no diabólica de sus éxtasis. Las visiones no cesaron y ella llegó hasta sentirse traspasada por angélicos dardos de fuego.

Afligida por la Reforma, quiso poner remedio reconduciendo el Carmelo a sus orígenes, obtuvo una bula papal de aprobación y fundó el primer monasterio de carmelitas descalzas en 1562; los jergones debían ser de paja, la carne estaba prohibida, todo sustento debía provenir de las limosnas. No obstante, tuvo que esperar en el convento de las calzadas, acusada y perseguida, hasta la llegada de una bula de Pío V que le permitía unirse a las hermanas de la orden reformada. Los éxtasis continuaron, y ella empezó a escribir su *Vida*; animó la fundación de conventos masculinos, sembró de conventos femeninos España, viajando y afrontando incomodidades. La oposición de la orden calzada fue tan violenta que llegó a hacerla encarcelar como culpable de haber sobrepasado los límites de las autorizaciones pontificias; tampoco las descalzas aceptaron sin rebeliones las austeridades. Murió el 4 de octubre de 1582.

En 1588 fueron publicadas sus obras; su edición estuvo a cargo de Fray Luis de León.

DEL «CASTILLO INTERIOR»

Moradas primeras

[I, 1, 1] [Se me ofreció] considerar nuestra alma como un castillo todo de un diamante u muy claro cristal, adonde hay muchos aposentos, así como en el cielo hay muchas moradas (Jn 14,2).

Que si bien lo consideramos, hermanas, no es otra cosa el alma del justo sino un paraíso adonde dice Él tiene sus deleites (Pr 8,31). Pues, ¿qué tal os parece que será el aposento adonde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes se deleita? No hallo yo cosa con que comparar la gran hermosura de un alma y la gran capacidad, y verdaderamente apenas deven llegar nuestros entendimientos —por agudos que fuesen— a comprehenderla, así como no pueden llegar a considerar a Dios, pues Él mismo dice que nos crió a su imagen y semejanza (Gn 1,26).

Pues si esto es, como lo es, no hay para qué nos cansar en querer comprehender la hermosura de este castillo, porque puesto que hay la diferencia de él a Dios que del Criador a la criatura, pues es criatura...

[6] Decíame poco ha un gran letrado que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía u tollido, que aunque tiene pies y manos, no los puede mandar. Que así son, que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que

pueden entrar dentro de sí; porque ya la costumbre la tiene tal de haver siempre tratado con las savandijas y bestias que están en el cerco del castillo, que ya casi está hecha como ellas, y con ser de natural tan rica y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio. Y si estas almas no procuran entender y remediar su gran miseria, quedarse han hechas estatuas de sal por no volver la cabeza hacia sí, así como lo quedó la mujer de Lod por volverla (*Gn* 19,26).

[7] Porque a cuanto yo puedo entender, la puerta para entrar en este castillo es la oración y consideración; no digo más mental que vocal, que como sea oración ha de ser con consideración. Porque la que no advierte con quién habla y lo que pide y quién es quien pide y a quién, no la llamo yo oración, aunque mucho menee los labrios. Porque aunque algunas veces sí será aunque no lleve este cuidado —mas es habiéndole llevado otras—, mas quien tuviese de costumbre hablar con la majestad de Dios como hablaría con su esclavo, que ni mira si dice mal, sino lo que se le viene a la boca y tiene deprendido por hacerlo otras veces, no la tengo por oración, ni plega a Dios que ningún cristiano la tenga de esta suerte. Que entre vosotras, hermanas, espero en Su Majestad no la habrá, por la costumbre que hay de tratar de cosas interiores, que es harto bueno para no caer en semejante bestialidad.

[8] Pues no hablemos con estas almas tullidas, que si no viene el mesmo Señor a mandarlas se levanten, como al que había treinta años que estava en la piscina (*Jn* 5,5), tienen mala ventura y gran peligro, sino con otras almas que en fin entran en el castillo. Porque aunque están muy metidas en el mundo, tienen buenos deseos y alguna vez —aunque de tarde en tarde— se encomiendan a nuestro Señor y consideran quién son, aunque no muy despacio. Alguna vez en un mes rezan llenos de mil negocios, el pensamiento casi lo ordinario en esto, porque están tan asidos a ellos, que como adonde está su tesoro se va allá el corazón (*Mt* 6,21), ponen por sí algunas veces de desocuparse, y es gran cosa el propio conocimiento y ver que no van bien para atinar a la puerta. En fin, entran en las primeras piezas de las bajas; mas entran con ellos tantas savandijas, que ni le dejan ver la hermosura del castillo ni sosegar; harto hacen de haver entrado.

[I, 2, 5] Oí una vez a un hombre espiritual, que no se espantava de cosas que hiciese uno que está en pecado mortal, sino de lo que no hacía.

Dios por su misericordia nos libre de tan gran mal, que no hay cosa mientras vivimos que merezca este nombre de mal, sino ésta, pues acarrea males eternos para sin fin. Esto es, hijas, de lo que hemos de andar teme-

rosas y lo que hemos de pedir a Dios en nuestras oraciones; porque si Él no guarda la ciudad, en vano trabajaremos (Sal 127,1-2), pues somos la misma vanidad.

Decía aquella persona que había sacado dos cosas de la merced que Dios le hizo: la una, un temor grandísimo de ofenderle, y así siempre le andava suplicando no la dejase caer, viendo tan terribles daños; la segunda, un espejo para la humildad, mirando cómo cosa buena que hagamos no viene su principio de nosotros, sino de esta fuente adonde está plantado este árbol de nuestras almas y de este sol que da calor a nuestras obras. Dice que se le representó esto tan claro que en haciendo alguna cosa buena u viéndola hacer, acudíe a su principio y entendía cómo sin esta ayuda no podíamos nada; y de aquí le procedía ir luego a alabar a Dios y lo más ordinario no se acordar de sí en cosa buena que hiciese...

[8] ...No havéis de entender estas moradas una en pos de otra como cosa en hilada, sino poned los ojos en el centro, que es la pieza u palacio adonde está el rey, y considerad como un palmito, que para llegar a lo que es de comer tiene muchas coberturas, que todo lo sabroso cercan. Ansí, acá, en rededor de esta pieza están muchas y encima lo mesmo; porque las cosas del alma siempre se han de considerar con plenitud y anchura y grandeza, pues no le levantan nada, que capaz es de mucho más que podremos considerar, y a todas partes de ella se comunica este sol que está en este palacio.

Esto importa mucho a cualquier alma que tenga oración, poca u mucha, que no la arrincone ni apriete. Déjela andar por estas moradas arriba y abajo y a los lados; pues Dios la dió tan gran dignidad, no se estruje en estar mucho tiempo en una estancia sola...

...La humildad siempre labra como la abeja en la colmena la miel, que sin esto todo va perdido; mas consideremos que la abeja no deja de salir a volar para traer flores. Ansí el alma en el propio conocimiento; créame y vuele algunas veces a considerar la grandeza y majestad de su Dios. Aquí hallará su bajeza mejor que en sí mesma y más libre de las savandijas adonde entran en las primeras piezas, que es el propio conocimiento...

[10] ...Metidos siempre en la miseria de nuestra tierra, nunca el corriente saldrá de cieno de temores, de pusilaminidad y corvadía, de mirar si me miran, no me miran, si yendo por este camino me sucederá mal, si osaré comenzar aquella obra, si será soberbia, si es bien que una persona tan miserable trate de cosa tan alta como la oración, si me ternán por mejor, si no voy por el camino de todos, que no son buenos los extremos, aunque sea en virtud, que como soy tan pecadora será caer de más alto, quizá no iré adelante y haré daño a los buenos, que una como yo no ha menester particularidades.

[11] ¡Oh, váleme Dios, hijas, qué de almas deve el demonio de haver hecho perder mucho por aquí!, que todo esto les parece humildad y otras muchas cosas que pudiera decir, y viene de no acabar de entendernos; tuerce el propio conocimiento, y si nunca salimos de nosotros mismos, no me espanto, que esto y más se puede temer. Por eso digo, hijas, que pongamos los ojos en Cristo nuestro bien y allí deprenderemos la verdadera humildad, y en sus santos, y ennoblecerse ha el entendimiento —como he dicho— y no hará el propio conocimiento ratero y covarde; que aunque ésta es la primera morada, es muy rica, y de tan grande precio que si se descabulle de las savandijas de ella no se quedará sin pasar adelante.

Moradas segundas

[II, 7] ...No son éstas las moradas adonde se llueve la maná; están más adelante adonde todo sabe a lo que quiere un alma, porque no quiere sino lo que quiere Dios.

Es cosa donosa, que aun nos estamos con mil embarazos y imperfecciones, y las virtudes que aun no saben andar, sino que ha poco que comenzaron a nacer —y aun plega a Dios estén comenzadas—, ¿y no havemos vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades? Nunca os acaezca, hermanas; abrazaos con la cruz que vuestro Esposo llevó sobre sí y entended que ésta ha de ser vuestra empresa; la que más pudiere padecer, que padezca más por Él y será la mejor librada. Lo demás, como cosa acesoria, si os lo diere el Señor, dadle muchas gracias.

[8] Pareceros ha que para los trabajos exteriores bien determinadas estáis, con que os regale Dios en lo interior. Su Majestad sabe mejor lo que nos conviene; no hay para qué le aconsejar lo que nos ha de dar, que nos puede con razón decir que no sabemos lo que pedimos (Mt 20,22)...

[9] ...Cuando no viésemos en otra cosa nuestra miseria y el gran daño que nos hace andar derramados, sino en esta batería que se pasa para tornarnos a recoger, bastava.

Terceras moradas

[III, 1, 1] A los que por la misericordia de Dios han vencido estos combates y con la perseverancia entrado a las terceras moradas, ¿qué les diremos sino «bienaventurado el varón que teme a el Señor» (Sal 112,1)?...

[2] Harto gran miseria es vivir en vida que siempre hemos de andar como los que tienen los enemigos a la puerta, que ni pueden dormir ni comer sin armas y siempre con sobresalto si por alguna parte pueden desportillar esta fortaleza. ¡Oh Señor mío y Bien mío!, ¿cómo queréis que se desee vida tan miserable?; que no es posible dejar de querer y pedir nos saquéis de ella, si no es con esperanza de perderla por Vos u gastarla muy de veras en vuestro servicio, y sobre todo entender que es vuestra voluntad. Si lo es, Dios mío, muramos con Vos, como dijo santo Tomás (Jn 11,16), que no es otra cosa sino morir muchas veces vivir sin Vos, y con estos temores de que puede ser posible perderos para siempre.

Cuartas moradas

[IV, 1, 3] En estas moradas pocas veces entran las cosas ponzoñosas, y si entran no hacen daño, antes dejan con ganancia. Y tengo por muy mejor cuando entran y dan guerra en este estado de oración; porque podría el demonio engañar a vueltas de los gustos que da Dios, si no hubiese tentaciones, y hacer mucho más daño que cuando las hay, y no ganar tanto el alma —por lo menos apartando todas las cosas que la han de hacer merecer— y dejarla en un embevecimiento ordinario, que cuando lo es en un ser no le tengo por seguro, ni me parece posible estar en un ser el espíritu del Señor en este destierro.

[IV, 1, 7] Sólo quiero que estéis advertidas que para aprovechar mucho en este camino y subir a las moradas que deseamos, no está la cosa en pensar mucho, sino en amar mucho, y así lo que más os despertare a amar, eso haced.

Quizá no sabemos qué es amar, y no me espantaré mucho; porque no está en el mayor gusto, sino en la mayor determinación de desear contentar en todo a Dios y procurar en cuanto pudiéremos no le ofender, y rogarle que vaya siempre adelante la honra y gloria de su Hijo y el aumento de la Iglesia católica. Éstas son las señales del amor, y no penséis que está la cosa en no pensar otra cosa, y que si os devirtís un poco, va todo perdido.

[8] Yo he andado en esto de esta baraúnda del pensamiento bien apretada algunas veces, y habrá poco más de cuatro años que vine a entender por experiencia que el pensamiento u imaginación, porque mejor se entienda, no es el entendimiento, y preguntélo a un letrado y díjome que era así,

que no fue para mí poco contento. Porque como el entendimiento es una de las potencias del alma, hacíase me recia cosa estar tan tortolito a veces, y lo ordinario vuela el pensamiento de presto, que sólo Dios puede atarle cuando nos ata ansí, de manera que parece estamos en alguna manera desatados de este cuerpo. Yo vía —a mi parecer— las potencias del alma empleadas en Dios y estar recogidas con Él, y por otra parte el pensamiento alborotado traíame tonta.

[9] ¡Oh, Señor, tomad en cuenta lo mucho que pasamos en este camino por falta de saber! Y es el mal, que como no pensamos que hay que saber más de pensar en Vos, aun no sabemos preguntar a los que saben ni entendemos qué hay que preguntar, y pásanse terribles trabajos, porque no nos entendemos; y lo que no es malo, sino bueno, pensamos que es mucha culpa. De aquí proceden las afliciones de mucha gente que trata de oración y el quejarse de trabajos interiores (a lo menos mucha parte en gente que no tiene letras), y vienen las melancolías, y a perder la salud, y aun a dejarlo del todo, porque no consideran que hay un mundo interior acá dentro.

Y ansí como no podemos tener el movimiento del cielo, sino que anda apriesa, con toda velocidad, tampoco podemos tener nuestro pensamiento, y luego metemos todas las potencias del alma con él y nos parece que estamos perdidas y gastado mal el tiempo que estamos delante de Dios; y estáse el alma por ventura toda junta con Él en las moradas muy cercanas, y el pensamiento en el arrabal del castillo, padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer. Y ansí, ni nos ha de turbar ni lo hemos de dejar, que es lo que pretende el demonio; y por la mayor parte, todas las inquietudes y trabajos vienen de este no nos entender.

[10] Escribiendo esto estoy considerando lo que pasa en mi cabeza del gran ruido de ella, que dije al principio, por donde se me hizo casi imposible poder hacer lo que me mandavan de escribir. No parece sino que están en ella muchos ríos caudalosos y por otra parte que estas aguas se despeñan, muchos pajarillos y silbos, y no en los oídos, sino en lo superior de la cabeza, adonde dicen que está lo superior del alma; y yo estuve en esto harto tiempo, por parecer que el movimiento grande del espíritu hacia arriba subía con velocidad. Plega a Dios que se me acuerde en las moradas de adelante decir la causa de esto, que aquí no viene bien, y no será mucho que haya querido el Señor darme este mal de cabeza para entenderlo mejor; porque con toda esta baraúnda de ella, no me estorba a la oración ni a lo que estoy diciendo, sino que el alma se está muy entera en su quietud y amor y deseos y claro conocimiento.

[11] Pues si en lo superior de la cabeza está lo superior del alma, ¿cómo no la turba? Eso no lo sé yo; mas sé que es verdad lo que digo.

Pena da cuando no es la oración con suspensión, que entonces hasta que se pasa no se siente ningún mal; mas harto mal fuera si por este impedimento lo dejara yo todo. Y así no es bien que por los pensamientos nos turbemos ni se nos dé nada, que si los pone el demonio, cesará con esto; y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán, con otras muchas, tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios.

[12] ...Conozcamos nuestra miseria y deseemos ir adonde naide nos menosprecia; que algunas veces me acuerdo haver oído esto que dice la Esposa en los Cantares (Ct 8,1).

[IV, 2, 3] Estos dos pilones se hinchen de agua de diferentes maneras, el uno viene de más lejos por muchos arcaduces y artificio; el otro está hecho en el mismo nacimiento y del agua y vase hinchendo sin nengún ruido; y si es el manantial caudaloso, como éste de que hablamos, después de henchido este pilón procede un gran arroyo; ni es menester artificio ni se acaba el edificio de los arcaduces, sino siempre está procediendo agua de allí.

[4] Es la diferencia que la que viene por arcaduces es —a mi parecer— los contentos que tengo dicho que se sacan con la meditación, porque los traemos con los pensamientos ayudándonos de las criaturas en la meditación y cansando el entendimiento; y como viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido cuando ha de haver algún hinchimiento de provechos que hace en el alma, como queda dicho.

Esotra fuente viene el agua de su mismo nacimiento, que es Dios; y así como Su Majestad quiere, cuando es servido hacer alguna merced sobrenatural, produce con grandísima paz y quietud y suavidad de lo muy interior de nosotros mismos, y no sé hacia dónde ni cómo, ni aquel contento y deleite se siente como los de acá en el corazón —digo en su principio, que después todo lo hinche—, vase revertiendo esta agua por todas las moradas y potencias hasta llegar a el cuerpo, que por eso dije que comienza de Dios y acaba en nosotros; que cierto, como verá quien lo huviere provado, todo el hombre exterior goza de este gusto y suavidad.

[5] Estaba yo ahora mirando escribiendo esto, que en el verso que dije: «Dilataste cor meun» (Sal 119,32), dice que se ensanchó el corazón, y no me parece que es cosa —como digo— que su nacimiento es del corazón, sino de otra parte aún más interior, como una cosa profunda. Pienso que debe ser el centro del alma...

[6] ...Como comienza a producir aquella agua celestial de este manantial que digo de lo profundo de nosotros, parece que se va dilatando y ensanchando todo nuestro interior y produciendo unos bienes que no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender qué es lo que se le da allí. Entiende una fragancia —digamos ahora— como si en aquel hondón interior estuviese un brasero adonde se echasen olorosos perfumes; ni se ve la lumbre ni dónde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun hartas veces —como he dicho— participa el cuerpo.

Mirad, entendedme, que ni se siente calor ni se huele olor, que más delicada cosa es que estas cosas, sino para dároslo a entender.

[IV, 3, 2] Dicen que el alma se entra dentro de sí, y otras veces que sube sobre sí. Por este lenguaje no sabré yo aclarar nada, que esto tengo malo, que por el que yo lo sé decir, pienso que me havéis de entender, y quizá será sola para mí.

Hagamos cuenta que estos sentidos y potencias, que ya he dicho que son la gente de este castillo —que es lo que he tomado para saber decir algo—, que se han ido fuera y andan con gente extraña, enemiga del bien de este castillo, días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando a él, aunque no acaban de estar dentro —porque esta costumbre es recia cosa—, sino no son ya traidores y andan alrededor. Visto ya el gran Rey, que está en la morada deste castillo, su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar a Él, y como buen pastor, con un silbo tan suave que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen a su morada, y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desamparan las cosas exteriores en que estaban enajenados...

[3] Y no penséis que es por el entendimiento adquirido, procurando pensar dentro de sí a Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí. Bueno es esto y excelente manera de meditación, porque se funda sobre verdad, que lo es estar Dios dentro de nosotros mismos; mas no es esto, que cada uno lo puede hacer —con el favor del Señor, se entiende todo—, mas lo que digo es en diferente manera, y que algunas veces, antes que se comienza a pensar en Dios, ya esta gente está en el castillo, que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fue por los oídos —que no se oye nada—, mas siéntese notablemente un encogimiento suave a lo interior...

[8] Lo que entiendo que más conviene que ha de hacer el alma, que ha querido el Señor meter a esta morada, es lo dicho, y que sin ninguna fuerza ni ruido procure atajar el discurrir del entendimiento, mas no el suspenderle, ni el pensamiento; sino que es bien que se acuerde que está

delante de Dios y quién es este Dios. Si lo mismo que siente en sí le embeviere, enhorabuena; mas no procure entender lo que es, porque es dado a la voluntad; déjela gozar sin ninguna industria más de algunas palabras amorosas, que aunque no procuremos aquí estar sin pensar nada, se está muchas veces, aunque muy breve tiempo...

[11] De un peligro os quiero avisar —aunque os lo he dicho en otra parte—, en que he visto caer a personas de oración... y es que algunas, de la mucha penitencia y oración y vigiliias —y aun sin esto, sonse flacas de complesión—, en tiniendo algún regalo, sujétales el natural, y como sienten contento alguno interior, y caimiento en lo exterior y una flaquedad, cuando hay un sueño que llaman espiritual, que es un poco más de lo que queda dicho, paréceles que es lo uno como lo otro y déjanse embevecen. Y mientras más se dejan, se embevecen más, porque se enflaquece más el natural, y en su seso les parece arrobamiento. Y llámole yo abovamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí y gastando su salud.

Moradas quintas

[V, 1, 3] No penséis que es cosa soñada [esta oración], como la pasada; digo soñada, porque así parece está el alma como adormizada, que ni bien parece está dormida, ni se siente despierta. Aquí, con estar todas dormidas, y bien dormidas, a las cosas del mundo y a nosotras mismas, porque en hecho de verdad se queda como sin sentido aquello poco que dura, que ni hay poder pensar aunque quieran; aquí no es menester con artificio suspender el pensamiento.

[4] Hasta el amar, si lo hace, no entiende cómo, ni qué es lo que ama, ni qué querría; en fin, como quien de todo punto ha muerto al mundo para vivir más en Dios, que así es una muerte sabrosa, un arrancamiento del alma de todas las operaciones que puede tener, estando en el cuerpo; deleitosa, porque aunque de verdad parece se aparta el alma de él para mejor estar en Dios, de manera que aun no sé yo si le queda vida para resolgar (ahora lo estava pensando y paréceme que no; al menos, si lo hace, no se entiende si lo hace)...

[V, 2, 8] ¡Oh!, pues ver el desasosiego de esta mariposita, con no haver estado más quieta y sosegada en su vida, es cosa para alabar a Dios. Y es que no sabe adónde posar y hacer su asiento, que como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta, en especial cuando son muchas las veces que la da Dios de este vino; casi de cada una queda con nuevas ganancias.

Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco a poco tejer el capucho; hanle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar, de andar paso a paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tiene en mucho lo que pasaron los santos, entendiendo ya por experiencia cómo ayuda el Señor y trasforma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque la flaqueza que antes le parecía tener para hacer penitencia, ya la halla fuerte; el atamiento con deudos u amigos u hacienda (que ni le bastaban actos, ni determinaciones ni quererse apartar, que entonces le parecía se hallava más junta), ya se ve de manera que le pesa estar obligada a lo que, para no ir contra Dios, es menester hacer. Todo le cansa, porque ha provado que el verdadero descanso no le pueden dar las criaturas.

[V, 3, 10] Yo gusto algunas veces de ver unas almas, que cuando están en oración les parece querrían ser abatidas y públicamente afrontadas por Dios, y después una falta pequeña encubrirían si pudiesen; u que si no la han hecho y se la cargan, Dios nos libre. Pues mírese mucho quien esto no sufre, para no hacer caso de lo que a solas determinó a su parecer, que en hecho de verdad no fue determinación de la voluntad —que cuando ésta hay verdadera, es otra cosa—, sino alguna imaginación, que en ésta hace el demonio sus saltos y engaños, y a mujeres u gente sin letras podrá hacer muchos, porque no sabemos entender las diferencias de potencias y imaginación y otras mil cosas que hay interiores.

[V, 4, 5] Por eso, almas cristianas, a las que el Señor ha llegado a estos términos, por Él os pido que no os descuidéis, sino que os apartéis de las ocasiones, que aun en este estado no está el alma tan fuerte que se pueda meter en ellas, como lo está después de hecho el desposorio, que es en la morada que diremos tras ésta; porque la comunicación no fue más de una vista, como dicen, y el demonio andará con gran cuidado a combatirla y a desviar este desposorio...

Moradas sextas

[VI, 1, 1] Pues vengamos con el favor del Espíritu Santo a hablar en las sextas moradas, adonde el alma ya queda herida del amor del Esposo y procura más lugar para estar sola y quitar todo lo que puede, conforme a su estado, que la puede estorbar de esta soledad. Está tan esculpida en el alma aquella vista, que todo su deseo es tornarla a gozar.

Ya he dicho que en esta oración no se ve nada, que se pueda decir ver, ni con la imaginación; digo vista, por la comparación que puse...

[3] Aunque no tenía por mí de tratar de esto, he pensado que algún alma que se vea en ello le será gran consuelo saber qué pasa en las que Dios hace semejantes mercedes, porque verdaderamente parece entonces está todo perdido. No llevaré por concierto como suceden, sino como se me ofreciere a la memoria.

Y quiero comenzar de los más pequeños, que es una grito de las personas con quien se trata, y aun con las que no trata, sino que en su vida le pareció se podían acordar de ella: que se hace santa, que hace estremos para engañar el mundo y para hacer a los otros ruines, que son mejores cristianos sin esas cerimonias. Y hase de notar que no hay ninguna, sino procurar guardar bien su estado. Los que tenía por amigos se apartan de ella y son los que le dan mejor bocado, y es de los que mucho se sienten: que va perdida aquel alma y notablemente engañada, que son cosas del demonio, que ha de ser como aquélla y la otra persona que se perdió, y ocasión de que caya la virtud, que trai engañados los confesores —y ir a ellos y decírselo— puniéndole en ejemplos de lo que acaeció a algunos que se perdieron por aquí; mil maneras de mofas y de dichos de éstos.

[4] ...Diréisme que también hay quien diga bien. ¡Oh, hijas, y qué pocos hay que crean ese bien, en comparación de los muchos que abominan! Cuánto más, que ése es otro trabajo mayor que los dichos, porque como el alma ve claro que si tiene algún bien es dado de Dios, y en ninguna manera no suyo, porque poco antes se vio muy pobre y metida en grandes pecados, esle un tormento intolerable —al menos a los principios, que después no tanto— por algunas razones. La primera, porque la espiriencia le hace claro ver que tan presto dice bien como mal, y así no hace más caso de lo uno que de lo otro. La segunda, porque le ha dado el Señor mayor luz de que ninguna cosa es buena suya, sino dada de Su Majestad, y como si la viese en tercera persona, olvidada que tiene allí ninguna parte, se vuelve a alabar a Dios. La tercera, si ha visto algunas almas aprovechadas de ver las mercedes que Dios la hace, piensa que tomó Su Majestad este medio de que la tuviesen por buena, no lo siendo, para que a ellas les viniese bien. La cuarta, porque como tiene más delante la honra y gloria de Dios que la suya, quítase una tentación que da a los principios de que esas alabanzas han de ser para destruirla, como ha visto algunas, y dásele poco de ser deshonorada, a truco de que siquiera una vez sea Dios alabado por su medio; después, venga lo que viniere.

[6] También suele dar el Señor enfermedades grandísimas. Éste es muy mayor trabajo, en especial cuando son dolores agudos, que en parte, si ellos son recios, me parece el mayor que hay en la tierra —digo exterior— aunque entren cuantos quisieren; si es de los muy recios dolores, digo; porque descompone lo interior y exterior, de manera que aprieta un alma que no sabe qué hacer de sí, y de muy buena gana tomaría cualquier martirio de presto que estos dolores, aunque en grandísimo extremo no duran tanto (que, en fin, no da Dios más de lo que se puede sufrir, y da Su Majestad primero la paciencia), mas de otros grandes en lo ordinario y enfermedades de muchas maneras...

[9] ...Que está el entendimiento tan oscuro, que no es capaz de ver la verdad, sino creer lo que la imaginación le representa, que entonces ella es la señora, y los desatinos que el demonio la quiere representar, a quien debe nuestro Señor de dar licencia para que la prueve, y aun para que la haga entender que está reprovada de Dios; porque son muchas las cosas que la combaten con un apretamiento interior de manera tan sensible y intolerable, que yo no sé a qué se pueda comaprar sino a los que padecen en el infierno, porque ningún consuelo se admite en esta tempestad. Si le quieren tomar con el confesor, parece han acudido los demonios a él para que la atormente más...

[VI, 2, 2] ...Muchas veces estando la misma persona descuidada y sin tener la memoria en Dios, su Majestad la despierta, a manera de una cometa que pasa de presto, o un trueno, aunque no se oye ruido, mas entiende muy bien el alma que fue llamada de Dios, y tan entendido, que algunas veces —en especial a los principios— la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa que le duele. Siente ser herida sabrosísimamente, mas no atina cómo ni quién la hirió; más bien conoce ser cosa preciosa y jamás querría ser sana de aquella herida. Quéjase con palabras de amor, aun exteriores, sin poder hacer otra cosa, a su Esposo, porque entiende que está presente mas no se quiere manifestar de manera que deje gozarse, y es harta pena, aunque sabrosa y dulce; y aunque quiera no tenerla, no puede; mas esto no querría jamás. Mucho más le satisface que el enbevecimiento sabroso que carece de pena, de la oración de quietud.

[4] Hace en ella tan gran operación, que se está deshaciendo de deseo y no sabe qué pedir, porque claramente le parece que está con ella su Dios. Diréisme: «Pues, si esto entiende, ¿qué desea, u qué le da pena?, ¿qué mayor bien quiere?». No lo sé; sé que parece le llega a las entrañas esta pena y que cuando de ellas saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor siente.

Estaba pensando ahora si sería que en este fuego del brasero encendido, que es mi Dios, saltava alguna centella y dava en el alma, de manera que se dejava sentir aquel encendido fuego, y como no era aún bastante para quemarla y él es tan deleitoso, queda con aquella pena, y a el tocar hace aquella operación. Y paréceme es la mejor comparación que he acertado a decir.

Porque este dolor sabroso —y no es dolor— no está en un ser; aunque a veces dura gran rato, otras de presto se acaba, como quiere comunicarle el Señor, que no es cosa que se puede procurar por ninguna vía humana. Mas aunque está algunas veces rato, quítase y torna; en fin, nunca está estante, y por eso no acaba de abrasar el alma, sino ya que se va a encender muérese la centella y queda con deseo de tornar a padecer aquel dolor amoroso que le causa.

[5] Aquí no hay que pensar si es cosa movida del mismo natural ni causada de melencolía, ni tampoco engaño del demonio, ni si es antojo; porque es cosa que se deja muy bien entender ser este movimiento de adonde está el Señor, que es inmutable; y las operaciones no son como de otras devociones, que el mucho embevecimiento del gusto nos puede hacer dudar. Aquí están todos los sentidos y potencias sin nengún embevecimiento mirando qué podrá ser, sin estorbar nada ni poder acrecentar aquella pena deleitosa ni quitarla, a mi parecer..

[7] El no ser antojo está muy claro; porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquello; y es cosa tan notoria que en ninguna manera se puede antojar, digo, parecer que es, no siendo, ni dudar de que es...

[VI, 6, 1] Destas mercedes tan grandes queda el alma tan deseosa de gozar del todo al que se las hace, que vive con harto tormento, aunque sabroso; unas ansias grandísimas de morirse, y ansí, con lágrimas muy ordinarias, pide a Dios la saque de este destierro; todo la cansa cuanto ve en él; en viéndose a solas tiene algún alivio, y luego acude esta pena y en estando sin ella no se hace. En fin, no acaba esta mariposica de hallar asiento que dure; antes, como anda el alma tan tierna del amor, cualquiera ocasión que sea para encender más este fuego la hace volar, y ansí en esta morada son muy continos los arrobamientos, sin haver remedio de escusarlos, aunque sea en público, y luego las persecuciones y mormuraciones, que aunque ella quiera estar sin temores, no la dejan, porque son muchas las personas que se los ponen, en especial los confesores.

[VI, 7, 10] Llamo yo meditación al discurrir mucho con el entendimiento de esta manera: comenzamos a pensar en la merced que nos hizo Dios en darnos a su único Hijo, y no paramos allí, sino vamos adelante a los misterios de toda su gloriosa vida; y comenzamos en la oración del Huerto, y no para el entendimiento hasta que está puesto en la cruz; u tomamos un paso de la Pasión, digamos como el prendimiento, y andamos en este misterio considerando por menudo las cosas que hay que pensar en él y que sentir, así de la traición de Judas, como de la huida de los Apóstoles y todo lo demás. Y es admirable y muy meritoria oración.

[11] Ésta es la que digo que ternán razón quien ha llegado a llevarla Dios a cosas sobrenaturales y a perfecta contemplación; porque —como he dicho— no sé la causa; mas lo más ordinario no podrá. Mas no la terná —digo razón— si dice que no se detiene en estos misterios y los trae presentes muchas veces —en especial cuando los celebra la Iglesia católica—, ni es posible que pierda memoria el alma que ha recibido tanto de Dios, de muestras de amor tan preciosas, porque son vivas centellas para encenderla más en el que tiene a nuestro Señor, sino que no se entiende, porque entiende el alma estos misterios por manera más perfecta, y es que los representa el entendimiento y estámpanse en la memoria de manera que de sólo ver al Señor caído con aquel espantoso sudor en el Huerto, aquello le basta para no sólo una hora, sino muchos días, mirando con una sencilla vista quién es y cuán ingratos hemos sido a tan gran pena, luego acude la voluntad —aunque no sea con ternura— a desear servir en algo tan gran merced y a desear padecer algo por quien tanto padeció, y a otras cosas semejantes, en que ocupa la memoria y el entendimiento. Y creo que por esta razón no puede pasar a discurrir más en la Pasión, y esto le hace parecer que no puede pensar en ella.

[14] Creo queda dado a entender lo que conviene —por espirituales que sean— no huir tanto de cosas corpóreas, que les parezca aun hace daño la Humanidad sacratísima. Alegan lo que el Señor dijo a sus discípulos, que convenía que Él se fuese. Yo no puedo sufrir esto. A usadas que no lo dijo a su Madre Sacratísima, porque estava firme en la fe, que sabía que era Dios y hombre; y aunque le amava más que ellos, era con tanta perfección, que antes la ayudava. No devían estar entonces los apóstoles tan firmes en la fe como después estuvieron y tenemos razón de estar nosotros ahora.

Yo os digo, hijas, que le tengo por peligroso camino, y que podría el demonio venir a hacer perder la devoción con el Santísimo Sacramento.

[15] El engaño que me pareció a mí que llevaba, no llegó a tanto como esto, sino a no gustar de pensar en nuestro Señor Jesucristo tanto, sino

andarme en aquel embevecimiento aguardando aquel regalo. Y vi claramente que iba mal, porque como no podía ser tenerle siempre, andava el pensamiento de aquí para allí y el alma —me parece— como un ave revolando que no halla adonde parar...

[VI, 11, 2] Pues viene veces que estas ansias y lágrimas y suspiros y los grandes ímpetus que quedan dichos (que todo esto parece procedido de nuestro amor con gran sentimiento, mas todo no es nada en comparación de estotro, porque esto parece un fuego que está humeando y puédesse sufrir, aunque con pena), andándose así esta alma abrasándose en sí misma, acaece muchas veces por un pensamiento muy ligero u por una palabra que oye de que se tarda el morir, venir de otra parte —no se entiende de dónde ni cómo— un golpe, u como si viniese una saeta de fuego; no digo que es saeta, mas cualquier cosa que sea, se ve claro que no podía proceder de nuestro natural; tampoco es golpe, aunque digo golpe; más agudamente hiere, y no es adonde se sienten acá las penas —a mi parecer—, sino en lo muy hondo y íntimo del alma, adonde este rayo, que de presto pasa todo cuanto halla de esta tierra de nuestro natural u lo deja hecho polvos, que por el tiempo que dura es imposible tener memoria de cosa de nuestro ser; porque en un punto ata las potencias, de manera que no quedan con ninguna libertad para cosa, sino para las que le han de hacer acrecentar este dolor.

[3] ...Ello es un arrobamiento de sentidos y potencias para todo lo que no es —como he dicho— ayudar a sentir esta aflicción. Porque el entendimiento está muy vivo para entender la razón que hay que sentir de estar aquel alma ausente de Dios, y ayuda Su Majestad con una tan viva noticia de sí en aquel tiempo, de manera que hace crecer la pena en tanto grado, que procede quien la tiene en dar grandes gritos. Con ser persona sufrida y mostrada a padecer grandes dolores, no puede hacer entonces más, porque este sentimiento no es en el cuerpo —como queda dicho—, sino en lo interior del alma..

[11] Dos cosas me parece a mí que hay en este camino espiritual, que son peligro de muerte: la una ésta, que verdaderamente lo es, y no pequeño; la otra, de muy excesivo gozo y deleite, que es en tan grandísimo extremo, que verdaderamente parece que desfallece el alma de suerte que no le falta tantito para acabar de salir del cuerpo; a la verdad, no sería poca dicha la suya.

[12] Aquí veréis, hermanas, si he tenido razón en decir que es menester ánimo y que terná razón el Señor, cuando le pidierdes estas cosas, de deciros lo que respondió a los hijos del Zebedeo: si podrían beber el cáliz (Mt 20,22).

Séptimas moradas

[VII, 1, 3] ...Porque así como [Dios] la tiene en el cielo, deve tener en el alma una estancia adonde sólo Su Majestad mora, y digamos, otro cielo; porque nos importa mucho, hermanas, que no entendamos es el alma alguna cosa oscura (que como no la vemos, lo más ordinario debe parecer, que no hay otra luz interior, sino esta que vemos) y que está dentro de nuestra alma alguna oscuridad. De la que no está en gracia, yo os lo confieso, y no por falta del Sol de Justicia, que está en ella dándole ser, sino por no ser ella capaz para recibir la luz, como creo dije en la primera morada, que había entendido una persona que estas desventuradas almas es así que están como en una cárcel oscura, atadas de pies y manos para hacer ningún bien que les aproveche para merecer, y ciegas y mudas. Con razón podemos compadecernos de ellas y mirar que algún tiempo nos vimos así, y que también puede el Señor haver misericordia de ellas.

[10] Parece que quiere aquí la divina Majestad disponer el alma para más con esta admirable compañía, porque está claro que será bien ayudada para en todo ir adelante en la perfección, y perder el temor que traía algunas veces de las demás mercedes que la hacía, como queda dicho.

Y así fue, que en todo se hallava mejorada, y le parecía que —por trabajos y negocios que tuviese— lo esencial de su alma jamás se movía de aquel aposento, de manera que en alguna manera le parecía había división en su alma, y andando con grandes trabajos, que poco después que Dios le hizo esta merced tuvo, se quejava de ella —a manera de Marta cuando se quejó de María (Lc 10,40)—, y algunas veces la decía que se estava ella siempre gozando de aquella quietud a su placer, y la deja a ella en tantos trabajos y ocupaciones que no la puede tener compañía.

[11] Esto os parecerá, hijas, desatino; mas verdaderamente pasa así, que aunque se entiende que el alma está toda junta, no es antojo lo que he dicho, que es muy ordinario; por donde decía yo que se ven cosas interiores de manera que cierto se entienda hay diferencia en alguna manera y muy conocida del alma a el espíritu, aunque más sea todo uno. Conócese una división tan delicada, que algunas veces parece obra de diferente manera lo uno de lo otro, como el sabor que les quiere dar el Señor. También me parece que el alma es diferente cosa de las potencias, y que no es todo una cosa...

[VII, 3, 9] Por cierto, cuando no hubiera otra cosa de ganancia en este camino de oración, sino entender el particular cuidado que Dios tiene de comunicarse con nosotros y andarnos rogando —que no parece esto otra

cosa— que nos estemos con Él, me parece eran bien empleados cuantos trabajos se pasan por gozar de estos toques de su amor tan suaves y penetrativos. Esto habréis, hermanas, experimentado, porque pienso, en llegando a tener oración de unión, anda el Señor con este cuidado, si nosotros no nos descuidamos de guardar sus mandamientos. Cuando esto os acaeciére, acordaos que es desta morada interior adonde está Dios en nuestra alma, y alabalde mucho; porque cierto es suyo aquel recaudo u billete escrito con tanto amor, y de manera que sólo vos quiere entendáis aquella letra y lo que por ella os pide. Y en ninguna manera dejéis de responder a Su Majestad, aunque estéis ocupadas exteriormente y en conversación con algunas personas; porque acaecerá muchas en público querer nuestro Señor haceros esta secreta merced, y es muy fácil —como ha de ser la respuesta interior— haciendo un acto de amor o decir lo que san Pablo: «¿Qué queréis, Señor, que haga?» (Hch 9,6). De muchas maneras os enseñará allí con qué le agradéis, y es tiempo acepto, porque parece nos oye y casi siempre dispone el alma este toque tan delicado para poder hacer lo que queda dicho, con voluntad determinada.

[10] La diferencia que hay aquí en esta morada es lo dicho: que casi nunca hay sequedad ni alborotos interiores de los que había en todas las otras a tiempos, sino que está el alma en quietud casi siempre; el no temer que esta merced tan subida puede contrahacer el demonio, sino estar en un ser con seguridad que es Dios, porque —como está dicho— no tienen que ver aquí los sentidos ni potencias, que se descubrió Su Majestad al alma y la metió consigo adonde —a mi parecer— no osará entrar el demonio ni le dejará el Señor; ni todas las mercedes que hace aquí a el alma —como he dicho— son con ningún ayuda de la misma alma, sino la que ya ella ha hecho de entregarse toda a Dios.

[11] Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí a el alma y la enseña, que me parece es como en la edificación del templo de Salomón, adonde no se había de oír ningún ruido (1 R 6,7): así en este templo de Dios, en esta morada suya, solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio. No hay para qué bullir ni buscar nada el entendimiento; que el Señor que le crió le quiere sosegar aquí, y que por una resquicia pequeña mire lo que pasa; porque aunque a tiempos se pierde esta vista y no le dejan mirar, es poquísimos intervalos; porque —a mi parecer— aquí no se pierden las potencias, mas no obran, sino están como espantadas.

[12] Yo lo estoy de ver que en llegando aquí el alma, todos los arrobamientos se le quitan, si no es alguna vez, y ésta no con aquellos arrebatamientos y vuelo de espíritu; y son muy raras veces —y éstas casi siempre no

en público como antes, que era muy ordinario—, ni le hacen al caso grandes ocasiones de devoción que vea, como antes, que si ven una imagen devota y oyen un sermón —que casi no era oírle— u música, como la pobre mariposilla andava tan ansiosa, todo la espantava y hacía volar. Ahora, u es que halló su reposo, u que el alma ha visto tanto en esta morada, que no se espanta de nada, y que no se halla con aquella soledad que solía, pues goza de tal compañía; en fin, hermanas, yo no sé qué sea la causa, que en comenzando el Señor a mostrar lo que hay en esta morada y metiendo el alma allí, se les quita esta gran flaqueza, que les era harto trabajo, y antes no se quitó. Quizá es que la ha fortalecido el Señor y ensanchado y habilitado; u pudo ser que quería dar a entender en público lo que hacía con esta almas en secreto, por algunos fines que Su Majestad sabe, que sus juicios son sobre todo lo que acá podemos imaginar.

DE LOS «PENSAMIENTOS QUE SANTA TERESA DEJÓ ESCRITOS
SOBRE UNA PÁGINA DE SU BREVIARIO»

*Pensamientos para sacar provecho
de las persecuciones y de las injurias*

Para que las persecuciones y injurias dejen en el alma fruto y ganancia es bien considerar que primero se hace a Dios que a mí, porque cuando llega a mí, el golpe ya está dado a esta Majestad por el pecado.

Y también que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo suyo y no querer nada de sí; pues si Él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento había de ser por la ofensa de Su Majestad, pues a nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra de este cuerpo, que tan merecido tiene el padecer.

FRAY DIEGO DE ESTELLA

Nació de familia ilustre en Estella (Navarra); franciscano, fue predicador en la corte de Felipe II. El confesor del rey, el padre Fresneda, lo acusaba de vivir con excesivo séquito y aparato, pero fue amonestado en marzo de 1566 por el papa Pío V. Murió en 1578.

Escribió *Vanidad del mundo; Meditaciones devotísimas del amor de Dios*.

DE «MEDITACIONES DEVOTÍSIMAS DEL AMOR DE DIOS»

[10] Dime, pues, ánima mía; respóndeme, miserable, y declárame qué sea la causa por qué de tan buena gana te andas por las criaturas tan hambrienta y sedienta, y con tanta deshonra tuya, mendigando de ellas una gotica de aguas turbias y desabridas y salobres, que más te encienden la sed que te la matan, dejando la limpia, sabrosa y perpetua fuente de todos los bienes, en la cual sola podrías matar toda tu sed y hartarte a tu placer y voluntad. Dime, mezquina: ¿qué cosa puedes desear que no la halles muy más enteramente en tu Dios? Si te deleita la sabiduría, sapientísimo es; si el poderío y fortaleza, poderosísimo y fortísimo es; si quieres gloria y riquezas, mucha gloria y riquezas hay en su casa; si deleites y placeres, delectaciones hay en su mano derecha hasta el fin; si hartura y abundancia de deseos, embriagados son de la abundancia de su casa los que le poseen. ¿Pues cómo, mísera, sabiendo esto y muy mucho más de lo que yo te puedo decir dejas adrede al abismo de todos los bienes y te andas congojada, triste y fatigada, buscando tus consolaciones y placeres por los arroyuelos de las criaturas? Menosprecias la fuente que te dan de balde y con grandes trabajos cavas para ti pozos turbios. ¡Oh intolerable locura, desatino muy grande y ceguedad estupenda! De aquí es que, indignado el Señor por esto, exclama por el profeta, diciendo: «Espantaos, cielos, y sus puertas sean destruidas —dice el Señor—, porque dos males ha hecho mi pueblo. Dejaron a mí, fuente de agua viva, y cavaron para sí cisternas destruidas que no pueden tener las aguas» (Jr 2,12-13).

Verdaderamente, aljibe desechado y disipado es la gloria del mundo, cisterna deshecha es el deleite de la carne, alberca destruida es toda honra y dignidad y balsa abierta y agujereada es toda abundancia de riquezas que no pueden tener las aguas; y si no me crees o piensas que te engaño, preguntalo a la experiencia y mira con cuánto deseo buscaste alguna dignidad y cuántos trabajos pasaste por alcanzarla, y alcanzándola, a tres días no la hubiste en nada, porque balsa agujereada es y no puede tener las aguas. Deseaste algún deleite, alcanzástelo, y luego desapareció, porque es cisterna disipada y no puede tener las aguas del deleite que no se fuesen. Muy presto pasaron estas vanidades y desvanecieron como humo, y tú quedaste cabe la cisterna sedienta como antes y aun a las veces más sedienta y deseosa. Discurre por todas las cosas, y hallarás ser esto así en todas ellas. Mas aunque esto así sea, por la experiencia lo vean los míseros hombres con qué trabajos, con qué afrentas y con cuántos sudores cavan estas balsas disipadas y agujereadas por todas partes.

[13] «La misericordia de Dios es eterna y durará en la eternidad» (Sal 100,5). Usó el santo rey del nombre de misericordia hablando de tu santo amor porque mayor conocimiento me da de quien tú eres este nombre de misericordia que el nombre de amor. La misericordia es afecto del ánimo, que se apiada de la miseria ajena y provee al necesitado, dándole primero la compasión del alma.

Quitando lo que a ti no conviene por ser impasible, reconoceré lo que es propio, y entenderé el amor. No pertenece a ti compasión ni corazón doloroso, porque tu naturaleza es esencia de perfición y gloria; mas es muy propio a ti proveer al mísero y necesitado. Conozco los bienes que me diste amándome, y esto debajo de nombre de misericordia, porque no hallaste en mí hermosura y bienes que amar, sino miseria que sanar y pobreza que enriquecer. Por amor de lo cual usó antes el profeta del nombre de misericordia que de amor; y así, amaste a mí, miserable pecador, sin merecimientos míos, por sola tu bondad y amor...

Conoces todas las cosas en ti mismo, y no es menester que sean hechas ni que hagan bien o mal para que sean conocidas de ti, porque como no recibes conocimiento de las cosas, así no esperas a que obren para entender sus obras. No puede haber novedad ni accidente en ti, porque sería grande imperfición, y la menor está muy lejos de ti; por lo cual, cuando veo hacerse alguna cosa de nuevo, no considero que entonces tienes nueva voluntad ni que entonces lo quisiste, mas sube mi pensamiento a aquella antiquísima y entera disposición tuya en la que eternalmente ordenaste todas las cosas y determinaste todo cuanto vemos hecho de nuevo. Nuevas son las cosas a nuestros ojos, y eternas a los tuyos, pues antes que sean hechas las conoces, y así, tu misericordia y amor son eternos, porque en tu eternidad viste y conociste perfectamente la miseria de nuestra culpa; y siendo merecedores de condenación, compadeciéndote de nosotros, tuviste misericordia, y eficazmente quisiste a su tiempo darnos gracia y gloria para sanar nuestras heridas y destruir nuestra muerte, dándonos resurrección y vida...

Como el primer movible arrebatada tras sí las otras esferas y cielos, moviéndolos de oriente a occidente, así la fuerza de este amor santo que me tuviste primero en tu eternidad arrebatada todas las potencias del alma y sentidos del cuerpo, sujetándolos al servicio suave del yugo de tu santo amor. Esto te pedía la esposa de los *Cantares* por singular merced: «Traedme en pos de vos, y correremos tras el olor de vuestros unguentos» (Ct 1,3-4).

[47] ...Es comparado tu santo amor a las ruedas del carro, porque, aunque son carga y peso, más ligeramente se mueve el carro con ellas que sin

ellas. Así también, aunque las plumas del ave tengan su carga y peso, pero, con todo eso, son al ave causa de su mayor ligereza. De la misma manera, mi Dios y Señor, este tu mandamiento de amor es de tal cualidad, que por virtud de él toda tu ley y toda la carga de tus mandamientos vuelve fácil y ligera. Por lo cual, cuando dices que tu yugo es suave, entiéndese para los que te aman, y cuando dices que el camino del cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender que es tal para los que no te aman. Todo es fácil y suave para el que ama, y todo penoso y trabajoso al que no ama. Pues por darnos, Señor, buena vida quieres que te amemos. Cuando nos mandas, Señor, que te amemos no haces otra cosa sino procurar y granjearnos una dulce vida sin dificultad, aun en medio de las angustias de este mundo.

ALONSO RODRÍGUEZ

Nació en 1538 en Valladolid, ingresó a los veinte años en la Compañía de Jesús, donde enseñó e instruyó a los novicios. Su *Ejercicio de perfección* es el resultado de la cura de almas en el interior de la Compañía. Fue publicado en 1609 en Sevilla, y traducido a varias lenguas.

DE «EJERCICIO DE PERFECCIÓN»

De la estima y deseo de las cosas espirituales

[I, 1, 3] Y de Zaqueo dice el sagrado Evangelio que deseó ver a Jesús; y primero fue visto de Jesús, y Él se convida y se le entra por las puertas de su casa (Lc 19,1-5). En el capítulo sexto de la Sabiduría realza más esto Salomón, hablando de la Sabiduría, que es el mismo Dios: «Fácilmente, dice, se deja ver de los que la aman y hallar de los que la buscan» (Sb 6,13). ¿Sabéis qué tan fácilmente? Ella misma se adelanta y previene a los que de veras la desean, para mostrárseles primero (Sb 6,14). No la habéis vos comenzado a desear, cuando ya está con vos: «El que por la mañana madruga a buscarla, no trabajará mucho en hallarla, andando de acá para allá; porque en abriendo la puerta de su casa, la hallará allá sentada a su puerta» (Sb 6,15), esperando que le abra. Lo primero que topará en abriendo será con esta Sabiduría divina, que es el mismo Dios. ¡Oh bondad y misericordia infinita de Dios! No se contenta con andarnos Él buscando a nosotros y dar aldabadas a nuestra puerta una y otra vez para que le abramos: «Mira

que yo soy el que estoy llamando», dice en el Apocalipsi (3,20); y en los Cantares: «Ábreme hermana mía» (5,2). No se contenta con eso, sino como de cansado de llamar se sienta Dios a nuestra puerta, dándonos a entender que ya hubiera entrado si no hallara la puerta cerrada, y que con todo eso, aún no se va, sino siéntase allí, para que en abriendo, luego deís con Él. Aunque os habéis tardado en abrir a Dios vuestro corazón y en responder a su buena inspiración, con todo eso, aún no se ha ido Dios, que más gana tiene de entrar que eso; sentado está allí a la puerta, esperando que le abráis. Esperando está el Señor, para usar de misericordia con vos; porque no hay amigo que así desee entrar en casa de su amigo, como Dios desea entrar en vuestro corazón. Más gana tiene El de comunicársenos y hacernos mercedes, que nosotros podemos tener de recibirlas, sino que está esperando que nosotros lo deseemos y tengamos esta hambre y sed de ello...

Acontece que el que tiene hambre o sed, está soñando que come o bebe; pero cuando despierta hállase tan hambriento y sediento como de antes; así a éstos en la oración paréceles que desean padecer y ser despreciados y tenidos en poco, y en saliendo de allí, en ofreciéndose la ocasión todo lo hacen al revés: era que lo soñaban, no eran deseos verdaderos. Otros comparan a éstos, y dicen que son como soldados pintados en paramento, que están siempre con la espada sobre el enemigo, y nunca acaban de descargar el golpe, conforme a aquello del Profeta: «En imagen pasa el hombre como sombra» (Sal 39,7). Así, se les pasa a algunos toda la vida en amagar y no dar. El profeta Isaías los compara a la mujer que está con dolores de parto, y nunca acaba de echar la criatura a luz. Así, estos siempre están de parto, y nunca acaban de parirlo. San Jerónimo, sobre aquellas palabras de san Mateo: «¡Ay de las preñadas y de las que criaren en aquellos días!», dice: «¡Ay de aquellos que los deseos buenos que concibieron no los sacaron a luz, sino que ahogaron allá dentro los hijos que habían concebido!». ⁹ Pues nunca sacarlos a la luz de la obra es ahogarlos y matarlos dentro del vientre. ¡Ay de estos que se les pasa toda la vida en deseos, y los halla la muerte sin obras! Porque después, no sólo no les aprovecharán los deseos que tuvieron, antes serán castigados, porque no efectuaron las buenas inspiraciones que el Señor les dio: tornarse han contra ellos sus propios hijos, como fueran por ellos, si los sacaran a luz.

Absalón quedó colgado de sus dorados y hermosos cabellos (2 S 18,9); así vendrá a muchos la muerte, y quedaran colgados de sus buenos y dorados propósitos. El apóstol y evangelista san Juan, en su Apocalipsi, dice que

9. Jerónimo, *Commentaria in Evangelium Matthaei*, IV, 476.

vio una mujer que estaba de parto, y junto a ella un dragón muy grande para tragar la criatura en saliendo (Ap 12,1-4). Eso es lo que procura el demonio con todas sus fuerzas cuando el alma concibe algún buen propósito; y así, es menester que nosotros, por el contrario, procuremos con todas nuestras fuerzas que nuestros deseos sean tales y tan eficaces, que vengamos a ponerlos por obra. Esto dice San Bernardo¹⁰ que quiso decir el profeta Isaías en aquellas palabras, tan sentenciosas como breves: «Si le buscáis, buscadle» (Is 21,12); quiere decir: no os canséis, porque los deseos y propósitos verdaderos han de ser eficaces y con perseverancia, y tales que nos hagan andar solícitos y cuidadosos de agradar más y más a Dios, conforme a aquello del profeta Miqueas: «Yo te mostraré, ¡oh hombre!, lo que es bueno y lo que el Señor quiere de ti; conviene a saber: hacer juicio, amar la misericordia, y andar solícito con tu Dios» (Mi 6,8). Estos deseos fervorosos son los que pide el Señor para hacernos mercedes y llenarnos de bienes: Bienaventurados los que tienen esta hambre y sed de la virtud y perfección, porque esos serán hartos (Mt 5,6); Dios les cumplirá sus deseos. De Santa Gertrudis se lee que le dijo el Señor: «Yo he dado a cada uno de los fieles una fístula o caña de oro con que de mi deificado corazón chupe y traiga cuanto desear»; la cual fístula le declaró ser la buena voluntad y deseo.

De la perfección de las obras ordinarias

[I, 2, 4] ¿Quién va tras nosotros? No nos confundamos en las obras, ni nos impida la una a la otra, sino atendamos siempre a aquello que estamos haciendo de presente. En la oración no pensemos en el estudio, ni en el oficio, ni en el negocio, que eso no sirve sino de impedir la oración y no hacer bien uno ni otro. Todo el día queda para el oficio, y para el estudio, y para el ministerio. Demos a cada cosa su tiempo (Qo 3,1). Bástale al día su trabajo (Mt 6,34). Éste es un medio tan justo y tan conforme a razón, que aun los paganos, faltos de fe, le enseñaban para tratar con más reverencia a aquellos que ellos pensaban ser dioses. De donde emanó aquel proverbio antiguo: «Adoratum sedeant». Los que hubieren de tratar con Dios, háganlo de asiento y con atención y reposo, y no de paso y desacordados. Plutarco, tratando de la estima y reverencia con que los Sacerdotes de su tiempo se llegaban a sus dioses, dice que, entretanto que el sacerdote hacía

10. Bernardo de Claraval, *Sermo de altitudine et bassitudine cordis*.

el sacrificio, nunca cesaba un pregonero de clamar y decir en alta voz estas palabras: «Haz lo que haces»: está en ese negocio: no te diviertas; mira bien el negocio en que entiendes en esta hora. Pues éste es el medio que damos ahora: que procuremos estar en lo que hacemos enteramente, tomándolo de propósito y de asiento, haciendo cada obra como si no tuviésemos otra cosa que hacer. Haced lo que hacéis, estad en ello, poned todo vuestro cuidado y diligencia en eso que está presente, dad de mano por entonces a todas las demás cosas, y de esa manera haréis bien cada cosa. Probaba un filósofo que solamente habíamos de tener atención a lo que hacemos de presente, y no a lo pasado ni a lo por venir, y daba esta razón: porque eso presente es lo que solamente está en nuestra mano, y no lo pasado ni lo por venir, porque aquello ya se pasó, y así, no está ya en nuestra mano; y lo otro no sabemos si vendrá. ¡Oh! ¡Quién pudiese acabar consigo, y fuese tan señor de sí mismo y de sus pensamientos e imaginaciones, que no pensase en otra cosa sino en lo que esta haciendo! Pero es tanta la inestabilidad de nuestro corazón, y, por otra parte, es tanta la malicia y astucia del demonio que, ayudándose de eso, nos trae pensamientos y cuidados de lo que tenemos de hacer después, para impedir y estorbar lo que estamos haciendo de presente. Es esa una tentación muy común del enemigo y muy dañosa y perjudicial, porque con eso pretende él que nunca hagamos cosa bien hecha. Para eso os trae el demonio en la oración pensamientos del negocio, del estudio, del oficio, y os pone delante cómo haréis aquello bien, para que no tengáis bien la oración en que estais de presente, y, a trueque de eso, no se le da nada de representaros mil modos y maneras de cómo haréis después bien lo otro; porque ahora no lo hacéis, y después, cuando lo vengáis a hacer, no le faltará otra cosa que poneros delante para que tampoco hagáis aquello bien. Y de esa manera nos anda engañando, para que ninguna cosa hagamos bien. Pues no se nos ocultan sus intenciones (2 Co 2,11), bien se las entendemos. Dejaos de lo por venir, y no tengáis ahora cuidado de ello; porque aunque eso sea bueno para después, ahora no es bueno pensar en ello. Y cuando os viniere esa tentación, con color de que después no os acordaréis de aquello que entonces se os ofrece, en eso mismo veréis que no es de Dios, sino tentación del demonio, porque Dios no es amigo de confusión, sino de paz y sosiego y de orden y concierto, y así, eso que os quita el sosiego y la paz y orden de las cosas, no es Dios, sino el demonio, que es amigo de confusión y desasosiego. Desechadlo, y fiad de Dios que, haciendo lo que debéis, Él os ofrecerá a su tiempo todo lo que os cumpliere, y con ventaja. Y aunque se os ofrezca la razón y el buen punto y el buen argumento y solución en tiempo de los

ejercicios espirituales, dadlo de mano, y creed que no perderéis nada por eso, sino antes ganaréis. Dice san Buenaventura: «La ciencia que se deja por la virtud, se halla después más cumplidamente por la misma virtud». El padre Maestro Ávila dice: «Cuando viniere el cuidado fuera de tiempo, decid: “No me manda mi Señor ahora nada de eso, y así, no tengo que pensar en ello; cuando mi Señor me lo mandare entonces trataré de eso”».¹¹

De la vanagloria

[I, 3, 4] Aquellos Padres antiguos no instruían a los principiantes y novicios a defenderse de la vanagloria, por parecerles que no era menester; porque los que acaban de venir del mundo corriendo sangre, que aun no tienen cerradas las llagas de los pecados, consigo se traen harta memoria de humildad y confusión. A éstos tratadles de abstinencia, de penitencia y mortificación. Los antiguos, que han ya llorado y gemido muy bien sus pecados y hecho mucha penitencia de ellos, y se han ejercitado mucho en las virtudes, éstos han menester estos avisos. Pero los que comienzan, que están vacíos de virtud y llenos de pasiones y malas inclinaciones, y que aun no han acabado de llorar bien sus pecados y el olvido que han tenido de Dios, éstos no tienen fundamento de que les venga vanagloria, sino mucho dolor y vergüenza.

Remedios contra la vanagloria

[I, 3, 6] Es... muy bueno responder aquello que respondió san Bernardo, cuando predicando se le ofreció: «¡Oh, qué bien lo haces!»: «Ni por ti lo comencé, ni por ti lo dejaré». No se han de dejar las buenas obras por temor de la vanagloria, que sería ese engaño grande, sino habemos de tapar las orejas y hacernos sordos a las alabanzas de los hombres, no haciendo caso de ellas. Dice san Crisóstomo¹² que nos habemos de haber con el mundo como un padre con su hijo pequeño, que si el niño le alaba, no hace caso de ello, y si le vitupera poniéndole nombres afrentosos, tampoco, ¡antes se ríe, porque es niño, y no sabe lo que hace ni lo que dice.

11. Juan de Ávila, *Epistolario espiritual*, III.

12. Juan Crisóstomo, *De sacerdotio*, V.

Así nosotros no habemos de hacer caso de las alabanzas del mundo, ni del qué dirán; porque en eso el mundo es como niño, que no sabe lo que dice. Y aun más decía aquel apóstol de las Indias Orientales, el P. Francisco Javier, que quien atentamente considerase sus faltas y pecados, y lo que verdaderamente es delante de Dios, pensaría, cuando los hombres le alaban, que hacían burla de él, y tendríalas por verdaderas afrentas.

Del fin e intención que debemos tener en las obras

[I, 3, 7] Y así como el ballestero, para acertar mejor al blanco, cierra el ojo izquierdo y solamente mira con el derecho, para que la vista esté más recogida y no se distraiga y yerre mirando a muchas partes, así nosotros habemos de cerrar el ojo izquierdo de los respetos humanos y terrenos, y abrir solamente el derecho, que es el de la buena y recta intención, y de esa manera daremos en este blanco y acertaremos con el corazón de Dios: «Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos» (Ct 4,9).

Para que hablemos más claro y descendamos en esto más en particular, digo que habemos de procurar referir y enderezar actualmente todas nuestras obras a Dios. Y en esto hay más y menos. Cuanto a lo primero, a la mañana, en levantándonos, habemos de ofrecer a Dios todos los pensamientos, palabras y obras de aquel día, y pedirle que todo sea para gloria y honra suya, para que después, cuando viniere la vanagloria, podamos responder con verdad: «Tarde venís, que ya está dado». Y más: no nos habemos de contentar con ofrecer y referir actualmente a Dios, cuando nos levantamos, todo lo que habemos de hacer aquel día, sino habemos de procurar acostumbrarnos cuanto pudiéremos a no comenzar cosa que no vaya primero actualmente referida a mayor gloria de Dios. Así como el cantero o el albañil que fabrica, suele tener la plomada o regla en la mano, y aplicarla a cada piedra o ladrillo que asienta, así nosotros cada obra la habemos de reglar y enderezar con esta regla de la voluntad y mayor gloria de Dios. Y más: así como no se contenta el oficial con echar la regla o la plomada una vez al principio, sino que la echa una y otra vez hasta que la piedra está bien acabada de asentar, así nosotros no nos habemos de contentar con referir a Dios una vez al principio las obras que hacemos, sino también al tiempo que las hacemos; de tal manera las habemos de hacer, que siempre las estemos ofreciendo a Dios, diciendo: «Señor, por Vos hago esto, porque Vos me lo mandáis, porque Vos así lo queréis».

*En qué modo haremos la obra
con gran rectitud y pureza de intención*

[I, 3, 8] Así como los matemáticos abstraen de materia, quieren decir que no hacen caso de la materia, sino que tratan de las cantidades y figuras de los cuerpos, sin hacer caso de la materia en que están, sea oro, sea plata u otra cualquiera, porque ésta no pertenece a ellos, así el siervo de Dios, en las obras que hiciere, principalmente ha de poner los ojos en hacer la voluntad de Dios, abstrayendo de toda materia, no mirando si es de oro o si es de barro, esto es, no mirando si le ponen en este oficio o en aquél, si le mandan esto o lo otro; porque no está en eso nuestro aprovechamiento y perfección, sino en hacer la voluntad de Dios y buscar su gloria en lo que hiciéremos...

«Mi manjar», dice Él, «es hacer la voluntad de mi Padre que me envió» (Jn 4,34). Pues ese ha de ser nuestro manjar en todas las cosas que hiciéremos. Cuando estudiáis, cuando confesáis, cuando leéis y cuando predicáis, no ha de ser vuestro manjar el gusto de saber, estudiar o predicar, porque eso sería de oro hacer lodo, sino vuestro manjar y vuestro gusto y contento ha de ser que estáis haciendo la voluntad de Dios, el cual quiere que entonces hagáis esas cosas. Y ese mismo ha de ser también vuestro manjar cuando servís en los oficios de casa. De manera que el mismo manjar y el mismo entretenimiento tiene el portero y el enfermero, que el predicador y el lector. Y así, tan contento habéis de estar vos en vuestro oficio, como él en el suyo; porque la causa del contento, que es estar haciendo la voluntad de Dios, tan bien la tenéis vos como él; porque, como buen matemático espiritual, no habéis de parar en la obra material que hacéis, sino en que estáis haciendo en ella la voluntad de Dios. Y así, siempre tenemos de procurar de traer en la boca y en el corazón estas palabras: «Por Vos, Señor, hago esto, por vuestra gloria, porque Vos así lo queréis».

[I, 3, 13] No tenemos de buscar ni pretender otra cosa sino amar. Y la causa para amar a Dios ha de ser amarle, y el fruto de amarle ha de ser amarle, y el fin de amarle ha de ser amarle: amo porque amo, y amo para amar.

Pero añade muy bien aquí san Crisóstomo: «No penséis que por no tener ojo al premio e interés, será menor vuestro interés y vuestro premio y galardón, antes por eso será mayor». Cuanto menos pretendéis ganar, tanto más ganáis; porque cierto es que cuanto la obra fuere más desnuda de todo interés, tanto será más pura y más perfecta, porque no habrá en ella mezcla de cosa propia, y así será más meritoria. «Mientras más desviá-

redes los ojos de todo género de interés, y mas puramente pretendiéredes agradar a Dios», dice san Crisostomo, «tanto será mayor vuestro galardón». Cuanto más lejos estuviéredes del espíritu de jornalero, tanto será mayor vuestro jornal; porque no os pagará como a siervo mercenario, sino como a hijo heredero de los tesoros de su padre.

De la unión y caridad fraterna

[I, 4, 17] Cuenta Anastasio, abad del monasterio del monte Sinaí, que floreció en la sexta sínodo, que hubo en su monasterio un monje que no acudía tanto a las cosas de la comunidad, coro, ayuno, disciplinas, etc., y así no era tenido por tan buen religioso. Viene la hora de su muerte; hállanle con gran alegría. Repréndele de ello Anastasio: «¿Cómo? ¿Y un monje que tan flojamente ha vivido, ríe y está ahora tan alegre?». Respondió el monje: «No te espantes, ¡oh Padre!, que el Señor me envió un ángel que me ha dicho que me tengo que salvar, porque cumplirá su palabra: “No queráis juzgar, y no seréis juzgados; perdonad, y seréis perdonados” (Lc 6,37). Y aunque es verdad que yo no acudía tanto a las cosas de la comunidad, parte por mi flojedad, parte por mi poca salud, pero sufría que me maltratasen, y perdonábalos de corazón, y no los juzgaba; antes excusaba lo que hacían o decían; por tanto, estoy alegre».

De la oración

[I, 5, 16] Nuestra oración ha de ser práctica, que quiere decir enderezada a la obra, que nos ayude a obrar la virtud que deseamos y a allanar las dificultades y vencer las repugnancias que se nos pueden poner delante. Y para esto importa mucho ejercitarse y ensayarse primero en eso, a la manera que hacen los soldados, que antes de la guerra se suelen ejercitar en justas, torneos, escaramuzas y otros ejercicios semejantes, por estar preparados y diestros para la verdadera guerra. Y así Casiano encomienda mucho este ejercicio para vencer los vicios y pasiones y alcanzar las virtudes. Y aun allá dijo Plutarco, y también Séneca: «Los ignorantes no entienden cuánto hace al caso para aliviar los trabajos ejercitar en ellos el pensamiento». Aprovecha mucho, dicen, ocupar siempre el pensamiento en consideraciones de trabajos, porque así como aquel que ocupa siempre el pensamiento en cosas fáciles y deleitables, se hace flojo y para poco, y en ofre-

ciéndosele alguna cosa desapacible y enojosa, recibe mucha pena, y acostumbrado a una vil delicadeza, vuelve las espaldas y se acoge a pensar en cosas dulces y agradables, así aquel que se acostumbra a imaginar siempre enfermedades, destierros, cárceles y todas las otras adversidades que pueden acaecer, estará más dispuesto y apercebido para cuando vinieren, y hallará que estas cosas espantan más al principio, que pueden dañar al fin. San Gregorio dijo esto muy bien: «Los dardos que se ven venir hieren menos».¹³ No lastima tanto el golpe cuando lo estábades esperando y le teníades ya medio tragado, como cuando os coge de repente; claro está que espantan más los enemigos cuando vienen de sobresalto, que cuando los estaba aguardando.

Es maravilloso ejemplo a este propósito que leemos de nuestro bienaventurado P. Ignacio. Estando una vez enfermo, díjole el médico que no diese lugar a tristezas ni a pensamientos penosos y con esta ocasión comenzó él a pensar atentamente dentro de sí, qué cosa le podría suceder tan desabrida y dura, que le afligiese y turbase la paz y sosiego de su ánima; y habiendo vuelto los ojos de su consideración por muchas cosas, una sola se le ofreció, la cual él tenía más en el corazón y era si por algún caso nuestra Compañía se deshiciese; pasó más adelante, examinando cuánto le duraría esta aflicción y pena en caso que sucediese, y parecióle que si esto aconteciese sin culpa suya, dentro de un cuarto de hora que se recogiese y estuviese en oración, se libraría de aquel desasosiego, y se tornaría a su paz y alegría acostumbrada; y aún añadía más: que tendría esta quietud y tranquilidad, aunque la Compañía se deshiciese como la sal en el agua. Ésta es muy buena y muy provechosa lección. Dice el apóstol Santiago en su Canónica: «Cuando sintiéredes alguna tristeza o desconsuelo, acudid a la oración, que allí hallaréis el consuelo y el remedio» (St 5,13). Y así lo hacía el profeta David: «Mi ánima rehusó ser consolada; acordéme de Dios, y hallé consuelo» (Sal 77,3-4). Cuando se sentía desconsolado, acordábase de Dios y levantaba su corazón a Él, y luego su ánima se llenaba de gozo y de consuelo; ésta es la voluntad de Dios. Él lo quiere así: Él contento, todos contentos. Pues así como, después de venida la ocasión y el trabajo, es muy buen remedio acudir a la oración para llevarlo bien y con provecho, así también importa mucho tomar este remedio de antemano para que no se nos haga después de nuevo, sino fácil y llevadero...

13. Gregorio Magno, *Homiliae in Evangelia*, 35.

Claro está que la obra es más dificultosa que el deseo, porque en la obra el objeto está presente, y en el deseo en sola la imaginación. Y así nos acontece muchas veces que en la oración estamos muy fervorosos, que no parece que se nos pone nada delante, y después al tiempo de la obra, cuando se ofrece la ocasión, nos hallamos muy lejos de lo que pensábamos. Y así, no basta que sintáis en vos esos deseos, sino habéis de procurar que los deseos lleguen a ser tales y tan eficaces que se entiendan a la obra, porque ésa es la prueba de la virtud. Y si veis que no concuerdan las obras con los deseos, sino que cuando se ofrece la ocasión os halláis otro del que os parece que érades en la oración, confundíos, que todo se os va en deseos, o por mejor decir, confundíos que no deben de ser deseos verdaderos, sino antojos e imaginaciones pues una cosa muy liviana os turba e inquieta después, y os hace volver atrás. Y como el oficial, cuando no le salió bien la obrada torna otra vez a la fragua para hacerla de nuevo o ajustarla y que venga bien, así vos tornad a la fragua de la oración para fraguar mejor esos deseos, y no paréis hasta que diga y concuerde bien la obra con el deseo y no haya en qué tropezar.

*De las causas de la distracción en la oración
y de sus remedios*

[I, 5, 21] Dice muy bien el abad Moisés, que aunque no está en manos del hombre el no ser combatido de pensamientos, pero que lo está el no admitirlos y el desecharlos cuando vienen. Y añade más: que también está en manos del hombre en gran parte el corregir y enmendar la calidad de esos pensamientos y hacer que se le ofrezcan pensamientos buenos y santos, y que esotros de cosas vanas e impertinentes se le vayan olvidando. Porque si se da a ejercicios espirituales de lección, meditación y oración, y se ocupa en obras buenas y santas, tendrá pensamientos buenos y santos; pero si no trata de eso entre día, sino de apacentar sus sentidos en cosas vanas e impertinentes, de eso serán sus pensamientos. Y trae una comparación, que es también de san Anselmo y san Bernardo. Dicen estos santos que el corazón del hombre es como la piedra del molino, que siempre muele, pero en manos del que la rige está hacer que muele el trigo, o cebada, o centeno: lo que le echaren, eso molerá...

Una de las cosas en que se echa mucho de ver la excelencia e importancia grande de la oración, es en la ojeriza grande que el demonio tiene con ella y en la guerra tan continua que le hace, como lo notó bien el santo abad Nilo. Otras obras buenas súfrelas el demonio, y pasa con ellas: el

ayuno, la disciplina, el cilicio; pero un rato de oración no lo puede sufrir, sino que por todas las vías que puede lo procura impedir y poner mil estorbos en ello; de aquí es que cuando estamos en la oración, solemos algunas veces sentir más tentaciones que en otros tiempos; entonces parece que viene todo el tropel de pensamientos, y algunas veces tan malos y feos, que no parece que vamos allí sino a ser tentados y molestados con todo género de tentaciones; porque cosas que nunca se nos ofrecieron, ni nos pasaron por pensamiento en toda nuestra vida, se nos ofrecen en la oración: todo parece que se guarda para allí. Es que como el demonio sabe que la oración es el remedio de todos nuestros males, y principio y fuente de todos los bienes espirituales, y medio eficaz para alcanzar todas las virtudes, dale grande pena, y pone todas sus fuerzas para estorbarla; y así llaman los santos a la oración tormento y azote del demonio.

Esto mismo nos ha de ser a nosotros causa y motivo para estimarla más y darnos más a ella, y tanto más, cuanto más vemos que el demonio, por envidia, nos la quiere impedir. Santo Tomás, Abulense, y otros graves autores, dicen que por esto la santa madre Iglesia, regida por el Espíritu Santo, entendiendo la costumbre de nuestro adversario de tentar hacer toda la guerra que puede a los que hacen oración, tiene ordenado que en el principio de cada una de las horas canónicas se diga aquel verso: «Señor entendidad en mi ayuda; Señor, no tardéis en ayudarme» (Sal 70,2), donde pedimos favor al Señor para orar como debemos y defendernos de las asechanzas y tentaciones de nuestros enemigos.

Lo tercero, nacen algunas veces estos pensamientos y distracciones, sin culpa nuestra, de nuestra propia enfermedad y flaqueza, porque somos tan flacos y miserables, y quedó nuestra naturaleza tan lisiada y estragada por el pecado, y especialmente nuestra imaginación, que ni un Padre nuestro podemos decir sin que se nos ofrezcan diversos pensamientos, como se quejaba san Bernardo. Para esto será muy buen remedio tomar por materia de oración lo mismo que padecemos, humillándonos, considerando y conociendo cuán grande sea nuestra flaqueza, porque esa humildad y ese conocimiento propio será buena oración.

Medios para estar con atención y reverencia en la oración

[I, 5, 22] Fuera de esto, este aviso y el siguiente son necesarios para ir bien preparados a la oración; y así, nuestro Padre nos encomienda esto con palabras encarecidas. «Ayudará», dice, «grandemente, antes de entrar en

la oración, recapacitar los puntos que se han de meditar, y llevar determinado el número de ellos». Y leemos de él que lo hacía así, no solamente en sus principios, sino después también; siendo ya viejo, leía y preparaba su ejercicio de parte de noche, y se acostaba con ese cuidado; para que nadie piense que es ésta cosa de novicios. Y aunque uno sepa bien el ejercicio por haberle meditado ya otras veces, con todo eso, es muy bueno prepararle de nuevo; especialmente que, como aquellas son comúnmente palabras de la divina Escritura dictadas por el Espíritu Santo, el leerlas con un poco de quietud y reposo despierta una nueva atención y devoción para meditarlas y aprovecharse más de ellas. También nos ayudará mucho para esto, que luego en despertando, no dando lugar a otros pensamientos, pensemos en el ejercicio que habemos de tener, preparándonos para la oración con alguna consideración acomodada a lo que habemos de meditar...

Por esto importa mucho que nosotros también estemos muy sobre aviso para no dar lugar a esto, sino que luego en despertando, apenas hayamos abierto los ojos, cuando ya esté plantada en nuestro corazón la memoria del Señor, antes que otro pensamiento peregrino ocupe la posada. De lo cual nos avisa también nuestro Padre, y añade que lo mismo se ha de guardar en su manera cuando la oración se tiene a otra hora, recogiéndonos un poco antes a pensar adónde voy y delante de quién tengo de parecer, y recapacitando brevemente el ejercicio que tengo de meditar, como quien temple la vihuela para tañer. Y generalmente decía nuestro Padre que de la guarda de esto y otros semejantes avisos, que él llama adiciones, dependía en gran parte el tener bien la oración y el sacar fruto de ella. Y nosotros lo experimentamos muy ordinariamente, que cuando vamos bien preparados y guardamos bien estos avisos, nos va bien en la oración, y cuando no, nos va mal.

Dice el Espíritu Santo, por el Sabio: «Antes de la oración, preparaos bien para ella, y no seáis como el hombre que tienta a Dios» (Sf 18,23). Notan santo Tomás y san Buenaventura, sobre estas palabras, que irse a la oración sin preparación, es como tentar a Dios.

Algunos tiempos extraordinarios para darnos más a la oración

[I, 5, 25] Aun allá dicen los filósofos: «El que hace, también padece y va gastando de suyo». Y cada uno experimenta bien esto en sí. Pues por esto importa mucho el recogernos a tiempos, desembarazándonos de todas las demás ocupaciones para remediar este daño, y reparar lo que se va gas-

tando cada día, y cobrar nuevas fuerzas para pasar adelante, porque más obligados estamos a nosotros que a nuestros prójimos, y la caridad bien ordenada, de sí mismo ha de comenzar.

Especialmente que, para el mismo fin de ayudar y aprovechar a los prójimos, importa mucho esto. Porque cierta cosa es que del mayor aprovechamiento nuestro depende el mayor aprovechamiento de los prójimos; y así no se pierde tiempo con los prójimos en lo que uno toma para sí, antes se gana: es como el dejar holgar las tierras un año, para que den después más fruto...

Dicen muy bien los que tratan de oración, que lo que es el sueño para el cuerpo, es la oración para el alma; y así la Sagrada Escritura la llama sueño (Ct 5,2 ; 8,4). Y declarando más esto, dicen que así como el cuerpo descansa con el sueño corporal y cobra nuevas fuerzas, así el alma descansa con este sueño de la oración y cobra nuevos alientos para trabajar por Dios. Y más así como un hombre, aunque coma muy buenos manjares, si no tiene el reposo del sueño necesario, anda flaco y enfermo, y aun a peligro de perder el juicio, así también el que anduviere muy ocupado en obras exteriores, por buenas y santas que sean, si le falta el sueño y reposo necesario de la oración, andará flaco y enfermo en el espíritu y a peligro de perderse. Y por eso dice el Esposo que no despierten a su amada hasta que ella quiera. Cuando del sueño despierta uno por ruido que le hacen, es cosa desabrida; pero cuando despierta por estar ya satisfecho el cuerpo y haberse gastado los humos que suben al cerebro, es cosa más apacible; pues así el alma quiere Dios que nada la turbe ni impida su oración, sino que cuando hubiere estado lo necesario, entonces ella despierte y se emplee en obras de caridad, porque de esa manera se harán ellas bien.

Del fruto que hemos de obtener de estos ejercicios

[I, 5, 26] De nuestro P. Francisco de Borja se cuenta en su vida que, después que llevó el cuerpo de la emperatriz a Granada, donde el Señor le dio grande luz y desengaño de la vanidad del mundo con aquel espectáculo de la muerte que tenía presente, tornando a la corte, dice que le parecía que hallaba la corte trocada, y era que se había él trocado y mudado con el conocimiento y desengaño que Dios le había dado. Pues de esta manera tenemos nosotros de salir de los ejercicios con la nueva luz y desengaño que el Señor en ellos suele comunicar...

[27] Ayudará también mucho aquel aviso que nuestro Padre nos da, y quiere que guardemos siempre en la oración: que después que haya acabado uno su hora de oración, por espacio de un cuarto de hora, o cerca, sentado o paseándose, haga examen de la oración y se tome cuenta cómo le ha ido en ella, y si le ha ido mal, mire la causa de donde procedió: mire si llevaba bien preparado el ejercicio, si dio lugar a otros pensamientos impertinentes, si se dejó vencer del sueño, si se detuvo demasiado en la especulación del entendimiento, si estuvo en la oración con el corazón caído y remiso, si no procuró de ejercitar los afectos de la voluntad, sino tuvo la intención tan pura como era razón, buscando más su consuelo que el beneplácito divino. Y si hallare haber faltado, arrepíentase de ello, y proponga la enmienda para adelante; y si le ha ido bien, dará gracias a Dios nuestro Señor, procurando de haberse de la misma manera en las demás oraciones. Este documento es de mucha importancia. Lo primero, porque con este examen y reflexión que uno hace de cómo le ha ido en la oración, toma experiencia por dónde le va mal, para quitarlo, y por dónde le va bien, para seguirlo, con lo cual se alcanza la discreción espiritual y el magisterio que nace de la ciencia experimental. Por esto nuestro Padre estima en mucho este examen y reflexión para sacar maestros no sólo en esto, sino también en otros ejercicios y ministerios nuestros...

Podemos añadir aquí otro punto, y es que será muy buen consejo apuntar uno lo que saca de la oración, escribiendo, no a la larga, sino brevemente, los deseos y propósitos que saca de ella, y también algunas verdades e ilustraciones o desengaños que el Señor suele allí dar, unas veces cerca de algunas virtudes, otras cerca de los mismos misterios que se meditan. Y así leemos que lo usaron nuestros primeros Padres, nuestro bienaventurado P. Ignacio, el P. Pedro Fabro, y tenemos algunas cosas suyas que escribieron de esto; y el P. Francisco Javier aconsejaba también lo mismo, como leemos en su Vida; y en el Directorio de los ejercicios se nos pone también este aviso; y nuestro P. General Claudio Aquaviva, en las Industrias que escribió, tratando de la oración, nos lo encomienda. Y fuera de que con esto se perfeccionan más los propósitos y deseos, y se arraigan más en el corazón, tenemos experiencia que se aprovecha uno mucho después de leer estas cosas; porque como han sido propias, y las ha uno sentido como tales, muévenle después más que otras, y fácilmente se torna a actuar en ellas; y cuando ve que después no llega a aquello, confúndese de que no es tal cual entonces era, y que en lugar de ir adelante, vuelve atrás. De manera que, o se anima a llevar adelante aquello, o a lo menos suple con confusión lo que le falta de perfección; y así siempre suele ser esto de mucho provecho, pero particularmente lo es en tiempo de ejercicios.

De la presencia de Dios

[I, 6, 2] Algunos hay que imaginan delante de sí o a su lado a Jesucristo nuestro Redentor, que anda con ellos y los está siempre mirando en todo que hacen y de esa manera andan siempre en la presencia de Dios. Y de éstos, unos imaginan delante de sí a Cristo crucificado, otros atado a la columna, otros en la oración del huerto sudando gotas de sangre, otros en otro paso de la Pasión o en algún misterio gozoso de su vida santísima, conforme a lo que más mueve a cada uno; o una temporada le imaginan en un paso, y otra en otro. Y aunque esto es muy bueno si se sabe hacer, pero comúnmente hablando no es lo que nos está mejor a nosotros; porque todas estas figuras e imaginaciones de cosas corporales cansan y fatigan y quiebran mucho las cabezas. Un san Bernardo y un san Buenaventura debían de saber hacer eso de otra manera que nosotros, y hallaban en ello mucha facilidad y descanso, y así se entraban en aquellos agujeros de las llagas de Cristo y dentro de su costado, y aquélla era su guarida y su refugio y descanso, pareciéndoles que oían aquellas palabras del Esposo en los *Cantares*: «Levántate, amiga mía, hermosa mía, y ven, paloma mía, que moras en los agujeros de la piedra y en la concavidad de la cerca» (Ct 2,13-14). Otras veces imaginaban el pie de la cruz hincado en su corazón, y estaban recibiendo en su boca con grandísima dulzura aquellas gotas de sangre que corrían y manaban de las fuentes del Salvador (Is 12,3)...

Veráse bien cuánta razón tenemos de advertir esto, porque aun para hacer la composición de lugar, que es uno de los preámbulos de la oración con que nos hacemos presentes a lo que habemos de meditar, imaginando que realmente pasa aquello delante de nosotros, advierten los que tratan de oración, que no ha de ahincar uno mucho la imaginación en la figura y representación de estas cosas corporales que piensa, porque no se quiebre la cabeza, y por otros inconvenientes de ilusiones que suele haber en ello. Pues si para un preámbulo de la oración, y que se hace tan brevemente y estando uno sosegado y despacio, sin tener otra cosa en que entender, es menester tanto aviso y recato, ¿qué será querer todo el día y en medio de otras ocupaciones conservar esa composición?...

Pues ¿cómo habemos de considerar a Dios presente? Digo que no más que haciendo un acto de fe, presuponiendo que Dios está aquí presente, pues la fe nos lo dice, sin querer saber cómo ni de qué manera, como dice san Pablo que hacía Moisés: «A Dios, que es invisible, le consideraba y tenía presente como si le viera» (Hb 11,27), sin querer saber ni imaginar cómo es, sino como cuando uno está hablando con su amigo de noche, sin

reparar en cómo es, ni acordarse de eso, sino solamente gozándose y deleitándose con la conversación y presencia de su amigo, que sabe que está allí presente. De esa manera habemos de considerar nosotros a Dios presente: bástanos saber que está aquí nuestro amigo para gozar de él; no os paréis a mirar cómo es, que no acertaréis, porque es de noche ahora para nosotros; esperad que amanezca, y cuando venga la mañana de la otra vida, entonces se descubrirá y le podremos ver claramente como es (1 Jn 3,2). Por eso le apareció Dios a Moisés en la niebla y obscuridad.

[I, 6, 5] La presencia de Dios no es sólo para parar en ella, sino para que nos sea un medio para hacer bien las obras que hacemos; porque si nos contentásemos con sólo traer atención a que Dios está presente y por eso nos descuidásemos en las obras, e hiciésemos faltas en ellas, ésa no sería buena devoción, sino ilusión. Siempre habemos de tener cuenta con que, aunque el un ojo traigamos en su Majestad, el otro le pongamos en hacer bien las obras por Él, y el mirar que estamos delante de Dios nos ha de ser medio para hacer mejor y con más perfección todo lo que hacemos; y esto mucho mejor se hace con este ejercicio, que con otros. Porque con otros ocúpase mucho el entendimiento en aquellas figuras corporales que quiere uno representar delante o en los conceptos que quiere sacar de lo que tiene presente, y por sacar el buen pensamiento muchas veces no mira bien lo que hace, y lo hace mal hecho; pero este ejercicio, como no hay en él ocupación de entendimiento, no impide nada al ejercicio de las obras, antes ayuda mucho para que vayan bien hechas, porque las está haciendo por amor de Dios y delante de Dios, que le está mirando; y así procura de hacerlas de tal manera y tan bien hechas que puedan parecer delante de los ojos de la divina Majestad y que no haya en ellas cosa indigna de su presencia.

De la conformidad a la voluntad de Dios

[I, 8, 1] Aborrece Dios el pecado, y así no puede ser causa ni autor de él. Pero fuera de eso, todas las demás cosas y todos los trabajos y males de pena vienen por voluntad y orden de Dios. Este fundamento es también muy cierto. No hay fortuna en el mundo, como fingía el error de los gentiles. Los bienes que el mundo llama de fortuna, no los da la fortuna, que no la hay, sino sólo Dios. Así lo dice el Espíritu Santo, por el Sabio: «Los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y las riquezas, Dios las da» (Si 11,14).

Y aunque estas cosas vengan por medio de otras causas segundas, mas cierto es que ninguna cosa se hace en esta gran república del mundo sino por voluntad y orden de aquel sumo Emperador que la gobierna. Ninguna cosa viene acaso respecto de Dios; todo viene registrado y colado por su mano...

Esta verdad, aun con sola la luz natural la alcanzaron los buenos filósofos, y dijeron que aunque respecto de las causas segundas muchas cosas son acaso, pero respecto de la primera causa no son acaso, sino pretendidas muy de propósito. Y ponen ejemplo: como si un señor enviase a un criado a alguna parte a negocios, y enviase por otra parte otro criado al mismo lugar a otro negocio, sin saber el uno del otro, pretendiendo que allá se juntasen, el encontrarse estos dos criados, respecto de ellos es acaso, pero respecto del señor, que lo pretendió, no es acaso, sino pensado y pretendido muy de propósito. Así acá, aunque respecto de los hombres acaezcan algunas cosas acaso, porque ellos no pretendieron aquello, ni lo pensaron, pero respecto de Dios no es acaso, sino con acuerdo y voluntad suya, que lo ordenó así para los fines secretos y ocultos que Él sabe...

Ninguna cosa habéis de tomar como venida acaso, o por industria y trazas de los hombres, porque eso es lo que suele dar mucha pena y congoja; no penséis que os vino esto o aquello porque el otro lo meneó, y que si no fuera por tal o tal cosa, de otra manera sucediera. No habéis de hacer caso de eso, sino tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por cualquier vía y por cualquier rodeo que vengan, porque Él es el que las envía por esos medios.

Solía decir uno de aquellos famosos Padres del yermo, que no podría el hombre tener verdadero descanso ni contento en esta vida, si no hiciera cuenta que en este mundo solamente está Dios y él. Y san Doroteo dice que aquellos Padres antiguos tenían grande ejercicio de tomar todas las cosas como venidas de la mano de Dios, por pequeñas que fuesen y de cualquiera manera que viniesen. Y que con esto se conservan en grande paz y quietud, y vivían una vida del cielo.

[2] Es una verdad tan asentada en la Escritura divina que todos los trabajos y males de pena vienen de la mano de Dios, que no era menester detenernos en probarla, si el demonio con su astucia no procurara obscurecerla. Porque de la otra verdad, también cierta, que dijimos, que es no ser Dios causa ni autor de pecado, infiere una conclusión falsa y mentirosa, haciendo creer a algunos que aunque los males que nos vienen por medio de causas naturales y criaturas irracionales, como la enfermedad, la hambre y esterilidad vienen de mano de Dios, porque allí no hay pecado, ni lo puede haber en esas criaturas, porque no son capaces de él, pero que el mal y tra-

bajo que sucede por culpa del hombre que me hirió, o robó, o deshonró, no viene de la mano de Dios, ni guiado por su orden y providencia, sino por la malicia y dañada voluntad del otro, el cual es un error muy grande. Dice muy bien san Doroteo, reprendiendo esto, y a los que no toman las cosas como venidas de la mano de Dios: «Hay algunos que, cuando otro dice alguna palabra contra ellos, o les hace algún otro mal, olvidados de Dios, toda su saña convierten contra el prójimo, imitando a los perros, que muerden la piedra, y no miran ni tienen cuenta con la mano que la tiró»...

De manera que, aunque Dios no es ni puede ser causa ni autor del pecado, pero tenemos de tener por cierto que todos los males de pena, ahora vengan por medio de causas naturales y de criaturas irracionales, ahora vengan por medio de criaturas racionales, por cualquier vía y de cualquier manera que vengan, vienen de la mano de Dios y por su dispensación y providencia. Dios es el que meneó la mano del que os lastimó, y la lengua del que os dijo la palabra afrentosa. «¿Habrá algún mal en la ciudad, que no venga por mano de Dios?» (Am 3,6), dice el profeta Amós, y está llena la Sagrada Escritura de esta verdad, atribuyendo a Dios el mal que un hombre hizo a otro, y diciendo que Dios es el que hizo aquello...

Pero ¿qué mucho es reconocer a los hombres por instrumentos de la justicia y providencia divina, pues que lo son los mismos demonios, obstinados y empedernidos en su malicia y ansiosos de nuestra perdición? Nótese esto maravillosamente san Gregorio sobre aquello que dice la Escritura en el primer libro de los Reyes: «Un espíritu malo del Señor atormentaba a Saúl» (1 S 16,23). El mismo espíritu se llama espíritu del Señor y espíritu malo; malo, por el deseo de su mala voluntad; y del Señor, para dar a entender que era enviado de Dios para dar aquel tormento a Saúl, y que Dios lo obraba por él. Y así lo declara allí el mismo texto, diciendo: «Por ordenación divina, atormentábase un espíritu maligno» (1 S 16,14). Y por la misma razón dice el Santo que a los demonios que atribulan y persiguen los justos, los llama la Escritura ladrones de Dios; ladrones, por la mala voluntad que tienen de hacernos mal; y de Dios, para darnos a entender que el poder que tienen para hacer mal, lo tienen de Dios...

[3] «Hijo, dame tu corazón» (Pr 23,26). Así como el azor real no se ceba sino de corazones, así Dios lo que más precia y estima es el corazón; y si ése no le dais, con ninguna otra cosa le podréis contentar ni satisfacer. Y no nos pide mucho en pedirnos esto; porque si a nosotros, que somos un poco de polvo y ceniza, no nos basta a hartar ni contentar todo cuanto Dios tiene criado, ni estará satisfecho este nuestro pequeñuelo corazón con menos que Dios, ¿cómo pensáis vos contentar y satisfacer a Dios dándole

aun no todo vuestro corazón, sino parte de él, y reservando parte para vos? Muy engañado estáis, que no es nuestro corazón para poderlo dividir ni repartir de esa manera. Cama pequeña y estrecha es el corazón, dice el profeta Isaías (28,20); no cabe en él más que Dios; y por eso le llama la Esposa camilla pequeña (Ct 3,1), porque tenía su corazón estrechado de tal manera, que en él no cabía otro que su Esposo. Y el que quisiere extender y dilatar su corazón para dar en él lugar a otro, echará a Dios de él; y de eso se queja su Majestad, por Isaías: «Adulterado habéis, recibiendo en la cama de vuestro corazón a otro que vuestro Esposo, y por cubrir al adúltero, descubristis y echáis fuera a Dios» (Is 57,8). Mil corazones que tuviéramos, los habíamos de ofrecer a Dios, y todo nos ha de parecer poco para lo que debemos a tan gran Señor.

[4] De aquel monte de Macedonia llamado Olimpo dicen los antiguos, y lo trae san Agustín en muchos lugares, que es de tan grande altura, que no se sienten allá arriba ni vientos, ni lluvias, ni nubes. Ni aun las aves pueden aportar allá, porque está tan alto, que sobrepuja esta primera región del aire y llega a la segunda, y así, está allí el aire tan puro y delicado, que no se pueden engendrar ni sustentar en él las nubes, que habían menester aire más denso. Y por la misma razón no se pueden tener allí las aves, ni aun los hombres pueden vivir allí, porque, por ser el aire tan sutil y delicado, no es suficiente para poder respirar. Y de esto dieron noticia algunos que subían allá de año en año a hacer ciertos sacrificios, los cuales llevaban consigo unas esponjas mojadas, para que, puestas a las narices, pudiesen condensar el aire, y así respirar. Estos escribían allá arriba en el polvo unas letras, las cuales hallaban otro año tan formadas y enteras como las habían dejado, lo cual no pudiera ser si llegaran allá los vientos y lluvias. Pues éste es el estado de perfección a que han subido y llegado los que tienen esta conformidad entera con la voluntad de Dios. Hanse subido y levantado tan alto, han alcanzado ya una paz tan grande, que no hay nubes, ni vientos, ni lluvias, que lleguen allá, ni aves de rapiña que salteen ni roben la paz y alegría de su corazón...

[5] De aquel santo abad que llamaban Deícola, se dice que siempre se andaba riendo. Y preguntado por qué, decía: «Sea lo que se fuere, y venga lo que viniere, nadie me puede quitar a Dios». Éste había hallado el verdadero contento, porque le había puesto en lo que no podía faltar, ni nadie le podía quitar...

Es muy buena comparación, y que declara esto bien, aquella común que se suele traer de la aguja del relojico de sol. La naturaleza de esta aguja, después de tocada con la piedra imán, es mirar al norte, porque Dios le dio esa natural inclinación; y veréis qué desasosiego tiene aquella aguja, y qué

de veces se vuelve y se revuelve, hasta que endereza la punta al norte, y esto hecho, luego para. Pues de esa manera crió Dios al hombre con esta natural inclinación y respeto a Él, como a su norte y último fin; y así, mientras no pusiéremos nuestro corazón en Dios, siempre estaremos como aquella aguja, inquietos y desasosegados. A cualquier parte del cielo de las que se mueven que mire aquella aguja, no sosiega; y en mirando a un punto del cielo que no se mueve, queda fijo e inmóvil. Así, mientras pusiéredes los ojos y el corazón en las cosas del mundo, mudables y perecederas, no podréis tener sosiego ni contento: ponedle en Dios, y tendréisle...

[7] El demonio procura algunas veces inquietarnos con algunas tentaciones de pensamientos condicionales y de preguntas: si el otro te dijese esto, ¿qué responderías? Si acaeciese esto, ¿qué harías? En este caso, ¿cómo te habrías? Y como él es tan sutil, representanos las cosas de tal manera que por cualquiera parte parece que nos hallamos perplejos y no acertamos a salir, por hallar allí armado lazo; porque el demonio no cura que sea verdadero o aparente y fingido aquello con que engaña; como él haga su hecho de traer al hombre a algún consentimiento malo, no le importa más eso que esotro. En estas tentaciones dicen comúnmente que no está uno obligado a responder ni sí ni no, antes hará mejor en no responder. Y especialmente a gente escrupulosa les conviene más esto, porque si comienzan a trabar pláticas con el demonio y andar en demandas y respuestas con él, eso es lo que él se quiere, porque a él no le faltarán réplicas; y por bien librados que salgan de la escaramuza, saldrán quebrada la cabeza. Pero una respuesta hallo yo buena y provechosa para estas tentaciones, y responder esto lo tengo por mejor que el no responder, y es lo que vamos diciendo, a cualquiera cosa de esas puede uno responder a ojos cerrados: «Si eso es voluntad de Dios, yo lo quiero; yo querría en eso lo que Dios quisiese; en todo me remito a la voluntad de Dios; yo haría en eso lo que fuese obligado; el Señor me daría gracia para que en eso no le ofendiese, sino que hiciese lo que fuese su voluntad»...

[10] Estamos rodeados por todas partes de la buena voluntad de Dios, que no nos puede entrar ninguna cosa sino por ella, y así no hay que temer porque no dejará Él entrar ni pasar a nosotros cosa alguna si no es para mayor bien y provecho nuestro. Dice el real Profeta: «En lo más secreto de su tabernáculo y de su recámara nos tiene Dios escondidos; debajo de sus alas nos tiene guardados» (Sal 27,5). Y más que eso dice: «Esconderlos heis en lo escondido y secreto de vuestro rostro» (Sal 31,21). Escóndenos el Señor en lo más escondido y amparado de su rostro, que son los ojos, en las niñas de ellos nos esconde; y así dice otra letra: «En los ojos de su

cara». Hácenos Dios niñas de sus ojos, para que así se verifique bien lo que dice en otra parte: «Como las niñas de los ojos, así estamos guardados debajo de su amparo y protección; y quien tocara a vosotros dice Dios, me toca a Mí en la lumbre de los ojos» (Za 2,8). No se puede imaginar cosa más rica ni más para estimar y desear que ésta...

[12] Más vale, dice, en las adversidades un gracias a Dios, un bendito sea Dios, que seis mil gracias y bendiciones de prosperidades. Y así compara la Escritura divina los justos al carbunclo (Si 32,6), porque esta piedra preciosa da más claridad y resplandor de noche que de día...

[23] Es ignorancia y ceguedad nuestra el sentir tanto los trabajos corporales, y tan poco los espirituales. No son de sentir tanto los trabajos, cuanto los pecados. Si conociésemos y ponderásemos bien la gravedad de nuestras culpas, todo castigo nos parecería pequeño, y diríamos aquello de Job: «Pequé, Señor, y verdaderamente he delinquido y ofendido a vuestra divina Majestad, y no me habéis castigado como yo merecía» (Jb 11,6), palabras que habíamos de traer siempre en el corazón y decirlas muchas veces con la boca; que todo es nada cuanto podemos padecer en esta vida, en comparación de lo que merece un solo pecado. Quien considerare que ha ofendido a Dios y que merecía estar en los infiernos para siempre jamás, ¿qué deshonras, qué injurias, que desprecios no recibirá de buena voluntad en recompensa y satisfacción de las ofensas que ha cometido contra la majestad de Dios? Decía David cuándo le maldecía y deshonoraba Semeí: «Dejadle; maldígame, deshónreme, lléneme de injurias y de oprobios, que por ventura se contentará el Señor, y se dará por pagado y satisfecho con esto de mis pecados y habrá misericordia de mí, y será gran dicha mía» (2 S 16,12). De esta manera habemos de abrazar nosotros las deshonras y trabajos que se nos ofrecieren. Vengan en buena hora, que por ventura será servido el Señor de recibir eso en descuento y satisfacción de nuestros pecados, y sería ésa gran dicha nuestra. Si lo que gastamos en quejarnos y sentir los trabajos, lo gastásemos en volvernos de esta manera contra nosotros, agradeceríamos más a Dios, y nos remediaríamos mejor...

Sobre aquellas palabras del salmo...: «y el amado como el hijo del unicornio» (Sal 29,6), notan los santos que se compara Dios al unicornio, porque el unicornio tiene el cuerno debajo de los ojos, que ve muy bien dónde hiere, no como el toro, que los tiene encima, y no ve dónde da; y más: el unicornio, con el cuerno que hiere, sana; así Dios, con lo que hiere, sana.

Agrádale tanto a Dios esta conformidad y humilde sumisión al castigo, que algunas veces es medio para que se aplaque el Señor y deje de castigarnos.

Del ejercicio de algunas virtudes

[II, 1, 13] Aquella razón: Esto es voluntad de Dios, Dios quiere y gusta ahora de esto, convence y concluye, y ata de pies y manos. De nuestro P. Francisco de Borja leemos que una vez partió tarde de Valladolid a Simancas, donde estaba la casa de probación; nevaba mucho, y hacía un viento muy frío y riguroso, y vino a llegar muy de noche, y a tiempo que ya estaban reposando los novicios; estuvo un gran rato llamando a la puerta, cayendo copos de nieve sobre él, y como era el primer sueño y la puerta estaba lejos de la habitación, no había quién respondiese. A cabo de gran rato le oyeron y le abrieron, quedando muy corridos los novicios de haber hecho aguardar tanto a su Padre, y verle traspasado y tiritando de frío. Díjoles entonces el Padre con muy buena gracia y alegre semblante: «No tengáis pena, hermanos míos, que yo os certifico que el Señor me ha regalado mucho el tiempo que he estado aguardando, porque estaba pensando que el Señor era el que me tiraba los copos de nieve y enviaba los aires helados sobre mí, y que todo lo que obra, lo obra con infinita alegría y gusto suyo, y que debía yo regocijarme considerando el gusto de Dios en castigarme y afligirme, y gozarme del gozo que Él tenía en esta obra, pues se despedaza un león u otro animal bruto delante de un gran príncipe por sólo darle contento. De esa manera tenemos de tomar nosotros todas las ocasiones de mortificación, y ése ha de ser nuestro gusto y contento en ellas: el gusto y contento de Dios»...

[17] Hay algunos que tienen unos naturales difíciles, y sienten gran dificultad y gran repugnancia y contradicción de su carne para las obras de virtud, con lo cual andan desconsolados, pareciéndoles que es ya todo perdido. Para éstos es el primer aviso consolatorio, que no está la culpa ni la imperfección en tener y sentir estas repugnancias y movimientos contra la razón, sino en seguirlos y obrar conforme a ellos; como en las tentaciones, no está la culpa en los movimientos o pensamientos malos y feos que nos vienen contra la castidad o contra la fe, o contra cualquier virtud, con que algunos se suelen afligir y desconsolar mucho. Dicen muy bien los santos: «No os fatiguéis ni tengáis pena de eso, que no está la culpa en el sentimiento, sino en el consentimiento». Cuando a vos os pesa de esas cosas, y procuráis resistir y no hacer caso de ellas, antes son materia y ocasión de mayor merecimiento. De la misma manera es en las inclinaciones y condiciones malas que tenemos de nuestra naturaleza, unos más, otros menos, de las cuales se nos levantan tan malos movimientos en nuestro apetito, y tantas repugnancias y dificultades para la

virtud; no está en eso el ser uno malo o bueno, ni el ser perfecto o imperfecto, porque eso es natural, y no está en nuestra mano, sino que lo heredamos con el pecado...

Ésa es la diferencia que hay entre los hombres espirituales, que tratan de perfección, y los carnales y sensuales, que no tratan de eso; no está la diferencia en sentir o no sentir dificultades y contradicciones de la carne, sino en que éstos se dejen llevar de ellas, y aquéllos no. El pez vivo va agua arriba, el muerto agua abajo; pues en esto se verá si sois hombre espiritual y vive en vos el espíritu, o si está muerto: en si vais agua arriba contra la corriente de vuestras pasiones, o si os dejáis llevar de ellas agua abajo...

En esto está todo el punto: en no dar oídos a las tentaciones y apetitos que se levantan, ni consentir con ellos, y así, nadie debe desmayar por sentir en sí malas inclinaciones, sino animarse a sacar de eso mayor corona, como de las tentaciones. Así nos lo aconseja san Agustín en el sermón tercero de la Ascensión. Exhortando y animando a que subamos todos al cielo con Cristo, entre otros medios que pone para subir allá, son nuestras pasiones y malas inclinaciones: «subamos también al cielo con Cristo, ayudándonos de nuestras mismas pasiones». Y si preguntáredes de qué manera nos podremos ayudar de las pasiones para subir al cielo, responde que trabajando cada uno por sujetarlas y domarlas con ánimo generoso. De esta manera haremos de nuestras pasiones escalones para subir a lo alto, porque ellas mismas nos levantarán sobre nosotros si estuvieren debajo de nosotros; poniéndolas debajo de los pies, nos servirán de escalones para subir al cielo...

Así como el ave no siente que está presa hasta que quiere salir del lazo, así el hombre no conoce bien la fuerza de sus vicios y malas inclinaciones hasta que trabaja por salir de ellas. Al abrazar de la virtud se declara la contradicción del vicio que le repugna.

En el libro de los hechos de los santos Padres se cuenta que un monje preguntó a uno de aquellos Padres antiguos: «¿Qué será la causa que no siento en mi alma aquellas peleas y contrastes de tentaciones que otros sienten?». Respondió el Padre: «Porque eres como una grande portada, que entra quien quiere y sale quien quiere, sin saber ni entender tú lo que se hace y pasa en tu casa; tienes mucha anchura de conciencia, poca guarda del corazón, poco recato en tus cosas, en tus sentidos poco recogimiento y así, no te espantes de lo que dices; si tuvieses la puerta cerrada, y no permitieses entrar los malos pensamientos, entonces verías la guerra que te hacían para entrar».

Del proceder con modestia, silencio y recogimiento

[II, 2, 7] Esta manera de vida recogida, andar uno con sus ojos bajos, no querer hablar ni oír sino lo necesario, haciéndose sordo, ciego y mudo por Dios, no es vida triste ni melancólica, sino antes muy alegre y gustosa. Y tanto más que esotra, cuanto es más dulce la conversación y compañía de Dios que la de los hombres, a la cual nos convida y lleva ese recogimiento...

De aquí se entenderá otro engaño: que, como piensa el ladrón que todos son de su condición, algunos, en viendo al otro devoto y recogido, y sus ojos bajos, y que no anda hablando, como ellos, con todos los que encuentra, luego les parece que anda tentado o que anda triste y melancólico, y aun algunas veces se lo dicen. Y hay algunos que no se atreven a andar con la modestia y silencio que querrían y deberían, por temor de esto. Lo cual se debe advertir mucho, para que nadie haga daño por su indiscreción y poco espíritu. Porque vos no sabéis tener alegría y contento en el silencio y recogimiento, pensáis que el otro tampoco lo ha de tener, o por ventura os da en rostro la modestia del otro, porque es una continua reprehensión de vuestra inmodestia y poco recogimiento, y por eso no la podéis sufrir. Dejad al otro ir adelante en su ejercicio, que mayor alegría y contento trae él que vos, porque aquélla es una alegría espiritual y verdadera, que es la que dice san Pablo de los que parecen tristes y están llenos de regocijo (2 Co 6,10). Aunque os parece a vos que anda triste no anda sino con mucho contento y gozo interior. Aun allá Séneca¹⁴ avisa de esto a su amigo Lucilio. No está, dice, la alegría verdadera en lo exterior, sino allá dentro en el corazón. Así como el oro y metal fino no es lo que se halla en la superficie de la tierra, sino lo que está en las venas y entrañas de ella, así la verdadera alegría y contento no es el que uno muestra de fuera hablando, riyendo y conversando con unos y con otros, porque eso no harta ni satisface al alma, sino el que está, como oro fino, en las venas y entrañas del corazón...

[8] Llamó Marta a María en silencio, diciendo: «El Maestro está aquí, y te llama» (Jn 11,28). Pregunta [san Agustín]: «¿Cómo dice en silencio, pues dijo: “El Maestro está aquí y te llama?”». Y responde que voz baja se llama silencio. Pues así acá, cuando hablan unos con otros en sus oficios con voz baja, entonces decimos que hay silencio en casa; pero cuando hablan alto, aunque las cosas sean necesarias, no guardan silencio. De manera que para que haya silencio en todas las oficinas y parezca casa de religión, y nosotros

14. Séneca, *Epistulae ad Lucilium*, III, 23.

parezcamos religiosos, es menester hablar bajo. Dice san Buenaventura que es grande falta en un religioso hablar alto. Basta que habléis de manera que los que están cerca os puedan entender. Y si queréis decir algo al que está lejos, id allá y decídsela, porque no conviene a la modestia religiosa hablar a voces ni desde lejos. Y advierte san Buenaventura que la noche y el tiempo de reposo y de recogimiento piden aún más particularmente que el hablar sea más bajo, para no inquietar a otros en aquel tiempo; y lo mismo piden algunos lugares particulares como la sacristía, portería y refectorio.

A esta circunstancia del modo de hablar dice san Buenaventura que pertenece también hablar con serenidad del rostro, no haciendo gestos con la boca, encogiendo o extendiendo mucho los labios, ni mostrando señales en los ojos o arrugas en la frente o en la nariz, ni meneos en la cabeza, ni hablando mucho de manos, que es lo que nos encomienda nuestro Padre en las reglas de la modestia. También dicen san Ambrosio y san Bernardo que pertenece a esta circunstancia que la voz no sea afectada, ni quebrada con una blandura mujeril sino que sea voz de hombre grave. Empero, aunque no ha de ser el modo de hablar melindroso ni afeminado, dicen que tampoco ha de ser áspero, bronco ni pesado. Siempre ha de ser el modo de hablar del religioso de tal manera grave, que vaya mezclado con suavidad. Y aunque siempre es menester guardar buen modo en el hablar, pero particularmente es esto más necesario cuando queremos amonestar o reprender; porque si esto no se hace con buen modo, perderáse del todo el fruto de ello. Dice muy bien san Buenaventura: «El que turbado y con cólera corrige o avisa a otro, más parece que lo hace de impaciencia y por lastimarle, que de caridad y celo de aprovecharle: no se enseña la virtud con vicio, ni la paciencia con impaciencia, ni la humildad con soberbia».

De la virtud y de la humildad

[II, 3, 11] En las preguntas que se hacen en las conferencias espirituales que solemos tener, de dónde nace tal cosa, y qué remedio para ella, casi en todas podemos responder que aquello nace de falta de conocimiento propio, y que el remedio sería conocerse a sí mismo y humillarse. Porque si preguntáis de dónde nace el juzgar a mis hermanos, digo que de falta de conocimiento propio; porque si anduviédes dentro de vos, tendríades tanto que mirar y llorar vuestros duelos, que no tendríades cuenta con los ajenos. Si preguntáis de dónde nace hablar a mis hermanos palabras ásperas y mortificativas, también nace de falta de conocimiento propio; porque si vos os co-

nociédeses y os tuviédeses por el menor de todos, y a cada uno le mirádeses como a superior, no tendríades atrevimiento para hablarles de esa manera. Si preguntáis de dónde nacen las excusas, las quejas y murmuraciones, por qué no me dan esto o lo otro, o por qué me tratan de esta manera, claro está que nacen de eso. Si preguntáis de dónde nace el turbarse y entristecerse uno demasiado cuando es molestado de tales o tales tentaciones, o cuando ve que cae muchas veces en algunas faltas, y melancolizarse y desanimarse con eso, también nace de falta de propio conocimiento; porque si tuviédeses humildad y considerádeses bien la malicia de vuestro corazón, no os turbaríades ni desmayaríades por eso, antes os espantaríades cómo no pasan peores cosas por vos, y cómo no dáis mayores caídas, y andaríades alabando y dando gracias a Dios porque os tiene de su mano para que no os caigáis en lo que cayéades si Él no os tuviera. De una sentina y manantial de vicios, ¿qué no ha de brotar? De tal muladar, tales olores como éstos se han de esperar; y de tal árbol, tal fruto. Sobre aquellas palabras del Profeta: «Acordóse que somos polvo» (Sal 103,14), dice San Anselmo: «¿Qué mucho que el viento se lleve al polvo?». Si pedís remedio para tener mucha caridad con vuestros hermanos, para ser obediente, para ser paciente, para ser muy penitente, aquí hallaréis remedio para todo.

De nuestro P. Francisco de Borja leemos que, yendo de camino, le encontró un señor de estos reinos, amigo suyo, y como le vio que andaba con tanta pobreza e incomodidad, condoliéndose de él, rogóle que tuviese más cuenta con su persona y regalo. Díjole el Padre, con alegre semblante y mucha disimulación: «No le dé pena a vuestra señoría, ni piense que voy tan desapercibido como le parece, porque le hago saber que siempre envío delante un aposentador, que tiene aderezada la posada y todo regalo». Preguntándole aquel señor quién era este aposentador, respondió: «Es mi propio conocimiento y la consideración de lo que yo merezco, es el infierno por mis pecados, y cuando con este conocimiento llego a cualquier posada, por desacomodada y desapercibida que esté, siempre me parece más regalada de lo que yo merezco».

[II, 3, 16] Mientras no llegáremos a hacer las obras virtuosas con gusto y alegría, será cosa muy dificultosa el perseverar en la virtud. San Doroteo dice que ésta era doctrina común de aquellos Padres antiguos. Solían decir aquellos Padres antiguos, y tenían ésta por una verdad muy averiguada y cierta, que lo que no se hace con gozo y alegría no puede durar mucho tiempo. Bien podrá ser que por alguna temporada guardéis el silencio y andéis con modestia y recogimiento; pero hasta que eso salga de lo interior del

corazón, y con la buena costumbre se os haga como connatural, y así lo vengáis a hacer con suavidad y gusto, no perseveraréis mucho en ello, porque será como cosa postiza y violenta, y cosa vista es que «nada violento es duradero». Por esto importa mucho ejercitarnos en los actos de las virtudes, hasta que la virtud se nos vaya embebiendo y arraigando en el corazón de tal manera que parezca que ella se cae de suyo y que aquel es nuestro natural, y así vengamos a obrar las obras de la virtud con gusto y alegría, porque de esa manera podremos tener alguna seguridad de que duraremos y perseveraremos en ella. Esto es lo que dice el Profeta: «Bienaventurado el varón que todo su contento y todo su gozo y regocijo es en la ley del Señor, y éstos son sus deleites y entretenimientos» (Sal 1,2), porque ése dará fruto de buenas obras, como árbol plantado cerca de las corrientes de las aguas.

[II, 3, 24] Cuéntase en las Vidas de los Padres, que contaba el abad Juan que un filósofo tuvo un discípulo que cometió una culpa, y díjole: «No te perdonaré si no sufres las injurias de otros por tres años». Hízolo así, y vino por el perdón y volvióle a decir el filósofo: «No te perdono si no das premios otros tres años porque te injurien». Hízolo así, y entonces le perdonó, y le dijo: «Ya podrás ir a Atenas a aprender la sabiduría»; con lo cual fue a Atenas, y un filósofo injuriaba a los que entraban a oírle de nuevo, por ver si tenían paciencia, y como le hiciese una injuria y él se riyese, díjole: «¿Cómo te ríes, injuriándote yo?». Respondió: «Tres años di dones porque me injuriasen, y ahora, hallando quien me injurie de balde, ¿no quieres que me ría?». Entonces el filósofo: «Entra, que tú eres bueno para la sabiduría». De lo cual concluía el abad Juan que la paciencia era la puerta de la sabiduría.

El P. Mafeo, en la Vida que escribe de nuestro bienamado P. Ignacio, cuenta que, yendo una vez nuestro Padre en peregrinación de Venecia a Padua con el P. Diego Láinez, con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, llegóse cerca de ellos, y comenzó a reír y burlar de ellos. Paróse nuestro Padre con mucha alegría, y diciéndole el compañero que por qué no andaba y dejaba aquel muchacho, respondió: «¿Por qué habemos de privar a este niño de este contento y alegría que se le ofrece?». Y así, se estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo y de reír y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio, que los del mundo reciben con las honras y estima.

[II, 3, 27] Es muy buena comparación para esto lo que hacen los plateros para refinar el oro: derrítienlo en el crisol, y cuando está derretido, echan allí un granito de solimán, y comienza el oro a hervir con grande

furia y braveza hasta que se acaba de gastar el solimán, y en gastándose, sosiégase el oro. Torna el platero a echar otro granito de solimán, y torna el oro a hervir, pero no con tanta furia como la primera vez, y en consumiéndose el solimán, tórnase el oro a sosegar; torna a echar tercera vez otro poquito de solimán, y torna el oro a hervir, pero mansamente; torna cuarta vez a echar otro poco de solimán, y ya no hace ruido el oro con el solimán, ni hace sentimiento más que si nada le echaran, porque está ya refinado y purificado, y ésta es la señal de ello. Pues esto es lo que nosotros habemos de hacer en la oración: echar un granito de solimán, imaginando que se os ofrece una cosa de mortificación y desprecio, y si os comenzáis a azorar y turbar, deteneos en eso hasta que con el calor de la oración se gaste ese granito de solimán, y hagáis rostro a aquello, y quedéis quieto y sosegado en ello. Y tornad otro día a echar otro granito de solimán, imaginando que se ofrece otra cosa dificultosa y de mucha mortificación y humillación; y si todavía hierve y se turba la naturaleza, deteneos hasta que lo gastéis y os soseguéis en aquello, y tornad a echar otra y otra vez otro granito; y cuando ya no causare en vos ruido ni turbación el solimán, sino que con cualquiera cosa que se ofrezca y se os ponga delante os quedáis con mucha paz y sosiego, entonces está refinado y purificado el oro; ésa es la señal de haber alcanzado la perfección de la virtud.

[28] ...Dice san Ambrosio que cuando el demonio no nos puede derribar con pusilanimidad y desmayo, procura derribarnos con presunción y soberbia, y cuando no nos puede derribar con deshonor, trata que nos honren y alaben, para derrocarnos por allí. Del bienaventurado san Pacomio se cuenta en su Vida, que solía salir del monasterio e irse a partes más solitarias a orar, y cuando volvía, muchas veces venían los demonios, y como cuando viene un gran ejército con un capitán, con grande acompañamiento, iban delante haciendo mucho estruendo, y como que hacían lugar y quitaban los impedimentos, iban diciendo: «Apartad, apartad; haced lugar, haced lugar, que viene el Santo, que viene el siervo de Dios», para ver si podían por allí levantarle y ensoberbecerle; y él reíase y hacía burla de ellos. Pues hacedlo vos así: cuando oyéredes que os alaban, y cuando os vinieren pensamientos de vuestra estima, haced cuenta que oís al demonio que os dice esas cosas, y reíos y haced burla de él, y así os libráreis de esta tentación.

San Juan Clímaco cuenta una cosa muy particular cerca de esto. Dice que una vez el demonio descubrió a un monje los pensamientos malos con que combatía a otro, para que, oyendo el combatido de la boca del otro lo que pasaba en su corazón, le tuviese por profeta y le alabase y predicase

por santo, y así se ensoberbeciése. De donde se verá cuánto estima el demonio que entre en nosotros esta soberbia y complacencia vana, pues con tantos ardidés y mañas lo procura. Y así dice san Jerónimo: «Guardaos de las sirenas del mar, que encantan los hombres y les hacen perder el juicio».¹⁵

Llegaos a tocar al erizo, y veréis si punza. Todo esto nace de la mucha soberbia que tenemos; que no querríamos que se supiesen nuestras faltas ni ser tenidos por defectuosos, y más nos pesa de que se sepan y de la estima que por ello perdemos, que de haberlas hecho, y así las procuramos encubrir y excusar cuanto podemos. Y hay algunos tan inmortificados en esto, que aun antes que les digan nada, ellos previenen y se excusan, y quieren dar razón de lo que les pueden oponer: si hice aquello, fue por esto, Y si hice lo otro, fue por esotro. ¿Quién os pica ahora, que así saltáis? El estímulo y aguijón de la soberbia que tienen allá dentro en las entrañas, ése les pica y les hace saltar con eso, aun antes de tiempo. Pues el que sintiere en sí este vicio y mala costumbre, será bien traer examen particular de ello hasta que no os venga gana de encubrir vuestra falta, sino que antes os holguéis, ya que la hicisteis, de que os tengan por defectuoso, en recompensa y satisfacción de ella. Y aunque no hayáis hecho la falta y os reprendan por ella, no os excuséis, que cuando el superior quisiese saber la causa o razón que tuvisteis para hacer aquello, él la sabrá preguntar, y por ventura la sabe ya, sino que quiere probar vuestra humildad, y ver cómo tomáis la reprehensión y el aviso...

Es también buen examen el de cortar y cercenar pensamientos de soberbia. Es uno tan soberbio y tan vano, que le vienen muchos pensamientos vanos y altivos, imaginándose en puestos altos y en tales ministerios: ya os halláis predicando en vuestra tierra con grande acepción, e imaginando que hacéis mucho fruto; ya os halláis leyendo o disputando en tales conclusiones con grande aplauso de los circunstantes, o en otras cosas semejantes. Todo eso nace de la soberbia grande que tenemos, que está brotando y reventando en esos pensamientos, y así, es muy bueno traer examen particular de cercenar y cortar luego estos pensamientos altivos y vanos, como lo es también de atajar y cortar luego los pensamientos deshonestos y de juicios y de otro cualquier vicio de que uno es molestado.

15. «Nos ergo, ad patriam festinantes, mortiferos syrenarum cantus surda debemus aure pertransire»: Jerónimo, *Praefatio in libro Iosue*, en *Biblia Sacra juxta Vulgatam versionem*, a cargo de R. Weber, Stuttgart, Deutsche Bibelgesellschaft, 1969, pág. 286.

[II, 3, 39] Pregunta san Gregorio, a propósito del pecado de David, por qué Dios, a los que Él ha escogido y predestinado para la vida eterna y encumbrado con grandes dones suyos, permite algunas veces caer en pecados, y en pecados carnales y feos, y responde que la razón de esto es porque algunas veces los que han recibido grandes dones caen en soberbia; la cual tienen algunas veces tan entrañada en lo íntimo de su corazón, que ellos mismos no lo entienden, sino que, estando agradados y confiados de sí mismos, piensan que lo están de Dios...

Pues para curar tales soberbias, tan secretas y disfrazadas, en las cuales ya está uno caído y no lo conoce, permite el Señor que caigan los tales en pecados exteriores manifiestos, feos y deshonestos, porque éstos concóncense mejor y échense más de ver; por ahí viene el hombre a entender el otro mal que tenía de secreta soberbia que él no entendía, y así no le buscara remedio y se perdiera; y con la caída manifiesta, concóncelo, y humillado delante de Dios, hace penitencia de lo uno y de lo otro, y alcanza remedio para ambos males...

Así como el sabio médico, cuando no puede sanar del todo la dolencia, y por ser el humor maligno y rebelde no le puede digerir y vencer, procura llamarle y sacarle a las partes exteriores del cuerpo, para que mejor se pueda curar, así el Señor, para sanar algunas almas altivas y rebeldes, las deja caer en culpas graves y exteriores para que se conozcan y humillen, y con el abatimiento de fuera se cure el humor maligno y pestífero que estaba dentro.

De la utilidad de las tentaciones

[II, 4, 3] Cuando el ama quiere destetar al niño y que se enseñe a comer pan, pone acíbar en los pechos; así Dios pone amargura en las cosas de esta vida, para que los hombres se aparten de ellas y no tengan acá qué desear, sino todo su deseo y corazón pongan en el cielo. Y así dice san Gregorio: «Los trabajos que nos fatigan y aprietan en esta vida, hacen que acudamos y nos volvamos a Dios»...

[4] Por sangre y trabajos se entra en el reino de los cielos. Desbástanse, lábranse y púlense acá las piedras, para asentarlas en el templo de aquella Jerusalén celestial, porque allá no se ha de oír golpe ni martillo. Y cuanto en mejor y más principal lugar se han de asentar las piedras, tanto más las pican y labran. Y así como la piedra de la portada suele ser la más picada y labrada, para que quede más vistosa la entrada, así Cristo nuestro Señor, porque se hacía nueva puerta del cielo, que hasta Él estuvo cerrado, quiso ser muy golpeado y martillado; y también para que nosotros, pecadores,

tuviésemos vergüenza de entrar por puerta labrada con tantos golpes de tribulaciones y trabajos, sin primero padecer algunos para quedar labrados y pulidos. Las piedras que se han de echar en el cimiento, no se suelen labrar; así, los que se han de echar abajo en el profundo del infierno, no es menester labrarlos ni martillarlos; éstos huélganse aquí en esta vida: cumplan sus antojos y apetitos; hagan su voluntad; dense a buena vida, que con eso quedarán pagados; pero los que han de ir a reparar aquellas ruinas de los ángeles malos, y llenar aquellas sillas celestiales que ellos perdieron por su soberbia, es menester labrarlos con tentaciones y trabajos...

[5] «Muchas veces no sabemos lo que podemos, mas la tentación descubre lo que somos», dice aquel Santo.¹⁶ Y este conocimiento de vosotros mismos es la piedra fundamental de todo el edificio espiritual sin el cual ninguna cosa que sea de dura se edifica, y con el cual crece el alma como espuma, porque sabe arrimarse a Dios, en quien todo lo puede. Pues las tentaciones descubren al hombre su grande flaqueza e ignorancia, que hasta allí a lo uno y a lo otro tenía cerrados los ojos; y así, no sabía sentir vilmente de sí, porque no lo había experimentado. ¡Pero cuando uno ve que un soplico le derriba, que con una nonada se para frío, que en viniéndole una tentación se desconcierta y se encona, y que luego huye de él el consejo y el acuerdo, y le cercan tinieblas, comienza a temprar los bríos y a humillarse y sentir bajamente de sí...

[6] Así como el buen labrador poda la vid para que dé más fruto, así, dicen los santos, Dios nuestro Señor, que se compara en el Evangelio al labrador, poda sus vides, que son sus escogidos, para que fructifiquen más (Jn 15,2).

Más, con que se confirma lo pasado: la tentación hace que se arraigue más en el alma la virtud contraria. Dice el santo abad Nilo: «Así como los vientos, hielos y tempestades hacen que las plantas y árboles se arraiguen más en la tierra, así las tentaciones hacen que se arraiguen más en el alma las virtudes contrarias.

Remedios contra las tentaciones

[II, 4, 10] El bienaventurado san Antonio, varón muy ejercitado y experimentado en estas guerras y batallas espirituales, solía decir que uno de los principales medios para vencer a nuestro enemigo es mostrar ánimo,

16. Tomás de Kempis.

esfuerzo y alegría en las tentaciones; porque con eso luego él se entristece y desmaya, y pierde la esperanza de podernos dañar. Nuestro Padre, en el libro de los *Ejercicios espirituales*, pone una regla o documento muy bueno a este propósito. Dice que el demonio, nuestro enemigo, se ha con nosotros en las tentaciones como se ha una mujer cuando riñe con algún hombre: que si ve que el hombre le resiste y muestra pecho, luego ella se amilana, y vuelve las espaldas y huye; pero si siente en el hombre pusilanimidad y cobardía, luego ella se engríe, y toma de allí más atrevimiento y osadía, y se hace un tigre. Así el demonio, cuando nos tienta, si nosotros le mostramos pecho y brío y resistimos varonilmente a sus tentaciones, luego desmaya y se da por vencido; pero si siente en nosotros pusilanimidad y desmayo, entonces cobra mayor brío y fortaleza, y se hace un tigre y un león contra nosotros. Y así dice el apóstol Santiago: «Haced rostro al demonio, resistidle con ánimo y esfuerzo, y huirá de vosotros» (St 4,7). Confirma esto san Gregorio con aquello de la Escritura en el libro de Job, donde, según los Setenta, llama al demonio myrmicoleón, esto es, león y hormiga. Es león de las hormigas; pero si vos le mostráis fortaleza de león, será una hormiga para vos. Por esto nos aconsejan los santos que en las tentaciones no nos entristezcamos, porque nos haremos cobardes y pusilánimes, sino que peleemos con alegría, como dice la Sagrada Escritura de Judas Macabeo y sus hermanos y compañeros: «Peleaban las batallas de Israel con gran alegría» (1 M 3,2); y así vencían. Y hay otra razón para esto: que como los demonios son tan envidiosos de nuestro bien, nuestra alegría les atormenta y da pena, y nuestra tristeza y pusilanimidad los alegra; y así, aunque no fuese sino por eso, habíamos de procurar no mostrar pusilanimidad ni tristeza, por no darles ese contento, sino mostrar mucho ánimo y alegría, para hacerlos rabiar con eso.

[II, 4, 20] Pues ¿cómo se han de resistir y desechar estas tentaciones? Dicen los santos y maestros de la vida espiritual, que el modo de resistir no ha de ser pelear por desecharlas, fatigándose y cansándose y haciendo fuerza con la imaginación, sino no haciendo caso de ellas. Declaran esto con algunas comparaciones que, aunque bajas, lo declaran bien. Así como, cuando salen algunos gozquejos a ladrar a uno, si no hace caso de ellos, luego se van, y si hace caso y vuelve a ellos, vuelven a ladrar, así acontece en estos pensamientos; y así, el remedio es no hacer caso de ellos, y de esa manera nos dejarán más presto. O habemos de hacer, dicen, como el que va por alguna calle y el aire trae contra él muchedumbre de polvo, y él no hace caso de eso, sino cierra los ojos y pasa adelante. Y para mayor consuelo de

los que son molestados de esta tentación, y para que se acaben de persuadir a usar de este remedio, advierten los santos que, por muy malos que sean los pensamientos, no hay que hacer caso de ellos; antes, mientras más malos son, menos caso tenemos de hacer de ellos, por ser menos peligrosos. ¿Pueden ser peores que contra Dios y sus santos, contra la fe y religión? Pues esos son los menos peligrosos, porque cuanto peores, tanto, por la gracia del Señor, están más lejos de vuestra voluntad y consentimiento...

[22] En las Crónicas de san Francisco se cuenta que declaró el Señor a un gran siervo suyo, religioso de aquella Orden, llamado fray Juan de Alverne, el diverso modo con que se habían los religiosos contra las tentaciones, especialmente contra los pensamientos de la carne. Vio casi innumerable multitud de demonios que sin cesar arrojaban contra los siervos de Dios muchas saetas, de las cuales, algunas con impetuosa ligereza volvían contra los demonios que las tiraban; y entonces ellos con gran clamor daban a huir como afrentados. Otras de aquellas saetas arrojadas de los demonios, tocaban a los religiosos; mas luego caían en el suelo sin hacerles daño alguno. Otras entraban con el hierro hasta la carne, y otras pasaban el cuerpo de parte a parte. Pues conforme a esto, el mejor modo de resistir, y el que tenemos de procurar, es el primero, hiriendo al demonio con las mismas tentaciones y saetas con que él nos procura herir, y haciéndole huir. Y esto haremos muy bien cuando, pensando el demonio dañarnos con sus tentaciones, nosotros sacamos mayor provecho de ellas; como si de la tentación de soberbia y vanidad que el demonio nos trae, sacamos más humildad y confusión, y de la tentación deshonesta sacamos mayor aborrecimiento del vicio y mayor amor a la castidad, y andar con mayor recato y fervor, y acudir más a Dios. Y así, dice el bienaventurado san Agustín sobre aquellas palabras: «Este dragón que criaste para que se haga burla de él» (Sal 104,26), que de esta manera los siervos de Dios hacen burla de este dragón, porque queda cogido y enlazado con el mismo lazo con que él nos quería enlazar (Sal 9,16).

De la tristeza y la alegría

[II, 6, 1] A muchos ha hecho la tristeza caer en pecados. Y así llaman algunos a la tristeza nido de ladrones y cueva de los demonios, y con mucha razón. Y traen para esto aquello que dice el santo Job del demonio: «Duerme a la sombra» (Jb 40,16). En esa sombra y obscuridad, en esas nieblas y tinieblas de esa confusión que tenéis cuando estáis triste, ahí

duerme y se esconde el demonio, ése es su nido y madriguera, y ahí hace él sus mangas, como dicen; ésa es la disposición que él está aguardando para acometer con todas cuantas tentaciones quiere. Así como las serpientes y bestias fieras están aguardando la obscuridad de la noche para salir de sus cuevas, así el demonio, serpiente antigua, está esperando esa noche y obscuridad de la tristeza, y entonces acomete con todo género de tentaciones (Sal 11,2).

Decía el bienaventurado san Francisco, que se alegra mucho el demonio cuando el corazón de uno está triste; porque fácilmente, o le ahoga en la tristeza y desesperación, o le convierte a los placeres mundanos. Nótese mucho esta doctrina, porque es de mucha importancia. Al que anda triste y melancólico, unas veces le hace el demonio venir en gran desconfianza y desesperación, como hizo con Caín y con Judas. Otras veces, cuando por ahí le parece que no tiene buen juego, le acomete con deleites mundanos; otras, con deleites carnales y sensuales, so color que con aquello saldrá de la pena y tristeza que tiene...

Otras veces le suele traer el demonio pensamientos carnales y deshonestos que dan gusto a la sensualidad, y procura que se detenga en ellos, so color de que con eso desechará la tristeza y se aliviará su corazón.

[II, 6, 5] Ponderan los santos aquello que cuenta la Escritura divina: que después del diluvio, pasados cuarenta días, abrió Noé la ventana del arca y envió el cuervo para ver si estaba ya seca la tierra para poder desembarcar, y no tornó más (por eso dicen «el mensajero del cuervo»); envió luego tras él la paloma, la cual, dice la Sagrada Escritura que, «no hallando dónde poner los pies, se volvió al arca» (Gn 8,9). Preguntan los santos: pues el cuervo no volvió, claro está que halló dónde poner los pies; ¿cómo dice la Escritura que la paloma no halló dónde los poner? La respuesta es que el cuervo, sobre aquellos lodazares y sobre aquellos cuerpos muertos hizo su asiento; pero la paloma simple, blanca y hermosa, no se ceba de cuerpos muertos, no hace su asiento en lodazares, y así se volvió al arca, porque no halló dónde poner los pies, no halló dónde descansar. Pues así, el verdadero siervo de Dios y el buen religioso no halla contento ni recreación en esas cosas muertas, en esos entretenimientos vanos del mundo, y así, se vuelve, como la palomica, al arca de su corazón, y todo su descanso y consuelo en todos sus trabajos y tristezas, es acudir a la oración, acordarse de Dios, irse un rato al santísimo Sacramento a consolarse con Cristo, y darle allí cuenta de sus trabajos, y decirle: «¿Cómo puedo yo, Señor estar triste, estando en vuestra casa y compañía?».

Del voto de pobreza

[III, 3, 5] No es el oro ni las heredades lo que daña, sino el usar mal de estas cosas y la afición desordenada a ellas. Y así vemos que algunos ricos, porque no dejaron pegar su corazón y afición a las riquezas, agradaron a Dios, y fueron santos, como un Abraham, un Job, un David. Empero nosotros, no teniendo riquezas habiéndolas ya dejado, sustentamos y conservamos el vicio de la avaricia en cosas bajísimas y apocadas. No allegamos oro ni plata, pero allegamos cosas vilísimas, y en éstas ponemos nuestro corazón, y les tenemos tanta afición, como tuviéramos en el mundo al oro y a la plata; y tanto nos inquietamos acá algunas veces por estas cosas, como nos inquietáramos allá por esotras, y aun por ventura más. No recibimos obispados, ni pretendemos dignidades, ni tenemos ambición de esas cosas; pero deseamos la honrilla y la opinión de los hombres, y procurámosla por todas las vías que podemos, y holgámonos de ser alabados y estimados, así de los de dentro, como de los de fuera. Más miserables y más dignos de reprehensión somos que los del mundo, dicen estos santos, por habernos apocado y abatido más que ellos; porque los del mundo, ya que se aficionan, es a cosas que parecen de tomo y de valor; pero nosotros, habiendo dejado esas cosas, ponemos nuestra afición en cosas viles y pequeñas. Habémonos vuelto niños. Habíamos de irnos haciendo hombres y varones perfectos, creciendo cada día, como dice san Pablo (Ef 4,13), y hacémoslo al revés: que de hombres y varones que fuimos cuando entramos en la religión, dejando todas las cosas del mundo y rompiendo varonilmente con todo, nos habemos hecho niños, poniendo nuestra afición en niñerías y dejes de niños. Y así como el niño en quitándole la manzana y la niñería, luego llora, así estos tales, en quitándoles la cosilla a que estaban aficionados, y en no concediéndoles lo que piden, luego se turban y se inquietan. Esto es lo que dice Casiano, que por una parte es cosa de risa, y por otra de lástima y compasión: ver que un hombre grave, un religioso, que al fin tuvo pecho para menospreciar el mundo y cuanto había en él, se venga a sujetar tanto a cosas bajas y menudas, que se turbe e inquiete como un niño porque no le dieron una manzana, porque le quitaron una niñería.

El glorioso Bernardo, escribiendo a unos religiosos dice: «Más miserables somos nosotros que todos los hombres, si en la religión habemos de andar en estas niñerías y por ellas perder todo lo que habemos dejado y hecho hasta aquí».

De la virtud de la obediencia

[III, 5, 9] San Jerónimo, sobre aquellas palabras del profeta Oseas: «Fue hecho Efraín como una paloma engañada, que no tiene corazón» (Os 7,11), pregunta por qué Efraín no se compara a otras aves, sino a la paloma. Y responde: «Esotras aves procuran defender sus pollitos, aun con peligro de su vida; y cuando ven que el milano o el gavián, el cuervo y la culebra llega a su nido, andan volando y revoloteando, defendiendo cuanto pueden a sus hijuelos; y cuando más no pueden, muestran el dolor que sienten, con una voz o quejido lastimero. Pero la paloma no defiende a sus pollitos, no se queja ni muestra sentimiento cuando se los quitan, ni los anda después a buscar. Por eso se compara Efraín a la paloma. Y por esto nos dice a nosotros Cristo nuestro Redentor que imitemos a la paloma (Mt 10,16): que cuando nos quitaren nuestros hijuelos, aquellos que amamos y a que estamos aficionados, seamos como la paloma: que no resistamos ni contradigamos, ni nos quejemos ni mostremos sentimiento de ello. De manera que de nuestra inmortificación y de la dificultad y repugnancia que sentimos en aquello que es contra nuestra voluntad, de ahí nacen los juicios. Y así, el medio principal que podemos poner de nuestra parte contra esta tentación, es procurar mortificarnos y no tener propia voluntad, ni desear nuestro gusto y comodidad, sino estar muy indiferentes y resignados para todo lo que el superior quisiere hacer de nosotros, y que no se nos dé más que nos mande esto, que aquello.

Por eso aquellos santos Padres antiguos, como buenos maestros de espíritu, ejercitaban mucho a sus súbditos, mandándoles cosas que parecían fuera de propósito, para probar su obediencia y quebrarles la propia voluntad y juicio; y así, aquel sin propósito era muy a propósito; porque mucho más va en que vos os mortifiquéis y en que os quiebren vuestra voluntad y propio juicio, trayéndoos al retortero, que en lo que se podía ganar haciendo la cosa de otra manera. Muchas veces quiere el superior que se pierda aquello y lo otro, por ganaros y aprovecharos a vos y no es pérdida ésa, sino ganancia...

Contra todas las tentaciones es gran remedio entender que aquella es tentación; y por eso el demonio, cuando nos tienta, trabaja cuanto puede porque su tentación no parezca tentación, sino razón, para que caigamos en ella. Como el cazador, cuando arma el lazo, procura siempre que no parezca lazo, sino cebo, porque aun la bestia y el ave no caería en él si le tuviese por lazo, así hace el demonio: transfigúrase en ángel de luz, para que pensemos que es la luz y claridad lo que es obscuridad y tinieblas.

¡Dios os libre de la tentación que no parece tentación, sino razón! Cuando vuestros juicios os llevan tan de vencida, que os hacen creer que aquello no es pasión ni tentación, y que no lo decís por lo que a vos os toca, sino por ser cosa clara y que cualquiera lo echara de ver, entonces grande es vuestro peligro, y trabajoso el remedio...

Y no nos habemos de contentar con no dejarnos llevar de estos juicios, sino habemos de procurar quedar más aprovechados de la tentación, y más confundidos y humillados, diciendo : «¿Cómo? ¿Que sea yo tan soberbio, que tenga juicios contra mi superior? ¿Que vine yo a la religión a ser estropajo de todos, y que me quiera yo anteponer al que es mi cabeza y superior de todos? No vine yo a mandar ni a regir y gobernar, sino a obedecer y ser mandado: no tengo yo de juzgar a mi guía, sino ella a mí». Éste es un remedio general, y muy provechoso para sacar fruto de todas las tentaciones. De la misma soberbia y vanagloria que nos viene, habemos de tomar ocasión para humillarnos más. Así como el demonio procura hacer de la triaca ponzoña, haciendo que nos ensoberbecamos de la virtud y del mismo acto de humildad que hacemos, así nosotros habemos de hacer de la ponzoña triaca, humillándonos más de la soberbia que nos viene. ¡Que siendo yo tan ruín y tan imperfecto como soy, me viene soberbia! ¡Que de lo que hago mal, me viene vanidad, y quiero ser tenido y estimado por ello! Ahí se verá bien quién yo soy. Ésta es una maravillosa contramina para los ardidés del demonio (Lc 1,71): procurar sacar ganancia de donde él procura nuestra pérdida.

De la claridad de la conciencia

[III, 7, 3] Dice san Doroteo que no hay cosa con que tanto se huelgue el demonio, como con aquel que no quiere descubrir sus tentaciones y pensamientos al superior, pareciéndole que con eso tiene cierta la victoria, porque entonces pelea a solas con él. ¡Ay del solo, que no tiene quien le ayude para que no se caiga, ni quien le dé la mano para que se levante! Y, por el contrario, dice, no hay cosa que tanto tema el demonio, ni de que más le pese, que de ser descubierto, porque con eso pierde toda la esperanza de vencer, y desmaya y huye. Declara esto muy bien nuestro Padre en el libro de los *Ejercicios* con una comparación que, pues él la trae, bien la podemos nosotros traer. Dice que nuestro enemigo el demonio se ha con nosotros en tentarnos, de la manera que acá un hombre mal amestado se ha en solicitar y requestar a una doncella que tiene unos padres muy honrados, o a una

mujer casada con un hombre de bien y muy celoso, el cual, queriéndola engañar, lo primero que procura con gran diligencia es que le guarde secreto; y ninguna cosa tanto teme ni siente, como que la doncella vaya a decir a su padre lo que pasa, o la mujer a su marido; porque en habiendo eso, luego se da por desahuciado y despedido de alcanzar lo que pretendía, pero mientras le guardan secreto, esperanza tiene de alcanzar algo. De la misma manera, dice nuestro Padre, cuando el demonio quiere engañar a uno, lo que primero procura con toda diligencia es que le guarde secreto, y que no descubra a nadie aquellas tentaciones y razones que le trae, porque con eso tiene por cierto que lo vencerá y alcanzará de él lo que pretende. Y, por el contrario, no hay cosa que tanto sienta, como que vaya a descubrir y manifestar estas cosas a su confesor o superior; porque como el demonio puede y acaba más por engaños que por fuerza, en viéndose descubierto, se da por vencido y por desbaratados todos sus embustes y marañas; y es propio esto de todos los que andan con engaño, conforme a aquello del Evangelio: «El que obra mal, aborrece la luz» (Jn 3,20).

[III; 7, 7] De esa manera saldrán en público, si hubieren de manifestarse, los pecados de los santos y bienaventurados el día del juicio final, que no les causarán confusión ni vergüenza, sino antes gloria y honra, por haber salido de ellos como salieron. Pusieron ribete de oro y bordadura rica en el rasgado, con que quedaron más honrados y hermoeados. Pues de esa manera es acá cuando uno descubre al confesor o superior sus flaquezas y miserias con confusión y arrepentimiento y con verdadero deseo de ser curado y remediado; no solamente no pierde con él, antes gana más honra y más estimación y amor. Dice el Sabio: «Hay una confusión que trae consigo pecado, y otra que trae consigo gracia y gloria» (Si 4,25). Aquella confusión y vergüenza con que manifiesta uno sus culpas, ésa trae consigo gran honra y gloria; pero la confusión y vergüenza que hace a uno encubrir sus culpas, trae consigo pecado.

Cuéntase de nuestro bienaventurado P. Ignacio que para ganar a un sacerdote religioso de vida muy disoluta y profana y muy contrario suyo, habiendo tentado otros medios para ganarle, y no aprovechando, tomó por medio irse a confesar con él; y después de haber dicho las culpas cotidianas, dijo que también se quería acusar de algunos pecados de la vida pasada que más le remordían, y comenzó a confesar las flaquezas de su mocedad y las ignorancias de su vida pasada, con tan gran dolor y sentimiento y con tantas lágrimas, que el confesor vino a trocarse de tal manera con aquello, que comenzó a amar y reverenciar al que primero aborrecía, y a tomarle por maestro y guía suya; y así, hizo los ejercicios espirituales dán-

doselos nuestro Padre, e hizo una gran mudanza de su vida, con notable edificación de los que antes le conocían.

FRAY LUIS DE LEÓN

Nació en 1528 en Belmonte (Cuenca), estudió en Salamanca y en 1543 se hizo agustino. Siendo profesor, sufrió una primera desventura en 1569 al haber aprobado una Biblia acusada de ser judaizante, y en 1571 un dominico lo acusó de herejía. La instrucción del proceso se prolongó desde 1572 hasta 1576, año en que fue absuelto y liberado de la cárcel. Volvió a enseñar y en 1583 publicó *La perfecta casada* y la primera parte de *De los nombres de Cristo*. Murió en 1591.

En 1631, Quevedo publicó sus versos para exaltar su franqueza contra los artificios gongorinos.

DE «LA VIDA DEL CIELO»

Alma región luciente,
 prado de bienandanza, que ni al hielo
 ni con el rayo ardiente
 fallece, fértil suelo,
 productor eterno de consuelo;
 de púrpura y de nieve
 florida, la cabeza coronado,
 a dulces pastos mueve,
 sin honda ni cayado,
 el buen Pastor en ti su hato amado;
 él va y en pos dichosas
 le siguen sus ovejas, do las pace
 con inmortales rosas,
 con flor que siempre nace
 y cuanto más se goza más renace;
 y dentro a la montaña
 del alto bien las guía; ya en la vena
 del gozo fiel las baña
 y les da mesa llena,
 pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
 la cumbre toca, altísimo subido,
 el sol, él sesteando,
 de su ható ceñido,
 con dulce son deleita el santo oído;
 toca el rabel sonoro,
 y el inmortal dulzor al alma pasa,
 con que envilece el oro
 y ardiendo se traspasa
 y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son! ¡Oh voz! ¡Siquiera
 pequeña parte alguna decendiese
 en mi sentido, y fuera
 de sí el alma pusiese
 y toda en ti, oh Amor, la convirtiese!

Conocería dónde
 sesteas, dulce Esposo, y, desatada
 desta prisión adonde
 padece, a tu manada
 viviera junta, sin vagar errada.

DE «DE LOS NOMBRES DE CRISTO»

Verdad es que usan los poetas de lo pastoril para decir del amor; mas no tenéis razón en pensar que para decir de él hay personas más a propósito que los pastores, ni en quien se represente mejor. Porque puede ser que en las ciudades se sepa mejor hablar; pero la fineza del sentir es del campo y de la soledad.

Y, a la verdad, los poetas antiguos, y cuanto más antiguos tanto con mayor cuidado, atendieron mucho a huir de lo lascivo y artificioso, de que está lleno el amor que en las ciudades se cría, que tiene poco de verdad, y mucho de arte y de torpeza. Mas el pastoril, como tienen los pastores los ánimos sencillos y no contaminados con vicios, es puro y ordenado a buen fin; y como gozan del sosiego y libertad de negocios que les ofrece la vida sola del campo, no habiendo en él cosa que los divierta, es muy vivo y agudo. Y ayúdales a ello también la vista desembarazada de que continuo gozan, del cielo y de la tierra y de los demás elementos; que es ella en sí una imagen clara, o por mejor decir, una como escuela de amor puro y verda-

dero. Porque los demuestra a todos amistados entre sí y puestos en orden, y abrazados, como si dijésemos, unos con otros, y concertados con armonía grandísima, y respondiéndose a veces, y comunicándose sus virtudes, y pasándose unos en otros y ayuntándose y mezclándose todos, y con su mezcla y ayuntamiento sacando de continuo a luz y produciendo los frutos que hermocean el aire y la tierra. Así que los pastores son en esto aventajados a los otros hombres.

Y así, sea esta la segunda cosa que señalamos en la condición del Pastor; que es muy dispuesto al bien querer.

Y sea la tercera lo que toca a su oficio, que aunque es oficio de gobernar y regir, pero es muy diferente de los otros gobiernos. Porque lo uno, su gobierno no consiste en dar leyes ni en poner mandamientos, sino en apacentar y alimentar a los que gobierna. Y lo segundo, no guarda una regla generalmente con todos y en todos los tiempos, sino en cada tiempo y en cada ocasión ordena su gobierno conforme al caso particular del que rige. Lo tercero, no es gobierno el suyo que se reparte y ejercita por muchos ministros, sino él solo administra todo lo que a su grey le conviene; que él la apasta y la abrega, y la baña y la trasquila, y la cura y la castiga, y la reposa y la recrea y hace música, y la ampara y defiende. Y últimamente, es propio de su oficio recoger lo esparcido y traer a un rebaño a muchos, que de suyo cada uno de ellos caminara por sí. Por donde las sagradas Letras, de lo esparcido y descarriado y perdido dicen siempre que son como ovejas que no tienen Pastor; como en san Mateo se ve y en libro de los Reyes y en otros lugares.

De manera que la vida del pastor es inocente y sosegada y deleitosa, y la condición de su estado es inclinada al amor, y su ejercicio es gobernar dando pasto, y acomodando su gobierno a las condiciones particulares de cada uno, y siendo él solo para los que gobierna todo lo que le es necesario, y enderezando siempre su obra a esto, que es hacer rebaño y grey.

Veamos, pues, ahora si Cristo tiene esto, y las ventajas con que lo tiene; y así veremos cuán merecidamente es llamado Pastor. Vive en los campos Cristo, y goza del cielo libre, y ama la soledad y el sosiego; y en el silencio de todo aquello que pone en alboroto la vida, tiene puesto Él su deleite. Porque así como lo que se comprende en el campo es lo más puro de lo visible, y es lo sencillo y como el original de todo lo que de ello se compone y se mezcla, así aquella región de vida adonde vive aqueste nuestro glorioso bien es la pura verdad y la sencillez de la luz de Dios, y el original expreso de todo lo que tiene ser y las raíces firmes de donde nacen y adonde estriban todas las criaturas. Y si lo habemos de decir así, aque-

llos son los elementos puros y los campos de flor eterna vestidos, y los mineros de las aguas vivas, y los montes verdaderamente preñados de mil bienes altísimos, y los sombríos y repuestos valles, y los bosques de la frescura, adonde, exentos de toda injuria, gloriosamente florecen la haya y la oliva y el lináloe, con todos los demás árboles del incienso, en que reposan ejércitos de aves en gloria y en música dulcísima que jamás ensordece. Con la cual región si comparamos este nuestro miserable destierro, es comparar el desasiego con la paz, y el desconcierto y la turbación y el bullicio y disgusto de la más inquieta ciudad, con la misma pureza y quietud y dulzura. Que aquí se afana y allí se descansa; aquí se imagina y allí se ve; aquí las sombras de las cosas nos atemorizan y asombran; allí la verdad asosiega y deleita. Esto es tinieblas, bullicio, alboroto, aquello es luz purísima en sosiego eterno.

JUAN DE LOS ÁNGELES

Nació en 1536, no se sabe si en Extremadura o cerca de Toledo. Ingresó en la orden franciscana en 1562, y sintió la influencia de Fray Luis de León. Desempeñó varios cargos en la orden y atendió a escribir sus libros: *Los triunfos del amor de Dios*; *Los diálogos sobre la conquista del espiritual y secreto Reino de Dios que está dentro de nosotros*; *Manual de vida perfecta*; *Tratado de los soberanos misterios de la misa*.

DE «MANUAL DE VIDA PERFECTA»

*Del ejercicio puramente corporal
y del corporal y espiritual*

[I, 8] DISCÍPULO: ¿Qué cosa es dar parte el espíritu a la sensualidad?

MAESTRO: Consentir que con la limpia y pura visión del entendimiento se mezcle el sabor del pecho y del corazón carnal. Cuando comienza el hombre a contentarse todo y gozarse de un ardor apasionado por todo el cuerpo, dentro y fuera; que le obliga a salir como forzado a dar voces y gemidos recios, soltando el aire o resuello detenido impetuosamente y con fuerzas; gozo hay aquí, pero no legítimo, como algunos varones espirituales quieren, de que es conjetura que se suele acabar en un obscuro y temeroso fin. Algunas veces crece esta pasión hasta un amorte-

cimiento que algunos llaman arrobó, lo cual vemos algunas veces en personas de flaca complexión, como lo son las mujeres que con pequeña ocasión se quedan amortecidas.

DISCÍPULO: ¿Cómo se podrá conocer si eso es pasión sensual o espiritual arrobamiento?

MAESTRO: Cuando en el amortecimiento se hallare el hombre tan muerto que ninguna cosa sienta ni entienda de los misterios celestiales, es negocio de la sensualidad o sentidos, y no se debe llamar éste raptó ni elevación, sino sufocación o privación de los sentidos interiores y exteriores. En el arrobó verdadero, el ánima entiende y obra como puede, recibe luz, calor e inteligencia. Y aun otra señal hay para discernir y conocer la falsedad de este arrobó, y es que, comenzando estos movimientos corporales, se va deshaciendo y desapareciendo la visión espiritual hasta quedarse seco el contemplativo. Bienaventurada el alma que sabe hacer distinción entre el espíritu y la sensualidad, porque será como boca de Dios, según que él dijo por Jeremías (Jr 15,19).

DISCÍPULO: Más luz he yo menester para entender esta doctrina que distinga el espíritu y le aparta de la sensualidad.

MAESTRO: Nota que los sentimientos espirituales son de todo en todo diferentes de los sensuales, y podrás conocerlos por sus efectos; uno es inflamación del cuerpo, corazón, pechos y sienes, con mengua de luz intelectual comienza con verdadera lumbre, lo cual el espíritu siente mas luego que da parte a la sensualidad comienzan a inflamarse las partes corporales, y a secarse, y a enfriarse y a menoscabarse los sentimientos espirituales, hasta sumirse y acabarse, como queda dicho. En los varones espirituales, que apartan lo precioso de lo vil, que se guardan limpios de lo sensual, comienzan con luz verdadera del entendimiento, la cual va creciendo con dilatación y aumento de la espiritual visión en que comienzan, y ésa va haciendo obras vivas en el alma, cuales son reformation de aficiones; deseo de tiempo para vacar a la oración mental; amor quieto, suave y desapasionado, que atrae el ánima del contemplativo como con halagos y quitándole los temorcillos va plantando poco a poco en el hondón de ella confianza de Dios y esperanza de venir a la perfección, con un claro conocimiento de que ninguna cosa provechosa por sí solo puede obrar y con un sentimiento del favor divino que apenas se puede decir de dónde o por dónde le viene. Imprímese en el corazón una preciosa estimación de las cosas espirituales y que no se ven, las cuales así cree y se le descubren cada día más, que ya no siente ni entiende que fuera de ellas

puede haber alguna que de estimar sea, y por la presencia de Dios, que ya siente el alma acercarse y estar vecina, así desestima todas las cosas que fuera de Dios considera, que se espanta mucho cómo los hombres pueden volverles los ojos ni pagarse de ellas. Como sería cosa de escarnio ver a un hombre grave, sabio y honrado jugar al trompo con los niños o una señora viuda entretenerse haciendo muñecas. Aquí suele desfallecer la carne y sus sentidos y sentimientos a la manera de un hombre desmayado que, sin mirar en ello, se le caen los brazos y se descompone todo. Y en este estado considero yo a la esposa cuando en los Cantares decía: «Fulcite me floribus, stipate me malis quia amore langueo» (Ct 2,5).

DISCÍPULO: Según lo que has dicho, no apruebas lo bullicioso en la oración; digo las voces, los gritos, los bramidos, los gestos y movimientos feos que algunos tienen.

MAESTRO: Ya eso queda dicho, y ahora lo vuelvo a decir, que lo tengo por engañoso y, por consiguiente, de muy poca satisfacción para el alma. Es cosa violenta ésa, y, como dijo Isaías, no se efectúa sin alboroto y sangre, y es necesario fuego del cielo que queme lo imperfecto y abrase lo vicioso y reprehensible. Y en esta cuenta entra lo que ya dije de los arrobos, adonde el alma es privada de la lumbre intelectual, de manera que, despertando y volviendo en sí el arrobado, si le preguntan qué vio, dice que ninguna cosa; esto más es imagen de muerte que elevación de ánima, porque en el legítimo rapto es acrecentando la visión espiritual tanto más cuanto el arrebatamiento es más perfecto y cuanto menos queda de sentidos exteriores. Que de la santa Escritura sabemos que, queriendo Dios mostrar a algunos de sus amigos grandes misterios, primero los disponía con privarlos de los sentidos corporales. El ejemplo tenemos en Abraham que, queriendo Dios revelarle grandes secretos de su encarnación y los muchos trabajos que sus descendientes habían de padecer en el cautiverio de Egipto, su libertad y buenos sucesos, habiendo peleado todo el día ojeando las aves que le querían comer el sacrificio. «Cumque sol occumberet, sopor irruit super Abraham, et horror magnus et tenebrosus invasit eum» (Gn 15,12). Y luego se siguieron las visiones y revelaciones. «Sive in corpore, sive extra corpus nescio» (2 Co 12,3). No sabe el Apóstol de sí; quedó casi muerto, sin sentido ninguno, pero no ahogada la inteligencia. «Audivi arcana verba quae non licet homini loqui» (2 Co 12,4). No son capaces los hombres puestos en carne mortal de cosas tan altas: o han de morir o perder los sentidos exteriores.

DISCÍPULO: Algunos, de pensar en la pasión del Señor, se amortecen y quedan como fuera de sí.

MAESTRO: También se desmayan muchos flacos de corazón de ver sangrar una persona; el principio de éstos no es malo, pero debe el contemplativo refrenarlos cuanto pudiere, porque dejándose llevar será privado de la fructuosa meditación de la pasión del Señor ya comenzada, al fin de la cual está el enriquecimiento. Pues si son vistos en tal ocasión, suele la vanagloria embestir con ellos y hacerles mucho daño. Cuando, pues, te pusieres a pensar alguna cosa devota, trabaja de sacar tu entendimiento de toda forma (como queda dicho) y imaginación y comparación corporal, y entiende que ésta es obra del entendimiento y de la voluntad, la cual no se fatiga, ni encierra debajo de alguna medida o cantidad, ni se espanta ni maravilla de cosa que conozca de Dios, antes de su tibieza y negligencia, que tanto tiempo haya estado sin ese conocimiento.

El ejercicio mental

[II, 1] MAESTRO: ...No te embaraces tú poco ni mucho en la forma corporal de las criaturas, que eso sería... no hacer nada; mas luego, sin detenimiento, pasa a contemplar la presencia del Señor, que está dando ser a la cosa que ves, y si sintieres esta su presencia, ensancha tu pensamiento y considera la omnipotencia del que allí te es mostrado, y luego y más íntimamente considera el amor que en ella y en todas las que nos da nos tiene y muestra; porque sin necesidad suya, sin esperar interés alguno y sin otros respetos que el servicio y regalo de los hombres, las crió y las sustenta en el ser que tienen, y a muchas dio tal forma, tal color, tal sabor y olor, que no sólo suplen nuestra necesidad, sino que sirven al deleite y al entretenimiento, y así hallarás muchas que sólo sirven de alegrar la vista, como son hierbas y árboles de diferentes maneras. Deténte en la consideración del amoroso pecho y corazón de Dios, de donde unas y otras salen, y verás que no hay sino un horno de fuego de amor, y un mar profundísimo de buena voluntad para nosotros, y una continua disposición alegre, amorosa y ganosa de aprovecharnos.

Sacarás de esta manera, de meditar en las obras de Dios (que todas, sin faltar una, son beneficios nuestros) cuatro principios necesarios para alcanzar la perfección: el primero, que por este ejercicio se

habituará tu entendimiento a soltarse de las imaginaciones corpóreas, que para el aprovechamiento espiritual son como grillos que no dan lugar para subir a Dios.

El segundo, que descubrirás la espiritualidad que hay en cada una de las cosas que Dios crió que no hallan los negligentes, que cuando piensan en él, o no sienten o piensan que está lejísimos de ellos, de donde les viene andar fríos en sus conciencias y en toda buena obra, y por consiguiente, llenos de desconfianza y un caimiento grande en la vida virtuosa y meritoria.

El tercero principio, un derecho y bien ordenado modo de amor a Dios, porque no hay cosa que tan presto y tan fuertemente trabe nuestro corazón con amor como los beneficios, y cuanto más y mayores y más frecuentados, tanto más crece este amor, lo cual experimentamos aun en las bestias, que carecen de razón, que con los beneficios se amansan y se rinden al bienhechor. Séneca los llamó cadenas que de pies y manos atan a un hombre en servicio de quien le hace bien.

El cuarto es confianza verdadera, que de sólo el amor nace, y de allí una gana de obrar bien y de hacer cumplidamente la voluntad de Dios en todas las cosas y con todas sus fuerzas y de no le desagradar en ninguna. De aquí se va ingiriendo escondida y radicalmente en lo más íntimo del hombre una dilatación o ensanchamiento de conocimiento espiritual, mezclado con alguna dulzura interior, que alegra y esfuerza el corazón y lo dispone e inclina a obrar con gusto y confiadamente.

[II, 4] MAESTRO: ...Después del sacrificio de la misa, adonde es ofrecido el mismo Cristo por nuestros pecados a su Padre, no con sangre, como en la cruz, pero en forma más regalada, más pura y a menos costa suya, aunque no con menor fruto en los particulares que con debido aparejo le reciben, el modo más cierto para sustentar viva esa muerte de Cristo es la memoria; por ese medio vive en el hombre, y quien tiene así en sí esta sacratísima muerte, tiene en sí el mérito y virtud de Cristo y hace suya esa muerte; y esta memoria vivifica al hombre y le hace que participe del mérito de Cristo. Digo para concluir con este discurso que, siendo la muerte de Cristo, como lo es, la raíz del mérito y del premio, que el que no plantare en sí esta raíz, no recibirá el fruto que se coge de ella, conviene a saber, mérito y premio. Y síguese también que adonde fuere mayor y más viva esta memoria, allí se recibirá más del mérito y del premio y de la virtud de esa santísima muerte. Luego con razón debe todo hombre cristiano trabajar por conservar en sí la memoria de

la pasión y muerte de Cristo, para que por esta memoria permanezca en él el mérito de Cristo y el mismo Cristo. Y por esta memoria se hace unión verdadera entre Cristo y el cristiano; y en una palabra digo que toda la ciencia del hombre caído consiste en que conozca a Cristo y el valor de su muerte y que la rumie y traiga siempre en su memoria; que por este camino se le aplica su virtud y mérito, como queda dicho. Por lo cual en ninguna manera se han de oír los que quitan la meditación y consideración de la pasión de Cristo, pareciéndoles de poco fruto respecto de la contemplación dormida que ellos enseñan.

Del estado de perfección llamado sobrenatural

[V, 1] MAESTRO: ...¿Qué eras antes que nacieses?

DISCÍPULO: Nada.

MAESTRO: Pues fija ahí el pensamiento y mira bien ese principio; y mira luego si lo que ahora tienes, lo tienes por merced de Dios o porque tú quieres tenerlo. Esto te dirán muchos que habrás conocido ya muertos, y vueltos en nada, imposibilitados a volver a ser y tener lo que tenían por sus fuerzas o por otras que sean menos que las del Criador. Y si esto tiene verdad en lo corporal, ¿cuánto mejor en lo espiritual?

DISCÍPULO: No somos suficientes (dijo el Apóstol) a pensar algo bueno de nosotros como de nosotros, porque nuestra suficiencia es de Dios (2 Co 3,5).

MAESTRO: Sacarás de ahí dos cosas: la primera, que de ti ninguna confianza debes tener, y de Dios, toda la posible. La segunda, que todo lo que de bueno tienes en el cuerpo y en el alma, es de Dios. Y dime luego, ¿sabes el fundamento de tu alma?

DISCÍPULO: La nada, porque es creación verdadera y no se presupone para ella materia.

MAESTRO: ¿No ves qué honrado principio para desvanecerte y fiar mucho de ti? Persevera, pues, en esa nada sobre que se funda tu ser y luego mira bien (como lo considera San Gregorio) la dependencia que tienes de Dios, para sustentarte en él, porque en el mismo punto que alzase de ti la mano, te volverías a la nada de que te crió; y tras de esto, mira la insuficiencia o impotencia que dijo el Apóstol para todo lo bueno, aunque no sea sino un pensamiento santo. Y en este orden, considera que ni el querer el bien es tuyo: «Ipsius enim est, et velle, et perficere» (Flp 2,13).

DISCÍPULO: Todo eso es nada.

MAESTRO: Y en cuanto hacemos, caminamos a la nada, morir, pecar, destruir y corromper las obras de Dios; y si por su gracia nos movemos a hacer algo de bueno, sale de nuestras manos con tantas fealdades y tan asqueroso como paños menstruosos. Esto así asentado, te digo que para unirte a Dios, que es obra sobre nuestras fuerzas, lo primero que has de hacer es desconfiar de ti.

DISCÍPULO: ¿Cuándo entenderé esa total desconfianza?

MAESTRO: Cuando en lo interior allá dentro en la mente, no hallares alguna manera de esfuerzo propio ni para esta obra ni para otra ninguna hecha o por hacer; y hasta que sin dificultad, sino con prontitud, te hallares en ti mismo aniquilado y deshecho, no ceses en este ejercicio de la aniquilación. ¡Oh, cómo conocerás luego lo que Dios ha puesto en ti, cómo lo estimarás y agradecerás!

DE «LUCHA AMOROSA Y ESPIRITUAL ENTRE DIOS Y EL ALMA»

De algunas tretas y cautelas de que se ha de aprovechar el alma para rendir a Dios en esta lucha

[I, 5] Suelen los diestros luchadores usar de algunas tretas y cautelas luchando para derribar a sus contrarios, y es razón, pues este tratado se llama lucha y duelo, sepamos de las que podemos aprovecharnos para triunfar de Dios y rendirle a nosotros en la oración. Guillermo Parisiense dice que de las mismas que usan unos hombres contra otros, que son tres o cuatro. La primera, levantar al adversario en alto, como se dice haberlo hecho Hércules con el hijo de la Tierra; porque así levantado fácilmente se derriba y es vencido. La segunda, usar de zancadilla, que es quitarle lo que le sirve de estribo y sobre que hace fuerza, para que faltándole el fundamento caiga. La tercera es cansarle, treta de que se aprovechan los muy ligeros contra los robustos y valientes. La cuarta, dejarse caer sobre él.

Lo primero que tenemos de hacer luchando con Dios es levantarle sobre nosotros. ¿Cómo? Sujetándonos a Él con profunda humildad. «Humillaos debajo de la poderosa mano de Dios», dice san Pedro, «para que Él os ensalce y levante» (1 P 5,6). Desta treta usó el rey Acab cuando conoció a Dios airado contra sí: humillóse y rindióse todo a Dios; y valióle tanto este artificio, que vino el mismo Dios a decir: «Porque se humilló en mi presencia Acab, no verá en sus días el mal que tenía pensado de envialle» (1 R 21,29). Cosa extraña es verdaderamente que levantándonos caemos, y ensalzando y levantando

a Dios sobre nosotros prevalecemos contra Él y le vencemos. No hay artificio ni máquina tan poderosa para sujetar a Dios a nosotros como sujetarnos a Él, la cual sujeción propísimamente se reduce a la obediencia; y aquel poderoso Dios debajo cuyo poder se encorvan y abaten los que sustentan el orbe, suele rendirse y estar obediente a quien le obedece y se le rinde...

La segunda treta es dar traspíe o zancadilla, o quitar el fundamento sobre que estriba y hace fuerza el que lucha. El estribo sobre que Dios estriba cuando lucha con nosotros como con enemigos son los pecados. Y en quitando tan maldito fundamento, luego se nos rinde; de manera que para no hallar resistencia en Dios, cuando nos llegamos a luchar con Él por la oración, es necesario desterrar del alma los pecados, sobre los cuales Él se funda y se esfuerza contra nosotros; por eso se escribe: «Ninguna cosa nos puede dañar si ningún pecado se enseñoreare de nosotros».

La tercera treta dijimos que era cansar al enemigo; y tomada así como suenan las palabras, vale poco para con Dios, que no puede cansarse; pero considerada con atención, es muy a propósito; porque, a la verdad, aunque Dios es incansable y invencible, se cansa y da por vencido de nuestros importunos y perseverantes ruegos y oraciones. Como se rindió a los ruegos y oración perseverante de la Cananea, que como cansado la dijo: «Fiat tibi sicut vis» (Mt 15,28) y a los del santo Moisés, cuando pedía perdón por el pueblo (Ex 32,32).

DE LOS «DIÁLOGOS SOBRE LA CONQUISTA DEL ESPIRITUAL Y SECRETO REINO DE DIOS»

[IV, 5] MAESTRO: ...Verdad es que el mundo está ya en lo último y allegado a la decrepita, porque aun en materia de virtud se hallan en él cien mil novedades y disparates nunca vistos; y en materia de pecados no tienen número las invenciones que cada día salen, ...ni hay teólogos que agoten sus dificultades; y así me persuado que los santos de la fama, los generales y capitanes del pueblo cristiano y los de la mesa redonda ya pasaron, y que la gente que ahora se hace para el cielo es de a pie, gente menuda, gente afeminada y de melcocha, que ni un papirote saben sufrir por Dios. Todos hemos dado en ser galenistas y filósofos y procuradores solícitos de la salud corporal, y vivimos con cien mil reglas de prudencia acerca del sueño, que sea de siete horas; de la comida, que sea buena y regalada; de la cama, que no sea dura para que descanse el cuerpo; del rato de conversación, por que no nos opilemos; de

la visita, por que no parezcamos salvajes; de la urbanidad y término cortesano, por que no seamos enfadosos al mundo. Al fin, la virtud en estos desdichados tiempos no tiene sino la armadura o esqueleto, que lo demás casi todo es prudencia de carne enemiga de Dios.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Nació en 1542 en Fontiveros, cerca de Ávila, de padres pobres, con el nombre de Juan de Yepes y Álvarez. Su madre, Catalina, al quedarse viuda con dos hijos, se trasladó a Medina del Campo. En esta ciudad fue Juan, primero, aprendiz de carpintero, sastre y pintor, y después acólito en las agustinas; sirviendo a éstas suscitó la benevolencia de don Alonso Álvarez de Toledo, el cual lo hizo estudiar en el colegio de los jesuitas y le dio una colocación en el hospital. En 1563, Juan renunció al futuro beneficio del hospital e ingresó en el convento de los carmelitas. Realizó los estudios universitarios, fue ordenado sacerdote y estaba a punto de retirarse a una cartuja cuando santa Teresa lo conoció y disuadió, persuadiéndolo, en cambio, a emprender con ella la reforma del Carmelo. Colaboró, pues, en la fundación de nuevos monasterios, y en 1572 se convirtió en confesor de reformadas descalzas. Los carmelitas calzados, intolerantes con la difusión de la reforma, raptaron a Juan (en virtud del derecho a la obediencia que todavía reivindicaban sobre los descalzos), encerrándolo en un calabozo de Toledo donde lo afligieron durante nueve meses con toda clase de penitencias forzadas e impidiéndole celebrar, sin conseguir que se pasase a ellos. Compuso entonces el *Cántico espiritual*. Con trapos viejos entretejidos se descolgó hasta un patio; había forzado primero la puerta de la celda y disimulado el forzamiento en espera de la fuga. Saltó después el muro y corrió extenuado hasta el convento de las carmelitas descalzas; había allí una enferma y necesitada de confesor, y así pudo él encontrar refugio en el recinto de la clausura sin violarla, de manera que en vano sus perseguidores le buscaron por todos los alrededores. Un poderoso protector de los descalzos envió a sus siervos como escolta del santo, el cual fue elegido vicario de un convento llamado Calvario, solitario entre frondosos bosques. Entre tanto el papa concedía la independencia a los descalzos.

Juan fue elegido rector de Baeza y después prior del convento de Granada y finalmente vicario; promovió siempre nuevas fundaciones de conventos, y contribuyó a la edición de las obras de santa Teresa. Murió en 1591. Beatificado en 1675, fue canonizado en 1726 y declarado doctor de la Iglesia en 1926.

Asín y Palacios encontró en el místico islámico Abū ‘Abdallāh Muhammad ibn ‘Abbad (nacido en 1371 en Ronda, cerca de Málaga, muerto en 1389) un precursor de san Juan de la Cruz: también él fundaba su mística sobre el doble ritmo alterno de don de los carismas y noche oscura, momentos igualmente importantes de la vida espiritual. La terminología del musulmán es ya la del santo cristiano.

DE «SUBIDA AL MONTE CARMELO»

Modo de tener al todo

[XIII, 11] Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada.
Para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada.
Para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.
Para venir a saberlo todo,
no quieras saber algo en nada.

Modo para llegar al todo

Para venir a lo que no gustas,
has de ir por donde no gustas.
Para venir a lo que no sabes,
has de ir por donde no sabes.
Para venir a lo que no posees,
has de ir por donde no posees.
Para venir a lo que no eres,
has de ir por donde no eres.

Modo para no impedir al todo

[12] Cuando reparas en algo,
dejas de arrojarte al todo.
Porque para venir del todo al todo

has de negarte del todo en todo.
Y cuando lo vengas del todo a tener,
has de tenerlo sin nada querer.
Porque, si quieres tener algo en todo,
no tienes puro en Dios tu tesoro.

DE «NOCHE OSCURA»

*Canciones del alma que se goza de haber llegado al alto estado
de la perfección, que es la unión con Dios,
por el camino de la negación espiritual*

[1] En una noche oscura,
con ansias, en amores inflamada,
¡oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

[2] A oscuras y segura,
por la secreta escala, disfrazada,
¡oh dichosa ventura!,
a oscuras y en celada,
estando ya mi casa sosegada.

[3] En la noche dichosa,
en secreto que nadie me veía,
ni yo miraba cosa,
sin otra luz y guía
sino la que en el corazón ardía.

[4] Aquesta me guiaba
más cierto que la luz del mediodía,
adonde me esperaba
quien yo bien me sabía,
en parte donde nadie parecía.

[5] ¡Oh noche que guiaste!
¡Oh noche amable más que el alborada!
¡Oh noche que juntaste
Amado con amada,
amada en el Amado transformada!

[6] En mi pecho florido,
que entero para él solo se guardaba,
allí quedó dormido,
y yo le regalaba,
y el ventalle de cedros aire daba.

[7] El aire de la almena,
cuando yo sus cabellos esparcía,
con su mano serena
en mi cuello hería,
y todos mis sentidos suspendía.

[8] Quédeme y olvidéme,
el rostro recliné sobre el Amado,
cesó todo, y dejéme,
dejando mi cuidado
entre las azucenas olvidado.

DE «LLAMA DE AMOR VIVA»

Canciones que hace el alma en la íntima unión de Dios

[1] ¡Oh llama de amor viva,
que tiernamente hieres
de mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
acaba ya, si quieres;
¡rompe la tela de este dulce encuentro!

[2] ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
que a vida eterna sabe,
y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

[3] ¡Oh lámparas de fuego,
en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido,
que estaba oscuro y ciego,
con extraños primores
calor y luz dan junto a su Querido!

[4] ¡Cuán manso y amoroso
recuerdas en mi seno,
donde secretamente solo moras;
y en tu aspirar sabroso
de bien y gloria lleno,
cuán delicadamente me enamoras!

COPLAS HECHAS SOBRE UN ÉXTASIS DE HARTA CONTEMPLACIÓN

Entréme donde no supe
y quedéme no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[1] Yo no supe dónde entraba,
pero cuando allí me vi,
sin saber dónde me estaba,
grandes cosas entendí;
no diré lo que sentí,
que me quedé no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[2] De paz y de piedad
era la ciencia perfecta,
en profunda soledad
entendida, (vía recta);
era cosa tan secreta,
que me quedé balbuciendo,
toda ciencia trascendiendo.

[3] Estaba tan embebido,
tan absorto y ajenado,
que se quedó mi sentido
de todo sentir privado,
y el espíritu dotado
de un entender no entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[4] El que allí llega de vero,
de sí mismo desfallece;
cuanto sabía primero,
mucho bajo le parece;
y su ciencia tanto crece,
que se queda no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[5] Cuanto más alto se sube,
tanto menos se entendía,
que es la tenebrosa nube
que a la noche esclarecía;
por eso quien la sabía
queda siempre no sabiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[6] Este saber no sabiendo
es de tan alto poder,
que los sabios arguyendo
jamás le pueden vencer;
que no llega su saber
a no entender entendiendo,
toda ciencia trascendiendo.

[7] Y es de tan alta excelencia
 a queste sumo saber,
 que no hay facultad ni ciencia
 que le puedan emprender;
 quien se supiere vencer
 con un no saber sabiendo
 irá siempre trascendiendo.

[8] Y si lo queréis oír,
 consiste esta suma ciencia
 en un subido sentir
 de la divinal Esencia;
 es obra de su clemencia
 hacer quedar no entendiendo,
 toda ciencia trascendiendo.

SUMA DE LA PERFECCIÓN

Olvido de lo criado,
 memoria del Criador,
 atención a lo interior,
 y estarse amando al Amado.

DE «SUBIDA AL MONTE CARMELO»

*En qué consiste la noche oscura.
 Noche oscura de los sentidos y de los apetitos*

[I, 3, 3] ...El alma, luego que Dios la infunde en el cuerpo, está como una tabla rasa y lisa en que no está pintado nada; y si no es lo que por los sentidos va conociendo, de otra parte naturalmente no se le comunica nada. Y así, en tanto que está en el cuerpo, está como el que está en una cárcel oscura, el cual no sabe nada, sino lo que alcanza a ver por las ventanas de la dicha cárcel, y si por allí no viese nada, no vería por otra parte. Y así, el alma, si no es lo que por los sentidos se le comunica, que son las ventanas de su cárcel, naturalmente por otra vía nada alcanzaría.

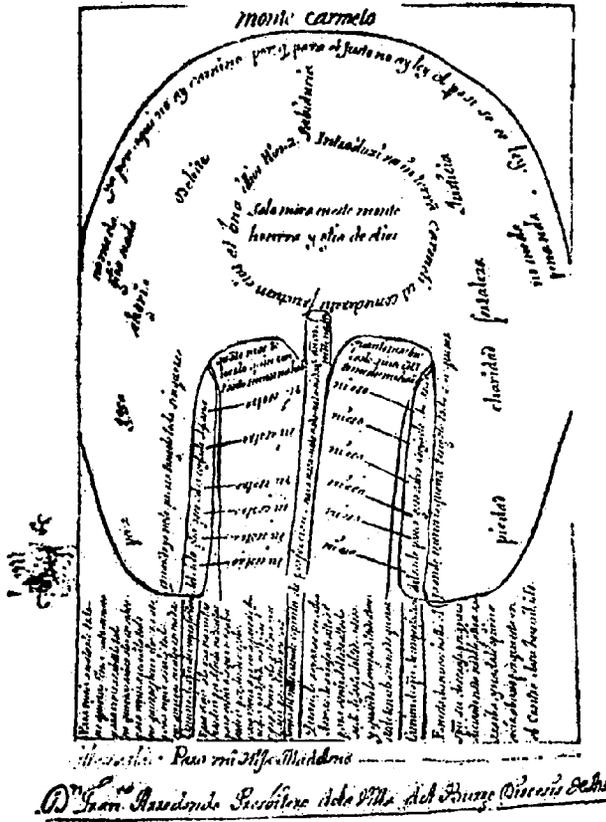


FIGURA 1. En la figura 1, el monte de la perfección, dibujo de san Juan de La Cruz. Los dos montes entre los que se insinúa la garganta de la perfección (donde está escrito «nada nada nada nada nada») tienen forma de pulmones. En la cima están las virtudes, los dones y los frutos del Espíritu Santo, y de corona estas palabras: «Ya por aquí no hay camino porque para el justo no hay ley» (manuscrito 6296, Biblioteca Nacional de Madrid). Los dos caminos laterales son el de los bienes del cielo y el de los de la tierra, la nada es la mediación. En la figura 2, la transcripción del dibujo (Juan de la Cruz, *Obras*, 5 vols., Burgos, El Monte Carmelo, 1929-1931).

[4] De donde, si lo que puede recibir por los sentidos ella lo desecha y niega, bien podemos decir que se queda como a oscuras y vacía; pues, según parece por lo dicho, naturalmente no le puede entrar luz por otras lumbreras que las dichas. Porque, aunque es verdad que no puede dejar de oír, y ver, y oler, y gustar, y sentir, no le hace más al caso ni le embaraza más al alma, si lo niega y lo desecha, que si no lo viese ni lo oyese, etc. Como también el que quiere cerrar los ojos quedará a oscuras, como el ciego, que no tiene potencia para ver. Y así, al propósito habla David diciendo: «Pauper sum ego, et in laboribus a juventute mea» (Sal 88,16). Que quiere decir: «Yo soy pobre y en trabajos desde mi juventud». Llámase pobre, aunque está claro que era rico, porque no tenía en la riqueza su voluntad, y así, era tanto como ser pobre realmente. Mas antes, si fuera realmente pobre, y de la voluntad no lo fuera, no era verdaderamente pobre, pues el ánimo estaba rica y llena en el apetito. Y por eso llamamos esta desnudez noche para el alma, porque no tratamos aquí del carecer de las cosas, porque eso no desnuda al alma si tiene apetito de ellas, sino de la desnudez del gusto y apetito de ellas, que es lo que deja al alma libre y vacía de ellas, aunque las tenga. Porque no ocupan al alma las cosas de este mundo ni la dañan, pues no entra en ellas, sino la voluntad y apetito de ellas que moran en ella.

[I, 4, 2] Dos contrarios, según nos enseña la filosofía, no pueden caber en un sujeto; y porque las tinieblas, que son las afecciones en las criaturas, y la luz, que es Dios, son contrarios y ninguna semejanza ni conveniencia tienen entre sí, según a los Corintios enseñó san Pablo, diciendo: «Quae conventio lucis ad tenebras?» (2 Co 6,14). Es a saber: «¿Qué conveniencia se podrá dar entre la luz y las tinieblas?» De aquí es que en el alma no se puede asentar la luz de la divina unión si primero no se ahuyentan las afecciones de ella.

[3] ...Y así, el que ama criatura, tan bajo se queda como aquella criatura, y, en alguna manera, más bajo; porque el amor no sólo iguala, mas aun sujeta al amante a lo que ama.

Y de aquí es que, por el mismo caso que el alma ama algo, se hace incapaz de la pura unión de Dios y su transformación.

[I, 6, 6] ...Claro está que los apetitos cansan y fatigan al alma, porque son como unos hijuelos inquietos y de mal contento, que siempre están diciendo a su madre uno y otro, y nunca se contentan. Y así como se cansa y fatiga el que cava por codicia del tesoro, así se cansa y fatiga el

alma por conseguir lo que sus apetitos le piden. Y, aunque lo consiga, en fin, siempre se cansa, porque nunca se satisface; porque, al cabo, son cisternas rotas las que cava, que no pueden tener agua para satisfacer la sed. Y así, como dice Isaías: «Lassus adhuc sitit, et anima eius vacua est» (Is 29,8). Que quiere decir: está su apetito vacío, y cánsase y fatígase el alma que tiene apetitos; porque es como el enfermo de calentura, que no se halla bien hasta que se le quita la fiebre, y cada rato le crece la sed. Porque, como se dice en el libro de Job: «Cum satiatus fuerit, arctabitur, aestuabit, et omnis dolor irruet super eum» (Jb 20,22). Que quiere decir: «Cuando hubiere satisfecho su apetito, quedará más apretado y agravado; creció en su alma el calor del apetito y así caerá sobre él todo dolor». Cánsase y fatígase el alma con sus apetitos, porque es herida y movida y turbada de ellos como el agua de los vientos, y de esa misma manera la alborotan, sin dejarla sosegar en [un] lugar ni en una cosa. Y de la tal alma dice Isaías: «Cor impiii quasi mare fervens» (Is 57,20). El corazón del malo es como el mar cuando hierve; y es malo el que no vence los apetitos. Cánsase y fatígase el alma que desea cumplir sus apetitos, porque es como el que, teniendo hambre, abre la boca para hartarse de viento y, en lugar de hartarse, se seca más, porque aquél no es su manjar. A este propósito dijo Jeremías: «In desiderio animae suae attraxit ventum amoris sui» (Jr 2,24). Como si dijera: «En el apetito de su voluntad atrajo a sí el viento de su afición». Y luego dice adelante, para dar a entender la sequedad en que está tal alma queda, dando aviso y diciendo: «Prohibe pedem tuum a nuditate, et guttur tuum a siti» (Jr 2,25). Que quiere decir: «Aparta tu pie —esto es, tu pensamiento— de la desnudez, y tu garganta de la sed», es a saber: tu voluntad del cumplimiento del apetito que hace más sequía. Y así como se cansa y fatiga el enamorado en el día de la esperanza cuando le salió su lance en vacío, [así] se cansa el alma y fatiga con todos sus apetitos y cumplimiento de ellos, pues todos la causan mayor vacío y hambre; porque, como comúnmente dicen, el apetito es como el fuego, que echándole leña crece, y luego que la consume, por fuerza ha de desfallecer.

[I, 12, 5] Porque el apetito, cuando se ejecuta, es dulce y parece bueno, pero después se siente su amargo efecto; lo cual podrá bien juzgar el que se deja llevar de ellos. Aunque no ignoro que hay algunos tan ciegos e insensibles que no lo sienten porque, como no andan en Dios, no echan de ver lo que les impide a Dios.

De la fe.

De la noche oscura del espíritu

[II, 3, 3] De esta manera es la fe para con el alma, que nos dice cosas que nunca vimos ni entendimos en sí ni en sus semejanzas, pues no la tienen. Y así, de ella no tenemos luz de ciencia natural, pues a ningún sentido es proporcionado lo que nos dice; pero sabémoslo por el oído, creyendo lo que nos enseña, sujetando y cegando nuestra luz natural. Porque como dice San Pablo, «Fides ex auditu» (Rm 10,17). Como si dijera: la fe no es ciencia que entra por ningún sentido, sino sólo es consentimiento del alma de lo que entra por el oído.

[4] Y aun la fe excede mucho más de lo que dan a entender los ejemplos dichos. Porque, no solamente no hace noticia y ciencia, pero, como habemos dicho, priva y ciega de otras cualesquier noticias y ciencia, para que puedan bien juzgar de ella. Porque otras ciencias con la luz del entendimiento se alcanzan; mas ésta de la fe, sin la luz del entendimiento se alcanza, negándola por la fe, y con la luz propia se pierde, si no se oscurece. Por lo cual dijo Isaías: «Si non credideritis, non intelligitis» (Is 7,9). Esto es: «Si no creyéredes, no entenderéis». Luego claro está que la fe es noche oscura para el alma, y de esta manera la da luz; y cuanto más la oscurece, más luz la da de sí, porque cegando la [da] luz, según este dicho de Isaías: «Porque si no creyéredes [no entenderéis]», esto es, no tendréis luz. Y así fue figurada la fe por aquella nube que dividía los hijos de Israel y a los egipcios al punto de entrar en el Mar Bermejo, de la cual dice la sagrada Escritura que era «nubes tenebrosa et illuminans noctem» (Ex 14,20); quiere decir que aquella nube era tenebrosa y alumbradora a la noche.

[5] Admirable cosa es que, siendo tenebrosa, alumbrase la noche; esto era porque la fe, que es nube oscura y tenebrosa para el alma —la cual es también noche, pues en presencia de la fe de su luz natural queda privada y ciega—, con su tiniebla alumbra y dé luz a la tiniebla del alma; porque así convenía que fuese semejante al maestro el discípulo. Porque el hombre que está en tiniebla no podía convenientemente ser alumbrado sino por otra tiniebla, según nos lo enseña David diciendo: «Dies diei eructat verbum et nox nocti indicat scientiam» (Sal 19,3). Quiere decir: «El día rebosa y respira palabra al día, y la noche muestra ciencia a la noche». Que, hablando más claro, quiere decir: el día, que es Dios¹⁷ en la bienaventu-

17. Uno de los dichos extracanónicos de Jesucristo es: «Yo soy el día».

ranza, donde ya es de día a los bienaventurados ángeles y almas que ya son día, les comunica y pronuncia la Palabra, que es su Hijo, para que le sepan y le gocen. Y la noche, que es la fe en la Iglesia militante donde aún es de noche, muestra ciencia a la Iglesia y, por consiguiente, a cualquiera alma, la cual le es noche, pues está privada de la clara sabiduría beatífica; y en presencia de la fe, de su luz natural está ciega.

[II, 4, 2] Porque, para venir un alma a llegar a la transformación sobrenatural, claro está que ha de oscurecerse y trasponerse a todo lo que contiene su natural, que es sensitivo y racional. Porque sobrenatural, eso quiere decir, que sube sobre el natural; luego el natural abajo queda. Porque, como quiera que esta transformación y unión es cosa que no puede caer en sentido y habilidad humana, ha de vaciarse de todo lo que puede caer en ella perfectamente y voluntariamente, ahora sea de arriba, ahora sea de abajo, según el afecto, digo, y voluntad, en cuanto es de su parte; porque a Dios, ¿quién le quitará que Él no haga lo que quiere en el alma resignada, aniquilada y desnuda? Pero de todo se ha de vaciar como sea cosa que puede caer en su capacidad, de manera que, aunque más cosas sobrenaturales vaya teniendo, siempre se ha de quedar como desnuda de ellas y a oscuras, así como el ciego, arrimándose a la fe oscura, tomándola por guía y luz, y no arrimándose a cosa de las que entiende, gusta y siente e imagina. Porque todo aquello es tiniebla, que la hará errar; y la fe es sobre todo aquel entender y gustar y sentir e imaginar. Y si en esto no se ciega, quedándose a oscuras totalmente, no viene a lo que es más, que es lo que enseña la fe...

[6] Por tanto, trasponiéndose a todo lo que espiritual y naturalmente puede saber y entender, ha de desear el alma con todo deseo venir a aquello que en esta vida no puede saber ni caer en su corazón, y dejando atrás todo lo que temporal y espiritualmente gusta y siente y puede gustar y sentir en esta vida, ha de desear con todo deseo venir a aquello que excede todo sentimiento y gusto. Y, para quedar libre y vacía para ello, en ninguna manera ha de hacer presa en cuanto en su alma recibiere espiritual o sensitivamente, como declararemos luego, cuando esto tratemos en particular, teniéndolo todo por mucho menos [de cuanto desea]. Porque, cuanto más piensa que es aquello que entiende, gusta e imagina, y cuanto más lo estima, ahora sea espiritual, ahora no, tanto más quita del supremo bien y más se retarda de ir a él. Y cuanto menos piensa que es lo que puede tener, por más que ello sea, en respecto del sumo bien, tanto más pone en él y le estima y, por el consiguiente, tanto más se llega

a él. Y de esta manera, a oscuras, grandemente se acerca el alma a la unión por medio de la fe, que también es oscura, y de esta manera la da admirable luz la fe.

Cierto que, si el alma quisiese ver, harto más presto se oscurecería acerca de Dios que el que abre los ojos a ver el gran resplandor del Sol.

[II, 6, 2] Las... tres virtudes [teologales] todas hacen, como habemos dicho, vacío en las potencias: la fe en el entendimiento, vacío y oscuridad de entender; la esperanza hace en la memoria vacío de toda posesión; y la caridad, vacío en la voluntad y desnudez de todo afecto y gozo de todo lo que no es Dios...

[3] Pues de la esperanza no hay duda sino que también pone a la memoria en vacío y tiniebla de lo de acá y de lo de allá. Porque la esperanza siempre es de lo que no se posee, porque, si se poseyese, ya no sería esperanza. De donde san Pablo dice ad Romanos: «Spes, quae videtur, non est spes; nam quod videt quis, quid sperat?» (Rm 8,24). Es a saber: «La esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que uno ve —esto es, lo que posee—, ¿cómo lo espera?». Luego también hace vacío esta virtud, pues es de lo que no se tiene, y no de lo que se tiene.

[II, 11, 1] ...Pueden y suelen nacer a los espirituales representaciones y objetos sobrenaturales. Porque acerca de la vista se les suele representar figuras y personajes de la otra vida, de algunos santos y figuras de ángeles, buenos y malos, y algunas luces y resplandores extraordinarios. Y con los oídos oír algunas palabras extraordinarias, ahora dichas por esas figuras que ven, ahora sin ver quién las dice. En el olfato sienten a veces olores suavísimos sensiblemente, sin saber de dónde proceden. También en el gusto acaece sentir muy suave sabor, y en el tacto grande deleite, y a veces tanto, que parece que todas las médulas y huesos gozan y florecen y se bañan en deleite; cual suele ser la que llaman unción del espíritu, que procede de él a los miembros de las limpias almas. Y este gusto del sentido es muy ordinario a los espirituales, porque del afecto y devoción del espíritu sensible les procede más o menos a cada cual en su manera.

[2] Y es de saber que, aunque todas estas cosas pueden acaecer a los sentidos corporales por vía de Dios, nunca jamás [los espirituales] se han de asegurar en ellas ni las han de admitir, antes totalmente han de huir de ellas, sin querer examinar si son buenas o malas. Porque así como son más exteriores y corporales, así tanto menos ciertas son de Dios. Porque más propio y ordinario le es a Dios comunicarse al espíritu, en lo cual hay más

seguridad y provecho para el alma, que al sentido, en el cual ordinariamente hay mucho peligro y engaño, por cuanto en ellas se hace el sentido corporal juez y estimador de las cosas espirituales, pensando que son así como lo siente, siendo ellas tan diferentes como el cuerpo del alma y la sensualidad de la razón. Porque tan ignorante es el sentido corporal de las cosas racionales y aún más, digo espirituales, como un jumento de las cosas racionales, y aún más.

[3] Y así, yerra mucho el que las tales cosas estima, y en gran peligro se pone de ser engañado y, por lo menos, tendrá en sí total impedimento para ir a lo espiritual.

[II, 21, 7] De esta manera y de otras muchas condesciende Dios enojado con los apetitos de las almas. De lo cual tenemos muchos testimonios en la sagrada Escritura, y sin eso, muchos ejemplos. Pero no son menester en cosa tan clara. Sólo digo que es cosa peligrosísima, más que sabré decir, querer tratar con Dios por tales vías, y que no dejará de errar mucho y hallarse muchas veces confuso el que fuese aficionado a tales modos. Y esto, el que hubiere hecho caso de ellos me entenderá por la experiencia. Porque, allende de la dificultad que hay en saber no errar en las locuciones y visiones que son de Dios, hay ordinariamente entre ellas muchas que son del demonio; porque comúnmente anda en el alma en aquel traje [y trato] que anda Dios con ella, poniéndole cosa tan verosímil a las que Dios le comunica, por injerirse él a vueltas, como el lobo entre el ganado con pellejo de oveja, que apenas se puede entender. Porque como dice muchas cosas verdaderas y conformes a razón y cosas que salen verdaderas, pueden engañar fácilmente pensando que, pues sale verdad y acierta en lo que está por venir, que no será sino Dios. Porque no saben que es cosa facilísima, a quien tiene clara la luz natural, conocer las cosas, o muchas de ellas, que fueron o que serán, en sus causas. Y como quiera que el demonio tenga esta lumbre tan viva, puede facilísimamente colegir tal efecto de tal causa, aunque no siempre sale así, pues todas las causas dependen de la voluntad de Dios.

[8] Pongamos ejemplo: conoce el demonio que la disposición de la tierra, aires y término que lleva el Sol, van de manera y en tal grado de disposición, que necesariamente, llegado tal tiempo, habrá llegado la disposición de estos elementos, según el término que llevan, a inficionarse, y así a inficionar la gente con pestilencia, y en las partes que será más y en las que será menos. Ve aquí conocida la pestilencia en su causa. ¿Qué mucho es que, revelando el demonio esto a una alma, diciendo: «De aquí a un año o

medio habrá pestilencia», que salga verdadero? Y es profecía del demonio. Por la misma manera puede conocer los temblores de la tierra, viendo que se van hinchando los senos de ella de aire, y decir: «En tal tiempo temblará la tierra»; lo cual es conocimiento natural; para el cual basta tener el ánimo libre de las pasiones del alma, según lo dice Boecio por estas palabras: «Si vis claro lumine cernere verum, gaudia pelle, timorem, spemque fugato, nec dolor adsit». Esto es: si quieres con claridad natural conocer las verdades, echa de ti el gozo y el temor, y la esperanza y el dolor.

[II, 26, 14] Pero es de saber que estos que tienen el espíritu purgado con mucha facilidad naturalmente pueden conocer, y unos más que otros, lo que hay en el corazón o espíritu interior, y las inclinaciones y talentos de las personas; y esto por indicios exteriores, aunque sean muy pequeños, como por palabras, movimientos y otras muestras. Porque, así como el demonio puede esto, porque es espíritu, así también lo puede el espiritual, según el dicho del Apóstol, que dice: «Spiritualis autem iudicat omnia» (1 Co 2,15), «El espiritual todas las cosas juzga». Y otra vez dice: «Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei» (1 Co 2,10), «El espíritu todas las cosas penetra, hasta las cosas profundas de Dios». De donde, aunque naturalmente no pueden los espirituales conocer los pensamientos o lo que hay en el interior, por ilustración sobrenatural o por indicios bien lo pueden entender. Y aunque en el conocimiento por indicios muchas veces se pueden engañar, las más veces aciertan. Mas ni de lo uno ni de lo otro hay que fiarse, porque el demonio se entremete aquí grandemente y con mucha sutileza, como luego diremos; y así siempre se han de renunciar las tales inteligencias [y noticias].

*Purgación de la noche activa
de la memoria y de la voluntad*

[III, 2, 5] Y así, es cosa notable lo que a veces pasa en esto; porque algunas veces, cuando Dios hace estos toques de unión en la memoria, súbitamente le da un vuelco en el cerebro, que es donde ella tiene su asiento, tan sensible que le parece se desvanece toda la cabeza y que se pierde el juicio y el sentido. Y esto, a veces más, a veces menos, según que es más o menos fuerte el toque. Y entonces, a causa de esta unión, se vacía y purga la memoria, como digo, de todas las noticias, y queda olvidada y a veces olvidadísima, que ha menester hacerse gran fuerza y trabajar para acordarse de algo.

[6] Y de tal manera es a veces este olvido de la memoria y suspensión de la imaginación por estar la memoria unida con Dios que se pasa mucho tiempo sin sentirlo ni saber qué se hizo aquel tiempo. Y como está entonces suspensa la imaginativa, aunque entonces la hagan cosas que causen dolor, no lo siente [el alma]; porque sin imaginación no hay sentimiento, [ni por pensamiento, porque no le hay]. Y para que Dios venga a hacer estos toques de unión, conviéndole al alma desunir la memoria de todas las noticias aprehensibles, y estas suspensiones es de notar que ya en los perfectos no las hay así, por cuanto hay ya perfecta unión, que son de principio de unión.

[7] Dirá alguno que bueno parece esto; pero que de aquí se sigue la destrucción del uso natural y curso de las potencias, y que quede el hombre como bestia, olvidado, y aun peor, sin discurrir ni acordarse de las necesidades y operaciones naturales; y que Dios no destruye la naturaleza, antes la perfecciona, y de aquí necesariamente se sigue su destrucción, pues se olvida de lo moral y racional para obrarlos y de lo natural para ejercitarlo, porque de nada de esto se puede acordar, pues se priva de las noticias y formas que son el medio de la reminiscencia.

[8] A lo cual respondo que es así, que cuanto más va uniéndose la memoria con Dios, más va perfeccionando las noticias distintas hasta perderlas del todo, que es cuando en perfección llega al estado de unión. Y así, al principio, cuando ésta se va haciendo, no puede dejar de traer grande olvido acerca de todas las cosas, pues se le van rayando las formas y noticias, y así hace muchas faltas acerca del uso y trato exterior, no acordándose de comer ni de beber, ni si hizo, si vio, si no vio y si dijeron o no dijeron por el absorbimiento de la memoria en Dios. Pero, ya que llega a tener hábito de unión, que es un sumo bien, ya no tiene esos olvidos en esa manera en lo que es razón moral y natural; antes en las operaciones convenientes y necesarias tiene mucha mayor perfección. Aunque éstas no las obra ya por formas y noticias de la memoria, porque en habiendo hábito de unión, que es ya estado sobrenatural, desfallece del todo la memoria y las demás potencias en sus naturales operaciones y pasan de su término natural al de Dios, que es sobrenatural; y así, estando la memoria transformada en Dios, no se le pueden imprimir formas ni noticias de cosas. Por lo cual, las operaciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas, porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero señor de ellas por la transformación de ellas en sí, Él mismo es el que las mueve y manda divinamente según su divino espíritu y voluntad. Y entonces es de manera que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios y son operaciones divinas; que,

por cuanto, como dice san Pablo, «el que se une con Dios, un espíritu se hace con Él» (1 Co 6,17), de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu Divino, y son divinas.

[9] Y de aquí es que las obras de las tales almas sólo son las que convienen y son razonables, y no las que no convienen; porque el espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar sin formas [o con formas], y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios. Y así, todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos; y no hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinos, pues están transformadas en ser divino.

[10] De estas operaciones traeré algunos ejemplos, y sea éste uno. Pide una persona a otra que está en este estado que la encomiende a Dios. Esta persona no se acordará de hacerlo por alguna forma ni noticia que se le quede en la memoria de aquella persona, y si conviene encomendarla a Dios, que será queriendo Dios recibir oración por la tal persona, la moverá la voluntad dándole gana que lo haga; y si no quiere Dios aquella oración, aunque se haga fuerza a orar por ella, no podrá ni tendrá gana, y a veces se la pondrá Dios para que ruegue por otros que nunca conoció ni oyó. Y es porque Dios solo mueve las potencias de estas almas, para aquellas [obras] que conviene[n] según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así, las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto. Tales eran las de la gloriosísima Virgen Nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.

[11] Otro ejemplo. Ha de acudir a tal tiempo a cierto negocio necesario. No se acordará por forma ninguna, sino que, sin saber cómo, se le asentará en el alma cuándo y cómo convendrá acudir aquello, sin que haya falta...

[14] ...El espiritual tenga esta cautela: en todas las cosas que oyere, viere, oliere, gustare o tocare, no haga archivo ni presa de ellas en la memoria, sino que las deje luego olvidar, y [lo] procure con la eficacia, si es menester, que otros acordarse; de manera que no le quede en la memoria alguna noticia ni figura de ellas, como si en el mundo no fuesen, dejando la memoria libre y desembarazada, no atándola a ninguna consideración de arriba ni de abajo, como si tal potencia de memoria no tuviese, dejándola libremente perder en olvido, como cosa que estorba. Pues todo lo natural, si se quiere usar de ello en lo sobrenatural, antes estorba que ayuda.

[III, 3, 4] Y si me dijeres que bien podrá el hombre vencer todas estas cosas cuando le vinieren, digo que del todo puramente es imposible si hace caso de noticias, porque en ellas se injieren mil imperfecciones e impertinencias, y algunas tan sutiles y delgadas que, sin entenderlo el alma, se le pegan de suyo, así como la pez al que la toca, y que mejor se vence todo de una vez negando la memoria en todo. Dirás también que se priva el alma de muchos buenos pensamientos y consideraciones de Dios, que aprovechan mucho al alma para que Dios la haga mercedes. Digo que, para esto, más aprovecha la pureza del alma, que consiste en que no se le pegue ninguna afición de criatura, ni de temporalidad, ni advertencia eficaz [de ello]; de lo cual entiendo no se dejará de pegar mucho por la imperfección que de suyo tienen las potencias en sus operaciones. Por lo cual, mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando, para que hable Dios; porque, como hemos dicho, para este estado las operaciones naturales se han de perder de vista, lo cual se hace, como cuando dice el profeta, cuando venga el alma según estas sus potencias a soledad y le hable Dios al corazón (Os 2,14).

[5] ...[Hacemos] a la memoria que quede callada y muda, y sólo el oído del espíritu en silencio a Dios, diciendo con el profeta: «Habla, Señor, que tu siervo oye» (1 S 3,10). Tal dijo el Esposo en los Cantares que había de ser su Esposa, diciendo: «Mi hermana es huerto cerrado y fuente sellada» (Ct 4,12), es a saber: a todas las cosas que en él pueden entrar.

[6] Estése, pues, cerrado sin cuidado y pena, que el que entró a sus discípulos corporalmente, las puertas cerradas, y les dio paz sin ellos saber ni pensar que aquello podía ser, ni el cómo podía ser, entrará espiritualmente en el alma, sin que ella sepa ni obre el cómo, teniendo ella las puertas de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, cerradas a todas las aprehensiones, y se las llenará de paz, declinando sobre ella, como el profeta dice, «como un río de paz» (Is 48,18)...

[III, 4, 2] Yo quisiera que los espirituales acabasen bien de echar de ver cuántos daños les hacen los demonios en las almas por medio de la memoria cuando se dan mucho a usar de ella, cuántas tristezas, y aflicciones, y gozos malos vanos los hacen tener, así acerca de lo que piensan en Dios como de las cosas del mundo, y [cuántas impurezas les dejan arraigadas en el espíritu], haciéndolos también grandemente distraer del sumo recogimiento, que consiste en poner toda el alma, según sus potencias, en sólo [el] bien incomprehensible y quitarla de todas las cosas aprehensibles, porque no son bien incomprehensible. Lo cual, aunque no se siguiera tanto

bien de este vacío como es ponerse en Dios, por sólo ser causa de librarse de muchas penas, aflicciones y tristezas, allende de las imperfecciones y pecados de que se libra, es grande bien.

[III, 5, 3] Porque [como siempre hemos dicho], para que el alma vaya a Dios antes ha de ir no comprendiendo que comprendiendo. Hase de trocar lo conmutable y comprensible por lo inconmutable e incomprensible.

[III, 7, 2] Porque toda posesión es contra esperanza, la cual como dice san Pablo, es de lo que no se posee (Hb 11,1). De donde, cuanto más la memoria se desposee, tanto más tiene de esperanza, y cuanto más de esperanza tiene, tanto más tiene de unión de Dios; porque acerca de Dios, cuanto más espera el alma, más alcanza. Y entonces espera más cuando se desposee más; y cuando se hubiere desposeído perfectamente quedará con la posesión de Dios en unión divina. Mas hay muchos que no quieren carecer de la dulzura y sabor de la memoria en las noticias, y por eso no vienen a la suma posesión y entera dulzura. Porque «el que no renuncia todo lo que posee, no puede ser su discípulo» (Lc 14,33).

[III, 12, 1] No le es al alma menor el quinto daño que se le sigue de querer retener en la memoria e imaginativa las dichas formas e imágenes de las cosas que sobrenaturalmente se le comunican, mayormente si quiere tomar por medio para la divina unión. Porque es cosa muy fácil juzgar del ser y alteza de Dios menos digna y altamente de lo que conviene a su incomprensibilidad, porque, aunque la razón y juicio no haga expreso concepto de que Dios será semejante a algo de aquello, todavía la misma estimación de aquellas aprehensiones, si, en fin, las estima, hace y causa en el alma un no estimar y sentir de Dios tan altamente como enseña la fe, que nos dice ser incomparable e incomprensible, etc. Porque, demás de que todo lo que el alma pone en la criatura quita de Dios, naturalmente se hace en el interior de ella, por medio de la estimación de aquellas cosas aprehensibles, cierta comparación de ellas a Dios que no deja juzgar ni estimar de Dios tan altamente como debe. Porque las criaturas, ahora terrenas, ahora celestiales, y todas las noticias e imágenes distintas, naturales y sobrenaturales, que pueden caer en las potencias del alma, por altas que sean ellas en esta vida, ninguna comparación ni proporción tienen con el ser de Dios, por cuanto Dios no cae debajo de género y especie, y ellas sí, como dicen los teólogos. Y el alma en esta vida

no es capaz de recibir clara y distintamente sino lo que cae debajo de género y especie. Que por eso dice san Juan que ninguno jamás vio a Dios (Jn 1,18). E Isaías, que no subió en corazón de hombre cómo sea Dios (Is 64,4). Y Dios dijo a Moisés que no le podía ver en este estado de vida (Ex 33,20). Por tanto, el que embaraza la memoria y las demás potencias del alma con lo que ellas pueden comprehender, no puede estimar a Dios ni sentir de Él como debe.

[III, 13, 3] ...El bien que redunde en el alma de las aprehensiones sobrenaturales, cuando son de buena parte, pasivamente se obra en el alma en aquel mismo instante que se representan al sentido, sin que las potencias de suyo hagan alguna operación. De donde no es menester que la voluntad haga acto de admitirlas porque, como también habemos dicho, si el alma entonces quiere obrar con [el favor de] sus potencias, antes con su operación baja natural impediría la sobrenatural que por medio de estas aprehensiones obra Dios entonces en ella, que sacase algún provecho de su ejercicio de obra. Sino que así como se le da al alma pasivamente el espíritu de aquellas aprehensiones imaginarias, así pasivamente se ha de haber en ellas el alma sin poner sus acciones interiores o exteriores en nada. Y esto es guardar los sentimientos de Dios, porque de esta manera no los pierde por su manera baja de obrar. Y esto es también no apagar el espíritu, porque apagarle hía si el alma se quisiese haber de otra manera que Dios la lleva. Lo cual haría si, dándole Dios el espíritu pasivamente, como hace en estas aprehensiones, ella entonces se quisiese haber en ellas activamente, obrando con el entendimiento o queriendo algo en ellas. Y esto está claro, porque si el alma entonces quiere obrar por fuerza, no ha de ser su obra más que natural, porque de suyo no puede más; porque a la sobrenatural no se mueve ella ni se puede mover, sino muévela Dios y pónela en ella. Y así, si entonces el alma quiere obrar de fuerza, en cuanto en sí es, ha de impedir con su obra activa la pasiva que Dios le está comunicando, que [es] el espíritu, porque se pone en su propia obra; que es de otro género y más baja que la que Dios le comunica; porque la de Dios es pasiva y sobrenatural y la del alma, activa y natural; y esto sería apagar el espíritu...

[6] ...Bien podrá algunas veces acordarse de aquella imagen y aprehensión que le causó el amor, para poner el espíritu en motivo de amor. Porque, aunque no hace después tanto efecto cuando se acuerda como la primera vez que se comunicó, todavía cuando se acuerda se renueva el amor, y hay levantamiento de mente en Dios, mayormente cuando es la

recordación de algunas figuras, imágenes o sentimientos sobrenaturales que suelen sellarse e imprimirse en el alma, de manera que duran mucho tiempo, y algunas nunca se quitan del alma. Y estas que así se sellan en el alma, casi cada vez que el alma advierte en ellas le hacen divinos efectos de amor, suavidad, luz, etc., unas veces más, otras menos, porque para esto se las imprimieron. Y así, es una grande merced a quien Dios la hace, porque es tener en sí un minero de bienes.

[7] Estas figuras que hacen los tales efectos están asentadas vivamente en el alma; que no son como las otras imágenes y formas que se conservan en la fantasía. Y así, no ha menester el alma ir a esta potencia por ellas cuando se quiere acordar, porque ve que las tiene en sí misma, como se ve la imagen en el espejo. Cuando acaeciere a alguna alma tener en sí las dichas figuras formalmente, bien podrá acordarse de ellas para el efecto de amor que dije, porque no le estorbarán para la unión de amor en fe, como no quiera embeberse en la figura, sino aprovecharse del amor, dejando luego la figura; y así, antes le ayudará.

[III, 20, 2] ...Aunque el hombre no [lo] hiciese por su Dios y por lo que le obliga la perfección cristiana, por los provechos que temporalmente se le siguen, demás de los espirituales, había de libertar perfectamente su corazón de todo gozo acerca de lo dicho. Pues no sólo se libra de los pestíferos daños que habemos dicho en el precedente capítulo, pero, demás de eso, en quitar el gozo de los bienes temporales adquiere virtud de liberalidad, que es una de las principales condiciones de Dios, la cual en ninguna manera se puede tener con codicia. Demás de esto, adquiere libertad de ánimo, claridad en la razón, sosiego, tranquilidad y confianza pacífica en Dios y culto y obsequio verdadero en la voluntad para Dios. Adquiere más gozo y recreación en las criaturas con el desapropio de ellas, el cual no se puede gozar en ellas si las mira con asimiento de propiedad. Porque éste es un cuidado que, como lazo ata al espíritu en la tierra y no le deja anchura de corazón. Adquiere más, en el desasimiento de las cosas, clara noticia de ellas para entender bien las verdades acerca de ellas, así natural como sobrenaturalmente. Por lo cual las goza muy diferentemente que el que está asido a ellas, con grandes ventajas y mejorías. Porque éste las gusta según la verdad de ellas, esotro según la mentira de ellas; [éste según lo mejor, esotro según lo peor; éste según la sustancia, esotro que ase su sentido a ellas según el accidente. Porque el sentido no puede coger ni llegar más que al accidente, y el espíritu, purgado de nube y especie de accidente, penetra la verdad y valor de las cosas, porque ése es su objeto].

[III, 24, 5] ...Todas las veces que oyendo música u otras cosas, y viendo cosas agradables, y oliendo suaves olores, y gustando algunos sabores y delicados toques, luego al primer movimiento se pone la noticia y afección de la voluntad en Dios, dándole más gusto aquella noticia que el motivo sensual que se la causa, y no gusta de tal motivo sino por eso, es señal que saca provecho de lo dicho y que le ayuda lo tal sensitivo al espíritu. Y en esta manera se puede usar, porque entonces sirven los sensibles al fin para que Dios los crió y dio, que es para ser por ellos más amado y conocido. Y es aquí de saber que aquel a quien estos sensibles hacen el puro efecto espiritual que digo, no por eso tiene apetito, ni se le da casi nada por ellos, aunque cuando se le ofrecen le dan mucho gusto, por el gusto que tengo dicho que de Dios le causan; y así no se solicita por ellos, y cuando se le ofrecen, como digo, luego pasa la voluntad de ellos, y los deja y se pone en Dios.

[III, 25, 2] Primeramente, del gozo de las cosas visibles, no negándole para ir a Dios, se le puede seguir derechamente vanidad de ánimo y distracción de la mente, codicia desordenada, deshonestidad, descompostura interior y exterior, impureza de pensamientos y envidia.

[3] Del gozo en oír cosas inútiles, derechamente nace distracción de la imaginación, parlería, envidia, juicios inciertos y variedad de pensamientos, y de éstos otros muchos y perniciosos daños.

[4] De gozarse en olores suaves le nace asco de los pobres, que es contra la doctrina de Cristo, enemistad a la servidumbre, poco rendimiento de corazón en las cosas humildes e insensibilidad espiritual, por lo menos según la proporción de su apetito.

[5] Del gozo en el sabor de los manjares, derechamente nace gula y embriaguez, ira, discordia y falta de caridad con los prójimos y pobres, como tuvo con Lázaro aquel epulón que comía cada día espléndidamente (Lc 16,19). De ahí nace el destemple corporal, las enfermedades; nacen los malos movimientos, porque crecen los incentivos de la lujuria. Críase derechamente gran torpeza en el espíritu y estrágase el apetito de las cosas espirituales, de manera que no pueda gustar de ellas, ni aun estar en ellas ni tratar de ellas. Nace también de este gozo distracción de los demás sentidos y del corazón y descontento acerca de muchas cosas.

[6] Del gozo acerca del tacto en cosas suaves, muchos más daños y más perniciosos nacen, y que más en breve trasvierten el sentido al espíritu y apagan su fuerza y vigor. De aquí nace el abominable vicio de la molicies o incentivos para ella, según la proporción del gozo de este género. Críase la lujuria, hace al ánimo afeminado y tímido y al sentido halagüeño y melifluo

y dispuesto para pecar y hacer daño. Infunde vana alegría y gozo en el corazón, y cría soltura de lengua y libertad de ojos, y a los demás sentidos embelesa y embota, según la cantidad del tal apetito. Empacha el juicio, sustentándole en insipiente y necesidad espiritual, y moralmente cría cobardía e inconstancia; y, con tiniebla en el ánimo y flaqueza de corazón, hace temer aun donde no hay que temer. Cría este gozo espíritu de confusión algunas veces e insensibilidad acerca de la conciencia y del espíritu, por cuanto debilita mucho la razón y la pone de suerte que ni sepa tomar buen consejo ni darle, y queda incapaz para los bienes espirituales y morales, inútil como un vaso quebrado.

[7] Todos estos daños se causan de este género de gozo, en unos más intensamente, según la intensión del tal gozo y según también la facilidad o flaqueza o inconstancia del sujeto en que cae. Porque naturales hay que de pequeña ocasión recibirán más detrimentos que otros de mucha.

[III, 26, 1] Admirables son los provechos que el alma saca de la negación de este gozo: de ellos, son espirituales, y de ellos, temporales.

[5] ...El tercer provecho es que con grande exceso se le aumentan los gustos y el gozo de la voluntad temporalmente; pues, como dice el Salvador, en esta vida por uno le dan ciento (Mt 19,29). De manera que, si un gozo niegas, ciento tanto te dará el Señor en esta vida espiritual y temporalmente; como también, por un gozo que de esas cosas sensibles tengas, te nacerá ciento tanto de pesar y sinsabor. Porque, de parte del ojo ya purgado en los gozos de ver, se le sigue al alma gozo espiritual, enderezado a Dios en todo cuanto ve, ahora sea divino, ahora sea profano lo que ve. De parte del oído purgado en el gozo de oír, se le sigue al alma ciento tanto de gozo muy espiritual y enderezado a Dios en todo cuanto oye, ahora sea divino, ahora profano lo que oye; y así en los demás sentidos ya purgados. Porque, así como en el estado de la inocencia a nuestros primeros padres todo cuanto veían y hablaban y comían en el paraíso les servía para mayor sabor de contemplación, por tener ellos bien sujeta y ordenada la parte sensitiva a la razón, así el que tiene el sentido purgado y sujeto al espíritu de todas las cosas sensibles, desde el primer movimiento, saca deleite de sabrosa advertencia y contemplación de Dios.

[6] De donde al limpio todo lo alto y lo bajo le hace más bien y le sirve para más limpieza, así como el impuro de lo uno y de lo otro, mediante su impureza, suele sacar mal. Mas el que no vence el gozo del apetito ni gozará de serenidad de gozo ordinario en Dios por medio de sus criaturas [y obras]. El que no vive ya según el sentido, todas las operaciones de sus sen-

tidos y potencias son enderezadas a divina contemplación. Porque siendo verdad en buena filosofía que cada cosa, según el ser que tiene o vida que vive, es su operación, si el alma vive vida espiritual, mortificada la animal, claro está que sin contradicción, siendo ya todas sus acciones y movimientos espirituales de vida espiritual, ha de ir con todo a Dios. De donde se sigue que este tal, ya limpio de corazón, en todas las cosas halla noticia de Dios gozosa y gustosa, casta, pura, espiritual, alegre y amorosa.

[7] De lo dicho infiero la siguiente doctrina, y es que hasta que el hombre venga a tener tan habituado el sentido en la purgación del gozo sensible, que de primer movimiento saque el provecho que he dicho, de que le envíen las cosas luego a Dios, tiene necesidad de negar su gozo y gusto acerca de ellas para sacar de la vida sensitiva al alma; temiendo que, pues él no es espiritual, sacará, por ventura, del uso de estas cosas más jugo y fuerza para el sentido que para el espíritu, predominando en su operación la fuerza sensual, que hace más sensualidad y la sustenta y cría. Porque, como nuestro Salvador dice, «lo que nace de carne, carne es; y lo que nace del espíritu, espíritu es» (Jn 3,6). Y esto se mire mucho, porque es así la verdad. Y no se atreva el que no tiene aún mortificado el gusto en las cosas sensibles aprovecharse mucho de la fuerza y operación del sentido acerca de ellas, creyendo que le ayudan al espíritu; porque más crecerán las fuerzas del alma sin estas sensitivas, esto es, apagando el gozo y apetito de ellas, que usando de él en ellas.

DE «NOCHE OSCURA»

De la noche oscura del sentido

[I, 9, 4] ...La parte sensitiva no tiene habilidad para lo que es puro espíritu, y así, gustando el espíritu se desabre la carne y se afloja para obrar; mas el espíritu que recibe el manjar, anda fuerte y más alerta y solícito que antes en el cuidado de no faltar a Dios, el cual, si no siente al principio el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y sinsabor, es por la novedad del trueque; porque habiendo tenido el paladar hecho a estos gustos sensibles, y todavía tiene los ojos puestos en ellos, y también porque el paladar espiritual no está acomodado ni purgado para tan sutil gusto, hasta que sucesivamente se vaya disponiendo por medio de esta seca y oscura noche no puede sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y sinsabor, a falta del gusto que antes con tanta facilidad gustaba.

[5] Porque éstos que comienza Dios a llevar por estas soledades del desierto son semejantes a los hijos de Israel, que luego que en el desierto les comenzó Dios a dar el manjar del cielo, que de suyo tenía todos los sabores y, como allí dice, se convertía al sabor que cada uno quería (Sb 16,20-21), con todo, sentían más la falta de los gustos y sabores de las carnes y cebollas que comían antes en Egipto, por haber tenido el paladar hecho y engolosinado en ellas, que la dulzura delicada del maná angélico, y lloraban y gemían por las carnes entre los manjares del cielo (Nm 11,4-6). Que a tanto llega la bajeza de nuestro apetito, que nos hace desear nuestras miserias y fastidiar el bien incomunicable del cielo.

[6] Pero, como digo, cuando estas sequedades provienen de la vía purgativa del apetito sensible, aunque el apetito no siente al principio sabor por las causas que acabamos de decir, siente la fortaleza y brío para obrar en la sustancia que le da el manjar interior, el cual manjar es principio de oscura y seca contemplación para el sentido, la cual contemplación es oculta y secreta para el mismo que la tiene. Ordinariamente, junto con esta sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinación y gana de estarse a solas, sin poder pensar cosa particular ni tener gana de pensarla. Y entonces, si a los que esto acaece se supiesen quietar, descuidando de cualquier obra interior y exterior, sin solicitud de hacer allí nada, luego en aquel descuido y ocio sentirían delicadamente la refección interior; la cual es tan delicada que, ordinariamente, si tiene gana y cuidado en sentirla, no la siente; porque, como digo, ella obra en el mayor ocio y descuido del alma; que es como el aire que, en queriendo cerrar el puño, se sale.

[7] Y a este propósito podemos entender lo que a la Esposa dijo el Esposo en los Cantares, es a saber: «Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hacen volar» (Ct 6,4); porque de tal manera pone Dios al alma en este estado y en [tan] diferente camino la lleva que si ella quiere obrar con sus potencias antes estorbe la obra que Dios en ella va haciendo que ayude; lo cual antes era muy al revés. La causa es porque ya en este estado de contemplación, que es cuando sale del discurso y entra en el estado de aprovechados, ya Dios es el que obra en el alma; que por eso le ata las potencias interiores no dejándole arrimo en el entendimiento, ni jugo en la voluntad, ni discurso en la memoria. Porque, en este tiempo, lo que de suyo puede obrar el alma no sirve como habemos dicho, sino de estorbar la paz interior y la obra que en aquella sequedad del sentido hace Dios en el espíritu. La cual, como es espiritual y delicada, hace obra quieta, delicada, solitaria, satisfactoria y pacífica, muy ajena de todos esotros gustos

primeros, que eran muy palpables y sensibles; porque es la paz ésta que dice David que habla Dios en el alma para hacerla espiritual (Sal 85,9). Y de aquí es la tercera señal.

[8] La tercera señal que hay para que se conozca esta purgación del sentido es: no poder ya meditar ni discurrir en el sentido de la imaginación, como solía, aunque más haga de su parte. Porque, como aquí comienza Dios a comunicarle no ya por el sentido, como antes hacía por medio del discurso que componía y dividía las noticias, sino por el espíritu puro, en que no cae discurso sucesivamente, comunicándosele con acto de sencilla contemplación, la cual no alcanzan los sentidos de la parte inferior, exteriores ni interiores; de aquí es que la imaginativa y fantasía no pueden hacer arrimo en alguna consideración ni hallar en ella pie ya de ahí adelante.

[I, 10, 1] En el tiempo, pues, de las sequedades de esta noche sensitiva —en la cual hace Dios el trueque que hemos dicho arriba, sacando al alma de la vía del sentido a la del espíritu, que es de meditación a contemplación, donde ya no hay poder obrar ni discurrir en las cosas de Dios el alma con sus potencias, como queda dicho—, padecen los espirituales grandes penas, no tanto por las sequedades que padecen como por el recelo que tienen de que van perdidos en el camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios, pues no hallan arrimo ni gusto en cosa buena. Entonces se fatigan y procuran, como lo han habido de costumbre, arrimar con algún gusto las potencias a algún objeto de discurso, pensando que cuando ellos no hacen esto, y se sienten obrar, no se hace nada. Lo cual hacen no sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que gustaba de estarse con aquella quietud y ocio, sin obrar con las potencias. En lo cual, estragándose en lo uno, no aprovechan en lo otro; porque por buscar [su] espíritu pierden el espíritu que tenían de tranquilidad y paz. Y así, son semejantes al que deja lo hecho para volverlo a hacer, o al que se sale de la ciudad para volver a entrar en ella, o al que deja la caza [que tiene] para volver a andar a caza.

[I, 13, 1] Acerca de las imperfecciones que en la avaricia espiritual tenía, en que codiciaba unas y otras cosas espirituales y nunca veía satisfecha el alma de unos ejercicios y otros con la codicia del apetito y gusto que hallaba en ellas, ahora en esta noche, seca y oscura anda bien reformada el alma; porque, como no halla el gusto y sabor que solía, antes halla en ella sinsabor y trabajo, con tanta templanza usa de ellas, que por ventura podría perder ya por punto de corto como antes perdía por largo. Aunque

a los que Dios pone en esta noche comúnmente les da humildad y prontitud, aunque con sinsabor, para que sólo por Dios hagan lo que se les manda; y desaprópiense de muchas cosas porque no hallan gusto en ellas.

[2] Acerca de la lujuria espiritual, también se ve claro cómo por esta sequedad y sinsabor del sentido, que halla el alma en las cosas espirituales, se libra de aquellas impurezas que allí notamos; pues, comúnmente, dijimos que proceden del gusto que del espíritu redundaba en el sentido.

[3] Pero de las imperfecciones que se libra el alma en esta noche oscura acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, pueden verse allí, aunque no están allí dichas todas, porque son innumerables; y así yo aquí no las referiré, porque querría ya concluir con esta noche para pasar a la otra, de la cual tenemos grave palabra y doctrina. Basta, para entender los innumerables provechos que demás de los dichos gana el alma en esta noche acerca de este vicio de la gula espiritual, decir que de todas aquellas imperfecciones que allí quedan dichas se libra y de otras muchas, y mayores males, y feas abominaciones que allí no están escritas, en que vinieron a dar muchos, de que habemos tenido experiencia, por no tener ellos reformado el apetito en esta golosina espiritual. Porque, como Dios en esta seca y oscura noche en que pone al alma, tiene refrenada la concupiscencia y enfrenado el apetito de manera que no se pueda cebar en algún gusto ni sabor sensible de cosa de arriba ni de abajo y esto le va continuando, de tal manera queda el alma impuesta, reformada y empresada según la concupiscencia y apetitos que pierde la fuerza de las pasiones y aun concupiscencia y se hace estéril no usándose el gusto, bien así como no acostumbrando a sacar leche de la ubre se secan los cursos de la leche; y enjugados así los apetitos del alma síguense, demás de los dichos, por medio de esta sobriedad espiritual, admirables provechos en ella. Porque, apagados los apetitos y concupiscencias, vive el alma en paz y tranquilidad espiritual, porque donde no reina apetito y concupiscencia no hay perturbación, sino paz y consuelo de Dios...

[7] Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos, que son: ira, envidia y acidia, también en esta sequedad del apetito se purga el alma y adquiere las virtudes a ellos contrarias, porque, ablandada y humillada por estas sequedades y dificultades y otras tentaciones y trabajos en que a vueltas de esta noche Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo y también para con el prójimo; de manera que ya no se enoje con alteración sobre las faltas propias contra sí, ni sobre las ajenas contra el prójimo; ni acerca de Dios trae disgustos ni querellas descomedidas porque no le hace presto bueno.

[8] Pues acerca de la envidia, también aquí tiene la caridad con los demás, porque si alguna envidia tiene no es viciosa como antes solía cuando le daba pena que otros fuesen a él preferidos y que le llevasen la ventaja, porque ya aquí se la tiene dada, viéndose tan miserable [como se ve]; y la envidia que tiene, si la tiene, es virtuosa, deseando imitarlos, lo cual es mucha virtud.

[9] Las acedias y tedios, que aquí tiene en las cosas espirituales, tampoco son viciosos, como antes; porque aquéllos procedían de los gustos espirituales que a veces tenía, y pretendía tener cuando no los hallaba; pero estos tedios no proceden de esta flaqueza del gusto, porque se le tiene Dios quitado acerca de todas las cosas en esta purgación del apetito.

[10] Demás de estos provechos que están dichos, otros innumerables consigue por medio de esta seca contemplación; porque en medio de estas sequedades y aprietos, muchas veces, cuando menos piensa, comunica Dios al alma suavidad espiritual y amor muy puro, y noticias espirituales, a veces muy delicadas, cada una muy de mayor provecho y precio que cuanto antes gustaba, aunque el alma en los principios no lo piensa así, porque es muy delicada la influencia espiritual que aquí se da, y no la percibe el sentido.

[11] Finalmente, por cuanto aquí el alma se purga de las aficiones y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu [Santo]. También aquí admirablemente se libra de las manos de los tres enemigos demonio, mundo y carne; porque, apagándose el sabor y gusto sensitivo acerca de las cosas, no tiene el demonio, ni el mundo, ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

[12] Estas sequedades, pues, hacen andar al alma con pureza en el amor de Dios, pues que ya no se mueve a obrar por el gusto y sabor de la obra, como por ventura lo hacía cuando gustaba, sino sólo por dar gusto a Dios. Hácese no presumida ni satisfecha, como por ventura en el tiempo de la prosperidad solía, sino recelosa y temerosa de sí, no teniendo de sí satisfacción alguna; en lo cual está el santo temor que conserva y aumenta las virtudes. Apaga también esta sequedad las concupiscencias y bríos naturales, como también queda dicho, porque aquí, si no es el gusto que de suyo Dios les infunde algunas veces, por maravilla halla gusto y consuelo sensible por su diligencia en alguna obra y ejercicio espiritual, como ya queda dicho.

[13] Créceles en esta noche seca el cuidado de Dios y las ansias por servirle, porque como se le van enjugando los pechos de la sensualidad, con que sustentaba y criaba los apetitos tras que iba, sólo queda en seco y en desnudo el ansia de servir a Dios [que es cosa para Dios] muy agradable, pues, como dice David, «el espíritu atribulado es sacrificio para Dios» (Sal 51,19).

De la noche oscura del espíritu

[II, 3, 1] Estando ya, pues, éstos aprovechados, por el tiempo que han pasado cebando los sentidos con dulces comunicaciones, para que, así atraída y saboreada del espiritual gusto la parte sensitiva que del espíritu le manaba, se aunase y acomodase en uno con el espíritu, comiendo, cada uno en su manera, de un mismo manjar espiritual en un mismo plato de un solo supuesto y sujeto, para que así ellos, en alguna manera juntos y conformes en uno, juntos estén dispuestos para sufrir la áspera y dura purgación del espíritu que les espera, porque en ella cumplidamente se han de purgar estas dos partes del alma, espiritual y sensitiva, porque la una nunca se purga bien sin la otra, porque la purgación válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu; de donde la noche que hemos dicho del sentido más se puede y debe llamar cierta reformatión y enfrenamiento del apetito que purgación; la causa es porque todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, donde se sujetan los hábitos buenos y malos, y así, hasta que éstos se purguen, las rebeliones y siniestros del sentido no se pueden bien purgar..

[II, 6, 4] ...La parte sensitiva se purifica en sequedad, y las potencias, en su vacío, de sus aprehensiones, y el espíritu en tiniebla oscura.

[5] Todo lo cual hace Dios por medio de la oscura contemplación, en la cual no sólo padece el alma el vacío y suspensión de estos arrimos naturales y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso a manera que si a uno suspendiesen o detuviesen el aire, que no respirase, mas también está purgando al alma, aniquilando, o vaciando, o consumiendo en ella, así como hace el fuego al orín y moho del metal, todas las afecciones y hábitos imperfectos que ha contraído toda la vida. Que por estar ellos muy arraigados en la sustancia del alma suele padecer grave deshacimiento y tormento interior demás de la dicha pobreza y vacío natural y espiritual, para que se verifique aquí la autoridad de Ezequiel que dice: «Juntaré los huesos y encenderélos en fuego, consumirse han las carnes, y cocer ha toda la composición y deshacerse han los huesos» (Ez 24,10). En lo cual se entiende la pena que padece en el vacío y pobreza de la sustancia del alma sensitiva y espiritual. Y sobre esto dice luego: «Ponedla también aquí vacía sobre las ascuas, para que se caliente y se derrita su metal, y se deshaga su inmundicia en medio de ella, y sea consumido su moho» (Ez 24,11). En lo cual se da a entender la grave pasión que el alma aquí padece en la purgación del fuego de esta contemplación, pues dice aquí el profeta que para

que se purifique y deshaga el orín de las aficiones que están en medio del alma, es menester en cierta manera que ella misma se aniquile y deshaga, según está ennaturalizada en estas pasiones e imperfecciones.

[6] De donde, porque en esta fragua se purifica el alma «como el oro en el crisol», según el Sabio dice (Sb 3,6), siente este gran deshacimiento en la misma sustancia del alma, con extremada pobreza, en que se está como acabando, como se puede ver por lo que a este propósito de sí dice David por estas palabras, clamando a Dios: «Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta el alma mía; fijado estoy en el limo del profundo, y no hay donde me sustente; vine hasta el profundo del mar, y la tempestad me anegó: trabajé clamando, enronqueciéronse mis gargantas, desfallecieron mis ojos en tanto que espero en mi Dios» (Sal 69,2-4). En esto humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho después, y si Él no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, moriría muy en breves días; mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima viveza. La cual algunas veces se siente tan al vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición. Porque de éstos son los que de veras descienden al infierno viviendo (Sal 55,16), pues aquí se purgan de la manera que allí; porque esta purgación es la que se había de hacer allí. Y así, el alma que por aquí pasa, o no entra en aquel lugar o se detiene allí muy poco, porque aprovecha [aquí] más una hora que muchas allí.

DEL «CÁNTICO ESPIRITUAL»

Comentario a los versos del Cántico

[I, 5] ...La Esposa en los Cantares divinos..., deseando unirse con la Divinidad del Verbo, Esposo suyo, la pidió al Padre diciendo: «Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al mediodía» (Ct 1,6). Porque, en pedir le mostrase dónde se apacentaba, era pedir le mostrase la esencia del Verbo Divino, su Hijo, porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre. Y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba, era pedirle lo mismo, porque el Hijo sólo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo en el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su esencia, al mediodía, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto, pues, del Verbo Esposo, donde el Padre se apa-

cienta en infinita gloria, y este pecho florido, donde con infinito deleite de amor se recuesta, escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma Esposa cuando dice:

¿Adónde te escondiste?

[6] Y para que esta sedienta alma venga a hallar a su Esposo y unirse con Él por unión de amor en esta vida, según puede, y entretega su sed con esta gota que de Él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide a su Esposo, tomando la mano por Él, le respondamos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle a lo cierto con la perfección y sabor que puede en esta vida y así no comience a vagar en vano tras las pisadas de las compañías. Para lo cual es de notar que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma; por tanto, el alma que le ha de hallar conviene salir de todas las cosas según la afección y voluntad y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso san Agustín, hablando en los *Soliloquios* con Dios, decía: «No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera; que estabas dentro».¹⁸ Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo diciendo:

¿Adónde te escondiste?

[7] ¡Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar donde está tu Amado, para buscarle y unirte con Él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde Él mora y el retrete y escondrijo donde está escondido; que es cosa de grande contentamiento y alegría para ti ver que todo tu bien y esperanza está tan cerca de ti, que esté en ti, o por mejor decir, tú no puedes estar sin él. «Catá —dice el Esposo— que el reino de Dios está dentro de vosotros» (Lc 17,21). Y su siervo el apóstol san Pablo: «Vosotros —dice— sois templo de Dios» (2 Co 6,16).

18. Agustín, *Soliloquium*, 31.

[8] Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta del alma, aunque esté en pecado mortal, cuanto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, ¡oh alma!, y qué más buscas fuera de ti, pues dentro de ti tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, a quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le desea, ahí le adora y no le vayas a buscar fuera de ti, porque te distraerás y cansarás y no le hallarás ni gozarás más cierto, ni más presto, ni más cerca que dentro de ti. Sólo hay una cosa, es a saber, que aunque esté dentro de ti, está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar donde está escondido para buscarle allí a lo cierto. Y esto es [lo] que tú también aquí, alma, pides cuando con afecto de amor dices:

¿Adónde te escondiste?

[9] Pero todavía dices: «Puesto está en mí el que ama mi alma, ¿cómo no le hallo ni le siento?». La causa es porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle. Porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan a lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar y, cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dio todas sus cosas (Mt 13,44), convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu (Mt 6,6), y, cerrando la puerta sobre ti, es a saber, tu voluntad a todas las cosas, ores a tu Padre en escondido; y así, quedando escondida con Él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido y te deleitarás en escondido con Él, es a saber, sobre todo lo que alcanza la lengua y sentido.

[10] ¡Ea, pues, alma hermosa!, pues ya sabes que en tu seno tu deseado Amado mora escondido, procura estar con Él bien escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afección de amor. Y mira que a ese escondrijo te llama Él por Isaías, diciendo: «Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti —esto es, todas tus potencias a todas las criaturas—, escóndete un poco hasta un momento» (Is 26,20), esto es, por este momento de vida temporal. Porque, si en esta brevedad de vida guardares, ¡oh alma!, «con toda guarda tu corazón», como dice el Sabio (Pr 4,23), sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por

Isaías, diciendo: «Daréte los tesoros escondidos, y descubrirte he la sustancia y misterios de los secretos» (Is 45,3). La cual sustancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la sustancia de la fe y el concepto de ella, y la fe es el secreto y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la fe, que es «lo perfecto de Dios», como dice San Pablo (1 Co 13,10), entonces se descubrirán al alma la sustancia y misterios de los secretos. Pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan a lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía, si se escondiere, como Moisés, en la caverna de la piedra (Ex 33,22), que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios, Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida a tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios, su Esposo.

[XIV, 15] Este divino silbo que entra por el oído del alma no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también descubrimiento de verdades de la Divinidad y revelación de secretos suyos ocultos; porque, ordinariamente, las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicación de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestación de estas verdades desnudas en el entendimiento o revelación de secretos de Dios; las cuales son revelaciones o visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma, sin servicio y ayuda de los sentidos, y así es muy alto y cierto. Esto se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso, para dar a entender san Pablo la alteza de su revelación, no dijo: «Vidit arcana verba», ni menos: «Gustavit arcana verba», sino: «Audivit arcana verba, quae non licet homini loqui» (2 Co 12,4). Y es como si dijera: «Oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar». En lo cual se piensa que vio a Dios también como nuestro Padre Elías, en el silbo. Porque así como la fe, como también dice san Pablo, es por el oído corporal (Rm 10,17), así también lo que nos dice la fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dio bien a entender el profeta Job, hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: «Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te» (Jb 42,5). Quiere decir: «Con el oído de la oreja te oí, y ahora te ve mi ojo». En lo cual se da claro a entender que el oírlo con el oído del alma es verlo con el ojo del entendimiento pasivo que dijimos. Que por eso no dice «oíte con el oído de mis orejas», sino «de mi oreja»; ni «te vi con mis ojos», sino «con mi ojo», que es el entendimiento. Luego este oír del alma es ver con el entendimiento.

Sobre los levantes de la aurora

[23] Pero esta noche sosegada dice que es no de manera que sea como oscura noche, sino como la noche junto ya a los levantes de la mañana; *id est*, compareja con los levantes, porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro, como oscura noche, sino sosiego y quietud en luz divina, en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado a luz divina. Y llama bien propiamente aquí a esta luz divina levantes de la aurora, que quiere decir la mañana. Porque, así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural a la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro sino, como dicho es, oscuro, como noche en par de los levantes de la aurora. Porque, así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día sino, como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina ni deja de participar algo de ella.

[24] En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender a la divina luz, bien así como el que, después de un largo sueño, abre los ojos a la luz que no esperaba. Este conocimiento entiendo quiso dar a entender David cuando dijo: «Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto» (Sal 102,8). Que quiere decir: «Recordé y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado». Como si dijera: «Abrí los ojos de mi entendimiento y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo». Y dice aquí que fue hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto. Y así, el espíritu, en este paso, se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico donde viene el aire. Y así el espíritu vuelve aquí el pico de afecto hacia donde viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto a sí, sino que, en posándose alguna junto, luego se va. Y así el espíritu, en esta contemplación, está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es que canta muy suavemente, y lo mismo hace a Dios el espíritu a este tiempo; porque las alabanzas que hace a Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es que no es de algún determinado color. Y así el

espíritu perfecto, que no sólo en este exceso [no] tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada

[25] En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; todas ellas y cada una de ellas dotadas con cierta respondencia a Dios, en que cada una en su manera dé su voz de lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos saraos y melodías del mundo. Y llama a esta música callada porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces; y así, se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Y así dice que su Amado es esta música callada, porque en Él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual. Y no sólo eso, sino que también es:

La soledad sonora

[26] Lo cual es casi lo mismo que la música callada: porque aunque aquella música es callada cuanto a los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales. Porque, estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorosisimamente en el espíritu de la excelencia de Dios, en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba haber visto san Juan en espíritu en el Apocalipsis, conviene a saber: «Voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras» (Ap 14,2). Lo cual fue en espíritu y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados que cada uno, en su manera de gloria, hace a Dios continuamente, lo cual es como música. Porque, así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente y todos en una concordancia de amor, bien así como música.

[27] A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que en ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una

su voz de testimonio de lo que es Dios, y ve que cada una en su manera engrandece a Dios, teniendo en sí a Dios según su capacidad. Y así, todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría cuando dijo: «Spiritus Domini replevit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia scientiam habet vocis» (Sb 1,7). Quiere decir: «El Espíritu del Señor llenó la redondez de las tierras, y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo tiene ciencia de voz», que es la soledad sonora, que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios todas ellas dan en sí. Y, por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas exteriores, las llama la música callada, y la soledad sonora, la cual dice que es su Amado. Y más:

La cena que recrea y enamora

[28] La cena a los amados hace recreación, hartura y amor. Porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicación, le llama aquí «la cena que recrea y enamora». Es de saber que en la Escritura divina este nombre, cena, se entiende por la visión divina. Porque, así como la cena es remate del trabajo y del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que se enamora de Dios más de lo que de antes estaba. Y, por eso, le es él a ella la cena que recrea en serle fin de los males, y la enamora en serle a ella posesión de todos los bienes.

[29] Pero para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo amado Esposo dice en el Apocalipsis, es a saber: «Yo estoy a la puerta, y llamo; si alguno me abriere, entraré yo, cenaré con él, y él conmigo» (Ap 3,20). En lo cual da a entender que él trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que él mismo goza; los cuales, uniéndose él con el alma, se los comunica y goza ella también; que eso quiere decir «yo cenaré con él, y él conmigo». Y así, en estas palabras se da a entender el efecto de la divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma Esposa, comunicándoselos él, como habemos dicho, graciosa y largamente. Y así él mismo es para ella la cena que recrea y enamora; porque, en serle largo, la recrea, y en serle gracioso, la enamora.

[XX, 4] En la cual [comunicación y entrega divina], porque Dios se transforma vivamente al alma en sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfección natural y se mudan en divinos. Y así dice:

A las aves ligeras

[5] Llama aves ligeras a las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sutiles en volar a una parte y a otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor y apagarle el gusto con sus vuelos sutiles. A las cuales dice el Esposo que las conjura por las amenas liras, etc.; esto es, que, pues ya la suavidad y deleite del alma es tan abundante y frecuente que ellas no lo podrán impedir como antes solían, por no haber llegado a tanto, que cesen sus inquietos vuelos, ímpetus y excesos. Lo cual se ha de entender así en las demás partes que tenemos de declarar aquí, como son:

Leones, ciervos, gamos saltadores

[6] Por los leones, entiende las acrimonias e ímpetus de la potencia irascible, porque esta potencia es osada y atrevida en sus actos como [los] leones. Por los ciervos y los gamos saltadores, entiende la otra potencia del alma, que es concupiscible, que es la potencia de apetecer, la cual tiene dos efectos: el uno de cobardía y el otro de osadía. Los efectos de cobardía ejercita cuando las cosas no las halla para sí convenientes, porque entonces se retira, encoge y acobarda. Y en estos efectos es comparada a los ciervos; porque así como tienen esta potencia concupiscible más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. Los efectos de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí, porque entonces no se encoge y acobarda, sino atrévase a apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos. Y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia a los gamos, los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que no sólo a ello van corriendo, mas aun saltando, por lo cual aquí los llama saltadores.

[7] De manera que, en conjurar los leones, pone rienda a los ímpetus y excesos de la ira y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían; y en conjurar los

gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro, para satisfacer a la concupiscencia, la cual está ya satisfecha por las amenas lirás, de cuya suavidad goza, y por el canto de sirenas, en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar que no conjura el Esposo aquí a la ira y concupiscencia, porque estas potencias nunca en el alma faltan, sino a los molestos y desordenados actos de ellas significados por los leones, ciervos, gamos saltadores, porque éstos en este estado es necesario que falten.

Y en él preso quedaste

[XXXI, 8] ¡Oh cosa digna de toda acepción y gozo, quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prisión tan preciosa es el haber Dios querido pararse a mirar el vuelo del cabello, como dicen los versos antecedentes. Porque, como habemos dicho, el mirar de Dios es amar. Porque, si Él por su gran misericordia no nos mirara y amara primero, como dice san Juan (1 Jn 4,10), y se abajara, ninguna presa hiciera en el vuelo del cabello de nuestro bajo amor, porque no tenía él tan alto vuelo que llegase a prender a esta divina ave de las alturas; [mas porque ella se bajó] a mirarnos y a provocar el vuelo y levantarlo de nuestro amor, dándole valor y fuerza para ello, por eso él mismo se prendó en el vuelo del cabello, esto es, él mismo se pagó y se agradó, por lo cual se prendó. Y eso quiere decir mirástele en mi cuello y en él preso quedaste. Porque cosa muy creíble es que el ave de bajo vuelo pueda prender al águila real muy subida, si ella se viene a lo bajo queriendo ser presa. Y síguese:

Y en uno de mis ojos te llagaste

[9] Entiéndese aquí por el ojo la fe, y dice uno solo, y que en él se llagó, porque si la fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino mezclada con otro algún respeto o cumplimiento, no llegaría a efecto de llagar a Dios de amor, y así, sólo un ojo ha de ser en que se llaga, como también un solo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la Esposa en esta fidelidad única que ve en ella, que si en el cabello del amor de ella se prendaba, en el ojo de su fe aprieta con tan estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor por la gran ternura del afecto con que está aficionado a ella, lo cual es entrarla más en su amor.

[10] Esto mismo del cabello y del ojo dice el Esposo en los Cantares, hablando con la Esposa, diciendo: «Llagaste mi corazón, hermana mía; llagaste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello» (Ct 4,9). En lo cual dos veces repite haberle llagado el corazón, es a saber, en el ojo y en el cabello. Y por eso el alma hace relación en la canción del cabello y del ojo, porque en ello denota la unión que tiene con Dios, según el entendimiento y según la voluntad; porque la fe, significada por el ojo, se sujeta en el entendimiento por fe y en la voluntad por amor. De la cual unión se gloria aquí el alma y regracia esta merced a su Esposo como recibida de su mano, estimando en mucho haberse querido pagar y preñar de su amor. En lo cual se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero, pues tanto tiempo había que lo era ella de él, andando de él enamorada.

[XL, 3] ...Aminadab en la Escritura divina significa el demonio, hablando espiritualmente, adversario del alma; el cual la combatía y turbaba siempre con la innumerable munición de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella, estando ya puesta, está tan favorecida, tan fuerte, tan victoriosa, con las virtudes que allí tiene y con el favor del abrazo de Dios, que el demonio no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy lejos y no osa parecer; y porque también, por el ejercicio de las virtudes y por razón del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece más delante de ella. Y así, Aminadab tampoco parecía con algún derecho para impedirme este bien que pretendo.

Y el cerco sosegaba

[4] Por el cual cerco entiende aquí el alma las pasiones y apetitos del alma, los cuales, cuando no están vencidos y amortiguados, la cercan en derredor, combatiéndola de una parte y de otra, por lo cual los llama cerco. El cual dice que también está ya sosegado, esto es, las pasiones ordenadas en razón y los apetitos mortificados. Que, pues, así es, no deje de comunicarle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco ya no es parte para impedirlo. Esto dice porque hasta que el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones a Dios y tiene mortificados y purgados los apetitos, no está capaz de ver a Dios. Y síguese:

*Y la caballería
a vista de las aguas descendía*

[5] Por las aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales que en este estado goza el alma en su interior con Dios. Por la caballería entiende aquí los sentidos corporales de la parte sensitiva, así interiores como exteriores, porque ellos traen en sí las fantasmas y figuras de sus objetos. Los cuales en este estado dice aquí la Esposa que descenden a vista de las aguas espirituales; porque de tal manera está ya en este estado de matrimonio espiritual purificada y en alguna manera espiritualizada la parte sensitiva e inferior del alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen a participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al alma en lo interior del espíritu, según lo dio a entender David cuando dijo: «Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo» (Sal 84,3).

[6] Y es de notar que no dice aquí la Esposa que la caballería descendía a gustar las aguas sino a vista de ellas; porque esta parte sensitiva con sus potencias no tienen capacidad para gustar esencial y propiamente de los bienes espirituales, no sólo en esta vida, pero ni aun en la otra; sino por cierta redundancia del espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite de ellos, por el cual deleite estos sentidos y potencias corporales son atraídos al recogimiento interior, donde está bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales, lo cual más es descender a la vista de ellas que a beberlas y gustarlas como ellas son. Y dice aquí el alma que descendían, y no dice que iban ni otro vocablo, para dar a entender que en esta comunicación de la parte sensitiva a la espiritual, cuando se gusta la dicha bebida de las aguas espirituales, bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento espiritual.

[7] Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la Esposa a su Amado, el Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada del matrimonio espiritual, a que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, al cual sea servido llevar a todos los que invocan su nombre el dulcísimo Jesús, Esposo de las fieles almas, al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, *in saecula saeculorum*. Amén.

DE «AVISOS Y SENTENCIAS ESPIRITUALES»

O «DICHOS DE LUZ Y AMOR»

[15] Niega tus deseos y hallarás lo que desea tu corazón. ¿Qué sabes tú si tu apetito es según Dios?

[17] Pues se te ha de seguir doblada amargura de cumplir tu voluntad, no la quieras cumplir, aunque quedes en amargura.

[21] Una palabra habló el Padre, que fue su Hijo, y ésta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma.

[22] Los trabajos los hemos de medir a nosotros, y no nosotros a los trabajos.

[30] No te conocía yo a ti, Señor mío, porque todavía quería saber y gustar cosas.

[50] Yéndome yo, Dios mío, por doquiera contigo, por doquiera me irá como yo quiero para ti.

[66] Sin trabajo sujetarás las gentes y te servirán las cosas si te olvidares de ellas y de ti mismo.

GREGORIO LÓPEZ

Durante la lucha contra los chichimecas rebeldes, una patrulla de españoles se topa con un ermitaño blanco, venerado por los indígenas. Tras algún tiempo, éste baja a Ciudad de México y suscita ira o devoción; puesto que no usa rosario, suscita sospechas de luteranismo; por otro lado, en los exámenes de los prelados responde con prontitud teológica, y se desvela, además de como médico, astrónomo y polifacético artesano, como conocedor minucioso también de la Sagrada Escritura. Un sacerdote lo sigue a todas partes, convirtiéndose en su discípulo: Francisco Losa, y tras su muerte, ocurrida el 20 de julio de 1596, escribe su biografía, publicada en 1642 en Madrid: *Vida que el siervo de Dios Gregorio López hizo en algunos lugares de la Nueva España*. Losa creía que había nacido el 14 de julio

de 1542 en Madrid, pero dudaba incluso de su apellido, y nada consiguió saber nunca de su familia ni tampoco de su juventud, salvo que desde niño, y siendo paje, había practicado constantemente la oración; había desembarcado en Veracruz en 1562 y a continuación había hecho de escribano en Ciudad de México, antes de retirarse a la tierra de los chichimecas, donde durante tres años se dedicó a una oración ritmada por la respiración. Fue tenido en alta estima por Falconi y por Bossuet.

DE FRANCISCO LOSA, «VIDA QUE EL SIERVO DE DIOS
GREGORIO LÓPEZ HIZO EN LA NUEVA ESPAÑA»

[IV] Con gran modestia contó a un devoto suyo que en cierta ocasión mantuvo un combate tan recio con el demonio que, enzarzándose espiritualmente con éste, fue la lucha tan violenta que le salió la sangre por las orejas y las narices. El remedio que practicaba en ocasiones semejantes era la oración en la cual perseveraba noche y día, y para no rendirse le era necesario poner todas sus fuerzas en las súplicas al Señor: por lo cual, entre los muchos sentimientos que le sugería Dios para su fortaleza y consolación en la oración, había uno muy singular sobre estas palabras: «Fiat voluntas tua sicut in coelo, in terra» (Mt 6,10); las cuales palabras repetía tan continuamente que por espacio de tres años, a cada respiración, que hacía siempre mentalmente, las repetía sin cesar y sin olvidarse nunca; no le impedían ni apartaban de este ejercicio el comer, el beber ni el hablar con persona alguna. Y al preguntarle yo una vez si era posible que, cada vez que se sacudía el sueño, tuviese en mente las susodichas palabras, me respondió que sí: hasta el punto de que, estando despierto, nunca respiraba por segunda vez si antes no las había proferido con la mente.

Pasado un año, me dijo que ya no necesitaba, mientras respiraba, tener el pensamiento de acordarse de hacer los actos más intensos y fervientes de amor. Porque con la divina gracia y con el largo ejercicio se le habían hecho como connaturales. En cierto propósito y en una conversación espiritual mantenida con Gregorio, colegí por sus mismas palabras que, si él no hacía esos actos con todo el espíritu y devoción, inmediatamente lo asaltaba el demonio en ese mismo instante con numerosas tentaciones.

Mientras respiraba repetía con tanto espíritu dichas palabras, que casi siempre estaba elevado sin acordarse de cosa temporal alguna, y con tanto fervor ocupaba la memoria, el entendimiento y la voluntad en ese divino servicio, que aun cuando entonces lo atormentasen graves tentaciones, pa-

sado ese momento, sin embargo, no se acordaba de ellas en absoluto. Por lo cual, de este ejercicio de resignación, como de una raíz sólida y firme, sacó toda su sabiduría y espíritu.

Tras haberse ejercitado durante tres años en este espíritu de resignación, se dignó el sapientísimo Maestro del cielo hacerlo avanzar hasta otro grado de perfección, enseñándole con un acto interno que toda la suma de la perfección en esta vida consistía en cumplir con las obras estas palabras: «Amarás a tu Dios con todo el corazón, con todo tu espíritu, con toda tu mente, con todas tus fuerzas, y a tu prójimo como a ti mismo» (Lc 10,27). Cumplió todo eso Gregorio con el mayor fervor de su alma, amando con un mismo acto de amor a Dios y al prójimo por amor de Dios, y por eso dejó de repetir con tanta frecuencia como solía hacer antes aquel acto de resignación: «Fiat voluntas tua sicut in coelo, in terra. Amén Jesús» (Mt 6,10), visto que esos actos tan frecuentes no le ayudaban, sino que más bien le impedían aquel acto continuo de amor, en el cual se ocupaba su espíritu, como él mismo dijo.

En los últimos años, subido Gregorio a un altísimo grado de perfección, me dijo muchas veces que su hombre interior operaba, pero sin dar parte de ello al hombre exterior; y que los sentimientos y conceptos que tenía con su Dios no los reducía ya a palabras mentales, sino a otro lenguaje, que debía ser de altos efectos.

Estando hablando unos religiosos en presencia de Gregorio de las cosas que servían de ayuda al espíritu y de devoción, uno de ellos dijo que la música resultaba muy útil a este fin, pues al oír él en la catedral de México cantar unas vísperas, quedó tan enfervorizado en el espíritu, que jamás en toda su vida había hecho una oración con tanta paz, sublimidad y quietud, como en aquel punto. Otro dijo después que para la oración aprovechaba mucho el hacerla en compañía de otros, porque todas las dificultades que uno padecía haciéndola en su celda se le explanaban o quitaban con la presencia y el ejemplo de quienes con él oraban. Partiéronse los religiosos sin que Gregorio hubiese dicho en torno a eso palabra alguna. Yo bien sabía (por lo que había experimentado en mí mismo) que Gregorio fácilmente habría podido encaminarlos y mostrarles cómo en esos remedios y ayudas estaba escondida la naturaleza so capa de espíritu; ya que la causa por la cual algunos reciben ayuda en la oración de la compañía de los demás puede nacer de nuestra naturaleza, la cual se siente elevada y sostenida con el reflejo de que por otros son vistas las obras buenas propias, y hacen limosna en público, por lo cual estos tales, siguiendo el consuelo de la naturaleza, hacen oración mucho mejor en compañía que

solos. Le pregunté, por tanto, a Gregorio la razón por la cual no había dado sobre esta materia algún aviso o enseñanza a aquellos religiosos, y me respondió estas palabras: «Porque eso sería impedir su camino, pues con ese bordón caminan un poco, y sin él se detendrían».

En la hora de su muerte, cuando le pregunté si quería la candela de bien morir para ir a ver el Secreto, respondió con gran intrepidez de ánimo: «Todo está claro, no hay Secreto, para mí es mediodía». Con lo que quiso decir, no que su fe no fuese oscura, sino que en sus materias no padecía él duda alguna. En verdad la fe es oscura, pero también es certísima. Dicha certeza no le quita la oscuridad, ni el deber de someterle nuestro entendimiento, pues quiere el Señor que así caminemos en esta vida, «sujetando nuestro entendimiento a su servicio», como dice el Apóstol (2 Co 10,5).

A los que le pedían consejo sobre si debían volver a España, o tomar mujer, o cosas semejantes, nunca les daba una respuesta inmediata, sino que les decía que los encomendaría al Señor, mostrando en ello su prudencia, pues sabía que en semejantes negocios era necesario que Dios disponiese los medios y moviese la voluntad a hacer todo lo que debía ser para su mayor gloria y provecho de los hombres, y éste era el motivo por el cual no quería responderles, sino sólo comunicar su interés a Dios; y además porque juzgaba cosa poco necesaria el casarse o volverse a España. Escondía, no obstante, dentro de sí, por humildad y mortificación, estas y otras buenas razones que lo movían a no responder.

Si alguno murmuraba del gobierno, le decía: «Si vuestra señoría estuviese en su lugar, podría ser que la acertara tan bien. ¿Quién nos ha puesto a gobernar?». Y si persistían en que cuanto hacían los príncipes tenía necesidad de remedio, añadía: «Eso habría que decírsele a ellos, porque decirlo aquí ningún provecho trae». A algunos, que se las daban de espirituales, y con todo murmuraban, les decía: «Yo no tengo por espiritual, y ni siquiera por hombre de bien, al que juzga y murmura de otros». En estas cuestiones y otras parecidas, no obstante, su dicho más habitual era éste: «Aquí no se ha de remediar eso, de modo que no se debe tratar de ello». Daba con su gravedad tal fuerza y peso a sus palabras, que cierto personaje de autoridad, tratando con él del gobierno del rey, quedó muy confuso al oír de Gregorio estas solas palabras: «El Rey es hombre de inteligencia tan clara como la de cualquier otro hombre de España, y vuestra señoría quiere reprenderlo». Y no acababa dicho personaje de maravillarse al ver el gran cambio que en sí mismo habían causado estas palabras.

A otro, que hablaba mal del gobierno de cierto señor, le hizo también cambiar de parecer con estas solas palabras: «Vuestra señoría no osaría decir eso en su presencia».

Tratando con personas espirituales, para que estas palabras no juzgasen a los que van por distinto camino (como suele suceder), solía repetirles que a él le agradaba mucho la variedad de los espíritus, pues con ella había embellecido Dios su Jerusalén santa, que sólo Dios era el Maestro de la vida espiritual, y que nadie debía hacerse maestro del otro juzgándolo y esforzándose en apartarlo del camino por el cual era guiado por Dios, siendo también bueno aquel por el cual son guiados por el mismo Dios. Reputaba por cosa mucho mejor encomendar su prójimo a Dios, que hablar de Dios, salvo en caso de que de forma particular lo exigiese la necesidad. A los que estaban adelantados en el Espíritu solía decirles: «Es mucho mejor hablar con Dios, que hablar de Dios».

Sobre una persona que se tenía por espiritual, dijo: «Debería ruborizarse de que se sepa que quiere llevar esta vida».

Cuando era consultado sobre cosas dudosas y difíciles de resolver, solía decir: «Se hará de día, y caminaremos», queriendo dar a entender que las cosas dudosas no se debían resolver sin haberlas tratado primero con Dios. No para que se entendiese que por medio de sus oraciones fuese él a saber de inmediato las cosas, ni a resolver las dudas, pues eso no se puede creer de un hombre de tanta humildad; sino porque con ese su decir «se hará de día, y caminaremos» quería significar la hora de nuestra muerte, en la cual se nos aparecerá el día claro para poder resolver todas las dudas.

No obstante las grandes murmuraciones que supo que se hacían sobre él, condenándolo unos por herético, otros por necio, otros por vagabundo, etc., nunca quiso excusarse ni disculpase a sí mismo, y hasta excusaba y defendía a los maldicientes.

Algunos amigos suyos le participaron en cierta ocasión una gran persecución que contra él se movía. Él les respondió: «No quiera Dios que me salga yo fuera del camino ocupando mi espíritu en esas cosas», y con eso se quedó con la misma paz y quietud que antes.

Fui interrogado por uno de los señores principales acerca de las cosas que pasaban en el Hospital de Guastepec; y tras haberle dado parte de todo le añadí cómo allí se encontraba cierto hombre llamado Gregorio López de tal y tal virtud, espíritu y oración. «¿Qué hace», me preguntó, «ese hombre en el hospital?». Le respondí que se estaba siempre en oración dentro de una habitación sin salir nunca de ella. Me replicó entonces

aquel señor: «A ese hombre le daría yo de buena gana doscientos latigazos». Poco después contamos este suceso a Gregorio, el cual, sonriendo, para disculpar al señor dijo: «Tiene razón, porque un vagabundo bien merece doscientos latigazos. Los señores con muchas ocupaciones poco pueden comprender lo que es ejercicio interior».

Contóme este hombre magnánimo cómo una vez se vio atacado por el demonio en forma visible, y al preguntarle yo qué había hecho para defenderse, me respondió estas palabras: «Me parecía que no podía hacer cosa mejor que la que hacía, de suerte que seguí haciéndola con todas mis fuerzas, de suerte que se esfumó de allí, sin que nunca haya vuelto a acercarse para tentarme visiblemente».

Tres o cuatro días antes de que Gregorio muriese, vino a verlo una india de esta tierra. Y como yo le hacía de intérprete, por no entender él la lengua, me dijo: «Atienda bien vuestra señoría a cuanto dice para ver si acaso quisiese darme algún aviso». Por lo cual conocí cuán grande era su humildad, pues se estimaba de menor mérito que una india, creyendo que ésta podía darle alguna luz sobre lo que debía hacer al cabo de su vida.

Porque, quien tenía un encendido deseo de conservar pura el alma, y se ocupaba siempre en pura y ferviente oración, qué aflicciones y penas no debía recibir de un grupo de tentaciones de la carne, y de las imágenes y representaciones de cosas sucias sugeridas por el demonio muy a lo vivo, y con un espíritu peor y mucho más provocativo de lo que eran esas mismas cosas vivas y con su propia apariencia. Y aunque el Señor le daba la gracia de poder pisotear todas estas cosas, el Siervo de Dios, pese a todo, no podía dejar de recibir de ello gran pena y angustia al verse a sí mismo pendiente del cabello delicadísimo y sutilísimo de la propia voluntad, con la cual corría el peligro de consentir, y tanto más cuanto que en tales coyunturas el Señor no deja de abrir cada vez más los ojos a sus siervos para hacerles ver el propio peligro, y con ello hacerles avanzar mucho más en el Espíritu y exhortarles a caminar con mayor miramiento y cautela por el angosto sendero de la virtud.

No poco, ni pocas veces, angustia y mortifica en la senda del espíritu cierto modo de estupidez con el cual se pretende cortar el paso al demonio. Ya que, deseando y buscando el alma agradar a Dios y avanzar en su camino, se encuentra a veces tan menguada y flaca, que le parece casi imposible poder dar un solo paso. Y porque sabe que si se para desagradará a Dios, por lo cual para agradarle debe caminar con alegría, es muy grande pena, que sufre al verse casi imposibilitada para seguir al Señor en todo lo que pide de ella.

Miraba los cuerpos humanos con una honesta libertad o con una libre honestidad, como si fuesen almas sin cuerpo, y cuerpos sin alma.

Un día le dije: «Vuestra señoría, como está siempre unida con Dios, en presencia de tal Señor ni suspira ni habla, sino que más bien se está toda absorta en la bondad divina». A lo cual él respondió: «No es ésa la razón, padre Losa, pues ciertamente mil veces al día suspiro, lloro y estoy casi siempre hablando con Dios, pero todo eso lo hago mentalmente. Hace ya treinta años que uso este modo de obrar, de no dar nunca parte de mis sentimientos internos a la naturaleza, lo cual no es para ella pequeña mortificación, y lo practico porque sé lo ladrona y falsa que es».

No quedé tan adoctrinado por esta lección, que alguna vez cuando bajaba a orar y a contemplar al huertecillo no me olvidase de ella, bien alzando al cielo las manos, bien suspirando; apercibido de lo cual, Gregorio solía decirme con gracia: «Padre Losa, coma su naturaleza de cuando en cuando un bocado, para que no se muera de hambre».

Hacía siempre todo sin mudarse un punto, a fin de que se verificase en él esa sentencia, que solía repetir el mismo Gregorio en las ocasiones: «El justo es como el Sol, siempre lo mismo, y el necio muda como la Luna».

JERÓNIMO GRACIÁN

Nació en Valladolid el 5 de junio de 1545 de familia noble; en 1572 ingresó en el Carmelo. En 1575 se encontró con santa Teresa, y se entregó sin reservas a la reforma de los descalzos. Tras la muerte de la santa, sus adversarios, los descalzos fervientes, le atacaron y en 1592 lo echaron de la orden. Fue hecho prisionero por los corsarios tunecinos y torturado de diversas maneras; obtenido el rescate, ingresó en los calzados, muriendo en Bruselas en 1614. Escribió entre otras obras el *Delucidario del verdadero espíritu*.

DE «SUMARIO DE LA EXCELENCIA DE SAN JOSÉ»

Cuando las tres divinas personas vienen al alma ferviente de amor, parece que se abren tres puertas, la primera en la voluntad, por la que entra el Espíritu Santo, la segunda en el entendimiento, por la cual entra el Hijo, y la última en la memoria, a través de la cual pasa el eterno Padre. De allí brotaron después tres arroyos: el primero, de fuego, mana de la puerta

de la voluntad, y enciende todo el interior. Con el correr de este riachuelo, el alma adquiere «alas de águila que le hacen dejar bajo los pies todas las cosas creadas y volar a lo alto». Encendida después por el fuego del divino amor, abraza interiormente al esposo cuya amistad y cercanía siente en lo más íntimo. De tal abrazamiento salta a lo más secreto de la conciencia una chispa del soberano amor que parece penetrarle la médula del alma delicadísimamente; de todo ello nace una alegría, un gozo, un regocijo tan grande, que no se puede expresar con palabras.

Al abrirse la segunda puerta se descubre un arroyo de luz, es decir, un gran esplendor con el cual, sin ninguna fatiga, palabra o afán, el entendimiento llega al máximo saber natural desde el cual, queriendo subir a mayor conocimiento de Dios, entra en una nube de luz inaccesible y ahí, tras quedar deslumbrado, recibe nuevos ojos de vida quieta y tranquila con los cuales con una sola ojeada descubre innumerables conceptos.

Al abrirse la tercera puerta brota en la memoria y fluye dentro de ella un arroyo de aguas vivas, claras y cristalinas con las cuales el alma se refresca y persevera en la oscuridad divina del conocimiento de Dios. Deteniéndose en ella, goza de una luz verdadera y mucho más delicada y excelente que la de antes, y que no tiene otro nombre mejor sino esplendor de la divinidad. Con tal esplendor se llega a la última disposición del amor inaccesible, que es la altura más excelsa a la que en este mundo se puede llegar.

LUIS DE LA PUENTE

Luis de la Puente nació en Valladolid en 1554 e ingresó en 1575 en la Compañía de Jesús. Enfermizo, hizo vida retirada; escribió varias obras, como las vidas de Baltasar Álvarez y de Marina Escobar, además de las *Meditaciones de los misterios de nuestra santa fe* (1605) y *Guía espiritual de la oración, meditación y contemplación* (1609). Murió en Valladolid en 1624.

DE «MEDITACIONES»

Introducción

[7] ...Antes de comenzar la meditación, es bien procurar con la imaginación hacer dentro de nosotros alguna figura ó imagen de la cosa que pretendemos meditar, con la mayor viveza y propiedad que pudiéremos. Si

tengo de pensar en el infierno, imaginaré un lugar como un calabozo oscuro, estrecho y horrible, lleno de fuego, y las almas dentro de él, ardiendo en medio de aquellas llamas. Y si he de pensar en el nacimiento, formaré una figura de un portal desabrigado, y á un niño envuelto en pañales, puesto en un pesebre; y así en lo demás, advirtiéndolo, que esto se haga sin quebrar la cabeza; porque quien tiene mucha dificultad en hacer tales figuras, mejor es dejarlas, y usar solamente de las potencias espirituales, al modo dicho. Pero al contrario, los muy imaginativos han de estar sobre aviso, porque sus vehementes imaginaciones les pueden ser ocasión de muchas ilusiones pensando que su imaginación es revelación, y que la imagen que dentro de sí forman, es la misma cosa que imaginan; y por su indiscreción suelen quebrarse la cabeza, y convierten en su daño lo que tomado con moderación puede ser de provecho...

Cuanto á los sentidos corporales, no se puede dar regla cierta, porque unos se hallan mejor teniendo los ojos cerrados, otros se ayudan con abrirlos, mirando al cielo ó alguna imagen: unos hallan estorbo en oír cualquier cosa, otros se encienden con oír algún canto ó música de la iglesia: unos sienten devoción con darse frecuentes golpes en los pechos como hacía san Jerónimo, á imitación del Publicano, otros la sienten con hacer muchas genuflexiones, como Simeón el de la coluna, que oraba hincando la rodilla con la cabeza hasta la tierra, y levantándose luego, repitiendo esto innumerables veces.

Lo mismo podemos decir de otros movimientos y composturas del cuerpo, como son, extender los brazos en forma de cruz, postrarse en el suelo, ponerse en pie fijo en un lugar, ó pasearse por alguna parte, ó sentarse en algún asiento humilde: en todo lo cual se ha de escoger aquello que más ayuda á la quietud y devoción del corazón, atendiendo á la flaqueza del que ora, y á la edificación de los que están presentes, si el lugar es público, porque en tal caso aquella postura del cuerpo se ha de tomar, que no pueda ofender á los circunstantes.

[9] El tercer modo de orar es por vía de aspiraciones y afectos que responden á las respiraciones del cuerpo, procurando que entre respiración y respiración salga de lo íntimo de nuestra alma algún afecto santo, ó algún gemido del espíritu, ó alguna breve oración de las que llamamos jaculatorias, gastando todo el tiempo que hay entre una respiración y otra en la ponderación ó sentimiento y gusto espiritual de lo que deseamos ó pedimos, ó de la cosa porque gemimos y suspiramos á Dios. Este modo es muy acomodado á los que caminan por la vía unitiva, aspirando y anhelando á la unión actual con Dios, y con este deseo procuran orar con la mayor con-

tinuación y frecuencia que pueden; porque tan necesaria es la oración para la perfecta vida espiritual del alma, como la respiración para la vida del cuerpo, según aquello de David, que dice: «Abrí mi boca y atraje el espíritu, porque deseaba tus mandamientos» (Sal 119,131). Y en testimonio de esto, cuantas veces abren la boca para respirar, tantas querrían orar; y ya que esto no es posible por nuestra flaqueza, toman a ciertos tiempos algún rato para este ejercicio, frecuentando de esta manera las oraciones jaculatorias... arrojándolas al cielo, como dardos ó saetas que salen del corazón como de un arco con gran ímpetu de amor.

SANTA ROSA DE LIMA

Nació en 1556 en Lima, la ciudad que para Melville será símbolo del vicio y la molicie. Desde pequeña, Rosa sufría con apatía operaciones atroces y celebraba el *via crucis* arrastrando fardos pesados que casi la aplastaban. Sentía la necesidad de corregir cualquier alteración, por pequeña que fuese, al relatar circunstancias; permaneció ajena a la lucha con el vicio, que jamás la asaltó. Conoció, en cambio, la insidia en la oración, en figura de perrucho negro, y se libró de ella con la cita de los Salmos: «Domine ne tradas bestiis animas confitentes tibi» (Sal 74,19). Un día su padre, al apartarla bruscamente, se apercibió, por la sangre que le regaba el rostro, de que ella llevaba entre los mechones de pelo una corona martirizante, y cuando su confesor le limó las puntas, ella apretó con más fuerza las cintas. En 1606, una vez que cesó la meticulosa lucha con la familia, llegó a ser finalmente terciaria dominica. Quedaba por vencer el otro enemigo de la oración, el sueño; ella usó como armas el enroscar los cabellos en un clavo, el colgarse de una cruz. El centro del alma la atraía como calamita, dijo, de suerte que todo cuanto no fuese contemplación le disgustaba, y debía y quería retener ésta cuanto pudiese. En caso de necesidad, armonizaba con el canto de los pájaros. Por eso, quizás para infundirse vigor, solía realizar actos semejantes a los de santa Catalina de Siena: una vez se tragó furtivamente el contenido de una jofaina donde estaba la sangría en descomposición de una criada enferma que ella cuidaba. Murió con asma, dolores de garganta y costado, fiebre y artritis, en 1617. Fue canonizada en 1717, y su fiesta se celebra el 30 de agosto. Su confesor fue el padre Juan Lorenzana.

En santa Rosa llega a su ápice el uso místico del dolor; toda su vida estuvo ávida de tormento. La mente secular corre a su explicación más abyectamente fácil: «algolagnia», o «masoquismo», y cita, si no autores

abyectos, a Rousseau que descubre de niño las correlaciones perversas entre los golpes y los espasmos de la voluptuosidad. Ahora bien, que los santos son distintos del mundo de las perversiones no es difícil de probar, tan evidente es; debería bastar el estilo de su vida o de su obra. El dolor como latigazo tónico se usa en los entrenamientos y en la higiene más íntegra; del restregón de la sauna a la fatiga gimnástica, cierta medida de sufrimiento es la sal de una vida corporalmente activa, y el aprender a gustarla corrige la molicie imbele. Basta, no obstante, que el gusto sea oculto, buscado y complacido, por muelle o endurecido que sea su aspecto, para que inmediatamente todo se cambie en libídine.

Nos alejamos del siglo que ha ofrecido un culto (toda la industria cultural lo promueve) al cirujano, altivo sucesor del antiguo barbero, así como a las operaciones más neciamente a la moda, útiles como tatuajes. Es necesario situarse fuera del tiempo en el que la medida del bien y del mal está tan turbada que nadie quiere sufrir despierto el dolor de una operación quirúrgica, cosa de nada para un ánimo viril (es más, los guerreros «primitivos» se solían operar solos, que es el modo mejor de englobar en una obra atenta y feliz el dolor), o incluso el padecimiento de un parto sin anestesia, y nadie reconoce, por otro lado, como un dolor mucho mayor, y hasta insufrible precisamente para un ánimo viril, el ser dejado a merced del aparato clínico y de la burocracia médica, en contacto con seres viles y lugares torvos (lo que sería motivo de muerte para un guerrero). Nada puede entender de santa Rosa quien la observe desde las arenas movedizas de la era moderna.

Crean erróneamente comprenderla los devotos supersticiosos, ligados aún, entre otras cosas, a la idea burguesa del ahorro: la creen una acumuladora de «méritos» monstruosamente insuperable, que invierte la cuenta de las pérdidas o «pecados» y se «gana» o «lucra» contentos perpetuos hasta el aburrimiento. Pese a este cruce de dardos envenenados, destinados a defender la fragilidad espiritual frente a la aparición de la santa, merece la pena mostrar su figura; por más que suscita risa nerviosa o compungido espanto, sigue siendo, no obstante, taumatúrgica para quien honradamente procure entenderla sin construirse con la imaginación una escena en la cual sea acogida como acogen los psiquiatras a una loca que se tortura o como acogen los viciosos el espectáculo de unos espasmos (ya santa Gertrudis fue plegada a este uso por un personaje de Remy de Gourmont). Está bien esperar que lo sobrenatural parezca oscuro en la medida en que es en sí claro. En santa Rosa, el dolor no es una corrupción de la sensualidad. Decía san Pablo: «Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no

sea que, habiendo proclamado a los demás, resulte yo mismo descalificado» (1 Co 9,27). La costumbre de las filas de flagelantes que iban de ciudad en ciudad pidiendo la paz nació en 1260 en Italia, concretamente en Perugia; según unos, su iniciador fue un muchacho, según otros, un ermitaño. La novedad se difundió después por Europa, aunque siendo objeto de ataques de diversos tipos. Jacques Boileau, en su *Historia flagellantium*, donde recordó que en la Roma de los césares existían mercenarios a propósito, los *flagriones*, acusó a las disciplinas y los flagelos de ser instrumentos de libidine. Pero en los *Annali d'Italia*, en el año 1260 al menos Muratori recuerda los hechos en sus justas proporciones: cierta confusión en la promiscuidad, pero, por contra, el inicio de las cofradías con el nombre de «compañías» de los golpeados, e innumerables paces y regresos de desterrados, y conversiones de gentes de mal vivir, meretrices y usureros.

Los tormentos de santa Rosa se han de considerar en realidad pesos que detienen y prolongan la espiración reteniéndola a media altura, suspensos, extáticos; se ha aludido a ello a propósito del hesicasm¹⁹. Ella tiene necesidad de este combustible constantemente. Y además, ¿quién puede conocer el hastío furioso ante toda mediocridad? Puede empujar a gestos de tortura que la eviten.

Pero ciertamente esto será mal entendido. No obstante, D'Annunzio compuso estos versos:

¡Luz del dolor —dije yo—,
te bebo! Luz del dolor,
a la que se precipita ignaro
desde la noche bruta el infante
que fuerza la puerta sanguínea
del seno materno con la cabeza
tendida, con los puños cerrados.
Luz del dolor,
a la cual se vuelve el extremo
parpadeo
senil...
Luz del dolor, te bebo
a grandes sorbos.²⁰

19. Véase vol. II, pág. 117.

20. G. D'Annunzio, *Maia, Laus vitae*, XVII, vv. 337-352.

También la iniciación satánica impone la acogida del dolor, y el Fausto de Goethe declara:

Me entrego al vértigo, al placer más doloroso,
al amado odio, al fastidio que reconforta.
Mi pecho, que se ha liberado del ansia de saber,
jamás se cerrará a ningún dolor...
para ampliar[se en el todo]....
y sucumbir.²¹

La figura de santa Rosa de Lima va acompañada por Margarita del Santísimo Sacramento o Marguerite de Beaune, cuya vida (1619-1648) fue escrita por Amelote (en 1654). Sufrió en el Carmelo de Beaune primero sopores, luego convulsiones, sueños angustiosos, contracturas con las que las uñas se metían en la carne; los médicos, para sacudir su impasibilidad la trepanaron y le aplicaron el *bouton de feu*; a las preguntas que le hacían respondía que todo era nada en comparación con la pasión de Jesús, el cual era además de complexión exquisita. Permanecía días y días ovillada en tierra con rostro pueril, gimiendo como un infante. Se alimentaba de un poco de leche, y con tanto esfuerzo que se ponía violácea, se le oían crujir los huesos, y los pies se le agitaban hasta la desolladura. Durante un raptó recibió las prescripciones para la adoración del Niño Jesús, con la cual obtener las virtudes de la infancia en la edad madura.

DE JUAN LORENZANA, «MEMORIAL
DEL CONFESOR DE SANTA ROSA
PARA LA CAUSA DE BEATIFICACIÓN»

Desde su más tierna infancia, Rosa fue toda amor, y por tanto toda exceso: no tuvo término medio en sus mortificaciones, lo mismo que no conoció término medio en su amor. Empezó con los rigores con que los demás concluyen, porque comenzó con un amor que muy pocos conocen al principio. Creció en años y en amor, en ayunos, austeridades y penitencias. A sus nuevos deberes de terciaria de santo Domingo añadió otros rigores de su invención. Con dos cadenas de hierro se construyó, según el ejemplo de nuestro

21. J. W. Goethe, *Faust, Der Tragödie, Erster Teil*, vv. 1.766-1.775.

padre santo Domingo, disciplinas con las que se golpeaba cada noche hasta regar la tierra con su sangre. Nunca dejaba de administrarse estas disciplinas sangrientas, e indicaba el motivo de esa costumbre. Una noche, decía, era a causa de sus grandes y numerosos pecados (que por lo demás no eran ni mortales ni seriamente veniales), otra noche era por las calamidades públicas, con el fin de aplacar la cólera de Dios ofendido atemperando su justicia y solicitando su misericordia. Una tercera noche, y habitualmente, por las desgracias de la Iglesia, ofreciéndose como víctima expiatoria, sin piedad de sí misma, para que Dios se apiadase del estado de ella que buscaba con sus propias llagas remedio para las de la Iglesia. Otra noche, por su nación, Perú, y por Lima, su ciudad natal, para que Dios, su esposo, viendo sus espaldas ensangrentadas, se acordase de haberlas tenido también Él reducidas a ese estado por nosotros, y así se despertase en Él la piedad adormecida y no proyectase represalias sangrientas a la vista de una penitencia ejecutada con tan cruel rigor. Por las almas del purgatorio otra noche, procurando saciar con la efusión de sangre la voracidad de aquel horno siempre en funcionamiento y siempre abrasador. El amor era lo que guiaba su mano y los golpes de la disciplina, el deseo de procurar a aquellas almas un poco de alivio en medio de sus terribles sufrimientos; la sangre corría para que toda esta sangre derramada extinguiese todo ese fuego ardiente. Otra noche por los agonizantes, a fin de que en su condición extrema encontrasen socorro del cielo; mucha necesidad tienen de él, pues en un solo instante de arrepentimiento se sostiene toda una eternidad. Otra noche por aquellos que se encontraban en pecado mortal, a fin de que Dios les concediese luz y conocimiento de su miserable estado, más peligroso que su certeza de perderse en él con sus almas en caso de no convertirse prestamente. Esta oración se elevaba desde muchos labios, pues muchos eran los surcos que abría en su propia carne, y con mayor vigor cuanto más considerable era el fin, de manera que deseaba ser un Lázaro o un Job sin amigos que lo consolasen y sin perro que le lamiese las llagas. ¡Oh piadosa impiedad! ¡Poner en peligro la vida a fin de ganar las almas para Dios, solicitando su conversión a precio de la sangre! Crueles eran los golpes de disciplina que ella se daba, y procuraba herirse sobre todo en los puntos donde la carne es más sensible.

Para conocer este género de martirio, la joven Rosa se puso a tejer una corona. Así obran los justos que en esta vida, en la santidad de su celo, aspiran a coronarse de espinas, huyendo de la corona de oro que obtendrán un día en la gloria. Pero esta aspiración, que es sólo accidental en los más, era en Rosa absolutamente connatural. ¿Existe, hubo nunca una rosa sin corona de espinas? Nace la rosa y nacen las espinas que la deben coronar; áspe-

ras se hacen las espinas, de suerte que la rosa se desarrolla a partir del capullo verde que la nutre y forja; luego ella se va liberando poco a poco de la estrecha prisión de las hojas, y las espinas decrecen embotando sus puntas. La virgen Rosa nació, y ásperas nacieron las espinas con la Rosa; ella se fue desarrollando poco a poco a partir de las primeras constricciones de la naturaleza y empezó a exhalar un perfume de los más suaves.

Las espinas aumentaron a medida que la Rosa crecía, porque las penitencias arreciaron con el número de los años. Le gustaba coronarse desde el día en que, habiéndole puesto sus compañeras una guirnalda sobre la cabeza, ella se clavó en secreto una aguja para que ni siquiera esa vez la rosa fuese sin espina, y así se perforó la sien. Desde aquel momento se propuso en su corazón hacerse una corona de espinas que le sirviese de cilicio, agradeciendo así lo que le habían puesto. La experiencia y el amor habían provocado en ella este deseo, y el dolor al ver una conmovedora y piadosa imagen del *Ecce homo* la advirtió tanto o tan bien, que se vio impulsada a ponerlo en práctica. En contemplando la imagen, se enternecía, a cada encuentro desfallecía de dolor y erraba por doquier intentando aplacarlo. Al ver aquella frente tan delicada traspasada de espinas, su mismo corazón traspasado decía con profundo sentimiento: «¿Por qué me agrada tener miembros tan delicados cuando esa cabeza está tan duramente magullada y traspasada?».

Entonces, impulsada por esta tierna consolación, dispuso que se le construyese una corona de estaño entretejida de cuerdecillas a las cuales había pegado clavitos en correspondencia con los lugares a los que debían adaptarse en la cerviz. Una vez que se hubo puesto la corona, los clavos le traspasaban las sienes, y ella se encontró tan bien con ella, que ya no se la quitó desde aquel día hasta su muerte, salvo para sustituirla por otra construida por ella de manera semejante.

La muerte le quitó vida y corona, para que Dios le coronase la vida de vida mejor, y la corona de corona más gloriosa.

Como el estaño es un metal dúctil y maleable con la mano, no tenía ni la dureza ni la resistencia que le hacía falta a Rosa para sostener firmemente los clavos, que colgaban flojos en los cordones de manera que no la herían cuanto habría querido y deseado. Esta experiencia la indujo a componer una corona de metal más duro y resistente, y nada encontró mejor que la plata, no sólo por su nitidez, sino también por el fin que ella se proponía. Sobre una breve chapita de plata clavó tres series de clavos, en número de treinta y tres por fila, en memoria de los años de vida de nuestro Señor Jesucristo, lo que hacía en total noventa y nueve clavos. Y con arrebató

admirable se encasquetó esta corona. Y puesto que los cabellos habrían podido impedir que los clavos se hincasen bien en la cerviz, se rasuró el cráneo, repitiendo esa operación cada vez que los cabellos volvía a despuntar y procurando dejar algunos mechones de pelo sobre la frente de modo que ocultaran la corona en los puntos donde era más fácil de descubrir; pero la mayor parte permanecía invisible bajo la cabellera, lo que hacía de ella una víctima coronada de cintas. No es fácil explicar ni dar a entender la calidad del tormento que soportaba al someterse a esta penitencia singular. ¡Qué hondas heridas en esa bella cerviz, y cuán acerbamente se debían clavar en ella los clavos! Si uno solo que le hubiese atravesado el cerebro era más que suficiente para quitarle fuerza y vigor, ¿qué decir de esos numerosos clavos distribuidos sobre una extensión tan reducida?

El dolor no estaba circunscrito al occipucio, a las sienas y a la frente, sino que todas las sensaciones y todos los movimientos del cuerpo, estando regidos por el órgano superior, que regula sus funciones, todos los miembros y partes del cuerpo, se resentían de los dolores que la cerviz sufría. Y esta observación es tan veraz, que comúnmente se dice que si os duele la cabeza, todos los miembros se resienten de ello. Lo ojos en primer lugar y más gravemente, en razón de su proximidad, después la boca al hablar y comer, el pecho al respirar, y así para todos los movimientos naturales, cada uno de los cuales era para ella fuente de penas y tormentos.

Noventa y nueve clavos bien plantados agujereaban como un colador esa tierna cabeza día y noche, y a este suplicio sangriento vino a añadirse otra forma de martirio, pues todos los días cambiaba ella la posición de la corona a fin de que los clavos abriesen en el cráneo llagas nuevas. El viernes se la bajaba hasta el cerebelo, para que quedasen ceñidos por ella los cartílagos de las orejas, que son, después de los ojos, la parte más sensible, y allí la dejaba hasta el domingo, para hacerse en los dolores compañera de la Madre de los Dolores, que fue traspasada por una espada de dolor a los pies de la cruz: era su modo de mantenerse ese día en tierna y piadosa meditación. Por largo tiempo, la habilidad de la joven ocultó sus mortificaciones a sus padres, a sus hermanos, a la familia entera: nadie podía suponer que las galas de su cabellera disimulasen ese suplicio. Sólo su confesor conocía el secreto de la corona, pero sin saber qué clase de corona era la que llevaba: no había hablado ni de los clavos ni de las estratagemas a las cuales recurría para hacer más sensibles los dolores de su mortificación; nunca había aludido abiertamente a ellos, pues siempre supo evitar con cuidado las menciones de estos extraños refinamientos de sevicia. Pero la Providencia divina, a la cual todo obedece y cede en virtud de un mis-

terioso poder, no permitió que el silencio envolviese una cosa tan rara y maravillosa, derribó los muros de silencio entre los cuales estaba Rosa encerrada. Al final todo se vino a saber para su honor y gloria, y la confianza en la Omnipotencia se vio con ello mucho más acrecentada.

«CÁNTICO A FILOMELA»²²

Mueva peñas y pastores, oh Filomela,
el cántico dulcísimo.

La voz anhelante celebre el himno,
tú alabando a tu Creador
como yo a mi Salvador,
de entrambas Dios.

Dilata la garganta en los gorjeos
y con sonidos alternos prorrumpiendo
hagamos melodía con nuestras voces.

Pero el pajarillo me deja,
desaparece el que hace conmigo el dúo:
bendito sea Dios
que permanece para siempre conmigo.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

Nació el 25 de noviembre de 1562 en Madrid, de linaje de la baja nobleza. A los cinco años dictaba versos, y leía el latín. Estudió con los jesuitas, después en Alcalá. Alcanzada la celebridad, en 1614 abandonó el mundo y recibió las sagradas órdenes. Hasta su vejez alternó amores carnales con penitencias sangrientas. Murió el 27 de agosto de 1635.

Escribió mil ochocientas comedias y seiscientos autos sacramentales, además de novelas (pastoriles y de otros tipos) y poemas. Entre las comedias, además de las «de capa y espada y de enredo», fueron numerosas las divinas o de santos, y en 1611, cuando entró en la tercera orden franciscana, publicó *Cuatro soliloquios*, seguidamente ampliados.

22. Poesía latina de santa Rosa, que muestra y encubre su sutileza teológica.

DE «SOLILOQUIOS AMOROSOS DE UN ALMA A DIOS»

[IV] ¿Cómo podéis vos ahora castigarme, hermosura de los Ángeles, teniendo las manos clavadas, y la vara en esas espaldas divinas? Mas ¡hai Señor, que el mayor cargo que me podéis hacer, es eso mismo, con que yo me defiende! que si vos os haveis puesto en una Cruz por mí, quando os miro en ella para pedir os perdón, parece que siento, que pues os puse en ella, será rigurosa vara para mí: mas no, mi bien, no es assí, quando yo llego con estas lagrimas a vos, que essa misma Cruz está entre vos y yo, entre vuestro juicio y mi alma, y ella misma es el tercero que hace estas amistades, porque las hizo primero entre vuestro Padre y los hombres, por cuyas culpas quisistes Vos satisfacer.

¡O felices culpas, que merecieron tan divina satisfacción! ¡o Cruz santissima, o arbol sacrosanto! ¿qué selva, qué monte produjo tan hermosa planta, tales ramos, tales flores y tal fruto? ¡O nave, o arca, o escala, o puente, o puerta, o llave, o vandera, o cama divina de mi Señor!

Damas de Jerusalem, no le despertéis; duerma, si está enojado, y si ha de durar el enojo contra mí, dejadme, bien mio, esconder de vos en vuestro costado mismo, que por no lastimarle, no me castigareis en él: ¿pero cómo me defenderé yo en lo que está tan lastimado por mí? mas por esso mismo: que los miserables hombres ¿dónde hallaremos defensa como en vuestras mismas llagas? que si estas poneis delante a los enojos de vuestro Padre eterno, bien es que vayan por escudo de vuestras culpas, y el culpado a la sombra del intercessor, quando llegue a ver la cara del ofendido. Y si Job deseaba que le amparasse de vos el infierno, pareciendole que en su escuridad aun no estaba seguro de vuestra ira, yo, Señor, en vos mismo quiero hallar mi amparo, que no quiero ir a vos sin vos, ni pensar que fuera de vos puede haver defensa para mí. Vos sois el ofendido, y el que defiende: vos el juez, y el que intercede: vos el injuriado, y el que perdona: vos, en cuyas espaldas santissimas cayeron los rayos del enojo de vuestro Padre, que por esso en la oracion de aquel huerto pusistes la cara sobre la tierra, deseando ampararla, como lo hicistes.

Cien jaculatorias a Cristo nuestro Señor

[4] Cristo mio, artes me dan para aprender á servirte, pero ninguno me enseña tanto como mirarte en la cruz.

[16] Si tú me amabas, buen Jesus, cuando yo te ofendia, ¿por qué no amaré yo á los que me ofenden?

[19] Mi Dios, si yo supiera qué descanso y quietud daban al alma tus amores, por mi comodidad te hubiera amado cuando era vicioso.

[21] Mi Jesus, el amor humano es un engaño de dos, fundado en interés; el del alma contigo es una verdad de uno, fundada en Dios, que de nadie tiene necesidad.

[24] Mi Jesus, pues eres sol de justicia, sube estos vapores de mis lágrimas a tí, y en las nubes de tu piedad serán rayos de amor.

[25] Si tu Padre te ama tanto, Jesus mio, que ha puesto en tus manos todas las cosas, ¿qué me podrás negar, teniéndolas tan abiertas?

[28] Jesus mio, si llorar pecados es regalo de los que lloran, debe de ser porque les das á sentir el que te hacen con llorarlos.

[34] Cordero mio, el camino de hallarte mas piadoso, es buscarte en la cruz, porque allí, aunque quieras castigar, no tienes manos.

[35] Bien mio, un alma me dijo que despues que tienes llagas no osabas dar golpe grande en quien te ofendia, por no lastimarte las manos.

[54] Mi Jesus, cuando te imagino en mi pecho, me acuerdo de Job en el muladar; que mas padeces tú y peor soy yo.

[72] Ni en la mar pueden reposar las aves, mi Dios, ni tú en el corazon inquieto.

[92] Como si el mar se secase se verian tan extraños monstros, así, mi Dios, veo mis torpezas en las arenas de mis pasados años.

[96] Jesus mio, mientras fuí piedra, bajé con mi peso huyendo de ti; ahora, que soy fuego, mi propia ligereza me lleva á tí.

JUAN FALCONI

Fue religioso de la orden de nuestra Señora de la Misericordia, y dirigió almas con mucho acierto. Murió en olor de santidad en Madrid en 1638. En 1637 se publicó su *Cartilla para saber leer en Cristo*, y en 1660 y 1662 aparecieron en Valencia sus demás *Obras espirituales*. Tuvo como modelo a Gregorio López, y lo propuso a sus hijas espirituales, como quien había superado incluso los actos de fe sensible y se había escandalizado cuando su compañero Losa se había dejado escapar un «ay». Su método de componer un alfabeto, santificando las letras mismas y combinándolas para obtener de su combinación infinita infinitas meditaciones y contemplaciones, es la transcripción del método cabalístico a una lengua occidental.

DE «CARTILLA PARA SABER LEER EN CRISTO,
LIBRO DE LA VIDA ETERNA»

Pónense las letras, y ABC de esta Cartilla

Las letras que en esta Cartilla sirven como de ABC y que se enseñan a deletrear son misterios hechos y virtudes de la vida de Cristo; porque así como un libro se compone de las letras del ABC, así este libro Cristo, de sus misterios y hechos, que sirven como de letras del libro, que son las siguientes; y para guardar la forma de Cartilla, empiezan los misterios con las letras del ABC por su orden.

Amor infinito que le hizo encarnar en el vientre purísimo de la Virgen haciéndose a sí hombre y al hombre Dios.

Bondad inmensa, que le obligó a comunicarse al mundo y que le dio prisa a nacer en un establo y no aguardó a tener mejor posada.

Celo de la salud de los hombres que le dio prisa a derramar sangre a los ocho días en la circuncisión.

Deseos de que conociesen los hombres que tenían ya su remedio en casa y con éstos se manifestó a los tres Reyes para que empezasen a gozar tanto bien.

Entrada en Egipto en que mostró su omnipotencia derribando los ídolos; y su huida misteriosa como si Él tuviera necesidad de huir para esconderse.

Fidelidad y secreto con que disimuló quién era desde entonces hasta los treinta años tratándose como un hombre muy ordinario y como si no fuera señor de todo sirviendo a sus padres como si fuera un pobre aprendiz y criado de un oficial.

Gloria y honra que le dio el Padre Eterno en el Jordán, reconociéndole por Hijo, cuando Él quiso ser bautizado, como si fuera pecador.

Humildad que mostró, dando lugar a que el demonio pida que le adore, mereciendo Él ser adorado de todas las criaturas; y triunfo que alcanzó de la gula, ayunando cuarenta días con sus noches, para remedio de nuestro desordenado comer.

Incansable e infinita liberalidad con que hacía bien a cuantos acudían a Él, resucitando muertos, sanando enfermos, ciegos, cojos y de todas enfermedades, y que como de la fuente sale agua, así salía de Él salud y doctrina. Salud para hacer milagros y sanar a todos, y doctrina de su predicación, por tres años y más, pasmando al mundo y arrastrando tras sí las gentes de cuatro mil en cuatro mil, y de cinco mil en cinco mil, por aquellos desiertos, olvidados de sí, sin comer ni beber en tres días, absortos en sus divinas palabras.

Karidad en la institución del Santísimo sacramento, para remedio de todas nuestras miserias, y para dejar ese modo, cómo morir de amores todos los días en todas las misas hasta el fin del mundo. ¡Oh rara caridad y gusto de morir por el hombre!

Lección de oración, que nos enseñó en el Huerto, con la que tuvo tan desconsolada y congojosa que le hizo reventar sangre por todo su cuerpo, para consuelo de los que padecen sequedades, congojas y tedio en la oración.

Manos atadas en el prendimiento como a ladrón como si hubiera hurtado algo a alguien; o como si no hubiera dado todo cuanto tiene y a sí mismo a los hombres.

Negación de san Pedro y sentimiento grande que tendría viéndose negar a aquél a quien había de fiar su querida Esposa la Iglesia.

Onestísimas carnes de Cristo desnudas y azotadas con más de cinco mil azotes cruelísimos por manos de aquellos sayones, sufriendo tal sin quejarse, que si hasta hoy le estuvieran azotando sufriera sin despegar la boca.

Penetrante corona de espinas padecida con tanto amor, que dice le parecía diadema honorífica con que le coronó su Madre en el día de su desposorio y alegría.

Quejas que jurídicamente pudiera dar (y no las dio) y su Madre Santísima se pudiera querellar, como parte de que le sentenciaron a morir en cruz sin culpa ni causa, cosa tan contra justicia, y con todo eso quizá diría

la voz del pregonero: ésta es la justicia; habiendo de decir: ésta es la injusticia y la maldad que manda crucificar este hombre por revoltoso (siendo así que toda su vida la empleó en poner paces entre Dios y los pecadores) y con ese pregón y tropel de ministros le llevaron la cruz a costas a crucificar.

Rigurosísimo modo con que le crucificaron, descoyuntándole un brazo, porque no alcanzaba al agujero, y remachándole los clavos volviéndole boca abajo.

Subir la cruz y levantarle en el aire, como facineroso, y ajusticiado, siendo la misma santidad y justicia.

Tres horas que estuvo agonizando en la cruz, con ansias mortales, traspasado de sed, desangrado, y desamparado de toda criatura, y tanto que se quejó a su Padre a voz en grito, y últimamente expiró.

Virtud y fortaleza con que bajó a los infiernos, quebrantando sus cerrojos, y consuelo que dio a los del Purgatorio, y libertad a los Santos Padres que estaban en el Limbo, sacándolos triunfantes en su compañía.

Xeneral resurrección y gloria venidera de que nos dio esperanza a todos con su Resurrección gloriosísima; en la cual salió victorioso a pesar de los judíos y de todo el infierno.

Yntima amistad y llaneza que mostró con sus discípulos, pues aún después de resucitado, impasible e independiente de las cosas de acá, trató, comió y conversó con tanta afabilidad con ellos, como si no fuera ya morador de los alcázares eternos.

Zielos que penetró a ellos subiendo por esos aires en su Ascensión, a vista de todos, adonde fue recibido del Padre y del Espíritu Santo y de todos los ángeles, con sumo gozo y alegría, con que puso en posesión al hombre de la gloria y patria que había perdido.

Y de los misterios y A B C puesto, podrás considerar y deletrear uno o dos a la mañana, y a la noche otros tantos, o aquel en que mejor te halles, aunque sea siempre uno mismo, en todo un día, o uno mismo en muchos días.

Y si no acertares acaso a considerar los demás misterios que van puestos en este A B C, por no ir deletreados y digeridos, como lo va este misterio de los azotes, no te dé cuidado, porque ese mismo le podrás repetir y considerar cada vez, cada día y siempre, y tendrás tanto que deletrear y aprender de él y podrás sacar tanto provecho como de considerarlos todos: que, pues, es el mismo Jesucristo en un paso que en los demás, y la misma Majestad, y cada paso es de infinito misterio, de ése sólo podrás sacar tanto provecho como de considerarlos todos; y así repite ése siempre y date a considerarle, y topará luz de vida eterna.

Que no porque haya pensamientos impertinentes y falta de devoción no por eso deja de ser buena la oración.

Adviértote que no se te dé nada, aunque sientas en ti millones de pensamientos impertinentes, deshonestos, disparates y cuidados que suelen venir en el tiempo que se reza o tiene oración; porque no por eso dejas de estar agradando a Dios, con tal que no los quieras de propósito, ni estés advertidamente pensando en ellos; y si te dan pena y no quisieras tenerlos, es señal clara que no los quieres de propósito; y, así, en cayendo que estabas divertido en ellos (aunque haya sido el divertírte mucho rato), procura blandamente desviarlos, esto es, no hacer caso de ellos y sin hacerte fuerza, y si porfiaren más y más, de manera que no puedas desecharlos, no te aflijas, sino sufre con paciencia lo que te molesta y cree sin duda ninguna que ellos no vienen sin permiso de Dios, y que su Majestad los permite para tu ejercicio y para probar tu perseverancia, y así persevera y no te vayas de ahí. Y si te sintieras seco, indevoto, confórmate con la voluntad de Dios, que lo permite así, y no te estés estrujando y haciéndote fuerza a sacar devoción y sentimiento, que mientras más fuerza hicieres será peor. Sabe que cualquiera cosa que ahí te viniere de bueno es dádiva liberalísima de Dios, y que no lo has de sacar a fuerza de quererlo, sino a fuerza de no hacer fuerza, y así resígnate en que te dé o no te dé devoción, o nada, o lo que Él quisiere. Porque allí no vas a estar recogido o distraído, devoto o indevoto, quieto o inquieto, sino a que se cumpla en ti la voluntad de Dios, que a ti no te toca más de no querer divertirte de propósito, ni voluntariamente, y en los demás hágase la voluntad de Dios, y venga o no venga la devoción, y perseverar de todas maneras.

...Una cosa es obrar y otra conocer que se obra (que al obrar llaman los teólogos acto directo, y al conocer lo que se obra, acto reflejo). Y este conocimiento reflejo falta muchas veces en la oración, y fuera de ella, con especial permisión divina, para humillar las almas, porque pensando que no aman, ni hacen cosa de provecho, sino que están como siervos inútiles, se humillan, se purifican y sienten de sí bajamente. Que del conocer que va bien en la oración y en la obra buena que hace, lo que se suele seguir es quedar satisfechos y complaciéndose de ello vanamente.

Pues a la criatura tú no la vas a buscar ahí aunque se te ofrece cosas criadas al pensamiento (tú no lo quisieras, ni tú de corazón lo amas, antes lo sientes), luego síguese que estás queriendo al Criador y que estás ocupado en esto (aunque no lo discurre, como aquí te lo hemos dicho): por-

que la voluntad es fuerza ame o a Dios o a la criatura, pues si no la amas a ella luego amas a Dios, luego en algo estás ocupado. Porque si no buscas a la criatura, luego buscas al Criador.

Es tan alta la obra de orar que, aun cuando a tu parecer está llena de sequedad y desgana, entonces aún es un retrato e imitación de Cristo, desde que nace hasta que muere.

Porque si estás hecho un hielo, cercado de tentaciones torpes, y de los inmundos y animales deseos de tu carne, te pareces a Cristo en el pesebre temblando al hielo y rodeado de animales.

Y si cortas y circuncidas esos afectos de la carne, sufriendolos por Dios, aunque más te duela el negarlos, eres semejante a Cristo, que con sumo dolor dejó circuncidar su carne santísima por ti.

Y si hay congojas, agonías, sudores, sequedades, grandes desganas de estar allí y repugnancia de la carne flaca, y no obstante eso se resigna en la voluntad divina, aunque sufriendolo como de mala gana, y tolerándolo a más no poder, con tedio, con tristeza y repugnancia, todo esto es una imitación de las ajenas ansias y otros sudores de Cristo en la oración del Huerto, pues estaba también allí este Señor con ansias, con agonías, reventando de congojas, con tristezas, hasta reventar sangre su cuerpo, y puesto en toda agonía (dice el Evangelista), que perseveró orando en esta prolijidad (Lc 22,44).

Y cuando está una persona en este ejercicio atravesada la consideración con importunos pensamientos, y con imaginaciones varias, disparatadas y torpes, que la están punzando la cabeza, ¿qué otra cosa es sino imitación de la de Cristo, atravesada con espinas, y punzada con dolores?

Y si tienes dolores en las rodillas y cuerpo, eso será imitar los dolores que tuvo Cristo en las suyas cuando cayó de rodillas con la cruz auestas por ti.

Y si estuviese el corazón atravesado de ansias y aflicciones, será una imitación del suyo atravesado con la lanzada.

Qué hará quien no puede resignarse.

Tienes aún otro gran bien en procurar esta resignación total, y es, que cuando vieres que no puedes acabar de conformarte en todo con la voluntad de Dios, no por eso te congojes ni con ansia demasiada lo desees, porque eso será impedirte para no alcanzarlo.

La razón es, porque el ansia y deseo demasiado de resignarte es falta de resignación; y así procurarla con esa demasía es querer alcanzar la resignación con actos de no resignación; lo cual es imposible, como lo fuera el querer alcanzar la virtud de la paciencia con actos de impaciencia.

Y así lo que has de hacer, cuando ves que no te puedes resignar, es resignarte en el no resignarte: esto es, procurar conformarte con esa falta de resignación, y sufre con paciencia el verte sin ella y el ver que no puedes acabar con ese tu corazoncillo de rendirle a la voluntad de Dios. Y así, dile: «Señor, este resignarme todo en Vos es una gran misericordia vuestra de que yo me reconozco sumamente indigno; y si fuere voluntad vuestra dejarme estar así, hágase por cierto no la mía». Y por este camino vienes a tener conformidad (en cierta manera), aun cuando no te conformes.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Nació el 26 de septiembre de 1580 en Madrid. Estudió letras en Alcalá y teología en Valladolid. Fue confidente y alguacil del duque de Osuna, virrey de Nápoles. Fue espía español en Venecia. De vuelta en Madrid, sufrió el disfavor de la corte y gozó de su apoyo, alternativamente. Murió en 1645.

En los *Sueños*, Quevedo invita al desprecio del siglo, pero es en las poesías devotas donde desvela sus momentos místicos.

DE LAS «POESÍAS SAGRADAS»

*Pide a Dios le dé lo que conviene,
con sospecha de sus propios deseos*

Un nuevo corazón, un hombre nuevo
ha menester, Señor, la ánima mía,
desnúdame de mí, que ser podría
que a tu piedad pagase lo que debo.

Dudosos pies por ciega noche llevo,
que ya he llegado a aborrecer el día,
y temo que hallaré la muerte fría
envuelta en (bien que dulce) mortal cebo.

Tu hacienda soy, tu imagen, Padre, he sido,
y si no es tu interés, en mí no cre,
que otra cosa defiende mi partido.

Haz lo que pide verme cual me veo;
no lo que pido yo, pues de perdido,
recato mi salud de mi deseo.

*En la muerte de Cristo,
contra la dureza del corazón del hombre*

Pues hoy derrama noche el sentimiento
por todo el cerco de la lumbre pura,
y amortecido el sol en sombra obscura
da lágrimas al fuego y voz al viento;

pues de la muerte el negro encerramiento
descubre con temblor la sepultura,
y el monte, que embaraza la llanura
del mar cercano, se divide atento,

de piedra es, hombre dura, de diamante
tu corazón, pues muerte tan severa
no anega con tus ojos tu semblante.

Mas no es de piedra, no, que si lo fuera,
de lástima de ver a Dios amante,
entre las otras piedras se rompiera.

*Las piedras hablan con Cristo
y dan la razón que tuvieron para romperse*

Si dádivas quebrantan peñas duras,
la de tu sangre nos quebranta y mueve,
que en larga copia de tus venas llueve,
fecundo amor en tus entrañas puras.

Aunque sin alma somos criaturas,
a quien por alma tu dolor se debe,
viendo que el día pasa oscuro y breve,
Y que el sol mira en él horas oscuras.

Sobre piedra tu Iglesia fabricaste,
tanto el linaje nuestro ennobleciste,
que Dios y hombre piedra te llamaste.

Pretensión de ser pan nos diferiste,
y si a la tentación se lo negaste,
al Sacramento en ti lo concediste.

JUAN EUSEBIO NIERENBERG

Nació en Madrid en 1595, de padres llegados a España en el séquito de María de Austria. Estudió jurisprudencia, pero en 1614 decidió ingresar en la Compañía de Jesús. Pese a que su padre se opuso por largo tiempo a su vocación, en 1623 fue ordenado sacerdote. Ocupó varias cátedras y cargos en la Compañía. Murió en 1658.

Escribió: *Obras y días*; *Curiosa filosofía*; *Oculto filosofía*; *Prendas y estimas de la divina gracia*; *De la belleza de Dios y de su amabilidad*, y muchas otras, especialmente dedicadas al culto de María y de san Miguel.

DEL «EPISTOLARIO»

A uno desengañado de el Mundo

[I] San Pablo no dio al mundo nombre de cosa, que tuviese ser, sino solo representación. Llamávale figura, cuando dixo: «Passase la figura de este Mundo» (1 Co 7,31). Aun no le llamó fiero, no león, ni tigre, porque estas cosas tienen cuerpo verdadero; sólo le llamó figura, que tiene sólo apariencia. Aun no dixo de qué cosa era figura, porque no ay cosa de tan poco ser, y substancia, de que se pueda verificar, que es figura suya el mundo. Menos es, que un poco de humo, menos que un soplo, y lo que con menos impropiedad se podía dezir dèl, es, que es figura, ô sombra de la muerte, conforme habla la Escritura, porque la muerte no es ser, sino privación de ser: assí son las cosas del Mundo, que no son bienes, sino privación de bien, y aun algo menos, porque suelen ser verdaderos males, y falsos bienes.

Las riquezas a Crespo fueron males, y por ellas pereció miserablemente. Los regalos a Heliozábalo fueron falsos bienes, pues fueron sus verdugos. La honra del Imperio Romano fue a Pertinax la mayor desdicha

que le pudo suceder, muriendo lastimosamente, sólo porque fue dichoso: siendo su culpa su mayor fortuna. En medio de las tinieblas de los Egypcios, quando no podían discernir lo que tenían en la mano, veían algunas fantasmas, y figuras, que se les aparecian: assi sucede, que estando los mundanos llenos de tinieblas, ciegos para los verdaderos bienes, ven con todo esso esta figura del mundo, esta fantasma, que no les espanta, sino engaña.

Tenía Gerion un perro de ayuda, que assimismo era monstruoso, con dos cabeças. También el Mundo tiene otro monstruo de dos cabeças, por perro de ayuda, que es el vicio humano, cuyas cabeças son estas dos: la una es la aprehensión falsa de las cosas, y la otra la passion torcida. Estas dos cosas son las cabeças de todo vicio, y la ayuda mayor que tiene este tyrano del Siglo. Las causas de estimar el Mundo, son el engaño de nuestro entendimiento, y el torcimiento de nuestra voluntad. La falsedad de nuestros dictámenes, y el abuso de nuestros afectos. Estas son las cabeças de nuestros hierros, y las causas de nuestras culpas, y también penas.

Para vencer al mundo, es necessario cortarlas con la espada de la verdad, que con un golpe derriba muchas. No tengamos por bienes los que él nos ofrece, pues no nos hazen buenos, antes los tengamos por males, pues a tantos han hecho malos. El bien ha de comunicar bondad, sin estar apesado de malicia alguna, como la blancura no haze negros, sino solamente blancos. Y pues los bienes del Mundo no hazen buenos al que los tiene, engaño es tenerlos por tales. Ordenemos también nuestras passiones, poniendo el amor que se hizo sólo para lo bueno, no en los falsos bienes deste siglo, sino en los verdaderos del Alma, y sobre todo en Dios, que es suma Bondad: con esto ordenado el amor, tirará tras sí los demás afectos, que están eslabonados unos con otros, como cadena; y quien tira del primer eslabón, lleva con él los demás. Y en consecuencia del amor se van todos, por lo qual quien lo pone en Dios, deseará a Dios, temerá por Dios, y aborrecerá sus ofensas, y tendrá odio al Mundo, que es su contrario.

El que quiere vencer este enemigo, ha de advertir, que como Gerion era señor de tres Islas en el Mar Mediterráneo, y vencido en la una, se reforçaba en la otra, y echado desta, se reparaba en la tercera; assi también el Mundo se ha señoreado de la codicia humana, de la presumpción, y del regalo, que son tres Islas, no solo en medio de la tierra, sino de nosotros en que se fortifica, y es necessario echarle de todas tres. Diogenes le venció en las dos, mas no le pudo echar de la tercera. Despreció las riquezas, privòse de todo regalo, pero la presumpcion tuvo en su punto, y en ella le señoreó el Mundo.

Los que estàn privados de un sentido, suelen tener mas viveza en otro. Al que le falta el oïdo, suele tener la vista mas aguda; y el que carece de vista, tiene la imaginación, y fantasïa mas viva. De la misma manera acontece à algunos, que quanto se quitan de regalos, añaden de codicia. Otros, quanto tienen menos de avaricia, tienen mas de ambicion, y de poco codiciosos; passan a ser muy presumidos. En estos tales no se quita la malicia, sino se muda: porque la que estava antes repartida en muchas partes, se amontona en una. No quitan las fuerças al mundo, sino se las unen: no le vencen, sino èl se arrincona para asegurarse mas. Y muy diferente cosa es vencer al enemigo, ò retirarse èl.

Desto estè advertido V.m. para que su desengaño no sea parcial solamente, sino acabe de vencer al que començò à conocer. De Gerion dixeron, que solo un Hijo de Dios le venció: y quien totalmente venció al Mundo, y le vence aora en sus Siervos, es el Hijo de Dios, al qual viò San Juan en su Apocalypsi, à punto para la Batalla, para la qual salió en un cavallo blanco, symbolo de la candidez de la verdad; porque como el Mundo se funda en engaño, y sea todo mentira, la verdad le destruye, esto es, el conocimiento verdadero de las cosas. Las armas, que llevaba Christo, solo era un arco, que es arma para de lexos, y se juega, y tira desde el pecho; porque es gran parte para vencer al Mundo, no llegarse à èl, ni meterse en sus cosas, sino de lexos aborrecerle. Los dardos del Alma, que es el odio del coraçon, se despiden del pecho.

A una persona menos atenta.

*Se aclara cómo la virtud puede hacer prudente
también a gente de poca capacidad*

[XXXI] ...No ay cosa que facilite mas esta dificultosissima virtud de la prudencia, como la doctrina de nuestro Salvador; lo qual haze de muchas maneras. La enseñanza moral del Hijo de Dios, se viene à resumir principalmente à una perfecta pobreza de espiritu, humildad, paciencia, castidad, mortificacion, desprecio del Mundo, oracion, caridad, pureza de intención, y obediencia. Pues quien tuviere esto, adquirirà prudencia de muchas maneras. Lo primero, disponiendo con la mortificacion la voluntad, y el coraçon, para que con la fuerça de sus passiones desordenadas no turben la razon. Lo segundo, enderezando el entendimiento con la pureza de intencion, y caridad. Lo tercero, quitando ocasiones de imprudencias, con la humildad, castidad, pobreza de espiritu, y paciencia; por que ordi-

nariamente donde los hombres mas se pierden, y pierden el juicio, es por la hazienda, y vano pundonor, sensualidad, y arrogancia, y quien tiene aquellas virtudes esta libre de estos escollos de la codicia, sensualidad, soberbia, y colera, con que se dementan los mas astutos. Lo quarto, mereciendo con la caridad, que Dios le asista, y encamine sus acciones. Lo quinto, disponiendose en la Oracion, para que el Señor le alumbré. Lo sexto, quitando con tan solidas virtudes los impedimentos à las inspiraciones de los Santos Angeles. Lo septimo, aunque no aya luz clara en el entendimiento, por un maravilloso modo de tino, ò instinto, con que se vâ connaturalmente à lo bueno, y lo mejor un Alma tan bien dispuesta, y libre de passiones, sin tener necesidad de reflexa, ni mucho discurso.

Esta es la causa que algunas personas sencillas, y de poco entendimiento, no solo obren prudentemente, sino que aconsejen acertadamente, porque la inclinacion virtuosa les lleva luego à lo mejor, y en estos tales parece que se cumple lo que dixo Christo: «Sed prudentes, como las Serpientes, y sencillos, como las Palomas» (Mt 10,16), porque tienen el efecto de la prudencia, que es el acierto, junto con la paz de la simplicidad de las Palomas, haziendo en ellos aquel modo de instinto, ò tino, lo que en los muy resabidos podia hazer la especulacion; y assi, tienen lo bueno de la prudencia de Serpientes, que es el acierto, y de la simplicidad de Palomas, que es la candidèz, y quietud del Anima.

Lo octavo, con la compostura de buenas costumbres, gozan del bien de la Fè, conservandola con vida, y viveza, mirando las cosas con ojos superiores, que son los de la Fè, que dàn en el punto de la verdad, y no por los sentidos engañosos. Lo nono, porque con la pureza de conciencia, se disponen, y desembarazan de todo estorvo para ser movidos del Espiritu Santo, por medio de sus Dones; de los quales los mas tocan à la prudencia; como son, Dòn de Sabiduria, Dòn de Ciencia, Dòn de Entendimiento, y Dòn de Consejo. Lo dezimo, no solo se disponen para lo sobrenatural, sino tambien la misma capacidad natural, despiertan, y avivan el entendimiento con la templança que les ocasiona la mortificacion, con la abstinencia, sobriedad, y castidad. Lo undezimo, por la humildad se hazen capaces de admitir consejo, que no es pequeña parte, ò suplemento de la prudencia. Ultimamente, en la obediencia tienen una gran equivalencia de suma sabiduria, pues guiandose por ella no pueden errar. Por tantos modos ayuda la doctrina de Christo à la prudencia verdadera, disponiendo para ella natural, connatural, y sobrenaturalmente; por lo qual debia ser mas estimada, y practicada de lo que es, fuera de otros grandes bienes, que nos causa. Ella dà gran paz al Alma, libra de pesadumbres, quita muchos peligros de este Mundo, y estorva grandes daños.

FREI AGUSTINHO DA CRUZ

Agustinho Pimenta nació en Ponte da Barba el 3 de marzo de 1540. Empezó escribiendo poesías líricas amorosas. En 1560 ingresó como novicio capuchino; acabó ermitaño en las montañas de la cordillera de Arrábida. Murió el 14 de marzo de 1619 dejando uno de los mayores cuerpos poéticos de la mística portuguesa, si no el mayor.

«EN TORNO A LA CONTEMPLACIÓN
DE LA CORDILLERA DE ARRÁBIDA»

De los solitarios bosques el verdear
dentro de las duras rocas alimentado,
sobre esta cumbre, tan lejos del mar,
mayor belleza mueve a contemplar.

Aquel al que toque, suprema ventura,
llegar en la tierra al más alto estado
¿qué tiene, sino el querer colocado
en manos del Creador de la criatura?

La hoja que en el verde bosque estaba,
en breve cae, perdida su flor,
que tantas esperanzas alimentaba.

Considere por tanto el pecador:
cuando en la pintura se elevaba
tal vez ya se erguía en el pintor.

ANTONIO VIEYRA

En una carta a Francisco de Morais, el padre Antonio Vieyra (1610-1697) describe su jornada sin descanso: nada hace sino con Dios, y por Dios y para Dios: «Com Deus, por Deus e para Deus, e para estar na bem-aventurança só me falta vêlo, que seria maior gosto, mas não maior felicidade»: para ser afortunado le falta sólo verlo, lo que sería mayor gusto, pero no mayor felicidad. Vieyra predica en la corte portuguesa que las

naciones no son arruinadas por los delitos patentes que en ellas se cometen, sino por los ocultos; llegado a Brasil, donde hay disputas por el poder, predica: «Adán ya era como Dios porque era a su imagen; ¿qué le prometió además el demonio con aquel *sicut*: “Eritis sicut Dei” (Gn 3,5)? El equívoco del *sicut* fue verdaderamente diabólico; Adán ya era como Dios en la representación, pero no en la soberanía». Con la misma rectitud se apresuró a predicar a los obreros negros esclavos, y dio forma a la república platónica cristiana en la profecía del Quinto Imperio.

DE LOS «SERMONES»

*Sermón predicado en la Baía,
a la hermandad de los negros, de un Ingenio,
en día de San Juan Evangelista. Año de 1633*

[XIV] David (aquel Santo Rey, que también tuvo nietos en Ethiopia, hijos de su hijo Salomon, y de la Reyna Sabà) entre los Psalmos que compuso, fueron tres particulares, à los que dió por título: Pro Torcularibus (Sal 8; 81; 84), que en frase del Brasil, quiere dezir, para los Ingenios. Este nombre Torcularia, universalmente tomado, significa todos aquellos, lugares, é instrumentos, en que se esprime, y saca el çumo de los frutos (como en Europa el vino, y el azeite) que allà se llaman Lagares; y porque estos en que en el Brasil se haze lo mismo à las cañas dulces, y se esprime, cuece, y endurece el çumo dellas, tiene mayor, y mas ingeniosa fabrica, se llamaron vulgarmente Ingenios. Si preguntàremos, pues, qual fuè el fin, y intento de David en componer, y intitular aquellos Psalmos, señaladamente para estas oficinas? Responden los Doctores Hebreos, y con ellos Paulo Burgense, que el intento que tuvo el Santo Rey, y hizo se practicasse en todo el Pueblo de Israel, fuè, que los que trabajavan en dichas oficinas juntassen el trabajo con la oracion, y en lugar de otras oraciones, con que solian aliviarse, cantassen Hymnos, y Psalmos, y pues recogian, y aprovechavan los frutos de la tierra, no fuessen ellos esteriles, sino alabassen al Criador que los dà.

Notable exemplo por cierto, y de suma edificaciòn, que entre los grandes negocios, y gobierno de la Monarquía, tuviesse un Rey estos cuydados! Y que confusion serà, por el contrario, para los que se llaman Señores de Ingenio, si solamente atentos à los intereses temporales, que se adquieren con este deshumano trabajo, tuvieren tan poco cuydado de los trabajado-

res sus Esclavos, y de las almas de aquellos miserables cuerpos, que no traten de que alaben, y sirvan à Dios, ni aun de que le conozcan!... David en el titulo del ultimo [de los tres Salmos] declara quien sean los operarios destas trabajosas oficinas, y dize que son los hijos de Coré: «Pro Torcularibus, filiis Corè» (Sal 84,1). Segun la propiedad de la Historia, yà diximos, que los hijos de Coré son los Negros, hijos de la Virgen Santisima, y devotos de su Rosario. Segun la significacion del nombre, dize Hugo Cardenal, que son los imitadores de la Cruz, y Passion de Christo crucificado, porque Coré en lengua Hebrea significa Calvario...

No se pudiera describir mejor, ni mas altamente, que cosa es ser Esclavo en un Ingenio del Brasil. No ay trabajo, ni genero de vida en el Mundo, mas parecido à la Cruz, y Passion de Christo, que el vuestro, en uno de estos Ingenios: «O fortunatos nimium, sua si bona norint».* Bienaventurados vosotros, si supiereys conocer la fortuna de vuestro estado, y con la conformidad, è imitación de tan alta, y divina semejança, aprovechar, y santificar el trabajo! En un Ingenio soys imitadores de Christo crucificado: «Imitatoribus Christi crucifixi» (1 Co 11,1), porque padeceys con un modo muy semejante lo que el mismo Señor padeciò en su Cruz, y en toda su Passion. Su Cruz fue compuesta de dos maderos, y la vuestra en un Ingenio es de tres. Tampoco alli faltaron las cañas, porque dos vezes entraron en la Passion, una vez sirviendo para el Cetro, con que le escarnecieron; y otra vez para la esponja, en que le dieron la hiel. La Passion de Christo, parte fuè de noche sin dormir, parte de dia sin descansar; y tales son vuestras noches, y vuestros días. Christo desnudo, y vosotros desnudos; Christo sin comer, y vosotros hambrientos; Christo en todo maltratado, y vosotros maltratados en todo. Los hierros, las prisiones, los açotes, las llagas, los nombres afrentosos, de todo esto se compone vuestra imitacion, que si fuere acompañada de paciencia, tambien tendrà merecimiento de martyrio. Solo le faltava à la Cruz, para la entera, y perfecta semejança, el nombre de Ingenio; pero este mismo le dió Christo, no con otro, sino con el mismo vocablo. Torcular se llama vuestro Ingenio, ó vuestra cruz; y la

* «O fortunatos nimium, sua si bona norint, / agricolas! Quibus ipsa procul discordibus armis / fundit humo facilem victum iustissima tellus.» [¡Oh labradores, en extremo afortunados, si conociesen su ventura! Para ellos, de su mismo seno derrama la tierra con entera justicia, lejos de opuestas armas, fácil mantenimiento]. Publius Virgilius Maro, *Georgicon II*, vv. 458-460 (trad. cast.: *Bucólica, Géorgicas, Apéndice Virgiliano*, Madrid, Gredos, 1990). (N. del ed.)

de Christo, por boca del mismo Christo, se llamó tambien Torcular, «Torcular calcavi solus» (Is 63,3). En todas las invenciones, é instrumentos de trabajo, parece que no hallò el Señor otro que mas parecido fuesse con el suyo, que el vuestro. La propiedad, y energia desta comparacion es, porque en el instrumento de la Cruz, y en la oficina de toda la Passion, assi en las otras, en que se esprime el çumo de los frutos, assi fuè exprimida la Sangre de la Humanidad Sagrada: «Et quod Sanguinis eius tibi fuit expressus, sicut sanguis uvae in Torculari» (dize Lyrano)...

Y que cosa ay en la confusion deste Mundo mas semejante al infierno, que cualquiera de estos vuestros Ingenios...? ...Mas si en todo este estruendo las voces que empero se oyen fuessen las del Rosario, orando y meditando vosotros los Mysterios dolorosos, todo este infierno se convertiria en Parayso, el estruendo en armonia celeste, y los hombres, de Negros en Angeles.

Grande Texto de David. Estava viendo David estos mismos hornos del infierno, y essas mismas calderas hirvientes, y profetizando literalmente de los que vió atados à ellas, escriviò aquellas dificultosas palabras: «Si dormiatís inter medios cleros, pennae columbae deargentatae et posteriori dorsi ejus in pallore auri» (Sal 68,14)... Aqui vereys qual es el poder del Rosario, y las transformaciones que obra en los que oran, y meditan los Mysterios Dolorosos.

La paloma en la Sagrada Escritura, como consta de infinitos lugares de ella, no solamente es symbolo de la oracion, y meditacion absolutamente, sino tambien de los que oran, y meditan en casos dolorosos. Por esso el Rey Ezequias dezia en sus dolores: «Meditabor ut columba» (Is 38,14). Y la razon de esta propiedad, y semejança es, porque la paloma con sus arrullos, no canta como las otras aves, sino gime... y en essa triste servidumbre de miserable Esclavo, tendreys lo que yo deseava, siendo Rey, quando dezia: «Quis dabit mihi pennas sicut columbae, et volabo, et requiescam?» (Sal 55,7) O quien me diera unas alas, como de paloma, para bolar, y descansar! Y estas son las mismas que yo os prometo, en medio de essa miseria... Porque es tal la virtud de los Mysterios Dolorosos de la Passion de Christo, para los que orando los meditan gimiendo como palomas, que el hierro se les convierte en plata, el cobre en oro, la prision en libertad, el trabajo en descanso, el infierno en Parayso, y los mismos hombres, aunque Negros, en Angeles.

Dezidme, que cosa es un Angel? Los Angeles no son otra cosa, sino hombres con alas... assi como esta Señora se gloria de ser Madre de Christo, y despues dèl, de ser Madre de San Iuan, y assi tambien tenga mucho de que gloriarse, por ser Madre de los Negros, tan particularmente sus devotos... y

deste modo se verifica en eterna alabanza de su Santis-simo Nombre, que el mismo Jesus, que se llama Christo, no solo una, sino tres vezes nació de Maria: «Maria, de qua natus est Iesus qui vocatur Christus» (Mt 1,16).

MIGUEL DE MOLINOS

Nació en Muniesa, cerca de Zaragoza; fue bautizado el 29 de junio de 1628. Estudió con los jesuitas y en 1652 fue ordenado sacerdote. Fue a vivir a Roma, donde se granjeó el favor de muchos y llegó a tener por amigo al cardenal Odescalchi, más tarde papa Inocencio XI. En 1675 publicó su *Guía espiritual*, atacada por Bell'huomo y por Segnieri. En 1682, el cardenal Caracciolo denunciaba a Inocencio XI la existencia de una red de quietistas que orando menean la cabeza ante toda imagen que se les ponga delante, y consideran luces divinas las noticias recibidas en tal estado de quietud. Molinos llevaba unido a un grupo así desde 1664. La Compañía de Jesús lo hizo prender por el Santo Oficio en 1685, tal vez valiéndose de la influencia del rey de Francia. En 1687 el Papa consintió en su condena; doscientas personas fueron detenidas por la Inquisición como reas de quietismo. Molinos abjuró, pero no fue liberado; murió en la cárcel el 28 de diciembre de 1696. Los papeles del proceso son todavía secretos; es seguro que Inocencio XI no tuvo parte en la exacerbación de la cuestión; a favor de Molinos presionaron varios consejeros y la reina de Suecia. Probablemente, pesaron más las acusaciones contra la persona que las tocantes a la doctrina.

La obra de Molinos, editada por Valente, está traducida, en lo sustancial, en *Conoscenza religiosa* 3 (1977).

DE «GUÍA ESPIRITUAL»

[I, 4, 25] Sabrás que hay dos maneras de oración, una tierna, regalada, amorosa y llena de sentimientos; otra obscura, seca, desolada, tentada y tenebrosa. La primera es de principiantes, la segunda de aprovechados y que caminan a ser perfectos... Con la primera los trata como a niños y miserables, con la segunda los comienza a tratar como a fuertes...

[28] Sabe que se vale el Señor del velo de las sequedades para que no sepamos lo que obra dentro de nosotros, y con eso nos humillemos; porque si sintiéramos y reconociéramos lo que obra dentro de nuestras almas, entra-

ra la satisfacción y presunción, pensando hacíamos alguna cosa y entendiendo estábamos muy cerca de Dios, con que nos vendríamos a perder.

[I, 5, 38] Ni se ha de decir que está ociosa el alma, porque aunque no obra activa, obra en ella el Espíritu Santo. A más que no está sin ninguna actividad, porque obra, aunque espiritual, sencilla e íntimamente. Porque estar atenta a Dios, llegarse a él, seguir sus internas inspiraciones, recibir sus divinas influencias, adorarle en su íntimo centro, venerarle con un pío afecto de la voluntad, arrojar tantas y tan fantásticas imaginaciones que ocurren en el tiempo de la oración, y vencer con la suavidad y el desprecio tantas tentaciones, todos son verdaderos actos aunque sencillos y totalmente espirituales y casi imperceptibles, por la tranquilidad grande con que el alma los produce.

[I, 9, 56] Pero dirás que no es obra del demonio cuando te molesta por medio de las criaturas, sino efecto de la culpa del prójimo y de su malicia por haberte agraviado y ultrajado. Sabrás que ésa es otra sutil y solapada tentación, porque aunque Dios no quiere el pecado ajeno, quiere en ti su efecto y el trabajo que se te origina de la ajena culpa, para ver en ti logrado el bien de la paciencia...

[10, 61] Debes, pues, conocer que tu mayor felicidad es la tentación, y así cuando más te apretare has de alegrarte con paz, en vez de entristecerte, y agradecer a Dios el beneficio que te hace. El remedio que has de tener en todas estas tentaciones y abominables pensamientos es despreciarlos con una sosegada disimulación, porque no hay cosa que más lastime al demonio, como soberbio, que verse despreciado y que no se hace caso de él ni de lo que nos trae a la memoria. Y así te has de portar con él como quien no lo oye, y has de estarte en tu paz sin inquietarte y sin multiplicar razones y respuestas, porque no hay cosa tan peligrosa como trabar razones con quien tan presto nos puede engañar...

[63] Finalmente, has de saber que la mayor tentación es estar sin tentación; y así debes alegrarte cuando te acometiere, y resistir a ella con paz, confianza y resignación, porque si quieres servir a Dios y llegar a la alta región de la interior paz, por esta penosa senda de la tentación has de pasar, con estas pesadas armas te has de vestir, en esta cruel y abominable guerra has de batallar y por este fuego abrasador te has de pulir, renovar y purificar...

[11, 65] Allí estarás con atención y vista sencilla, con advertencia tranquila y llena de amor al mismo Señor, resignándote y entregándote en sus

manos para que disponga y ordene en ti según su beneplácito, sin hacer reflexión a ti misma, ni aun a la misma perfección. Allí cerrarás los sentidos poniendo en Dios el cuidado de todo tu bien, con una soledad y total olvido de todas las cosas de esta vida. Finalmente, la fe ha de ser pura, sin imágenes ni especies; sencilla, sin discursos; y universal, sin reflexión de cosas distintas...

[68] Más estimará Dios en el tiempo del recogimiento la paz y resignación de tu alma en la variedad de pensamientos impertinentes, importunos y torpes, que los buenos propósitos y grandes sentimientos. El propio esfuerzo que harás para resistir los pensamientos, sabe que es impedimento y dejará a tu alma más inquieta; lo que importa es despreciarlos con suavidad, conocer tu miseria y ofrecer a Dios con paz la molestia.

[I, 17, 129] Tres maneras hay de silencio: el primero es de palabras, el segundo de deseos y el tercero de pensamientos. El primero es perfecto, más perfecto es el segundo y perfectísimo el tercero. En el primero, de palabras, se alcanza la virtud; en el segundo, de deseos, se consigue la quietud; en el tercero, de pensamientos, el interior recogimiento...

[134] Procura con silencio resignarte en todo, que de ese modo... alcanzarás el amor perfecto, el más quieto, eficaz y verdadero. San Pedro dijo al Señor con grande afecto que por su amor perdería de muy buena gana la vida y a una palabrita de una mozueta le negó y se acabó el fervor (Mt 26,69-70). La Magdalena no habló palabra, y el mismo Señor, enamorado de su amor perfecto, se hizo su cronista, diciendo que amó mucho (Lc 7,47). Allá en lo interior, con el silencio mudo se ejercitan las más perfectas virtudes de fe, esperanza y caridad, sin que haya necesidad de irle a Dios diciendo que le amas, que esperas y le crees, porque este Señor sabe mejor que tú lo que interiormente haces.

[III, 2, 14] Su continuo ejercicio es entrarse dentro de sí en Dios con quietud y silencio; porque allí está su centro, su morada y sus delicias. Más estiman este interior retiro que hablar de Dios. Retíranse en aquel interno secreto y centro del alma para conocer a Dios y recibir su divina influencia con temor y amorosa reverencia. Si salen fuera, es sólo al conocimiento y desprecio de sí mismas.

[15] Pero sabrás que son pocas las almas que llegan a este dichoso estado, porque son pocas las que quieren abrazar el desprecio y dejarse labrar y purificar...

[III, 4, 32] ¡Oh... si tú supieses estar constante y quieta en el fuego de la tribulación y te dejases lavar con el agua amarga de la aflicción...!

[III, 20, 191] Por el camino de la nada has de llegarte a perder en Dios, que es el último grado de la perfección, y si así te sabes perder, serás dichosa, te ganarás y te acertarás a hallar. En esta oficina de la nada se fabrica la sencillez, se halla el interior e infuso recogimiento, se alcanza la quietud y se limpia el corazón de todo género de imperfección. ¡Oh, qué tesoro descubrirás si haces en la nada tu morada! Y si te entras en el centro de la nada, en nada te mezclarás por afuera (escalón en donde tropiezan infinitas almas), sino solamente en aquello que por oficio te toca.

[192] ... Con el escudo de la nada vencerás las vehementes tentaciones y terribles sugerencias del envidioso enemigo.

JUANA INÉS DE LA CRUZ

Nació el 5 de noviembre de 1651 en San Miguel de Nepantha (México), su padre era un marino español de nombre Asbeja. A los tres años, a escondidas de su madre, ya había aprendido a leer y a escribir, y a continuación aprendió sola latín, de suerte que, en virtud de su erudición, a los trece años se convirtió en dama de honor de la virreina. En 1667, dado que el matrimonio le repugnaba, pasó de la corte al convento, donde desempeñó cargos y alcanzó renombre de poetisa laureada. No quiso ser abadesa, pero procuró aumentar la biblioteca del convento y su instrumental astronómico. En 1690 pareció gran audacia su crítica demoledora de un sermón conceptuoso del célebre padre Vieyra. Murió cuidando apestados el 17 de abril de 1695.

En las poesías que siguen muestra una fase última del amor divino, cuando éste se despoja de la necesidad, e incluso del deseo, de ser correspondido.

DE «ROMANCES»

*En que expresa los efectos del Amor Divino,
y propone morir amante,
a pesar de todo riesgo*

Traigo conmigo un cuidado,
y tan esquivo, que creo
que, aunque sé sentirlo tanto,
aun yo misma no lo siento.

Es amor; pero es amor
que, faltándole lo ciego,
los ojos que tiene, son
para darle más tormento.

El término no es *a quo*,
que causa el pesar que veo:
que siendo el término el Bien,
todo el dolor es el medio.

Si es lícito, y aun debido
este cariño que tengo,
¿por qué me han de dar castigo
porque pago lo que debo?

¡Oh cuánta fineza, oh cuántos
cariños he visto tiernos!
Que amor que se tiene en Dios,
es calidad sin opuestos.

De lo lícito no puede
hacer contrarios conceptos,
con que es amor que al olvido
no puede vivir expuesto.

Yo me acuerdo, ¡oh nunca fuera!,
que he querido en otro tiempo
lo que pasó de locura
y lo que excedió de extremo;

mas como era amor bastardo,
y de contrarios compuesto,
fue fácil desvanecerse
de achaque de su ser mismo.

Mas ahora, ¡ay de mí!, está
tan en su natural centro,
que la virtud y razón
son quien aviva su incendio.

Quien tal oyere, dirá
que, si es así, ¿por qué peno?
Mas mi corazón ansioso
dirá que por eso mesmo.

¡Oh humana flaqueza nuestra,
adonde el más puro afecto
aun no sabe desnudarse
del natural sentimiento!

Tan precisa es la apetencia
que a ser amados tenemos,
que, aun sabiendo que no sirve,
nunca dejarla sabemos.

Que corresponda a mi amor,
nada añade; mas no puedo,
por más que lo solicito,
dejar yo de apetecerlo.

Si es delito, ya lo digo;
si es culpa, ya la confieso;
mas no puedo arrepentirme,
por más que hacerlo pretendo.

Bien ha visto, quien penetra
lo interior de mis secretos,
que yo misma estoy formando
los dolores que padezco.

Bien sabe que soy yo misma
verdugo de mis deseos,
pues muertos entre mis ansias,
tienen sepulcro en mi pecho.

Muero, ¿quién lo creerá?, a manos
de la cosa que más quiero,
y el motivo de matarme
es el amor que le tengo.

Así alimentando, triste,
la vida con el veneno,
la misma muerte que vivo,
es la vida con que muero.

Pero valor, corazón:
porque en tan dulce tormento,
en medio de cualquier suerte
no dejar de amar protesto.

Romance al mismo intento

Mientras la Gracia me excita
por elevarme a la Esfera,
más me abate a lo profundo
el peso de mis miserias.

La virtud y la costumbre
en el corazón pelean,
y el corazón agoniza
en tanto que lidian ellas.

Y aunque es la virtud tan fuerte,
temo que tal vez la venzan,
que es muy grande la costumbre
y está la virtud muy tierna.

Obscurécese el discurso
entre confusas tinieblas;
pues ¿quién podrá darme luz
si está la razón a ciegas?

De mí mesma soy verdugo
y soy cárcel de mí mesma.
¿Quién vio que pena y penante
una propia cosa sean?

Hago disgusto a lo mismo
que más agradar quisiera;
y del disgusto que doy,
en mí resulta la pena.

Amo a Dios y siento en Dios;
y hace mi voluntad mesma
de lo que es alivio, cruz,
del mismo puerto, tormenta.

Padezca, pues Dios lo manda;
mas de tal manera sea,
que si son penas las culpas,
que no sean culpas las penas.

DE LAS «ENDECHAS»

Consuelos seguros en el desengaño

Ya, desengaño mío,
llegasteis al extremo
que pudo en vuestro ser
verificar el serlo.

Todo lo habéis perdido;
mas no todo, pues creo
que aun a costa es de todo
barato el escarmiento.

No envidiaréis de Amor
los gustos lisonjeros:
que está un escarmentado
muy remoto del riesgo.

El no esperar alguno
me sirve de consuelo;
que también es alivio
el no buscar remedio.

En la pérdida misma
los alivios encuentro:
pues si perdí el tesoro,
también se perdió el miedo.

No tener qué perder
me sirve de sosiego;
que no teme ladrones,
desnudo, el pasajero.

Ni aun la libertad misma
tenerla por bien quiero:
que luego será daño
si por tal la poseo.

No quiero más cuidados
de bienes tan inciertos,
sino tener el alma
como que no la tengo.

DE LA «CARTA A LA ILUSTRÍSIMA
SOR FILOTEA DE LA CRUZ»²³

Mística y erudición

¿Cómo sin Física [sabría yo] tantas cuestiones naturales de las naturalezas de los animales de los sacrificios, donde se simbolizan tantas cosas ya declaradas, y otras muchas que hay? ¿Cómo si el sanar Saúl al sonido del arpa de David fue virtud y fuerza natural de la música, o sobrenatural que Dios quiso poner en David? ¿Cómo sin Aritmética se podrán enten-

23. En realidad, al arzobispo de ciudad de México.

der tantos cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdómaditas tan misteriosas como las de Daniel, y otras para cuya inteligencia es necesario saber las naturalezas, concordancias y propiedades de los números? ¿Cómo sin Geometría se podrán medir el Arca Santa del Testamento y la Ciudad Santa de Jerusalén, cuyas misteriosas mensuras hacen un cubo con todas sus dimensiones, y aquel repartimiento proporcional de todas sus partes tan maravilloso? ¿Cómo sin Arquitectura, el gran Templo de Salomón, donde fue el mismo Dios el artífice que dio la disposición y la traza, y el Sabio Rey sólo fue sobrestante que la ejecutó; donde no había basa sin misterio, columna sin símbolo, cornisa sin alusión, arquitrabe sin significado; y así de otras sus partes, sin que el más mínimo filete estuviese sólo por el servicio y complemento del Arte, sino simbolizando cosas mayores? ¿Cómo sin grande conocimiento de reglas y partes de que consta la Historia se entenderán los libros historiales? Aquellas recapitulaciones en que muchas veces se pospone en la narración lo que en el hecho sucedió primero. ¿Cómo sin grande noticia de ambos Derechos podrán entenderse los libros legales? ¿Cómo sin grande erudición tantas cosas de historias profanas, de que hace mención la Sagrada Escritura; tantas costumbres de gentiles, tantos ritos, tantas maneras de hablar? ¿Cómo sin muchas reglas y lección de Santos Padres se podrá entender la oscura locución de los Profetas? Pues sin ser muy perito en la Música, ¿cómo se entenderán aquellas proporciones musicales y sus primores que hay en tantos lugares, especialmente en aquellas peticiones que hizo a Dios Abraham, por las Ciudades, de que si perdonaría habiendo cincuenta justos, y de este número bajó a cuarenta y cinco, que es sesquinona y es como de mi a re; de aquí a cuarenta, que es sesquioctava y es como de re a mi; de aquí a treinta, que es sesquitercia, que es la del diatesarón; de aquí a veinte, que es la proporción sesquiáltera, que es la del diapente; de aquí a diez, que es la dupla, que es el diapasón; y como no hay más proporciones armónicas no pasó de ahí? Pues ¿cómo se podrá entender esto sin Música? Allá en el *Libro de Job* le dice Dios: «Numquid coniungere valebis micantes stellas Pleiadas, aut gyrum Arcturi poteris dissipare? Numquid producis Luciferum in tempore suo, et Vesperum super filios terrae consurgere facis?» (Jb 38,31-32), cuyos términos, sin noticia de Astrología será imposible entender. Y no sólo estas nobles ciencias; pero no hay arte mecánica que no se mencione. Y en fin, cómo el Libro que comprende todos los libros, y la Ciencia en que se incluyen todas las ciencias, para cuya inteligencia todas sirven; y después de saberlas todas (que ya se ve que no es fácil, ni aun posible) pide otra circunstancia más que todo lo

dicho, que es una continua oración y pureza de vida, para impetrar de Dios aquella purgación de ánimo e iluminación de mente que es menester para la inteligencia de cosas tan altas; y si esto falta, nada sirve de lo demás... pero en lo formal y especulativo... quisiera yo persuadir a todos con mi experiencia a que no sólo no estorban, pero se ayudan dando luz y abriendo camino las unas para las otras, por variaciones y ocultos engarces —que para esta cadena universal les puso la sabiduría de su Autor—, de manera que parece se corresponden y están unidas con admirable trabazón y concierto. Es la cadena que fingieron los antiguos que salía de la boca de Júpiter, de donde pendían todas las cosas eslabonadas unas con otras. Así lo demuestra el R. P. Atanasio Quirquerio [Athanasius Kircher] en su curioso libro *De Magnete*. Todas las cosas salen de Dios, que es el centro a un tiempo y la circunferencia de donde salen y donde paran todas las líneas criadas.

Bibliografía

MÍSTICOS FRANCESES DE LA EDAD MODERNA

JUAN CALVINO

Institución de la religión cristiana

Juan Calvino, *Istituzione della religione cristiana*, a cargo de G. Tourn, 2 vols., Turín, UTET, 1983 (trad. cast.: *Instituzion de la Religion Cristiana*, Barcelona, Vosgos, 1982).

Juan Calvino, *Dalle «Istituzioni della religione cristiana»*, Milán, Bocca, 1944.

Juan Calvino, *Institution de la religion chrestienne*, a cargo de J. D. Benoît, 5 vols., París, Vrin, 1957.

TEODORO AGRIPA D'AUBIGNÉ

Los trágicos

Teodoro Agripa d'Aubigné, *Les Tragiques*, a cargo de A. Garnier y J. Plattard, 4 vols., París, Deoz, 1932 (trad. cast.: *Las trágicas*, Murcia, Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 1993).

Teodoro Agripa d'Aubigné, *Œuvres*, a cargo de H. Weber, J. Bailbé, M. Soulié, col. «Bibliothèque de la Pléiade», n° 206, París, Gallimard, 1969.

GUILLAUME POSTEL

La inmutación

Guillaume Postel, *fragments inédits*, a cargo de F. Sécret, en E. Castelli (comp.), *Umanesimo e Esoterismo*, actas del 5° Convegno internazionale di studi umanistici, Oberhofen, 16-17 de septiembre de 1960, Padua, CEDAM, 1960.

GUY LE FÈVRE DE LA BODERIE

Circular de los secretos de la eternidad

Guy Le Fèvre de la Boderie, *L'encyclie des secrets de l'éternité*, Antverp, 1571.

FELIPE D'AQUINO

Interpretación del árbol de la Qabbālāh

Felipe d'Aquino, *Interpretazione dell'albero della Cabalah*, a cargo de A. Forte, Roma, Atanor, 1980, reproducción de la edición de París, 1625.

SAN FRANCISCO DE SALES

Tratado del amor de Dios

San Francisco de Sales, *Œuvres*, a cargo de A. Ravier y R. Devos, col. «Bibliothèque de la Pléiade», n° 212, París, Gallimard, 1969.

Trad. cast.: *Tratado del amor de Dios*, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1995.

JUAN DE SAINT-SAMSON

El verdadero espíritu del Carmelo

El gabinete místico

Juan de Saint-Samson, *Œuvres complètes*, Roma, Institutum Carmelitanum, 1987.

PIERRE DE BÉRULLE

Los misterios de María

Pierre de Bérulle, *Le grandezze di Maria*, a cargo de M. Andreoletti, col. «Biblioteca asctica», n° 21, Milán, Vita e Pensiero, 1944.

Pierre de Bérulle, *Les Mystères de Marie*, París, 1961.

Vida de Jesús

Pierre de Bérulle, *Vie de Jesus*, París, Les Éditions du Cerf, 1929 (trad. cast.: *La vida de Jesús*, Barcelona, Proa, 1995).

Breve discurso sobre la abnegación interior

Pierre de Bérulle, *Œuvres complètes*, a cargo de J. P. Migne, París, 1856.

Pierre de Bérulle, *Œuvres complètes*, París, Les Éditions du Cerf, 1995.

FRANÇOIS BOURGOING

Avisos

François Bourgoing, *Œuvres spirituelles*, París, 1670.

SAN VICENTE DE PAÚL

Conferencias espirituales a las Hijas de la Caridad

San Vicente de Paúl, *Correspondance, entretiens, documents*, 14 vols., París, Coste, 1920-1925.

San Vicente de Paúl, *Conferenze spirituali alle Figlie della Carità*, a cargo de L. Mezzadri, Roma, Centro Liturgico Vicenziano, 1980 (trad. cast.: *Conferencias espirituales a las Hijas de la Caridad*, Santa Marta de Tormes, Ceme, 1983).

CHARLES DE CONDREN

Cartas

Charles de Condren, *Œuvres complètes. Ses lettres*, París, Guyot et Roïdot, 1857.

JEAN-BAPTISTE DE SAINT-JURE

El libro de los elegidos

Jean-Baptiste de Saint-Jure, *Il libro degli eletti*, Venecia, 1710.

La vida del señor de Renti

Jean-Baptiste de Saint-Jure, *La vita del signor di Renti*, Génova, Bottari, 1680.

LOUIS LALLEMANT

La doctrina espiritual

Louis Lallemand, *La dottrina spirituale*, a cargo de G. Colombo, col. «Capolavori ascetiti e mistici», Milán, Ancora, 1945.

MARIE DES VALLÉES

Dichos

Émile Dermenghem, *La Vie admirable et les révélations de Marie Des Vallées d'après des textes inédits*, París, Plon, 1926.

JEAN-JACQUES OLIER

Introducción a la vida y a las virtudes cristianas

Jean-Jacques Olier, *Vita e virtù cristiane*, a cargo de M. Andreoletti, col. «Capolavori ascetiti e mistici», Milán, Ancora, 1936.

Cartas espirituales

Lettres spirituelles de M. Olier, 2 vols., París, Gallimard, 1851.

La jornada cristiana

Catecismo cristiano para la vida interior

Jean-Jacques Olier, *Catecismo cristiano per la vita interiore*, col. «Capolavori ascetiti e mistici», Milán, Ancora, 1940.

JEAN BLANLO

La infancia cristiana

Jean Blanlo, *L'infanzia spirituale*, a cargo de M. Andreoletti, Milán, Ancora, 1939.

JEAN-JOSEPH SURIN

Cartas

Jean-Joseph Surin, *Correspondance*, a cargo de M. de Certeau, Bruges, 1966.

I fundamenti della vita spirituale

Jean-Joseph Surin, *I fundamenti della vita spirituale*, a cargo de G. Colombo e T. Marini, col. «Capolavori ascetiti e mistici», Milán, Ancora, 1949.

Jean-Joseph Surin, *I fundamenti della vita spirituale*, Roma, Città Nova, 1994.

JUAN EUDES

El corazón admirable de la santísima Madre de Dios

Juan Eudes, *Œuvres complètes*, 12 vols., París, Lethielleux, 1906-1924.

Trad. cast.: *El corazón admirable de la santísima Madre de Dios*, Madrid, Cocusa, 1958.

JEAN DE BERNIÈRES DE LOUVIGNY

Cartas

Jean de Bernières de Louvigny, *Œuvres spirituelles*, París, 1670.

FRANÇOIS GUILLORÉ

La posesión divina

François Guilloré, *Œuvres spirituelles*, París, 1684.

BLAISE PASCAL

Pascal, a cargo de P. Serini, Milán, Garzanti, 1945.

Pensamientos

Blaise Pascal, *Pensieri*, a cargo de P. Serini, Turín, Einaudi, 1962 (trad. cast.: *Pensamientos*, Madrid, Espasa Calpe, 1999).

Cartas provinciales

Blaise Pascal, *Le provinciali*, a cargo de P. Serini, Bari, Laterza, 1963 (trad. cast.: *Pensamientos provinciales*, en *Obras*, vol. 1, Madrid, Alfaguara, 1981).

JACQUELINE PASCAL

Escrito sobre el misterio de la muerte de nuestro Señor Jesucristo

Giulio Preti, *Pascal e i giansenisti*, Milán, Garzanti, 1944.

PIERRE NICOLE

Del conocimiento de sí mismo

Giulio Preti, *Pascal e i giansenisti*, Milán, Garzanti, 1944.

MARTIN DE BARCOS

Cartas

Martin de Barcos, *Correspondance avec les abbesses de Port-Royal et les principaux personnage du groupe janseniste*, a cargo de L. Goldman, París, PUF, 1956.

JEAN RACINE

El paisaje o los paseos de Port-Royal-des-Camps

Jean Racine, *Œuvres complètes*, a cargo de R. Picard, 2 vols., col. «Bibliothèque de la Pléiade», París, Gallimard, 1951-1952.

JACQUES-BÉNIGNE BOSSUET

Relación sobre el quietismo

Jacques-Bénigne Bossuet, *Œuvres*, a cargo de B. Velat y Y. Champailier, París, Gallimard, 1970.

Del libre albedrío y de la concupiscencia

Jacques-Bénigne Bossuet, *Trattato della concupiscenza*, Catania, De Martinis & C., 1994.

Jacques-Bénigne Bossuet, *Traité de la concupiscense, précédé du Discours sur la vie cachée en Dieu*, Portes de France, 1947.

Jacques-Bénigne Bossuet, *Del libero arbitrio e della concupiscenza*, Pádua, 1733.

FÉNELON

Cartas

Explicación de las máximas de los santos sobre la vida interior

Sólo el puro amor sabe sufrir como se debe

François de Salignac de la Mothe-Fénelon, *Œuvres*, a cargo de J. Le Brun, col. «Bibliothèque de la Pléiade», París, Gallimard, 1983.

MADAME GUYON

Torrentes

Pierre Purrat, *La Spiritualité chrétienne*, 4 vols., París, Lecoffre, 1947-1951.

SAN LUIS MARÍA GRIGNON DE MONTFORT

El amor de la Sabiduría eterna

San Luis María Grignon de Montfort, *Œuvres complètes*, París, Seuil, 1966.

JEAN-PIERRE DE CAUSSADE S. J.

Tratado del abandono a la divina Providencia

Jean-Pierre de Caussade, *L'Abandon à la Providence divine*, a cargo de P. M. Ramière, 2 vols., París, Lecoffre, 1928.

MÍSTICOS ESPAÑOLES Y PORTUGUESES DE LA EDAD MODERNA

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea

San Ignacio de Loyola, *Obras completas*, a cargo de I. Iparraguirre y C. De Dalmases, col. «Biblioteca de autores cristianos», Madrid, La Editorial Católica, 1977.

San Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1996.

FRANCISCO DE OSUNA

Tercer abecedario espiritual

Escritores místicos españoles, a cargo de M. Mir, col. «Nueva biblioteca de autores españoles», Madrid, Bailly-Baillièrre, 1911.

SAN PEDRO DE ALCÁNTARA

Tratado sobre la oración y la meditación

San Pedro de Alcántara, *Tratado sobre la oración y la meditación*, París, 1923.

San Pedro de Alcántara, *Trattato dell'orazione e della meditazione*, a cargo de P. Valugani, Milán, Pontificia Editrice Arcivescoville, 1953.

FRAY ALONSO DE MADRID

Arte de servir a Dios

Escritores místicos españoles, a cargo de M. Mir, col. «Nueva biblioteca de autores españoles», Madrid, Bailly-Baillièrre, 1911.

SAN JUAN DE ÁVILA

Epistolario espiritual

Ávila, Juan de, *Epistolario espiritual*, en *Obras completas del B. Mto. Juan de Avila. T. I*, a cargo de Luis Sala Balust, Madrid, Editorial Católica, 1952.

LUIS DE GRANADA

Guía de pecadores

Luis de Granada, *Guía de pecadores*, Barcelona, Planeta, 1986.

MIGUEL SERVET

Los errores sobre la trinidad

Miguel Servet, *De Trinitatibus erroribus libri septem*, 1531, Roma Biblioteca Nazionale, ms. 71, I, B5.

SANTA TERESA DE JESÚS

El castillo interior

Pensamientos que santa Teresa dejó escritos sobre una página de su breviario

Teresa de Jesús, *Obras completas*, a cargo de Efrén de la Madre de Dios, Madrid, Editorial Católica, 1962.

FRAY DIEGO DE ESTELLA

Meditaciones devotísimas del amor de Dios

Místicos franciscanos españoles, a cargo de J. B. Gomis, 3 vols., Madrid, Editorial Católica, 1948.

ALONSO RODRÍGUEZ

Ejercicio de perfección

Alonso Rodríguez, *Ejercicio de perfección*, Madrid, Apostolado de la Prensa, 1918, 6 vols.

FRAY LUIS DE LEÓN

La vida del Cielo

Los nombres de Cristo

Luis de León, *La vida del cielo*, a cargo de Ricardo Senabre, 2ª edición, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

Luis de León, *Los nombres de Cristo*, a cargo de Antonio Sánchez Zamarreño, Madrid, Espasa Calpe, 1991.

JUAN DE LOS ÁNGELES

Manual de vida perfecta

Místicos franciscanos españoles, a cargo de J. B. Gomis, 3 vols., Madrid, Editorial Católica, 1948.

Juan de los Ángeles, *Obras místicas*, a cargo de J. Sala, 2 vols., Madrid, Bailly-Baillièrre, 1912-1917.

Lucha espiritual y amorosa entre Dios y el alma

Diálogos sobre la conquista del espiritual y secreto Reino de Dios

Juan de los Ángeles, *Obras místicas*, a cargo de J. Sala, 2 vols., Madrid, Bailly-Baillièrre, 1912-1917.

SAN JUAN DE LA CRUZ

Subida al Monte Carmelo

Noche oscura

Llama de amor viva

Estrofas escritas sobre un éxtasis de alta contemplación

Suma de la perfección

Subida al Monte Carmelo

Noche oscura, a cargo de José Vicente Rodríguez y Federico Ruiz Salvador, Madrid, Espiritualidad, 1997.

Juan de la Cruz, *Obras completas*, a cargo de J. V. de la Eucaristía, Madrid, Espiritualidad, 1957.

Cántico espiritual

San Juan de la Cruz, *Obra completa*, 2 vols., Madrid, Alianza, 1996.

Avisos y máximas espirituales. Dichos de luz y amor

San Juan de la Cruz, *Obras*, 5 vols., Burgos, Monte Carmelo, 1929-1931.

GREGORIO LÓPEZ

Francisco Losa, *Vida que el siervo de Dios Gregorio López hizo en la Nueva España*

Francisco Losa, *Vita condotta dal servo di Dio Gregorio Lopez nella Nuova Spagna*, Roma, 1740.

JERÓNIMO GRACIÁN

Sumario de la excelencia de san José

Arrigo Levasti, *I mistici*, Florencia, Bemporad, 1925.

LUIS DE LA PUENTE

Meditaciones

Luis de Puente, *Meditaciones espirituales, T. I: Meditaciones para purificar el corazón*, 6ª ed., Barcelona, Subirana, 1890.

SANTA ROSA DE LIMA

Juan Lorenzana, *Memorial del confesor de santa Rosa para la causa de beatificación*

Cántico a Filomela

Antonio Gonzales de Acuña, *Compendium admirabilis vitae sanctae Rosae de Sancta Maria*, Roma, 1672.

Leonardo Hansen, *Vita mirabilis et mors pretiosa venerabilis sororis Rosae de Sancta Maria*, Roma, 1664.

Leonardo Hansen, *La bienaventurada Rosa Pervana de S. Maria ... Su admirable vida, y preciosa muerte*, Madrid, 1668.

LOPE FÉLIX DE VEGA CARPIO

Soliloquios de un alma a Dios

Lope Félix de Vega Carpio, *Soliloquios de un alma a Dios... en Colección de obras sueltas así en prosa como en verso*, Madrid, Arco Libros, D. L., 1989 (facsimil de la edición de 1778).

Lope Félix de Vega Carpio, *Obras no dramáticas. T. I... Cien jaculatorias a Cristo Nuestro Señor*, Barcelona, 1886.

JUAN FALCONI

Alfabeto para saber leer en Cristo, Libro de la vida eterna

Juan Falconi, *Cartillas para la oración*, a cargo de Elías Gómez Domínguez, Madrid, Fundación Universitaria Española - UPS, 1995.

FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS

Poesías sagradas

Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras completas, Obras en verso*, Madrid, Aguilar, 1943.

Francisco de Quevedo y Villegas, *Antología poética*, a cargo de Pablo Jauralde Pou,

Madrid, Apostolado de la Prensa, 1939; 14ª ed., Madrid, Espasa Calpe, 1991.
Francisco de Quevedo y Villegas, *Obras de... Poesías. Tomo III*, a cargo de Florencio Ja-
ner, Madrid, Casa editorial Hernando, 1926.

JUAN EUSEBIO NIERENBERG

Epistolario

Juan Eusebio Nierenberg, *Cartas*, Madrid, 1714.

FREI AGUSTINHO DA CRUZ

En torno a la contemplación de la cordillera de Arrábida

«Conoszenza religiosa», n° 4, 1973.

ANTONIO VIEYRA

Sermones

Antonio Vieyra, *Obras escolbidas*, a cargo de A. Sergio y H. Cidade, 8 vols., Lisboa, Liv-
raria Sá da Costa, 1951-1954 (trad. cast.: *Sermones. Tomo II*, Barcelona, 1734, traduc-
ción anónima).

MIGUEL DE MOLINOS

Guía espiritual

Miguel de Molinos, *Guía espiritual*, a cargo de J. A. Valente, Madrid, Alianza, 1989.

JUANA INÉS DE LA CRUZ

Romance

Endechas

Carta a la ilustrísima sor Filotea de la Cruz

Juana Inés de la Cruz, *Obras completas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

